

Sergio Levinsky



EL FÚTBOL PASA LOS NEGOCIOS QUEDAN.

UNA HISTORIA POLÍTICA Y DEPORTIVA.

AUTORIA Editorial



Sergio Levinsky



EL FÚTBOL PASA
LOS NEGOCIOS QUEDAN.

UNA HISTORIA POLÍTICA Y DEPORTIVA.

AUTORIA
Editorial

Sergio Levinsky

AFA

El fútbol pasa,

los negocios quedan

Una historia política y deportiva





Dirección editorial

Gastón Levin

Autor

Sergio Levinsky

Conversión digital:

alfadigital.es

Edicion y corrección

Federico Juega Sicardi

Diseño de tapa

Raquel Cané

Diseño de interior

Marcela Rossi

Levinsky, Sergio

AFA. El fútbol pasa, los negocios quedan / Sergio Levinsky.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Autoria Sherpa, 2016.- (Libros de la A; 3)

ISBN Digital: 978-84-16687-90-9

ISBN Impreso: 978-987-45920-6-4

41. Política de Deportes. 2. Fútbol. 3. Mundiales de Fútbol. I. Título.

A Soledad, por el amor y la mejor compañía de una mujer brillante.

A mi padre, por haberme transmitido la pasión por el fútbol.

A mi madre, por haber aceptado que el fútbol formara parte de la cultura hogareña.

A la memoria de José María Suárez (Walter Clos), maestro y referente.

A Liliana Suárez de García, por su fortaleza y su lucha pese al dolor, en representación de las víctimas de la violencia del fútbol.

A los dirigentes que buscan un fútbol mejor.

Al hincha que logra mantener encendido el fuego de la pasión, pero le agrega espíritu crítico y pelea por sus derechos.

Contenido

Anexo 1. Historia de los nombres de las asociaciones, federaciones y ligas del fútbol argentino

Anexo 2. Presidentes de las asociaciones, federaciones y ligas del fútbol argentino

Notas

Agradecimientos

A Gastón Levin, por la confianza y por las precisas indicaciones.

A Esteban Bekerman, uno de los periodistas que más sabe de la historia del fútbol argentino, por su permanente colaboración y sus excelentes consejos.

A Entre Tiempos, el lugar exacto para encontrar la bibliografía necesaria de temática futbolera.

A Eduardo Cantaro, por tan buena documentación y comentarios.

A Juan Roberto Presta, por su disposición.

A Enrique Santos Molina, por su paciencia.

A la confitería Tot d'Avui de Vall d'Hebron, en Barcelona, y en especial a María José, por tan buen clima para trabajar durante largas horas.

A Fernando Segura Trejo, por su muy valiosa contribución.


A Carlos Pandolfi, de Futbolistas Argentinos Agremiados, por la documentación.

A los entrevistados (en on y en off).

A Juan Ignacio García Marinovich, por su predisposición y su contracción al trabajo.

Prólogo

En Argentina, el fútbol constituye un espacio cultural de los más importantes, si no el más significativo en sus diferentes dimensiones. Constructor de identidades individuales, barriales, regionales y nacionales, el fútbol es un hecho social total. Su casa de gobierno, la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), puede definirse como un recinto de poder que gestiona, distribuye, negocia, vende y renegocia el fútbol. La AFA ha tejido relaciones complejas y ha sabido manejarse con todo gobierno de turno en las últimas décadas. Inclusive, sus orientaciones han tenido repercusiones que han permeado en la gestión mundial de la industria mediante la influencia en la Federación Internacional del Fútbol Asociado (FIFA), cuyos escándalos de corrupción de 2015 confirmaron toda una serie de mecanismos de clientelismos, favores, compra de votos, arreglos con grupos mediáticos y cuentas bancarias suculentas.

La AFA es el producto y la historia de una forma de gobierno que ha creado, paulatinamente, un microcosmos muy particular. El autor de este libro, Sergio Levinsky, presenta una documentación notable acerca de la constitución de la sede del fútbol: desde lo que llama la protohistoria entre los años 1867 y 1930, periodo en el que se gestó el circuito urbano de los clubes y la concentración unitaria de presidir el football desde Buenos Aires, hasta las vicisitudes del caos post-Julio Grondona en la segunda década del siglo XXI. El libro narra las tempranas pujas por el control, las tensiones entre el amateurismo y la consolidación del profesionalismo en las constantes intrigas entre clubes, cismas y ligas paralelas hasta la fusión, en 1934, de la Asociación de Football Argentino.

Las dictaduras sucedidas desde el golpe de Estado de 1930 y aquellos gobiernos elegidos en las urnas entendieron, con rapidez, que el fútbol era demasiado importante como para delegarlo enteramente a manos privadas. Dados los intereses sobre la AFA, el tránsito por sus pasillos pasó a ser codiciado por las más diversas ambiciones. Intervenir y controlar la AFA se convirtió en una trama

que duró décadas. Los gobiernos de Perón plasmaron su política de Estado en ella. Lo mismo hicieron los comandantes de facto posteriores. El periodo de Onganía ilustra el discurso marcial de presentar los triunfos de equipos nacionales como victorias de la patria.

Mientras tanto, el endeudamiento de los clubes y el vicio de pedir dinero al Estado se fue instalando como un modus operandi. Al final de cuentas, el Estado siempre terminó respondiendo. Organizar un Mundial era también algo pendiente desde 1938. Llegado el momento, fue prioridad absoluta para la dictadura que irrumpió en 1976, y el Ente Autárquico Mundial 1978 (EAM 78) desplazó a la AFA de la gestión. La Copa del Mundo era una vitrina celosamente ponderada por la dictadura. Pero fue en ese contexto, cuando el hombre clave del EAM 78, el vicealmirante Carlos Lacoste, fue promovido a un cargo en la FIFA por su amigo y presidente, João Havelange, cuando emergió hacia la dirección de AFA, en 1979, un hombre de los clubes: Julio H. Grondona.

Julio Grondona, conocido en la familia de la AFA como “Don Julio”, surgió del seno de aquellos clubes que vieron durante años cómo los poderes políticos, democráticos y de facto intervinieron e impusieron su agenda en la casa del fútbol. Con experiencia como presidente de Independiente de Avellaneda, uno de los denominados grandes de Argentina, y fundador de uno pequeño, Arsenal de Sarandí, Grondona supo así manejar a unos y otros. Pero entendió, sobre todo, cómo acomodarse a cada contexto del país e ir creando un Estado dentro del Estado, como lo interpreta el autor del libro.

El título de 1986 con Diego Maradona como estandarte redobló el poder de la AFA y, ante todo, el de su presidente. Si bien estaba identificado inicialmente con el partido del presidente de la Nación, Raúl Alfonsín, el haber resistido a embates para destituir a Carlos Bilardo como director técnico de la Selección aumentó, con el triunfo mundial, su autonomía en el rumbo de las decisiones. Ya en los tiempos neoliberales de 1990, la AFA entró en la etapa de contratos y negocios con empresas como TyC y sus socios del Grupo Clarín. Desde la sede de la calle Viamonte en Capital Federal y su oficina anexa en Sarandí, Grondona tejió un poder que haría ganar

elecciones a Joseph Blatter en la FIFA y ubicaría piezas claves en la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol), haciendo de la AFA un eje central en la geopolítica del fútbol.

Sergio Levinsky indica en el capítulo 11 que para la primera década del siglo XXI el fútbol argentino ya era un aquelarre de intermediarios, empresarios de toda clase, grupos opacos, sin nombre, que compraban porcentajes de pases para, a su vez, transferir jugadores al exterior, barras bravas que se apoderaban a la fuerza de pases de jugadores en las divisiones inferiores para concretar negocios en el exterior y ojeadores de los principales clubes europeos que avisaban ante la primera aparición de un posible crack. Todo esto, bajo la despreocupación del sistema de gobierno personalista en AFA, obsesionado verdaderamente por sellar partidos amistosos de la Selección, pagados en divisa extranjera, sin costos de organización ni salarios para los talentosos jugadores. Se trata de un producto muy cotizado en las plazas internacionales. La AFA de Grondona aprovechó muy bien y ganó mucho dinero con la presencia de Maradona en la Selección en las décadas de 1980 y 1990. Las ganancias se multiplicaron con la nueva aparición del supercrack rosarino del siglo XXI, Lionel Messi. Resulta extraño, aunque no tanto si se considera el sistema imperante y sus vicios, que en un fútbol argentino hecho una máquina de generar dólares, con una AFA rica en sus arcas, los clubes se hayan vaciado.

Pero llegaron épocas en que los socios mediáticos y comercializadores de los productos AFA empezaron a perjudicar al fútbol, a regatearle y a ningunear no solo a su presidente, sino también a los clubes y al público. A este último, lo tuvieron como rehén mostrándole imágenes de tribunas y explicaciones de sus comentaristas-empleados. Para ver los partidos, había que pagar el cable, el pay-per-view, y esperar un programa dominical. “Don Julio” se cansó, deshizo el contrato y firmó con el Estado el Fútbol Para Todos en 2009. Las deudas siguieron; la falta de rendición de cuentas también. Pero hubo oxígeno para los clubes y pantallas abiertas para la población.

El Mundial de 2014 dejó mejor parado el producto estrella de la AFA, la Selección Argentina, con Messi como su figura, quien desde

adolescente fue consentido de “Don Julio”, pues lo consideraba una bendición. Se volvió a jugar una final de Copa del Mundo después de 24 años. Pero el caudillo murió unas semanas después, luego de ocupar la presidencia durante 35 años con el mecanismo de mano levantada en las elecciones. Su muerte desató, lógicamente, un caos y una serie de disputas repletas de mezquindades, hasta el punto de llegar a situaciones tragicómicas: la distribución de la caja, el reparto del poder, los que estuvieron antes y los que ahora querían subir a posiciones de comando. Toda una anarquía en un contexto donde la Selección Argentina, aunque perdiendo tres finales consecutivas, siguió asegurando prestigio, cash y admiración popular por jugadores de una talla del más alto nivel. Mientras haya talento y este sea rentable, hay alimento para muchos.

En tiempos en que el Estado volvió a jugar sus fichas en el destino de la AFA, hacer sus promesas de negocios con viejos socios, grupos multimedios que juegan su propio partido, este libro constituye un acervo para entender la historia del fútbol argentino a partir de su casa de gobierno. Cada capítulo ofrece elementos que permiten comprender cómo se fue construyendo, década tras década, a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI, este imperio que tambalea, pero que seguirá siendo un espacio de poder: el botín de la AFA.

Fernando Segura Millán Trejo

Universidad Federal de Goiás (Brasil), investigador afiliado al Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE, México) y al laboratorio Violencia, Identidades, Política y Deporte (Rennes II, Francia).

Introducción

El 3 de diciembre de 2015 era el Día D para el fútbol argentino. Terminaba una etapa de tres décadas y media, caracterizada por el unicato de Julio Grondona, un viejo caudillo de Avellaneda que conocía todas las mañas y que llegó a manejar de taquito, por teléfono y desde Zúrich, una trama compleja de intereses hasta vaciar la Asociación del Fútbol Argentino (AFA).

Por fin desde 1974, los dirigentes, acostumbrados a la dudosa unanimidad, podían votar entre dos candidatos, algo usual en otros países, en otras federaciones, pero no en la entidad local. Sin embargo, la comunidad futbolística argentina asistió a una de las jornadas más bochornosas de su historia, cuando delante de las cámaras de televisión de todo el país y del extranjero, desde el salón de futsal del predio de Ezeiza, el resultado del voto de los 75 asambleístas dio un empate de 38-38.

Dirigentes que manejan una caja de millones de dólares, que representan símbolos tan preciados por gran parte de la sociedad argentina —como los clubes de fútbol, que mueven cientos de miles de socios e hinchas—, no fueron capaces de contar correctamente 75 papeletas para decidir un presidente, algo que podría concretar sin problemas un centro de estudiantes de un colegio primario…

El fútbol argentino, nucleado en la AFA luego de los primeros años de historia, en los que la puja de intereses fue girando de una asociación a la otra hasta madurar en la definitiva, fue creciendo alrededor de dos ejes que trataremos de analizar en este libro, buceando en las profundidades de cada época: por un lado, la lucha entre los clubes poderosos y los más humildes para imponer sus necesidades; por otro, el descubrimiento de que a partir de la popularidad y la exageración de su importancia, debido a otras carencias sociales, el Estado apareció siempre como salvador para resolver los eternos déficits por las pésimas administraciones caracterizadas por la absoluta irresponsabilidad dirigencial o directamente la corrupción estructural. Descubriremos que el fútbol

argentino no es otra cosa que un microespacio que reproduce el macroespacio de la sociedad argentina, como no podía ser de otra manera.

Hace más de medio siglo, otro dirigente de las características de Grondona, Valentín Suárez (interventor y presidente de la AFA en distintas épocas y hombre fuerte del ámbito en los años sesenta), sentenció que “jamás el Estado le bajará la cortina al fútbol”. Es evidente que tuvo razón.

Hay demasiados intereses, demasiadas cuestiones simbólicas en juego; el fútbol ocupa un lugar demasiado trascendente como para que los sucesivos gobiernos no intenten aprovecharse de él. Y, entonces, lo que nació como un deporte practicado por “ingleses locos” se transformó en uno de los grandes temas de los argentinos, que lo viven de manera pasional, exagerada, futbolizados día a día, hora a hora.

Los dirigentes del fútbol, en la medida en que pasó el tiempo y con los cambios estructurales que vivieron, se fueron dando cuenta de que se podía vivir del Estado. Así aparecieron las tentaciones, tanto económicas como de figuración, de ascenso en la consideración pública.

A lo largo de esta extensa investigación, se verá que casi nada de lo que conocemos en la actualidad es nuevo. Como alguna vez dijera el maestro Carlos Peucelle: “Lo que veo ya lo vi, y lo que vi ya no lo veo”. Los clubes grandes pelean contra los clubes chicos por el sistema de votación; unos sostienen que los sufragios se deben basar en la representatividad, y los otros, que deben hacerlo en la igualdad: esto ya ocurrió en el pasado. La AFA le solicita ayuda al Estado para implementar un sistema de apuestas o para que se haga cargo de los derechos de TV: eso ya sucedió. Se recurre al Estado para que haga un préstamo “por única vez” con la promesa de que “será la última”: esto ya pasó. La conformación de un torneo con treinta equipos ya existió, incluso con más aún. Los pedidos de reuniones con la Casa Rosada y las amenazas del Gobierno de intervenir la AFA ya tuvieron un capítulo anterior. La solución, sacada de la manga, de un torneo corto con clubes del interior para satisfacer mínimamente sus reclamos pero con una política unitaria permanente también se vivió antes. Las peleas entre los presidentes

de Boca e Independiente, como las de Angelici con Moyano, ya tuvieron lugar tras la Copa Libertadores de América de 1965. El hecho de que no se pueda conformar una Selección olímpica a días de iniciarse los Juegos de Río de Janeiro ya aconteció en 1924 con los de París, cuando, aún peor que hoy, la Selección Argentina no concurrió y, en cambio, sí fue la uruguaya, a la postre campeona.

No es de hoy que el fútbol argentino desaproveche la chance de ganar títulos mundiales con los mejores jugadores, pretendidos por los clubes más importantes del mundo. Para el Mundial de Suecia, se decidió no contar con la base de la delantera que un año antes había brillado en el Sudamericano de Perú. En cambio, viajó Ángel Labruna con 39 años; no fueron ni Humberto Maschio, ni Antonio Angelillo, ni Enrique Omar Sívori, ni Alfredo Di Stéfano. Tampoco ninguno de ellos estuvo cuatro años más tarde en el Mundial de Chile; ni Ricardo Bochini o Norberto Alonso en 1974; ni Diego Maradona en 1978; ni Ramón Díaz en 1986 y 1990; ni Alberto Márcico en 1990; ni Juan Román Riquelme en 2002. Siempre faltó alguien importante, porque siempre hubo caprichos y dueños de las distintas selecciones que decidían por todos. Por eso, asimismo, en los últimos tiempos el fútbol argentino se dio el lujo de no haber tenido nunca como director técnico a Carlos Bianchi, ganador de cuatro Copas Libertadores y tres Intercontinentales.

Ni siquiera el hecho de que el presidente de la AFA y vicepresidente de la FIFA haya fallecido en el ejercicio del poder es algo nuevo: ya sucedió con Domingo Peluffo en los años cincuenta. Y tampoco es nuevo que la Selección Argentina casi quedara eliminada del Mundial, como en 2009. Ya estuvo a punto de ocurrir en 1985, y efectivamente pasó en 1969.

Este autor pertenece a la generación de los años sesenta y comenzó a acercarse al fútbol a muy temprana edad, como tantos seguidores de este deporte, gracias a la influencia paterna y al escuchar los gritos desde los viejos tablones de madera, en tiempos en los que los jugadores vestían aún camisas abotonadas y el escudo del club a la altura del corazón. Fue testigo, primero como seguidor y luego como periodista con el inicio de la democracia, de cómo se fue degradando aquel fútbol que era sinónimo de fiesta popular, para transformarse en una máquina de generar problemas, cientos de

fallecidos por la violencia que el propio sistema produjo, ayudado por la complicidad dirigencial desde la política o la policial, convirtiendo a los clubes en deudores eternos, esperanzados siempre en alguna mano salvadora. Ni siquiera la sentencia de una síndico sobre que Racing Club había dejado de existir se cumplió.

Con Grondona, y al compás de una sociedad que tras la dictadura cívico-militar se sumió en el abismo más profundo, el fútbol argentino vivió su mayor degradación moral, con el recurso infantil de negarlo todo y con negocios relacionados con los medios de comunicación, la representación de jugadores y hasta el incipiente narcotráfico.

Este autor fue testigo privilegiado de muchos momentos importantes en su calidad de periodista, asistiendo a mundiales, copas América, Juegos Olímpicos, partidos de clasificación mundialista, etc. Pero también tuvo la suerte de observar el fenómeno como sociólogo, como invitado al Congreso Nacional, trabajando con una diputada de la Nación[1] o hasta presentando un proyecto de ley[2] de Declaración Jurada Deportiva Anual.

Con más de tres décadas y media cerca de los protagonistas, aunque con la distancia que permiten las ciencias sociales, cuesta vaticinar hacia dónde va el fútbol argentino actual, amenazado por la posibilidad de abrir sus puertas a las sociedades anónimas —rechazadas en los años noventa—, o cercado por los grupos mediáticos, que ya lo despedazaron en una oportunidad y a los que ni siquiera la demostración de sus actos corruptos, de alcance mundial, los detiene.

Esto también plantea un desafío para la sociedad civil, que aún no ha llegado a la expresión de rebeldía de otros países, en los que socios de un determinado club, disconformes con el accionar de los dirigentes, acabaron yéndose y fundando otras entidades; o bien se retiraron de los estadios por la carestía de las entradas; o bien se unieron para protestar por determinados cambios, olvidándose en la semana, cuando no hay partidos, de una rivalidad que es solo deportiva, para unirse en reclamos por cambios concretos o para repudiar las nefastas políticas, como sí ocurrió en 2001 en el nivel nacional.

Una sociedad que les reclama a sus dirigentes “más presencia” en la AFA, o que parte de la base de que los árbitros dirigen en contra de su equipo, o que cree que si se logra un objetivo será “aunque la AFA no quiera”, o que aplaude y les deja el hueco en el mejor sector de las tribunas a las barras bravas, o que pide autógrafos a sus líderes, o que entona sus cánticos violentos tampoco contribuye a modificar el contexto.

Tras 82 años de existencia formal, hoy la AFA termina dependiendo de organismos como la Conmebol y la FIFA, que protagonizaron un gran escándalo en 2015. Vienen a señalar que una institución como esta no son solo “los clubes” y que su estatuto no se adecúa a las normativas. Esto es haber tocado fondo.

¿Será acaso como canta Joan Manuel Serrat, que son bienaventurados los que están en el fondo, porque solo les queda subir? ¿O la historia de la AFA volverá a repetirse una y otra vez, como el Día de la marmota?

El tiempo será el encargado de poner las cosas en su lugar.

1

La protohistoria (1867-1930)

Las bases

"Gobernar es poblar." Aquella máxima de Las bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina (1852), de Juan Bautista Alberdi, fue la más certera definición, vaticinada por la Generación de 1837, sobre lo que ocurriría en una muy joven República Argentina pasada la mitad del siglo XIX y con apenas 51 años de existencia, cuando se jugó el primer partido de fútbol en sus tierras. Ocurrió el 20 de junio de 1867; hay un monolito recordatorio cercano al Planetario Municipal, en el parque Tres de Febrero. Los socios del Buenos Aires Cricket Club habían convocado a jugadores para un estrafalario partido de este deporte desconocido hasta ese momento. Al poco tiempo, por iniciativa de Thomas Hogg, nació el Buenos Aires Football Club[3]. Ese fue un primer intento de difundir el fútbol —que en aquel momento aún se denominaba football, con la grafía inglesa— en el país.

En sintonía con la máxima de Alberdi, alrededor de 500.000 inmigrantes llegaron a la Argentina entre 1880 y 1882, incluida una colonia de británicos destinados a trabajar en el pujante crecimiento alrededor de ferrocarriles y puertos. Con ellos, a pasos agigantados, el fútbol fue ganando terreno de manera desordenada, aunque mayormente fue cooptado primero por las clases más altas, para luego afianzarse entre las más populares. Aquellos "ingleses locos", que corrían detrás de una pelota de un lado y del otro de un espacio delimitado y que usaban ropa más cómoda, como pantalones cortos o arremangados (no era concebible eso para los adultos), fueron transmitiendo una pasión descontrolada.

Pero tal vez el hito principal en cuanto a los inicios del fútbol argentino fue la llegada al país de Alejandro Watson Hutton en 1882, escocés de Glasgow, graduado en Humanidades en la Universidad de Edimburgo, que trajo consigo pelotas e infladores y que había sido contratado para hacerse cargo del colegio Saint Andrews. Watson Hutton no duró mucho allí, debido a su intención

de instalar este deporte de manera insistente, y acabó alejándose por los continuos roces con las autoridades, para fundar la English High School (que sería la base de Alumni).

Hasta 1890, la actividad principal del fútbol se desarrollaba en los colegios. En 1891, F. L. Wooley y Alec Lamont[4] fundaron la Argentine Association Football League, pero no prosperó demasiado por escasez de recursos administrativos y económicos debido a la falta de apoyos sustanciales tanto del importante club Quilmes Rovers como del propio Watson Hutton, que no estaban de acuerdo con algunas cuestiones sobre la organización del certamen. Sin embargo, tras un receso en el que solo se jugaron algunos partidos amistosos, el 21 de febrero de 1893 Watson Hutton decidió tomar la posta de la institución con el mismo nombre, estableciendo la sede en Venezuela 1230, desde donde luego se mudaría a la calle Del Temple (hoy Viamonte), a pocas cuadras de la actual Asociación del Fútbol Argentino (AFA). Las cinco entidades que conformaron aquella Argentine Association Football League de Hutton fueron Buenos Aires Railway, English High School, Flores Athletic Club, Lomas Athletic Club y Quilmes Athletic Club.

Problemático y febril

Desde ese momento, todo se desarrolló con rapidez. Hacia 1900, la asociación organizaba tres campeonatos: la Primera, con equipos de neto corte británico; la Segunda, con muchos equipos criollos que se iban colocando en Primera a medida que ascendían; y uno de Tercera, para colegiales. Se dispuso que en Primera no podían participar equipos con denominaciones educativas, de modo que fue quedando relegado el High School, y por esta misma razón nació Alumni. Ya entonces hubo, en los mismos inicios, una importante clasificación general del fútbol en Argentina: la asociación fue conformada por clubes y no por colegios británicos; una manera de ir tomando una primera distancia de sus creadores. La organización de las divisiones y los torneos solía recibir críticas por su falta de coherencia con los descensos o el reglamento de afiliaciones, pero eso fue cambiando lentamente.

Desde 1901, comenzaron a disputarse, además del torneo local, la Copa Competencia y, más tarde, la Copa de Honor, que incluía equipos uruguayos y rosarinos (que atravesaban procesos similares y en forma paralela). El 20 de julio de 1902 tuvo lugar el primer partido de la Selección Argentina, que venció 6-0 a Uruguay en Montevideo. En 1904, apenas unos pocos años después, aparecieron los primeros atisbos de "amateurismo marrón" —así se denomina a la práctica de retribución económica encubierta a jugadores, aunque esto no fuera legal—, porque se instituyó la categoría Cuarta para menores de 17 años, con el fin de darles cabida a los estudiantes, que también iban participando crecientemente del fútbol. Muchos inscribían a mayores en esos lugares y se aplicaban penas por estas faltas. El periódico La Argentina llegó a decir que incluso se presentaron "certificados falsos"[5].

En 1906, además, se agregó cierta burocracia, como las planillas para los informes de partidos y las transferencias de jugadores, para lo que había que pagar un "derecho de transferencia" o penalidades

varias[6] El desarrollo del fútbol también hizo que comenzaran a discutirse los costos de los viajes de los equipos, si correspondía cobrar entrada o no y por qué monto. Los árbitros eran otro motivo de polémica en esos años, ya que los proveían los clubes e iban a sorteo, aunque en aquella organización incipiente a veces se llegaba al punto de que tuvieran que dirigir a su propio club. Un paso fundamental para la institucionalización del fútbol en Argentina fue la implementación, en 1907, del idioma castellano para las reuniones.

Si en 1891, en el partido final del primer año de la Liga, en que Saint Andrews se impuso a Old Caledonian, hubo quinientos espectadores, 15 años más tarde, en el partido entre Argentina y Uruguay por la Copa Lipton, hubo 18 mil. El cambio pudo haber tenido relación con la curiosidad que generaron equipos visitantes que llegaron de gira, como el Everton y el Tottenham Hotspur (1912) y el Torino (1914), aunque también es cierto que ya habían llegado antes el Southampton Football Club (1904) y el Nottingham Forest (1905) y no habían generado la misma sensación. En realidad, Buenos Aires duplicó el número de habitantes entre 1900 y 1915, lo cual da otra explicación al fenómeno, no solo asociado al interés deportivo. La ciudad pasó de ochocientos mil habitantes a un millón y medio, y en ese entonces el 50% de la población era extranjera (luego, en 1937, sería el 37%). Lo cierto es que si en 1890 existían cinco clubes y ochenta jugadores, en 1914 eran quinientos clubes y ocho mil deportistas. El público había pasado de cien personas a veinticinco mil en algunos partidos[7].

Hay que destacar que en 1904 la Argentine Football Association, sucesora de la Argentine Association Football League (1893-1903) [8], se afilió a la Football Association (FA) de Inglaterra. Aún no existía la Federación Internacional del Fútbol Asociado (FIFA), fundada ese mismo año. La entidad argentina seguiría relacionada a la FA hasta 1912, cuando por fin se inscribió en la FIFA con el nombre de Asociación Argentina de Football (AAF), siendo la primera del continente sudamericano en hacerlo. La Argentine Football Association (1903-1912)[9] y luego la Federación Argentina de Football[10] estaban manejadas por una élite dirigencial vinculada con los distintos gobiernos y los principales estamentos políticos, industriales y económicos del país. De hecho,

en 1906 el presidente de la Argentine Football Association era Florencio Martínez de Hoz, productor agropecuario, socio de la Sociedad Rural Argentina. Esta lógica sería una constante.

El Alumni, las broncas y las escisiones

Alumni, el equipo más prestigioso de la primera época[11], estaba conformado por mayoría de inmigrantes ingleses que trabajaban como empleados de empresas británicas. Fue el primer conjunto argentino que triunfó sobre los británicos, al vencer a los aficionados de Sudáfrica —con un equipo compuesto por blancos— por 1-0 en 1906. Con los hermanos Brown, dominó el fútbol del país entre 1901 y 1911; solo en 1904 y 1906 Belgrano Athletic pudo quebrar la hegemonía. También en 1904, el 16 de junio, Julio A. Roca se convirtió en el primer presidente argentino en asistir a un partido de fútbol: Alumni vs. Southampton de Inglaterra. De hecho, el mismo Roca fue protagonista de una de las primeras intervenciones estatales en el fútbol: en 1912, en un partido amistoso jugado en Buenos Aires ante un representativo brasileño, el presidente bajó al vestuario de los jugadores argentinos para pedirles que, por una cuestión diplomática, trataran de no seguir aumentando el marcador.

Desde 1906 a 1912, la polémica general estaba asociada a si el fútbol era de clase alta o si las clases populares podían acceder al fin a practicarlo con asiduidad. Pero al mismo tiempo otro debate cruzado comenzaba a definirse: el del fútbol británico y el fútbol nacional. En una primera etapa, los británicos fueron los impulsores de la actividad (1867-1906), pero con la victoria de Alumni ante los aficionados sudafricanos comenzó una segunda fase en la que ya se ponía en duda la superioridad de los “maestros”. Los criollos habían adquirido otra forma de jugar, con otra técnica, y comenzaban a superarlos. Por lo tanto, los promotores originales de este deporte ya no eran tan necesarios en el desarrollo, aunque de manera definitiva esto se palparía en 1912 por un hecho clave: ese año, por última vez, el Quilmes Athletic Club gana un título con tres de los hermanos Brown[12]. Desde allí, ya triunfarían siempre los criollos.

También durante esa temporada Gimnasia y Esgrima de Buenos

Aires (GEBA) se queja de las “compensaciones” que existían como consecuencia de la incorporación de jugadores de las clases populares. Comenzaba el problema del amateurismo marrón, con el debate sobre si el fútbol debía ser practicado por las clases más altas y acomodadas o si, por fin, podían tener cabida en él las más populares, cuya atracción por este deporte iba en notable aumento pero no reunían las condiciones económicas para una dedicación exclusiva. Varias disidencias de distinto tenor motivaron que Independiente, Estudiantes de La Plata, GEBA y Porteño se abrieran de la Argentine Football Association y fundaran la Federación Argentina de Football, con clubes de categorías inferiores que aprovecharon para saltar a la Primera de esa nueva institución. Casualidad o no, 1912 fue el año en que se realizaron elecciones bajo la vigencia de la nueva ley electoral de Sáenz Peña, ley que determinó la obligatoriedad del voto secreto y permitió a las clases populares, por primera vez, pensar en ascender al poder.

En el caso de GEBA, el club se quejó ostensiblemente de que sus socios debieran pagar la entrada para los partidos de la Selección Argentina, que se jugaban en su estadio desde 1910, sumado a que se oponía a que los jugadores recibieran pagos disimulados.

Lo de Independiente era muy distinto y su problema con la Argentine Football Association venía desde lejos. El 8 de septiembre de 1908, se vio notablemente perjudicado por el árbitro Víctor Morazzini en la final de la Copa Competencia de Tercera ante Ferro.

Los dirigentes de los “Rojos” de Avellaneda solían asistir a las reuniones de la Asamblea y del Consejo Superior de la entidad futbolística vestidos con la misma indumentaria con la que salían del trabajo y eran menospreciados por los integrantes de los clubes que tomaban las decisiones, especialmente Juan Gil (San Isidro), Luis Carbone (Racing) y Mariano Reyna (Alumni).

En 1911, Independiente estaba peleando el ascenso a Primera desde la división Extra, aún disminuido por contar con varios jugadores suspendidos, como Hospital o Balbino Ochoa (se decía que en el primero de los casos, por negarse a jugar en River y Banfield, respectivamente), pero cayó en la última fecha ante Estudiantes de La Plata (que ascendió), el 12 de noviembre de 1911, y terminó en la segunda colocación. Sin embargo, con la decisión de Alumni de

disolverse para el torneo de 1912, el cupo le correspondía a Independiente, razón por la cual resultaría sumamente polémico el mantenimiento del equipo múltiple campeón en las tres primeras fechas del campeonato, en las que no se presentó a jugar[13].

La Comisión Directiva de Independiente atribuyó al dirigente Reyna la determinación de Alumni de no renunciar a jugar en Primera al inicio de la temporada con el objeto de frenar el ascenso de los "Rojos", cuyas habituales protestas eran bloqueadas sistemáticamente en la Asociación. Aunque también responsabilizaban a Carbone, a quien vinculaban de manera estrecha con el poderoso caudillo de Avellaneda Alberto Barceló, en momentos en los que un ascenso de Independiente podía incomodar a su vecino Racing.

Pero el mayor detonante para la escisión ocurrió el 2 de junio de 1912 cuando, por el torneo de la división Intermedia, Independiente tuvo que enfrentar a Boca Juniors, y el mismo árbitro Morazzini expulsó primero al volante Ernesto Sande y luego al centrodelantero Enrique Colla (que lo agredió). Aunque su director técnico y a la vez presidente, Juan Ricardo Mogaburu, protestó los fallos, otra vez no fue tenido en cuenta. Además de que Colla fue descalificado del torneo, los "Rojos" ya tenían suspendidos al arquero Buruca Laforia, Garay e Idiarte, y les clausuraron el estadio hasta fin de año.

Así fue que Independiente tomó la decisión de escindirse de la Argentine Football Association para conformar, junto con otros disidentes como GEBA, Porteño (Palermo) y Estudiantes de La Plata (estos tres, de Primera División), la Federación Argentina de Football, a la que se sumaron otros clubes que provenían de la división Extra, como Kimberley (Núñez), Argentino de Quilmes, Atlanta y se agregó la Sociedad Sportiva Argentina, que no participaba desde 1910 y que luego renunciaría al torneo.

Esta salida de los equipos dejó a su vez a la Argentine Football Association con apenas seis clubes en Primera, por lo cual se decidió que no hubiera descensos (River Plate había sido el último de la tabla, y de esta forma evitó bajar a la categoría siguiente). En tanto, se decidió el ascenso de varios equipos de la división siguiente: Platense, Boca Juniors, Estudiantil Porteño, Olivos, Comercio, Riachuelo, mientras que Ferro ya había logrado subir

porque había ganado el torneo de ascenso. También se sumó Banfield, campeón de Segunda (que en verdad era la Tercera) y se cursó una invitación especial a Ferro Carril Sud para llegar a la totalidad de 15 equipos.

El año 1912, además, marcó el inicio del dominio de Racing Club en la Asociación Argentina. Racing fue el primer equipo compuesto totalmente por criollos de origen proletario: La Academia, con jugadores como Olázar, Ochoa, Perinetti, Betular, Hospital, fue campeona siete años consecutivos entre 1913 y 1919. Claro que hay una explicación extrafutbolística a tanto dominio racinguista: además de su brillante juego, su ya señalada muy buena relación con el caudillo de Avellaneda Alberto Barceló, intendente entre 1909 y 1932, que les entregaba refrescantes empleos municipales a los jugadores para que se dedicaran solo a jugar (otra vez el clásico amateurismo marrón, que ya aparecía con toda su fuerza). Los darseneros de River Plate, por ejemplo, tenían graves problemas para conseguir armar un equipo fuerte como Racing, por falta de esos padrinos.

Hasta 1900, se habían fundado seis equipos en el fútbol argentino, y entre 1901 y 1910 fueron 24, lo cual muestra el enorme crecimiento que este deporte iba teniendo en la sociedad. Por lo general, se trataba de empresas románticas, con grupos de jóvenes reunidos en plazas o cerca del puerto, ideando colores, poniendo dinero de sus bolsillos, con sus allegados como proveedores de indumentaria para poder participar en los distintos torneos.

El debate acerca de cuántos equipos representan el número lógico para que un torneo cumpla con los requisitos de equilibrio, con el fin de mantener la calidad, no es solo de este tiempo: ya en 1913 y 1914, la Argentine Football Association organizaba un torneo de Primera con 15 equipos y uno de Segunda con 13. La Federación Argentina, por su parte, organizaba uno de Primera con 10 y uno de Segunda con 8. Es decir que había 46 equipos disputando los torneos, divididos en dos instituciones. Estas volverían a fusionarse a fines de 1914, aunque ahora con un nombre ya más castellanizado, como era lógico en esos tiempos de cambios y de criollización: se llamarían Asociación Argentina de Football (AAF). Desde ese momento, el número de equipos de Primera se elevó a

25. Entonces, la Asociación comenzó con la idea de reducir equipos con una política de descensos, para llevarla a 20 clubes en Primera en 1918.

De todos modos, las diferencias entre las dos instituciones fusionadas persistían y estaban relacionadas con los clubes que pertenecían a clases más altas, y que podían dedicarse al deporte sin dificultades, y aquellos de raigambre popular, cuyos jugadores necesitaban de un sueldo que justificara su dedicación o simplemente quedaban excluidos de la alta competencia. El gran dilema era cómo equipararlos y cómo partir de cierta igualdad de condiciones.

Así fue que el crecimiento de los clubes más populares se debió al arraigo barrial y los éxitos deportivos, muchas veces basados en que los de clase alta ponían demasiadas condiciones para asociarse o practicar. En los clubes nuevos y barriales, con algo de amateurismo marrón —los clubes tradicionales se negaban a ello—, los cracks no tenían esos problemas. Es decir que, para ese tiempo, una clara división era la de clubes de fútbol (los de gran atracción popular) y clubes con fútbol (GEBA y San Isidro, por ejemplo).

Puede decirse, entonces, que esta situación entre el amateurismo y el profesionalismo generaría una fuente permanente de contradicciones. Mientras unos continuaban vinculados a una élite, los otros fomentaban la presencia multicultural de inmigrantes. Los clubes ofrecían un marco de integración, con el barrio como eje del nucleamiento social, y esto ayudaba incluso a superar diferencias idiomáticas y culturales.

La convivencia dentro de la AAF iba a continuar con los mismos parámetros: clubes ya asentados con un gran apoyo popular, aunque con jugadores que se las rebuscaban para encontrar quienes les solventaran la actividad, y entidades que no tenían que padecer esta problemática y que miraban de reojo a los otros. Los estatutos daban el poder del gobierno a un Consejo Superior del que dependía un Consejo Divisional integrado por delegados de los clubes. La asamblea que elegía al Consejo Superior estaba compuesta por los representantes de los clubes de Primera (20), de la división Intermedia de Ascenso (22), Segunda y Tercera. Uno de los grandes problemas del fútbol argentino empezaba a asomar, el

de la representatividad. El gran debate comenzaba a plantearse: si la democratización consistía en la igualdad de participación de todos los clubes o si aquellos que tenían mucha mayor cantidad de aficionados merecían tener más voz y voto. En otras palabras, ¿la representatividad del fútbol argentino debía estar ligada a la Cámara de Senadores, en cuyo recinto cada provincia tiene el mismo número de votos, o a la Cámara de Diputados, donde el elemento clave es la cantidad de habitantes?[14]

En medio de este gran conflicto, en 1916 hubo un impasse para albergar la primera edición de la Copa América, al celebrarse el Centenario de la Independencia, con la participación de Uruguay, Chile y Brasil. En una tertulia en Buenos Aires, el dirigente uruguayo de Montevideo Wanderers Héctor Rivadavia Gómez[15] le puso el nombre que lleva hasta hoy. El 9 de julio de 1916 nació la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol), con las firmas de los doctores Juan Blengio Rocca (Uruguay), Álvaro Zamith (Brasil), Juan Esteban Ortúzar (Chile) y el argentino Adolfo Orma. Allí se decidió que la copa se jugara cada año, con sede cambiada.

La gran división

El 26 de agosto de 1919, el Consejo Superior de la AAF apercibió a River, Racing, Independiente, Estudiantil Porteño, Platense y Tigre para que designaran a sus delegados en el Consejo Divisional, pero estos no aceptaron y el Consejo Superior los desafilió. Ese hecho provocó la suspensión del campeonato. El 10 de septiembre se reunieron los desafiliados junto a San Isidro, Defensores de Belgrano, Gimnasia y Esgrima de La Plata, San Lorenzo, Estudiantes de Buenos Aires, Sportivo Barracas, Atlanta, todos de Primera División, para solidarizarse con Racing y River. Pedían que se revocara la medida en cinco días. Estos 14 clubes serían expulsados por el Consejo Superior de la Asociación Argentina de Football. Estos hechos se produjeron, además, en ausencia del presidente de la AAF, Ricardo Aldao, quien se encontraba en Europa y renunció al regresar.

La AAF seguía siendo dirigida por una élite[16] y la situación explotó con el cisma de 1919. La historia del cisma comenzó con dos hechos fundamentales: el club Columbian, de Primera, fue cooptado por Almagro, de Intermedia (Segunda), para usufructuar la plaza con su nombre, lo cual estaba prohibido. Fue una vulgar compra de plaza al mejor estilo de la Liga Nacional de Básquetbol[17]. Se inscribió como Sportivo Almagro y fue un escándalo, porque el Consejo Superior de la AAF lo avaló, con Ricardo Aldao, el presidente, en el exterior.

El otro punto importante fue el conflicto que ya entonces tenía Vélez Sarsfield con el poder constituido (algo que con el tiempo sería otra constante). El Tribunal de Penas suspendió equivocadamente a Miguel Fontana, jugador de ese equipo, pese a que era su hermano Juan el que había sido expulsado ante San Telmo el 11 de mayo de 1919. Los dirigentes de Vélez apelaron por el cambio de sanción; Miguel Fontana jugó los cuatro partidos que el equipo ganó, pero esos cuatro rivales —Unión de Caseros,

Excursionistas, Del Plata y Sportivo Avellaneda— reclamaron los puntos alertados por el propio Tribunal, que no veía con buenos ojos el ascenso de Vélez, de criterio independiente. Con los 8 puntos que el Tribunal quitó a Vélez (en ese tiempo, eran dos puntos por partido ganado), protestaron clubes como Racing, River, Independiente, Estudiantil Porteño, Platense y Quilmes, entre otros. Todos ellos se reunieron en el edificio de La Prensa el 19 de septiembre. Exigían un cuerpo ejecutivo con todos los representantes de primera, pero los que tenían el poder no cedían y el 22 decidieron crear la Asociación Amateurs de Football. En la vieja asociación aún quedaron Boca, Estudiantes de La Plata, Huracán, Sportivo Almagro, Eureka y Porteño. Nuevamente, dos instituciones regían el fútbol argentino. En 1920, participaron 10 equipos en la Asociación Argentina y 19 en la Amateurs.

La Asociación Argentina, la de Boca y Huracán, sostenía que la escisión se había producido porque varios de los clubes afiliados “tenían un deliberado desconocimiento de sus funciones y atribuciones que el Estado concede al Consejo Superior”. Los disidentes decían, en cambio, que los de la Asociación Argentina eran dirigentes que querían “conservar a toda costa cargos a los que solo pudieron llegar por el voto de las divisiones inferiores, usurpando la representación de clubes importantes”[18].

En Vélez, una asamblea fundamental en su historia puso de manifiesto una duda: o bien continuar en una AAF con la que no tenía buena relación, aunque esto implicaba seguir en Primera y disputar así la muy importante Copa Competencia (se jugó hasta 1920 e incluía equipos uruguayos y rosarinos), o bien ir a la Asociación Amateurs, en la que no había garantías de avanzar deportivamente. Concurrieron 318 socios sobre 400 afiliados, y la votación acabó 317-1. Se optó por lo segundo, debido a la importante intervención del entonces joven vocal José Amalfitani[19], que alegaba “las malas artes con las que se le han restado puntos conquistados en el field, defraudando de ese modo tan ruin las también legítimas esperanzas de sus socios”[20].

El caso contrario al de Vélez fue el de Sportivo Barracas, cuyo presidente, Domingo Arbó, cara visible de la AAF y quien había avalado la maniobra de Sportivo Almagro y había criticado

ácidamente a los rebeldes de la Asociación Amateurs, de repente aceptaba reunirse con esos mismos dirigentes y pegar el salto. Las malas lenguas hablaron de un cheque de 30.000 dólares para construir su estadio por parte del presidente de la Asociación Amateurs, Adrián Beccar Varela[21]. Sin embargo, no duró mucho allí y al poco tiempo regresaría a la AAF, aunque no solo porque algunos clubes, como Racing, no quisieron seguir ayudando (por intereses que se cruzaban zonalmente con los suyos). El motivo estuvo ligado a la afiliación de la AAF a la FIFA cuando Sportivo Barracas ambicionaba construir aquel estadio para partidos internacionales y necesitaba una buena relación con el organismo internacional. El diario Crítica llegó a denominarlo “Sportivo Media Vuelta”[22].

En 1919, Federico Luzio, del Club Progreso, era designado presidente de la AAF, en buena parte gracias a sus vínculos con Roberto Marcelino Ortiz, joven abogado que luego sería presidente argentino en 1938 y que en 1920 fue electo diputado nacional por la Unión Cívica Radical (UCR). Más tarde sería parte del llamado Fraude Patriótico Liberal-Conservador.

El diario Crítica, que cubría de lleno el fútbol argentino con un estilo mordaz, ya caracterizaba a los dirigentes de la época: “Un club, por ‘muy prestigioso’, ‘muy caballeresco’ y muchos otros ‘muy’ por el estilo, tiene dirigentes que extravían fondos sociales, o aumentan las salidas con la adaptación de modas nuevas. Eso se nota con el comienzo de las estaciones ante los nuevos surtidos de Harrods o Gath y Cháves”[23].

La incipiente miopía dirigencial

En 1921, Argentina era nuevamente sede de la Copa América, pero el fútbol local se encontraba dividido, como tantas otras veces. Sportivo Barracas ya se había cambiado de bando para poder capitalizar su nuevo estadio, para lo cual necesitaba pertenecer a la Asociación Argentina, que estaba afiliada a la Conmebol y a la FIFA. Estas mismas escisiones se produjeron en Rosario y Montevideo. Rosario Central se separó de la Liga Rosarina, que se mantendría en la Asociación Argentina. Aprovechando los Juegos Olímpicos de Amberes en 1920, comenzaron a venir a Argentina equipos europeos para jugar en Sportivo Barracas. Las buenas actuaciones de equipos argentinos y uruguayos hicieron pensar al dirigente oriental Atilio Narancio que podía ser bueno presentarse en los juegos siguientes de París (1924). Por desgracia, la dirigencia argentina no hizo lo mismo, y finalmente el equipo nacional no concurrió. También estas equivocaciones, faltas de visión de futuro y estos conflictos serían moneda corriente a lo largo de la historia.

Luego de los permanentes cambios de geografía de los clubes, por el enorme crecimiento urbano, el incremento de la cantidad de espectadores en los partidos y la ocupación de espacios públicos, a mediados de la década de 1920 se fueron asentando y la organización aumentó su exigencia para los campeonatos: inspecciones municipales para comprobar la capacidad de estadios; medidas reglamentarias; afiliaciones en suspenso por incumplimientos. Todo esto tenía que ver con la búsqueda del orden y el disciplinamiento social. Así se dio una natural selección de clubes que sobrevivieron y otros que fueron desapareciendo o ya compitieron de manera marginal[24].

Con la salida de la mayoría de los equipos a la Asociación Amateurs, solo quedaron seis en la AAF, y hubo que ascender a muchos para que se sumaran a Boca, Estudiantes de La Plata, Eureka, Huracán, Porteño y Sportivo Almagro. Así, ascendieron

para 1920 los campeones y subcampeones de los tres torneos de Intermedia en sus divisiones Norte, Sud y Oeste: Banfield, Lanús, Del Plata, Nueva Chicago, Sportivo del Norte y Palermo. A su vez, Sportivo Palermo, tercero en la zona Norte, no había conseguido llegar a Primera, pero quería hacerlo de cualquier manera. Ofrecieron comprar la plaza a San Fernando, All Boys y El Porvenir, sin resultados. Y también así fue que apareció Eureka, club con muchos problemas para soportar su permanencia en Primera, dispuesto a vender su plaza, aunque esto estaba estrictamente prohibido por el reglamento de la AAF. Sin embargo, fue el propio gerente de la AAF, Pastor Urruti, el que les avisó a los dirigentes de Eureka (a su presidente Luis Lombardi) de la necesidad de Sportivo Palermo. "Hay un farmacéutico con mucha guita, apellidado Sosa, antiguo socio y dirigente de Sportivo Palermo. ¿Por qué no van a verlo?"[25] El diario Crítica lo grafica con claridad: "Fueron 3.000 pesos para Eureka, 1.300 de coimas varias; un empréstito de la Asociación Argentina de 2.000 pesos concedidos al Sportivo Palermo fue directamente entregado a los directivos del Eureka. El mismo se gestionó con el fin de arreglar el campo de juego. Se despachó con la velocidad del rayo…"[26]. Así fue que Eureka desapareció al poco tiempo, vendiendo su sede social, y su secretaría se mudó a donde funcionaba la de Sportivo Palermo, en la calle Godoy Cruz. Los jugadores del Eureka quedaron en libertad de acción. Hubo pocas disidencias por esta venta de plaza en la AAF. Apenas el concejal radical Alberto Valabella, delegado del club Porteño, que renunció a su cargo: "Callarse es dar patente de legitimidad al hecho", sostuvo[27].

El panorama, entonces, era de dos entidades futbolísticas diferentes, y además, con una selección argentina cada una. En la AAF, el dominio político de Boca y Huracán era notable. "Las reuniones del Consejo y de Comisiones Divisionales se convertían por momentos en un campo de batalla donde cada uno trataba de lograr las mejores posiciones y donde las acusaciones y recriminaciones eran moneda corriente", señala el historiador Jorge Iwanczuk, gran investigador de la etapa amateur[28].

En 1921, con casi todas las federaciones divididas entre sí, llegó una invitación de la Federación Chilena a la Asociación Amateurs para que la Selección Argentina jugara un partido por el aniversario de la

independencia de ese país. Pero al hacerlo a esta Asociación, que no era la afiliada a la Conmebol, se provocó una gran controversia, aunque finalmente el equipo argentino viajó a Chile. Como se pidió una dura sanción a la Federación Chilena por lo ocurrido, esta decidió retirar el equipo para la Copa América de Argentina. Aun así, el Congreso fue muy duro; Chile se alió a Uruguay, Brasil y Paraguay reclamando la unificación de las federaciones argentinas y poniendo como plazo el 31 de enero de 1922.

El torneo se jugó en Sportivo Barracas y Argentina fue campeón al vencer a Brasil 1-0 en la final con gol de Julio Libonatti (que luego sería el primer jugador argentino que emigraría a Europa). Lo extraño fue que la Asociación Amateurs le había dado la espalda al torneo y su campeonato se seguía jugando durante el evento sudamericano. Esto motivó un duro editorial de Crítica:

"¿Qué dicen ahora los dirigentes amateuristas? ¿Arrastra o no arrastra público la Asociación Argentina? Se ha dicho que la Asociación Argentina no contaba con el apoyo popular. ¿Quieren decirnos los señores dirigentes de la Asociación Amateurs quiénes eran los que ayer en número de 40.000 personas circundaron el estadio de Sportivo Barracas? ¿Eran amateuristas? ¿Y entonces por qué no fueron a ver los partidos organizados por esta institución? Para la Asociación Argentina, el éxito no puede ser más lisonjero pues pone de manifiesto ante los ojos de los propios delegados extranjeros las mentiras, las intrigas y las intencionales campañas de difamación con que ha procedido en todo momento la Asociación Amateurs. El éxito de ayer ha sido un cachetazo dado por nuestros aficionados a los escrupulosos dirigentes amateuristas. Merecido se lo tenían. Y eso que se gastaron unos pesitos en repartir panfletos ignominiosos. ¡Cretinos!"[29]

Fútbol, profesionalismo y política

El diario Crítica, que tuvo un rol fundamental en estos años, se preguntaba en 1921 por qué no transitar el camino hacia el profesionalismo[30]. El su libro Héroes de tiento, Carlos Aira cuenta que en verdad sí había ya una idea clara de profesionalismo en 1921, como lo refleja el diario El Telégrafo de la Tarde, que sostiene que implementar del profesionalismo "es moral y perfectamente lícito", y agrega:

"El proyecto tendría un capital social de 800.000 pesos con el aporte capitalista de Luis Barolo, los hermanos Gerino, actuales empresarios de los teatros Liceo y San Martín, de Enrique De Roberts y un fuerte empresario de La Boca llamado Emilio Meincke. La idea es comprar el estadio de Sportivo Barracas y levantar tribunas para 80.000 personas. Se firmarán contratos con equipos profesionales de Inglaterra para que vengan a la Argentina. Se tomarán seis equipos estables, dos a base de profesionales británicos, que luego se distribuirán al resto de los equipos para darle color a la competencia[31]."

Sin embargo, el profesionalismo tardaría una década en llegar. El fútbol ya era de práctica universal en toda la Argentina. Se fundaban clubes, como también la sociedad civil creaba escuelas, establecimientos religiosos, sindicatos, sociedades recreativas y de fomento, mutuales y cooperativas. Ya se habían fundado 21 clubes más entre 1911 y 1921, que se sumaron a los 51 de la primera década, y otros nueve se agregarían entre 1921 y 1930.

En 1922, el fútbol argentino estuvo cerca de recibir en su seno a equipos uruguayos, cuando José María Sosa, dirigente del Partido Colorado y presidente de Peñarol, casi provoca un cisma en la

Asociación Uruguaya de Fútbol (AUF). Sosa reunió a los clubes rupturistas Montevideo Wanderers, Uruguay Onward, Liverpool y Dublín, para llevarlos a jugar en el torneo de la Asociación Amateurs, y ya se pensaba en un gran campeonato a ambas márgenes del Río de la Plata. La AAF los llegó a llamar "carneros" y pidió a la AUF que los desafiliara.

En 1923 se inauguró el estadio de River, en ese momento el más grande del país, lo cual significaba un salto cualitativo. River lo había construido con aportes privados y bonos, y no como Sportivo Barracas, que había recibido 30.000 pesos de la Cámara de Diputados, o Boca, que había recibido la misma cifra para su estadio, pero del Concejo Deliberante. Ya desde esos tiempos, la dirigencia del fútbol había entendido que, como en tantos otros rubros de la vida cotidiana, se podía vivir de los recursos del Estado, tal como sucedería en la relación que mantuvo la oligarquía argentina hasta el presente. El Estado pasaría a ser uno de los vitales sostenes de la actividad, si no directamente el principal en algunas épocas. La importancia que iba tomando el fútbol como fenómeno de masas fue tan espectacular, que la dirigencia política, muchas veces coincidente con la del deporte, o en última instancia relacionada con ella, iniciaría una etapa de protección de la actividad y la creciente industria del balompié.

Justamente en 1923, por disposición municipal, los clubes debieron empezar a abonar el impuesto de barrido y limpieza como si fueran terrenos baldíos. El concejal socialista Andrés Vente presentó un proyecto para eximir a los clubes de esos pagos aduciendo que ya hacían un gran esfuerzo construyendo sus campos de deportes, y que esos impuestos atentaban contra sus proyectos.

Para continuar con la vinculación entre el fútbol y la política, la AAF estaba presidida por Aldo Cantoni, socialista, quien había sido presidente de Huracán (1917-1918) y que volvería a serlo entre 1933 y 1934, y también retornaría a la AAF en 1926. Fue senador nacional por San Juan, gobernador de San Juan y fundador y dirigente del Partido Bloquista. Cantoni sería reemplazado en 1924 por Virgilio Tedín Uriburu (1924-1925) —sobrino de José Evaristo Uriburu—, quien luego sería presidente de Chacarita (1925-1926) y a su vez había sido juez de Paz en la Capital Federal (1900-1906) y

vicepresidente (1922) y presidente (1923) del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires. Era abogado, productor agropecuario y docente universitario. En la AAF, Tedín Uriburu coincidió con Beccar Varela en la Asociación Amateurs. Los dos habían egresado del Colegio Nacional Central[32].

Por esos tiempos, los dirigentes de las asociaciones nacionales y de cada uno de los clubes ya tenían en claro que para poder avanzar institucionalmente, o para tener una cierta estabilidad en las competencias, resultaba fundamental tejer buenas relaciones políticas con el poder de turno. Esta sería otra constante en el fútbol argentino: partir de la base de que no se trata solo de una competencia deportiva; fuera del ámbito del deporte, hay muchos otros elementos que juegan su partido. Los clubes necesitaban un padrinazgo fuerte, de algún caudillo con llegada al Gobierno. Así, las relaciones sociales fuera del fútbol se reproducían dentro de él, con doble provecho: para los clubes, el beneficio, y para los caudillos, la visibilidad. Todos iban entendiendo que estas ya eran las reglas de juego y que seguirían siendo así incluso un siglo más tarde.

San Lorenzo, por ejemplo, tenía como vicepresidente a Pedro Bidegain (UCR), con quien reconstruye el Gasómetro para 75.000 personas. Gimnasia, por su parte, reunía presencia radical en esos años, con fructífera relación entre la dirigencia y el Gobierno hasta el golpe de 1930. En 1924, el entonces gobernador de Buenos Aires, Luis Monteverde, le concedió un subsidio al club para la construcción de su sede social, pero recibió otro mayor del Gobierno Nacional, que le permitió erigir una más grande que la que iba a reedificar. Se designaron como padrinos al presidente de la Nación, Marcelo T. de Alvear, y al ex gobernador José L. Cantilo; en 1926, el entonces gobernador Valentín Vergara acudió al acto de inauguración. Por ese tiempo, el presidente del club era Augusto Liliedal, radical, que había sido funcionario en distintos cargos en la provincia. Además, el 26 de abril de 1924, el Gobierno provincial le había cedido un terreno en 60 y 118 para la construcción del estadio en el Paseo del Bosque. A la inauguración se invitó a toda clase de funcionarios. Hacia fines de los años veinte, comenzó a montarse la tribuna oficial, de cemento, gracias al aporte estatal, bajo la presidencia de Juan C. Zerrillo, que había tenido varios

cargos en el Gobierno radical (entre otros, senador y diputado). Con el golpe de Estado de 1930, renunciaría Zerrillo y Gimnasia ya no sería beneficiado.

También Belgrano (1929) y Talleres (1931), en Córdoba, construyeron estadios de cemento gracias a contactos políticos locales, y todos los partidos importantes se jugaban allí, porque el resto de los clubes de la provincia no podía acceder a esos créditos. Es decir que en varias provincias argentinas la situación se repetía: el contacto entre el fútbol y la política resultaría fundamental, aun cuando las asociaciones argentinas mantenían una estructura amateur y no integraban en su seno a la mayoría de las provincias.

En diciembre de 1923, el presidente Marcelo T. de Alvear había fundado el Comité Olímpico Argentino (COA) y había colocado de presidente a Ricardo Aldao, que en 1912 se había peleado con la AAF y había creado la Federación Argentina. El COA sería el nuevo botín de disputa entre la AAF y la Asociación Amateurs. Quedaban apenas meses para los Juegos Olímpicos de París y Aldao le comentó en el verano a Beccar Varela (presidente de la Amateurs) que su idea era llevar el mejor equipo posible, no importara de dónde vinieran los jugadores, pero que si en marzo no había equipo, no habría participación. Al contrario, el presidente de la vecina AUF, Atilio Narancio, hipotecó su casa para que el equipo viajara a Francia en tercera clase, y salió campeón. Llegado marzo, en Argentina no hubo acuerdo en el fútbol, y el COA, que tenía su sede en donde hoy es la de la AFA, Viamonte 1366, le comunicó al Comité Olímpico Internacional (COI) que no viajaría. Crítica, entonces, publicó un artículo que se titulaba “Mientras tanto… los argentinos miramos”, que decía:

“Las rencillas caseras, las ambiciones personales, han impedido que nuestra representación footbalística diera una oportunidad a nuestros aficionados a festejar, como lo están haciendo los uruguayos, victorias nuestras. El equipo argentino no viajó a París por la intransigencia de cuatro señores empeñados en desconocer la organización deportiva internacional y en obstruir nuestra unión deportiva. La AAF, con un gesto patriótico que la eleva, accedió a reconocer elementos que con su indisciplina manifiesta provocaron

el cisma del popular deporte. Pero el Comité Olímpico Argentino no se conformaba con esa concepción porque quería hacer primar en nuestro país a los disolventes…[33]”

Cuestión de estilo

Por entonces, y con el éxito de la selección uruguaya en los Juegos Olímpicos de París en 1924, el estilo criollo iba desentendiéndose del de sus antepasados, gracias a un juego basado en el aspecto individual, como las gambetas, las bicicletas y las marianelas. Así se fue consolidando una manera muy diferente de jugar a la de los originarios ingleses.

En marzo de 1924, la dirigencia de la AAF contrató los servicios del club inglés Plymouth Argyle, de la Tercera (subcampeón) pagando 120.000 pesos por la disputa de seis partidos. Un arreglo similar al que había tenido la Asociación Amateurs con el Lanark escocés. En el primer encuentro, los ingleses, vestidos de verde, ganaron 1-0 en el estadio de Sportivo Barracas, aunque la prensa sostenía que “no mostraron nada novedoso con relación a visitas anteriores”[34]. En el segundo partido, el equipo argentino venció a “Los Loritos” (como los llamaron por el color de las camisetas) 3-0 con dos goles de Gabino Sosa (allí nació aquel mito del “Payador de la Redonda”) y Manuel Seoane. Los ingleses jugaron otros dos amistosos en Rosario, empatando 0-0 y perdiendo 2-1 contra Newell’s Old Boys; luego le ganaron 1-0 al seleccionado de la AAF, y por último perdieron ante Argentina 1-0 vistiendo la camiseta de Alumni como homenaje a este equipo. A partir de esta visita, El Telégrafo de la Tarde, con la firma de Nicasio, publicó un poema que marcaba la tendencia del momento.

El consenso era unánime. Ya los ingleses no tenían nada que enseñar al fútbol argentino y hasta había cierto aire de superioridad: en las canchas argentinas, se jugaba mucho mejor y con mayor inventiva. Ya no tenía sentido seguir pagando a equipos británicos para que vinieran de visita. El diario Crítica llegó a sentenciar:

“A los aficionados no les interesa más el juego de los “Argyle”, que tan brillante campaña realizaron en la Liga Sur de Inglaterra. Una vez conocido el juego, desaparece el interés. Ocurrió lo mismo con los escoceses que nos visitaron el año pasado… ¿Qué enseñanza nos dejaron? Los escoceses, la práctica de dar córners en momentos de apuro; y estos del Plymouth, la colocación en la cancha, cosa que no necesitábamos que ellos nos la enseñaran pues que ya la sabíamos de memoria y si no la hemos puesto en práctica es porque sencillamente no tenemos tiempo porque no somos profesionales[35].”

A propósito del definitivo asentamiento del fútbol criollo sobre el inglés, el investigador Eduardo Archetti sostiene que la victoria de la selección uruguaya en los Juegos de París (1924) y la gira de Boca por Europa (1925) confirmaron la existencia de un “fútbol rioplatense”[36]. También dice que hasta 1925 los jugadores argentinos eran más ingleses que los uruguayos, y esto, visto incluso desde la óptica de los propios jugadores uruguayos.

En 1928, el periodista Ricardo Lorenzo, “Borocotó”, desarrolló la teoría de la “Gambeta Criolla”, que elaboró en 1950. Sostenía que las transformaciones para este estilo solo podían provenir de los descendientes de inmigrantes latinos, gracias a “la libertad de los pibes criollos”, que aprendieron a jugar espontáneamente en los potreros, sin maestros. Esa era la diferencia con respecto a Inglaterra, en la que el fútbol formaba parte del sistema escolar. La evolución del fútbol de origen británico en Argentina estaba relacionada con la implementación del sistema educativo británico, y por eso los grandes clubes británicos de la época habían surgido de instituciones educativas. En cambio, Borocotó recuerda que el fútbol argentino se hizo conocido en el mundo a través de la gambeta, y los jugadores argentinos que emigraban eran mejores gambeteadores que los locales[37].

Chantecler, otro destacado periodista de El Gráfico, también desarrolló una teoría sobre el fútbol criollo: la gambeta como expresión del cuerpo, manifestación esencial del carácter criollo. Expresa la habilidad y la astucia del criollo, opuestas a la carencia de arte del británico[38]. Entonces, a los principios fundamentales

de la teoría de Borocotó, que incluye la pura imaginación del pibe, se les debe agregar el componente de la astucia[39]. Para Chantecler, los británicos son fríos y matemáticos y, por eso, juegan un fútbol "aprendido". En contraste, los rioplatenses, cálidos y capaces de improvisar, juegan un fútbol "inspirado". A su vez, dice que los argentinos juegan con el corazón, son más rápidos y agresivos, mientras que los uruguayos juegan con la cabeza, son más calmos y románticos[40]. Chantecler desarrolla la idea del "crisol de razas": "Un criollo no nace, se hace". El estilo criollo se basaba, por contraposición al británico, en el juego al ras del suelo, como la Pampa, contra el aéreo de sus antecesores, a los que fue venciendo hasta no necesitarlos.

La fusión llega hasta la Presidencia de la Nación

Era tal el crecimiento de la industria del fútbol, que siguieron apareciendo nuevos trabajos y personajes; entre ellos, los agentes. Así fue que, para 1925, Estudiantes de La Plata presentó una nota oficial para que se sancionara un reglamento para los pases de futbolistas que contemplara el tema de los agentes, que ya pululaban sobre ellos. Se refería a "situaciones que les crean (a los clubes) individuos sin escrúpulos constituidos en verdaderos empresarios para la obtención del concurso de jugadores, en perjuicio de los clubes", pero también sostenía que "hay clubes que mediante retribuciones obtienen y aseguran el concurso de jugadores en sus equipos. No les interesa formarlos en las divisiones inferiores, no haciendo así nada por el fomento del deporte y constituyendo una amenaza constante"[41].

Si había un medio con peso en la opinión pública que aparecía como fiscal de la organización del fútbol, era sin dudas el diario Crítica, por lo que no extrañó que, para principios de 1926, un grupo de dirigentes encabezados por el ex presidente Aldo Cantoni convenciera al periodista Natalio Botana para que se hiciera cargo de la AAF. Entre otros proyectos, Botana quería construir un megaestadio para 150.000 personas en la Sociedad Sportiva de Palermo, pero el terreno fue tomado por el Ministerio de Guerra, que decidió edificar allí el Campo Argentino de Polo. Era claro quién mandaba. Botana, de todos modos, fue tendiendo puentes con la Asociación Amateurs, que a su vez creó la Segunda División (una manera de atraer en el futuro a los clubes chicos de la AAF). Botana puso el pie en el acelerador e hizo jugar un partido entre Racing Club, el más popular de la Amateurs, y Colegiales, el equipo sensación de la AAF. Esto generó malestar y rebeldía. Se propuso un voto de censura contra Botana, al que amparaba el diario Crítica (donde había trabajado), y Colegiales decidió pasarse a la Amateurs. Mientras, dado que Sportivo Barracas había puesto la cancha, también fue sancionado. Botana renunció. Volvió entonces

Aldo Cantoni, pero la espantada ya era general y se habían ido All Boys, Nueva Chicago, El Porvenir y Adrogué. La AAF estaba herida de muerte.

El 14 de octubre, de manera sigilosa (aunque el diario La Argentina los encontró y publicó la información), se reunieron en un despacho del Senado Cantoni (AAF), Beccar Varela (Amateurs) y el presidente Marcelo T. de Alvear para dialogar sobre la posible fusión. Si bien Julio Roca había tenido alguna pequeña relación con el fútbol, la de Alvear era la primera gran incursión de la política en este deporte, incidiendo directamente entre sus dirigentes. Desde ese momento, no habría mandatario argentino que no le prestara especial.

El 12 de noviembre, por fin, lauda entre ambas asociaciones el presidente Marcelo T. de Alvear. La necesidad de refusionarse era respaldada por un cambio reglamentario en la FIFA en el Congreso de Roma, que permitía rever las afiliaciones "cuando la institución a la que fuere acordada hubiese perdido la representación del football nacional"[42].

Otro punto era la permanente indisciplina en ambas entidades. Por ejemplo, cuando un jugador era suspendido en una, se pasaba a un club de la otra (el excepcional insider Manuel Seoane jugaba para Independiente y para El Porvenir y hasta formó parte de la gira de 1925 por Europa con Boca).

Nunca fue tan clara la mediación presidencial hasta entonces:

"En mi carácter de árbitro para dirimir las cuestiones que dividen a la dirección del football argentino, designado por el señor Presidente de la Asociación Argentina de Football, doctor Aldo Cantoni, y por el señor Presidente de la Asociación Amateurs de Football, doctor Adrián Beccar Varela, según así resulta de la nota por ellos suscripta [...] resuelvo: 1ro- La Asociación Argentina de Football y la Asociación Amateurs de Football deben fusionarse constituyendo una sola institución que se denominará "Asociación Amateur Argentina de Football"; 2do- Se convocará a una Asamblea con los clubes de Primera de las dos, que será citada por los dos presidentes y con quórum de la mitad más uno de sus miembros

para determinar cuál de los estatutos regirá; 3ro- Se designará un presidente para los ejercicios 1926 y 1927.”

El Punto 4to determinaba qué equipos debían jugar en la Primera A. En el quinto punto se instaba a notificar de la fusión en 48 horas a la Conmebol y a la FIFA.

Sin dudas, este laudo, en buena forma, retrotraía la situación del fútbol argentino a 1919, y el triunfo era para la Asociación Amateurs, que iba cooptando a todos los clubes de mayor convocatoria, algo que ya venía notando la dirigencia de la AAF sin poder torcerlo. Ahora, de los 19 delegados, 13 eran de la Amateurs y apenas seis de la AAF. El panorama se presentaba evidente, y esto quedaría bien claro en el discurso de Beccar Varela, el dirigente “triunfante”, en la asamblea siguiente:

“El Sr. Presidente de la Nación, con criterio claro, con espíritu patriótico y con saber de estadista que tiene trazada una sola línea y un concepto definido de su autoridad, ha entregado la solución de los problemas vitales del football argentino a las entidades más antiguas, de mayor arraigo y de mayor potencialidad directriz: a las instituciones que en las épocas iniciales e inciertas de este deporte, sin reparar en sacrificios y venciendo todas las dificultades, echaron la semilla que debía fecundizar en toda la República en forma sorprendente y jamás imaginada[43].”

Un dato político relevante de la nueva Asociación Amateur Argentina de Football (AAAF) era que reconocía a la Confederación Nacional de Football de la República Argentina, delegando en su Consejo Permanente la solución de los conflictos que afectaban al interior del país (porque se había constituido una confederación de ligas provinciales en la Asociación Amateurs, que ahora retomaba la asociación fusionada). De esta manera, además de la fusión entre las dos entidades, se daba un paso importante para buscar abarcar todo el país, y no solo el ámbito de la Capital y la provincia de

Buenos Aires. Y por si aún quedaba alguna duda sobre cuál había sido la asociación ganadora en el conflicto, se jugaría con los estatutos y reglamentos de la Amateurs. Beccar Varela era elegido presidente, como no podía ser de otra forma.

Ya con el fútbol argentino fusionado, en 1928 ocurrieron dos hechos importantes: la construcción del estadio de cemento de Independiente, la llamada "Doble visera", y la realización de los Juegos Olímpicos de Ámsterdam, a los que, ahora sí, la delegación argentina estaba dispuesta a viajar y participar con todo su potencial, perdida la chance de 1924 en París.

El estadio de Independiente, el primero de cemento, se construyó en las mismas tierras en las que había estado su anterior estadio de Crucecita, que desapareció por un incendio que, muchos creen, fue provocado por Barceló, el intendente cercano a Racing. El estadio había sido ideado por el dirigente Pedro Canaveri en 1923.

En cuanto a los Juegos de Ámsterdam, la AAAF decide ir con todo, con una gran delegación y con tiempo para amistosos de preparación en Europa. Sin embargo, el periodista Hugo Marini, enviado de Crítica, se queja de la actitud de estrella de algunos jugadores: "De los 22 —escribía—, solo ocho o nueve (se) entrenan. El entrenador Lago cree que no es posible obligarlos a hacer training con el frío que hace a las siete de la mañana sin que cada jugador tenga el sweater de abrigo. Desde el hotel a la cancha hay 300 metros. Ese trayecto hay que hacerlo con el uniforme. Los sweaters no se compraron porque la AAAF no autorizó a los delegados"[44].

La final se jugó ante Uruguay. En semifinales, aunque se le había ganado 6-0 a Egipto, se lesionó la figura Roberto Cherro, estrella de Boca. En su lugar jugó Gainzarain, que con el partido empatado 1-1 perdió una clara posibilidad sobre la hora, obligando a un desempate que derivó en el triunfo uruguayo por 2-1. Los celestes volvieron a consagrarse campeones olímpicos.

Un año más tarde, Beccar Varela renunciaba a la presidencia de la AAAF para dedicarse a promocionar a Uruguay como sede del Mundial 1930 por distintos países. Desde 1929, sería reemplazado por Juan Pignier, en tiempos en los que Hipólito Yrigoyen asumía la

presidencia de Argentina por segunda vez y generaba expectativa popular, a la que el fútbol no podía estar ajeno. Con las aguas revueltas por el cambio de gobierno y la ya instalada AAAF, el campeonato llegará a tener 36 equipos en Primera para 1930, una cifra considerada altísima y que marcaría uno de los grandes debates del fútbol argentino con el paso del tiempo. Los ingresos de los clubes provenían de la venta de entradas, la cuota social, la publicidad, las donaciones de los socios, los subsidios y préstamos, la organización de eventos y el arrendamiento o mantenimiento del estadio y otras instalaciones[45].

El año 1930 sería, sin dudas, muy especial: Uruguay, bicampeón olímpico (hasta ese momento equivalía a ser el mejor equipo del mundo), organizaría el Primer Mundial, al festejar el Centenario de su Independencia. La Selección Argentina, finalista de los Juegos Olímpicos de 1928, se quedaría en la puerta de la gloria ante el mismo rival, luego de irse ganador del primer tiempo por 2-1. Caería por 4-2 en un partido en que, según dijeron algunos protagonistas y allegados, el volante de San Lorenzo Luis Monti habría recibido amenazas.

Pero 1930 sería también el año del golpe militar a Yrigoyen, que interrumpiría el gobierno democrático e instauraría una larga etapa de dictaduras. Llegaba la Década Infame y los tiempos del Fraude Patriótico de los conservadores. El fútbol sufriría las consecuencias.

2

De la consolidación a los años dorados (1930-1944)

El golpe: la dirigencia y el profesionalismo

El golpe de Estado de José Félix Uriburu a Hipólito Yrigoyen en 1930 tendría consecuencias decisivas para el andamiaje del fútbol argentino hasta nuestros días. Una nueva clase dirigente fue emergiendo para encontrar en el fútbol un ámbito propicio en el que reproducir su accionar en la política, ahora censurado. Mucho del modus operandi de la actualidad puede ir descubriéndose a partir de este tiempo.

Los profesionales radicales de la política, temerosos de las represalias de Uriburu por haber formado parte o adherido al anterior gobierno, recalaron en las comisiones directivas de los clubes de fútbol, arrastrando a los afiliados, para conservarlos. De allí en adelante, esto generó un cambio significativo en las formas comiteriles de los manejos dirigenciales de las entidades deportivas. Un ejemplo es el uso de los punteros, que manejarían las barras a cambio de entradas y otros favores, con el viejo método de los asados, con el que conseguían asociar en forma masiva a los hinchas y, al mismo tiempo, generaban dependencia de los dirigentes a la hora de necesitar los votos o para amedrentar cualquier movimiento de la oposición de turno.

Esta nueva forma comiteril en el fútbol, y la creciente aparición de las nuevas formas asociativas de las barras, acabarían con la original idea de la caballerosidad.

El destacado periodista Dante Panzeri describía con precisión las consecuencias del golpe de Estado para el fútbol:

“El trasvasamiento de vínculos político-deportivos comenzó en 1930 cuando Uriburu dio el primero de nuestros golpes de Estado en cadena. Los peludistas (así los llamaban a los radicales) salieron del poder no precisamente como peludos de regalo sino regalados, que

no es lo mismo. Recalaron en los clubes de fútbol como "sacrificados dirigentes". La prohibición de mantener abiertos los comités donde "la negrada" se nutriera de pan, vino y alpargatas no impedía que funcionaran los clubes de fútbol donde aquella gente se nutriera con su ya entonces "pasión de multitudes" aderezada con goles, cracks, dirigentes sacrificados para hacer feliz al sufrido hincha y, por supuesto, las primeras "barras pesadas" para ganar elecciones internas, desatar las silbatinas para el jugador caído en desgracia que el dirigente había decidido eliminar, o darle una merecida salsa y pimienta al referee que impidiera ganar un partido[46]."

Si los radicales recalaron en San Lorenzo e Independiente, los conservadores hicieron lo propio con Racing y Estudiantes de La Plata. De cualquier modo, en ambos casos, "pitucos" y "grasientos", se van a reproducir las mismas condiciones: formas directrices que, para apoderarse de un negocio cada vez mayor, encontrarían la manera de protegerse ya sea con la figura del director técnico, para no recibir las críticas deportivas, o los intermediarios, para no estar vinculados directamente con la corrupción.

Esta certera definición de un dirigente argentino describía el momento por el que atravesaba la actividad, que haría eclosión apenas unos pocos años más tarde:

"No hay tal profesionalismo en nuestro fútbol, y si lo hay, es en forma muy excepcional y rara […] Conviene, ante todo, señalar que, respecto a la calificación de profesionales y amateurs, nosotros estamos en el criterio oficial, es decir, con el de la FIFA, opuesto, como se sabe, al cerrado concepto inglés […] En Inglaterra, los afiliados costean hasta al equipo. Ocioso es añadir, entonces, que allí el fútbol amateur es cosa posible solo para hijos de familias ricas, niños fifís […] Este concepto plutocrático repugna a nuestro democrático criterio. De haber sido como los ingleses lo quisieron, ni los uruguayos ni los argentinos, cuyos jugadores proceden en gran mayoría de las clases populares, hubieran podido concurrir al certamen […] Profesional es el hombre sometido con un club a un

severo contrato y que, generalmente, no hace otra cosa que fútbol. Casi todos los jugadores argentinos son obreros o empleados que ejercen su actividad para ganarse el puchero como cualquier hijo de vecino. Que los clubs los ayudan no hay duda […] pero, en todo caso, la ayuda de los clubs es ínfima y no puede llamársela medio de vida[47].”

En Inglaterra, este conflicto entre amateurismo y profesionalismo ya se había definido en el siglo XIX. Para los amateuristas, la actividad estaba ligada a lo aristocrático. El fútbol no era un modo de vida, sino una actividad para los tiempos de ocio. Esto significaba que, para poder practicar fútbol, había que pertenecer a una clase social que lo permitiera, y entonces no se aceptaban los estímulos espurios. Tenía que ver con los sportsmen de principios de siglo. Para los profesionalistas, en cambio, el fútbol estaba vinculado con una actividad que pudiera implicar una forma de vida. En otras palabras, significaba la negación del ocio, un “neg-ocio”, el cobrar para practicar fútbol y dedicarse en forma exclusiva. El profesionalismo, entonces, le abría la puerta al negocio, con el rechazo que eso significaba para el sector más aristocrático de la sociedad.

Hasta pasada la mitad de la década de 1920, los jugadores eran también socios de los clubes, aunque eso fue cambiando y ya cerca de los años treinta, con el “amateurismo marrón”, algunos eran “empleados sui generis” que cobraban de reparticiones oficiales o empresas privadas. Es decir que no les pagaba el club (el patrón), y si además eran socios, hasta tenían derechos electorales (como le sucedió a Alfredo Garasino, en conflicto con Boca Juniors por declaraciones contra los dirigentes cuando él había integrado la lista opositora que había perdido en las elecciones del club).

El profesionalismo, entonces, representaba el final de la parábola del fútbol, que había comenzado en los institutos privados y en los colleges ingleses y las universidades, para llegar al pueblo. Este tendrá, como ámbito de práctica del fútbol, los clubes, que se constituían como asociaciones civiles sin fines de lucro, con una estructura democrática (la elección de representantes, los votos de los socios, los derechos y deberes de estos), con el fin de satisfacer

las necesidades recreativas, desde la misma práctica de los deportes hasta la sociabilidad. Los clubes, de todos modos, tenían dirigentes ad honorem, vinculados a la institución más por el afecto que por el negocio.

El fútbol argentino contaba ya con 81 clubes fundados. Puede decirse que la "industria" estaba en total expansión. La separación entre clubes grandes y chicos era bien clara, y todos sabían no solo que era imprescindible contar con algún apoyo político de peso, sino también que desde el poder político existía la certeza de que el fútbol era demasiado importante como para dejarlo suelto, sin una élite que hiciera de puente.

De fondo, en el ámbito del fútbol esto no era otra cosa que una desconfianza hacia los adversarios en las competencias; el pensamiento era: "Si el otro utiliza los resortes políticos para salir a flote, ¿por qué nosotros no?". Por lo tanto, en los años treinta quedaría definitivamente instalada la idea de que resultaba demasiado sencillo describir al fútbol como un deporte que se jugaba los fines de semana. En verdad, en el césped aparecía la expresión deportiva, pero en la semana se jugaba el partido de los negocios y las conveniencias mutuas, algo que fue cambiando de forma con el paso del tiempo, pero no de fondo. Todos jugarían a sacarse la mayor ventaja posible.

Así fue como estalló, en 1931, un nuevo conflicto entre los clubes poderosos y los que no lo eran, pero este marcaría un antes y un después en el fútbol argentino. El debate de fondo era si efectivamente el fútbol debía marchar hacia el profesionalismo o si debía seguir siendo amateur.

La primera huelga

Entretanto, los jugadores iniciarían una primera larga huelga en reclamo de sus pases libres para cada vez que terminara una temporada. Esta era una forma de tratar de hacer entender que si no percibían dinero, tal como les manifestaban los dirigentes de los clubes desde las tomas de decisiones, tampoco había derecho a cercenar su cambio de color de camiseta, al no haber un hecho que lo impidiera en la formalidad.

Hasta entonces, existía lo que se llamaba "Cláusula cerrojo" o "Cláusula candado", por la que los jugadores solo podían cambiar de club si había consentimiento entre los dos clubes, por un "pacto de caballeros" entre los dirigentes de las distintas entidades. En el caso de que un jugador pasara a un club sin autorización del original, inmediatamente quedaba sancionado.

La huelga de futbolistas de 1931 en demanda de la libertad de contratación incluyó marchas que llegaron a lograr una entrevista con el presidente José Félix Uriburu, quien derivó la cuestión al intendente de Buenos Aires, José Guerrico[48]. Hugo Setis, jugador de Huracán, recuerda que no buscaban el profesionalismo, sino "la libertad como seres humanos, y los dirigentes pretendían mantener la ley candado, utilizarnos como una mercancía y ser negociadores exclusivos de nuestras transferencias"[49].

Esta declaración de Setis marca un hecho trascendente: Nunca en la Mutual de Futbollers (antecedente de lo que luego sería Futbolistas Argentinos Agremiados) se planteó el profesionalismo como sistema. Este surgió de los clubes, que estaban mayoritariamente de acuerdo, pero que recién con Guerrico recibieron el impulso para el gran cambio. "Detrás de la pasión por el juego, los futbolistas eran 'una especie de objeto de propiedad del club, con derecho a prestarlo, alquilarlo, permutarlo o venderlo', recuerda Carlos Pandolfi, el secretario general de Futbolistas Argentinos Agremiados."[50]

La huelga había comenzado el 10 de abril de 1931 por una situación que ya venía desde los años veinte. Además, los torneos de Primera tenían la exorbitante cantidad de 36 equipos, hecho que prolongaba el calendario a veces hasta marzo o abril del año siguiente y atentaba contra la calidad deportiva y las recaudaciones, con algunos estadios que no poseían la infraestructura necesaria.

Un editorial del diario socialista La Vanguardia sostuvo: “Los jugadores tomaron tres resoluciones importantes: declararse en huelga, no ir al Paraguay e ir en cambio a la Casa Rosada y cantarle el himno al Provisorio [en referencia a Uriburu]. Nos imaginamos al general rodeado de los improvisados coristas repitiéndole a voz en cuello el consagrado ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad! […] menos mal que los muchachos solo le pedían en realidad sus pases libres”[51].

Juan Scursoni, ex jugador de Huracán y Ferrocarril Oeste hasta 1930, pero que luego, cuando se instauró el profesionalismo, prefirió dedicarse a la práctica de otros deportes, participando en diez disciplinas diferentes, recordaba: “Los dirigentes aceptaron formalizar el profesionalismo para atar a los jugadores con compromisos firmados para que no nos pudiéramos mover al terminar cada año”[52]. Scursoni reflejaba así lo que sucedió desde que los dirigentes obtuvieron de Guerrico, es decir, del Estado, un inesperado “vía libre” no solo para establecer el profesionalismo; de esta forma, además, al contratar a los jugadores con sueldos y primas ya no se necesitaba el pase libre, porque implicaba un salto mucho mayor.

La huelga también generaría situaciones particulares, como cuando se accedió a una invitación de la Liga Paraguaya de Football al finalizar el torneo de 1930. El Consejo Directivo dispuso enviar un equipo para jugar tres partidos en Asunción, pero varios de los jugadores designados para integrar la delegación renunciaron porque el Consejo no se había expedido en el petitorio por la libertad de acción que una mayoría de jugadores había elevado. La Asociación Amateur Argentina de Football calificó la actitud como “alzamiento” y expulsó a todos los renunciantes[53]. No dejaba de ser una respuesta típica de los dirigentes —acostumbrados en sus vidas a este tipo de actitudes— ante los jugadores, que ya se consideraban profesionales. Algo muy llamativo es que este hecho

del frustrado viaje a Paraguay es la única referencia a la huelga en toda la Memoria y balance de 1931, hoy en manos de la AFA.

Un año después del golpe: la Liga

Como el torneo de 1930 terminó en marzo de 1931 (atrasado por la Copa Jules Rimet, el Mundial de Uruguay), surgió la idea de comenzar un nuevo campeonato —aceptando el profesionalismo—, que contaba con 36 equipos en Primera, un número demasiado alto. Ya se hablaba de desigualdad entre los poderosos (los clubes de mayor convocatoria, como Boca, River, Racing, Independiente, San Lorenzo y Huracán) y el resto, que se notaba en las recaudaciones. Se buscaba, entonces, instituir una sección de 12 equipos profesionales, de los que se sacaría el 20% de lo recaudado para distribuirse entre los clubes restantes, si es que preferían seguir siendo amateurs. Caso contrario, la idea era empezar en dos o tres años con los descensos, a fin de que estos clubes pudieran acomodarse a la nueva etapa, que ya sería de profesionalismo total. Es decir que 1931 se inició con la implementación del profesionalismo, pero aceptando una especie de mix por el que algunos pocos clubes que no pudieran adaptarse tuvieran tiempo de repensar su situación o descender de categoría.

Aparecía lo que hoy se plantea desde hace años: con las erogaciones a los jugadores, en los clubes los gastos comenzaban a superar a los ingresos y había que idear maneras de solventarlo. Al final, se buscó que hubiera 18 clubes para darle una mejor forma al torneo, aunque seis de ellos no estaban en condiciones de presentarse.

El 18 de mayo de 1931, la oposición de algunos clubes generó su desafiliación y la constitución de la Liga Argentina de Football (LAF), que era ilegal para la FIFA y que, al mismo tiempo, vaciaba la vieja Asociación Amateur Argentina. Esta última se quedaba con los clubes más pequeños y con escasos recursos. Rápidamente abolió la cláusula contra el pase libre y decretó una amnistía total.

De esta forma, por un lado, quedaba como residuo la Asociación Amateur Argentina de Fútbol (AAAF), con la aceptación de los pases libres; pero, por el otro, la LAF con los principales clubes

como producto de reuniones públicas y privadas con el Estado, que les permitió avanzar hacia el profesionalismo. Esto, a su vez, les generó a los dirigentes la necesidad de justificarse ante los socios e hinchas acerca del destino del dinero (mejorar las instalaciones, pago de jugadores de mayor calidad, etc.).

Además, el hecho de que la LAF no estaba afiliada a la FIFA (que seguía reconociendo a la AAAF, dado que la LAF era la rebelde, que se había escindido de la original) significaba que los clubes de esta institución no necesitarían erogar por un fichaje de un jugador, al no estar inscriptos dentro de la reglamentación internacional vigente. Es decir que se rompía aquel "pacto de caballeros" de la AAAF, para pasar a uno nuevo dentro de la LAF. Así, en el primer año de competición no se adquirirían jugadores de los demás equipos competidores.

Sin embargo, River compró a Carlos Peucelle, de Sportivo Buenos Aires (Boca también lo pretendía), pagándole solo al jugador, quien en un acto ético entregó un porcentaje a su club de origen[54]. También, de esta forma, los clubes de la LAF podían incorporar jugadores provenientes del extranjero, al no tener ninguna obligación de pagar su pase[55].

Casi un año después del golpe de Estado de José Félix Uriburu a Hipólito Yrigoyen que inauguraría la Década Infame y el Fraude Patriótico, el fútbol argentino volvía a escindirse, como tantas otras veces, aunque la gran diferencia era ya estructural. La Liga Argentina de Football agrupaba a aquellos clubes que consideraban que la actividad debía ser profesional y que los jugadores debían tener un contrato firmado, reconociendo una situación que en muchos casos era corriente; había una buena cantidad de jugadores que cobraba en negro, en el bolsillo, como única manera de preservarse como deportistas para dedicarse full time a la actividad, lo que se daba en llamar "amateurismo marrón" (profesionalismo no reconocido, o una renta por una actividad supuestamente amateur). La antigua AAAF seguía sosteniendo el amateurismo.

Boca, Racing, San Lorenzo y Huracán eran los promotores del profesionalismo. Se sumaron Gimnasia y Esgrima de La Plata, Platense, Vélez y River, aunque no Independiente, en buena parte por haber sido Racing uno de los impulsores de la escisión. Así, se

invitó a Atlanta, Tigre, Estudiantes, Talleres, Chacarita, Ferro, Lanús, Quilmes y Argentinos Juniors. Cuando parecía que totalizaban los 18 votos en la asamblea (Independiente estaba en duda), se adujo desde el otro sector, el de los equipos de menor convocatoria, que también los clubes de Primera B formaban quórum, por lo que entonces los más populares decidieron desafiliarse.

En la mayoría de los cismas, las asociaciones de menos raigambre o que defendían el fútbol amateur generaron ascensos de clubes que, casi en su totalidad, no estaban en condiciones de jugar en Primera, promoviendo una enorme cantidad de equipos en la máxima división o forzando ascensos que tal vez de todos modos se habrían conseguido con el tiempo. Este cisma, el enésimo del fútbol argentino, tampoco era la excepción. Por un lado, así, continuaba lo que sería desde entonces la Asociación Argentina de Football, (que en junio de 1931 pasaría a llamarse Asociación Argentina de Football Amateurs y Profesionales —AAFAP—) con equipos sin mucha convocatoria que se sumaban a otros que ascendían obligadamente para poder generar un número competitivo para el torneo. Pero sin los equipos de mayor raigambre, esta asociación subsistiría poco tiempo. Por otro lado, los equipos llamados “grandes” y los más populares constituían la Liga Argentina de Football.

Para algunos estudiosos de la historia del fútbol argentino, como el ex interventor Armando Ramos Ruiz, el acta de fundación de la Liga Argentina de Football es “el instrumento más importante de fútbol en todos los tiempos”[56]. En esa acta se dice que River e Independiente no votaron “por las resoluciones de sus respectivos clubes” (lo cual hoy sería una absoluta rareza, debido a que ya ni se menciona casi nunca el mandato de los socios en las asambleas). El acta respeta hasta el orden alfabético de los clubes, excepto Argentinos Juniors, que aparece último porque en realidad reemplazó a Sportivo Barracas, a quien se esperó hasta último momento pero decidió no sumarse, perdiendo una gran oportunidad, acaso la última, de sumarse al fútbol más popular.

Por supuesto que la Asociación Amateur Argentina de Football daba otra versión de los hechos: sostenía que la renuncia de los clubes

grandes era la consecuencia “de una defensa por parte del conjunto de los clubes más pequeños, cuando los grandes perjudicaban los intereses de todos para el privilegio de unos pocos y basando su grandeza en su capacidad económica en lugar de hacerlo por méritos deportivos”[57].

Luis Salessi, vicepresidente de Boca de esa época, aporta otra visión, la de los dirigentes. Reconoce que el profesionalismo “fue un acto de blanqueo de las finanzas y los balances en negro que contó con el respaldo del Gobierno Nacional”. Una vez más, tal como ocurriera antes con la huelga de futbolistas, el presidente de facto Uriburu se interesó por el conflicto.

El torneo de 1931, el primero del Profesionalismo, como no podía ser de otra manera, comenzaba en medio del caos. Con las nuevas exigencias, muchos equipos salieron a realizar grandes contrataciones, incluso en pleno torneo, por lo cual hubo enormes altibajos en el campeonato. La mayoría de los equipos llegó a tener cerca de cuarenta jugadores y no había semana en la que no cambiaran de alineación. En total, fueron utilizados 520 futbolistas, a razón de 28 por equipo.

Mientras tanto, la AAAF insistía con la defensa de los clubes de menos recursos, que habían quedado relegados a un torneo de mucho menor interés que el de la Liga. El texto de la Memoria y balance de 1932 sostiene:

“Siempre girando en torno del principio que fue básico y determinante: Liga pobre, Clubs ricos. Y compenetrados de que para ello se parta del principio de que la Liga Argentina de Football quiso antes que nada legalizar situaciones de hecho en cuanto al pago de jugadores que se venían repitiendo desde hace muchos años en forma clandestina, es preciso tener la compresión exacta de este doble postulado que aleje la posibilidad de las exageraciones en sueldos y grandes cantidades por primas. Acercaremos de esta manera nuestro profesionalismo a una idealización que le quite en parte ese tinte de estricto materialismo y habremos contribuido a su grande moral y a la de sus instituciones[58].”

Durante la disputa del torneo de 1931, se sumó otro factor que aportó a la polémica general, cuando un empresario teatral fundó la Corporación Argentina de Jugadores de Football, que mezclaba "empresa, club y equipo", con la intención de participar en el torneo, ofreciendo contratos privados. Esto encontró resistencia en la Mutual y en los dirigentes, que sostenían que se trataba de una estrategia de los jugadores para impresionarlos y solicitarles más dinero.

Más allá de que este intento de negocio privado no prosperó, puede considerarse como un antecedente de lo que luego sería la participación de agentes y representantes en el fútbol, aunque había algunos casos similares anteriores. El diario Crítica alertaba ya en 1925 sobre los "mercachifles" que reclutaban "pequeños cracks" para llevarlos a los equipos porteños.

Luego del caos, más caos

Por el lado de la Liga, 1932 pareció marcar el año de una tendencia al asentamiento de los torneos. Pasado el primer año de caos y de vaivenes de jugadores, en junio ya había finalizado la primera parte de otro torneo largo de todos contra todos en dos ruedas, aunque se mantenía la fiebre de la contratación de jugadores (Atlanta llegó a tener sesenta en su plantel, de los cuales nueve provenían de Paraguay). Sin embargo, ningún pase tuvo más éxito y resonancia que el de Bernabé Ferreyra, gran goleador de Tigre, a River Plate, que de esta forma iba a consolidarse como el "Millonario", en contraste con lo que ocurría en la Asociación. Era toda una demostración de fuerzas. Hubo también arbitrajes escandalosos (especialmente en partidos por evitar el descenso), y los horarios de los distintos encuentros a veces no coincidían.

De esta forma, la Liga Argentina de Football se adelantaría incluso a la propia Federación Internacional del Fútbol Asociado (FIFA) —que la había desafiliado por haberse escindido de la AAFAP—, pues recién en 1932, en su Congreso de Estocolmo, la FIFA dejaría en libertad la decisión de cada asociación afiliada de organizar torneos amateurs o profesionales. A su vez, este hecho atentaba contra la AAFAP, que tenía la afiliación a la FIFA, porque desde ese momento corría riesgo de perderla. Por si quedaba algo para el remate, en 1933 la Asociación Uruguaya de Fútbol (AUF) pidió a la FIFA la afiliación de la Liga Argentina, y esto produjo asimismo un conflicto entre la AUF y la Asociación. Por fin, el 27 de mayo de 1933 la AAFAP y la Liga Argentina de Football firmaron un convenio (previo a la fusión definitiva) por el que conformaron un Consejo Nacional de Football Argentino compuesto por siete miembros: tres por cada asociación y uno, su presidente, nombrado por el presidente de la Nación (otra vez aparece el Gobierno Nacional en el fútbol). Fue entonces el Consejo el que se afilió a la FIFA y dejó en manos de cada asociación sus actividades locales. La AAFAP desestimó continuar con su pedido de sanciones para la AUF.

Cuando se constituyó el Consejo Nacional en la sede del Club Progreso, el 24 de junio de 1933 asistieron un representante del presidente Agustín P. Justo y el doctor Enrique Buero, vicepresidente de la FIFA. También el 27 de noviembre de 1933 se sancionó la creación del Tribunal de Penas, que reemplazaba al Jurado de Honor que hasta entonces juzgaba los incidentes ocurridos, que eran demasiados. Se buscó así la normalización de los espectáculos y darle un tinte de seriedad a la organización.

Pese a que se había logrado cierto ordenamiento en los primeros tres campeonatos, para 1934, aún sin la fusión definitiva de las dos entidades, los dirigentes de la Liga decidieron cambiar el formato a tres ruedas, para provocar más cantidad de partidos entre los clubes más poderosos. Con ese fin, se procedió a tomar una medida harto antirreglamentaria, mandando al descenso a Quilmes y Tigre por ser los dos equipos con menos recaudación, porque se necesitaba reducir equipos para poder llevar adelante este tipo de formato. También se forzó la unión de Talleres con Lanús y la de Atlanta con Argentinos Juniors, es decir, se pasó de 18 a 14 equipos (tres ruedas de 13 fechas). Aun así, por irregularidades, se desafilió a Atlanta y a la unión de este con Argentinos, afiliando solo a Argentinos de allí en adelante. Varias de estas medidas señaladas pueden considerarse arbitrarias, pero también hay que observar que muchos de los clubes mencionados eran ayudados económicamente por no poder permanecer en igualdad de condiciones junto a la élite.

En 1934 se verá una disminución de asistencia a los estadios, por el menor atractivo de un torneo más corto y repetitivo y porque los dirigentes decidieron aumentar el precio de las entradas preferenciales y populares; luego incluso las unificaron en el precio más alto. Cuando dieron marcha atrás, ya estaba todo en el final del certamen y era tarde para que la gente regresara a las canchas. Se terminaron vendiendo cuatrocientas mil entradas menos que en 1933. Las idas y vueltas fueron tales, que no quedó sino admitir el fracaso de 1934, al punto que para 1935 se volvió al formato de 1933 con los mismos 18 equipos; o sea que se terminaron las uniones entre Talleres y Lanús y entre Atlanta y Argentinos, y se reafilió a Atlanta. Todos contra todos en dos ruedas. Sin embargo, otra vez hubo una importante merma en la venta de entradas, debido a que los dirigentes seguían insistiendo con venderlas con

preeminencia de las oficiales (más caras) sobre las populares, para sacar más rédito. El otro problema fue que Boca se cortó muy rápido en un torneo sin descensos y sin demasiado interés en la lucha por el campeonato. Los dirigentes seguían ensayando sin encontrar una solución.

Por fin, la AFA

Como era de esperar, la marcha de las dos organizaciones del fútbol argentino tuvo distintos derroteros, y 1934 resultó el año de la fusión definitiva. La Liga Argentina de Football y la Asociación Argentina de Football (Amateurs y Profesionales) se fusionaron como la Asociación del Football Argentino (AFA). Esa sigla ya sería definitiva, y con el tiempo se castellanizaría la palabra football. El 9 de noviembre fue el día en que quedó constituida la nueva asociación como consecuencia de la fusión en todo el país, incluso en el interior, de ambas organizaciones. La idea era que, para 1935, hubiera 14 equipos en Primera, 18 en Segunda (Quilmes, Tigre y 16 clubes a determinarse por la Asociación Amateurs) y una Tercera división con los restantes clubes de la Asociación Amateurs. Quedaba por resolverse la situación de Atlanta.

El nuevo órgano de gobierno sería una Asamblea, con un delegado por cada club de Primera, uno que representaba a toda la Segunda y un Consejo Directivo constituido por un delegado titular y uno suplente de cada club de Primera, más un titular y un suplente de Segunda. Si se observa con detenimiento, y aunque la estructura tenía elementos que eran parte de aquel tiempo de ordenamiento y de cambios permanentes en la organización del fútbol argentino, ya aparecían algunas referencias cercanas a lo que hoy mismo es la AFA, con un Comité Ejecutivo compuesto por los treinta clubes de Primera División, pero que disminuye a tres para el Nacional B y dos del resto de las categorías, con mucho menos participación en las decisiones. Es claro que los clubes de la Liga impusieron su poder sobre los de la AAFAP, a cuyos integrantes colocó directamente en Segunda e hizo aceptar la dura realidad: su falta de atracción popular y, por ende, su falta de llegada a las altas estructuras políticas.

Ramos Ruiz sostiene que, aunque la Liga se reservó el dominio de la AFA, “el tiempo pronto será testigo de que el proceso se habrá

metamorfoseado por la presencia de intereses multilaterales, que en su juego deformarán la aplicación de aquellos principios. Una cosa es conducir el fútbol profesional, cuya dirección obedece a un proceso específico, y otra, dirigir y conducir un fútbol en el que entra una mezcla indiscriminada de factores profesionales, semiprofesionales y de carácter aficionado”[59]. Ramos Ruiz hace hincapié en uno de los ejes que más trabajaría en su investigación, el de la cantidad de equipos por torneo y por división, debido a que entendía que el gigantismo en la cantidad de equipos en Primera sería fundamental para la correcta subsistencia del fútbol argentino.

Más allá de eso, ya en 1934 la AFA se basaba en el dominio de los clubes grandes sobre los chicos y auguraba un destino muy complicado, si no directamente hacia la extinción, para aquellos que habían intentado rebelarse en el pasado. En la fusión de 1934 quedaba claro quién era quién. La ex-AAFAP había pedido el ascenso de clubes de su área a la Primera en cada temporada, pero la ex-Liga se negó y a cambio les ofreció a esos clubes beneficios económicos, como la eximición de todo aporte para el sostenimiento de la AFA, porcentajes de recaudación de partidos internacionales y exenciones de impuestos. Es decir que el cambio no fue total, como se esperaba, sino parcial y con permanente obtención de ventajas transitorias (económicas, deportivas y políticas).

El otro frente lo constituyeron las ligas del interior. La AFA reconocía a la anterior Confederación Nacional de Football de la República Argentina como ejerciendo el rol de superintendencia, que antes dependía de la Asociación Argentina, mientras que la ex-Liga Argentina aportó sus cinco ligas del interior adheridas: Asociación Rosarina, Liga Santafesina, Liga Cordobesa, Federación Tucumana y Liga Cultural de Santiago del Estero, es decir, la verdadera fuerza futbolística del interior. El problema era que la Confederación fue ampliando afiliaciones hasta pedir una directamente a FIFA, que no prosperó. La AFA prescindió de la Confederación y el 15 de enero de 1935 decidió reorganizar ese sector con una entidad de 16 miembros, uno por cada provincia y otro con el cargo de presidente, por el fútbol de la Capital. Lo llamó Consejo Federal. Igualmente, la AFA mantenía la representación del fútbol de toda Argentina ante la FIFA. Desde ese momento, sin

afiliarse al Consejo Federal no se podía participar. Esta estructura se iba pareciendo cada vez más a la AFA actual, que a todas luces no es federal sino unitaria, aunque con toques federalistas. Era (y es aún) una AFA que representa claramente los intereses de Buenos Aires y un radio cercano. A tal punto es así, que el Comité Ejecutivo, conformado por 44 miembros tiene apenas como representantes del "interior" del país a los presidentes de los clubes que participen en Primera A (al cierre de este libro, ocho clubes), uno de los tres del Nacional B (con la chance de un segundo que es rotatorio entre los directamente afiliados y los que no), uno de ligas afiliadas (más la chance de otro rotatorio entre las directamente afiliadas y no afiliadas) y dos representantes del Torneo Federal A. Es decir que como máximo habría 14 representantes de todo el interior del país contra 30 de la zona pampeana (Ciudad de Buenos Aires, Conurbano, La Plata y provincia de Santa Fe).

El primer presidente de la AFA unificada sería Ernesto Malbec, luego de que Alejandro Ruzo (de AAFAP), dirigente radical y senador nacional por Catamarca entre 1925 y 1934, y Tiburcio Padilla (de Liga) dejaran sus respectivos lugares. Padilla, último presidente de la Liga, fue un prestigioso médico que se desempeñó como diputado nacional entre 1934 y 1938. Más tarde, sería ministro de Salud Pública en la presidencia de Arturo Illia. También fue presidente de Chacarita. Malbec, un médico de 32 años que representaba a Racing, fue hasta ahora el más joven de todos los mandatarios de la institución. Había sido jugador del club. Médico de profesión, fue miembro de la Comisión Permanente de Reestructuración de la Asistencia Médica Hospitalaria (1957) y miembro suplente del directorio del Sanatorio Otamendi. También ocupó los cargos de presidente de la Federación Universitaria Argentina (FUA) y la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) en sus tiempos de militancia estudiantil.

En medio de todo, un Mundial

Si algo le faltaba a 1934 para terminar de ser un año intenso, fue el desarrollo del segundo Mundial, organizado ahora por Italia según el lógico sistema de rotación que pretendía la FIFA y que habían acordado Europa y América del Sur, los dos continentes que sostenían el fútbol. Al quedar inhabilitados para participar los jugadores de la flamante Liga Argentina de Football, no reconocida por la FIFA, el fútbol argentino tuvo que recurrir a jugadores del interior. Algunos historiadores sostienen que lo lógico era no concurrir[60], por la debilidad del equipo, pero como Argentina se postulaba para ser sede del Mundial de 1938, su presencia era casi obligada. Incluso, como los plazos para la inscripción eran cortos, la Confederación Argentina de Deportes (CAD) intentó en vano un acercamiento entre las dos asociaciones argentinas en 1933, pero no dieron los tiempos. Se concurrió con los jugadores de la Asociación Amateur Argentina de Football.

La revista El Gráfico recoge unas declaraciones del director técnico Felipe Pascucci al diario Il Littoriale italiano, en el que reconocía que en Argentina no había gran conformidad con el equipo, pero “dimos preferencia a atletas menos técnicos pero más atléticos, indicadísimos por su evidente estilo batallador. River negó el permiso a tres aficionados que jugaban en Reserva (Locasso, Laterza y Rodolfi) y así no podía integrarse una escuadra mejor”. Pascucci tenía 27 años y había sido director técnico de Estudiantil Porteño y de Sportivo Barracas. Este equipo llegaba con un solo amistoso de preparación: 4-1 a Nacional de Rosario. Solo dos jugadores ya habían participado en la Selección: Devincenzi, ex jugador de Racing en el amateurismo y en los tres años de profesionalismo, y el lateral López (ex Lanús y, luego, Ferro y Boca).

Todo indica que en la derrota 3-2 ante Suecia en el único partido (octavos de final) hubo un grave error del arquero Freschi que posibilitó el triunfo de los europeos. En relación con la derrota en

Bologna, la revista El Gráfico se refirió a:

“un optimismo en el que había más de cortesía, de buena voluntad, de deseo, en fin, que de verdadera convicción en el éxito que pudieran lograr los futbolers enviados a Italia […] Desde eg se dijo que nuestra revista no se opone al envío de un TEAM amateur porque lo crea falto de chance. Se opone porque entiende que el cuadro que concurra debe constituir la genuina representación del estado actual del fútbol que mantiene, por suerte, su alto poderío. No constituye ninguna irrespetuosidad, desaire, ni novedad siquiera, decir que la verdadera expresión del fútbol argentino está en el campo profesional y que únicamente de ahí puede salir un equipo que, ganando y perdiendo, estaría por sí mismo autorizado a representarnos […]. Se dirá que la derrota contra Suecia no afecta en absoluto el prestigio del fútbol argentino. Lo afecta en cuanto a su calidad, porque esta ha estado ausente. Y ello es lo que se debió haber evitado. A costa de una amargura hemos constatado el acierto de nuestra opinión. Es un precio demasiado caro para una satisfacción periodística pero pudo haberse evitado tan desagradable experiencia si se hubiese procedido con criterio.[61]”

Hay que tener en cuenta que para Italia 1934 no se inscribieron Uruguay (devolviendo el boicot que le hicieron en 1930), Chile, Perú, Bolivia y Paraguay.

Ramos Ruiz sostuvo, por su parte, que no concurrir al Mundial de Italia con el seleccionado de la Liga fue “una notoria falla del Consejo Nacional” presidido por un representante del presidente Agustín P. Justo. Paradójicamente, Justo fue uno de los presidentes argentinos que se interesaron decididamente por el fútbol.

Mandan los clubes grandes y se pierde el Mundial de 1938

El 28 de agosto de 1935 se conformó una Comisión Especial, encomendada por el Consejo Directivo de la AFA, para estudiar cómo organizar el mejor certamen posible a partir de notar que había enormes diferencias entre los clubes grandes y el resto de los competidores. Para el estudio, se tomaron los siguientes datos: a) índice de crecimiento de ingresos; b) porcentaje de ingresos con relación a su total tomando recaudaciones, cuotas de asociados, plateas y varios; c) evolución de capital social; d) índice de egresos, considerando erogaciones en fútbol y generales; e) porcentaje de egresos en relación con el total considerando gastos en fútbol, gastos administrativos y gastos en deportes varios; f) porcentaje de ganancias netas con relación al total de ingresos; g) porcentaje de egresos del fútbol con relación al total de ingresos.

El resultado fue que los beneficios se debían a la concentración del público por el número reducido de clubes y el mayor interés por el espectáculo al elevarse su nivel técnico, lo cual derivaba en un gran incremento de boletos vendidos. Otra de las conclusiones también fue que el problema no eran los ingresos, sino los egresos para mantener las instalaciones ante un creciente interés popular y el excesivo optimismo de algunos clubes en el desarrollo de actividades sociales y deportivas que luego no se podían sostener. La comisión también instaba a revisar los contratos de los jugadores y buscar la manera de que no emigraran creando un régimen "más equitativo que el actual" (esto, a 13 años del éxodo a Colombia, sería una especie de advertencia)[62]. En otras palabras, solo con un fútbol saludable estructural y económicamente se podía seguir en un alto nivel de torneos y jugadores cobrando cifras posibles que los mantuvieran en el país. También se llegó a pensar en invitar a jugar a Nacional y Peñarol (algo que cada tanto volvería a aparecer en el fútbol argentino) para consolidar una fuerte liga rioplatense. Sin dudas, se trató del mejor estudio socioeconómico del fútbol argentino realizado jamás por la dirigencia, y las conclusiones

podrían ser aplicadas incluso en la actualidad.

Si las cifras marcaban un considerable aumento en la venta de entradas entre 1931 y 1934, entre 1934 y 1938 habría un marcado descenso, del 30%. En 1931, los cinco grandes (Boca, River, Racing, Independiente y San Lorenzo) recaudaban el 47% del total bruto, y en 1934, el 61%. En 1938 era del 54%. Todo indicaba que la vuelta a los 18 equipos de 1935 no contaría con la aceptación de los cinco grandes, que cuando integraban la liga profesional buscaban un torneo de 12 equipos (es decir, la mínima cantidad de equipos posible).

En este sentido, cabe recordar que en la década de 1920 Marcelo T. de Alvear había mediado en un gran conflicto. El fútbol iría encontrando en el Estado Nacional a un aliado incondicional, desde esos tiempos y de manera definitiva. La asistencia del Estado tenía múltiples facetas, porque por un lado ayudaba a los clubes a subsistir, especialmente a los de menos recursos, y al mismo tiempo permitía a los dirigentes un determinado tipo de relación con el poder, que operaba con notoriedad y preparación para posibilidades de desarrollo futuro en la política nacional. Así como durante la etapa amateur los clubes también albergaban a los dirigentes salidos del sistema político tradicional, en los primeros años del profesionalismo se iba amasando una relación dirigencial cada vez más cercana al Estado y dependiente de él para colaboraciones de todo tipo. Claro que esto no resultaba gratis. La dirigencia política observaba el creciente fenómeno del fútbol como una fascinante forma de manipulación de masas.

Así, en 1935 la AFA le pide al Gobierno la condonación de deudas, exenciones y rebajas impositivas, en nombre de los beneficios sociales que aporta el fútbol[63]. En 1936, además, se sanciona la ley por la cual “se autoriza al Poder Ejecutivo a conceder a instituciones deportivas de toda la República préstamos en títulos de deuda pública para la construcción de estadios y campos de deportes […] el monto de los préstamos no podrá exceder del 50 por ciento del valor del terreno y de la obra a ejecutarse”.

Para ese año 1936, ya con un cambio de presidente (Ángel Molinari, de River, reemplazó a Malbec, que volvió a presidir Racing), la AFA decidió organizar dos competencias de una rueda

cada una (el fútbol argentino retomaría esta idea en 1991, aunque se la mostró entonces como original). Los torneos tendrían una definición más rápida y una mayor atracción para el público. Los ganadores de ambas ruedas jugarían una final. La Copa de Honor la ganó San Lorenzo con 28 puntos (River obtuvo 21) y la Copa Campeonato la ganó River con 28 puntos (San Lorenzo obtuvo 24). River triunfó en la final, aunque con el viejo sistema por puntos el campeón hubiera sido San Lorenzo.

Sin embargo, aquella organización fue otro gran fracaso, debido a la disminución de 180 mil entradas respecto de la temporada anterior, por el menosprecio del público a este tipo de campeonatos cortos. Había sido idea de un dirigente con gran experiencia en organización de certámenes como Juan L. Andini, pero no resultó. Tampoco la calidad de los partidos parecía ser la que la gente quería.

Así fue que, para 1937, se volvió al formato clásico de manera definitiva, y ahora sí, por fin, con la implementación de los descensos. Habría dos descensos y un ascenso al que ganara en Segunda, aunque con condiciones estatutarias (caudal económico y social y capacidad de los estadios).

El 5 de agosto de 1937, en la reunión del Consejo Directivo de la AFA, se estableció el voto proporcional: 1) tres votos al club que tuviera más de 15.000 socios, más de veinte años consecutivos en la A y hubiera sido campeón en dos o más temporadas; 2) dos votos a los clubes con más de 10.000 socios y menos de 15.000 o hubieran sido campeones de Primera y tuvieran una antigüedad no menor a los veinte años; 3) un voto al club que no estuviera comprendido ni en 1) ni en 2). O sea que pasaron a tener tres votos los cinco grandes, y el resto, solo uno. Al finalizar 1937, al menos se pudo contener la venta de entradas, que subió, aunque no mucho, en parte porque tampoco hubo partidos tan atractivos. Pero el formato fue más regular y las entradas bajaron algo los precios.

Era claro que los que mandaban eran los clubes grandes, los que manejaban la economía y la industria. El fútbol argentino era conducido por una élite, y el resto eran equipos que sobrevivían como podían y vivían, en buena parte, del goteo de lo que la actividad generaba.

En este sentido, no es un dato menor que el presidente de la AFA fuera Eduardo Sánchez Terrero, de Boca Juniors, quien había reemplazado a Molinari. Terrero era yerno del presidente Justo (estaba casado con su hija desde 1927), y esas relaciones políticas le permitirían ser el primer presidente electo de la historia de la AFA. Continuaría en el cargo en 1938[64]. En verdad, esa reelección tuvo sus complicaciones. El periodista "Chantecler" cuenta que los 13 clubes chicos se opusieron, y eso motivó primero la renuncia a la candidatura. Pero luego dijeron que el problema no era personal, sino "la forma dictatorial con que los cinco querían imponer una presidencia sin su previa consulta y anuencia. En suma, este asunto se solucionó en la forma en que deseaban los grandes"[65].

Con Sánchez Terrero en la presidencia, habría ciertos hechos destacables, como la prohibición del ingreso al edificio de la AFA a todos los empresarios que organizaban giras de equipos al exterior, o la contradicción entre visitar al entonces presidente de la FIFA, Jules Rimet, para invitarlo a Buenos Aires para convencerlo de que Argentina fuera sede del Mundial de 1942, por un lado, y la decisión de no concurrir al Mundial de Francia de 1938 siendo Rimet francés, por otro. El aislamiento generado por la decisión de no concurrir al Mundial de 1938, sumado a la muy corta y escasamente representativa participación en el Mundial de Italia en 1934, derivaban en la necesidad del fútbol argentino de reinsertarse en el mundo.

En este sentido, y como era lógico, la AFA se había postulado primero para organizar el Mundial de 1938. El primer torneo se había jugado en Uruguay, bicampeón olímpico en ese entonces; el segundo, en Italia, por la rotación de continentes. Siendo la Selección Argentina subcampeona olímpica y mundial en 1928 y 1930, y siendo la AFA la primera federación de América del Sur en afiliarse a la FIFA en 1912, todo parecía encadenarse hacia una respuesta positiva.

El 15 de agosto de 1936, año en el que comenzó la Guerra Civil en España, coincidiendo con los Juegos Olímpicos de Berlín[66], en pleno ascenso del nazismo, se realizó el Congreso de la FIFA para determinar la sede mundialista de 1938. Argentina tenía tanta potencia en cuanto a dirigencia deportiva, que hasta el presidente

de la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol) era argentino, Luis O. Salesi. Pero además el argumento era deportivo: los subcampeonatos olímpico y mundial. Sumado a eso, la delegación de la AFA esgrimía un tácito acuerdo de alternancia con los europeos. Sin embargo, uno de los grandes problemas que se le podía presentar a la AFA era la nacionalidad de Rimet, francés, que quería el Mundial para su país. La delegación francesa, compuesta por diplomáticos, expuso la necesidad de un gran torneo deportivo en el centro de Europa que superara a los Juegos de Berlín y que fuera expresión del mundo libre. Argentina, con una delegación de dirigentes provenientes del fútbol, se quedó con argumentos de escasa justificación y finalizó muy derrotada en la votación: 18-4. Entonces, el delegado argentino pidió que la selección no tuviera que jugar la clasificación e ingresara directamente al torneo, algo que no fue aceptado, por lo que la AFA hizo un boicot al certamen, al que adhirió Uruguay porque en 1930 solo cuatro países europeos habían viajado al suyo. Estados Unidos, Costa Rica, Colombia, El Salvador, México y Surinam, todos con muy poco peso político, también hicieron causa común con Argentina. Por estas ausencias, acabó participando Cuba y hasta hubo un intento final de convencer a Argentina, tratando de que jugara la clasificación ante Cuba, pero no prosperó[67].

Para la Selección Argentina era entonces una nueva oportunidad perdida, porque se había ganado de muy buena manera el torneo Sudamericano de 1937 con jugadores como De la Mata, Sastre, Moreno, Pedernera, Labruna, Gandulla o Sarlanga. De hecho, Argentina ganó cinco torneos Sudamericanos entre 1937 y 1947. Era un gran momento, con jugadores considerados estrellas en el continente pero que no tuvieron la oportunidad de jugar un Mundial. Luego, la Segunda Guerra Mundial impediría su participación en la década de 1940. No obstante, de ninguna manera era una casualidad: el fútbol argentino se había perdido de participar en los Juegos de París en 1924 por problemas internos, en el Mundial de Italia 1934 (lo hizo con un equipo sin potencial) otra vez por problemas propios, y lo mismo ocurría con Francia 1938. La dirigencia del fútbol no estuvo a la altura y se desperdició un momento brillante para obtener títulos y prestigio internacional[68].

Ayuda estatal para los estadios e incorporación de los rosarinos

Si estos años marcaron una diferenciación entre los clubes grandes y los pequeños por el voto proporcional, esta diferencia se haría aún mayor con el inicio de la etapa de la construcción de estadios, debido a la buena relación que la AFA fue tejiendo con el poder político. El Estado apareció entonces como proveedor de fondos y prebendas. El voto proporcional, implementado en 1937, permitía que ciertos clubes, debido a su capital, número de socios y permanencia en Primera, pudieran contar con más votos que el resto. En ese momento, de acuerdo a lo que recuerda el periodista Alfredo Rossi ("Chantecler"), los cinco grandes representaban en capital y número de socios más del doble que los otros 13 chicos y exigieron la representación proporcional tomando como base 150.000 pesos de capital. Es decir que los grandes pasaban a reunir 24 a 25 votos contra 16 del resto[69]. Todo se resolvía entre los cinco grandes, en reuniones previas en restaurantes y sin rendir cuentas al resto. El voto proporcional llegó hasta 1949.

En tanto, la muy buena relación que la AFA, a través de Sánchez Terrero mantuvo con el presidente Justo derivó en los préstamos para la construcción de estadios. Así fue que en 1937 se sancionó la ley 12345, por la que River Plate recibió 2.500.000 pesos para construir el Monumental, y Boca Juniors, 1.600.000 pesos para lo que luego sería la Bombonera desde 1940. Pero tal como pasaría en el futuro en otra de las constantes de la relación entre el fútbol argentino y el poder político, este último daba para quitar por otros medios. La misma ley 12345 establecía en su artículo 8 que "son pasibles del impuesto a las entradas de los espectáculos deportivos que participen profesionales todas las personas que concurran como espectadores". Esta ley había sido redactada por una llamada Comisión Honoraria a la que acudió la AFA para tratar de revertir la situación, pero al no tener éxito "no quedó más remedio" que acudir al Poder Ejecutivo, como cita la Memoria y balance de 1937.

Es fácil imaginar el resultado final: el 4 de agosto de 1937, el Poder Ejecutivo resolvía eliminar el mencionado artículo 8 del impuesto a la entrada.

Boca, uno de los beneficiados con el préstamo, además de Justo, haría socios honorarios al ministro de Hacienda y ya electo presidente Roberto M. Ortiz y al diputado Reynaldo Elena. Había erigido un busto de Justo en la biblioteca del club, y en la inauguración de la Bombonera en 1940, el presidente de Boca, Antonio Llach, lo recordó en su discurso, si bien fue con el doctor Camilo Cichero que consiguió el préstamo. Pero la Bombonera no cumplía con los requisitos para prácticas sociales y deportivas, con la consecuente inscripción de mucha gente en otros clubes para esas prácticas. La construcción posterior del anexo, sin embargo, se consiguió por el aporte de algunos socios y el aumento de la cuota.

La ley 12345 también favoreció a Huracán y Gimnasia y Esgrima de La Plata. No se puede saber si Gimnasia, con su equipo de “El expreso”, en 1933 fue perjudicado por su distanciamiento de los gobiernos conservadores de entonces, identificado como estaba con la Unión Cívica Radical (UCR). Pero lo cierto es que recibió el beneficio estatal pocos años más tarde. En aquel entonces, el presidente de la institución era Plácido Seara. Entre 1936 y 1937, también fue presidente otro radical, Osvaldo Cortelezzi, quien renunció porque su militancia opositora dificultaba el progreso de las gestiones emprendidas por el club[70].

Los clubes iban acomodándose (al igual que la AFA) para estar bien conectados con los gobiernos nacionales de turno, sin que importaran demasiado las ideas. Los negocios y el poder se anteponían a ellas. Un buen ejemplo fue lo ocurrido a poco de que Roberto M. Ortiz llegara a la presidencia argentina (entre 1939 y 1942), cuando Boca, River, Racing, Vélez y San Lorenzo le organizaron un banquete para honrarlo, apoyados por el caudillo de Avellaneda, Alberto Barceló.

Si bien es cierto que la construcción de estadios daría más poderío y comodidades para sus socios e hinchas, en muchos casos los clubes llegaron a endeudarse en tiempos futbolísticos de oro, en vez de sacar partido de ello.

La idea de que el fútbol debía ser una fuente de financiamiento no solo desde los clubes poderosos hacia los pequeños sino también desde el fútbol hacia otras actividades de los clubes fue derivando en el concepto (y especialmente en la autojustificación) de que el Estado era el que debía hacerse cargo de todo, descuidando otras prioridades. El fútbol, pese a ser una actividad muy atrayente, con cada vez mayor interés de público y una industria creciente, se fue dando cuenta de que no tendría necesidad de invertir demasiado, porque de fondo, y por razones políticas, sociales y de imagen, el Estado jamás lo dejaría sucumbir. Entonces, ¿qué mejor que aprovecharse de la circunstancia?

Si algo le faltaba a la maquinaria del fútbol argentino para seguir creciendo, se produjo en 1939, cuando los dos clubes más populares de la ciudad de Rosario y de larga tradición, Rosario Central y Newell's Old Boys, se incorporaron a los torneos oficiales. Rosario aseguraba ser una gran plaza, y de hecho ese año se vendieron seiscientos mil boletos más que en el anterior. Una de las grandes obsesiones de los dirigentes era que el torneo no se descarrilara con la cantidad de equipos. Esta aparición de los dos rosarinos significaba también una reducción de 16 a 14 equipos de Buenos Aires. Para su llegada, se aprobó en el reglamento que los equipos que ascendieran a Primera deberían tener tribunas para veinte mil espectadores desde el día de su ascenso, y de treinta mil a los 180 días, más de tres mil socios activos y un capital que, por lo menos en un 30%, no estuviera afectado por deuda, hipoteca u otro gravamen. Los clubes rosarinos garantizaban, además, un piso de 1.200 pesos nacionales de recaudación en cada partido como locales. Todo esto nunca se les había exigido a los clubes de Buenos Aires en su momento. En 1940, ya la AFA aceptaba en Segunda a clubes del interior que pudieran hacerse cargo de su participación y del 50% de los gastos de traslado del equipo visitante. Recién en 1947 se inscribirían en forma directa Unión y Colón de Santa Fe.

Estos equipos, que muy de a poco se sumaban como afiliados (cuatro en 17 años de profesionalismo, todos de la provincia de Santa Fe), no hacían otra cosa que plasmar el absoluto centralismo de la AFA, con la suma del poder político para el presidente, elegido por el mecanismo del "voto cantado"; es decir, actos prácticamente formales para elegir autoridades, con todo acordado con

anterioridad, y la necesidad de un mediador entre la AFA y el Estado para que este convalidara su accionar interno. Así fue que durante la Presidencia de la Nación de Roberto M. Ortiz (1939-1942), este coincide mayormente con Adrián Escobar (1939-1941) en la AFA.

En realidad, según un primer consenso, el cargo en la AFA le tocaba a Independiente con Miguel Martinicorena, pero se buscó a alguien que tuviera acceso al Gobierno, y así fue electo Adrián Escobar, abogado y activo político del Partido Demócrata Nacional, con cargos desde muy joven en la Presidencia de la Nación durante los tiempos de Manuel Quintana, diputado en diversos períodos y quien en ese momento era el director general de Correos y Telégrafos. A tono con la época, hacía hincapié en el "vigor físico" en el deporte, en el patriotismo, y contaba permanentemente con la presencia y la cercanía del presidente Ortiz. También con su presidencia se produjo la remodelación total del edificio de Viamonte. Fue reelecto en 1940, pero su segunda etapa quedaría trunca, porque con el ascenso al Gobierno de Ramón S. Castillo y la Segunda Guerra Mundial sería derivado al servicio exterior. Escobar tenía ideas germanófilas y en 1933 diría que Hitler "acaba de actuar como alemán, interpretando no solo a sus partidarios sino a toda la nación alemana, exponiendo sus deseos y reclamaciones y no exigencias, esto ya es mucho porque significa moderación, prudencia y cordura"[71]. Fue designado embajador argentino en España en tiempos de Francisco Franco y luego fue embajador en Brasil, Estados Unidos y Francia.

De oportunidades y jugadores perdidos

Fue en esos tiempos que la AFA le envió una carta a la FIFA en 1939 para que considerara la candidatura para el Mundial siguiente. Se apeló para eso a los logros en los Juegos Olímpicos de Ámsterdam y en el Mundial de 1930, y los torneos sudamericanos de 1921, 1925, 1927, 1929 y 1936. Además, mencionaba estadios modernos, como el Monumental, la Bombonera (en construcción), y destacaba a la República Argentina como "tierra de porvenir, la Nación más cosmopolita del mundo y también la más libre". Pero, como siempre, el mayor enemigo de la AFA era su propia dirigencia, y no el mundo exterior. La AFA estaba desafiliada a la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol) desde el 23 de diciembre de 1937, en conflicto de intereses porque bregaba para que cada asociación tuviera directa relación con la FIFA sin depender de la Conmebol. También quería que se rotara la sede de los mundiales mediante un sorteo que determinara el orden de esa rotación. Lo que ocurrió fue que antes de la reafiliación de la AFA, ausente en el Congreso de París durante el Mundial de 1938, la Confederación Brasileña de Deportes (CBD) había presentado su candidatura, igual que la Federación Alemana. La Conmebol había prometido apoyo para Brasil. Por eso fue que, a último momento, la AFA se lanzó con todo e invitó a Rimet a la Argentina. La AFA tenía cordiales relaciones con la CBD y no creía en los propósitos de la Conmebol, así que, para la disputa de la Copa Roca (que se celebraba entre las selecciones de Argentina y Brasil cada año), ambas entidades, AFA y CBD, convinieron lo siguiente: "Las autoridades de la CBD considerarán la aspiración de la AFA en el sentido de que ambas entidades, de común acuerdo, propicien que la Copa del Mundo de 1942 se dispute en Río de Janeiro y en Buenos Aires, asignándose los partidos a cada ciudad en cantidad proporcional. La CBD comunicará su decisión sobre este asunto a la AFA antes de terminar el mes de setiembre próximo". Ese convenio fue firmado el 16 de agosto de 1939; en él quedó claro que la AFA reconocía los derechos originales de Brasil, que estudiaría la

posibilidad de darle un espacio a Argentina.

Finalmente, la CBD se pronunció en el Congreso Sudamericano de 1942 en Montevideo: proponía que se revocara lo anterior, que se pasara todo para el próximo Congreso y que se consultara a las asociaciones afiliadas acerca de las candidaturas para organizar la Copa del Mundo. Es decir que Argentina había logrado neutralizar, entonces, la pretensión brasileña, que había conseguido legítimamente la candidatura, aunque a partir de allí la dirigencia brasileña se siguió moviendo con inteligencia. Como contaba con apoyo de Uruguay, Ecuador, Colombia, Bolivia y Chile, y con la excusa de que se necesita tiempo para organizar un Mundial, instó a una definición pronta, aunque esto ocurrió en Chile durante el Sudamericano de 1945. La suspensión de los mundiales de 1942 y 1946 por la Segunda Guerra Mundial llevaría todo a 1950 y, una vez más, la dirigencia deportiva argentina no estaría a la altura: el Mundial se jugaría en tierras brasileñas.

Tras la salida de Escobar de la AFA en 1941, nombrado embajador en España, fue electo Ramón S. Castillo (h), que no provenía del mundo del fútbol, sino de clubes selectos como el Jockey Club y el Ocean Club de Mar del Plata. Era abogado e hijo del entonces presidente argentino Ramón Castillo. Los clubes grandes, cercanos al poder político, habían pesado en la votación al disponer de más sufragios que los restantes. El voto de los cinco grandes valía por tres y Ramón Castillo, el hijo del presidente argentino que declararía la neutralidad del país en la Segunda Guerra Mundial, se imponía (con 17 votos) a Julio Noble (con cuatro) y a José de Grossi (con uno). Fue la primera vez que se votó un presidente de la AFA.

Para el torneo de 1941, otra vez se decide bajar de 18 a 16 equipos, por los dos descensos de 1940 y porque el ascendido, Argentinos Juniors, no jugaría en Primera por no cumplir (al perecer) con las condiciones reglamentarias exigidas (a Almagro sí se le permitió jugar en 1938, cuando no poseía estadio propio). En este torneo, hubo una denuncia de soborno, contra Banfield, por parte del arquero de Tigre, José Monjo. Este sería expulsado por su actitud en la investigación, aunque Banfield sería sancionado por sesenta días, así como su director técnico Enrique Lúpiz por su participación en

los hechos. Banfield estuvo a punto de ser expulsado de la AFA por reincidente[72], pero no llegó a tanto. También se pudo salvar del descenso gracias a una gran campaña, aunque le descontaron muchos puntos. Hubo otro escándalo: la agresión del presidente de Huracán (un mayor del Ejército), Tomás Ducó, al árbitro Bartolomé Macías, pero el castigo no fue muy riguroso y algunos miembros del Tribunal de Penas acabaron renunciando. En medio del torneo, también hubo un caso de intento de soborno, denunciado por el jugador de Newell's Old Boys Ricardo Ramaciotti, por el que Chacarita Juniors fue suspendido por tres meses, reducidos a 45 días por falta de antecedentes, aunque eso significó casi su descenso.

Ante tantos hechos irregulares que se sucedían fuera del campo de juego, seguían las consecuencias de las revueltas de los futbolistas en 1931, sus reclamos por mejoras y sus intensas luchas por sus derechos contra los dirigentes de turno. En esta época, se destacó el proyecto del dirigente de San Lorenzo Enrique Pinto, que la AFA terminó rechazando y que establecía, entre otras cosas, lo que luego sería la llamada Cláusula de Rescisión, por la que los clubes debían colocar un valor según lo que pretendían por la transferencia de cada uno de sus jugadores. Cualquier institución afiliada, depositando los fondos en la AFA y con la aceptación del jugador, podría contratarlos. El jugador no recibiría la prima pero sí el 10% del pase y un 5% más por antigüedad, pasado un lustro de experiencia en el anterior equipo. El proyecto también incluía la limitación en la retribución de los jugadores.

Por si faltaba poco para encender la mecha del gran conflicto que comenzaba a avecinarse, la Segunda (la Primera B) empezó a ser profesional, cargando excesivamente la economía de clubes que no estaban en condiciones de afrontarlo. Fue en ese mismo año, 1943, que el Consejo Federal acudió al director general de Correos y Telecomunicaciones de la Revolución Nacionalista, teniente coronel Aníbal Imbert, para reclamar por el problema que se le planteaba al fútbol del interior con la transmisión radial de los partidos de los equipos de Buenos Aires los domingos. Por supuesto que no prosperó porque el espectáculo pertenecía a la AFA y porque Imbert era un hombre de fútbol (Vélez), pero por primera vez aparecían los medios de comunicación orales como factor de conflicto en el fútbol

argentino.

No fue de extrañar, entonces, que todo comenzara a estallar en pequeños pedazos en 1944. Tiempo antes, Ramón Castillo (h) ya había abandonado la presidencia de la AFA. La gestión de Castillo no tuvo el sello de las anteriores y la institución fue manejada por la Mesa Directiva y obraba más como mediador entre los dirigentes. Era todo muy claro: Castillo dejó de ser presidente cuando su padre fue destituido en el Gobierno Nacional por la Revolución Nacionalista de 1943. Los vínculos entre el Estado y la AFA se iban haciendo cada vez más estrechos. En su lugar, quedó interinamente el ex presidente de Racing Luis Carbone, que contaba con el aval del caudillo de Avellaneda, Alberto Barceló, pero la Asamblea votó como nuevo presidente a Jacinto Armando, abogado y dirigente de Huracán, muy ligado al fútbol y con años recorriendo la AFA. Luego de Armando, con un interinato de Daniel Piscicelli, de Racing, el cargo recayó en Agustín Matienzo, prestigioso abogado de la oligarquía, que escribió numerosos volúmenes de derecho comercial, había llegado a la Suprema Corte de Justicia y había sido decano de la Facultad de Derecho y luego vicerrector de la Universidad de Buenos Aires (UBA). En 1944, fue presidente de la AFA al mismo tiempo que de Ferrocarril Central Argentino y fue agasajado por los residentes británicos en Argentina en los salones del Alvear Palace Hotel[73]. Durante su mandato, se produjo el primer éxodo de futbolistas a la Liga Mayor de México y ya se hablaba de ciertos incidentes en los estadios. “Por desgracia, no ha podido extirparse de raíz la incultura e incorrección de alguna gente inconsciente e irresponsable.”[74]

Comenzaron a llegar a Buenos Aires las noticias acerca de la formación de la Liga Mayor de México, separada de la Federación Nacional, que mantenía su afiliación a la FIFA. Allí se fueron José Manuel Moreno, Ricardo Alarcón, Emilio Baldonedo, Florencio Caffarati, Silenio Cuello, Bruno Rodolfi y Enrique Vaschetto, entre otros, en lo que sería la primera sangría de futbolistas argentinos, aunque el gran golpe vendría unos pocos años más tarde.

Con el tiempo, otra vez se fundieron las dos asociaciones mexicanas en la Federación, y tanto la AFA como la Federación Peruana (que también había perdido a varios jugadores que emigraron a México)

dejaron en claro que los jugadores argentinos y peruanos pasaban a formar parte de clubes de la Federación Mexicana y que solo podían regresar a sus clubes de origen en sus países o permanecer allí. Lo que no se aceptaba era que hicieran de puente en México para regresar con camisetas cambiadas. Es decir que a la dirigencia futbolística argentina le importó más que los jugadores emigrados no cambiaran de equipo que el hecho de que volvieran para enriquecer el torneo local.

Un símbolo de esta etapa: entre 1931 y 1944, solo cuatro clubes serían campeones argentinos en 14 temporadas: Boca Juniors (seis), River Plate (cinco), Independiente (dos) y San Lorenzo (dos)[75]. Como se ve, cuatro de los cinco grandes.

3

El peronismo y la huelga de 1948 (1945-1955)

Todos unidos… ¿triunfaremos?

En 1945, Agustín Matienzo fue sucedido por el primer y único militar en la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), Eduardo J. Ávalos, que lógicamente tenía relación con el Grupo de Oficiales Unidos (GOU), que derrocó a Ramón Castillo en la presidencia argentina. Ávalos era nacionalista y provenía del arma de Artillería. Al asumir en la AFA, manifestó su deseo de que “nuestra raza tenga preponderancia en todo tipo de deportes”[76]. Por sus actividades, no disponía de tanto tiempo para permanecer en el edificio de la institución, pero sí se acercaba mucho el vicepresidente primero del Consejo Directivo, el coronel Tomás Adolfo Ducó, también del GOU, presidente de Huracán e interventor de Lotería Nacional de Beneficencia entre 1943 y 1944. El 29 de febrero de 1944, Ducó fue protagonista de un intento militar de cuestionar la hegemonía de Perón, cuando procuró sublevar al Tercer Regimiento de Infantería que tenía a su cargo en Lomas de Zamora, aunque fue en vano. También llegó a retar a duelo a varios dirigentes del fútbol. Ávalos tuvo una estrecha relación con Perón al inicio, pero luego se fueron distanciando y en enero de 1946 sería pasado a retiro. Cuando Perón estuvo preso en la isla Martín García el 17 de octubre de 1945, Ávalos, además de presidir la AFA, era ministro interino del Interior, ministro de Guerra y comandante de Campo de Mayo.

En ese contexto, el fútbol argentino vivía tiempos turbulentos tanto dentro de sus campos de juego como fuera de ellos, en lo institucional. Por una parte, en 1944 se había producido un primer éxodo de jugadores a México, lo cual era un alerta para la dirigencia sobre lo que podía ocurrir de no haber cambios en el pago de salarios y en las estructuras organizativas. Por otra, eran constantes las alteraciones que se producían en términos ideológicos; la AFA siempre buscó mantener una buena relación con los gobiernos de turno, y más aún con la llegada del nacionalismo al poder.

Por ese tiempo, el dirigente Luis Mas propuso una Policía Deportiva para acabar con los serios problemas de desórdenes. Entre ellos, la ubicación de los policías en los estadios, distribuidos en las tribunas. También era continua la referencia al rol de los dirigentes en relación con sus actitudes críticas respecto de los referís. La idea era que no los atacaran públicamente para no elevar la tensión con los hinchas. Pero nada fue efectivo. Tanto fue así, que en 1946 el árbitro Cossio apenas salvó su vida por unos fallos en el partido entre Newell's Old Boys y San Lorenzo. A su vez, Racing y River rompieron relaciones por el caso José Manuel Moreno, que volvía de México y ambos lo pretendían para sus equipos. Tuvo que intervenir la Secretaría de Trabajo y Previsión, que le dio la razón a River. También había preocupación por las continuas invasiones de cancha.

En cuanto a los jugadores y sus luchas por la mejora de sus contratos, no fue casual que en 1945 se fundara Futbolistas Argentinos Agremiados (FAA), el sindicato que de allí en adelante los representaría. Y tampoco parece casual entonces que en 1948 llegaran los árbitros ingleses, que les dieron una mayor ecuanimidad a los fallos para grandes y chicos. Con el antecedente de la excelente performance de otro inglés, Isaac Caswell, entre 1937 y 1940, Dean, Gibbs, Hartles, Provan, Gregory, White, Cox y Brown[77] fueron contratados tras las numerosas quejas de los clubes con menos poder y las reacciones airadas en las tribunas. En poco tiempo, se notaron los resultados y los jueces británicos lograron la aceptación de la crítica, porque pasaron a cobrar penales que antes se dejaban pasar y, como nunca, varios equipos "chicos" treparon a los primeros puestos de la tabla. Fue el caso de Platense en 1949, que fue segundo, mientras que Banfield llegó a la final de 1951 ante Racing, en tanto que Boca se salvó de descender a Segunda en la última fecha de 1949. El éxito de los árbitros ingleses provocó que en 1954 se sumaran otros al plantel (Maddison, Berry, Cross Crawford, Mackena y Willbraham). Los árbitros ingleses se encargaron de demostrar que ni siquiera el hecho de no comprender bien el idioma resultaba un problema a la hora de la ecuanimidad. Sus fallos fueron adquiriendo el respeto del público, que se iba acostumbrando a una nueva forma de dirigir (por ejemplo, otorgando más penales por faltas aunque fueran leves). El contrato con los ingleses finalizó en 1958, cuando ya se

iban entremezclando con los argentinos, que de a poco se incorporaban al plantel. También hubo una creciente apuesta por jugadores extranjeros y poca por los juveniles formados en el propio club. Newell's Old Boys trajo tres escoceses que fracasaron.

Unos días antes de la llegada del peronismo al poder, el 5 de octubre de 1945 el Gobierno nombró como director de Correos a Oscar Nicolini, amigo íntimo de la familia Duarte[78], prefiriéndolo en lugar de un oficial superior. El comandante de Campo de Mayo, que era Ávalos, el presidente de la AFA, se opuso fervientemente. Nicolini sería más tarde presidente de la asociación. Perón renunciaría, sería arrestado y luego, en una enorme movilización popular que reclamó su libertad, llegaría al poder. Es decir que en los hechos de la prisión y libertad de Perón participaron dos de los presidentes de AFA, aunque por otras cuestiones, lo cual ya va demostrando la incidencia que el fútbol tenía en la política. Tampoco resultó nada casual que una vez que Perón ganó las elecciones en 1946 Ávalos dejara la presidencia de la AFA, que el 13 de marzo pasaría a manos de Pedro Canaveri.

La llegada del peronismo al poder en 1946 produjo un giro importante en la relación entre el Estado y la AFA. El peronismo tomó por fin el fútbol como herramienta de propaganda política e hizo del deporte una "cuestión de Estado". Ya los clubes pasaron a ser instrumentos para perpetuarse en el poder, sin importar demasiado el hecho meramente deportivo, sino las vinculaciones y los efectos políticos que estas pudieran generar. Al mismo tiempo, por primera vez se trabajó con las bases, con los Juegos Deportivos Evita como mayor instrumento. Esto permitió que miles de jóvenes pudieran volcarse al deporte y tener ficha propia.

La vinculación del Gobierno con los clubes estaba dada, en buena parte, por las facilidades económicas provenientes del Estado, básicamente destinadas a la construcción de estadios de cemento. Esto los ayudaba a crecer y albergar a una mayor cantidad de espectadores, garantizando un mejor espectáculo, pero al mismo tiempo generaba en ellos una dependencia estructural.

Una definición asociada a los tiempos del peronismo en el fútbol (aunque no solo en él) es la de "fiesta deportiva". El nuevo rol del Estado en el deporte tenía que ver con la reorganización de

entidades, otorgando subsidios a distintas instituciones y diferentes clubes, produciendo eventos e introduciendo en el mercado un nuevo semanario, Mundo Deportivo. Perón era llamado “primer deportista” y “presidente del fútbol argentino”. También, “primer hincha”[79].

Durante la presidencia de Perón, el 18 de noviembre de 1951 se transmitió por televisión, por primera vez, un partido en directo: un empate en un gol entre River y San Lorenzo en el Gasómetro. Fue una semana después de que el presidente fuera reelecto. En las pantallas se veía la publicidad de YPF, que decía: “Siempre presente en las manifestaciones del deporte argentino”. Con Perón, el fútbol sería uno de los mayores símbolos dentro del auge de los deportes, tratando de atraer a los jóvenes y las mujeres con miras al futuro. También se buscó una proyección en la búsqueda de títulos internacionales que reafirmaran al líder y al movimiento[80].

La irrupción de la TV en las transmisiones de partidos de fútbol fue agregando de a poco otro elemento de enorme importancia a futuro, que también marcaría a fuego la relación entre el Estado y la AFA. Hasta ese momento, regían las transmisiones radiales que, más allá de alguna puja, generaban un imaginario colectivo, aunque eran los medios gráficos los encargados de la crítica y la profundización de las ideas en torno a la industria del fútbol.

El peronismo, como en tantas otras cuestiones, mostraba con el deporte facetas contradictorias. Perón solía decir:

“Hay que distinguir entre el “deporte espectáculo” y el “deporte actividad”. El primero presupone diez que jueguen y trescientos mil que miran, cuando el ideal sería que trescientos mil jueguen y diez que miren. La verdadera utilidad del deporte está en su práctica. Sin embargo, el espectáculo es también necesario porque educa, forma ambiente, “crea clima” y estimula. Deseo para mi patria un pueblo de deportistas, educada su alma y fortalecido su cuerpo[81].”

Santiago Ganduglia, uno de los voceros del régimen, llegó a decir

que Perón “convirtió al país en un inmenso y clamoroso estadio”[82].

El peronismo, en sus nueve años y medio en el Gobierno Nacional, tendría seis presidentes en la AFA: Pedro Canaveri (1946-1947); Oscar L. Nicolini, también ministro de Correos y Telecomunicaciones (1947-1949); Cayetano Giardulli (1949); Valentín Suárez (1949-1953); Domingo Peluffo (1953-1955), y el sindicalista Cecilio Conditti (1955).

En este tiempo, la presencia de los presidentes de la AFA era relativa. La referencia fuerte estaba dada por el propio Perón y su gabinete, que tenían incidencia directa en los clubes, por lo que la AFA como institución era apenas un puente, un vehículo, pero no el factor de poder aglutinante en la relación con los distintos estamentos del fútbol. Por lo tanto, era el poder político con sus decisiones —como los créditos a los clubes, las ayudas de todo tipo y hasta la incidencia en una huelga que marcaría el fútbol argentino— el que marcaba los tiempos y la relación. Los clubes, a su vez, buscaban vincularse como nunca con miembros de ese poder, si no era posible hacerlo directamente con el propio Perón, adulándolo, designándolo socio honorario o buscando atraerlo a través de miembros del gabinete.

La mayoría de los clubes, con muy escasas excepciones, había entendido que si antes del peronismo la vinculación con la política nacional era conveniente, ahora pasaba a ser imprescindible para subsistir, crecer y proyectarse en el futuro. Solo siguiendo los lineamientos del Gobierno Nacional y encuadrándose en él, se podía salir adelante. No hacerlo implicaba, además, pagar duras consecuencias. No había alternativa.

Si Racing era “Deportivo Cereijo” (por su vinculación con el ministro de Hacienda Ramón Cereijo), prácticamente todos los clubes tenían algún funcionario ligado al Gobierno. Carlos Aloé (gobernador de Buenos Aires) también fue padrino de Racing. Raúl Mendé, secretario de Asuntos Técnicos de la presidencia, apoyaba a Boca. El coronel Aníbal Imbert, del GOU, cuyo presidente era su cuñado José Amalfitani, apoyaba a Vélez. El ministro de Industria y Comercio, José Constantino Barro, era dirigente de San Lorenzo. Cereijo prestó dinero a Racing para su estadio, inaugurado en 1950

y llamado Presidente Perón. También Huracán (1947) y Vélez (1950) recibieron créditos para la construcción de sus estadios, al igual que Sarmiento de Junín.

El peronismo en el poder coincidió con un momento particularmente brillante del fútbol argentino. Fue el tiempo de grandes cracks que dominaron el panorama sudamericano pero que no tuvieron demasiadas oportunidades de jugar en el terreno internacional, en buena parte por la coincidencia con la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y la ausencia de mundiales entre 1938 y 1950. Fue la época de La Máquina de River Plate (Muñoz, Moreno, Pedernera, Labruna y Lousteau) y de las grandes delanteras que sorprendieron en toda América: Imbelloni, Farro, Pontoni, Martino y Silva en el San Lorenzo campeón de 1946; Salvini, Méndez, Bravo, Simes y Sued en Racing. También fue la época de notables espectáculos en todos los estadios, aunque con un problema a resolver: el gobierno de los clubes grandes en la AFA coincidió con los títulos de estos equipos. Hasta 1949, apenas cuatro conseguirían títulos en 18 años de profesionalismo: Boca, River, San Lorenzo e Independiente. Algo debía cambiarse.

Perón se había impuesto en elecciones a la Unión Democrática, y la AFA nombró presidente a Canaveri, de Independiente, que ya había estado cerca de serlo en la Liga Argentina en 1934, pero en aquel momento había declinado su candidatura. El periodista Juan Carlos Laterza sostuvo que fue Daniel Piscicelli, un dirigente radical de mucha llegada al general, el que le sugirió a Perón el nombre de Canaveri[83]. Este se encontró rápidamente con algunos inconvenientes, como la intervención a Huracán, más relacionada con problemas entre el Gobierno y Ducó que con la AFA, por haber intentado el militar levantarse contra Farrell y Perón cuando el golpe del GOU.

Las injerencias estatales fueron desgastando a Canaveri, que acabó renunciando por eso. Se llegó a vincular su dimisión con “la intransigencia de algunos clubes de resolver las cuestiones relacionadas con las entidades afiliadas fuera de los resortes de la casa de la calle Viamonte”[84]. Pero luego volvió al cargo y completó su gestión.

A Perón, el fútbol no le interesaba especialmente. Le agradaba más

el boxeo y era frecuentador habitual del Luna Park. Pero entendía la importancia masiva del fútbol, y así como se sabía que Justo era hincha de Boca, Perón oscilaba entre Boca y Racing, sin definirse. Cuando Perón inauguró la cancha de Huracán el 7 de junio de 1947, con un triunfo del local sobre Boca por 4 a 3, aprovechó para decir en su discurso que “uno de los objetivos es sustraer del vicio y de los lugares donde los hombres no ganan ni en salud ni en virtud a nuestros jóvenes, para convertirlos en deportistas que van preparando el alma y el cuerpo para ser ciudadanos virtuosos y dignos”[85].

Si los clubes se veían obligados a seguir los lineamientos del Gobierno, también hay que tener en cuenta el contexto, en el que había una enorme propensión a controlar todos los medios de comunicación posibles. En este sentido, cabe destacar la adquisición en 1948, a través de terceros, del paquete mayoritario de la editorial angloamericana Haynes, que publicaba el diario El Mundo, con sus revistas Selecta y El Hogar, y que era propietaria de LRI Radio El Mundo. Al comando de este grupo quedó el mayor Carlos Aloé, secretario administrativo de la Presidencia de la Nación y futuro gobernador de Buenos Aires (1952-55). Aloé fundó de inmediato Mundo Deportivo y Mundo Infantil, entre otras, y reabrió Caras y Caretas y PBT. La idea era competir contra Editorial Atlántida y sus revistas El Gráfico y Billiken.

El conflicto gremial y la huelga

En octubre de 1946, la Secretaría de Trabajo y Previsión dio traslado a la AFA de un petitorio formulado por Futbolistas Argentinos Agremiados con una serie de reclamos por sus derechos. Para los dirigentes de los clubes, no solo cabía una respuesta negativa a estos reclamos, sino que además los consideraban inconcebibles. Para ellos, representaban una vuelta a 1931, cuando estalló el conflicto que dio origen al profesionalismo. Pero esta vez, la lucha de FAA iba en serio; además, el hecho de ya haberse conformado como sindicato determinaba una sustancial diferencia con tiempos pasados.

El conflicto derivaría en que el torneo de 1948, que debía comenzar el 11 de abril, quedó trabado. Ya en mayo de 1947 había habido un paro simbólico durante los primeros minutos de juego. También podía haber huelga de árbitros, en oposición a la contratación de los ocho ingleses. Ya habían hecho una huelga en 1944. El personal administrativo (controladores y porteros) amenazaba a su vez con otra huelga. La situación parecía inmanejable, y no solo eso, sino que incluso podía prolongarse por mucho tiempo[86].

Los jugadores pretendían negociar su pase libremente cada fin de temporada, que este no perteneciera a los clubes. A eso sumaban reclamos por sueldos y primas, exigiendo un mínimo y eliminando un máximo que los clubes habían fijado unilateralmente en 1.500 pesos, además de la apertura del libro de pases, el pago de las deudas de los clubes con los jugadores y el reconocimiento de la AFA a FAA ante la Secretaría de Trabajo y Previsión.

Ante la negativa de la AFA, FAA le envió un telegrama el 6 de abril con un ultimátum y el pedido de conformación de una comisión mixta que debía llegar a un acuerdo antes de fin de mes. La AFA respondió con una invitación a dialogar a los jugadores en forma particular, sin reconocer a FAA, y el sindicato decretó la huelga el jueves 8. El viernes 9 intervino Oscar Nicolini, presidente de la

AFA, que garantizó el reconocimiento gremial. Si bien seguían en pie las reivindicaciones planteadas, de todos modos la huelga se levantó, aunque la primera fecha acabó suspendiéndose por lluvia.

El representante de los futbolistas fue Oscar Basso, aunque tenían protagonismo varios cracks reconocidos, como Adolfo Pedernera (River) y Mario Boyé (Boca). Tras dos meses de negociaciones en los que la AFA dilataba la respuesta, el 21 de junio decidió no aceptar las condiciones. Los jugadores convocaron entonces a una asamblea de FAA, y los dirigentes amenazaron con suspender el campeonato y rescindir el contrato de los activistas; algunos incluso decían que había que volver al amateurismo. Pero FAA decretó otra huelga el 28 de junio. Entonces ahora fueron los dirigentes los que enviaron telegramas colacionados, intimando a los jugadores a que informaran si jugarían en la fecha del 4 de julio “a los efectos de tomar las medidas de carácter disciplinario y judicial que correspondan”[87].

Otra vez intercedió Nicolini, y por ocho días hubo una tregua. Pero todo volvió a caerse cuando la AFA resolvió no aceptar la suspensión condicional del paro y aplazó la fecha del 4 y 5 de julio hasta tanto no se levantara la medida de fuerza. Nicolini renunció, al fracasar sus gestiones, pero la AFA le ratificó la confianza. Esta vez fue Ramón Cereijo, ministro de Hacienda, el que medió con cierto éxito luego de varias reuniones con cada parte hasta lograr una especie de paritaria, lo que implicaba el reconocimiento del sindicato, y los dirigentes se comprometían a estudiar en “sesión permanente” un nuevo régimen de contratación de jugadores profesionales. A su vez, se creaba un Tribunal Arbitral en caso de diferendos contractuales, deudas y otros litigios.

Después de dos semanas de inactividad, el domingo 18 de julio volvió el fútbol, pero los días siguieron pasando y las posiciones de las partes seguían muy alejadas. Así fue que, por el malestar, los jugadores llamaron a una asamblea para el 20 de octubre, y esa presión pareció funcionar, porque el 11 de ese mes la Comisión Paritaria dio a conocer un Anteproyecto de Régimen de Contratación de Jugadores, que el Consejo Directivo de AFA hizo “pasar a estudio” hasta el 10 de noviembre como plazo para emitir un dictamen[88].

Como la resolución no llegaba, los jugadores informaron que en la fecha 25 pararían simbólicamente un minuto, los días 30 y 31 de octubre. La AFA consideró la amenaza como “improcedente y falsa” y amenazó con suspender el torneo si los futbolistas tomaban esa medida[89]. De hecho se declaró suspendido el torneo y se planteó hasta volver al amateurismo.

Incluso, aunque volvió a solicitarse la intervención de Cereijo como mediador, algunos dirigentes de AFA se enojaron y el propio Cereijo se manifestó en desacuerdo. El 8 de noviembre, en “homenaje a la gran masa de aficionados”, el Consejo Directivo de la AFA decidió reanudar el torneo, pero advirtiendo que “cualquier reacción de los jugadores daría lugar a sanciones disciplinarias”[90]. Además anulaba todo lo actuado en el anteproyecto de FAA[91]. Los jugadores respondieron el 10 de noviembre volviendo a declarar la huelga criticando “la falta de responsabilidad moral de los dirigentes”[92].

El 24 de noviembre volvió a jugarse, pero sin los profesionales y con notable caída de público. Las últimas cinco fechas se disputaron con juveniles, incluso clásicos importantes como el propio Boca-River. La AFA resolvió rescindir el contrato de los huelguistas “por culpa de los jugadores”, inhabilitándolos por dos años, y se creó una comisión para la reestructuración de los torneos[93]. Racing, que era el puntero y que se encontraba por fin con la chance de ganar su primer título profesional, se resistió a jugar el torneo con juveniles. Lo quería suspender y hasta amagó con desafiliarse[94].

Luego de organizar amistosos y picados para conmover a la prensa y la afición, los jugadores decidieron levantar la huelga el 20, dando curso a la Secretaría de Trabajo y Previsión para que resolviera el conflicto. La AFA siguió con su postura; solo levantó los descensos (se iban Atlanta y Ferro). Acabó siendo campeón Independiente; Racing sacó del torneo a su equipo dos fechas antes del final, con el cimbronazo que eso podía significar en el futuro.

Sin embargo, el 14 de enero de 1949 la AFA dio a conocer importantes cambios. Se fijaban la contratación de jugadores por un máximo de tres años y una garantía de pago, y luego quedaban libres. Pero se desconocía a FAA, algo que fue rechazado por los jugadores[95]. El salario seguía en un máximo de 1.500 pesos, y no

era clara la situación de los huelguistas. Ya se hablaba de una mediación de Evita o Perón cuando en febrero la AFA levantó las inhabilitaciones de noviembre[96]. En abril se terminó de cerrar el conflicto, con el reconocimiento de FAA, el máximo de tres años para la contratación y la rehabilitación de los huelguistas. Y en mayo, el Ministerio de Trabajo le dio la personería jurídica a FAA y los jugadores firmaron en la AFA el primer convenio colectivo de trabajo[97]. Solo quedaba como tensión el tope máximo a los sueldos, que según el investigador Pablo Ramírez[98] fue violado sistemáticamente[99].

Con el acuerdo, los aspectos básicos aprobados fueron: un jugador pasaba a ser calificado como profesional por tener su contrato registrado en la AFA, que no podía ser mayor a 3 años ni menor a 8 meses; se fijó un sueldo para Primera y otro para segunda; los clubes no podían aplicar sanciones pecuniarias ni suspensiones ni rescindir contratos de no estar al día en los pagos mensuales y por partido; todo contrato tenía una cláusula especial por la que cualquier litigio entre las partes debía dirimirse en un tribunal especial formado por el presidente de la AFA y representantes de los clubes y los jugadores; se otorgaban treinta días de licencia con goce de sueldo.

Cuando parecía que todo se calmaba, los clubes dieron marcha atrás por el punto que otorgaba la supresión de todo límite en el monto de retribución de los jugadores. Entonces el Consejo Directivo estableció remuneraciones “máximas pero no mínimas”, lo que escondía otro concepto: comenzaba a haber un “tope salarial”.

Éxodo y el retorno de más poder a los “chicos”

Por esta limitación en el pago a los jugadores, se estima que entre 1949 y 1950 más de cien emigraron a otras ligas. Por ejemplo, muchos se fueron a la División Mayor de la Liga Colombiana, conocida como “El Dorado”, que era pirata porque no estaba afiliada a la FIFA y en ella se aceptaban contratos sin autorización de clubes de origen; o también a Italia, Chile y Uruguay. Los jugadores salían del país expulsados de la AFA por incumplimiento de contrato, aunque algunos regresaron más tarde, amnistiados. Entre los que se fueron, puede citarse a Pedernera, Rossi, Di Stéfano, Giúdice, Mario Fernández, Castro, Cervino, Pontoni, Pescia, Martino, Boyé e Infante.

La situación recién se normalizó en 1954, cuando la FIFA regularizó a la Federación Colombiana. Las protestas de los futbolistas eran parecidas en varios países, por situaciones similares. En Italia, hubo una huelga en la temporada 1947/1948, y en Uruguay se llegó a anular el torneo en 1948 como consecuencia de las protestas en Argentina.

Desde los años veinte ya se vendían jugadores al exterior, pero en 1948 comenzó a aparecer con claridad la internacionalización del libro de pases y la imposibilidad de los clubes argentinos de competir con ofertas del exterior.

Los dirigentes se mantenían firmes en el concepto de que los jugadores eran patrimonio de los clubes, para no cederles protagonismo. Los jugadores, ya nucleados en FAA, sostenían, al contrario, que el espectáculo lo generaban ellos y la gente pagaba por verlos. Sin embargo, los clubes argumentaban que el primer paso había sido formarlos; pagarles lo que pretendían era poco menos que ruinoso y amenazaba al fútbol profesional en lo económico.

En ese aspecto, los dirigentes tenían una relación paternalista con

los jugadores, basada en principios clasistas. Sin embargo, trataban de evitar que esto fuera muy marcado, para no generar, a su vez, problemas con la dirigencia política de turno, más volcada hacia los jugadores. En especial Evita tenía esa perspectiva, aunque su intervención no mostró el perfil alto que se esperaba, sobre todo considerando el rol que Perón le daba al deporte, acaso por no quedar mal parado políticamente en un conflicto tan delicado y tan largo, porque mantuvo en vilo a la sociedad por medio año.

Esto fue lo que ocurrió con el presidente de la AFA de entonces, Oscar Nicolini, que tuvo gran tensión con Evita, quien tomó partido por los jugadores. Nicolini renunció en 1949, porque la primera dama —que lo conocía a través de su madre— le endilgaba haber favorecido a los dirigentes. De hecho, el Gobierno siempre tenía representantes en las asambleas gremiales de futbolistas[100].

El Gobierno no quería que la AFA fuera "un Estado dentro de otro Estado", pero tampoco forzó la situación y aparecía como un puente entre las partes, algo que se repetiría con el tiempo en otros conflictos. El hecho de que Nicolini prefiriera atender desde su despacho del Palacio de Correos y no desde la AFA es una muestra de la tensión con los dirigentes del fútbol, que lograron llevar adelante su política y resistieron todo lo que pudieron sin que la mano del Gobierno apareciera con dureza.

Entre los mediadores, fueron protagonistas Cereijo, Domingo Mercante (gobernador de Buenos Aires) y José Barro (secretario de Industria y Comercio). Para el Gobierno, también pesaba una tercera parte, la del público consumidor, que en esos tiempos batía récords de asistencia. La paralización del certamen generaba un impacto político importante.

Adolfo Pedernera llegó a reconocer que los dirigentes "trataban a los futbolistas como objetos", y Mario Boyé dijo que la huelga sirvió "para que arreglaran los que ganaban menos, y nosotros nos tuvimos que ir. Con la huelga del 48, algunos se fueron a Colombia, otros nos fuimos a Europa, y ahí vino el desmantelamiento del fútbol argentino"[101].

También lo explicó con lujo de detalles Alfredo Di Stéfano, que se convertiría en una mítica figura en el Real Madrid tras su paso por

Millonarios de Bogotá:

“La huelga no venía por asunto de dinero, de cobrar más o menos. El problema era que en los equipos pequeños pagaban a sus jugadores los dos primeros meses, luego el equipo no funcionaba y dejaban de pagar. La gente aguantaba, pero a los seis meses decían: “Yo no juego más si no me pagan”. Te solventaban con la carta de libertad. Pero si no cobrabas, ¿adónde ibas? Y así estaba pasando año tras año, jugabas cinco y cobrabas uno. El problema lo tenían los jugadores de las divisiones inferiores, de los equipos pequeños. La huelga se produjo para proteger a esa gente. Los contratos que se firmaban eran leoninos. El club tenía toda la razón del caso y no podías discutir en ningún lado. A los grandes jugadores no les daban la libertad, eso seguro. Te tenían acorralado. Una de las frases de Perón, que ya era presidente, fue que la huelga estaba reñida con el deporte. No le prestó mucha atención. No la apoyó nada, porque él tenía un ministro de Hacienda que era uno de los directivos del Racing. Era una cuestión de preferencia. […] No jugamos hasta principios de la temporada siguiente, hasta 1949. Durante todo ese tiempo yo no cobré nada. Estaba en la rúe. […] Se solucionó el asunto en el último momento. En el River quedábamos cuatro: Rossi, Ferrari, Collman y yo. Tuvimos que firmar en blanco, porque era el último día, eran las doce de la noche y a las once firmamos, porque si no estábamos desvinculados del fútbol. Así que tuvimos que tragar. Después, claro, cuando fuimos a ver lo que cobramos, nos dieron la mitad. ¿Qué vas a hacer? Si no firmábamos nos suspendían para no sé cuántos años[102].”

Mucho más allá de una resolución judicial o de una proclamada victoria sindical, lo concreto es que la huelga de 1948 marcó un antes y un después en el fútbol argentino, que se quedó sin espejos para generaciones futuras, sin sus principales cracks. Para muchos entendidos, ya nada sería lo mismo en cuanto a calidad, y si bien seguía habiendo una fuente inagotable, la frecuencia de aparición de jugadores de aquellos quilates ya sería menor e inigualable.

Comenzaba a acabarse el tiempo dorado del fútbol argentino, que

coincidía con la mejora social que trajo el primer peronismo, lo que derivó, entre otras cosas, en el aumento de la masa societaria de los clubes, especialmente entre 1944 y 1946 (con una leve meseta anterior entre 1940 y 1943)[103].

El acuerdo final, destacado en la Memoria y balance de 1949, se enmarcaba en el contexto de la solución al déficit de los dos ejercicios anteriores, con el 7% de las entradas brutas en los partidos de Primera División, previa deducción del pago a los árbitros y jueces de línea y los impuestos correspondientes. Pero el hecho más trascendente fue que el Consejo Directivo propuso a la asamblea la modificación de un artículo sustancial del estatuto: "Los representantes de los clubes ante la asamblea tienen un voto cada uno". Era algo nuevo, porque desde 1931 hasta ese momento cada club grande disponía de tres votos en la asamblea. Ahora, eso se acababa de manera repentina. Se volvía a una representación más cercana a la Cámara de Senadores que a la de Diputados.

Este nuevo sistema, por ejemplo, hubiera evitado la llegada de los dos rosarinos, que vinieron a ocupar dos lugares de Buenos Aires, votados por los grandes. La nueva situación retrotraía el fútbol argentino a 1931. Ya los votos de los grandes y de los chicos valdrían lo mismo. Un cambio fundamental que, para algunos analistas, como el ex interventor Armando Ramos Ruiz, sería nefasto y para nada representativo[104].

Un ejemplo de ello fue lo que manifestara el flamante presidente de la AFA Valentín Suárez en la apertura de la Memoria y balance siguiente, la de 1950: "Ante la firme convicción de que el progreso del fútbol depende del constante aumento de aficionados que lo practiquen, más que del alto nivel que puedan alcanzar unos pocos, el Consejo Directivo dictó disposiciones que, aplicadas por primera vez en la pasada temporada, dieron por resultado que se jugaran 654 paridos más por temporada". Esto, para Ramos Ruiz, parece aberrante, "la negación del profesionalismo"[105].

Ramos Ruiz sostenía que uno de los más graves problemas del fútbol argentino a lo largo de su historia pasaba por el constante intento de querer favorecer a una gran cantidad de clubes para que llegaran a Primera, cuando en verdad no estaban en condiciones. Con cálculos rigurosos, llegó a la conclusión de que la mayor

cantidad de equipos en el máximo torneo implicaba un menor nivel y peores consecuencias económicas para las entidades.

El Mundial de 1950 y otras oportunidades perdidas

Valentín Suárez, ex colaborador de la Fundación Evita, era el dirigente indicado por el gobierno peronista para poner orden en la AFA al finalizar el conflicto con el sindicato de futbolistas. El fútbol era completamente distinto al anterior, sin los grandes cracks. Asumió el 21 de agosto de 1949. No solo duraría en el cargo hasta julio de 1953, imponiéndose en las elecciones de renovación a Juan Rey por un contundente 17-2, sino que incluso marcaría una impronta y regresaría con los años como interventor.

Suárez reemplazó a Cayetano Giardulli (hijo), quien presidió la AFA por una transición de poco menos de un mes luego de la salida de Nicolini. Durante ese mes, por primera vez se llegó a rumorear acerca de la posibilidad de que la entidad del fútbol fuera intervenida luego del largo conflicto con FAA en 1948. Suárez representaba a Independiente, pero era cercano a Cereijo y era funcionario del Ministerio de Trabajo y Previsión. El hecho de tener experiencia en el mundo de las relaciones laborales pudo haberle jugado a favor en tiempos de huelgas o conflictos con los jugadores.

Uno de los hechos más importantes que debía resolver Suárez era el referente a la cercanía del cuarto Mundial de Fútbol, el de 1950, por jugarse en Brasil. Para la AFA y para el fútbol argentino en general, este Mundial representaba un serio inconveniente. Por un lado, Argentina había tenido intenciones de organizarlo, pero se había dormido diplomáticamente ante el vecino país sudamericano y la relación con la FIFA y la Confederación Sudamericana (Conmebol) tenía sus vaivenes. Por otro, el frente interno tampoco ayudaba. El hecho de que más de cien jugadores de primer nivel justo emigraran meses antes del torneo, tras la huelga de 1948, en tiempos en que no se solía recurrir a quienes jugaban en el exterior, complicaba mucho las cosas, amén de que siempre hubo todo tipo de versiones sobre la relación deportiva de competencia entre los gobiernos de Perón y de Getulio Vargas.

Tras la larga inactividad por la Segunda Guerra Mundial, que generó que desde 1938 no hubiera ninguna Copa del Mundo, el 25 de junio de 1946 se había celebrado un importantísimo congreso de la FIFA en Luxemburgo, en el que Inglaterra, siempre aislada por considerarse superior, por fin se incorporaba a la organización, al igual que Escocia, Gales e Irlanda. Este hecho provocó una gran euforia pensando en el Mundial de 1950. Brasil se postuló sin oposición, porque cuando surgió la posibilidad de elevar candidaturas en 1942 había aparecido también Alemania, pero ahora, destruida por la guerra y dividida, ya no era posible.

La ausencia argentina y su falta de postulación para 1950 nunca fueron muy bien aclaradas. Valentín Suárez dijo en su momento que las relaciones entre la AFA y la CBD eran tirantes y, a su vez, que con la emigración a Colombia de los 105 futbolistas (declarada ilegal por la FIFA) el fútbol argentino no estaba en condiciones de concurrir. Solo afirmó que el gobierno peronista "acató" la decisión de la AFA de no concurrir, algo que con el poder que el Gobierno llegó a tener y el tipo de relación que estableció con la AFA parece poco probable. La Selección Argentina no había participado ni en el Sudamericano de 1949 ni en los Juegos Olímpicos de Londres en 1948. Sobre el Mundial de Brasil, el fallecido periodista Juan de Biase sostuvo que "parecía hecho a la medida de los locales o Argentina, pero a la política no le interesa el deporte, sino usarlo si tiene la total seguridad del caso. Y la Argentina no participó"[106].

La AFA decidió entonces no participar en la clasificación para la Copa Jules Rimet, aunque conformaría un grupo con Chile y Bolivia en el que dos de los tres se clasificarían al Mundial. La AFA sostuvo que la CBD prohibió a sus equipos jugar contra los argentinos unos partidos amistosos (parece una excusa formal), según se dice en la Memoria y balance, por lo que el 11 de enero de 1950 se canceló la participación argentina en el Mundial. Tampoco hubo presencia argentina en los sudamericanos de 1949 y 1953, confirmando el aislamiento internacional. Sin embargo, luego apareció en el Congreso de la FIFA reclamando un Mundial para el continente americano para 1962, lo cual parecía una nueva contradicción: desear la organización de un Campeonato del Mundo desde el aislamiento.

Fue una gran frustración, y más aún a la vista de lo ocurrido. Uruguay, como en los Juegos Olímpicos de 1924 en París, cuando el fútbol argentino tampoco participó, se llevó el título en un torneo facilitado por una primera fase de cuatro grupos de cuatro equipos cada uno. Incluso ni siquiera llegaron a completarse esos grupos por varias ausencias europeas, por lo que en definitiva jugaron solo trece (con Argentina habrían sido catorce) y los celestes llegaron al cuadrangular final apenas goleando 8-0 a Bolivia. Para el fútbol argentino, nunca habría una situación tan accesible. Se iba la última gran oportunidad para una generación brillante de futbolistas que no había podido jugar un solo Mundial para parangonarse, dejando la gran duda sobre lo que pudo haber ocurrido con otros dirigentes de AFA a la altura de las circunstancias.

Llama poderosamente la atención que un gobierno peronista, que siempre dio gran importancia al deporte como una fiesta y lo publicitó mucho, no haya encontrado la vuelta a asuntos no muy complicados en apariencia, tanto en el reclamo sindical de los futbolistas, que trajo como consecuencia la emigración (cuando el peronismo fue impulsor de grandes políticas sindicales generales), como luego la ausencia en el Mundial y, aún más, la decisión de no postularse para organizar uno.

El investigador Eduardo Archetti sostuvo que el final del Mundial, con el partido decisivo del cuadrangular entre Brasil y Uruguay, generó un torbellino en Argentina, ausente en el certamen, y demostró la supremacía rioplatense.

La revista El Gráfico, de enorme peso en la cultura deportiva argentina, se había lanzado entonces a investigar el tipo de juego rioplatense, porque de alguna manera se le quiso dar auge al triunfo uruguayo como propio. Así fue que el periodista Ricardo Lorenzo “Borocotó” participó del debate de estilos diferentes en América del Sur y destacó que, pese a que muchos son de origen italiano o español, los argentinos no juegan como los españoles e italianos. Es decir que hay una transformación de esos inmigrantes latinos al tomar contacto con la sustancia argentina. Entre esas “sustancias”, cita el paisaje (aire, tierra) y la comida en general (asado, carne, mate). Además, estas sustancias solo se encuentran en Argentina, “un país diferente”[107].

Lo concreto es que, tal como en los Juegos Olímpicos de París (1924), el Mundial de Italia (1934), el Mundial de Francia (1938) o el Mundial de Brasil (1950), si hubiera sido por los dirigentes de la AFA la Selección Argentina ni siquiera hubiera concurrido al Sudamericano de Ecuador en 1947, que ganó de manera brillante. De hecho, tampoco asistió al torneo de fútbol de los Juegos Olímpicos de Helsinki (1952). No aparece explicación alguna en la Memoria y balance posterior. Con respecto al torneo de Ecuador, la AFA argumentó que los gastos de viaje y hospedaje dejarían un déficit de cien mil pesos moneda nacional, poco más o menos. Esto fue solucionado, como tantas veces en la historia, por un subsidio acordado por Perón[108]. El interrogante es: si el Gobierno intervino en 1947 para un torneo sudamericano, ¿por qué no lo hizo para concurrir a un Mundial, para solucionar una huelga tan importante como la de 1948 o para postular a Argentina para organizar un certamen de esta naturaleza?

En el Congreso de la FIFA celebrado en 1950, se le otorgó la sede del Mundial 1954 a Suiza y la de 1958 a Suecia. En ese mismo Congreso, una delegación argentina que trataba de salir del aislamiento internacional tras la última participación en mundiales en Italia 1934 elevó un pedido para que el continente americano organizara el Mundial de 1962. La idea era que se realizara en la sede que las asociaciones del continente americano determinaran. Posteriormente, la delegación argentina acabó retirando la moción no sin dejar establecido con claridad que la reforma del Estatuto de la FIFA tendría que contemplar el anhelo de las asociaciones americanas de tener los mismos derechos que las demás asociaciones del viejo continente para poder dar a sus pueblos las mismas satisfacciones deportivas. Es decir, una vuelta para terminar, como casi siempre, en el aire.

El aislamiento en esos años sería tan grande, que se les daría una importancia supina a dos partidos amistosos ante Inglaterra. El primero se jugó en Wembley en 1951, con triunfo de los británicos por 2-1, y el segundo, en el Monumental de Núñez en 1953, y ganó Argentina 3-1 con un gran gol de Ernesto Grillo. Iba a disputarse otro partido, que fue suspendido por lluvia. Para el fútbol inglés, se trataba de partidos convenientes, especialmente el primero, luego del rotundo fracaso en el Mundial de Brasil 1950, en plena inclusión

en el fútbol internacional, cuando cayó ante Estados Unidos por 1-0. Para el fútbol argentino, significaba volver a jugar en Europa como equipo nacional tras casi dos décadas (se había planificado una gira por España e Italia en 1948, pero se suspendió por la huelga).

El partido jugado en Wembley está envuelto en varios mitos. Mario Boyé, jugador de aquel equipo argentino y autor del tanto albiceleste, comentó con los años que el amistoso

"fue organizado cuando Perón se enteró de que los ingleses estaban invictos en ese estadio y le dijo a Cereijo que buscara la manera de enfrentarlos para ganarles. Se armó un buen equipo aunque con muchos jugadores muy petisos —varios como Moreno, Pedernera o Di Stéfano no participaron por estar jugando en el exterior, en tiempos en los que no se acostumbraba a convocarlos en esas circunstancias—. Yo marqué un gol a los pocos minutos por un centro de Lousteau, pero luego nos dominaron completamente y nos ganaron. Al regresar, se festejó porque se consideró una hazaña[109]."

Miguel Rugilo, el arquero argentino, se convertiría en gran figura del partido, evitando el empate inglés hasta apenas siete minutos antes del final. Por eso le quedaría el apodo de "El León de Wembley".

El peronismo y su relación con algunos clubes

Para 1948, como recursos para la AFA figuraban 100.000 pesos de partidos internacionales que no se realizaron (se había planificado una gira por España e Italia suspendida por la huelga de futbolistas) y 300.000 pesos correspondientes al 5% de lo recaudado en los partidos oficiales de Primera División que solo produjeron 247.607,05 pesos, debido a los constantes cambios en las fechas y en la merma de calidad de los partidos, que a su vez generaron menos público en los estadios. Esa gran merma de los recursos, agravada por el aumento de los gastos, obligó a la AFA a pedir dos préstamos al Banco de la Nación Argentina: uno de 50.000 pesos, obtenido el 29 de diciembre, y otro de 150.000, conseguido el 10 de febrero[110].

Era la parábola perfecta, la que con el tiempo sería una constante dirigencial del fútbol argentino. Debido a la mala estructura de los torneos y al mal manejo de las distintas situaciones (en este caso, un frustrado acuerdo con los futbolistas por sus salarios), la AFA acababa con déficit y terminaba pidiendo ayuda al Estado, que acudía presuroso en su salvación porque políticamente significaba salvar causas populares.

El caso de Racing es uno de los más emblemáticos del peronismo. En una de las revistas más vendidas de la época, la PBT, aparecía una caricatura de Cereijo, el ministro de Hacienda, con un banderín del club como fondo y la frase: “¿Quién dijo que el gobierno es cosa fácil? En verdad, nunca oí nada más cómico: pensar en los problemas económicos, el patrón oro, el presupuesto, Racing”[111].

Por la ley 12345 (de Fomento del Deporte), Racing consiguió primero 3.000.000 de pesos, y luego otros 8.000.000 para remodelación de su cancha. Luego se promulgaría la ley 12360, que en su artículo 32 “autoriza al PEN a otorgar préstamos en títulos de deuda pública interna con asesoramiento de la Comisión Nacional Honoraria de Fomento del deporte para construcción o ampliación

de los locales que tengan por fin principal la práctica de la educación física”.

Muchos predios de clubes se consiguieron gracias a las concesiones ferroviarias de parcelas correspondientes a cuando el peronismo compró los ferrocarriles a los ingleses. Cereijo quería que la construcción del estadio de Racing se hiciera en Retiro, pero los socios de Racing se mantuvieron firmes en Avellaneda. El presidente era Carlos Paillot, que había sido secretario de Salud de la Municipalidad de Buenos Aires; durante su gestión se construyó el estadio y Racing ganó sus primeros tres títulos del profesionalismo entre 1949 y 1951, siendo el primer tricampeón de la época. El tercer torneo estuvo marcado por la final contra Banfield en el Gasómetro, definido por Boyé desde lejos, y significó 18.000 pesos para cada jugador, aunque hubo crecientes rumores de que Evita prefería que ganara Banfield, por ser un club humilde. Racing nombró presidente honorario a Perón y socios honorarios a Evita, Cereijo, Bramuglia (ministro de Relaciones Exteriores) y Miguel Miranda (presidente del Banco Central). Perón y Evita asistieron a la inauguración del estadio[112].

El peronismo, a través de los organismos del Estado (había fusionado la Confederación Argentina de Deportes —cad— con el Comité Olímpico Argentino —COA— en la CADCOA), otorgaba todo tipo de subsidios a deportistas, entidades y clubes. Perón llegó a decir que reconocía a los clubes “públicamente el extraordinario mérito de haber hecho por sí todo cuanto el Estado debió realizar por el deporte argentino”[113]. Pero al mismo tiempo resultaba prácticamente imposible subsistir y competir con posibilidades sin un padrino ligado a las más altas estructuras del peronismo. Ocurrió así con Cereijo o Aloé en Racing; Raúl Mendé (secretario de Asuntos Técnicos de la Presidencia) en Boca; Aníbal Imbert (hombre del GOU que ejerció una estricta censura en programas radiales) en Vélez; José Constantino Barro (ministro de Industria y Comercio) en San Lorenzo; Atilio Renzi (militar e intendente de la residencia presidencial) en Ferro; Guillermo Solveyra Casares (policía de larga trayectoria en Chaco y Córdoba, a cargo de la División de Informaciones Políticas de la Presidencia de la Nación) en Tigre; el economista Oscar Pelliza (subsecretario de Política Económica, luego vicepresidente del Banco Central y subsecretario de Asuntos

Económicos) en Huracán, y Valentín Suárez (presidente de la AFA) en Independiente desde 1949, porque antes los rojos estaban marginados del poder futbolero. A la madrina principal, la propia Evita, la tuvo Sarmiento de Junín.

Tal vez uno de los casos más emblemático de la época en cuanto a la relación entre los clubes y el Estado con el peronismo en el poder fue el de San Lorenzo de Almagro, que planificaba construir un gran estadio para 150.000 personas, olímpico y de cemento, que reemplazara al Gasómetro, con tribunas de madera. Era una idea del presidente Enrique Pinto, que había seguido Pedro Bidegain, pero necesitaba 60.000.000 de pesos para continuar la obra y, entonces, comenzó a flirtear al Gobierno en busca de un crédito. Sin embargo, la oposición de la dirigencia del club (por algunos altos impuestos que debía pagar) y la legislación laboral (que hizo que aumentara el gasto con sus empleados) lo enfrentaban al poder político. Sumado a esto, en las elecciones de 1949 Emilio Bernat se impuso al peronista Garagusso. Por lo tanto, la idea se fue esfumando, aunque se intentó por todos los medios políticos. En 1950, se nombró a Perón, Cereijo y también al ministro Román Subiza socios honorarios del club, y ya en el final del peronismo, al ministro de Interior y Justicia Ángel Borlenghi[114]. La revista partidaria de la época El Ciclón lo reflejaría muy bien con el lema "Sanlorencistas sí, politiqueros, no"[115].

Probablemente pudo haber sido una estrategia para acercarse al Gobierno, sabiendo que Perón quería organizar unos Juegos Olímpicos en Buenos Aires. Incluso en 1952, la Comisión Directiva encabezada por Luis Traverso, para quedar bien con el Gobierno, decidió comprar 2.000 ejemplares del libro La razón de mi vida[116] en 32.000 pesos para distribuirlos entre colegios, bibliotecas y socios del club, a lo que se suma los homenajes a Eva Perón por su fallecimiento ese mismo año y la colocación de bustos y plaquetas en la sede del club[117].

Gimnasia y Esgrima de La Plata es otro club que vivió intensamente el enfrentamiento entre peronismo y antiperonismo. El 17 de octubre de 1945, en la marcha de los obreros hacia la plaza San Martín, su sede fue apedreada posiblemente por haber tenido un presidente de la Unión Cívica Radical (UCR) en ese momento. Con

la renuncia del radical Plácido Seara, y ya casi en el descenso de categoría, tomó la presidencia el peronista Mario Barandiarán, que si bien en 1946 no pudo ascender a la A al menos logró apoyo económico del peronismo provincial (Mercante) para ampliar la sede. En 1947, asumió Gabriel Rodríguez, todavía más identificado con el peronismo que su antecesor. Sería luego director de Medicina Escolar del Gobierno. Con muchos problemas futbolísticos y económicos, llegó a la presidencia Carlos Insúa, también peronista y delegado regional en la Secretaría de Trabajo y Previsión, que mantenía un buen contacto con Juan Bramuglia, ministro de Relaciones Exteriores. En 1952, con la asunción de Carlos Aloé como gobernador y con Insúa como presidente, el club se volcó definitivamente al peronismo en los actos del fallecimiento de Evita. Incluso hacia fines de ese año se cambió el nombre, para llamarse Gimnasia y Esgrima de Eva Perón. Las divisiones inferiores se preparaban contra alumnos de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES). No queda claro si estos actos fueron sinceros o sobreactuados, sobre todo al notar los problemas que tuvo Estudiantes, que llegó a ser intervenido por un conflicto con la Confederación General del Trabajo (CGT) local[118].

Si Gimnasia y Esgrima de La Plata es uno de los clubes que claramente se identificaron con el peronismo, puede decirse que su rival de la ciudad, Estudiantes, fue el que más lo sufrió. Aún hoy, muchos hinchas creen que el peronismo lo mandó al descenso en 1953. Tras la presidencia del empresario funerario Pedro Oscar en los años cuarenta, en 1951 asumió César Ferri, dirigente de la política universitaria, decano de Agronomía, radical y antiperonista. El 18 de junio de 1952 es, sin dudas, un día marcado a fuego para los “Pincharratas”: delegados de la CGT platense entraron a la sede y encontraron ejemplares de La razón de mi vida apilados y envueltos. El sindicato convocó a un paro general y a un acto de desagravio al día siguiente en la plaza San Martín, con adhesión de todo el país. Estudiantes fue acusado de boicot y se lo comparó con Estados Unidos[119], por estar complotado para no dar a conocer la obra. Dos días después, mediante el decreto 101/52, el gobernador Aloé legitimó el pedido de renuncia de Ferri y la Comisión Directiva, por “baja política contraria a los intereses del pueblo”, y nombró como interventor del club a Mario Sbuscio, y como tesorero, a José Carmelo Amerise, quien sería candidato a

vicegobernador de Herminio Iglesias en 1983.

Estudiantes fue usado políticamente, hizo giras por la provincia y, antes de cada partido, los jugadores debían entregar ejemplares de La razón de mi vida. Sumado esto a la crisis económica por conflictos con sus jugadores, Estudiantes terminó descendiendo a la B en 1953, y entonces asumió con una lista única el juez Raúl Caro Betelú. Así como descendió, remontaría el ascenso de 1954 con quejas de los hinchas de Colón, su competidor[120]. Aloé asistía a todos los partidos de Estudiantes en las fechas finales. Si bien Betelú fue reelecto en 1955, el golpe de Estado restituyó a Ferri en la presidencia y el club volvió a ser Estudiantes de La Plata, ya no más "de Eva Perón", y se eliminó todo vestigio peronista.

En 1947, la revista River comenzó a elogiar a Cereijo justo cuando el club le pedía 5.000.000 de pesos para edificar una sede social en el barrio de Congreso, que ya venía encaminada por el presidente Antonio Liberti[121]. Finalmente, fueron 2.000.000 por decreto firmado por Perón y con Evita como madrina presente en el día de la colocación de la piedra fundamental. Perón llegó a recibir a Liberti y al secretario y les regaló una foto autografiada. Al final, ni Perón ni Evita fueron al estreno, argumentando cansancio, pero sí los ministros Cereijo y Borlenghi. Perón, Cereijo y Juan Pistarini, ministro de Obras Públicas, fueron nombrados socios honorarios.

Un año después, el ministerio de Hacienda ampliaría la hipoteca que le permitiría a River conseguir los recursos para levantar la hipoteca de la sede social. Cereijo se convirtió en un nexo fundamental con el Gobierno, y hasta en agosto de 1947 la revista River recibía pauta publicitaria oficial llamada "Producir más y distribuir mejor", con elogios a la política económica nacional, el rol del deporte en el Plan Quinquenal y otras cuestiones.

River consiguió también la ley 12965 de eximición de deudas de los clubes gracias a Cereijo y al impulso de Liberti. La revista River apoyó directamente en 1951 la reelección de Perón para 1952[122], y el presidente Liberti acabó viajando a Italia designado cónsul argentino en Génova.

Si River tuvo esta relación con el peronismo, qué decir de Boca, club representante del pueblo humilde y ligado al trabajo más

esforzado. En ese tiempo, Boca construyó su tercera tribuna en la Bombonera, compró un predio en Palermo llamado Parque Romano gracias a préstamos del Gobierno y del Banco Nación y también buscó bajar su déficit, cosa que consiguió gracias a la intervención del almirante Alberto Tesaire, senador, con la formulación de una ley para eliminar deudas de las asociaciones deportivas con el Estado. Así fue que en 1947 se aprobó una ley muy parecida a la de 1937 (ley 12345) que permitía al gobierno peronista prestar hasta 20.000.000 de pesos para construir estadios e instalaciones deportivas. A Boca le concedieron 2.500.000 pesos. Como antes había sucedido con Justo y Ortiz, Boca nombró socios honorarios a Perón y Cereijo. En marzo de 1947, hubo una gran conscripción de socios, que llegó a 12.000. A cambio, el Gobierno exigía a Boca un gran aumento en el pago de sus empleados, que le trajo problemas, aunque al final el préstamo no solo se extendió a 5.000.000, sino que además el Banco Nación le cedió otro por 550.000 pesos. Boca participó de manera activa de los homenajes a Evita tras su muerte.

En 1952, Perón firmó la ley 14167, por la que autorizaba a vender a Ferro, Vélez y Boca los terrenos de los Ferrocarriles Argentinos. En 1954, con la llegada al poder de Alberto J. Armando, Boca ganó el único título de la década y se lo dedicó al presidente, como era de esperar. "Boca Juniors, el club que siempre ha reclutado adeptos en las filas del mismo pueblo trabajador […] no podía estar ausente en la cordialidad del líder. A él llegó, pues, muchas veces, en busca de la palabra alentadora, del consejo y la ayuda. Y siempre —¡siempre!— halló en Perón al amigo leal, al simpatizante, y ecuánime, al guía por antonomasia", llegó a escribirse en una de los textos de las Memorias y balances del club en esa época[123].

La Liga Cordobesa de Fútbol (LCF), por fin, consiguió los fondos que los clubes necesitaban. Por eso, en 1946 fue creada la Comisión Pro Mejoras y Adquisición de Fields, que favoreció a la Escuela Presidente Roca, Palermo y Audax. Luego se instituyó el Fondo Pro Construcción Field, por el que se distribuyeron 50.000 pesos, que aumentaron a 75.000 en 1951, para Juniors, Universitario y Lavalle. Más tarde, en 1952 se estableció otro fondo para mejoramiento de los campos de juego. Atilio Antonucci, médico y senador peronista desde 1946, fue presidente de la Liga Cordobesa desde 1949 hasta la caída de Perón en 1955. También se

desempeñó provisionalmente como gobernador de Córdoba entre 1951 y 1952. La LCF apoyó de manera oficial la reelección de Perón, como agradecimiento por la ayuda, y adhirió al duelo de la muerte de Evita en 1952. Al finalizar la etapa peronista, en Córdoba ya había seis estadios. A los dos ya existentes, se sumaron los de Universitario, Racing, Juniors e Instituto.

El caso de mayor neutralidad política, como ya venía ocurriendo desde décadas anteriores, fue el de Vélez Sarsfield, que pese a todo no parece haber sufrido mucho la influencia del peronismo. Su principal dirigente, José Amalfitani, se concentró en la construcción de su estadio, en especial desde el ascenso a primera A en 1943. Amalfitani provenía del partido demócrata-progresista de Lisandro de la Torre. En sus Memorias y balances, no aparece la liturgia peronista[124]. Eso no implica que no haya podido obtener algunos beneficios. Amalfitani tenía una buena relación con Perón, quien lo respetaba mucho, pero siempre solía poner sutiles excusas. La mejor relación tenía que ver con el vínculo del cuñado de Amalfitani, el teniente coronel Aníbal Imbert, con Perón. En 1947, se le otorgó a Vélez un préstamo de 1.500.000 pesos que facilitaron el avance en la construcción del estadio (Cereijo colocó la primera palada de hormigón).

El periodista Dante Panzeri comentaba que José Amalfitani no iba a la AFA y siempre enviaba a alguien en su representación:

“Le disparaba a la comedia teatral y publicitaria del fútbol […] y la administración de Amalfitani […] fue la única no contaminada por la corrupción, la inmoralidad de todo tipo que en grande o en pequeña escala se metió en todos los demás y de la que Vélez no estuvo ni está exento. Ojo, que en todo eso no se salva nadie. Pero que la administración de Amalfitani fue la única que vivió ajena a aquellos apetitos de vidriera, no queden dudas. Mientras que Boca se deterioraba y River se agrietaba con presidentes que decían ser empresarios, Vélez se hizo mucho más grande que ellos con un presidente que era un simple albañil […] hay dos rubros de mi archivo con los que podría llenar aproximadamente media docena de libros de 400 páginas cada uno: “Delincuencia deportiva”, se llama uno. “Personajes siniestros”, el otro. Casualmente lo llenan

presidentes y dirigentes de fútbol. O no casualmente, obligadamente […] la culpa es de la popularidad del fútbol. Nadie quiere ser dirigente de Excursionistas. Muchísimos de esos individuos tienen una oculta meta: la de llegar a la política nacional pasando por el fútbol. Muy rara vez lo consiguen.[125]”

Corolario

Otros dos hechos importantes dejó el paso de Valentín Suárez por la AFA: por un lado, la denominación definitiva en castellano como Asociación del Fútbol Argentino en 1946 y, por otro, el nombramiento de Perón como presidente honorario en 1953.

Suárez, tras cuatro años en el poder del fútbol, fue reemplazado por el ex presidente de San Lorenzo y abogado Domingo Peluffo, que reunía un gran consenso y había sido presidente del Tribunal de Penas de la AFA apenas tres años antes, en 1950. También había tenido diversos cargos públicos durante el peronismo, como se acostumbraba en la época: compartir el fútbol con la política. Pero, además, Peluffo significaba exactamente lo que el peronismo pretendía para la dirigencia argentina en cualquier ámbito: el cambio. San Lorenzo había sido hasta 1945 un bastión del radicalismo, simbolizado en Pedro Bidegain, que había sido presidente del club y diputado identificado con las ideas de Hipólito Yrigoyen y estaba en permanente tensión en la Comisión Directiva con el conservador Eduardo Larrandart[126]. Pero además, ya era vicepresidente del CADCOA, que tuvo a su cargo la organización de los Juegos Panamericanos de Buenos Aires en 1951.

Peluffo fue presidente entre el 10 de agosto de 1953 y el 26 de abril de 1955. Él implementó el ingreso gratuito de los menores de edad a los estadios. Cuando comenzó su mandato, ya los clubes empezaban a tener dificultades económicas mayores por la alta inflación y, en especial, por la mala administración, los aumentos en las cuotas societarias y los problemas estructurales resultantes de torneos con creciente cantidad de equipos. “No es el profesionalismo el que ha llevado a las entidades a su estado desastroso, más o menos malo según las circunstancias, sino la falta de las estructuras indispensables para el ejercicio de ese profesionalismo”, aclara el investigador Ramos Ruiz[127].

Un ejemplo es lo ocurrido con Boca desde que el empresario Alberto

J. Armando se impusiera en las elecciones del club en 1954, cuando comenzó a implementar un sistema de premios a sus jugadores: 120.000 pesos si mantenían invicto su estadio; 500.000 pesos si lograban el campeonato; 300.000 pesos por ser segundo; 100.000 pesos por ser tercero, y premios por ciclos de 4-5 partidos. Ya muchos clubes estaban mal económicamente, pero copiaron este modelo de Boca, que los iría llevando a crisis cada vez mayores.

La Selección Argentina, en tanto, también se ausentó del Mundial de Suiza, en 1954, del que vuelven a participar Uruguay y Brasil. Pero algunos de los dirigentes de la AFA que concurrieron regresaron impresionados por los nuevos negocios del fútbol en Europa, como el de la indumentaria, el calzado y la TV. Un año antes, en 1953, se sancionaba una resolución por la que se nombraba al ex jugador y goleador del equipo nacional en el Mundial de 1930, Guillermo Stábile, “con funciones de seleccionador y adiestrador” de la Selección Argentina, cargo que de todos modos ya tenía desde 1939, en reemplazo de la Comisión del Equipo Nacional que hasta entonces tenía esas atribuciones[128].

Peluffo llegó a ser vicepresidente de la FIFA, pero tuvo una grave enfermedad y fue reemplazado interinamente por uno de los vicepresidentes de la AFA, el arquitecto y dirigente de Ferro Fernando Vannelli. Murió en marzo de 1955 en el ejercicio de la presidencia de la AFA y vicepresidencia de la FIFA, algo que solo volvería a ocurrir casi seis décadas más tarde.

Peluffo sería reemplazado por Cecilio Conditti (que se mantuvo desde el 24 de abril de 1955 al 10 de octubre de 1955), de Chacarita, quien fue el primer presidente de la AFA que provino del mundo sindical, con cargos anteriores en la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y en la CGT (gremios textil y gráfico). En 1948, había sido designado rector en la Universidad Obrera Nacional (más tarde, UTN). Creó un cuerpo de veedores secretos para asistir a los partidos[129].

La presidencia de Conditti en la AFA coincidió con el golpe de Estado a Perón el 16 de septiembre de 1955. En ese momento, el dirigente se encontraba en Europa, asumiendo como vicepresidente de la FIFA. Su mandato al frente de la entidad futbolística argentina

duró apenas unos días más, hasta el 10 de octubre, cuando tanto él como su tesorero Pablo Marín fueron obligados a renunciar. En su lugar, asumiría Arturo Bullrich. Comenzaría entonces una nueva etapa, la de las continuas intervenciones del organismo. Conditti sería, veinte años más tarde, ministro de Trabajo del gobierno de María Estela Martínez de Perón.

Atrás quedaba casi una década de una AFA que se había manifestado absolutamente peronista en sus boletines y sus acciones, con continuas referencias a Perón y a Evita, con bustos y monumentos dedicados a los líderes y permanentes alabanzas y agradecimientos. También fue la última etapa de una alta venta de entradas en los estadios, con un promedio de 12.865 por partido, la del mayor quinquenio de la historia (1951-55). En 1946-1950, había sido de 12.755, y ya desde 1956 a 1960 decaería a 10.783[130]. Ya no recuperaría nunca más aquella marca. Los motivos son muchos: desde lo futbolístico hasta lo cultural, lo relacionado con el consumo, la aparición de otras actividades de ocio, una mayor cuota de violencia y la situación socioeconómica.

Sin embargo, la AFA se movería como una hoja al viento, al igual que los dirigentes de los clubes argentinos, y giraría 180 grados para sumarse a una época absolutamente contraria a la anterior.

4

El Mundial de Suecia, intervención, violencia y negocios (1955-1966)

El golpe de 1955 y sus consecuencias

El golpe de Estado del 16 de septiembre de 1955 cambió el país y también cambiaría el fútbol argentino. Por supuesto que si hasta esa fecha, mediante los contactos políticos más variados, la dirigencia de los clubes había estado ligada al peronismo en todo lo posible, ahora tendría de nuevo la capacidad de virar de inmediato hacia el polo opuesto desde el inicio mismo de la dictadura de Pedro Eugenio Aramburu, autodenominada “Revolución Libertadora”, que directamente prohibió la palabra “Perón” y todo lo que hacía referencia al movimiento que había gobernado la última década.

El panorama cambió por completo, desde los cargos públicos hasta la vida diaria, con el paso de un sistema que encarnaba el populismo a una represión que incluyó los fusilamientos de 1956 o el intento de disciplinamiento de los trabajadores y la persecución política de todo lo que siquiera oliera a peronismo. Tales hechos fueron el instrumento necesario para subordinarse económicamente a los grupos más concentrados de poder.

Estas intervenciones de organismos públicos de todo tipo no dejaron exento al fútbol, que representaba uno de los símbolos más claros de lo popular. Por primera vez, entonces, la Asociación del Fútbol Argentino (AFA) iba a ser intervenida, en este caso por la dictadura militar, aunque también lo sería con gobiernos civiles, algo que con los años pasaría a ser una mala costumbre del poder político: controlar el fútbol. De esta forma, los gobiernos de facto acababan con organizaciones sociales de años de militancia en instituciones y asociaciones civiles.

A la gravedad en sí de la intervención, se sumaba que esta no había estado reglamentada y, por lo tanto, cada vez que un dirigente se hacía cargo de la AFA con esta tipología, no respetaba el estatuto e imponía a su propia gente en los diferentes cargos, dependiendo del Poder Ejecutivo Nacional.

A los pocos días de llegar al poder la “Revolución Libertadora”, el 10 de octubre fue designado interventor de la AFA Arturo Bullrich, quien sería sucedido por un largo período a cargo de Raúl H. Colombo (el más extenso hasta que Julio Grondona lo superaría desde 1979). Pero tras él llegaría otro ciclo de intervenciones (nueve), entre 1966 y 1976, con apenas dos presidentes elegidos por el voto. El torneo de 1955, que sería ganado por River Plate, se había interrumpido por 14 días debido al golpe de Estado.

Un decreto presidencial creó una Comisión Interventora para asumir la conducción de la AFA. Era la primera vez que la institución era intervenida formalmente. Bullrich, a cargo de la intervención, provenía de la oligarquía porteña y era miembro de la Sociedad Rural Argentina, de la Bolsa de Comercio y de diversas sociedades anónimas, aunque no tenía vínculo con el fútbol. Solo había sido presidente de la Liga Ferro-Bancaria de Foot-Ball. La Comisión estaba integrada, además, por otros cinco componentes: Víctor Cinollo Vernengo, Gino Pomini, Pedro Canaveri, Manuel María Lavié y Hugo Papini. Lo importante, como en todos los demás órdenes, era no haber ocupado cargos de relevancia en la AFA durante el peronismo y tener una actitud política opositora al gobierno saliente. El contenido del discurso tenía que ver con el regreso a la autonomía de la AFA respecto de los poderes públicos.

Si bien no parece haber una correlación entre las intervenciones de la AFA y los mecanismos de acceso a la presidencia a lo largo de la historia[131], en el caso del golpe de 1955 aparece con nitidez, aunque como necesidad de marcar desde el poder político una línea roja con el pasado. Esta intervención fue muy poco casual y tuvo una relación de paralelismo casi total con lo que ocurría en términos políticos; hasta tal punto, que si en el ámbito público se revisó cada una de las áreas para acabar con cualquier vestigio peronista, en el fútbol apareció la llamada Comisión 49, que examinada cualquier relación existente entre los clubes de fútbol, sus dirigentes, jugadores y todo protagonista de la actividad con los tiempos anteriores.

Esta comisión encontró varios homenajes de adhesión al peronismo, aunque no constató irregularidades, por ejemplo, en la gestión anterior de San Lorenzo ni préstamos entre 1947 y 1950. En

cambio, sí constató colaboración con el aparato de propaganda peronista. La Comisión Directiva de San Lorenzo explicó entonces que era obligatorio hacerlo para no recibir represalias y que las contribuciones del club para fundaciones o para edificar monumentos a Evita tenían un carácter "compulsorio para los clubes afiliados"[132]. Esto se repetía en la mayoría de los clubes, inclusive con dirigentes que contaban a la Comisión 49 sobre acciones de sus opositores durante los tiempos peronistas.

Pero mayormente los dirigentes se dieron cuenta enseguida de que los tiempos eran otros y había que cambiar para conveniencia de las instituciones. La revista River, tan identificada con el peronismo, pasó con rapidez a elogiar al socio y flamante ministro del Ejército, León Bengoa, y en uno de sus editoriales decía que "se han restituido libertades a nuestro pueblo"[133].

Para Boca, con Alberto J. Armando de presidente, la situación resultaba mucho más fácil, pese a su cercanía anterior con el peronismo, porque el dirigente, en verdad, simpatizaba más con la causa militar (años más tarde, apoyaría la fórmula del brigadier Ezequiel Martínez para las elecciones de 1973) y enseguida, como en tantos otros clubes, hizo desaparecer cualquier referencia al peronismo.

Atlanta fue uno de los clubes que más problemas atravesó, así como Estudiantes los padeció en los tiempos del peronismo. El club de Villa Crespo estuvo tan identificado con la etapa anterior, que su ex presidente Manuel Álvarez Pereyra fue encarcelado (volvería a Atlanta en los años sesenta). El año 1955 fue especialmente duro para Atlanta, que no pudo ascender a Primera A y fue perdiendo socios. Sufrió también la clausura del estadio por un derrumbe de una tribuna en agosto de 1955. Muchos socios y simpatizantes vieron esto como una venganza de una AFA ligada a la Revolución Libertadora, porque a otros clubes se les suspendían los tramos afectados, pero no todo el estadio.

Atlanta, club ligado al judaísmo, estaba inmerso en un clima antisemita con ataques de grupos católicos nacionalistas que responsabilizaban a los judíos de haber rodeado a Perón y de generar un cisma contra la Iglesia católica. Esto provenía del sector opositor al oficialismo gobernante. La clausura recién se levantaría

en 1956, cuando consiguió el ascenso, y en 1958 comenzó a plantearse el estadio de cemento que finalizó en 1960.

Además de los temas políticos asociados a los nuevos tiempos en relación con los anteriores, la AFA mantenía la estructura unitaria desde su fundación, es decir que no aparecían en el horizonte cambios profundos, y el debate interno de los clubes pasaba por la creciente inquietud por las malas administraciones.

Si bien no se podía mencionar a Perón, este tenía una frase que la AFA aplicaba de manera reiterada: "Si se quiere que algo no avance, lo mejor es crear una comisión". Así fue que en 1957 se creó en la AFA una de las tantas comisiones de estudio de la situación de la entidad y de sus clubes, compuesta por seis miembros que integraban tres presidentes de clubes para determinar las medidas a tomarse en un lapso de 15 días. Finalmente, se llegó a la misma conclusión de tantas otras veces, pero la mayoría no se atrevía a llevar a cabo las decisiones que debían tomar: 1) había que reducir a 12 los clubes en Primera, para lo cual había que determinar dos descensos anuales y un ascenso; 2) había que tomar medidas económicas más severas para la Primera y generar las condiciones para los clubes de ascenso que llegaran a la división principal; 3) el torneo debía comenzar "indefectiblemente" el tercer domingo de marzo y establecer un calendario claro y fijo para la Selección; 4) había que tener estadios con localidades numeradas y mayores comodidades; 5) se debía considerar la posibilidad de precio móvil de las entradas de acuerdo a la importancia de los partidos; 6) se debía dar amplia libertad a los clubes para contratar, transferir y fijar primas, sueldos y premios a sus jugadores.

Esta comisión sostenía los principios de la creación de la Liga Profesional en los años treinta, pero los tiempos habían cambiado: los clubes grandes ya no tenían los votos necesarios, desde que en 1949 se había instaurado aquello de "un club, un voto", y las propuestas acabaron en la nada, rechazadas por una mayoría de clubes sin la popularidad de los otros[134]. En 1956, el nuevo presidente de la AFA elegido por la asamblea (19 presentes, todos votos favorables), Raúl H. Colombo[135], se encontraba ante la imposibilidad de imponer este sistema que pudo haber ordenado el fútbol de una vez por todas.

El nuevo y no tan nuevo panorama

Como se ve, en lo institucional la historia del fútbol argentino es recurrente, un círculo vicioso del cual parece imposible salir. Los clubes más poderosos intentaron ordenar los torneos, hacerlos más prolijos, buscando la forma de que no hubiera tantos clubes que quitaran calidad a los campeonatos y de que aquellos que llegaran a la máxima división tuvieran capacidad para hacerlo, no solo deportiva sino también en todos los órdenes. Trataron de encontrar la fórmula para que los gastos no excedieran los ingresos, pero chocaron todo el tiempo contra demasiados intereses. Como corolario de todo esto, siempre estuvo presente la idea central de que, en cualquier caso, los déficits futuros se cubrirían con la ayuda del Estado, al que políticamente le convino acudir para salvar al fútbol de la bancarrota.

En lo futbolístico, la segunda mitad de los años cincuenta ya no mostraba aquellos espectáculos del pasado, sobre todo por las consecuencias de la emigración de tantos jugadores de calidad, la falta de espejos para los que llegaban y la diversidad de ofertas culturales para los tiempos de ocio, además del auge de la televisión[136], la expansión de los automóviles y la aparición de la violencia organizada, no exenta del clima de represión social que se vivía.

Raúl H. Colombo, ratificado por el general Ignacio Huergo, interventor en la Confederación Argentina de Deportes (CAD), sería luego reelecto dos veces: en 1959 (23 asambleístas e igual cantidad de votos), ya con Arturo Frondizi como presidente argentino, y en 1962 (21 asambleístas e igual cantidad de votos), abarcando el período de José María Guido como presidente de facto.

Su club de origen era Almagro (fue dirigente desde los años treinta hasta alcanzar la presidencia). Llegó a ser consejero directivo de la AFA entre 1950 y 1954 y, además, militaba en la Unión Cívica Radical (UCR); de allí venía su relación amistosa con Frondizi, con

el que también coincidían en el club de sus amores. Era muy prestigioso y siempre había tomado distancia política del peronismo, que era lo único que le preocupaba al gobierno que había procedido antes a la intervención de la AFA. Se mantuvo entonces casi diez años, pese a que le tocó una época difícil, por el Mundial de Suecia, el alejamiento del público de las canchas y la baja en la calidad de los espectáculos.

Hasta ese momento, uno de los últimos grandes equipos nacionales argentinos fue el que ganó de manera brillante el Torneo Sudamericano de 1957 en Lima. Eran los llamados “Carasucias”, con una delantera para el recuerdo: Corbatta, Maschio, Angelillo, Sívori y Cruz. Esto se daba a un año del Mundial de Suecia. Sin embargo, de los cinco atacantes, los tres interiores emigrarían a Italia, mientras que el arquero Rogelio Domínguez haría lo propio a España.

Sin dudas, 1958 fue un año de quiebre para el fútbol argentino, por lo que ocurriría en el Mundial de Suecia con la Selección y los hechos que marcarían a fuego su futuro. El torneo local se interrumpió tres meses por el Mundial, con un enorme perjuicio, porque se paró en la tercera fecha y se reanudó mucho más tarde. En el medio, se disputó la Copa Suecia, que ganaría Atlanta y que representó una más de las tantas desprolijidades del fútbol nacional: se definió recién en 1960, es decir, dos años más tarde.

En el partido de ese año entre Vélez y River, se generó un escándalo: explotó una bomba de gas lacrimógeno en la cara de Mario Linker, de 19 años de edad, coincidiendo con el Día de la Madre. Con el paso del tiempo, el árbitro Luis Ventre declaró que suspendió el partido al lesionarse en una mano el arquero de Vélez, Roque Marrapodi, porque desde la tribuna de River arrojaban botellas y otros objetos. Algunos testigos y el periodismo dijeron que la muerte de Linker fue producto del impacto de una bala de gas lacrimógeno que le provocó una hendidura de unos cinco centímetros cuadrados en el cráneo. El jefe de la Policía Federal designado por Arturo Frondizi, capitán de navío Ezequiel Niceto Vega, trató de demostrar que Linker se había tropezado y se había golpeado la cabeza contra el canto de un escalón de cemento. El Tribunal de Penas le dio cinco fechas de suspensión al Monumental,

pero el domingo siguiente, ante Huracán, en Ferro, River se rebeló y no salió a la cancha. En cambio, sí salió en el Monumental. Este hecho provocó la renuncia del Tribunal, que pasó a integrarse con otros miembros, y en vez de aumentarle la pena a River se le dio por cumplida. A su vez, Boca aprovecharía para generar otro reclamo al Tribunal. En protesta por lo ocurrido en Vélez, la fecha siguiente se jugaría sin policías y no hubo un solo incidente, contrariamente a lo imaginado…

Ya por entonces cada club buscaba sacar su provecho, y las situaciones de violencia en los estadios y alrededores comenzarían a ser habituales. También sería cada vez más común la suma de disparates que envolvían al fútbol argentino, como por ejemplo haber jugado la séptima fecha pese a las inundaciones que azotaron a buena parte de la geografía nacional. No importaba nada. El fútbol comenzaba una etapa de profundización del cinismo sabiéndose impune y hasta con la complicidad del Estado y su clase política.

El gran investigador Amílcar Romero sostiene que 1958 fue el año en que estalló el fenómeno de la violencia en el fútbol, para desarrollarse en la década siguiente: “El ciudadano deberá abandonar toda alternativa de ser actor para convertirse irremisiblemente en espectador. Y no solo en el fútbol, sino particularmente en el fútbol como emergente idealizado”[137]. Romero afirma en sus escritos que la profesionalización de las barras bravas y su primera institucionalización en los clubes implicaron la ampliación de misiones a cumplir y, por ende, las fuentes de ingreso. Debido a la ruptura institucional en la Argentina de esos años, con un altísimo crecimiento de los servicios de “seguridad” y represión interna, las barras bravas acrecentaron sus posibilidades de ser instrumento de las fuerzas represivas que se desarrollaron a la sombra del Estado (vínculos con fuerzas parapoliciales). Con el advenimiento de la democracia, estas barras bravas se reintegraron a apoyar a dirigentes políticos variopintos. Comenzó entonces un debate inútil sobre las responsabilidades en torno de la violencia organizada en el fútbol. Unos y otros (Estado y AFA) se echaron culpas sin asumir su parte en el conflicto, que fue aumentando y agravándose con los años.

Vergüenza mundial

Como en 1950, en 1954 la AFA decidió no concurrir al Mundial de Suiza, ganado por Alemania, en el que otra vez Uruguay realizó una gran campaña y estuvo muy cerca de ser finalista. Los dirigentes argentinos que viajaron como observadores, Domingo Peluffo (ya fallecido), Antonio Rotili y el director técnico Guillermo Stábile, que al final elaboró un informe titulado "Resumen de las diversas observaciones hechas en cumplimiento de una honrosa distinción", transmitieron a su regreso todo lo que vieron en Europa.

El de Suiza fue el Mundial de los negocios y la TV. Meses antes del torneo, se lanzó el festival de Eurovisión con las cadenas de Alemania Federal, Bélgica, Dinamarca, Francia, Holanda, Reino Unido, Italia y Suiza. Además, por primera vez se transmitieron partidos en directo, aunque los húngaros, pese a su brillante equipo, no pudieron verlo. La TV todavía no había llegado al país. Estos cambios observados en Europa entusiasmaron a los dirigentes de la AFA, que comenzaron a pergeñar la idea de organizar, por fin, un Mundial en Argentina tras las frustraciones de 1938, 1942 y 1950.

En el Congreso de la Federación Internacional del Fútbol Asociado (FIFA) de Lisboa en 1956, se decidió la candidatura de Suecia para 1958 y, por lo tanto, quedó claro que para 1962 se iba a elegir un país sudamericano. Argentina se lanzó a organizarlo, pero tendría que lidiar con Chile, que también se lo proponía. Argentina parecía amplia favorita, en especial después de las tres ocasiones anteriores en las que había estado cerca, pero el persistente trabajo de los dirigentes Juan Pinto Durán y Carlos Dittborn hizo que ganaran los trasandinos. No habían caído bien las palabras del entonces presidente de la AFA, Raúl H. Colombo, que habían parecido soberbias. Las de Dittborn hacían referencia al futuro. "Podemos hacer el Mundial mañana mismo si es preciso. Lo tenemos todo", había dicho Colombo. Dittborn, por el contrario, dijo que "porque nada tenemos, todo lo haremos". Chile ganó 32-10, con 14

abstenciones, pero fue claro que el voto sudamericano fue para Chile, que contó con el apoyo de Brasil, Bolivia, Perú, Ecuador y Venezuela.

De esta forma, siendo una potencia futbolística mundial reconocida, Argentina no podía ser sede de un Mundial y, en cambio, ya lo habían conseguido Uruguay, Brasil y Chile. Si bien cada caso había sido diferente, en todos existió un factor común: fallas en la diplomacia deportiva dirigencial.

Llegado 1958, y con varios de los grandes cracks en el exterior, la mayoría de ellos figuras en los mejores equipos de Europa (Maschio, Angelillo, Sívori, Rial, Domínguez, Di Stéfano), la Selección Argentina viajó, por fin, a jugar un Mundial, el de Suecia. Para el fútbol argentino, significaba el retorno al concierto mundial luego de un largo aislamiento de 24 años en lo formal, aunque en verdad era de 28, porque la selección que había concurrido al Mundial de Italia de 1934 había sido una formada por jugadores desconocidos, que no fueron lo suficientemente representativos.

Aun así, la AFA no se percató de la posibilidad de diseñar, al fin, un equipo sólido para ganar el torneo, sino que echó mano de los que se consideró como los mejores jugadores locales (salvo Alfredo Rojas y José Manuel Ramos Delgado, de Lanús, Ricardo Infante, de Estudiantes de La Plata, y Ludovico Avio, de Vélez Sarsfield, los otros dieciocho eran de los cinco clubes grandes, y uno de ellos, Ángel Labruna, tenía 39 años de edad).

Argentina llegaba al Mundial de Suecia con muy pocos partidos internacionales, apenas 11 desde 1950 en cuanto a amistosos, y con un paso fácil por la clasificación, al vencer a Chile y Bolivia (especialmente los dos 4-0 en Buenos Aires). La expectativa por el Mundial de 1958 se puede constatar en la Memoria y balance de 1957: “1958 puede ser el año que señale la consagración definitiva de los valores del fútbol argentino, cuya meta es el VI Campeonato del Mundo, y hacia ese objetivo deberán dirigirse todos los esfuerzos sin detenerse en la consideración de ninguna clase de intereses que los puedan entorpecer”.

La delegación partiría a Suecia sin que se supiera casi nada de los rivales del grupo inicial y con la convicción de que el fútbol

argentino era el mejor del mundo, aunque nunca se había podido comprobar. En los partidos previos jugados en la gira anterior a la Copa del Mundo, ya había aparecido con nitidez una falta de actualización táctica y de dinámica colectiva, aunque solo el periodista Dante Panzeri parecía advertirlo, y era criticado por lo que en ese momento aparecía como un exagerado pesimismo.

El 15 de mayo, el equipo argentino viajó a Europa y jugó amistosos de preparación ante Bologna e Inter (reforzado por Maschio y Sívori) que parecían dejar alguna buena sensación. Sin embargo, el entonces defensor Pedro Dellacha recordaría años más tarde en la revista El Gráfico: “Me di cuenta de que Suecia iba a ser muy difícil el día que jugamos contra los juveniles de la Roma. Eran pibes, pero nos hicieron correr como locos. Tenían otra velocidad y otro ritmo”. En aquel momento, el periodista Ricardo Lorenzo “Borocotó” advirtió también en la misma revista: “Falta estado atlético. Eso será difícil de lograr. En una carrera de maratonistas como Juan Carlos Zabala y Delfo Cabrera, los futbolistas no tienen fondo. Podrán ser muy buenos los preparadores físicos, pero si los jugadores no se esmeran…”. Para colmo, se lesionó el puntero izquierdo Roberto Zárate y tuvo que ser reemplazado por Ángel Labruna, que a los 39 años jugaría su primer Mundial y llegaba el 7 de junio, justo un día antes del debut. No había disciplina y la relación entre algunos jugadores y el director técnico Stábile no era la mejor. Zárate y Menéndez tuvieron que pagar multas por llegar tarde a los entrenamientos. La delegación argentina se estableció en Helsingborg, “una hermosa residencia termal para enfermos reumáticos”, según definió un dirigente albiceleste. Muchos se quejaban de entrenarse un domingo. Sanfillippo llegó a reclamar: “Yo en San Lorenzo no corro, no sé por qué tengo que correr en la Selección”. El defensor Federico Vairo y el arquero Julio Musimessi se tomaron a golpes de puño en un entrenamiento. Los dirigentes no parecían tener ningún ascendiente entre los jugadores.

El equipo argentino comenzó con una derrota ante los alemanes (1-3) y luego venció a los irlandeses (3-1), hasta que llegó el último choque contra los checoslovacos, que ganaron con una paliza (6-1) en la que apareció crudamente lo que comenzaba a constatarse en los días previos: el aislamiento internacional hizo que se pagara un alto precio, y los egos futbolísticos argentinos rodaron por el suelo.

Antes de ese partido decisivo, el dirigente López Santiago, tras ver el empate de los checoslovacos ante Alemania 2-2, llegó a decir: “Los checos son muy malos, les ganamos caminando”. No se conocía nada sobre ellos, y lo poco que se sabía se remitía al amistoso de Buenos Aires de 1956 en que Argentina había ganado 1-0, pero en el que solo habían participado dos europeos. Miguel Ángel Merlo, periodista enviado al Mundial por el diario Clarín, había llegado con varios recortes de análisis de los medios alemanes sobre el juego de los checos y se los ofreció a Stábile, quien los desechó porque pensó que nada le aportarían.

El equipo argentino acabó diezmado y muy cansado y dolorido, pero lo increíble es que Checoslovaquia no pudo clasificarse tampoco para la fase siguiente, porque acabó igualada con Irlanda y en el desempate perdió 2-1. “No podía ser y no fue”, escribió Borocotó. “El equipo argentino fue superado netamente por rapidez, estado atlético, organización y sentido práctico”, agregó. Y Panzeri sentenció: “El mito de que somos los mejores del mundo afortunadamente ha caducado. Quien mal camina se puede caer. Es una caída más de nuestro fútbol. No es la primera, ni tampoco será la última”.

Lo cierto es que aquella durísima derrota ante Checoslovaquia del 15 de junio de 1958 en el Olympiastadion de Helsingborg marcaría un antes y un después en el fútbol argentino. Ya nada sería igual. Más allá de las durísimas críticas mediáticas, que fueron influyendo aún más en la opinión pública, al punto de que el plantel fue recibido en el aeropuerto de Ezeiza con insultos, monedazos y 250 uniformados poniendo orden, e incluso algunos jugadores —como el arquero Amadeo Carrizo, de River Plate— se vieron muy afectados en sus carreras, se generó un fuerte y natural debate sobre el juego y los sistemas. Además, comenzaron a destaparse ollas, como que se había viajado sin utilero y el defensor Edwards colaboraba con esa función, o que en la gira previa por Italia se habían alojado en hoteles de cuarta categoría, o que no gustaba la comida en Suecia, o que Sanfillippo había prestado parte del dinero del viaje de regreso porque no había.

El fútbol argentino se encontraba en estado de shock tras la inesperada derrota. Y entonces, además de desmoronarse aquella

idea de “los mejores del mundo”, comenzó otro debate sobre cómo había que jugar y hacia dónde había que ir. Desde ese momento, apareció una corriente, en aumento, que comenzó a sostener que el problema de la desactualización internacional del fútbol argentino pasaba por no haber cambiado el sistema táctico y la preparación física, como los europeos, y que había que abandonar el juego sudamericano, muy vistoso pero ya poco efectivo, sin recordar que en ese fútbol europeo tan elogiado eran estrellas muchos argentinos que no habían sido convocados para el Mundial porque no se estilaba hacerlo.

Tampoco, extrañamente, se tuvo en cuenta en ese debate que, si era por lo exitoso, el que había ganado el torneo no era otro que Brasil, un país vecino que no era europeo, y que el Mundial de Suecia había sido la única oportunidad en que un equipo de América del Sur había ganado en el viejo continente (recién en 2014 un equipo europeo ganó en el continente americano).

Tras el Mundial, la conducción de la AFA, a cargo de Colombo, reconocería que:

“el Consejo Directivo que finaliza su mandato y que tuvo la responsabilidad de la conducción en este amargo trance ni le rehúye ni la distribuye. Señala, solamente, que una superioridad no demostrada acabadamente alentaba a todos. Los hechos evidenciaron la necesidad de rectificar conceptos, modificar sistemas y adecuar la marcha al ritmo que fijan nuevas concepciones sobre el fútbol. Quienes sucedan en la acción tendrán que llevar a cabo la tarea[138].”

Uno de los líderes de ese equipo argentino, Néstor Rossi, concluía años después: “Yo creo que todo pasó por la falta de partidos internacionales de nuestra Selección. Como que nuestro equipo fue el conejo de indias, el que puso la cabeza, ya en aquel momento, los contrarios se movían a cien por hora. Si pasaban al lado nuestro y no los veíamos…”[139]. Rossi pudo haber acertado en el análisis en cuanto a la falta de roce internacional de la Selección Argentina en

esos años, en especial en partidos ante equipos que no fueran sudamericanos. Pero, como suele ocurrir, había otros factores, como el cambio técnico que se había producido con la emigración de cracks desde 1943, completada en 1948, o los vaivenes y desórdenes institucionales en la AFA, cuya dirigencia jamás había esbozado un plan a largo plazo y siempre había privilegiado cuestiones institucionales particulares a las generales.

Los DT y los negocios, un fútbol de clase media

Tras el Mundial de 1958, el desencanto del público seguidor del fútbol, la aparición de alternativas de entretenimiento y la violencia como contexto fueron alejando a los espectadores. Si en el quinquenio 1946-1950 el promedio de venta de entradas por partido había sido de 12.755, y entre 1951 y 1955, de 12.865, ya entre 1956 y 1960 era de 10.783, evidenciando una baja sustancial[140].

En 1959, aumentó la violencia en las canchas. Frondizi designó a Álvaro Alsogaray como ministro de Economía y anunció la "economía social de mercado". La venta de entradas se redujo el 12% respecto de 1958 y casi el 33% desde 1957. El promedio de gol fue de 3,22 y siguió bajando en un proceso irreversible. Como bien indica Romero, desde la finalización del Mundial de Suecia el fútbol argentino pasó a ser de clase media y fue abandonado de manera casi definitiva por los asalariados, copiando (como en los sistemas tácticos, la preparación física, el montaje de los espectáculos y la difusión por los medios masivos de comunicación) el modelo europeo que los dirigentes argentinos importaron de los mundiales de Suiza 1954 y Suecia 1958[141].

El fútbol argentino ya nunca fue como antes. Resultaba habitual conocer discusiones airadas de jugadores que provenían de tiempos anteriores con sus nuevos directores técnicos, al negarse a cumplir con otras funciones dentro del campo, más ligadas a lo físico o a lo táctico. Por su parte, y como ya ocurría en Europa, los directores técnicos comenzaron a tener un valor sustancial, algo que no había ocurrido antes, cuando ocupaban un lugar secundario y, en muchos casos, apenas si se los conocía. Eran los jugadores los que solían pesar en las decisiones. La importancia creciente de los directores técnicos no tenía nada de casual. Era una figura también importada de Europa, cuyos clubes habían encontrado para el fútbol un sistema de espejo de lo que ocurría en la política: si el primer

ministro era el fusible en caso de una crisis, salvaguardando la figura del presidente del Gobierno, el director técnico podía ser a su vez el fusible de una crisis, sin que por eso llegara al titular del club que lo contrataba.

Con la imposición de esta nueva cultura, como modo de protesta se pudo pasar, con los años, desde la ruptura del carnet de socio y el pedido de renuncia de "toda la Comisión Directiva" a exigir la renuncia del director técnico. Los dirigentes comenzaban a estar a salvo en las tribunas de los estadios.

Claro que imponer este nuevo sistema, con un juego cada vez más alejado del gusto popular, más proclive a la preparación física, la disciplina, el orden y las tácticas más parecidas a las europeas, y con el auge de los directores técnicos, necesitó de la ayuda de la fuerza y los barras bravas, que ya aparecían en los estadios y en sus alrededores y fueron utilizados para silenciar también a los socios díscolos por parte de la dirigencia. Mientras tanto, la AFA no tomó ningún partido; o si lo hizo, fue de complicidad. Así surgieron, definitivamente, y de manera cada vez más reconocidas, las barras bravas, cuya influencia iba a extenderse como fenómeno contracultural en el fútbol argentino.

Entretanto, tras lo ocurrido en Suecia, habría una posibilidad de revancha con el Sudamericano del año siguiente, 1959, como local. Si la AFA ya era una suma de desprolijidades, con el cinismo de cada uno de los clubes pugnando por sus intereses, la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol) no era mucho menos. El formato de los sudamericanos variaba permanentemente, al igual que la frecuencia de su disputa. Pero el colmo llegó en 1959 cuando se decidió que en el mismo año se disputaran dos torneos, uno a principios, en Argentina, y otro a finales, en Ecuador, a modo de campeonato extra.

Para el fútbol argentino, el Sudamericano significaba reposicionarse tras el rotundo fracaso de Suecia un año antes. La Selección Argentina se encontraba en plena transición, tras el duro golpe del Mundial de 1958, y era dirigida por un terceto compuesto por Victorio Spinetto, José Della Torre y José Barreiro. Esto se daba nada menos que ante su propio público y con un equipo completamente diferente. En un sistema de todos contra todos en

una rueda, pudo ganar el título gracias al punto de diferencia que le sacó al campeón del mundo, Brasil, que en su debut había empatado 2-2 contra Perú. Argentina y Brasil se enfrentaron en la última fecha del torneo y empataron 1-1.

Los albicelestes se consagraron campeones en un torneo en que, también de manera inexplicable, por tratarse de un país tan futbolero y con tantos estadios, todos los partidos se jugaron en el estadio Monumental de River Plate. Ya para esta época, puede observarse que a la AFA, tal como respecto de la organización de sus torneos, de su estructura política y de la localía de la Selección Nacional, poco y nada le importaba el federalismo. Para poder ver al equipo nacional, como para poder observar fútbol de cierto nivel, había que viajar a Buenos Aires.

Ese torneo tuvo el agregado de una gresca entre los jugadores de Brasil y Uruguay, que mantuvo el partido suspendido por más de veinte minutos. Este tipo de acciones bruscas en el continente sudamericano serían habituales a partir de 1960 con la disputa de la Copa Libertadores de América, y los episodios violentos en los campos argentinos de juego comenzarían a repetirse con asiduidad.

Si en el torneo de marzo en Argentina participaron siete de los diez seleccionados sudamericanos, por la ausencia de Ecuador y Colombia (Venezuela se integró años más tarde), al de fin de año en Ecuador solo viajaron cinco (no fueron Perú, Bolivia, Chile y Colombia, además de Venezuela). Se consagró campeón Uruguay, que venció por un duro 5-0 al equipo argentino, ya dirigido por José Manuel Moreno. Al menos se le ganó a Brasil 4-1 (aunque ellos participaron con un equipo de jugadores no conocidos).

El desconcierto en la conducción de la Selección Argentina era equivalente al que se generaba en el nivel futbolístico general. Había una puja entre los que representaban “la vieja escuela” y los que asomaban como europeístas y tacticistas, empujados asimismo por una prensa deportiva también dividida entre los que resistían apelando a los valores de la técnica clásica argentina (“la nuestra”) y los que sostenían que había que copiar un modelo distinto, basado en la táctica y el estado físico de los europeos.

Esa tensión tuvo un nuevo capítulo cuando, una vez más, Stábile

fue enviado por la AFA como director técnico de la Selección Argentina a los Juegos Panamericanos de Costa Rica en 1960, que acabó ganando. Sin embargo, tras su regreso no solo continuó el caos, la falta de un programa y de continuidad, sino que además el equipo nacional siguió compitiendo con rivales sudamericanos como antes de 1958 y apenas obtuvo un triunfo en un amistoso ante España. Eso fue antes de que por fin regresara Spinetto y se llevara a cabo una gira por Europa en 1961, con mediocres resultados y la constatación de que Argentina ya no era considerada una potencia mundial. Los tiempos habían cambiado.

Los despropósitos en el fútbol local estaban a la orden del día, y por si le faltaba algo a los desatinos de 1959, se produjo el derrumbe de una tribuna en un partido entre Gimnasia y Estudiantes. Gimnasia había tratado de ampliar su capacidad debido a que la AFA había conminado a los clubes a poner sus estadios en condiciones, pero la tribuna cedió y el partido se suspendió pese a que no había tanta gente como en el clásico del año anterior (13.177 contra 20.298).

Con los espectadores en baja y los espectáculos en peores condiciones (más violencia y menos técnica), los presidentes de Boca y River (Alberto J. Armando y Antonio V. Liberti) tomaron el toro por las astas tratando de aumentar el valor de las entradas, ya de por sí alto para un sector de la población. La otra puja llegó por la emisión o no de partidos por televisión. Un sector quería cobrar por este sistema y otro se oponía. La resistencia duró muy poco ante los nuevos fondos que aparecieron para paliar las sucesivas crisis financieras de los clubes.

En 1960, surgió otro factor que abonó el cambio sustancial que ya comenzaba a experimentar un fútbol argentino, que se parecía ya muy poco al de la etapa anterior: la Copa Libertadores de América, organizada por la Conmebol tratando de emular a la Copa de Campeones de Europa que organizaba la Unión de Asociaciones Europeas de Fútbol (UEFA, por sus siglas en inglés).

Europa, también con problemas económicos, había instaurado la Copa de Campeones, una idea del periodista francés Gabriel Henot, lanzada en la temporada 1955/1956. En aquella ocasión, se impuso un magistral Real Madrid de la mano de Alfredo Di Stéfano. El campeón, además, entraba directamente a los cuartos de final de la

temporada siguiente. El éxito fue tan grande, que el presidente de la FIFA, sir Stanley Rous, organizó en paralelo la Copa de Ferias (luego Copa UEFA) para los equipos que habían ocupado las posiciones siguientes en sus torneos nacionales en 1958. Luego de un año de ausencia, tuvo continuidad desde 1960. Así, se jugaban tres torneos, la Copa de Campeones, la Copa UEFA (64 equipos) y la Copa de Ganadores de Copa (luego Recopa), que comenzó a jugarse en 1961. Se disputaban a mitad de semana y todo estaba planificado, así como descansos para los jugadores.

Con la declinación de los torneos sudamericanos (por la cantidad de jugadores en el exterior que no eran convocados, y porque Brasil, dedicado a las giras como campeón mundial, ya jugaba en América del Sur con equipos regionales), la Conmebol se planteó entonces un torneo continental a la usanza de la UEFA, en gran parte impulsado por el dirigente uruguayo Washington Cataldi (Peñarol), al ver que los equipos de su país tenían un recorrido corto a nivel local. Se dio inicio, entonces, a la Copa Libertadores de América desde 1960, a la que accedió San Lorenzo como campeón argentino de 1959. Llegó a la semifinal contra Peñarol, pero este club le ofreció 300.000 pesos de la época para jugar el tercer partido en Montevideo, y allí el equipo argentino fue eliminado 2-1. Se dijo que San Lorenzo no le dio al torneo la importancia que podía tener, dedicado más al campeonato local. Recién Boca, en 1963, en el cuarto año del torneo, le daría la importancia necesaria, aunque descuidando el campeonato local. Sería derrotado por el Santos de Pelé en dos duras finales y de manera ajustada.

Como sucedió a lo largo de la historia del fútbol argentino, sus dirigentes llegaban tarde a darse cuenta de la importancia estratégica de un torneo, cuando ya sus colegas uruguayos se habían anticipado. Ocurrió para los Juegos Olímpicos de 1924, para los primeros mundiales y también para la Copa Libertadores, que otorgaba una importante dosis de chauvinismo en tiempos en los que la técnica comenzaba a escasear, la violencia aumentaba y el resultadismo pasó a ocupar el vacío que dejaba la falta de juego. “En 1963 el fútbol argentino tomó conciencia plena (para su desgracia) del aprovechamiento de un escenario que hasta entonces no había explotado en plenitud: el del cinismo chovinista”, sostenía por ese tiempo el periodista Dante Panzeri, uno de los principales

críticos del nuevo sistema.

En acuerdo con la UEFA, también se instituyó la Copa Intercontinental. Los éxitos de Peñarol ante Real Madrid y Benfica en las primeras dos ediciones de 1960 y 1961 hicieron que fuera aumentando la necesidad de triunfos internacionales, y de a poco el campeonato argentino pasó a segundo plano, por el deseo de ganar la Copa Libertadores. La importancia que fue tomando esta copa fue tal, con recordadas batallas campales entre los distintos equipos, que se acordó la clasificación de los segundos de cada torneo local. De esta forma, la Asociación Uruguaya de Fútbol (AUF) conseguía asegurarse que Peñarol y Nacional participaran cada año, salvo situaciones inesperadas.

El fútbol espectáculo

Para completar el panorama del fútbol argentino en el inicio de la década de 1960, Boca y River se lanzaron a lo que llamaron “fútbol espectáculo”, con la contratación de estrellas extranjeras, una especie de reconocimiento de que el torneo local necesitaba jugadores que vinieran a despertar un alicaído campeonato, que en verdad se alimentaba de ideas europeizantes y tacticistas y convivía con la violencia creciente en los campos de juego, en los alrededores y en la dirigencia.

El 2 de octubre de 1960, en La Paternal, Argentinos Juniors recibía a Boca, serio candidato al título. Fue expulsado en los visitantes el brasileño Valentim, y un fanático le arrojó un cuchillo al juez de línea. Boca fue duramente sancionado por el Tribunal de Penas, pero su presidente Armando generó lo que llamó una “rebelión legal”. “A casi dos años, volvemos a foja cero”, afirmaba Clarín aludiendo a otra rebelión de River en 1959. Boca argumentaba tener “pruebas concretas” de que las modificaciones al reglamento “no constaban en actas y, como consecuencia, no tienen valor”. Ese mismo día, Clarín decía que “el fútbol está al borde del caos” y que no resultaría “nada extraño que a breve plazo se convocara a una asamblea para la integración de un nuevo Tribunal de Penas […] salvo, claro está, que por primera vez en la historia del fútbol se decida cumplir el reglamento con el que se pondría una pica en Flandes”; además, advertía acerca de la posibilidad de una nueva intervención estatal[142].

Otro escándalo ocurrió en el Boca-Independiente en cancha de Racing. Tras un remate en el palo, un penal claro no cobrado para Boca y un gol de Independiente, un hincha rojo entró al campo de juego para burlarse de los jugadores de Boca. La tribuna xeneize reaccionó y la Policía tiró a mansalva con balas hacia las tribunas, mientras la gente buscaba refugio en forma despavorida. Panzeri hizo una brillante descripción de lo ocurrido en Avellaneda:

“Retornábamos a las canchas del fútbol argentino con la “desubicación” de casi tres meses de recorrida por el deporte europeo. Habíamos visto del deporte y el fútbol de Europa sus facetas positivas y negativas. Pero entre estas últimas no vimos predisposición para el lanzamiento de gases lacrimógenos, ni disparos de armas de fuego en función de amedrentamiento de los exaltados, ni alambrados como instrumento de contención de instintos salvajes. De allí nuestra “desubicación” (valga la franqueza de admitir que podríamos estar “desubicados” en nuestra propia tierra) con el comienzo y el final del triste, deprimente, vergonzoso espectáculo que nos tocó presenciar el domingo en Racing. Aceptamos la “desubicación”, pero acéptenos el derecho de ver todo esto con proyecciones de gravedad mayores a las que acaso le recuerde la familiaridad con el escándalo dentro de una cancha de fútbol bajo la influencia de una derrota, de un penal no sancionado o de una histeria de masa envalentonada por la adulonería de dirigentes venales, tan criminales del fútbol como los propios ejecutores en el crimen. ¿Qué razones impulsaron a la masa adicta de Boca y a otros representantes o identificados con la representación boquense a desatar esta nueva vergüenza del fútbol argentino que configura el epílogo del partido del domingo? ¿El penal no sancionado por un juez que respondía a las predilecciones de Boca? No. Las razones son otras. Y deben buscarse más allá del fútbol. Después, en el fútbol mismo. Lo sucedido el domingo arranca en una incivilización que no alcanza a disimularse en la supuesta civilización de un pueblo educado en el derecho a lo prohibido; en la naturalidad de la opción a la violencia; en la impunidad del delito; en la inmunidad del energúmeno sin más, que es como si dijéramos en la tolerancia a la irreflexión de las bestias. En suma: en el envalentonamiento del delincuente en libertad. Envalentonamiento gestado desde la palabra tibia y calculadora de estadistas y gobernantes, en la tolerancia cómplice de las policías, en el exacerbamiento de esas masas como depositarias del derecho a destruir y de la exención de respetar. De ese exacerbamiento son gestores los dirigentes todos de una sociedad cuyos dirigentes prefieren SEGUIR, no dirigir; ACOMPÀÑAR, no señalar; dirigentes que tanto pueden estar en el campo político como en el mundo gremial, como en el deporte, como en el fútbol.[143]”

En ese “fútbol espectáculo”, en el que el negocio comenzó a funcionar a pleno, tal como los dirigentes argentinos vieron e importaron de los mundiales europeos, Boca y River pretendían dos descensos para reducir a 12 los equipos de Primera, para que fueran muchos más los partidos entre los equipos grandes y tuvieran tiempo de hacer giras por el exterior, aunque chocarían con la resistencia de los equipos chicos, en un tiempo en el que ya el voto no era proporcional, sino uno para cada club.

La importación de jugadores y de directores técnicos no paró: Boca trajo a brasileños, como el director técnico Vicente Feola y los jugadores Dino Sani, Valentim, Almir y Orlando; su compatriota Oswaldo Brandao llegó como director técnico en Independiente; el húngaro Emérico Hirschl, en River, y Juan Carlos Lorenzo, argentino que dirigía en Europa, en San Lorenzo. River, uno de los clubes que más cracks había formado, contaba con una delantera de cinco extranjeros: Domingo Pérez (uruguayo), Moacir (brasileño), Pepillo (español), Delem y Roberto (brasileños). Se produjo una avalancha de jugadores importados desde Brasil, Uruguay, Perú y España, entre otros. Liberti, el presidente de River, decía por aquellos tiempos que el club “no puede comprar jugadores baratos porque es como el Teatro Colón, donde no actúa cualquiera”[144].

Liberti, empresario del rubro de las bebidas, había sido cónsul en Génova con el peronismo y había sido exonerado por la “Revolución Libertadora”, que lo acusó de desprestigiar el buen nombre del país. “Creo en una sola pureza en la vida: la de los cigarros”, solía decir[145].

Armando, empresario de la industria automotriz, amasó su riqueza en 1952 cuando viajó junto con altos funcionarios de la Policía Federal a Detroit. Allí actuó como intermediario en la compra de 681 automóviles para esa repartición, y esa operación le reportó 4.000.000 de pesos, una fortuna en ese tiempo. Se declaraba peronista, pero una vez que el país cambió llegó a ser tentado como candidato a diputado extrapartidario de Arturo Frondizi. “Yo tengo derecho a cometer delitos”, dijo en una oportunidad[146].

El rol de la AFA en todo este tiempo, siempre con Colombo a la

cabeza, era el de la no intromisión, avalando a los dirigentes de los clubes grandes. Una forma de complicidad, en tiempos de mayor violencia en los campos de juego, fue la institución de multas para los jugadores sancionados desde el Tribunal de Penas. Es decir que abonadas estas, los futbolistas seguían participando sin problemas, lo cual generó un notable aumento de la indisciplina. El fútbol ya estaba pensado como un negocio, mucho más que como un juego o un espectáculo.

El 28 de marzo de 1961, el Consejo Directivo de la AFA dispuso que los clubes de Segunda categoría debían pasar a ser profesionales, creándose entonces la Primera C, lo cual no parecía coherente con el intento de llegar a no más de 14 clubes en Primera A. Pero la medida pudo deberse a una presión de Futbolistas Argentinos Agremiados (FAA), el sindicato de futbolistas. Para llegar al número de equipos pretendidos en la máxima categoría, se instauraban dos descensos y un ascenso por año, como tantas veces había ocurrido con anterioridad: la pugna era entre la pretensión de los grandes, de un torneo de pocos equipos, y la de los chicos, con un torneo de más participantes, aunque algunos de ellos no estuvieran en condiciones económicas de afrontarlo. Como tantas otras veces, estas medidas tendrían viabilidad mientras Colombo, un dirigente que comulgaba mucho mejor con los grandes, contó con el respaldo político necesario. Incluso, se había dispuesto, para un filtro aún mayor, que cada participante de Primera tuviera equipos en nueve categorías juveniles.

Para 1963, Boca y River aumentaron la presión y comandaron al grupo de clubes grandes con el objeto de reducir de manera drástica los equipos de Primera, para lo cual sugirieron tomar para los descensos un promedio de los tres años. Pero la mayor resistencia de los clubes chicos fue la de 1964, cuando el fútbol argentino estuvo a punto de volver a dividirse.

La idea de los grandes era ahora la de tres descensos por año. Ante la negativa de los clubes chicos, el campeonato no comenzaba y ya se hablaba de dos ligas paralelas. Los clubes grandes decidieron, entonces, jugar una Copa, la Jorge Newbery, aunque sin Independiente, que argumentaba que tenía compromisos en la Copa Libertadores y, además su presidente, Herminio Sande, no quería

problemas con la AFA en un año muy importante para el club.

Sin embargo, los clubes chicos terminaron imponiéndose. No solo no pudo llevarse adelante la idea de reducir equipos, sino que incluso el número fue aumentando sucesivamente. Se suspendieron los descensos —lo que benefició a Estudiantes—, se ascendió a Newell’s Old Boys para que desistiera del juicio que le había iniciado a la AFA por el ascenso que no le habían dado en 1962 por un caso de incentivación. Pero como se dispuso de dos ascensos, en 1965 habría 18 equipos en Primera A y en 1966 habría 20. Al mismo tiempo, hubo un ascenso masivo de 16 equipos de categorías menores, en algunos casos sin haberlo siquiera solicitado.

En el medio de tanto caos, la Selección Argentina afrontaba un nuevo Mundial, el de Chile 1962. Por primera vez, se participaba sin seguridad alguna; a lo sumo, estaba la certeza de tener un equipo que podía pasar la mayor cantidad de ruedas posibles, pero sin grandes cracks y con la dirección técnica de Juan Carlos Lorenzo, que llegaba a ese lugar desde el subcampeonato con San Lorenzo en 1961, detrás del brillante Racing, campeón del torneo argentino.

La revista El Gráfico sintetizaba con claridad el modo en que la delegación argentina viajaba al Mundial tras cuatro años de desconcierto institucional y de caos futbolístico, debatiéndose entre dos ideas completamente opuestas en el juego.

“La representación argentina partió hacia la operación Mundial bajo dos corrientes de predicciones. Una, la del optimismo, sustentado en la esperanza (“¡Si Dios nos ayuda!”, llegó a decir Raúl H Colombo. Lo último: librados nada más que a Dios, no a nosotros, no a nuestra capacidad). La otra, la del pesimismo “antipatriótico”, basado en la conciencia de no ver equipo. De ver buenos jugadores mal orientados. Mal dirigidos. Confundidos y malogrados en la orientación pretendidamente “moderna” y “práctica” de un técnico aprovechado de la ignorancia general para difundir y vender su mentira futbolística. Cuando aquellas dos predicciones se enfrentaron en el diálogo, nunca la primera pudo responder afirmativamente a esta pregunta de la segunda.

”—¿Hay equipo?

”—No.[147]”

Otra vez sin algunos de sus mejores jugadores (Maschio y Sívori en Italia, Combín en Francia, Di Stéfano en España), la Selección Argentina arribaba a la cita mundialista. Además de los habituales partidos ante rivales sudamericanos, la Selección contaba apenas con una mediocre gira por Europa y una derrota ante la Unión Soviética (campeona de Europa) en 1961 en el Monumental, cuando fue ampliamente superada por el talento de Metreveli, Meskhi y el arquero Lev Yashin, considerado el mejor del mundo.

Lorenzo parecía ser un director técnico con más previsibilidad, seguramente influido por sus años en el fútbol europeo. Viajó meses antes del Mundial para ver instalaciones en Rancagua. “Después de ver el triunfo de Hungría sobre Inglaterra, varios muchachos me decían que no íbamos a poder ganarle a ninguno de los dos porque tenían una velocidad impresionante”, recordó años más tarde. Argentina le ganó 1-0 en el debut a Bulgaria, perdió 3-1 con Inglaterra y empató 0-0 contra la ya clasificada Hungría. Así, quedó eliminada en la primera ronda, aunque esta vez fue recibida con indiferencia. Años más tarde, Antonio Rattín recordó:

“[Aquel plantel] fue armado de apuro. La escasa preparación que tuvimos atentó contra el juego. Lorenzo era el único que conocía a los jugadores europeos porque nosotros no sabíamos ni el color de las camisetas. Él tenía un temor permanente por los espías. Un día nos sacó del hotel donde nos concentrábamos en secreto y subimos al micro. Nos llevó a un lugar donde practicarían los búlgaros. Nos hizo trepar unos paredones y luego colarnos en el estadio donde los tipos jugarían un amistoso. Cuando llegamos al lugar, vimos que el partido era a puertas abiertas. Estaba toda la gente en la cancha viendo el juego. ¡Nos queríamos morir![148]”

Lorenzo hacía entrenar al equipo corriendo gallinas y con papelitos con instrucciones. “En el análisis previo de inteligencia que realicé, pude deducir que el jugador argentino estaba dotado técnicamente pero no físicamente. Y lo más complicado es que no tenía ganas de ponerse en forma, porque eso demandaba mucho sacrificio y tampoco existía tiempo. En aquel momento, no se le daba importancia a la Selección, ni los jugadores estaban entusiasmados con ir al Mundial. ¡Más bien le tenían miedo al fracaso! Como fue el caso de Amadeo Carrizo y Corbatta, que se negaron a venir”, recordaba Lorenzo. En ese Mundial, Adolfo Pedernera y Alejandro Scopelli, dos exponentes del pasado de gloria del fútbol argentino, dirigían a Colombia y México, respectivamente. Lorenzo, proveniente del fútbol europeo, al equipo argentino[149].

Dos años más tarde, en 1964, y siempre dentro de la misma improvisación con la que la AFA cambiaba permanentemente de director técnico, la Selección Argentina tuvo la oportunidad de ir a jugar a Brasil la Copa de las Confederaciones. El equipo partió sin mucha convicción, dirigido por José María Minella. Se esperaban rivales que, a priori, aparecían muy complicados. Brasil, el local, no solo era bicampeón mundial consecutivo y contaba con su gran estrella, Pelé, sino que además, aunque no acostumbraba jugar torneos sudamericanos con su mejor equipo, en este caso se había reservado lo más sobresaliente, mientras que Portugal brillaba con su gran delantero Eusebio y la base del Benfica, con la que dos años más tarde haría un gran Mundial. El otro de los equipos, Inglaterra, se preparaba para ser local en el Mundial siguiente y había vencido sin problemas a la Selección Argentina en el Mundial de Chile. Sin embargo, con un buen esquema de marcaje —con jugadores rudos en la defensa, lo que ya era costumbre en el fútbol local— y la aparición de individualidades, el equipo argentino sorprendió ganando el torneo: 2-0 a Portugal, 3-0 a Brasil y 1-0 a Inglaterra.

Era un tiempo en que volvía a abrirse cierta esperanza para el fútbol nacional. Independiente, que había goleado al Santos de Pelé en un amistoso 5-1, también lo eliminó en semifinales de la Copa Libertadores y se consagró campeón de América por primera vez en 1964, repitiendo en 1965, aunque con otro escándalo en los partidos definitorios ante Boca, que llegaba como campeón argentino. Fue uno de los mayores problemas que debió atravesar

Colombo en todos sus años como presidente de la AFA y ante la Conmebol.

Los Rojos habían ganado el grupo semifinal con los mismos puntos que Boca pero con un gol más de diferencia. Boca protestó, al considerar que dos de los jugadores de Independiente, Ricardo Pavoni y Roque Avallay, habían sido mal incluidos. La Conmebol dio vista a la AFA, que le informó que los jugadores estaban habilitados correctamente. Así, la Conmebol falló a favor de Independiente, aunque Colombo se abstuvo.

El conflicto se prolongó a los tiempos de Francisco Perette, que había asumido en la AFA en 1965. Francisco era el hermano de Humberto, vicepresidente de la Nación electo junto al presidente Arturo Illia.

Armando, el presidente de Boca, consideró que la AFA era “un antro de corrupción” e inició una movida para desplazar entonces a Colombo. Para el presidente de Boca, la influencia de su par de Independiente, Herminio Sande, había sido fundamental, aunque también responsabilizaba a los dirigentes Daniel Piscitelli (Racing) y Samuel Vega (River), aunque Liberti, el presidente “millonario”, prefería mantenerse distante del conflicto.

La acusación de Armando no era casual: pocos meses antes, en 1964, Piscitelli había sido designado secretario del Comité Ejecutivo de la Conmebol en lugar de Sande y también era el representante de la AFA ante el Comité Olímpico Argentino (COA).

Colombo, que iba a ser reemplazado por Francisco Perette en 1965, había sido el primer presidente de la AFA en mantenerse por tiempo prolongado. Había demostrado pelaje para mimetizarse con los distintos gobiernos nacionales. Desde 1955 a 1958, no tuvo problemas importantes. El primero llegó con el Mundial de Suecia, pero justo coincidió en que estaba ya Frondizi en el Gobierno, y su amistad con él (compartían hasta la simpatía por Almagro) lo ayudó a superar este momento. Por suerte para Colombo, cuando la UCR se dividió, él prefirió a Frondizi y no a Ricardo Balbín. Eso favoreció su reelección en AFA. Con el golpe de José María Guido en 1962, aunque ya no era lo mismo, rápidamente hizo buena relación con él y fue designado interventor en la Municipalidad de

Pilar. Y ya sorteando el gobierno militar, se le hizo más fácil con Illia, siendo radical, hasta que fue reemplazado al terminar su segundo mandato consecutivo.

No llevó fácil su relación con el periodismo, muy crítico con él. Un ejemplo es lo que llegó a escribir el diario La Razón: “El problema de fondo reside en la alta dirección de la AFA. Hay gente allí, comenzando por la cabeza, que no tiene la menor autoridad técnica y carece del más elemental sentido de la realidad para encarar y resolver la grave cuestión que aflige al fútbol profesional argentino. Ya hemos visto que es gente excesivamente apegada a los cargos y que es difícil sacarla. Quizás porque no se escogió el sistema de sacarlos a la calle, con escritorio y todo”[150].

Cuando Colombo fue reelecto, La Razón también dijo que era un “día de luto para nuestro fútbol”[151]. Tampoco se llevaba bien con la Cámara de Diputados. En 1962, el legislador Agustín Rodríguez Araya presentó un proyecto para revisar lo actuado por él en la AFA[152], pero el Congreso se disolvió al poco tiempo y esto quedó en la nada.

Además de las bajas performances en los mundiales de 1958 y 1962, en este período Argentina perdió la sede de los mundiales de 1962 y de 1970 (en este caso, ante la candidatura de México, por 56-32 en la votación en el Congreso de la FIFA en Tokio en 1964). Colombo, especialmente para 1970, arguyó explicaciones políticas: “Se explotaron en contra nuestra las luchas de Córdoba durante la visita del presidente francés, Charles De Gaulle. Los mexicanos, en los diarios que vi, titularon: ‘De Gaulle nos regaló la sede’”[153].

El enviado de la AFA al congreso, Miguel Pisano, llegó a decir: “Los esfuerzos realizados a efectos de materializar la justa aspiración de la AFA para ser designada entidad organizadora del Campeonato del Mundo de 1970 no dieron el resultado que fundamentalmente se aguardaba, porque en la decisión tuvieron injusta prevalencia consideraciones extradeportivas por sobre la realidad indiscutible que el fútbol argentino ostenta con justificado y legítimo orgullo”.

Lo cierto es que el fútbol argentino volvía a perder la posibilidad de organizar un Mundial, como en 1938, 1942, 1950 y 1962. Como en todas las ocasiones anteriores, la diplomacia deportiva argentina

había fracasado. En este caso, se había encontrado con el enorme poder del gigante Televisa mexicano.

Colombo esbozó una primera idea de apuestas deportivas como forma de mantener a los futbolistas que ya comenzaban a emigrar, otra vez, masivamente. Cuando se retiró de la AFA, manifestó su satisfacción “por no haber permitido la política en el fútbol” y su deseo de reintegrarse “al partido y al comité”[154]. Pero regresaría al fútbol y sería presidente de la Confederación Sudamericana (Conmebol) entre 1962 y 1966.

5

El conflicto permanente (1966-1975)

Buscar un rumbo

Para mediados de la década de 1960, si el fútbol argentino tenía una certeza, era la de ya no sentirse ni saberse superior a los demás. Desde 1958, protagonistas y espectadores sabían, sospechaban o intuían que se podía participar de distintos certámenes internacionales y hasta quizá se ganara alguno de ellos, pero ya nadie partía con la seguridad de imponerse. Eso pertenecía a otros tiempos lejanos, pasados; era el momento de "aprender" de los sistemas más complicados provenientes de la vieja escuela europea, sin que a los dirigentes les importara demasiado que la venta de entradas para los partidos cayera en picada: de las 9.924 que se promediaban entre 1961 y 1965, bajarían a 7.830 entre 1966 y 1970, y si tomamos en cuenta que en 1951-1955 el promedio había sido de 12.865, en menos de 15 años casi la mitad de los concurrentes a los estadios había desertado.

En 1966, el gobierno radical del doctor Arturo Humberto Illia tambaleaba, con el peronismo añorando a su líder, exiliado desde 1955 y sin poder regresar. Si en Argentina la violencia social crecía, en el fútbol se fue extendiendo en la misma proporción, aunque no solo en las tribunas, sino también como correlato en el propio campo de juego y en las expresiones de muchos dirigentes, que ya formaban parte de un entramado de difícil salida.

Con la expansión de los medios de comunicación, la creciente ligazón entre la TV y el fútbol y cada vez mayores intereses, la Asociación del Fútbol Argentino (AFA) se fue convirtiendo, con los años, en una especie de Ministerio de la Pelota. Manejaba como quería las entidades asociadas (especialmente las más pequeñas), que ya no tenían cómo gobernarla, aunque sus dirigentes repetían, sin demasiada base, que la AFA "son los clubes". Esto, en todo caso, es una simplificación, porque debería ser mucho más que eso, y demuestra al mismo tiempo la cortedad de miras. Es decir, desde hace mucho que la AFA ya no era de los clubes. Los clubes son

sociedades civiles que reconocen leyes por las que el socio es su único propietario, pero se los despoja de bienes y de decisiones sin mediar expropiación o alguna modificación jurídica en los estatutos. La AFA es muchísimo más: es la suma de los clubes, la representación de los árbitros, el Consejo Federal, la integración de las categorías femeninas, el departamento médico, la representación internacional o las distintas selecciones nacionales.

Una vez más, el fútbol repetía la fórmula general acerca de que bastaba con que "hombres fuertes" o caudillos se hicieran cargo de las entidades y solucionaran los problemas por sí mismos o, a lo sumo, con un pequeño grupo que obraba de acuerdo a sus dictados, mientras se vaciaban los clubes y los socios eran ablandados en su resistencia frente a medidas que iban en contra de la lógica en las asociaciones deportivas civiles sin fines de lucro. Entre otros derechos avasallados, los clubes fueron comenzando a no respetar las localías, las fechas del calendario, con partidos ya dependientes de la TV o los organismos de "seguridad", sin importar los abonos que los socios pagaban.

Dante Panzeri sostenía, en una tajante definición, que el fútbol se había convertido en un "desacatado permanente de la Ley, en un instrumento de dolor autorizado, en una carga pública que la sociedad tiene que soportar porque el Estado le tiene miedo a 'la fuerza popular del fútbol'"[155].

El presidente de la AFA seguía siendo, desde el 27 de febrero de 1965, Francisco Perette, hermano del vicepresidente de la Nación Carlos Perette. Ya desde el mismo momento de su asunción en el cargo, el dirigente había intentado desligarse de la situación política, a pesar de que era evidente: "Quiero recalcar expresamente que no hay factores extraños en esta designación, ya que, si los hubiere, no la aceptaría […] Este alto cargo no lo he pedido, no lo he postulado y nada he hecho para obtenerlo"[156]. Su antecesor en el cargo, Colombo, que también era radical, tampoco había tenido problemas en facilitarle la llegada: "Puedo asegurar que su nombre no es ninguna posición política, ni producto de comité, sino que es un auténtico hombre de fútbol"[157].

Perette, de 58 años y abogado, había sido por décadas presidente de la Liga Paranaense de Fútbol y circunstancialmente había integrado

la Comisión del Fútbol Nacional, junto con dos dirigentes también claves de ese tiempo, el propio Colombo y Miguel Pisano (también radical y de Huracán). La candidatura de Perette fue impuesta por sectores de la Unión Cívica Radical (UCR), como el veterano dirigente de Independiente e intendente de Avellaneda Herminio Sande, que tenía gran peso político (y del que Julio Grondona reconocería gran influencia en muchos de sus actos posteriores). Aunque hubo algunos cuestionamientos no radicales, enseguida quedaron atrás cuando, al asumir, gestionó una moratoria para la AFA desde la Caja de Previsión de Empleados de Comercio, es decir, una constante del fútbol argentino, inalterable a través de los años: vivir del Estado y cambiar de piel de acuerdo a los tiempos que corren.

Perette fue elegido entre 25 asambleístas, con 23 votos a favor y dos en blanco, sin rival a la vista. Eran tiempos del radicalismo y en la AFA le despejaron la cancha para tener buena sintonía con el nuevo Gobierno Nacional. Una de las críticas a su gestión se refería a que pasaba mucho tiempo en Paraná para no desatender asuntos de su otra actividad, la abogacía. Además, formaba parte del directorio de la empresa periodística La Acción.

Con la situación política nacional en crisis y un gobierno camino a ser derribado por otro golpe militar, la Selección Argentina encaró el viaje hacia otro Mundial, nada menos que el de Inglaterra, país que encarna el origen de nuestro fútbol, con todo lo que eso significaba[158].

Con cierto aire conseguido dos años antes con la inesperada obtención de la Copa de las Naciones en Brasil, otra vez Juan Carlos Lorenzo, uno de los directores técnicos de la corriente tacticista europea, junto a Helenio Herrera (exitoso en el Inter de Milán y en el Barcelona), viajó como entrenador del equipo argentino, que aparecía con una renovación importante en comparación con el Mundial de Chile de 1962. En verdad, no se trató de un ciclo coherente de cuatro años de trabajo; ni cerca de eso. Tras la mediocre participación en Chile, la Selección Argentina pasó por varios directores técnicos hasta que dio con Osvaldo Zubeldía, que había apuntado a una concentración de tres meses con miras al Mundial de 1966, con más de treinta jugadores en el Colegio Ward.

Pero la AFA no aceptó la incorporación de Antonio Faldutti como ayudante de campo, y Zubeldía se fue, quedando otra vez todo en manos de Lorenzo. Este reconoció la calidad de trabajo de su antecesor: “El conjunto tenía grandes jugadores, con personalidad. La carencia pasaba por la parte física. Los jugadores argentinos no soportaban los 90 minutos. A full, podían resistir, como máximo, 30. Si físicamente estás bien, sos el dueño del partido. Se apuntaba a llegar a eso, pero había que sacrificarse y los argentinos no estaban preparados para lograr ese objetivo”, graficó Lorenzo, siempre más pendiente del estado físico que de las cuestiones de la pelota. Eso, en aquel tiempo, ya era secundario.

Pero, además, Lorenzo metía la cuchara en temas políticos: “Designaron como jefe de la delegación a Valentín Suárez, que era más amigo de los jugadores que mío. Para ellos representaba un compañero más. Entre los muchachos existía una fuerte oposición a venir a la Selección. Tenían miedo de fracasar nuevamente: lo de Suecia había calado muy hondo en muchos de ellos. Solamente pudimos trabajar 18 días”[159].

Suárez, un hábil dirigente de Independiente y Banfield y ex presidente de la AFA en tiempos peronistas, había logrado influir de tal manera en la Copa de las Naciones dos años antes, que volvió a repetirlo durante el Mundial de Inglaterra, convirtiéndose en más decisivo que el propio director técnico. Era otra muestra de que la dirigencia del fútbol se parece demasiado a la dirigencia política o sindical, al fin y al cabo argentina. El trabajo entre bambalinas ya era fundamental en ese tiempo, y una vez más se hacía presente la idea de que el fusible era el director técnico detrás del cual se escondían los que tomaban las decisiones de fondo.

Con un equipo compuesto por muy buenos jugadores, la Selección Argentina sorteó la primera fase de grupos (los resultados fueron 2-1 a España, 2-0 a Suiza y 0-0 ante Alemania Federal). La euforia se apoderó de buena parte de la prensa nacional, en especial porque en cuartos de final esperaba nada menos que Inglaterra, en Wembley. Muchos sintieron la necesidad de preparar un clima especial.

Suárez y algunos miembros de la delegación argentina entraron en un victimismo exagerado, más allá de que era claro que los ingleses

organizaron su Mundial para ganarlo. Para los locales, era su gran oportunidad de obtener una conquista de primer nivel que los pusiera en el plano internacional. Hasta ese momento no lo habían conseguido, y un obstáculo para eso lo representaban las tres selecciones sudamericanas. Dos de ellas pasaron a cuartos de final (Argentina y Uruguay), y la restante, el bicampeón mundial Brasil, fue apeada del torneo a base de faltas de todo tipo, con los árbitros mirando para los costados. De hecho, Pelé, el astro brasileño, no pudo jugar ante Hungría por los golpes que había recibido en el partido anterior frente a Bulgaria.

Para el partido entre Inglaterra y Argentina, el árbitro designado fue un alemán, Rudolf Kreitlein, y para otro de los partidos de cuartos, Alemania-Uruguay, un inglés, James Finney. Resultaba al menos llamativo que los jueces de cuartos de final fueran de nacionalidades de dos de los participantes (que casualmente luego jugarían la final), y de eso se aferró la delegación argentina, ayudada por buena parte de la prensa compatriota condescendiente, para dar rienda suelta a todo tipo de alarmas que se propagaron con rapidez en un ambiente más que propicio. Por si faltaban elementos, los delegados de Argentina, Uruguay, España y URSS (todos participantes) habían sido impedidos de asistir a la designación de jueces para los cuartos de final.

“Cuando nos enteramos de eso, ya comenzamos a ver irregularidades, en una época en la que no había satélite y daba para todo tipo de situaciones extrañas”, recuerda el capitán argentino, Antonio Rattín, quien sería protagonista de uno de los hechos más salientes entre los incidentes de la historia de los mundiales[160]. Rattín fue expulsado en una confusa situación en la que intentaba explicarle algo al árbitro en una protesta. Al no entenderse y solicitar el argentino un intérprete, el partido estuvo suspendido por varios minutos, mientras se escuchaba desde las tribunas el grito de “animals” hacia los albicelestes. El crecimiento del maridaje entre la TV y el fútbol haría que para el Mundial de México de 1970, con el antecedente de lo ocurrido en Wembley, se implementaran las tarjetas amarilla y roja, para evitar tanta pérdida de tiempo.

Ya con un jugador menos, el equipo argentino acentuó su estrategia

defensiva para sostener el empate, hasta que, a catorce minutos del final, Geoffrey Hurst marcó la diferencia. La Selección Argentina, eliminada del torneo, volvió envuelta de un extraño clima triunfalista generado por la incipiente dictadura de Juan Carlos Onganía, que le había dado el golpe de Estado a Arturo Illia. Más de 15 mil personas fueron movilizadas a Ezeiza para darle la bienvenida al equipo nacional.

Uruguay también sufrió ante Alemania. Para muchos, un remate de Cortés que a los 5 minutos terminó con la pelota en el palo había traspasado la línea y había sido gol de los celestes, no convalidado. A los 8 minutos, un cabezazo de Pedro Rocha iba al gol y Schnellinger puso la mano para evitarlo, pero no pasó nada. Luego, la mano se vería clara en la revista Stern y sería tapa de los diarios uruguayos. Cuando Alemania ganaba 1-0, fueron expulsados Troche y Silva, y quedaron once alemanes contra nueve uruguayos.

En la delegación argentina y buena parte de la prensa nacional, se habló de contubernio entre ingleses y alemanes para sacarse de encima a los sudamericanos, que tampoco necesitaron mucho para victimizarse, en un juego en el que todos sacaban ventajas de algún tipo. Se veía la hipocresía del fútbol argentino en su máximo esplendor. Otra vez aparecía la figura de “campeones morales”, que merecían más y, por obra y gracia de “los otros”, no lo conseguían. No existía la más mínima responsabilidad propia.

Dante Panzeri contó lo que le dijo Alfredo Di Stéfano horas antes del partido, luego de haber dialogado con el doctor Verna, integrante del plantel que viajó a Inglaterra: “En la delegación argentina están planeando llegar como héroes a Ezeiza. Ya no tienen nada que perder. No te extrañes de que piensen salir de Wembley como mártires”. Luego del partido, el mismo Di Stéfano le dijo a Panzeri: “¿Qué te dije que iba a pasar?”[161].

La Selección partió al Mundial de 1966 con Illia como presidente argentino, pero regresó con Juan Carlos Onganía en el poder tras el golpe de Estado en pleno torneo. Al regresar, la delegación se encontró con un ambiente patriótico por los sucesos de Rattín, y se consideró la medida de su expulsión como “antiargentina”[162]. Roberto Perfumo, una de las figuras de ese equipo, reflexionaba con el paso de los meses:

“Hablando de selecciones, ¿me quiere explicar quién inventó ese título de campeones morales que nos dieron después del Mundial? Yo sé que los jugadores no hicimos nada para desmentir esa barbaridad, pero acepte usted también que cuando llegamos ya toda la fiesta estaba preparada. ¿Cómo hacíamos para decir que nada de eso era cierto? ¿Contra Inglaterra? Y sí, no nos teníamos fe y enfriamos tanto el partido que después no pudimos ir a buscarlo más, cuando ya perdíamos 1 a 0.[163]”

También Silvio Marzolini, reconocido como mejor marcador de punta izquierdo del Mundial, recordó que el equipo argentino “fue trasladado directamente desde el aeropuerto de Ezeiza a la Residencia Presidencial de Olivos para presentarnos al nuevo presidente. Nosotros tratábamos de aislarnos pero no era fácil”[164].

La verdad de lo ocurrido en Wembley era muy distante de lo que muchos medios informaron, y uno de los pocos que tuvo una mirada diferente de los hechos fue, para variar, Panzeri, quien hizo hincapié en el rol que tuvo Valentín Suárez en la preparación del partido ante Inglaterra. Panzeri recuerda que la prensa llamó a Suárez como “el hombre esperado”. Dice también que aquellos jugadores argentinos

“recibieron […] un torrente de instrucciones, todas coincidentes en el puntapié inicial para el cinismo y la simulación […] y las recibieron de sus dirigentes oficiales, de sus entrenadores, y de aquella legión de oficiosos arribistas que incluía periodistas, publicistas, aspirantes a ubicaciones en el nuevo gobierno que en esos momentos se instalaba en el país, proyectistas de nuevos negocios en torno del fútbol, etc. […] Unos como cínicos y otros como vulgares majaderos, fueron muchísimos los que a través de las teletipos o los micrófonos hicieron posible que una banda de cínicos organizados como tales se convirtiera en embajada heroica del país, y sus abanderados en la cancha y fuera de ella en los hombres

prominentes de la Nación recibidos como tales en la residencia privada de la máxima autoridad del país. En tanto, Gran Bretaña y los británicos sirvieron para articular, mediante una relación fútbol-Malvinas, un estado de enfervorización colectiva en torno de la argentinidad y contra la antiargentinidad que aquellos representaban. No faltó en la Argentina la cuota de gente sensata, proba, honesta, y también inocente, que dio por cierto todo aquello. ¿Cómo podían dudar de lo que habían dicho mil personas y repetido mil veces cada una de esas mil personas, ergo una verdad millonariamente cierta? ¡Y además refrendada "por el relato de Muñoz"! (relator de radio de singulares dotes emocionales para circunstancias como aquellas)[165]. Yo estuve allí, visto, claro está —¡y muy lógicamente!— como un "enemigo de la Patria". Es que en aquel momento la Patria era un jugador llamado Rattín. Eso ocurrió en 1966."

Luego cita declaraciones del propio Rattín al diario El Mundo, el 24 de julio de 1966, al día siguiente del partido entre Inglaterra y Argentina: "De pe a pa, el asunto fue así: yo, al mediodía, estuve en una reunión técnica con los muchachos, con Lorenzo, con la presencia del señor Valentín Suárez, Torrecillas, y otros. Se trataba de recibir las últimas instrucciones. Allí a mí me dijeron que, en mi condición de capitán, a cualquier movimiento extraño del juez, a cualquier cosa que a mí me pareciera injusta, me dirigiera a él. Y que, correctamente, pidiera intérprete. Así, nada más, que pidiera intérprete"[166].

Rápidamente, gran parte del público adhirió a este esquema de "campeones morales" y jugadores trampeados que no parecían haber tenido ninguna participación en los hechos. Muchos medios también perdían la memoria, como el diario Clarín, que en la previa al partido ante Inglaterra había titulado en un artículo "Seis consejos para un trauma"[167], suponiendo que las derrotas argentinas respondían a razones psicológicas, con recomendaciones como devolver una plancha con otra, simular faltas, enfriar partidos "que vienen mal", etc. Un subtítulo reforzaba la recomendación: "El cinismo y la simulación no pueden olvidarse en el proceso táctico del fútbol". Estaba ilustrado con una foto de Enrique Sívori como

jugador en un club italiano, en plena práctica del cinismo y la simulación que se recomendaba en la nota, cuando precisamente si había algo que destacar en Sívori era su técnica (por cierto, no utilizada por las selecciones argentinas en 1958, 1962 y 1966) y no las conductas basadas en la viveza criolla. Esos eran los tiempos que se vivían y que la sociedad debía ir aceptando, con los medios asociados en el discurso oficial. La necesidad de ganar a cualquier costo estaba relacionada con esta nefasta idea.

Meses más tarde, el periodista José María Otero escribiría un texto con el título "Saquémonos la careta": "Onganía recibió a los 'vencedores morales' y Valentín Suárez fue 'condecorado' con la versión que ganó rápidamente la calle y se hizo eco en todas las esquinas. 'Lorenzo no tiene nada que ver, todo es obra de Valentín Suárez'. Y además, le dieron el cargo de interventor de la AFA, mientras Lorenzo era tácticamente defenestrado. La sonrisa de don Valentín volvió a su lugar…"[168].

Para rematar, otro artículo —sin firma— de la época concluía con precisión que "todos los argumentos intentaron demostrar que habíamos sido robados, y el regreso, por supuesto, no tuvo aquel tono airado y acusador de 1958 […] vestimos alegremente el cómodo ropaje de víctimas de un supuesto complot europeo […] Resultaron poco menos que enemigos del país quienes entonces se atrevieron a deslizar que se había actuado mal […] Hicimos lo que el avestruz con su cabeza, refugiados cobardemente en el autoengaño"[169].

Lo aprendido: el nuevo “orden”

Si en los mundiales de 1954 y 1958 los dirigentes de la AFA habían aprendido sobre el marketing, la TV y los negocios del fútbol, en 1966 también habían entendido que se podía sacar partido del nacionalismo para no tener que argumentar sobre el juego. Ya no iba a volver a suceder aquel desastre del regreso de Suecia; efectivamente, los monedazos e insultos de aquella vez se transformaron en un recibimiento apoteótico.

Tras el regreso del Mundial de 1966, Valentín Suárez tuvo su premio por su manejo de la delegación como dirigente, según los criterios de la dirigencia política y de muchos directivos de la AFA. Fue designado interventor por el presidente de facto Onganía el 19 de agosto de 1966 con el decreto 847. Esas intervenciones, que serían nueve, terminarían en 1974.

La dictadura militar, recién llegada al poder por la fuerza, establecería un nuevo orden en el fútbol. Al entender cuál era todo su potencial, y endulzada con el uso político de lo ocurrido en Inglaterra, se iba a inmiscuir en los asuntos del balompié nacional de otra manera. Suárez lo tenía muy claro y lo diría años más tarde: “Stanley Rous (el británico presidente de la FIFA) es un hombre incorrecto que organizó el Mundial para que lo ganara Inglaterra, pero yo haría lo mismo si se jugara en Argentina”[170]. Y aún fue más franco cuando declaró que “la verdad real del fútbol es lo que hacen los ingleses: explotación de esto como un gran negocio, organizados en verdaderas empresas”[171]. No se trataba de otra cosa que del reconocimiento del dirigente argentino sobre el negocio que por fin había terminado de entender en sus viajes por Europa, pero al mismo tiempo era una muestra total del grado de cinismo que los dirigentes del fútbol podían adquirir. Si esto ocurría con los que manejaban el fútbol, ¿cómo no iba a tener su correlato en el verde césped durante los partidos?

Panzeri recuerda al primero de los interventores, que “partió en

veloz carrera a pedir y obtener el placet de los llamados ‘hombres de fútbol’, que regozados con ‘no perder la manija del fútbol’ lo esperaban en un restaurante para decidir, como hasta entonces, qué se haría con el fútbol ahora intervenido por intervenidos”[172]. De hecho, la toma de posesión de la intervención por parte de Suárez se llevaría a cabo en la Sala de Sesiones de la Casa Rosada, con la asistencia del subsecretario general de la Presidencia, Adolfo Pini, del escribano de la Presidencia, Carlos Parente, y del inspector de Justicia, Joaquín Conte, además de la dirigencia del fútbol.

Al asumir Suárez, se retiraba de la presidencia de la AFA, de manera interina y tras la gestión de Perette, Agustín Rodríguez Araya, quien fue duro en su comentario acerca de que “los que impulsaron al gobierno de facto a disponer esta intervención son los clubes representados por sujetos a los que el Banco Central les cerró sus cuentas corrientes, los mismos que sacaron ventajas del oficialismo y lo abandonaron cuando advirtieron que los tanques habían copado la Casa Rosada. Estos son los ‘eternos decentes’, sirvientes de Perón, Frondizi, Illia y ahora del actual estatuto de la Revolución Nacional”[173]. Cualquier semejanza con el presente, con la AFA en bancarrota, con cuentas bancarias cerradas y un torneo de treinta equipos que, a todas luces, no era viable para el Gobierno (de Cristina Fernández de Kirchner), que se desentendió inmediatamente de él, para bajar a veinte equipos ni bien asumió la presidencia Mauricio Macri, no parece fruto de la casualidad, sino de un sistemático modo de acción dirigencial del fútbol.

El decreto firmado por Onganía y el ministro del Interior, Enrique Martínez Paz, decía que era “necesario adoptar medidas conducentes a la normalización del funcionamiento de la institución a fin de que pueda cumplir estrictamente y con eficiencia los objetivos que motivaron su creación”, y dotaba a Suárez de “todas las facultades y atribuciones que corresponden a los organismos estatutarios de la entidad”[174].

Poco más de dos meses más tarde, el 9 de noviembre de 1966, Suárez nombraría como delegado de AFA ante la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol) y la FIFA al doctor Alfredo Nocetti Fasolino. Se trataba de una designación clave, porque en la FIFA se había generado un puesto vacante en el Comité Ejecutivo

para la representación sudamericana.

Pero, por supuesto, en el fútbol las cosas tampoco podían seguir iguales; había que dar por terminado un ciclo "exitoso" en su conclusión en el Mundial de Inglaterra. Así fue que la intervención consideró finalizada la etapa de Juan Carlos Lorenzo al frente de la Selección Argentina. Lo reemplazó Alejandro Galán, con miras al Torneo Sudamericano de Montevideo en enero de 1967, para lo que ya quedaba muy poco tiempo, menos de medio año. Poco después, se le asignaría al reconocido Renato Cesarini la secretaría técnica "con el objetivo de que tenga a su cargo todas las tareas concernientes a la preparación de los equipos representativos y su intervención en partidos internacionales, interligas, etc."[175].

Suárez representaba la simpleza y a la vez la viveza criolla en su máxima esencia. Su frase "a mí no me vengan con la ley jugando de cuco: jamás un gobierno le bajará la cortina al fútbol" es emblemática por lo gráfica y porque sería clave en el futuro, pero al mismo tiempo representaba un sinceramiento con el pasado. El fútbol había vivido siempre de ayudas estatales y se proponía continuar con la misma tesitura.

Suárez, ex presidente de la AFA con el peronismo, se colocaba entonces del otro lado de la delgada línea roja que separaba al fútbol del Estado. Y si antes había sido dirigente de un club chico (Banfield) y de un club grande (Independiente), ahora, con toda aquella experiencia, se disponía a desempeñarse desde una función pública, la de la intervención.

Se encontró con varios frentes. Por un lado, el cambio necesario que se imponía en los torneos oficiales, desde que por fin los clubes grandes comenzaran a dedicarse como prioridad a la Copa Libertadores de América. Tras los éxitos uruguayos y de Independiente, llegarían los tiempos de Racing Club[176] y especialmente de Estudiantes de La Plata[177], explotado como el adalid de la viveza argentina y el juego al límite del reglamento (casi desbordándolo). Los dos primeros equipos del torneo local llegaban a participar en la Copa Libertadores junto con el campeón vigente de la temporada anterior, y por eso el campeonato local pasaba a ser descuidado por estos clubes y fue perdiendo importancia a lo largo de los años. Además, la televisión estaba

asociada a esos partidos, muchos de ellos cargados de una inusitada violencia de los protagonistas, apoyados por un discurso resultadista a ultranza: solo valía ganar, a cualquier precio.

Por otro lado, surgía la necesidad, por fin, de ir sumando equipos del interior del país, para lo cual se ideó un nuevo formato de torneos: el año calendario se dividió en una primera parte más larga, con el llamado Campeonato Metropolitano, para dejar un espacio al final para un torneo más corto y en zonas, llamado Nacional, con unos pocos clubes clasificados desde otras provincias. Políticamente, la idea les cerraba a todos: la AFA aparecía como falsamente federal y los clubes del interior tenían la oportunidad, cada año, por un breve período y en escaso número, de cotejar contra los tradicionales de Buenos Aires y, en el mejor de los casos, venderles alguna de sus figuras. Puras migajas. Incluso, ese año del punto de partida del nuevo formato, 1967, tuvo como campeón, por primera vez en la historia del profesionalismo, a un equipo que no era uno de los cinco grandes (Boca, River, Racing, Independiente y San Lorenzo), que desde 1931 habían acaparado todos los títulos. Estudiantes, dirigido por Osvaldo Zubeldía, fue campeón del primer Metropolitano y terminó con 37 años de dominio de los poderosos. No solo metió una cuña entre ellos, sino que además se proyectó en el plano internacional.

Los campeonatos nacionales habían sido organizados con la idea de Suárez de “fomentar la integración nacional”, lo que a su vez, se pensaba, daría réditos económicos con un nuevo botín, el de los clubes del interior y toda la maquinaria que detrás de ellos podían proveer las provincias. Suárez lo tuvo claro y, como viejo dirigente del fútbol, supo que era “el” momento para recurrir al Estado por más fondos. Por eso llegó a un acuerdo para que Canal 7, estatal, erogara 7.000.000 de pesos por las transmisiones de los partidos, que ahora serían muchos más que antes, algo que con el paso de los años serviría de antecedente para Grondona. De todo ese dinero, 4.000.000 de pesos iban a los clubes, y 3.000.000, a la AFA. Eso también sería una constante: la AFA se llevaba casi lo mismo que los clubes, que son los que tienen gastos de sueldos, contrataciones, organización de los partidos.

El interventor también buscó implementar el sistema de apuestas

para el fútbol, pero en ese momento chocó con la negativa de Onganía[178] y acabó siendo el principal motivo de su salida de la AFA en 1968. Seguía respetando al dictador, pero a su vez sostenía que “es imperioso que ciertos argumentos de moral perimida dejen de influir sobre ciertas cabezas y poner en vigencia ya, ayer, el único recurso válido, natural, y por otra parte recibido con beneplácito por los aficionados, que es el concurso de los pronósticos, para empezar a juntar e invertir dinero”[179].

En verdad, al presidente de facto no le interesaba el fútbol, sino el polo. Sin embargo, pudo entender la importancia del fútbol como parte fundamental del Estado y la relevancia de vincular los éxitos futbolísticos con logros nacionales. Por eso la Selección Argentina y los partidos de torneos internacionales de los equipos argentinos (especialmente con el auge de la Copa Libertadores, con violencia en los partidos) comenzaron a ser atractivos para él[180]. “Había que ganar y ganamos, pero dentro de un mes, nadie se acordará de qué manera”, llegó a decir Perfumo, con claridad meridiana[181].

Onganía llegó a asistir al partido entre Racing y Celtic de Glasgow en la revancha de la Copa Intercontinental en Avellaneda, en 1967. Cuando fue mencionado por los altoparlantes, hubo un estruendoso silbido y a continuación se entonó la marcha peronistas. Desde ese entonces, Onganía se cuidó más de asistir a partidos y, cuando iba, lo hacía de sorpresa.

Desde 1968, empezó a tener un mayor vínculo con Estudiantes de La Plata. Tras la conquista de la Copa Intercontinental ante el Manchester United, recibió al plantel y se preguntó: “¿Qué podríamos hacer para mantener a este equipo, que es ejemplo para todos?”. No obstante, en 1969 algunos jugadores pincharratas irían a la cárcel de Villa Devoto por orden directa suya —que muchos cuestionaron por demagógica— por los tremendos incidentes ante Milan en la final de la Copa Intercontinental jugada en la Bombonera. Ese partido, además, significó el fin de la carrera del arquero argentino Alberto Poletti, suspendido de por vida.

Tanto Onganía como Suárez y la mayoría de los dirigentes de la AFA hicieron la vista gorda con Estudiantes, que representó el mayor cinismo de la época. Más allá de algunos cambios en el sistema de juego, como la mecanización de movimientos desde tiros

libres o córner y la gran preparación para el juego aéreo a partir de muy buenos jugadores, el equipo que conducía Osvaldo Zubeldía fue el implementador de la trampa sistemática: provocar los fuera de juego con el adelantamiento de la defensa; o continuas ofensas de sus jugadores a los rivales, buscándoles el punto débil para ponerlos nerviosos en los partidos; o el uso de alfileres, además del juego brusco para frenar al adversario. Por supuesto que la AFA en ningún momento puso reparos a esta nueva "filosofía" de juego. No parecía haber nada que decir y, al contrario, se aprovecharon los éxitos deportivos.

Estudiantes[182], tras durísimas batallas ante Racing, el anterior campeón, acabó ganando la Copa Libertadores de América, a la que había llegado como campeón del Metropolitano de 1967. Su partido en Old Trafford ante el Manchester United fue utilizado por un gran aparato mediático, que justificaba sus acciones a partir del antecedente del Mundial de 1966 ante la Selección Inglesa. Los hinchas británicos lo recibieron con el grito de "animals", el mismo que habían proferido dos años antes en el Mundial el día de la eliminación argentina en Wembley. Eso desató otra campaña mediática en la que se priorizó siempre primero el resultado por sobre el juego, que ya para esta altura había pasado a un segundo plano. Desde hacía años ya, en los torneos argentinos abundaban los "caudillos" que amenazaban a los delanteros, especialmente los jóvenes, con duras faltas, sin que los árbitros castigaran como correspondía, aplicando la ley.

Si en el césped ocurrían hechos violentos y en la AFA cada club trataba de sacar provecho de cualquier situación (buscando reducir las penas de sanciones de sus jugadores, reclamando por los arbitrajes, utilizando la localía para infundir temor en el adversario de turno), en las tribunas también había un correlato. En 1967, coincidiendo con los cambios en los formatos de los torneos y con la primera Copa Intercontinental ganada por un equipo argentino (Racing), también se produjo el asesinato del joven Héctor Souto en la cancha de Huracán, lo que marcó el primer crimen por parte de la violencia organizada en el fútbol argentino. Héctor Souto, primo político de Roberto Perfumo y con 15 años, estudiante de tercer año del colegio Industrial Otto Krause, fue asesinado el 9 de abril de 1967. Se intentó diluir las responsabilidades con la versión de una

avalancha y que la víctima llevaba una sombrilla con los colores de Racing. El gran investigador Amílcar Romero, quien siguió este caso, sostiene que "no se podía admitir que ya el fútbol y el país eran un casus belli: en la guerra nadie muere por lo que es, sino porque es el otro"[183].

En el sepelio, familiares y amigos preguntaban qué hacía la Policía y por qué no aparecían culpables. A pocas horas del entierro, y gracias a la intervención del juez de menores Jorge Moras Mon, la investigación dio un vuelco fundamental y se incomunicó a quien se había parado y flexionado sobre el pecho, matándolo por "asfixia traumática y/o por compresión y edema pulmonar". Se trataba de una mayoría de socios del club, y uno ostentaba un carnet como jugador de la cuarta para entrar gratis a todos los estadios. En su auto de prisión preventiva, el juez calificó a la barra brava como "manifestación de delincuencia organizada", y el Tribunal de Penas sancionó a Huracán con seis fechas de suspensión, aunque enseguida llegó la rebaja a apenas dos fechas. Fue la "presentación en sociedad" de las barras bravas[184]. En poco tiempo, la AFA se adaptaría a la perfección a los nuevos tiempos. Más allá del asesinato de un hincha uruguayo por uno argentino en el Sudamericano de Montevideo en 1924, protegido por integrantes de la delegación nacional, no se registraban hechos de violencia constantes en Argentina.

En este tiempo, también comenzaron a aparecer personajes mediáticos presentados como opuestos, que irían aumentando en perfiles violentos con el paso del tiempo: Quique "El Carnicero" (identificado con Boca) y Haydeé Martínez, "La Gorda Matosas" (River), que vivía de vender billetes de lotería con un sobreprecio especial en el edificio de la AFA, aunque estuviera expresamente prohibido. Dirigentes, directores técnicos y jugadores pagaban sin chistar durante años. Tenía un Mercedes Benz con chofer particular, decenas de taxis en la comuna de Vicente López y alrededores y, cada tanto, tomaba días de descanso en el Hotel Internacional del Aeropuerto de Ezeiza.

Apenas un año más tarde del asesinato de Souto, el 23 de junio de 1968, en el superclásico entre River y Boca en el estadio Monumental de Núñez murieron 71 personas al encontrar cerrada

la puerta de salida número 12. El saldo se completó con 60 heridos. La versión oficial atribuyó la causa a un “involuntario error” de no retirar los molinetes usados para controlar la entrada. Pero habría dos versiones extraoficiales: por un lado, una escaramuza entre la barra brava de Boca y la Policía montada y, por otro, que los molinetes habían sido puestos adrede por personal policial para “peinar” el drenaje de público y apresar a los revoltosos que habían estado provocando incidentes durante el partido. Las autoridades de River cambiaron los números de las puertas para borrar el recuerdo del hecho, nunca esclarecido. Y la AFA ni se inmutó. No estaba para ese tipo de cosas…

La violencia ya estaba presente en el fútbol en las tribunas y en el césped, rodeada de violencia social en las calles en el país. ¿Podía ser una casualidad?

Valentín Suárez, un "adelantado", y Ramos Ruiz, un estudioso

A esta altura, el modelo de la intervención en la AFA no parecía lograr ningún efecto positivo. No podía frenar la violencia, en considerable aumento, y tampoco sanear la economía de los clubes.

El interventor saliente, Valentín Suárez, pedía que "alguna vez en el sillón de Rivadavia se [sentara] alguien que haya pateado bien en su vida una pelota de fútbol. Así nos comprenderá mejor y verá la importancia que el fútbol tiene en el proceso diario"[185], adelantándose a los tiempos. La AFA ya se encontraría con algunos presidentes de estas características.

Es que Suárez fue un dirigente que dejó una marca, en el sentido de que trató de influir en la "función social que (supuestamente) cumple el fútbol" para que la sociedad acabara de comprender la tremenda importancia que (supuestamente) tiene, para lo cual necesitaba de la inmediata colaboración de la prensa deportiva, para que ella también se sumara al discurso. "Así estarán logrados los respaldos legislativos necesarios para que el fútbol siga estafando lícitamente a la sociedad y quede como el único moroso impune ante el Estado.[186]"

En este contexto, Suárez llegó a pretender que "hasta los periodistas deben entrar dentro de esta organización"[187]. Con el tiempo, Julio Grondona lo conseguiría, con la conformación de un periodismo oficial, una suerte de un "Estado dentro del Estado" dentro de la AFA en los años noventa[188].

El propio Suárez, al retirarse de la intervención en la AFA, le propuso a Onganía que su sucesor fuera Armando Ramos Ruiz, un estudioso de las estructuras del fútbol. "Suárez me propuso a Onganía y me impuso frente a otros candidatos de personas con influencia ante los poderes oficiales. Onganía no me conocía, pero tenía un profundo respeto por el interventor. Tanto, que en el acto de mi presentación hizo su último esfuerzo para que depusiera su

actitud de renuncia", recuerda el propio Ramos Ruiz[189].

Ramos Ruiz había sido un cercano colaborador de Suárez como secretario de Asuntos Internacionales de la AFA. Representaba a Sportivo Barracas y también había sido dirigente de Racing. Además, tuvo varios cargos en la administración pública y en empresas estatales. Durante su intervención, buscó hacer más prolija la economía de los clubes, para lo cual también propendió a bajar la cantidad de equipos en la Primera División, con la idea de que un alto número de participantes contribuía a disminuir la calidad de los torneos. Pero fundamentalmente se trató de un interventor que había estudiado la economía de los clubes con rigor desde los orígenes del profesionalismo.

La reducción de equipos en Primera generó toda una reacción en contra. Ramos Ruiz insistió en que, contra la idea de que el proceso del profesionalismo sufría por la distorsión de los gastos exagerados, "tuve que demostrar la inconsistencia de este concepto, para lo cual me aboqué personalmente a un análisis de cifras comparadas entre 1931 y 1968, para probar lo contrario, aunque era difícil porque se trataba de cotejar cifras incomparables dada la diferencia de valor entre la moneda corriente de 1931 con el de 1968, pero no imposible"[190].

Lo que hizo Ramos Ruiz fue tomar la relación promedio de los "gastos de fútbol" respecto de los "ingresos por cuotas sociales y recaudaciones" en los cinco equipos grandes. Por "gastos de fútbol", tomó sueldos, primas y premios en los jugadores. Esto dio un 22% en 1931 y un 55% en 1968. Este incremento era lógico por el profesionalismo, y cada vez quedaba menos a los clubes para atender el resto de cuestiones institucionales. También relacionó los "gastos de fútbol" con los "egresos totales", lo que dio un 28% en 1931 contra un 33% en 1968, o sea que solo había aumentado un 5% en 40 años, lo que significaba que el fútbol no había gravitado sobre la economía de las instituciones.

Lo que quiso significar Ramos Ruiz fue que el mayor problema de los clubes era el de la distribución de los ingresos y cómo incrementarlos "mediante nuevas estructuras y nuevas decisiones"[191], como la de reducir los clubes de Primera A para posibilitar la ampliación del espectro nacional con la incorporación

de plazas que el Campeonato Nacional demostraba como económicamente aptas. Esto comenzaría en el Metropolitano de 1969, pero reconocía que "ya estaban las bases echadas que intentaban provocar mi renuncia a pedido de la autoridad nacional"[192]. Y se concretaría a cinco días de que la Selección Argentina partiera a La Paz para prepararse para comenzar la clasificación al Mundial de México de 1970. Varios dirigentes habían acudido a la Casa Rosada a ver a Onganía para manifestarle su preocupación por la posibilidad de que la Selección no se clasificara por la supuesta mala conducción de Humberto Maschio. "Creí convencer al presidente, expresándole en una última conversación que la dirección del equipo no constituía problema alguno, porque Maschio estaría acompañado por dos técnicos de indudable predicamento y experiencia como Brandao y Zubeldía", se lamentaba. El propio Ramos Ruiz reflexionó que "si no se había dado a publicidad el dispositivo, fue obedeciendo al pedido de los interesados y para no provocar en Maschio una inquietud de disminución en su propia capacidad"[193]. Pero Onganía lo desplazó cinco días más tarde. Volvería al fútbol para ser presidente de Racing entre diciembre de 1970 y agosto de 1971.

Ya en esta época, Ramos Ruiz tuvo que cancelar, "frente a las dificultades de pago del canal oficial", las transmisiones de los partidos de los lunes y los de Primera B, "que ya comenzaban a saturar el mercado, sin beneficio compensado. A más no pude llegar, porque la AFA necesitaba del recurso financiero del contrato televisivo para atender su propio presupuesto, y no era tiempo de volver a la situación anterior, en la que los clubes afiliados lo financiaran, debido al estado económico institucional"[194]. También redujo la cantidad de equipos en Primera, que es coherente con su postura histórica al respecto. En cuanto al partido de los domingos, renovó contrato con la TV aumentando el cachet a 9.000.000 de pesos por partido, que incluía un porcentaje para los actores del espectáculo.

Como se puede observar, los hechos actuales en la AFA son demasiado parecidos a los de aquel tiempo, aunque, claro, cada uno en su respectivo contexto. Por cierto, aquel estudio presentado por Ramos Ruiz nunca más fue mencionado ni tomado en cuenta, salvo por alguna rara avis sin peso en la política del fútbol.

En 1968, Ramos Ruiz, como interventor de la AFA, acordó con João Havelange (en ese entonces, presidente de la Confederación Brasileña de Deportes), en consonancia con la misma idea en el fútbol argentino, reducir a un equipo por país la participación en la Copa Libertadores, para que hubiera otra Copa de Ganadores de Copa (como la Recopa europea), con el fin de generar otra Intercontinental paralela. Pero Paraguay se opuso y no prosperó. De todos modos, se complicó la participación de Vélez y River (primero y segundo de 1968) en la Libertadores de 1969, por la falta de calendario debido a la preparación de la Selección Argentina para el grupo clasificatorio para el Mundial de 1970. Havelange se mantuvo en la no participación de equipos brasileños, y solo siguió Estudiantes, que llegaba como campeón de América del año anterior. Un congreso siguiente de la Conmebol, entonces, propuso jugar la Copa de Campeones de Copa, a la que asistió Atlanta como subcampeón de la Copa Argentina, pero el torneo no tuvo el éxito esperado y no se repitió. Atlanta había ido a jugar a Bolivia con un equipo integrado por juveniles de la Tercera división. De allí en más, la Libertadores se siguió jugando con los dos primeros por país, tal como desde 1966.

Sir Stanley Rous, presidente de la FIFA por entonces, llegó a plantear, ante la negativa de los clubes europeos de jugar la Intercontinental por fechas y la violencia por parte de los equipos sudamericanos en cada enfrentamiento con sus pares del Viejo Continente, un torneo de campeones de los cinco continentes (lo que hoy es el Mundial de Clubes), pero se encontró con la oposición de la Unión de Asociaciones Europeas de Fútbol (UEFA, por sus siglas en inglés).

La pelea de Ramos Ruiz era complicada en esos tiempos. Partía de la creencia de que era tarea de los dirigentes argentinos promover cambios y más competencias internacionales, porque Uruguay ya estaba conforme con sus dos equipos en la Libertadores desde que se agregó un segundo club por país en 1966, y Brasil era tricampeón mundial y tenía ingresos importantes con su Selección, y esa era su prioridad en este tiempo, y no los clubes.

Desplazado Ramos Ruiz, y antes de comenzar la clasificación para el Mundial de México de 1970, Onganía aprovechó para destituir

también al director técnico de la Selección, Maschio. Invitó a comer a los jugadores a la quinta presidencial y los arengó: había que clasificarse al Mundial. No podían fallar luego de toda la campaña nacionalista armada tras el regreso de la Selección del Mundial anterior y con el interés creciente que iba tomando el fútbol en plena dictadura.

Ramos Ruiz fue reemplazado, justo antes de comenzar el grupo clasificatorio para el Mundial de 1970, por Aldo Porri, dirigente de Chacarita Juniors, que se había consagrado campeón metropolitano en 1969. Porri había sido consejero suplente (1961), consejero titular (1962 y 1963) y secretario de la AFA (1964), y luego fue asesor de Valentín Suárez y de Ramos Ruiz, es decir que provenía de la misma corriente de opinión. Se manifestó continuador de Suárez, aunque el vínculo con Ramos Ruiz había quedado deteriorado. Porri, quien era síndico de diversas empresas, fue quien contrató a último momento a Adolfo Pedernera para que asumiera como director técnico y a Raúl D’Onofrio como secretario técnico.

El Mundial de México de 1970, la falta de horizonte y el negocio

El grupo clasificatorio para el Mundial parecía accesible, ante las selecciones de Bolivia y Perú. Pero el equipo argentino, rodeado de improvisaciones y cambios de todo tipo a poco de comenzar la liguilla, cayó tanto en La Paz como en Lima, venció a Bolivia a duras penas en Buenos Aires y, en el partido decisivo, no pudo pasar del empate ante los peruanos, que por el contrario estaban ante una de las mejores generaciones de futbolistas de su historia.

Por primera vez, la Selección Argentina se quedaba fuera de un Mundial no por voluntad propia, sino obligada por una derrota futbolística. El fútbol argentino había tocado fondo, y la dirigencia también. Aún peor que en el Mundial de Suecia, al que al menos se había llegado luego de años de aislamiento internacional, en este caso no se conseguía ni siquiera llegar a jugar el campeonato, si bien la prensa, acaso por no chocar contra Onganía e inmersa ya en el sistema mismo de los grandes negocios, manejó las críticas con sordina, y la situación se atenuó.

Ramos Ruiz, el interventor saliente, ensayó una explicación clara para lo que ocurrió, insistiendo en que la Selección Argentina no llegó al Mundial de México:

“no porque se hubiera cambiado al interventor y al DT, sino porque se decidió el cambio de la conducción médica, que era propia de la AFA, fundamental en esos dos partidos iniciales, que contaba con el aval de toda una experiencia práctica. Esa fue la improvisación máxima en el fútbol argentino de todos los tiempos, pasándose por alto, al expresar este concepto, las alternativas que las nuevas autoridades debieron afrontar para el nombramiento del nuevo DT, luego de que Zubeldía y (Pedro) Dellacha no aceptaran las proposiciones consiguientes. Fue tal la improvisación, que el

seleccionado, después del primer partido en La Paz, y en todo el período de la concentración prevista que durara hasta el último partido de la serie, apenas si pudo entrenarse con la intensidad normal, toda vez que la acentuada baja de peso de los jugadores exigía una dosificación del adiestramiento[195].”

Obsérvese que Ramos Ruiz no se refiere a una cuestión del juego, sino a esos “detalles” que siempre perjudicaron a cualquier Selección Argentina. La falta de cuidado en la planificación y en la organización y las malas decisiones son resorte de las dirigencias, que nunca supieron estar a la altura de los acontecimientos.

Los goles del peruano Oswaldo “Cachito” Ramírez en la Bombonera el 31 de agosto de 1969 acabaron siendo todo un símbolo de uno de los días (acaso el día) más frustrante de la historia del fútbol argentino desde lo deportivo.

Tras la dura eliminación, otro gran periodista, Osvaldo Ardizzone, señalaba en la revista El Gráfico: “Creo que nuestra Selección no podía ganar nunca ese partido. Porque Perú era un equipo, mientras nosotros por momentos fuimos Marcos, por momentos fuimos Rendo […] De la misma manera y en la misma proporción, mientras nosotros atacábamos con más frecuencia, con más propiedad de pelota y de terreno, ellos llegaban más cerca del gol […] es que cuando uno sabe lo que quiere y está convencido de lo que puede hacer, lo hace. Ese fue Perú. En cambio, Argentina fue la contrafigura”.

Porri solo estuvo dos meses en la AFA, justo en el momento de la eliminación ante Perú. Pidió una licencia de un mes, aduciendo problemas de salud, y fue reemplazado por Oscar Leopoldo Ferrari, dirigente de Estudiantes designado interventor interino. Luego, se mantuvo en el cargo cuando Porri renunció definitivamente. Había sido vocal del Tribunal de Penas entre 1961 y 1963 y consejero suplente en 1965. Su relación con Ramos Ruiz y con Suárez era la misma que la de su antecesor y, al cumplir su segundo mes de interinato, fue relevado por el Gobierno pero volvió en 1973 con Baldomero Gigán como interventor en el cargo de secretario general de la AFA y representante de la entidad ante el Comité Organizador

del Mundial de 1978.

Onganía terminó decepcionado con todo el fútbol y se dispuso a un cambio drástico en la conducción de la AFA de allí en más. Se sentía traicionado por la dirigencia de la AFA y entendió que se necesitaba una conducción con gente externa al ambiente.

La eliminación del Mundial fue la gota que rebalsó el vaso, pero no fue lo único: no solo veía una total improvisación, sino que sentía que no le habían pagado lo suficiente por todo el apoyo que había dado a los clubes en asuntos de violencia, como aquel bochornoso partido entre Estudiantes de La Plata y el Milan, en la Bombonera por la Copa Intercontinental de 1969. Decidió entonces la designación de un nuevo interventor y recurrió a un hombre de su confianza, Juan Martín Oneto Gaona, abogado e industrial formado en el Colegio Champagnat y en la Universidad de Oxford. Ni bien asumió, Oneto Gaona dijo públicamente que desconocía sobre fútbol, en otra muestra del delirio de la clase dirigente: al fútbol nacional lo maneja alguien… que no conoce de fútbol.

Oneto Gaona era también caballero de la Orden de Malta y había presidido la Unión Industrial Argentina (UIA) entre 1961 y 1967. Buscó afirmarse en lo que sí sabía, el mundo de la empresa, y se refirió entonces a un nuevo modelo: “El fútbol nacional organizado como empresa”[196]. Una sentencia suya sobre la situación de la AFA dejaba las cosas en claro: “Jugar en Primera División obliga a un status que no todos pueden aguantar. Es como el individuo que sin ser rico quiere aparentar serlo y al cuarto mes anda entre la gente rica: o explota o desciende de categoría”[197]. Pero esta definición iba acompañada por otra de pretensión estética: “La única intención es que ni melenudos ni patilludos ni porrudos integren el seleccionado”[198]. Dejó un consenso favorable a su salida por su buena administración, que se basó en un intento de retomar cierta cordura en el manejo de la economía de los clubes, algo que ya parecía una utopía: las deudas parecían imposibles de afrontar. Para 1970, los clubes debían 2.000 millones de pesos al Estado.

El fútbol argentino trataba de salir de una profunda depresión: tenía deudas enormes; estaba intervenido por el Estado desde hacía cuatro años; había dos torneos anuales que ya comenzaban a

consagrar campeones a equipos de clase media, como Estudiantes, Vélez Sarsfield y Chacarita Juniors, mientras que asomaba Rosario Central a las posiciones de poder; River Plate ya acumulaba 14 años sin un título, pese a que en cada comienzo de temporada gastaba fortunas para cambiar su presente. Pero no alcanzaban ni los nuevos torneos nacionales, para acercar a los clubes del interior (aunque la AFA seguía siendo tan centralista como siempre), ni el aumento de los fondos de la TV estatal de Canal 7 a cambio de más frecuencia de partidos. La AFA dependía como nunca del Estado y ni siquiera de este modo lograba salir de su eterna problemática, que retornaba cada tanto tiempo como un disco rayado, aunque con inconvenientes cada vez más profundos.

La influencia de la TV, el nivel técnico de los partidos (con equipos con sistemas tácticos europeístas basados en lo físico), la violencia entre los propios jugadores y la situación económico-social, entre otros factores, fueron determinando una merma en la asistencia de público a los estadios. A punto tal, que no resulta para nada casual que entre 1966 y 1970 el promedio haya descendido a los 7.830 espectadores por partido, la más baja de la historia, cuando entre 1961 y 1965 había sido de 9.924.

El contexto social argentino era cada vez de mayor violencia, con los movimientos obreros y estudiantiles alzados contra las políticas restrictivas en lo económico y con represión de la dictadura militar, que además había generado que muchos científicos de primer nivel emigraran ante la falta de oportunidades y de libertades.

La dirigencia del fútbol, con escasísimas excepciones, acabó necesitando una nueva ayuda estatal (en 1970, además, el Estado había suprimido, vía decreto, el impuesto municipal que gravaba las entradas a los partidos de la Ciudad de Buenos Aires), que se materializaría con la implementación de los Pronósticos Deportivos (PRODE) en 1971, también llamados “La polla del fútbol”. En realidad, este sistema de apuestas deportivas aparecía con el segundo intento, porque ya lo había pensado Valentín Suárez apenas tres años antes, pero no había sido aceptado por Onganía. La situación era diferente: la crisis acuciaba a los clubes y el ministro de Bienestar Social, Francisco Manrique, decidió implementar por fin el sistema de apuestas, ya que en Argentina la dictadura había

dado paso a otros gobiernos: primero, el de Roberto Marcelo Levingston y, después, el de Alejandro Agustín Lanusse.

En 1971, Manrique calificó el PRODE como “impuesto a los bobos”, en una nueva muestra de cinismo, pero ahora desde el mismo Estado, ya no desde la AFA. La relación entre el Estado y la AFA se iba acentuando, y la ley correspondiente, la 19336[199], establecía en su artículo quinto que “las entidades rectoras de las actividades deportivas recibirán […] en pago total, por todo concepto, el 7% del arancel de cada tarjeta para apuestas”. Según el artículo 2, la ley fijaba en 33%, como mínimo, la proporción de la recaudación para premios, el 8% iba a comisiones de agencias receptoras y otro 8% para gastos de explotación.

Manrique apareció, como era de esperar en tiempos de tanto cinismo, con un discurso triunfalista, y no precisamente con el mejor ejemplo, aunque no se podía negar cierta coherencia con el discurso de uno de sus antecesores, Onganía: “Se ha terminado la época de perder. Los argentinos vamos a empezar a ganar en todos lados. Porque somos los mejores y debemos convencernos de ello. Y cuando nos toque perder, lo haremos al estilo de Estudiantes. Ideas como el PRODE ayudaron a Europa a salir de la guerra”[200].

Sin dudas, el PRODE buscaba incluir en el sistema la pata que faltaba en el negocio, la del hincha. Todo el resto de intereses ya estaba involucrado: los funcionarios públicos, la AFA, la TV y el periodismo deportivo. Se acababa el último bastión de idealismo, salvo escasas excepciones. El círculo del negocio se cerraba por fin.

La industria del fútbol seguía expandiéndose, lo cual no significaba que por eso la situación de los clubes mejorara. Los espectáculos se fueron empobreciendo a partir de intereses cada vez mayores. Juan José Sebreli sintetizó el concepto a la perfección: “Se llega así a un círculo vicioso: cuanto más negocio es el fútbol, menos puede venderse, y cuanto menos puede venderse, más debe recurrirse al negocio para subsistir”[201].

Oneto Gaona, de todos modos, había intentado seguir con la idea de una administración prolija, algo muy complicado para la época, y si bien no estaba ligado al ambiente del fútbol y su desconocimiento de algunos temas era claro, el hecho de no estar viciado por muchas

cuestiones del sistema lo enfrentó a la dirigencia clásica de la AFA.

Sostuvo Dante Panzeri:

“Había una vez en la AFA… un dirigente de fútbol que no era dirigente de fútbol. Era interventor en la AFA, nombrado por el Poder Ejecutivo […] Este dirigente de fútbol casual al que me refiero se llamaba Juan Martín Oneto Gaona, abogado, industrial, caballero de prosapia, pingorotudo real y, por sobre todo, simplemente correcto y honesto. Durante su gestión en la casa de la calle Viamonte logró que desapareciera de sus salas, de sus pasillos, cuanto malandrín suelto concurría habitualmente para proyectar, considerar y concretar negociados. OG tenía propuesto lograr un torneo de la AFA con 14 o 16 participantes de primer orden, y para tal fin, determinó que el campeonato Metropolitano contara en lo sucesivo con tres descensos durante los años necesarios y hasta llegar al número ideal señalado anteriormente.

”De inmediato se movilizaron los mandarines desplazados y los influyentes en las altas esferas gubernamentales hasta conseguir la cesantía de Oneto Gaona, obligado a renunciar al cargo de interventor de la AFA por el ministro de Bienestar Social de entonces —Francisco “Paco” Manrique, de este señor no podré olvidarme jamás—, quien, tal como desgraciadamente acostumbran a proceder la mayoría de los funcionarios públicos de omnipotente jerarquía, lo borró a Oneto Gaona de un plumazo para colocar en su puesto a un amigo, correligionario o pariente, sin que le importara mucho o poco si el desplazado servía para el puesto, era insobornable, era idóneo o era útil.

”El caso es que desde el mismo día que el padre de la quiniela oficializada y del PRODE se libró de Oneto Gaona y, consecuentemente, le abrió otra vez las puertas de la AFA a los personajes que habían perdido por Oneto Gaona su sede de tareas más prósperas y eficaces, comenzó la curva descendente para la economía de todos los clubes afiliados que se lanzaron a la compra desenfrenada y sin tino, pero generalmente con dolo, de jugadores, directores técnicos, preparadores físicos, árbitros, jueces de línea, directivos, etc., hasta llegar al descalabro general[202].”

Era claro que a Oneto Gaona le sucedía algo similar que a Ramos Ruiz. Dirigentes que no estaban ligados a la estructura del fútbol de la AFA llegaban como interventores con la idea de reencauzar lo que de ninguna manera era posible. Los directivos de fútbol se sostenían desde "la universidad de la calle" y desde su innata condición de sobrevivientes de cualquier crisis económica en sus clubes, acomodándose al gobierno de turno que fuese, del color político (o militar) que fuese. Y si aparecía algún osado con deseos de alterar ese panorama, ya el fútbol, desde su sistema caótico, se encargaría de darle su merecido. ¿Cómo se atrevían a desafiarlos? Por su lado, la dictadura militar se había hartado de los directivos de fútbol luego de la eliminación de la Selección Argentina del Mundial de 1970 y, aún peor, cuando Valentín Suárez quiso recurrir a otro resorte estatal para nuevos negocios del fútbol, hasta que Manrique entendió, por fin, que estaban en presencia de una nueva forma de recaudar.

Oneto Gaona tuvo dos sonados enfrentamientos: uno con dirigentes peruanos por la Copa Libertadores, que casi provoca la suspensión del certamen, y otro con el coronel Juan Sánchez de Bustamante, con el que estuvo muy cerca de batirse a duelo. Entre sus asesores, toda gente no vinculada al fútbol, estaba Martín B. Noel, que luego sería presidente de Boca, una década más tarde.

Justamente Boca fue protagonista de lo que la revista Primera Plana llamó "Segundo Bombonerazo", apenas dos años después de la eliminación de la Selección Argentina ante la peruana para el Mundial de 1970 en la Bombonera xeneize. Boca jugaba contra los peruanos de Sporting Cristal por la Copa Libertadores hasta que en un momento se produjo una batalla campal, con la mayoría de los jugadores pegándose hasta con el banderín del córner, en un episodio vergonzoso. Por un edicto policial, casi todos los jugadores de ambos equipos tuvieron que pasar la noche en la comisaría 24, en tanto que los jugadores peruanos recibieron un cablegrama del presidente de facto Juan Velasco Alvarado, que fue calificado como "demagógico" por medios argentinos. Finalmente, la delegación peruana pudo abandonar Argentina por una gestión de su embajada, mientras la embajada argentina en Lima era apedreada

por lo sucedido durante el partido, y casi se rompen relaciones entre los dos países por estos hechos. Esto fue una muestra más de lo que el fútbol significa en América Latina, al punto de haber tapado en las primeras planas los incidentes sociales de Córdoba[203].

“El muy influyente vocero del canal televisivo de la cultura oficial del país, una vez consumada la batalla conocida como ‘Segundo Bombonerazo’ dice en su alegato: ‘Esta es una cuestión del fútbol entre los jugadores de fútbol y no debe salir del ámbito futbolístico. No debe ir a la Justicia’, pero sí dijo que debía ir a la Justicia el veto a la Bombonera de la Conmebol para jugar como local ante Universitario de Lima al considerarlo ‘un acto antijurídico’ al no mediar clausura sobre el mismo”, recordaba la influyente revista política[204].

Quedaba claro, una vez más, que el fútbol argentino buscó siempre manejarse por fuera del sistema judicial cuando le convino, con la extraña teoría también sostenida por la FIFA de que hay una Justicia para los hombres y otra para el fútbol. Boca quedaría eliminado de la Copa Libertadores de 1971 por estos hechos de violencia, con innumerables gestiones llevadas a cabo por su presidente, Armando, y por el propio Oneto Gaona, siempre monitoreadas por la dictadura militar.

Oneto Gaona se fue de la AFA cuando hubo cambio de Gobierno Nacional, ya que Onganía dejó su lugar a Roberto Marcelo Levingston. El fútbol pasó a depender del Ministerio de Bienestar Social de Manrique, quien llegó a manifestar: “El fútbol es mío”[205]. Oneto Gaona, criticado por no poder armar un buen fixture, al punto de que hubo equipos que llegaron a jugar como locales tres fechas seguidas (especialmente cuando se decidió que el Metropolitano de 1970 se jugara a una sola rueda), quedó resentido con el fútbol, volvió al Jockey Club y a su actividad empresarial. En 1977, presidió la delegación argentina en la reunión de la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

Una huelga a la intervención

Si 1970 fue el año que marcó la caída más profunda del fútbol argentino en lo deportivo, 1971 sería un año de caos absoluto. El desorden estaba acentuado en los jugadores, con episodios de violencia en los campos de juego y con el regreso de la amenaza del sindicato Futbolistas Argentinos Agremiados (FAA) de una huelga si no se cambiaba el estatuto, en un total enfrentamiento con la clase dirigente de la AFA.

El 5 de marzo de 1971, FAA organizó una huelga, aún con Oneto Gaona como interventor de la AFA, porque los clubes de Primera A y Primera B querían limitar el cupo de profesionales de 25 a 20 por plantel, lo que estaba estipulado desde el convenio de 1949. El interventor reabrió el libro de pases y decidió darles la razón a los futbolistas. Sin embargo, el año seguiría turbulento y en noviembre reaparecería un viejo conflicto con FAA cuando los clubes se negaron a aceptar a los jugadores como trabajadores, insistiendo con el concepto de "trabajadores deportivos".

El problema había comenzado en enero, cuando la Secretaría de Trabajo avaló lo firmado en 1949, tras la famosa huelga de 1948, donde se reconocía al futbolista como "trabajador". La AFA apeló, negando el reconocimiento. El 4 de noviembre, los jugadores, reunidos en la sede de FAA, decidieron ir a la huelga. Los futbolistas no aceptaron jugar hasta que no se pusiera en vigencia el convenio de 1949, buscando que se los reconociera como trabajadores comunes. José Omar Pastoriza, secretario general de FAA y jugador de Independiente, sostenía entonces que "un trabajador deportivo puede pasar un año sin cobrar y no pasa nada, porque la cosa se rige por reglamentación de AFA. De la otra forma, el convenio establece que no se puede adeudar más de un mes"[206].

La reacción de Raúl D'Onofrio, nuevo interventor desde que asumiera el gobierno de Alejandro Agustín Lanusse, el último de los gobiernos de facto antes del retorno a la democracia, fue la que

siempre tuvieron los dirigentes ligados al deporte. “Fue como si hubiera caído una bomba”, llegó a decir[207]. No puede sorprender entonces que para Armando, el presidente de Boca, se tratara de “un nuevo atropello al fútbol y a sus sostenedores”, y que Julián William Kent, presidente de River, dijera que “esto es insólito, inconsulto e inadmisible”. Más contundente aún fue José Feijóo, el titular de Vélez Sarsfield: “Yo les corto la cabeza”[208].

Pastoriza, líder del sindicato, apretaba el acelerador, en plena dictadura. “Vamos a ir a la huelga a muerte. Vamos a agotar todos los recursos en este digno país para ver si hay gente que piense y respete que los jugadores son trabajadores.[209]” Era una prueba más de que los protagonistas del fútbol siempre tuvieron claro que no había gobierno que se les resistiera, por aquel concepto clave vertido con total precisión por Valentín Suárez: el fútbol siempre gozaría de impunidad, porque nadie se animaría a ir contra él. Esa sensación iría aumentando con los años, teniendo o no razón en las quejas o protestas.

Los huelguistas fueron suspendidos hasta el 31 de diciembre. Ni Manrique ni D’Onofrio recibían a los jugadores, que ni siquiera estaban autorizados a entrenarse. La AFA decía que el convenio que reclamaba el sindicato había sido “estudiado” en 1969-1970, pero que “no fue firmado ni reconocido por los clubes”. En una solicitada del 10 de noviembre, señalaba en el punto 4 que, “en un acto inusual”, el ministro de Trabajo se había acercado al vestuario de Independiente tras el partido ante River y le había entregado a Pastoriza, que se estaba duchando, una resolución, que este leyó por radio de inmediato, por la que se reconocía el convenio 6/49 “sin que mereciera el señor ministro igual preocupación por la AFA, entidad que se encuentra intervenida y depende por consiguiente del Estado, que recién es citada por telegrama 10 días después para que venga a notificarse”.

En el punto 5, se quejaba de la “particular e insólita actitud de deferencia para con FAA”, que hizo a los jugadores cambiar de postura y desde ese momento se mostraron más intransigentes, pese a lo cual la elaboración del convenio se mantiene y las relaciones entre AFA y FAA son “absolutamente cordiales”. Y en el punto 10 decía que el jugador de fútbol “nunca podrá ser un trabajador, en el

sentido lato de la palabra, pues su profesión —en cuanto hace al horario de sus funciones o sus remuneraciones— tiene características muy particulares", y que, aunque la huelga le duele al fútbol argentino, mantendrá su firmeza.

Pastoriza, por su parte, afirmaba que FAA contaba con 80.000.000 de pesos "para afrontar situaciones de esta naturaleza" y formar equipos y actuar para obtener recaudaciones con el fin de "mantener a los que no podrían jugar".

En el noveno día de huelga, Huracán de Bahía Blanca daba la nota al no presentarse a jugar ante Boca en la Bombonera. Los jugadores de Boca salieron a la cancha, esperaron los 15 minutos reglamentarios y ganaron los puntos. Carro, el capitán de los bahienses, dio a conocer la postura del equipo en la sede de FAA. Boca, siguiendo con la postura patronal de los dirigentes, se había presentado con jugadores de la Tercera (no profesionales) y decidió seguir jugando con esta división en el resto del campeonato, y esa era la postura general de los dirigentes de los clubes.

La AFA señalaba la incompatibilidad del reglamento de FIFA con leyes laborales, y fue entonces cuando, ante esta situación que ya parecía de quiebre, el Ministerio de Bienestar Social apareció por primera vez ordenando que se elaborara un proyecto de estatuto, que sería el instrumento legal para tipificar la relación laboral entre clubes y jugadores. FAA temía que se lo interviniera. La AFA ofreció un tribunal arbitral. Manrique habló entonces de postergar la normalización de la AFA al exigir la elaboración del proyecto del estatuto y un informe de lo percibido por los jugadores desde 1965 a 1971, en lo que parecía un nuevo castigo a los dirigentes de la entidad y, al mismo tiempo, una continuidad de aquella frustración anterior de Onganía tras la eliminación del Mundial de 1970.

Para la dictadura militar de 1970, la AFA era poco confiable, siempre buscando más dinero del Estado, con una economía que no cerraba. Y colocarse del lado de los jugadores era un acto demagógico, pero que tendría una mayor aceptación social.

Por eso, no extrañaba para nada la resolución del Ministerio de Bienestar Social, a fines de 1971: 1) postergar la normalización de la AFA hasta la oportunidad que las circunstancias aseguren el

advenimiento de una conducción auténtica y representativa por encima de todo apasionamiento o cerrada posición personal o de sector; 2) que el delegado normalizador de la AFA, Raúl D'Onofrio, proponga antes del 31 de diciembre, a través del subsecretario de Deportes de la Nación un proyecto de estatuto de acuerdo al artículo 9 de la ley 18247; 3) que el subsecretario de Seguridad Social y los organismos dependientes se aboquen al estudio del régimen previsional adecuado; 4) que el PRODE (ley 19336) será puesto en funciones a la mayor brevedad.

D'Onofrio decía que "las atribuciones de un presidente de la República alcanzan para resolver un problema de este tipo"[210]. Y finalmente, como tantas otras veces, como ya lo había hecho Alvear medio siglo atrás, Lanusse resolvió mediar en el conflicto e hizo firmar un acuerdo entre Pastoriza y D'Onofrio. Se levantó la huelga y también las sanciones, con el triunfo de los futbolistas. Armando lo reconoció a su manera, quejosa y pomposa: "Los dirigentes del fútbol hemos perdido el poco honor que nos quedaba, hemos defraudado a la juventud argentina, al futuro de nuestro fútbol, a esos chicos que han confiado en nosotros, en nuestra gestión. La solución que se ha dado al conflicto es de lo más nefasta. Hemos perdido todo"[211].

D'Onofrio dejaba bien en claro el porqué de la aceptación al planteo de los jugadores: "La solución al conflicto la concreté porque así me lo solicitaron las altas esferas del Gobierno"[212]. El Estatuto del Futbolista recién se sancionó en 1973 y se ratificó y modificó en 1975 tras otra huelga. Los futbolistas habían conseguido, además, la asignación de una remuneración mínima, el pago del subsidio familiar, el pago de aguinaldo y que se tuviera en cuenta el régimen previsional[213].

Una vez más, el fútbol había logrado el rápido interés de la política nacional. El fútbol era, desde hacía ya muchos años, una cuestión de Estado, y eso quedaba a la vista en cualquier situación.

Raúl D'Onofrio, el interventor de la AFA en tiempos de Lanusse, había sido director de la Caja Nacional de Previsión para el Personal de la Industria, el Comercio y las Actividades Civiles, hombre de empresa (negocio inmobiliario), e integraba el directorio de varias firmas. También había sido presidente de la Asociación de

Dirigentes de Empresas (ADEA). Socio de Ferro, River y Vélez, había sido asesor de Ramos Ruiz y manejaba la Secretaría de Asuntos Internacionales de la AFA en ese tiempo. La sensación fue que con D'Onofrio la AFA tuvo una mayor estabilidad; a punto tal, que Lanusse llegó a rechazarle la renuncia. Con él fue que comenzó a hablarse de "normalización" en la AFA y hasta el propio D'Onofrio parecía candidato para ocupar la presidencia en ese caso, pero no quiso. Salió indemne del conflicto de la huelga de 1971, pero eso lo desgastó y acabó renunciando en 1973, cerca de las elecciones presidenciales.

Sin embargo, D'Onofrio, consciente de que hablar de "normalizar" quizás era sinónimo, para los dirigentes del fútbol, de que podrían volver a la etapa anterior, se encargó de advertir sobre lo que tal vez sucedería sin una acción directa en las reformas estructurales de los clubes y de la propia AFA:

"Normalizar no traduce simplemente volver al estado anterior, siguiendo con la deficitaria economía del fútbol profesional, sin alicientes ni estímulos: con una relación laboral clubes-jugadores que si bien se resuelve legalmente conforme a la justicia, no hará más que acentuar la pérdida de nuestros mejores jugadores: con una organización nacional que no resolverá el problema de las lógicas aspiraciones del interior.

"Normalizar no puede ser simplemente el retorno a un pasado, con la pretensión que se entrega la dirección a sus legítimos dueños, cuando no es así. Normalizar debe ser justamente lo contrario: definir el nuevo régimen estructural para todo el fútbol argentino, a fin de corregir sus fallas y para que el poder de dirección resida en todos los clubes del país[214]."

El interventor había comenzado bien, endulzando a los dirigentes con la mejor música para sus oídos. Un artículo de aquel tiempo relata que los dirigentes "salieron realmente encantados y muy esperanzados" luego de mantener una reunión con el nuevo interventor estatal en la AFA, que "les había hecho una especie de

anuncio de solidaridad no pagadora de impuestos, deudas, aportes previsionales, etc.”. Les había dicho, entre otras cosas, que cada club debía traerle una carpeta “con argumentos de peso para intentar interceder en caso de que sean reclamadas cifras impagas en concepto de jubilaciones, atrasos”[215].

La deuda del fútbol con el Estado, según constaba en las intervenciones entre 1966 y 1970, oscilaba en alrededor de 2.000 millones de pesos. Se justificaba, entonces, que los dirigentes salieran “encantados”. ¿Cómo no iban a estarlo? A fines de 1973, la deuda llegaría a los 2.500 millones de pesos nacionales y desde luego no incluía muchísimas condonaciones de impuestos y regalías de todo calibre recibidas por el fútbol en diferentes épocas.

En una concluyente definición, Panzeri remataba:

“La invitación del Sr. D’Onofrio produjo en algunos argentinos, que no han perdido la mala costumbre de analizar, una especie de descubrimiento: en la AFA, Lanusse había sentado a un enemigo de Lanusse. La ecuación era simple: el mismo D’Onofrio que pedía elementos para eludir obligaciones impositivas del fútbol (“a los clubes de fútbol no se los debe tratar con la rigidez de las empresas comerciales por la función social que cumplen”) era al mismo tiempo director de la Caja Nacional de Jubilaciones para la Industria y el Comercio, organismo desde el cual, se supone, actuaba como fiscal de evasiones al Fisco. Los diarios del 29 de junio (cinco días después) recogían algunas enérgicas reacciones del presidente Lanusse respecto de la angustiosa situación económica del país, atribuida a la enorme evasión impositiva en la generalidad de las obligaciones comunes ante la Nación […] pero había más: al mismo tiempo que en Tirio-Troyano-Tirio entre la AFA y la Caja de Jubilaciones, el señor D’Onofrio actuaba de exigente solicitante de 95 millones a la Nación […] por deudas de televisión estatal al fútbol. Y lograba, al parecer, cheques o pagarés por 20 millones.[216]”

En síntesis, más de lo mismo: supuestos encargados de poner límites

al fútbol, incluso interventores de dictaduras militares, que acaban teniendo que endulzar a los dirigentes y sucumben ante ellos. No hay pánico mayor al sistema del fútbol. Nadie puede contra él.

Para rescatar de este período, también hay que mencionar el primer intento, aunque fallido, de lograr cierta estabilidad con la Selección Argentina, luego de años de caos y real desinterés por parte de la dirigencia del fútbol. Probablemente se debió a que faltaban seis años para el Mundial de 1978 en Argentina; aún no se había determinado la cantidad de equipos que participarían en la XI Copa del Mundo, que se jugaría tras la de Alemania Federal en 1974. Incluso, ya se hablaba de la creación de un comité "que organice, planifique y ejecute dicho evento, liderado por el interventor"[217]. Lanusse declararía "de interés nacional" la realización del Mundial "como consecuencia de la gestión del señor D'Onofrio, que halló eco en las autoridades nacionales"[218]. El Mundial había sido concedido a Argentina en el Congreso de la FIFA de Londres en 1966, pero nada se había hecho hasta entonces[219]: "Resulta obvio resaltar la importancia sociológica que ha adquirido el fútbol en la sociedad actual. Dejó de ser una simple expresión deportiva para alcanzar los caracteres de un fenómeno a cuyo influjo no pueden escapar los más variados sectores de la población"[220].

Alejandro Agustín Lanusse pretendía ser menos protagonista que Onganía. Hincha de Boca, frecuentó sus instalaciones, autorizó rifas para la construcción de un nuevo estadio en la Ciudad Deportiva (que después no se construiría pese a que Armando, el presidente, lo prometía hasta con fecha precisa de inauguración: el 25 de mayo de 1975 a las 11 de la mañana) y gestionó una amnistía para los jugadores tras el escándalo de 1971 ante Sporting Cristal. Luego los recibió en su despacho. "Aunque nosotros hemos sido bastante severos con los jugadores de nuestro club, queremos hacer público nuestro reconocimiento por este gesto del señor presidente, que involucra una gran lección que, estoy seguro, no olvidarán jamás nuestros jugadores", sostenía Armando, en tono condescendiente[221].

Lanusse tuvo que soportar una presión cada vez mayor para que dejara regresar a Juan Domingo Perón, que estaba en el exilio desde 1955 y se había convertido en mito, especialmente para muchos

jóvenes que solo habían oído hablar de él. Lanusse lanzó entonces el “Gran Acuerdo Nacional”, para el que utilizó metáforas basadas en el fútbol. De a poco, Argentina iba abonando el terreno para las elecciones, luego de siete años de dictadura.

En el fútbol, la novedad fue que, por primera vez, un club rosarino ganó un título oficial en el profesionalismo. Rosario Central, protagonista permanente de los torneos en esos tiempos, obtuvo el Nacional de 1971.

6

La normalización y la primavera democrática (1973-1976)

El gobierno, el poder y otras cuestiones

Raúl D'Onofrio llegó con su intervención hasta el 16 de enero de 1973, en los albores del retorno de la democracia, cuando fue reemplazado por Horacio Bruzzone. Dos meses más tarde, Héctor J. Cámpora se impuso en elecciones presidenciales en Argentina como representante del aún exiliado Juan Domingo Perón, quien de todos modos ya había viajado al país en 1972 desafiando al dictador Lanusse, que afirmaba irónicamente que "no le daba el cuero para volver". Uno de los lemas de la campaña justicialista de Cámpora, en medio de una creciente tensión dentro de su partido entre las alas de izquierda y derecha, era "Cámpora al gobierno, Perón al poder". Al asumir el nuevo gobierno, tras siete años de dictadura militar, parecía que todo iba a cambiar en Argentina, y hasta presos comunes fueron liberados de las cárceles. Sin embargo, la Asociación del Fútbol Argentino (AFA) permaneció intervenida hasta mediados de 1974.

Bruzzone era un abogado sin antecedentes en los clubes de fútbol y era socio de Oneto Gaona en el directorio de La República Compañía Argentina de Seguros Generales. Entre 1969 y 1972, fue miembro del Tribunal de Disciplina de la AFA, de la mano del ex interventor. Empresario agrícola, era hijo del presidente de La Cantábrica y no tuvo una estrecha relación con el Gobierno. En verdad, su llegada a la intervención no fue tan fácil, porque había otros candidatos en danza, como Martín Benito Noel, Jaime Perriaux, Plinio Garibaldi y Miguel Estanga. La participación de Oneto Gaona en su favor fue esencial para que fuera designado y, tal como su referente, también fue elogiado por su prolijidad administrativa.

José María Suárez, más conocido como "Walter Clos", uno de los pocos verdaderos discípulos de Dante Panzeri, llegó a señalar que en esos tiempos "el fútbol, llevado como lo hizo el interventor Bruzzone, sería un paraíso terrenal"[222].

Para esos tiempos, ya se hablaba, como lo había prometido incluso Manrique a fines de 1971, de una inminente normalización de la AFA, que nunca se concretaba. Muchos dirigentes del fútbol presionaron para que los torneos volvieran a aumentar el número de equipos en Primera, y Bruzzone tuvo que trajinar para explicarle que, como tantas otras veces en la historia, era inviable. El Torneo Metropolitano de 1973 llegó a jugarse con 17 equipos. Ramos Ruiz considera que esa "fue la mejor contribución de Bruzzone a nuestro fútbol"[223], si bien tampoco pudo evitar, ante tantas presiones, una resolución para impedir los descensos para 1974 y 1975, y se reglamentó también hasta 1977. Parecía que, con el tiempo, todo volvería a foja cero con respecto a cierto ordenamiento intentado en los últimos años de la década de 1960.

Eran 18 equipos en el Metropolitano de 1974, 20 en 1975, 22 en 1976 y 23 en 1977, superando el récord de 22 en 1967. De nada había valido todo el esfuerzo anterior, y ya la Primera desbordaba de equipos, una vez más, como si cíclicamente el fútbol argentino tuviera que volver a la foto inicial.

Desgastado por todas estas presiones, Bruzzone decidió irse a mediados de 1973, ya con Cámpora en el Gobierno. Pero volvería en 1976 al Tribunal de Penas de la AFA, como su presidente. Durante su intervención, el 12 de febrero de 1973 se había sancionado el estatuto del Futbolista Profesional, por ley 20160, y luego la Concertación con la AFA del Convenio Colectivo de Trabajo, decreto 141/73 del 7 de marzo de 1973, con las firmas del presidente Lanusse y de los ministros Rubens San Sebastián (Trabajo) y Oscar Puiggrós (Bienestar social)[224].

Bruzzone fue reemplazado entonces por Baldomero Gigán el 18 de junio de 1973. Representaba un auténtico cambio con respecto a todas las intervenciones anteriores desde 1966. Esta era otra intervención, sí, pero peronista, y al asumir Gigán sonó la marcha partidaria, como para que no quedara ninguna duda. Por si fuera poco, el nuevo interventor afirmaba al asumir que "en esta delicada misión tendré especialmente en cuenta la mística patriótica y enorme preocupación y apoyo que brindó al deporte el general Juan Domingo Perón durante diez años de gobierno y que nos permite recordar los éxitos internacionales obtenidos en todas las

disciplinas”[225].

Proveniente de Mar del Plata y de la industria del cine, Gigán había sido dirigente de Boca en los años cincuenta y también había formado parte del Consejo Federal de la AFA. Como solía ocurrir en la relación entre la AFA y el poder político, era cercano al presidente de la Cámara de Diputados de la Nación (y luego presidente provisorio argentino), Raúl Lastiri, y a José López Rega[226], con lo cual se situaba también cerca de la extrema derecha en la tensión interna que vivía el gobierno de Cámpora. Además fue nombrado en el directorio del Banco de la Provincia de Buenos Aires, como si con la AFA sola no tuviera ya suficiente trabajo, pero al parecer fue una exigencia suya, según protestó el dirigente de San Lorenzo Pedro Candia[227].

Gigán había llegado de la mano de Duilio Brunello, subsecretario general del Ministerio de Bienestar Social, que dijo que se hacía cargo de la función “un intérprete de las aspiraciones del Gobierno”[228].

Durante el corto lapso de la intervención de Gigán, hubo varias situaciones de importancia, como el voto, por fin y en forma unánime, del Congreso para normalizar la AFA —así se aseguró la vicepresidencia de la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol)— y la disputa de la clasificación para el Mundial de Alemania Federal de 1974, que se jugaba bajo la sombra de lo ocurrido cuatro años antes, con la primera eliminación y la ausencia en México 1970.

La dirigencia del fútbol, aún tan desorganizada como siempre, le prestó esta vez algo más de atención a la preparación, teniendo en cuenta que, además, en la fiesta de clausura del Mundial de Alemania se presentaría el Mundial de Argentina de 1978. Era conveniente estar en el evento, y como los adversarios del grupo resultaron Paraguay y Bolivia, se diseñó un operativo para solventar la altura con lo que se llamó “la Selección fantasma”, compuesta por un segundo plantel de jugadores para adaptarse más fácilmente al obstáculo.

Para ese entonces, el designado director técnico de la Selección Argentina, Enrique Omar Sívori, había planteado una larga

concentración. Otros colegas se oponían a ello, como el entonces muy joven César Luis Menotti, quien generaba sensación con el juego de su Huracán, que significaba una vuelta a las fuentes dando énfasis al aspecto técnico y al estilo criollo tradicional, con preeminencia de lo estético. Pocos años después, en la Selección cambiaría radicalmente de postura. El fútbol argentino había regresado, como efecto del retorno de la democracia y de un nuevo tiempo político y social, a un juego más vistoso, con fulgurantes apariciones en la mayoría de los equipos, jugadores jóvenes provenientes de las divisiones inferiores que marcarían un hito y darían espectáculos muy superiores a los de los años anteriores, sin necesidad de recurrir a figuras extranjeras.

Con esa base de jugadores, más otros ya consagrados que ahora sí fueron convocados por primera vez desde Europa, donde se destacaban en las principales ligas, la Selección Argentina se clasificó sin problemas (apenas con un pequeño susto de unos minutos ante Paraguay en la Bombonera en la última fecha) para el Mundial de 1974, aunque de todos modos se seguía desconociendo a los rivales que no fueran sudamericanos. Muchos minimizaron a la selección polaca, que venía de eliminar a Inglaterra en Wembley y había ganado la medalla dorada olímpica en Múnich en 1972, de la mano de un entrenador que hizo historia: Kazimierz Gorski.

Claro que parte del entusiasmo de los jugadores de la Selección estaba relacionada con un convenio que firmaron con Gigán, antes de comenzar el grupo clasificatorio para el Mundial, para no pagar réditos sobre los premios extras que les reconocían por valor de 200 millones de pesos por jugar esos cuatro partidos.

Hacia la "normalización"

A fines de 1973, la AFA resolvió que todo club que quisiera alterar su condición de local por la de visitante, o viceversa, podía hacerlo rellenando algunas formalidades previas, lo que Panzeri calificó como "barbaridad"[229].

En ese contexto, Gigán fue depuesto por López Rega, ministro de Bienestar Social (del que dependía la AFA), el 17 de enero de 1974, tras graves acusaciones de corrupción y con un pedido de interpelación del diputado radical Lisardo Niedich. Este había recibido un informe del dirigente Candia, siempre acérrimo opositor, por la concesión de un préstamo de 100 millones de pesos del Banco Provincia (en el que Gigán era parte del directorio) a la AFA. La salida de Gigán evitó la interpelación, aunque presentó una solicitada que decía que su alejamiento se debía "solamente a un hecho político que se desencadenó en un momento especial […] se destruyó un equipo compacto y una forma de trabajar"[230].

La salida de Gigán se produjo cuando ya Perón había regresado al país de su largo exilio de 18 años y había vuelto a la presidencia tras arrasar en las elecciones. Con este cambio político, también llegó la promesa de la definitiva normalización de la AFA, ya votada por el Congreso, y entonces fue designado como último eslabón de la intervención que se había originado en 1966 el escribano Fernando Mitjans, al que se le otorgaron dos meses para el proceso. Mitjans asumió el 21 de enero de 1974 y debía llevar a cabo las instrucciones que le impartió el Ministerio de Bienestar Social del tenebroso López Rega, del que dependía.

Mitjans, de 54 años, que había llegado de la mano de Alberto J. Armando, había sido vicepresidente primero de Boca Juniors, escribano personal de Perón y miembro del Colegio de Escribanos de Buenos Aires. Peronista, militante universitario y fundador de la Confederación General Universitaria (CGU), después del golpe de 1955 sufrió las consecuencias y fue acusado, junto a Jorge Cesarsky,

de cobrar haberes, actuar a mano armada y realizar tareas de delación[231].

El cambio de los ocho años de intervención de la AFA hacia la normalización no era sencillo. Se necesitaba una profunda reforma estatutaria, porque muchas cosas habían cambiado en el fútbol argentino y en la sociedad. Ya no era como en el período anterior a la intervención, entre 1934 y 1966.

La nueva estructura creaba la figura de un Comité Ejecutivo que suprimía el Consejo Directivo anterior; es decir que el presidente, que podía elegir a la mitad de sus miembros, concentraba un poder desconocido previamente, en lo que se notaba la influencia de López Rega. Antes de 1966, la decisión, aunque luego dependía del poder de cada uno de ellos, era totalmente de los clubes, al menos en cuanto a lo estatutario. Para el agudo Walter Clos, gran conocedor del mundo interior de la AFA, se trató de una "reforma insólita del estatuto por el Ministerio de Bienestar Social y la Secretaría de Deportes de Pedro Eladio Vázquez"[232].

El análisis era claro: un fascista como López Rega no iba a permitir perder el control de la AFA, pese a la ya votada normalización. Una cosa era la teoría, y otra distinta, los hechos, el poder político. Para eso, era necesario colocar en el poder a un hombre afín. El propio Mitjans llegó a decir: "Si de alguien puedo expresar mi satisfacción de cómo se me ha apoyado es precisamente del referido ministro […] me siento muy apoyado por el señor López Rega"[233].

Las batallas por el poder político de la AFA iban a ser muy duras, porque muchos clubes se resistirían a la nueva situación. Disconformes con los cambios, los dirigentes del fútbol enviaron un telegrama al Ministerio de Bienestar Social, al interventor en la AFA y a la Inspección General de Justicia, que decía que:

"los clubes de Primera División, Primera B, Primera C y aficionados que suscriben la presente comunicación informan a Vuestra Excelencia que no están de acuerdo con el proyecto de estatuto y gobierno por medio de un Comité Ejecutivo que según comunicado del interventor de la AFA será sometido a la aprobación de la

inspección General de Justicia, en tanto no consagre el indeclinable derecho de representatividad de todos y cada uno de los clubes afiliados, con voz y voto, que prescriben preceptos de la legislación civil y reglamentos en vigencia.”

Pero como tantas veces suele suceder en la dirigencia del fútbol argentino, aunque el estatuto se aprobó, varios de los dirigentes que firmaron el telegrama acabaron formando parte del Comité Ejecutivo de Mitjans. Otra voltereta en el aire…

Mitjans, primero interventor y luego él mismo presidente normalizador, con el apoyo de los treinta votos en juego y sin rival para el cargo (el mismo mecanismo que con Perette en 1966, lo cual no tenía nada de casualidad), tenía dos frentes más que atacar.

En primer lugar, comenzaba el Mundial de 1974, con Perón en grave estado de salud y la Triple A y las organizaciones guerrilleras en pleno conflicto armado. A falta de un director técnico que se hiciera cargo del equipo nacional, se designó a una terna: Vladislao Cap, José Varacka y Víctor Rodríguez, que acudieron a algunos jugadores consagrados que militaban en el exterior, aunque no llegaban muchas imágenes de sus actuaciones. Un jugador que participó en el Mundial de Alemania recordó años más tarde que “un director técnico me gritaba que bajara a marcar, otro de ellos, que me mandara al ataque, y el tercero, que me quedara donde estaba”. La Selección Argentina tenía la base de los equipos que comandaban los campeonatos por ese entonces —San Lorenzo, Huracán y Rosario Central—, con el agregado de los que militaban en equipos extranjeros, pero una vez más no se convocó a las figuras emergentes que aportaban brillantez a los torneos locales, como Norberto Alonso, Ricardo Bochini, Daniel Bertoni, Marcelo Trobbiani, Osvaldo Potente y Juan José López, entre otros.

El otro problema era el de la organización del Mundial de 1978. Quedaban cuatro años y nada se había hecho al respecto, pero había que poner manos a la obra, y comenzó entonces la disputa entre la AFA y la Secretaría de Deportes de Vázquez. El problema que tenía Mitjans, y del que fue reparando, era que tal como se había estructurado la nueva conducción de la AFA, el Comité

Ejecutivo respondía a Vázquez y, por ende, al propio López Rega a la hora de tomar decisiones. Una vez más, la política nacional tenía directa relación con las medidas políticas del fútbol.

Llegaron a pedirle la renuncia a Mitjans, pero se encontraron con su negativa, todo a una semana del inicio del Mundial de 1974 y a días de la muerte de Perón. Un caos absoluto. Hasta el propio vicepresidente primero, David Bracutto, habló de acefalía de poder, criticando a Mitjans: “El candidato del gobierno era Mitjans, por eso nosotros lo votamos. Teníamos fe”[234]. Mitjans presentó un recurso de amparo a la Justicia para que se declarara nulo lo actuado por el Comité Ejecutivo, pero al final renunció argumentando que no quería poner en peligro la realización del Mundial de 1978.

Mitjans había sido, al mismo tiempo, el último interventor desde 1966 y el primer presidente de una AFA normalizada. De nada le había servido su gestión para que el Estado perdonara la deuda de los clubes, con el propósito de congraciarse con ellos, justamente porque con la aceptación le hubieran otorgado el poder que le negaron de manera sistemática desde el entorno del mismo personaje: López Rega. Con su salida, quedó como presidente interino, en pleno Mundial (se habían jugado las primeras dos fechas del grupo inicial), el vicepresidente primero David Bracutto, aunque se convocó a elecciones, que este ganó con 17 votos a Juan Fiori (12) y a Jorge Propatto (1).

Bracutto asumió el 21 de junio de 1974, solo diez días antes de la muerte de Perón. Su mandato coincidiría con toda la crisis política que este hecho desencadenó, con María Estela Martínez de Perón como presidente en ejercicio. De hecho, perduraría hasta el golpe de Estado de marzo de 1976.

En el momento en que comenzó su período al frente de la AFA, Bracutto tenía 53 años y era presidente de Huracán. Médico de profesión y peronista, se desempeñó como director del Policlínico de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y estaba ligado al sindicalismo; tenía un vínculo muy estrecho con el líder del sindicato, Lorenzo Miguel. Si durante la intervención y presidencia de Mitjans la influencia de López Rega había sido notable, ahora lo era la del sindicalismo, en particular de Horacio D’Ángelo (diputado

y dirigente de la Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina —UOCRA— y presidente de Lanús) y Paulino Niembro (ex diputado, dirigente de la UOM y presidente de Nueva Chicago).

En las condiciones que pudo, y con una AFA netamente peronista, Bracutto tuvo dos ejes fundamentales en su gestión: dar más cabida a la organización del Mundial de 1978, a solo cuatro años de su inicio, y generar un marco de estabilidad a la Selección Nacional, algo que no se había conseguido nunca con la continuidad requerida.

Para marcar un rumbo en relación con el Mundial de 1978, se involucraron los ministerios de Relaciones Exteriores, Economía, Interior y Defensa en una Comisión Nacional de Apoyo. Ya desde los años previos a la dictadura militar, era claro que el Estado pretendía involucrarse en la organización del Mundial y que no quería dejar semejante botín solo en manos de la AFA y los dirigentes del fútbol[235].

El Mundial de Alemania

Pero mientras tanto se jugaba nada más ni nada menos que un Mundial en Alemania. Una vez más, una Selección Argentina viajaba a un torneo mundialista con un presidente argentino y regresaba con otro. Perón falleció cuando el equipo albiceleste disputaba la segunda rueda de cuatro equipos buscando un finalista. El conjunto nacional fue vapuleado por "La Naranja Mecánica" holandesa de Johan Cruyff por 4-0, y luego, derrotado por Brasil. Ya sin chances, debía disputar un último partido ante Alemania Democrática cuando llegó la triste noticia a la delegación y algunos jugadores ni siquiera quisieron salir a la cancha, en señal de luto. Por eso fueron reemplazados por algunos suplentes.

En un comunicado, la AFA peronista se manifestaba acerca del "sensible fallecimiento del Excelentísimo Señor Presidente de la Nación, Teniente General Juan Domingo Perón" y del "tremendo impacto que ha provocado" y que "ha conmovido las fibras más íntimas del Pueblo Argentino, que siente la pérdida irreparable de quien fuera símbolo excelso de sus más caros sentimientos. El fútbol argentino, esencia de ese Pueblo que él tan entrañablemente amó y al que llegó siempre con su noble y generoso apoyo, siente honda y profundamente su desaparición"[236]. La AFA, además, intentó postergar ese partido ante Alemania Democrática, previsto para el 3 de julio, sin conseguirlo.

Si bien el clima no daba para un recibimiento como el del Mundial de Suecia en 1958, el partido con Holanda fue un golpe duro. Dos meses antes, el 26 de mayo de 1974, en un amistoso en Rotterdam había ocurrido algo parecido. Al terminar aquel partido (4-1), el volante Carlos Squeo llegó a asegurar que "nunca más nos meten cuatro goles".

Por su parte, Enrique Wolff, una de las estrellas del equipo argentino y único jugador albiceleste que logró cruzar la mitad del campo con pelota dominada en los noventa minutos, admitió: "Fue

la única vez en mi vida que sentí impotencia en un campo. Nos pasaron por encima, literalmente. Nos dieron un baile increíble, una verdadera lección de fútbol”[237].

Roberto Perfumo, que ya había tenido la experiencia del Mundial de 1966, recordaba con resignación que “parecían tener más jugadores que nosotros. Estaban en todos lados”. Con los años, bromeaba acerca de que a muchos compañeros de su equipo “se les puede cantar aquel bolero de Armando Manzanero: ‘La otra tarde vi llover, vi gente correr, y no estabas tú’”.

Panzeri reflejó la goleada holandesa como nadie:

“Los holandeses son 13 millones. Tienen una gran parte de su territorio bajo el nivel del mar. Sus 34 mil kilómetros cuadrados de territorio son bañados constantemente por ríos e inundaciones marítimas. Los potreros deben existir allí en proporción que aquí una granja. Holanda, hasta hace poco tiempo, integraba el elenco de países “troncos” futbolísticamente hablando. Sin aprender ni estudiar de nadie, ahora tiene 856.515 jugadores de fútbol, con la más alta proporción numérica de los 16 países que disputan el Mundial. Un jugador de fútbol cada 15 habitantes [...] pero este fútbol holandés en el que todos suben, todos bajan, nadie es defensor de fondo, ni mediocampista, ni delantero, sino todos jugadores de ayuda recíproca, muestra en tal sentido la astucia de renunciar al esquema de atrofiados futbolísticos que ha adoptado el resto del mundo y nosotros, inventores de aquel desmarque que ahora encandila, hecho por los holandeses. No hubo partido. Hubo un equipo que se hizo de la pelota y ni aún en el segundo tiempo cuando pasó a jugar a media máquina, se la dejó tocar a su adversario argentino. El mejor comentarista del partido fue el arquero holandés. Intervino una sola vez en noventa minutos para detener una pelota enviada por un argentino a los diez minutos del segundo tiempo. Los goles pudieron ser seis, siete. No fue una superioridad. Fue peor: jugaron cuando ellos quisieron y no nos dejaron jugar ni cuando ellos no querían jugar.[238]”

La revista El Gráfico se preguntó con sus enviados especiales: "¿A qué jugamos? ¿Dónde estamos?". Héctor Vega Onesime escribió luego que "nunca se trató de jugar de una manera determinada. Siempre se salió a resolver un partido, no hubo una filosofía de juego. Hoy tenemos que sacar el partido, pongamos tipos que marquen. Mañana tenemos que ganar, que sean muchos delanteros. Siempre lo inmediato, nunca lo permanente. De allí viene la confusión. Para el gran fútbol de hoy y de mañana que insinuó Holanda, estamos a medio camino. Holanda está en las dos veredas: en la de los atletas y en la del fútbol".

Pero a confesión de parte, relevo de pruebas. Dos de los tres directores técnicos hicieron un balance, ante El Gráfico, sobre el Mundial que acababa de finalizar. Ya en Buenos Aires, uno de los tres DT, Víctor Rodríguez, también le dijo a El Gráfico: "Antes, cuando entrábamos a la cancha, nos gritaban que éramos animales, y ahora somos más simpáticos y agradables. En cuanto al fútbol en sí, creo que nuestras fallas no son solamente de técnica, sino de todo orden. Y en todos los niveles". Vladislao Cap llegó a decir que el balance de la Selección Argentina en el Mundial "no fue ni bueno, ni regular, ni malo"…

El fallecimiento de Perón y la eliminación del equipo argentino con un punto sobre seis posibles en la segunda fase del Mundial, en una mediocre actuación pese a que contaba con buenas figuras, dejó casi en el terreno de la anécdota el intento de incentivación de los jugadores albicelestes a sus colegas polacos. Argentina necesitaba de un triunfo polaco sobre Italia en la última fecha de la fase inicial de grupos, para poder ganarle a Haití por más de dos goles y pasar como segunda a la siguiente ronda, cosa que ocurriría finalmente.

"Bajo la consigna de que solo le daríamos algo si ganaban, juntamos 25 mil dólares y se los ofrecimos. Así como lo digo: los incentivamos poniendo el dinero de nuestros bolsillos y con el agravante de que si nosotros no ganábamos por tres goles de diferencia y ellos cumplían teníamos que poner la platita y, además, volvernos a casa. Y en esa época, poner mil dólares por cabeza era mucha plata", recuerda Wolff[239]. El ex volante Roberto Telch confirmó que "tuvimos que entregar la parte del premio que nos correspondía para que ellos ganaran. Fue todo tranquilo, normal y

no hubo ningún problema”. La AFA, en conocimiento del tema por sus delegados en el Mundial, una vez más se mantuvo al margen, como si todo tuviera que quedar en los eternos códigos de silencio y la vista gorda ante el accionar de los jugadores, las estrellas; como si no representaran a Argentina en ese torneo.

De nuevo un equipo argentino compuesto por excelentes jugadores, muchos de ellos de gran éxito en clubes del exterior (ahora sí convocados, a diferencia de Suecia 1958), no lograba destacarse por motivos extrafutbolísticos, en este caso el desorden administrativo, la falta de una buena preparación y el desconocimiento de los rivales. Argentina contaba con Ramón Heredia y Rubén Ayala (campeones intercontinentales con Atlético Madrid ese año), Héctor Yazalde (Botín de Oro de Europa con el Sporting Lisboa), Ángel Bargas (ídolo en el fútbol francés) y cracks como Miguel Brindisi, René Houseman, Roberto Telch o Mario Kempes. El equipo se mostró lento, sin un sistema táctico y hacía lo que podía. Aun así, llegó a complicar a los polacos en el final del primer partido, que acabó perdiendo 3-2.

En ese Mundial ocurrió un hecho de trascendencia internacional que marcaría a fuego el fútbol argentino en un futuro cercano. Para sorpresa de muchos, el dirigente brasileño João Havelange, en ese momento presidente de la Confederación Brasileña de Deportes (CBD) de su país, vencía en elecciones para presidente de la FIFA al mandatario vigente, el inglés sir Stanley Rous (62-56 en la primera votación y 68-52 en la segunda). Havelange llegaba a la FIFA con los votos del llamado Tercer Mundo, los representantes de África, Asia y América del Sur, con el que estrecharía lazos en los años siguientes.

De vuelta

Al regreso de Alemania 1974, y con la vuelta a los asuntos internos, Bracutto decidió darle prioridad al Mundial de Argentina de 1978, para lo cual también consideró fundamental designar a un director técnico que tuviera todas las posibilidades de trabajar y con tiempo para hacerlo. Conocía a la perfección a César Luis Menotti, un joven DT que no solo había logrado salir campeón con Huracán por primera vez en el profesionalismo en 1973, sino que además había conseguido que el equipo practicara un fútbol excelente, que al mismo tiempo significaba una vuelta a las fuentes del fútbol nacional, apelando a la técnica y a brindar grandes espectáculos.

El presidente de la AFA no dudó. Aconsejado por Lorenzo Miguel y otros influyentes dirigentes sindicales, contrató a Menotti desde el mismo 1974. El debut se produjo el 12 de octubre de ese año, en un partido amistoso ante España, que tuvo aires de lanzamiento del Mundial de 1978, con una fila de niños que mostraron cada uno un cartel con una letra que al juntar formaba el eslogan: “Bienvenidos a la Argentina potencia”. Era algo que utilizaba el gobierno peronista, aunque no había mucho que mostrar.

Las directivas para la contratación de un nuevo director técnico, con todas las experiencias pasadas y con la disposición de ganar por fin el Mundial en condición de local, lo que representaba una oportunidad inmejorable, eran las siguientes: 1) se designará como DT a un profesional argentino debidamente habilitado; 2) este será el único jefe y el responsable máximo para todas las cuestiones relacionadas con los respectivos seleccionados y sus integrantes; 3) nombrará a sus colaboradores directos; 4) situación contractual legalmente formalizada; 5) autoridades y DT confeccionarán calendario internacional anual; 6) el calendario internacional de los equipos nacionales tendrá preferencia con respecto de todos los demás compromisos de orden individual, ya sean nacionales o internacionales; 7) todo jugador debidamente designado y

convocado que, sin causa justificada, no concurra a cualquier citación dispuesta quedará inhabilitado para desempeñarse en su respectivo club; 8) jugadores elegidos a exclusivo criterio del DT; 9) dentro de las 24 horas subsiguientes a la disputa oficial de los partidos o finalización de viajes todos los clubs que tengan jugadores seleccionados por el DT deberán informar por escrito las lesiones que estos puedan haber sufrido; 10) a partir de la fecha de asunción del DT no se podrán contraer compromisos de índole alguna para los seleccionados nacionales sin previa y expresa aprobación del mismo[240].

Estas formas taxativas de establecer un cronograma de trabajo al mismo tiempo otorgaban al director técnico de la Selección Argentina un poder absoluto que jamás había tenido en la historia. Por primera vez, hasta los clubes y los torneos quedaban en segundo plano respecto de la Selección Nacional.

Es decir que, con vistas al Mundial de 1978, por fin la Selección tendría absoluta prioridad sobre los clubes y el DT gozaría de toda la autonomía necesaria para convocatorias o planes de organización y trabajo. Tampoco la propia AFA podría contraer compromisos de ninguna índole para seleccionados nacionales sin previa y expresa autorización del DT. Por lo tanto, la AFA cedía al DT todas las atribuciones por primera vez en la historia. Podía afectar a la economía de los clubes y parecía desequilibrada, pero acabó siendo positiva, máxime si se tiene en cuenta que gracias a la seriedad de la Selección Argentina y sus buenas actuaciones estos clubes acabaron vendiendo al exterior a muchas de sus figuras, producto del prestigio que dio el conjunto nacional.

El trabajo real de Menotti comenzó en 1975, con la convocatoria de distintos seleccionados y algunas complicaciones, como la oposición a citaciones especialmente de parte de River Plate, que peleaba por un título que no conseguía desde hacía 18 años. Eran requeridos cinco de sus titulares: Ubaldo Fillol, Daniel Passarella, Juan José López, Norberto Alonso y Leopoldo Luque.

La Selección Argentina no tuvo una buena actuación en una desdibujada Copa América que se jugó sin una sede fija, en un grupo que integró junto con Brasil y Venezuela. Pero los resultados del trabajo se vieron en poco tiempo más. Ya en mayo de 1975, un

equipo juvenil albiceleste ganó el tradicional torneo Esperanzas de Toulon, con algunas figuras emergentes que luego serían parte de la base del equipo que jugaría el Mundial de 1978.

Para el fútbol argentino no fue fácil atravesar 1975, un año con muchas manifestaciones de violencia, tal como ocurría en las calles de un país atestado de luchas intestinas, con guerrillas urbanas y rurales y la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) persiguiendo a personalidades de la cultura, la educación y la política. Esa situación de conflicto permanente también se vivía en las canchas, aunque Bracutto se debatía para mantener su poder en la AFA.

Los clubes estaban, como tantas otras veces, al borde de la cesación de pagos, por las crisis económicas que atravesaban, siempre por sus pésimas (y en muchos casos improvisadas) administraciones, pero también por la hiperinflación generada por las decisiones del ministro de Economía, Celestino Rodrigo.

El año 1975 quedará marcado como el de la tercera huelga de futbolistas. El conflicto comenzó muy pronto, en enero, cuando Futbolistas Argentinos Agremiados (FAA) pidió al Ministerio de Trabajo la modificación de algunos artículos del estatuto y especialmente el reconocimiento de los jugadores profesionales, sin importar si se trataba de mayores o menores de edad, y el derecho de los jugadores a defenderse ante el Tribunal de Disciplina de la AFA. FAA buscaba actualizar y adaptar el Convenio Colectivo de trabajo 141/73, porque ya habían transcurrido dos años de su firma, pero se había encontrado con el rechazo total de la AFA, artículo por artículo, si bien el propio Ministerio lo había aprobado.

El Torneo Metropolitano, en el que River se encaminaba al título tras 18 años de sequía, se jugaba pese al conflicto. No obstante, la tensión era cada vez mayor, al punto de llegar, justo en la definición del campeonato, a un paro de profesionales que se decidió el 12 de agosto de 1975, en la fecha en que River, por fin, sería campeón si vencía en su partido ante Argentinos Juniors.

En uno de los hechos insólitos de la historia y ante 55.000 espectadores que colmaron el estadio José Amalfitani, River se consagró campeón con un equipo integrado por juveniles, con un

gol del entonces ignoto Rubén Bruno.

Parecía que se llegaba a un acuerdo final entre FAA y una AFA que ya venía de otros conflictos con los sindicatos de árbitros, veedores y asistentes deportivos, cuando sobre 36 artículos la entidad madre del fútbol argentino aceptó 30. La presión se hizo insostenible para la firma del convenio. FAA solicitaba la intervención de la presidente “vista la ineptitud del Comité Ejecutivo de la AFA” y hasta reclamaba su intervención desde el Estado[241]. Bracutto también sintió esa presión desde el Ministerio de Trabajo. Su interlocutor, Cecilio Conditti, que había sido dirigente de Chacarita Juniors y presidente de la AFA en los años cincuenta, le pedía “una mayor colaboración”. Así las cosas, la AFA acabó cediendo otra vez y se terminó firmando el Convenio Colectivo de Trabajo 430/75. River volvió a jugar con los titulares, con los festejos del campeonato, en la última fecha del torneo.

Cerca de fin de año, el 15 de octubre de 1975, el Comité Ejecutivo de la AFA publicó una solicitada en los principales diarios: “Al fútbol del país: basta de violencia y desorden. Tan lamentables sucesos están infiriendo graves daños”, que también resultan “una muy sensible afrenta al alto sentir cívico y ciudadano de nuestro pueblo y al nivel cultural de la Nación argentina”.

Los días del fin de la democracia estaban por llegar, y el país se aprestaba a un nuevo golpe militar pasado el verano de 1976. Pocos se imaginaban lo que atravesaría la Argentina de allí en adelante: los años más tenebrosos de su historia. La AFA, como no podía ser de otro modo, buscaría acomodarse en tal situación, con un Mundial en casa a la vista.

7

La AFA y la dictadura (1976-1983)

El último golpe: hacia el Mundial

Los días del gobierno peronista de María Estela Martínez de Perón, que había enviudado el 1 de julio de 1974, comenzaban a acabarse para marzo de 1976, por más que varios políticos opositores reclamaban un adelantamiento de las elecciones para 1977 y otros ofrecían acompañar a la mandataria como vicepresidentes. El propósito era abarcar todo el arco político y hacer frente a la cada vez más influyente intromisión de las Fuerzas Armadas, que iban acomodándose en el poder so pretexto de que había que terminar con la "subversión marxista".

Solo faltaba saber el día y la hora exacta del golpe de Estado, con los medios anunciándolo en sus portadas. Mientras esto sucedía, una comisión de la Federación Internacional del Fútbol Asociado (FIFA) analizaba los avances de las obras con miras al Mundial de 1978, para el que Argentina había sido designada sede en 1966, pero poco y nada se había hecho y apenas quedaba algo más de dos años. No era de extrañar, entonces, que la comisión de la FIFA alertara acerca de que, a ese paso, el país corría riesgos de perderlo, lo que hubiera sido una nueva muestra de la desidia y la incapacidad dirigencial tantas veces presentes en la historia del fútbol nacional.

Los dirigentes del fútbol argentino, con el pelaje tan cambiante de acuerdo a los distintos momentos políticos a los que buscaban adaptarse, parecían no reparar en que, desde 1974, la FIFA venía observando con lupa todo lo que ocurría, en especial por el lado de uno de sus vicepresidentes, el poderosísimo Guillermo Cañedo, magnate de la empresa Televisa y a su vez vicepresidente de la Organización de Televisión Iberoamericana (OTI). A Cañedo no le disgustaba la idea de hacer aparecer a su país como alternativa en caso de que se cayera la posibilidad argentina.

Todo el trabajo de lo que hasta ese momento era la Comisión de Apoyo al Mundial 78 era muy lento, acorde con los tiempos de

crisis que se vivían y con enormes disputas internas en la política nacional y dentro de la propia estructura peronista. Esta comisión dependía del Ministerio de Bienestar Social, y entre sus integrantes se podían contar al entonces comisario inspector Domingo Tesone (que luego reemplazaría a Próspero Cónsoli en la presidencia de Argentinos Juniors), a Paulino Niembro (dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica —UOM—), al sindicalista Lorenzo Miguel (también dirigente metalúrgico y presidente de las llamadas 62 Organizaciones) y al capitán de navío Carlos Alberto Lacoste.

Pero todo cambiaría en pocos días. Con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, se pudo determinar muy claramente que los militares en el poder ya le habían asignado al fútbol un rol demasiado importante, mucho más político que deportivo. Lo necesitarían para tapar las atrocidades que iban a cometer, teniendo en cuenta que la ocasión de organizar un Mundial era única e irrepetible y, por otro lado, iba a servir para tratar de dar hacia el exterior una imagen de fiesta popular que no se relacionaría con la realidad.

El fútbol, además, iba a convertirse en una gran herramienta de control social en una época convulsiva y en la que tenían absolutamente preparado un plan orquestado por la oligarquía para endeudar al país y reducirlo a su rol de agroexportador. Por supuesto que también, y no era para menos, el Mundial generaba la posibilidad de un enorme botín y grandes negocios.

El 24 de marzo de 1976, el comunicado 23 de la Junta Militar, en la voz del locutor Juan Mentesana, informaba que “se ha exceptuado de la transmisión por Cadena Nacional de radio y televisión la propalación programada para el día de la fecha del partido de fútbol que sostendrán las selecciones nacionales de Argentina y Polonia”. La Selección Argentina, que ya conducía César Luis Menotti desde finales de 1974, se encontraba en una gira por Europa cuando, como les ocurrió a muchos equipos argentinos a lo largo de la historia, fue sorprendida por la noticia del golpe, a tantos kilómetros de distancia. Se encontraba en Chorzow, una ciudad industrial con 150.000 habitantes, para enfrentar a Polonia cuando el presidente de la delegación, el dirigente de Boca Juniors Pedro Orgambide, se enteró de la noticia en una comunicación

telefónica, en la que también le informaron que el equipo debía seguir jugando los partidos previstos, sin cambios. "Yo me enteré del golpe a través de Muñoz y él nos tranquilizó diciendo que por suerte no había desgracias personales ni derramamiento de sangre", recordó luego Orgambide. El dirigente se refería al relator radial José María Muñoz, que luego tuvo un papel relevante durante el Mundial de 1978, como una de las voces que más defendieron la realización del torneo y se embanderaron criticando lo que la dictadura llamó "la campaña antiargentina en el exterior", una campaña contra la realización del Mundial, llevada a cabo por organizaciones de derechos humanos y colectivos de argentinos y latinoamericanos en el exilio.

El equipo conducido por César Luis Menotti estaba a 10.000 kilómetros de donde ocurrían los violentos sucesos. El sábado 20 de marzo había derrotado a la Unión Soviética en Kiev y, además del partido del día 24, aún le restaban tres compromisos: ante Hungría, en Budapest, el sábado 27; frente a Hertha, en Berlín, el lunes 29, y contra Sevilla, en la ciudad andaluza, el miércoles 10 de abril. Algunos jugadores estaban preocupados por la información y jugaron el partido con gran angustia, debido a lo que sucedía en su país (incluso hubo quienes manifestaron sus deseos de regresar), pero salieron a la cancha y vencieron a su rival por 2-1 con goles de Héctor Scotta y René Orlando Houseman.

Sin embargo, el hecho de que el partido entre Polonia y Argentina se transmitiera por TV cortando la Cadena Nacional de continuas marchas militares no fue la única referencia al fútbol el día del golpe de Estado. También las tres fuerzas analizaron y se disputaron el botín del Mundial, y allí se dividieron aguas. Se decidió un cambio de timón en cuanto a la organización de la Copa del Mundo, a la que se le daría absoluta prioridad.

Jorge Rafael Videla, teniente general y erigido presidente por la Junta Militar, supo de boca del comandante en jefe de la Armada, almirante Emilio Eduardo Massera, que el Mundial "no costará más de 70 millones de dólares". Videla no se preocupó. "Aunque cueste cien, no hay problemas", manifestó. Acabó costando 520 millones a los argentinos.

La organización del Mundial marcó un duro enfrentamiento entre el

Ejército y la Marina, volcada a dirigir todo lo atinente al fútbol desde su “hombre fuerte” en el tema, Carlos Alberto Lacoste. Este ya había formado parte de la anterior comisión peronista y ahora aspiraba a mucho más. Con estudios en la Escuela Naval y el Colegio Nacional de Buenos Aires, estaba casado en primeras nupcias con una prima de Videla, y al enviudar se casó con una pariente del general Leopoldo Fortunato Galtieri, quien sería presidente de facto en 1982 durante la guerra de Malvinas.

Para la FIFA, todo había cambiado y apenas un día después del golpe ya se pronunciaba apoyando la realización del Mundial en Argentina, contrariamente a lo que había manifestado antes con sus duras críticas por la falta de avances. Mucho tenía que ver la amistad que habían trabado Lacoste y el brasileño presidente de la organización mundial del fútbol, João Havelange. No fue de extrañar, entonces, que el 25 de marzo el presidente de la Confederación Brasileña de Deportes (CBD), Heleno Núñez, adhiriera fervientemente a que el torneo se jugara en el país.

El 26 de marzo arribó a Buenos Aires una comisión de la FIFA para inspeccionar las obras del Mundial, encabezada por el alemán Hermann Neuberger, quien había formado parte de las ss en los tiempos de Hitler. “El cambio de gobierno no tiene nada que ver con el Mundial. Somos gente de fútbol y no políticos”, dijo entonces el dirigente alemán. Más claro aún fue el propio João Havelange, cuando el 28 de marzo afirmaba desde el exterior que “la Argentina está ahora más apta que nunca para organizar el Mundial”.

Como no podía ser de otra manera, la delegación de la FIFA fue recibida en Ezeiza por Lacoste. Las palabras de Havelange tenían mucho de diplomacia y algo de cierto. Lo real era que la FIFA, a partir de su gestión, intentó más que nunca apartarse del poder político de turno en cada país para concretar sus crecientes negocios sin intromisión estatal, que estaba prohibida por estatuto. La diplomacia se basaba en que, en verdad, Havelange no descartaba la posibilidad de que el Mundial se acabara realizando en Brasil, debido al cuestionamiento que en los foros internacionales dirigían los países europeos en relación con la delicada situación en cuanto a los derechos humanos en Argentina, con campos de detención y tortura incluidos[242].

Qué hacer con la AFA y los negocios del Mundial

Claro que las Fuerzas Armadas tenían otra preocupación, aunque menor, con respecto al fútbol: qué hacer con la AFA. Así fue que Lacoste mandó a llamar al presidente de Boca Juniors, Alberto J. Armando, uno de los más accesibles en cuanto a la relación con los militares, para que le pidiera la renuncia al entonces titular del organismo futbolístico nacional, David Bracutto, quien estaba desde los tiempos peronistas. Sin embargo, se encontró con el rechazo del presidente de la AFA, y para terminar con cualquier duda la dictadura entonces procedió a bloquear todas las cuentas de la entidad futbolística en el Banco Central. Esto motivó la salida del dirigente de Huracán, que dejó el cargo acéfalo.

Lacoste se había cargado a Bracutto y ahora iba por el control de la AFA, aunque el propósito era hacerlo a distancia y colocar allí a alguien que, en lo posible, no molestara demasiado. El objetivo central de la dictadura con el fútbol era claramente el Mundial, que bajo ningún punto de vista podía quedar en manos de la dirigencia futbolística.

El 31 de marzo de 1976, la AFA se quedó sin dirigentes. A tal punto fue así, que durante casi un mes la condujo su gerente, Ernesto Alfredo Wiedrich. No hizo falta intervenirla, porque el 3 de mayo la Asamblea designó a Alfredo Cantilo, de 52 años, abogado, que había trabajado en el Tribunal de Faltas de la Ciudad de Buenos Aires e integraba el directorio de la Papelera Hispanoamericana. Cantilo era hincha de Vélez y, asimismo, socio del Club Universitario de Buenos Aires (cuba), del Jockey Club y del Ocean Club de Mar del Plata. Había sido presidente del Colegio de Árbitros entre 1969 y 1970, durante la presidencia en AFA de Oneto Gaona. Desde 1971 a 1973, había sido miembro de la Comisión de Asuntos Internacionales. Fue recomendado a Lacoste por Julio Juan Bardi, ministro de Bienestar Social de la dictadura, que luego sería presidente de la Bolsa de Comercio.

De los 36 asambleístas presentes en la votación, Cantilo había obtenido 34, con un voto en blanco y otro anulado. Oficialmente, no hubo acuerdo en la Asamblea anterior del 26 de abril, una semana antes, y por eso hubo que pasar a un cuarto intermedio hasta el 3 de mayo. El mandato de Cantilo vencía el 15 de abril de 1979, porque era cuando hubiese terminado la presidencia de Bracutto.

La designación de Cantilo no había sido para nada casual. Tal como había ocurrido el mismo día del golpe con la organización del Mundial, la Marina y el Ejército también se habían enfrentado por la AFA (en realidad, era un combo AFA-Mundial), y la segunda se había impuesto por tener a Lacoste ya metido en las estructuras, amplio conocedor del tema. Fue Lacoste el que "indujo" a los dirigentes del fútbol para la designación[243]. El sistema de votación consistía en que cada votante recibía un papelito con la orden de los nombres a quienes tenía que votar, "y todos lo copiaban de puño y letra para no equivocarse y no quedar mal con Lacoste", contaba uno de los periodistas con más trayectoria en la cobertura de la AFA, José María Suárez, "Walter Clos"[244].

La falta de acuerdo para elegir nuevo presidente de la AFA en la primera Asamblea se debió a que quien había picado en punta para esa función era el doctor Gregorio Trimarco, hermano de Domingo, general que llegó a gobernar Neuquén, pero a minutos de la votación final sonó un llamado de Lacoste y todo cambió en el acto.

Se trataba, entonces, de una intervención de la dictadura militar a la AFA, pero con una fachada "democrática" para no tener ningún problema con la FIFA ni con el frente externo que, llegado el Mundial, podía criticar con dureza la situación. El 6 de julio de 1976, la Junta Militar declaró "de Interés Nacional" el Mundial 78. Tampoco era casual: la poderosísima empresa West Nally, cliente de la FIFA, con sede en Londres y representante de Coca Cola, Seiko, Adidas, Gilette, Cannon, jvc, Metaxa, Fuji Film y Reynolds, necesitaba ver una cara "democrática" en el fútbol, aunque muchas de estas empresas tardarían bastante en reaccionar ante futuros escándalos en negociados de la propia FIFA.

Diferente fue la situación en la Confederación Argentina de Deportes (CAD). Allí fue designado interventor Miguel Ángel Bruno,

allegado al general Reynaldo Bignone. En el Comité Olímpico Argentino (COA), el régimen puso una trampa para derrocar al tirador peronista Pablo Cagnasso. Lo reemplazó el coronel Antonio Rodríguez por casi tres décadas.

Acaso conociendo la situación de la CAD y del COA pueda entenderse definitivamente por qué la AFA no fue intervenida oficialmente: por una simple necesidad. Tal es así, que en julio de 1976 la dictadura reemplazó la Comisión de Apoyo al Mundial 78 por el llamado Ente Autárquico Mundial 78 (EAM 78), que debía comenzar a funcionar el 25 de agosto. La anterior Comisión de Apoyo había sido designada el 12 de mayo de 1974, por orden del entonces ministro de Bienestar Social, José López Rega, y ya era claro que lo que más parecía importar era el botín y los grandes negocios que se podían realzar. Se incluía una cláusula de sospechosa oportunidad, pues faltaban cuatro años para el Mundial. Decía: “Exceptúanse por un plazo de 90 días a partir de la firma del presente, de las disposiciones establecidas por el decreto 5720/72, Régimen de las Contrataciones del Estado, las compras que en función de los considerandos del presente deban realizarse, autorizándose a la Comisión la concentración de compras directas cualquiera fuera su monto”. También desde esa época ya se habían designado las subsedes del Mundial luego de una enorme lucha de intereses: Rosario, Mar del Plata, Córdoba y Mendoza, que se sumaban a la infaltable Buenos Aires.

Solo un miembro de aquella Comisión siguió formando parte del nuevo EAM 78: Carlos Alberto Lacoste. El logo del Mundial se mantuvo, aunque se fue modificando en sus formas para que no pareciera lo que originalmente era: los brazos del típico saludo de Perón a las masas, idea del gobierno civil previo al golpe de Estado, fueron derivando hacia unos trazos más curvos, siempre en celeste y blanco, los colores argentinos.

Para la presidencia del EAM 78, el Ejército había colado al general Omar Actis, ingeniero militar y ex futbolista, de inclinaciones nacionalistas, que había sido interventor en Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). En la vicepresidencia quedaba, cómo no, el propio Lacoste, quien también había sido designado como titular del Banco Hipotecario Nacional y de la Secretaría para la Vivienda,

funciones que mantuvo hasta 1978. La AFA había generado una comisión propia, que se suponía que era para asesorar y compartir decisiones con el EAM 78, pero no tendría ningún peso y, tal como Cantilo en la presidencia de la entidad del fútbol, solo serviría para convalidar lo hecho por Lacoste.

La composición de esta Comisión era la siguiente: presidente, Martín Noel; vicepresidente, Santiago Saccol; secretario, Rodolfo Regirozzi; prosecretario, Mario Roldán; tesorero, Elías Meta; protesorero, arquitecto Luis Donato; secretario de Subsedes, Jorge Propato; secretario de Relaciones, Carlos Cúneo (el padre del abogado Mariano Cúneo Libarona), y asesor general, ingeniero Juan José Russo.

La convivencia de los pocos días que duraron juntos en el armado del EAM 78 se redujo a una frase emitida por Actis a Lacoste: “Vea, mientras yo sea el presidente del EAM 78, usted no aparezca más por aquí. No quiero verlo hasta que termine el Mundial”[245]. De todos modos, no hizo falta. El 19 de agosto de 1976, Actis fue asesinado cuando se dirigía a la oficina del EAM 78, y alrededor de su cadáver aparecieron boletas con inscripciones de la organización armada Montoneros.

Eugenio Méndez, investigador y especialista en esta temática, escribió un libro con el sugestivo título Almirante Lacoste, ¿quién mató al general Actis?, en el que da cuenta de que la metodología de Montoneros no incluía rodear de boletas a los cadáveres, sumado a que al velatorio de Actis no concurrieron ni Emilio Eduardo Massera, comandante en jefe de la Armada y miembro de la junta gobernante, ni Lacoste.

Por su parte, el Comando General del Ejército informó que había sido obra de “delincuentes subversivos”, y el propio presidente Videla habló por la noche en Cadena Nacional para condenar el asesinato, aunque sin dar referencias concretas sobre su origen. Fueron apareciendo otras hipótesis que señalaban a Lacoste como ideólogo, debido a los problemas que generaba Actis al oponerse a algunos planes para el Mundial.

El EAM 78 siguió su camino y Actis fue reemplazado por el general Antonio Merlo, que sería más tarde gobernador de Tucumán de la

dictadura entre 1980 y 1982, aunque no alcanzaría a tener peso en la organización mundialista, siempre al comando de Lacoste. Merlo llegó a decir que el Mundial "no le costó ni un peso a los argentinos"[246], pero eso estuvo lejos de ser cierto. Se hablaba con euforia de la posible llegada de sesenta mil turistas (acabaron siendo solo 3.500). El Mundial terminaría costando 520 millones de dólares, más del triple de caro que el de España en 1982, cuatro años más tarde (que costó 150 millones de dólares).

Juan Alemann, hombre de confianza del superministro de Economía de la dictadura, José Alfredo Martínez de Hoz, miembro de la llamada "Patria financiera" y secretario de Hacienda, fue uno de los detractores del Mundial, basado en el exceso de gastos que ocasionaría el certamen. También estuvo entre quienes dieron a conocer los datos de los costos de la organización, a los que sumó otros cien millones para levantar el canal Argentina Televisora Color (ATC), que era otra de las exigencias de la FIFA, para que se emitiera el Mundial para TV color a todo el mundo, cuando en Argentina aún la señal llegaba en blanco y negro[247].

Alemann solía decir que con el 20% de esos gastos "se podía haber hecho lo mismo"[248]. Por eso parece demasiada casualidad que el 21 de junio de 1978, justo en el momento en que Leopoldo Luque convertía el cuarto gol para la Selección Argentina frente a Perú en Rosario, por la segunda fase del Mundial, con el que podía acceder a la final, explotaba 1,5 kilo de trotyl en la calle Amenábar 1036 del barrio de Belgrano, en Buenos Aires, el domicilio de Alemann, cerca de la comisaría 33 de la Policía Federal. A kilómetros de allí, en el Gigante de Arroyito, el jefe del Estado Mayor y luego presidente argentino Roberto Viola y el comandante del II Cuerpo del Ejército y también luego presidente Leopoldo Fortunato Galtieri festejaban el gol en el Palco de Honor junto al "ilustre" visitante Henri Kissinger, vinculado a varios golpes de Estado en el continente americano.

Si Alemann era crítico del Mundial, más aún lo fue el periodista Dante Panzeri, quien no llegó a vivirlo porque falleció un mes y medio antes, el 14 de abril de 1978. Sin embargo, llegó a escribir que "todos los orígenes doméstico-infantiles de nuestros acostumbramientos a vivir afanándonos a nosotros mismos

determinan que queramos hacer el Mundial 78 aún a sabiendas de que nos va a ir muy mal, especialmente si lo ganamos. Porque lo vamos a ganar al estilo del Martín Fierro y el Viejo Vizcacha. O de Bairoletto y el Pibe Cabeza, delincuentes comunes con los que ya tenemos fabricado el mito de la delincuencia bondadosa, que también apoya el acostumbramiento nacional a afanarnos a nosotros mismos”[249].

José María Suárez llegó a contar que Panzeri fue invitado a cenar a la casa de Lacoste para discutir sobre su posición acerca de que Argentina no debía organizar el Mundial, todo lo contrario a lo que sostenía el marino. El periodista concurrió con carpetas que comenzó a abrir en la comida. Si bien Lacoste no parecía prestar mayor atención, su esposa pareció convencida de las explicaciones[250].

Panzeri decía también que el Mundial de 1978 era, “a partir de 1974, el nuevo pretexto abierto como derecho ‘del fútbol’ a seguir saqueando las arcas públicas. En nombre de esa ‘prioridad nacional’ (¿?) ahora es coaccionado el Estado a remodelar estadios por valores que en sus escalas más modestas superan los 5.000 millones de pesos viejos; o a cubrir pérdidas de campeonatos nacionales del orden de los 1.400 millones”[251].

También sostenía que el Mundial de 1978 “no se debiera realizar en Argentina por las mismas razones que un tipo que no tiene guita para ponerle nafta a un Ford T no debe comprarse un Torino. Si lo hace, es porque a alguien está robando”. Pero el mayor detractor periodístico del torneo no llegó a presenciarlo; como ya se dijo, fallecería un mes y medio antes[252].

Ya con vía libre para obrar de acuerdo con sus intereses, Lacoste tuvo todo el poder, con la presidencia nominal a cargo del general Merlo, que no tenía peso, y mucho menos la AFA, relegada a un papel secundario de una asesoría que no existía y con dirigentes cuyas flacas ideas o sugerencias se escuchaban con un oído y se expulsaban por el otro. Era claro: Lacoste no quería intromisiones de ningún tipo por parte del fútbol en un asunto delicado como el Mundial, que estaría a la vista de todo el mundo, y en el que la dictadura se jugaba la imagen, ya de por sí complicada de montar.

En este sentido, los militares y sus adláteres no olvidaban la experiencia de la dictadura anterior con los dirigentes del fútbol, que terminó en una eliminación de un Mundial (México 1970) y en el desquicio de la economía alrededor de la industria. Esa situación sería absolutamente irrepetible. Por lo tanto, el deseo y, en todo caso, la orden subyacente era que la AFA se dedicara a organizar sus torneos, que se dedicara a la cuestión del fútbol doméstico, con algún punto de contacto con la Selección Nacional, pero que dejara el Mundial en manos de la dictadura.

Por esas mismas cuestiones de imagen, el EAM 78 pagó 500.000 dólares a la agencia Burson Masteller & Asociados para tratar de mejorarla. El informe de esta empresa llevaba como título: “Lo que es cierto para los productos es cierto para los países”.

De todos modos, comenzaron a aparecer cosas extrañas. En la creación del EAM 78 se decía, por ejemplo, que el logotipo oficial (el Gauchito, vestido con la camiseta celeste y blanca) “es propiedad del Estado argentino”. Pero pocos meses después apareció el decreto 1820 que decía que el logo del Gauchito pertenecía al Estado argentino, “pero sin que ello implique desconocimiento de la participación porcentual que se conviniere con la FIFA”. Lacoste había sido obligado a viajar a Londres para ceder parte de esos derechos publicitarios a la empresa West Nally, y Havelange recibía la condecoración con la Orden de Mérito del Libertador General San Martín.

La dirigencia del fútbol conocía muchos de estos negociados y acuerdos poco claros, pero en verdad no tenía ni voz ni voto. Ni siquiera había podido hacer algo para cambiar los destinos de los fondos del PRODE. Con la dictadura, solo el 40% de los fondos irían al pozo de la jugada siguiente, y el 60%, al Estado, y desde allí se decidían los fondos para la AFA como “retribución por ser los dueños de los resultados”.

El balance arrojaba en 1978 un superávit de 48.967.972 pesos y a la tesorería de la AFA ingresaba por derechos de televisión la módica suma de 3.903.800. El PRODE recaudaba casi siete veces más (21.277.352). Hoy esa relación se invirtió a favor de la TV por una diferencia escandalosa, y aquellas cifras parecen de la prehistoria.

A tal punto la AFA tenía poco peso, que el entonces presidente de Ferrocarril Oeste, el odontólogo Santiago Leyden, pasaba a ser el representante ante la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol), reemplazando a Salvador Zucotti, dirigente de Chacarita Juniors y peronista, que debió soportar la persecución en toda regla de Lacoste hasta perder su lugar. La FIFA también designó a Cantilo para integrar la Comisión Técnica.

De cualquier modo, los directivos del fútbol se las irían arreglando para no perder la costumbre y seguir con los desaguisados habituales ante la falta de reacción y preparación: se renunciaba a la participación de una Selección Argentina en el torneo juvenil Esperanzas de Toulon, Francia, “porque los jugadores se negaron a actuar a partir de rechazar los premios otorgados por la AFA”[253].No solo era uno de los más prestigiosos del mundo, sino que además Argentina había sido la anterior campeona en 1975.

También el Comité Ejecutivo de la AFA declinaba de la participación, una vez más, en los Juegos Olímpicos, en este caso los de Montreal, en sustitución de la Selección Uruguaya, debido a que “se había cancelado la provisión de plazas (pasajes, alojamientos) por haber quedado fuera de la fase clasificatoria”, una explicación absurda, pero coherente con el pasado[254]. Ese equipo argentino había quedado tercero, eliminado por Brasil y Uruguay en Recife, a donde asistió con la Reserva de Newell’s Old Boys, que había ganado recientemente el campeonato de la categoría, al argumentar el director técnico de la Selección mayor, César Luis Menotti, que no había tenido tiempo de armarla. Algunos de los jugadores que participaron fueron Marcelo Bielsa, Roque Alfaro, Américo Gallego y Ricardo Giusti, dirigidos por Jorge Bernardo Griffa.

El frente interno

A Lacoste no le interesaba demasiado lo que la AFA podía realizar en sus asuntos internos, como la organización de campeonatos, por ejemplo. Para 1976, otra vez la casa del fútbol decidió cambiar el sistema de disputa de los torneos. Si bien mantuvo la estructura general de los dos anuales, Metropolitano y Nacional, alteró el formato del primero de ellos con dos zonas, de las cuales los primeros pasarían a una ronda final para decidir el campeón, y los últimos de cada zona irían al torneo para determinar un descenso a la Primera B.

Boca Juniors se aprovechó de esta situación; apuntó todo a la fase final, aun habiendo tenido una campaña nada destacada en la primera fase. Mientras que Huracán, que había sido el mejor equipo en toda la primera fase, no pudo ratificarlo en el final. Boca se coronó bicampeón un año después de que lo hiciera River Plate, al que le ganó en la única final superclásica de la historia, en la cancha de Racing Club.

Cantilo buscaba bajar la cantidad de equipos de Primera, por lo que si en 1977 participaron 23 equipos en el Metro, se dispuso tres descensos a la Primera B y un ascenso. En 1978, hubo 21 equipos en la A, con cuatro descensos y un ascenso para llegar a 18 equipos en el Metropolitano de 1979. En el Nacional de 1976, jugaron los 23 equipos de la A, seis del interior clasificados directamente por plazas fijas y cuatro de las clasificaciones de los regionales.

Cantilo siguió en este punto, entonces, la misma idea que antes Ramos Ruiz. Pero otra vez apareció la resistencia de muchos clubes (especialmente los chicos), y con la excusa de que el Mundial hacía complicados los cambios se acabó votando que en 1978 bajaran dos en vez de cuatro, a lo que se opusieron tanto Cantilo como Boca y River, pero salió votado por mayoría. Descendieron Banfield y Estudiantes de Buenos Aires y se salvaron Chacarita y Platense, a los que les hubiera tocado también.

Otro hecho interesante en el que hizo hincapié Cantilo fue tratar de apuntalar de nuevo el torneo local, por lo que los clubes debían utilizar jugadores profesionales para no denigrar el campeonato y dedicarse a jugar otros, como la Copa Libertadores. El 15 de febrero de 1978, el Comité Ejecutivo agregó entonces un artículo por el cual los clubes debían presentar una lista de veinte jugadores de los que debían utilizar no menos de ocho en los partidos del torneo oficial.

Al poco tiempo de comenzar el Campeonato Metropolitano, el 17 de mayo de 1976 la dictadura tuvo su primera muerte en las canchas. Estudiantes y Huracán jugaban en La Plata y en la tribuna visitante apareció un cartel de Montoneros. En medio de la batahola, cayó muerto de un balazo Gregorio Noya, que estaba en la platea acompañado de su hijo pequeño[255].

También parecían vaciarse las canchas de público, porque el 13 de abril, a pocas horas de disputarse el clásico Boca-River en la Bombonera, todavía seguían sin venderse 20.000 entradas. Un hecho que resultaría increíble hoy.

Fue durante la dictadura cuando las barras bravas se asentaron alrededor del negocio del fútbol argentino. De hecho, tuvieron una reunión con un enviado de Lacoste —¿cuándo no?— para que guardaran compostura durante el Mundial con el argumento de "salvaguardar la imagen argentina en el exterior". Claro que no se dice cuánto costó ese pedido.

Lacoste tenía el control total sobre el fútbol doméstico nacional, aunque le interesaba mucho menos y apenas formaba parte del entramado general. La mayoría de los directivos de los clubes le temían y, por otra parte, sabían que no tenían otra salida que aceptar sus "sugerencias". Apenas Cantilo tenía ciertas discusiones con él sobre algunos temas particulares; uno de ellos era el devenir de la Selección, que se preparaba para el Mundial con un intenso trabajo llevado a cabo por Menotti y su colaborador en lo organizativo, Rodolfo Kralj, a los que el presidente de la AFA respaldaba.

Entre esos directivos se encontraban, entre otros, Alberto J. Armando, veterano presidente de Boca y simpatizante de las causas

militares; Rafael Aragón Cabrera, presidente de River Plate y con el que la AFA tendría algunos choques importantes, como cuando mediante su director técnico Ángel Labruna negó a la Selección tres de los cinco convocados (Ubaldo Fillol, Juan José López y Norberto Alonso); Julio Grondona, de Independiente, al que más tarde respaldaría para suceder a Cantilo en la AFA y que desde 1977 sería el ascendente secretario de Finanzas y Hacienda; el coronel Fernando de Baldrich, titular de San Lorenzo de Almagro y vicepresidente de la AFA, responsable de un intento de levantamiento contra Lanusse en 1971 y discípulo de Jordán Bruno Genta, un ideólogo derechista. También emergió un ignoto personaje que cobró triste fama años más tarde: Francisco Ríos Seoane, que oficiaba como enlace con la delegación de España mientras presidía Deportivo Español, que jugaba en la Primera C. Y hasta Próspero Consoli, comisario sastre del Ejército y que respondía a otro integrante de la cúpula militar, el general Carlos Guillermo "Pajarito" Suárez Mason, ex jefe del I Cuerpo del Ejército[256].

En Santa Fe, por referirnos a clubes de provincias que formaban parte activa de los torneos de AFA, también la dirigencia tenía estrechos vínculos con la dictadura y los hacía pesar. Julio Alberto Candioti fue candidato a presidente de Colón y llegó a tener mucho peso en la AFA. Se lo llegó a vincular con desapariciones forzadas de personas como uno de los 400 integrantes del Batallón 601; a su vez era tanto militar como miembro de Inteligencia. En Buenos Aires, participó de tres centros clandestinos de detención: Brigada San Justo, Pozo de Banfield y La Cacha. Figuraba en las planillas como a cargo de esos centros. Era reconocido como el hombre fuerte de Santa Fe en la AFA y llegó a ser de consulta de Grondona más adelante al participar en la liberación de su hijo Humbertito en un secuestro extorsivo (previo al golpe). Candioti se hizo socio de Colón en junio de 1976 luego del golpe[257]. Prófugo, fue detenido en 2013 en Montevideo. Había sido tesorero de la AFA e integrante del "Circuito Camps". Se lo buscaba por una causa de lesa humanidad bonaerense.

Colón también albergó el caso del ex arquero Edgardo "Gato" Andrada, quien pertenecía al destacamento de inteligencia 122. Hubo determinados movimientos que no fueron casuales. Los

compañeros de Andrada decían que vivía armado. Siendo un arquero muy reconocido en Brasil, extrañamente firmó contrato con Colón en 1976 "cuando podía haber ido a Boca si quería", según el periodista Nicolás Lovaisa, que investigó la relación entre los clubes santafesinos con la dictadura. Justamente Colón estaba dentro del área en que él se desempeñaba, el destacamento 122[258].

Alcides López Aufranc, quien fue jefe del Ejército, represor en el Cordobazo y sucesor de José Alfredo Martínez de Hoz en ACINDAR, donde había sido represor antes del golpe de Estado, fue gran protagonista de Unión en esos años de plomo. Tuvo mucha influencia en la reafiliación del club "Tatengue". López Aufranc, también garantista de la tranquilidad en el paso de la dictadura de Lanusse al gobierno de Cámpora en 1973, estuvo en Argelia recibiendo cursos sobre cómo torturar gente a través de la escuela francesa.

Unión se desafilió de la AFA en 1970 cuando descendió a la Primera B. Luego de dos años, intentó reafiliarse, pero los clubes de la Primera B se opusieron y querían que jugara ligas santafesinas y que pasara a Primera C. Sin embargo, el sobrino de López Aufranc, que era socio e hincha de Unión, consiguió que el club le pidiera intervención a su tío, quien directamente le ordenó a la AFA y al entonces interventor Raúl D'Onofrio la restitución a la Primera A. Fue tan burda la maniobra, que de esta forma la B quedó con 19 participantes sobre los 20 originales[259].

Prácticamente cada club tenía referentes "potables" para Lacoste, aunque su preocupación fuera otra: el Mundial de 1978 y la Selección Argentina.

Racing Club, que ya entraba en una importante crisis, se salvaba del descenso por los pelos y San Telmo acabaría yéndose a la Primera B.

El “Proceso”

El 1 de setiembre de 1977, por la resolución 309, se prohibía la transferencia de 66 jugadores argentinos menores de 28 años a clubes del exterior. Sin embargo, una de las figuras del momento, que ya había sido negado por River en las primeras convocatorias, Alonso, era traspasado al Olympique de Marsella, lo que parecía cerrarle definitivamente las puertas de jugar el Mundial, perdida su chance en Alemania Federal en 1974. Esa lista de 66 jugadores había sido confeccionada por el propio Menotti, que acaparaba un poder como nunca antes había tenido ningún seleccionador argentino. El director técnico hacía llamar a su ciclo como “Proceso”, casualmente como el también autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional”, eufemismo con el que se hizo llamar la dictadura militar entre 1976 y 1983.

Pero había más: el interventor en las radios Splendid y Excelsior, vicecomodoro Jorge Pedrerol, transmitió órdenes superiores y prohibió en esas emisoras “cualquier comentario adverso” a la Selección y a su director técnico. No se podía hablar en contra de esta etapa de la Selección Argentina en los medios. El texto de Pedrerol fue enviado a todos sus programadores: “En consideración al espíritu patriótico que debe guiar a todos los argentinos ante el mundo, durante los próximos días y hasta la finalización del Campeonato Mundial de Fútbol 78, fíjase como pauta oficial de las emisoras al respecto la abstención absoluta de comentarios adversos a nuestra Selección en forma particular o general, en todos los programas de las mismas, sin excepción”.

Por si faltara poco para la expectativa que había generado el Mundial, el 20 de octubre de 1976 se producía el debut de Diego Armando Maradona en Primera División, aún con 15 años (hasta 2003, el debut más joven de la historia del fútbol argentino) ante Talleres de Córdoba por el Torneo Nacional. Maradona, genio del fútbol hasta llegar a ser comparado con Pelé o Johan Cruyff,

deslumbraba en cada partido, y aunque el fútbol argentino estaba poblado de números diez de alta clase, el joven de Argentinos Juniors lo sobrepasaba todo y parecía tener destino claro en el equipo de Menotti para el Mundial de 1978, al que llegaría con poco menos de 18 años. Jugando para Argentinos Juniors, despertaba el interés de hinchas de otros clubes, y hasta Suárez Mason lo seguía por todas las canchas utilizando el avión de YPF.

Sin embargo, Maradona quedó relegado de jugar el Mundial en el corte final de tres jugadores, junto a Víctor Bottaniz (Unión de Santa Fe) y Humberto Bravo (Talleres de Córdoba), en una de las tantas medidas polémicas de Menotti, quien se decidió por otros en la misma posición: José Daniel Valencia (Talleres de Córdoba), Ricardo Julio Villa (Racing Club) y, en el final y para sorpresa de muchos, Norberto Alonso, recién regresado del fútbol francés, aunque más tarde se supo que fue por imposición de Lacoste, confeso hincha de River y de gran incidencia en el devenir del club.

Maradona debutó en la Selección Argentina en febrero de 1977 ante Hungría en la cancha de Boca, pero era aún una pieza de recambio entre tantos cracks que se iban mostrando en una importante cantidad de partidos amistosos que el equipo de Menotti jugó como preparación, al fin coherente, en la Bombonera, y ante los rivales más duros. No hay registros de una preparación igual; la dirigencia de los clubes no tuvo casi nada que ver.

Resaltaba, además de lo deportivo, en lo que la Selección Argentina ya demostraba competitividad ganando o perdiendo, un hecho de importancia como mensaje: la renuncia a seguir formando parte del equipo nada menos que de su capitán, el lateral izquierdo de Huracán, Jorge Carrascosa, en cuyo último partido, un amistoso ante Alemania Democrática, justamente convirtió un gol. Hubo (y sigue habiendo) muchas conjeturas al respecto, porque el ex jugador, de perfil bajo, se mantuvo siempre en silencio sobre el particular. Hay quienes se atrevieron a arriesgar diferentes motivos, si bien el más cercano parece estar emparentado con su desacuerdo con formar parte de un instrumento que legitimara a la dictadura militar[260].

Ya en la cercanía del Mundial, y mientras la dictadura torturaba y desaparecía a miles de argentinos, los focos sobre el fútbol

internacional fueron cada vez mayores. El torneo serviría para intentar legitimar hacia el exterior una situación aberrante, pero la sociedad argentina parecía adormecida y hasta sobreestimulada con la posibilidad de un gran torneo, tan esperado, en su propio suelo.

En la concentración de José C. Paz, Menotti usaba el walkie talkie para comunicarse con sus colaboradores, mientras que una foto de la revista El Gráfico lo mostraba con una pistola en su mesita de luz.

Pese a su gran trabajo organizativo, Menotti también estaba enfrascado en un debate con el veterano Juan Carlos Lorenzo, con el que Boca Juniors había forjado un imperio. El Boca de Lorenzo ganó el bicampeonato argentino en 1976, proyectándose a la Copa Libertadores de América de 1977 y luego a la de 1978. Estaba a punto de ganar el Torneo Metropolitano de ese año y la Copa Intercontinental, y llegó a la tercera final de la Libertadores en 1979. Hasta pocos meses antes del Mundial, un sector de la prensa hizo campaña para imponer al "Toto" Lorenzo y hasta varios jugadores de ese Boca comentaban por lo bajo a sus allegados que se veían jugando el Mundial en poco tiempo, aunque acabó ocurriendo que la Selección Argentina ganó el Mundial sin ningún jugador de Boca. Apenas Alberto Tarantini formó parte de ese ciclo, pero era jugador libre cuando se disputó el torneo. Esta situación era parte de los eternos caprichos de todos los directores técnicos de los distintos equipos argentinos, con unas ideas y con otras diferentes. Esto se mantendría inalterable, como una coherencia de lo incoherente.

Mimetizado con los tiempos, Menotti, quien por entonces tenía 39 años, se sintió tal vez con la suma de los poderes, como nunca antes se había sentido otro en su situación, hasta hacerse llamar "Schön Menotti", en referencia al director técnico campeón del mundo con Alemania Federal cuatro años antes, que volvía a dirigir al mismo equipo para el Mundial 78. "Yo le decía: 'César, los militares te están usando'. Pero él me respondía que no había problemas, que los tenía controlados", contó antes de morir João Saldanha, miembro histórico del Partido Comunista Brasileño, que se alejó de la conducción técnica de la Selección de su país poco antes de la gloria del Mundial de México 70, cuando allí mandaba la dictadura

del general Emilio Garrastazu Médici.

No solo Maradona quedó fuera del equipo nacional, en una decisión que se discute hasta hoy, sino también otros cracks, como Ricardo Bochini, Marcelo Trobbiani (que habían formado parte del ciclo), Miguel Brindisi (viejo conocido de Menotti de su Huracán de 1973), Carlos Bianchi (gran goleador que jugaba en el fútbol francés), Osvaldo Piazza y Enrique Wolff, todas grandes figuras en el exterior. No había explicación clara para estas determinaciones, como tampoco para algunos convocados, como Luis Galván o Jorge Olguín, especialmente en la posición de lateral derecho, cuando se destacaba como marcador central (en este lugar, sería luego campeón de América con Argentinos Juniors siete años más tarde).

El 25 de enero de 1978, cuando ya comenzaba a palpitarse de cerca el Mundial, se produjo un hecho que marcó a fuego no solo a dos equipos, sino incluso a las estructuras mismas del fútbol argentino: por la final del Torneo Nacional de 1977, pospuesta porque ya era normal que los directivos no cumplieran correctamente con el calendario previsto, Independiente logró una gran hazaña en Córdoba al empatar 2-2 ante Talleres, cuando solo contaba con ocho jugadores contra once de los locales y caía 2-1 en lo que parecía —lógicamente— irremediable.

Nunca un equipo indirectamente afiliado a la AFA había estado tan cerca de obtener un campeonato oficial de Primera División. Habían empatado 1-1 en Avellaneda en la ida; cada gol de visitante se computaba doble. Ambos equipos contaban con grandes figuras y aportaban importantes jugadores a la Selección Nacional. Los dos enfrentamientos fueron muy calientes, pero en especial el segundo y decisivo en el Barrio Jardín de Córdoba. Independiente se había puesto en ventaja, pero al cuarto de hora del segundo tiempo el árbitro Roberto Barreiro concedió un dudoso penal a los locales, que empataron, y luego convalidó un gol con la mano, protestado airadamente por varios jugadores “rojos”. Por eso fueron expulsados tres jugadores clave: Enzo Trossero, Rubén Galván y Omar Larrosa, con lo que todo parecía terminado. La figura máxima de Independiente, Ricardo Bochini, le pidió a su director técnico, José Omar Pastoriza, que retirara al equipo de la cancha, pero este, en cambio, optó por un planteo más ofensivo con los cambios y acabó

empatando y ganando un inesperado título a siete minutos del final.

Este partido se jugó en un contexto político en que justamente el presidente de Talleres, Amadeo Nuccetelli, aspiraba a ser titular de la AFA, a partir de la trascendencia que iba consiguiendo su club en los distintos torneos nacionales, especialmente desde 1974 en adelante, y por los jugadores de calidad que iban apareciendo y siendo convocados por Menotti para la Selección Nacional. Por ese tiempo, Nuccetelli logró conformar, en una reunión de muchos dirigentes de todo el país, la Liga del Interior. Talleres manejaba un presupuesto anual de 3.000.000 de dólares y era protagonista de cada torneo y referente de los clubes del interior, pero su presidente aclaraba que los recursos que generaba el torneo local "no bastaban" y que había que buscar otras variantes.

Cuando parecía que los clubes del interior por fin avanzaban hacia otro modelo, la inesperada derrota en la final del Nacional ante Independiente no solo postergó las aspiraciones de Nuccetelli, sino que, al mismo tiempo, elevaron la de otro dirigente con un perfil cada día más alto: Julio Grondona, presidente de Independiente, al que Bochini y su magia iban ayudando a ascender en el mundo dirigencial de la AFA[261].

El país de la superficie parecía irse preparando para el Mundial. José María Muñoz encabezaba una campaña radial en la que se quejaba de distintos aspectos organizativos. En muchas oportunidades, sostenía que "así como estamos, no llegamos al Mundial 78". Mientras tanto, los equipos de los clubes cuyos estadios habían sido elegidos para ser remodelados jugaban de locales en otras canchas.

Más allá de las sedes que ya habían sido elegidas, como Mar del Plata, Córdoba y Mendoza, con estadios nuevos, no fue casualidad la elección de los tres restantes, los dos de Buenos Aires y el de Rosario. Rosario Central, dueño del Gigante de Arroyito, pugnó contra su rival de Newell's Old Boys por conseguir la sede. Según cuenta el investigador Fabián Bazán[262], la posibilidad de que Rosario Central le ganara la pulseada a Newell's comenzó cuando en 1975 dos dirigentes del club, Osvaldo Rodenas y Natalio Wainstein, alquilaron el predio La Calamita a la familia Benzadón. Los Benzadón lo habían comprado en una subasta judicial y se lo

habían cedido al II Cuerpo de Ejército, debido al contacto que estos tenían con el entonces coronel Juvenal Pozzi. La finca fue elegida por Pascual Oscar Guerrieri, ex agente del Batallón de Inteligencia 601, quien fue el jefe de la quinta de Funes. De allí en más, La Calamita integró la lista de los 350 centros clandestinos de detención de ciudadanos que funcionaron en la provincia de Santas Fe bajo control del II Cuerpo de Ejército, en cuya jefatura se sucedieron Leopoldo Fortunato Galtieri y Genaro Díaz Bessone. En este centro desaparecieron cien personas entre 1976 y 1983, y la cesión de este predio fue la condición interpuesta por la dictadura para otorgarle la plaza mundialista a Rosario Central.

En el caso del estadio José Amalfitani, de Vélez, su capacidad, su ubicación en el Acceso Oeste de Buenos Aires y el hecho de que ya era utilizado para partidos internacionales fueron claves para su elección. Ricardo Petracca, influyente dirigente de ese tiempo[263], había conseguido la designación para el Mundial 1978, y su propia empresa del vidrio había ganado cuatro licitaciones del Estado para fabricar 170.000 butacas en los seis estadios de las subsedes, 36.000 muebles y 1.100 cabinas (para transmisión, revelado y venta de entradas), pero nunca logró cobrar ni un centavo de los casi 67.000.000 de dólares, primero estafado por la dictadura militar, y luego, en democracia, por una decisión de la Corte Suprema de Justicia. Con los años, Petracca se lamentaría: “Las cosas estaban arregladas para otras empresas, y como a la mía no pudieron sacarle las obras, después me hicieron pagar las consecuencias. No me pagaron un solo peso”.

Por su parte, River Plate fue una de las entidades con mayor ligazón con la dictadura. River era territorio del propio Lacoste, amo y señor del club, que impuso a Norberto Alonso en la lista definitiva de 22 jugadores argentinos para el Mundial. Luego se encargó de desplazar al director técnico Ángel Labruna en 1981 y tras siete títulos en la misma cantidad de años, para reemplazarlo por Alfredo Di Stéfano, en una maniobra relacionada con la marca Le Coq Sportif, que era la que Lacoste representaba.

Rafael Aragón Cabrera, el presidente de River, era poco menos que un títere de Lacoste; como ejemplo de este tiempo, entre el 13 de octubre de 1978 y el 24 de abril de 1997, los genocidas Videla,

Massera y Agosti fueron socios honorarios hasta que los expulsaron.

Lacoste llegó a citar a Ubaldo Fillol al Centro de Electrónica Naval porque el arquero estaba en conflicto con el club por un tema salarial. Fillol recibió la apretada para que arreglara el contrato, pero se negó.

Atlanta, en cambio, pudo favorecerse en la dictadura a partir de que Ricardo Viola, el hijo del dictador Roberto Viola, fue jugador del club entre 1972 y 1974. Esta conexión resultó fundamental para obtener nuevos terrenos, con gestiones iniciadas por la entidad en 1978, y hacia 1980 se redactó un anteproyecto para la cesión de más de cinco hectáreas en Villa Madero (partido de La Matanza), cerca de la autopista Ricchieri. Se trataba de tierras que eran propiedad del Estado. En marzo de 1981, justo en el mes en el que Viola asumió la presidencia argentina, el Poder Ejecutivo resolvió por decreto 555 que se entregaran esas tierras. Las autoridades bohemias incluso consiguieron ser recibidas por Viola en la casa Rosada y fueron visitadas por el brigadier Osvaldo Cacciatore, intendente porteño.

Argentina 1978

Con la participación de diez seleccionados europeos, cuatro americanos, Irán y Túnez, el 1 de junio de 1978, por fin, Argentina puso en marcha su Mundial en un clima enrarecido; se torturaba a unas pocas cuadras del escenario del partido inaugural, el estadio Monumental. Muy pocos, apenas una parte de la prensa europea que visitaba el país, se había atrevido a contar lo que ocurría y también unos pocos jugadores, entre ellos el gran arquero sueco Ronnie Hellström, se habían acercado para conocer la marcha de las Madres de Plaza de Mayo los jueves por la tarde, ante la represión policial.

Un periodista holandés que cubrió las alternativas del Mundial para una revista de su país y que viajó con otro compañero relató hace años a este autor, entre lágrimas, que una de las integrantes de la organización de Derechos Humanos alcanzó a entregarle un papel con el nombre de su hijo estirando el brazo entre distintos agentes de la Policía que trataban de impedir el contacto, y que a pocas horas de este hecho, ya en su hotel, contemplaba con asombro en la TV que aparecía su foto, como la de su compañero, entre los visitantes que llegaban para formar parte de la llamada "campaña antiargentina".

Anteriormente, en Mendoza, donde la Selección Holandesa había jugado partidos de su grupo inicial, una empleada del centro de prensa, al recibir las hojas tipeadas a máquina para procesar por el télex, le advirtió que con ese contenido tendría problemas y que no podía mencionar a los integrantes de la Junta Militar, por lo que desde ese día estableció un código con sus editores por el que determinados apellidos de jugadores argentinos en realidad significaban apellidos de militares, para poder superar la censura.

El Papa había enviado su bendición desde Roma y el presidente de facto Jorge Rafael Videla condecoraba al titular de la FIFA, João Havelange (gran amigo de Lacoste, que había cambiado

súbitamente de postura sobre la posibilidad de realizar el Mundial por Argentina a partir del golpe de Estado), mientras se torturaba gente en la vecina Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) y se arrojaban desaparecidos vivos al Río de La Plata en los llamados “vuelos de la muerte”.

En ese clima, y con el trascendido de que la organización Montoneros podía llegar a atentar con una bomba en el Monumental, el partido inaugural entre Alemania y Polonia fue un empate 0-0 con el arbitraje del argentino Ángel Coerezza. Ese 1 de junio, la dictadura cerró el Hospital Rawson mientras el visitante “ilustre” Henry Kissinger, acompañaba en el Palco a los integrantes de la Junta Militar y a Havelange que decía, sonriente: “Por fin el mundo puede ver la verdadera imagen de la Argentina”.

Entre ejercicios gimnásticos en el césped y con el Palco de Honor del Monumental con militares y civiles relacionados con la dictadura, mezclados con dirigentes de la AFA con escasísimo peso y nula figuración, Videla inauguraba el torneo haciendo referencia a “la amistosa visita de miles de mujeres y hombres que procedentes de las más diversas regiones de la Tierra nos honran con su presencia con la sola condición de su buena voluntad en un clima de afecto y respeto recíproco. Y son justamente la confrontación en el campo deportivo y la amistad en el terreno de las relaciones humanas las que nos permiten afirmar que aún es posible en nuestros días la convivencia en la unidad y en la diversidad, única forma para construir la paz”.

Atrás habían quedado las voces discordantes o directamente opositoras, como la de Panzeri, quien pretendía:

“Seamos conscientes y respondamos primero a aquellos interrogantes, antes de lanzarnos a esta tácita incursión hacia la irracionalidad. Forzada por un conjunto de intereses con medios de publicidad asociados. Pero que no representa derechos ni necesidades superlativas a los de la gran masa de habitantes que no tiene publicaciones que los represente […] Después de todo, el compromiso argentino de organizar el Mundial de 1978 es solamente un deseo de un núcleo de mercaderes del fútbol. No es

un compromiso que haya tomado el país […] Nada nos debe avergonzar si rechazamos ahora lo que antes pedimos.[264]”

La Selección Argentina, muy bien preparada futbolísticamente y con muy buenas figuras (más allá de que nunca se explicó por qué no jugaron otras de gran relieve en ese momento, pedidas por la gran mayoría de seguidores de todos los equipos, entre ellas nada menos que Diego Maradona y Ricardo Bochini), pasó a la segunda ronda, aunque al no ganar su grupo debió trasladarse a Rosario para enfrentar a Polonia, Brasil y Perú para aspirar a jugar la final, otra vez en el Monumental.

Los militares argentinos —especialmente Massera y Galtieri, cuando la Selección estuvo en Rosario— fueron también más de una vez a la concentración y a los vestuarios argentinos. Ardiles recuerda que “nos hablaban de nuestras virtudes y de que representábamos a la patria”. Según contó una vez Mario Kempes, los militares acercaban a los jugadores la toalla, el jabón y hasta alguna copita extra de vino en las comidas. Como si fueran los cadetes.

La Selección Argentina tuvo como mayor rival a la vecina Selección Brasileña, también de muy buenos jugadores, como Dirceu, Zico y Rivelino, dirigida por Claudio Coutinho, que para estar a tono con la época era también militar. Ambos equipos ganaron su primer partido, empataron entre sí 0-0 en un nervioso clásico y todo quedó para definirse en la última fecha, en la que la diferencia de goles sería decisiva en caso de empate en puntos.

Entonces comenzaron los escándalos. Medios brasileños emparentaron al equipo albiceleste con el doping, en tanto que protestaron por que el scratch tuviera que jugar su partido ante Polonia antes que el argentino enfrentara a Perú, por lo que el local comenzaría sabiendo cuántos goles tendría que hacer o si le alcanzaba con otro resultado.

La FIFA empezaba con su política de favorecer a los locales en cada certamen, algo que se fue repitiendo con el tiempo. Luego del triunfo brasileño sobre los polacos por 3 a 1, la Selección Argentina sabía que ante Perú necesitaba tres goles de diferencia para igualar

a Brasil en las posiciones y cuatro para superarlo. El partido finalizó con una goleada de 6-0. El equipo peruano comenzó con una buena chance tras un remate de Juan José Muñante que terminó con la pelota dando en el poste al minuto de juego, y luego Juan Carlos Oblitas perdió otra ocasión. Sin embargo, el equipo argentino fue encontrando su rendimiento al mismo tiempo que su rival se fue quedando para concretar una goleada que despertó sospechas de soborno y que se instaló definitivamente con una enorme cantidad de versiones.

Una de estas versiones sugiere un acuerdo entre las dictaduras militares de ambos países (en Perú gobernaba el general Francisco Morales Bermúdez). La sospecha recae sobre la donación de "un crédito no reembolsable" de Argentina a Perú "para la adquisición a la Junta Nacional de Granos de cuatro mil tonelada de trigo a granel", en un marco del "convenio sobre ayuda alimentaria". El Sunday Times, de Londres, provocó un escándalo cuando abonó a esta teoría en plena disputa del Mundial 86. "Ese tipo de donaciones —reconocería más tarde Juan Alemann, secretario de Hacienda en aquellos años— no eran espontáneas. Se hacían solo en caso de un terremoto, de alguna catástrofe." Varios jugadores peruanos dieron cuenta también del ingreso a su vestuario del propio presidente Videla, acompañado por Henry Kissinger, antes del partido, en el que apeló a la "hermandad latinoamericana".

Finalmente, el 25 de junio la Selección Argentina se coronó campeona del mundo por primera vez en su historia al vencer en la final a Holanda, desatando la euforia popular pero también la del palco, donde ya se había hecho costumbre el festejo de la cúpula militar y los organizadores, siempre con la dirigencia de la AFA en un segundo plano, como si el fútbol propiamente dicho hubiese tenido poco que ver con el éxito final.

Era mucho más un triunfo de la dictadura, que había utilizado el torneo para beneficio propio y para tomar aire ante las graves denuncias internacionales por violación a los Derechos Humanos. Terminó siendo un ejemplo de la utilización del deporte para fines políticos, como ocurrió en los Juegos Olímpicos de Berlín 1936 bajo la Alemania nazi, o el Mundial de Italia 1934 bajo el fascismo de Mussolini.

Para la investigadora Adriana Franco, durante los años del destierro, cualquiera fuera el país de acogida de los exiliados argentinos, dos hechos se recordaban como momentos de fuerte tensión: el Mundial de 1978 y la guerra de Malvinas, que produjeron “malestar e incluso rupturas”. Para Franco, fue “el resultado de explícitas operaciones militares de construcción de consenso dirigidas a la población argentina en momentos en que la presión internacional comenzaba a hacerse visible. Ambas operaciones estaban montadas sobre factores muy tradicionales de movilización popular en la Argentina —el fútbol, las islas Malvinas, el nacionalismo—, pero a diferencia de lo que pasó interiormente en la Argentina, en el exilio el impacto no fue unívoco”. Franco plantea que el Mundial fue utilizado, en el plano internacional, para publicitar “la verdadera realidad argentina” y frenar la creciente oposición externa. Gracias a la tarea de los exiliados desde sus distintos lugares de acogida, se incrementó la presión por los derechos humanos desde la visita de la Comisión Interamericana de la Organización de los Estados Americanos (OEA), la creciente presión de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la suspensión de la venta de armas y de créditos por la administración Carter. Pero el hecho que disparó la visibilidad internacional de la situación argentina “fue la inminente realización del Mundial de fútbol en junio de 1978”. Así, “el evento deportivo que los militares habían decidido utilizar como pieza central de un doble juego político —interno y externo a la vez— terminó siendo el momento de mayor difusión y denuncia internacional del régimen argentino. La diferencia con la guerra de Malvinas es que el Mundial fue un éxito y los apoyos internos se fortificaron transitoriamente”.

La percepción de que el régimen utilizaba el Mundial como factor de distracción y publicitario “resultaba clara para la amplia mayoría de los colectivos exiliados, pero lo era en la misma medida en que el evento deportivo provocaba entusiasmo y movilizaba pasiones futbolísticas”. La autora conjetura que el estado de ánimo más general entre los exiliados tal vez haya sido la ambivalencia y los sentimientos contradictorios.

Franco insiste en que la disyuntiva sobre cómo operar contra la dictadura a partir de la realización del Mundial “se profundizó cuando desde distintos grupos locales, no argentinos, comenzó a

plantearse la quita de la sede argentina del Mundial desde 1977. Eso generó fuertes tensiones internas entre los que apoyaron el boicot, los que denunciaron a la dictadura, o los que se plegaron a ambos". No siempre estas posiciones fueron claras y hoy mismo, según Franco, se confunde la denuncia contra el régimen con el boicot.

Franco concluye que en los países en los que se impulsó el boicot y este resultó una opción política posible, la tensión entre exiliados aumentó. Por ejemplo, en Suecia, Bélgica, Alemania, Suiza o Francia. En los países en los que la adhesión al fútbol es mayor, hubo menos tensión, menos disyuntivas para la denuncia y, en cambio, el boicot no movilizó[265].

Adolfo Pérez Esquivel, Premio Nobel de la Paz en 1980, logró salir de la Unidad 9 de La Plata gracias a la presión internacional el 23 de junio de 1978, dos días antes de la final. De su cautiverio recuerda el nudo de una contradicción para muchos incomprensible: "En la cárcel, como los guardias también querían escuchar los partidos, el relato radial nos llegaba por altoparlantes. Era extraño, pero en un grito de gol nos uníamos los guardias y los prisioneros. Me da la sensación de que en ese momento, por encima de la situación que vivíamos, estaba el sentimiento por Argentina"[266].

El Mundial de 1978 terminó siendo una cuestión de Estado, y una vez que finalizó, Lacoste, que fue amo y señor del fútbol en los tiempos de la dictadura, apenas recibió del juez Miguel Pons un "reproche ético" por haber incrementado su patrimonio como funcionario en más del 400% en tiempos de la bicicleta financiera del entonces ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz.

Si bien nunca se presentó el balance del Mundial, se supo a través de distintas investigaciones periodísticas que dejó 31.000.000 de dólares por todo concepto, pero una vez deducidos los gastos y la parte de FIFA quedaron limpios apenas 10.000.000. Los gastos fueron de 520, o sea que el país perdió más de 500[267].

José María Suárez aprovechó la eliminación de River en el Monumental ante el Deportivo Cali en 1981 por la Copa Libertadores para aludir al tema: "¿Se dan cuenta ustedes con quién

perdió el glorioso River Plate? Lo venció nada menos que un equipo formado por once irrespetuosos maleducados indignos de pisar el césped encima del cual se consagró campeón del mundo 1978 el seleccionado nacional pizzicateado (de ‘pizzicato’: ritmo, compás, armonía, sonoridad, cadencia) por el cuerpo técnico cuya batuta maneja el 40 años sufriente César Luis Menotti, el indexado”[268].

Uno de los mayores críticos del Mundial fue el secretario de Hacienda, Juan Alemann:

“En aquel tiempo había plata y se gastó en cosas con las que no estuvimos de acuerdo. El EAM debió disolverse en 1978 pero en realidad se terminó en el 1979. Alguien, no sé quién, se quedó para hacer una liquidación definitiva que yo nunca vi y dudo de que tampoco la hayan visto mis sucesores […] Todos los cálculos fueron hechos siempre por Lacoste y su gente. Ellos eran un ente autárquico, y, por lo tanto, pedían plata y decían que después iban a presentar un presupuesto. Pero jamás presentaron ninguno. Lacoste, en principio, dijo que el Mundial costaría solo 70 millones de dólares […] Construir ATC costó alrededor de 100 millones de dólares, pero cualquier empresa privada lo hubiera hecho por el 20% de esa cifra. La fortuna que se invirtió me da ganas de llorar.[269]”

Tras el Mundial, Lacoste se lanzó por más. En 1980, accedió a una de las vicepresidencias de la FIFA, a ser parte del Comité Organizador del Mundial de España 1982 y llegó a ser ministro de Acción Social y hasta presidente argentino de transición por 11 días en 1982. Recién con la llegada de la democracia fue reemplazado en todos los cargos futbolísticos y fue investigado por el fiscal nacional de Investigaciones Administrativas Ricardo Molinas.

¿Y la AFA? Poco y nada, debido a la pérdida total de protagonismo, limitada a los torneos locales y a tratar de sacar algún partido de las relaciones al más alto nivel en los palcos y reuniones vip, pero Lacoste se interponía entre muchos de sus dirigentes y la política. No quería ninguna clase de sorpresas y no confiaba en ellos en

absoluto.

La obsecuencia hacia el régimen quedaría reflejada en la Memoria y balance de 1978 con la transcripción de discursos de Videla (el del 1° de junio en la apertura del Mundial, el del 25 de junio desarrollado en la cena de clausura y uno más, del 29), las reflexiones del Ejército tomadas de un editorial de la fuerza y hasta una frase elogiosa de Henry Kissinger sobre el torneo, a quien la AFA definió como "destacada figura de la historia mundial durante los últimos diez años".

El periodista José María Suárez, implacable, criticaba con dureza a los dirigentes de la AFA, al recordar que "no les revisaban los equipajes gracias a 75 credenciales para libre ingreso a los estadios y accesos a plateas —numerados entre el 362 y el 443— que la AFA repartió a troche y moche a favor de jefes y de subalternos. Calumnias. No les revisaban porque Cantilo se ponía delante de ellos en la fila en la aduana y los controladores se encandilaban con que eran dirigentes de AFA"[270].

Con su habitual mordacidad, Suárez daba cuenta de un mural en el flanco derecho de la entrada de la AFA, que decía "Campeón del XI Campeonato Mundial de la FIFA 1978":

"Y aparecen Cantilo, y los integrantes del ce [Comité Ejecutivo] Aragón Cabrera, Venturino, Orgambide, Guerrero, Grondona, De Sanctis, Deluca, el asesor general (¿?) Juan José Russo, el gerente Wiedrich y el subgerente Pignataro. Luego, a la derecha de esa lista, como "cuerpo técnico" aparece Menotti, y en letras más chicas, Ricardo Pizarotti, Rodolfo Kralj, Poncini, Saporiti, Oliva, Castro, Dores, Do Campo, Dillon, Moure y Washington Rivera […] En cuanto retorné a mi casa cerca del Parque Chacabuco, lo primero que hice fue descolgar con rabia la fotografía del equipo con los jugadores que siempre consideré brillantes ganadores del Mundial 78 para colgar en su lugar otra con la facha orgullosa y sonriente de Alfredo Cantilo recortada de una Radiolandia que tenía guardada […] "Ahora estoy procurando de urgencia fotos de los miembros del Comité Ejecutivo del Mundial 78 para colocarlas en la pieza de servicio, pero lo que verdaderamente me tiene turulato y

preocupado es lo de no saber en dónde demonios voy a conseguir fotos de los campeones mundiales Dillon, Rivera, Russo, Wiedrich, Kraly, Saporiti, Do Campo, Castro, Poncini, More, etc., etc.

”¡Ah! ¡Me olvidaba! Si usted tiene por casualidad una foto de Ernesto Duchini, puede romperla y tirarla a la basura porque, como no figura su nombre en el mural de marras, seguro que se trata de otro charlatán de feria que en nada contribuyó para que la AFA luzca hoy en sus vitrinas la Copa Mundial de la FIFA.[271]”

Desde el poder que había alcanzado tras el Mundial 78, Menotti advertía sobre la propia AFA:

“Pienso que llegó el momento de encarar una solución quirúrgica en el fútbol argentino y terminar con los paliativos circunstanciales y efímeros. Después de veinte años quedó demostrado que los campeonatos argentinos nada tienen que ver con la realidad de un fútbol que es ahora campeón del mundo. En esos veinte años los dirigentes no han sabido cambiar la estructura. Habrá que hacer enseguida un profundo estudio económico que contemple todos los aspectos, con gente idónea, porque estoy convencido de que lo económico está estrechamente ligado con lo deportivo. No se puede dejar librado al azar deportivo el método de cambio. Eso no se arregla con descensos, porque si se determinan siete descensos, en una de esas puede caer River Plate entre ellos y todo seguiría igual […] El estudio debe fijar pautas irremediables, de manera que se tenga un balance de las entradas históricas vendidas por cada club, de la capacidad de los estadios disponibles y habrá de conocerse el presupuesto necesario para el mantenimiento de los planteles. El presidente de la AFA es una persona capaz de llevarlo a cabo, pero habrá que decidir previamente la abolición de los estatutos, a fin de no impedir la ejecutividad. La crisis económica es la que genera el éxodo y los clubes tampoco se salvan con la venta de sus jugadores. No me interesa si se hicieron obras. No es cuestión de salvar a los huevos, sino a la gallina que está enferma.[272]”

La continuidad: Julio Grondona

Había finalizado el Mundial de 1978, pero la AFA tenía más retos que cumplir. Cantilo decidió retirarse y dar por cumplida su misión, por lo que había que renovar autoridades. Con ese fin, la Asamblea se reunió el 6 de abril de 1979 con la idea de que la persona indicada podía ser el presidente de River, Rafael Aragón Cabrera, porque quien realmente mandaba en el fútbol seguía siendo, sin dudas, Lacoste.

Sin embargo, aunque Lacoste tenía a Aragón Cabrera como títere, no le veía condiciones para ese lugar, y los rumores comenzaron a ir hacia el lado del presidente de Estudiantes de La Plata, Ignacio Ércoli. Por su parte, Armando, el presidente de Boca, respaldaba al general Antonio Merlo (presidente sin peso del EAM 78) para la AFA, pero ayudado por los éxitos de su club, Independiente, Grondona ya había decidido lanzarse. Tras mantener una reunión con Lacoste y su venia, y aceptar nombrar como presidente del Colegio de Árbitros al vicecomodoro Julio César Santuccione y en el Tribunal de Disciplina al coronel Ángel Michel, fue propuesto como único candidato y electo por los obedientes 35 votos.

“Piensa lo que dice y dice lo que piensa. Es tozudo; también impulsivo. Se irrita fácilmente, pero no es rencoroso. Le gusta la noche, el café, charlar con sus amigos. Tiene un sentido realista de las cosas. No habla en primera persona; quizás porque le disgusta esa vanidosa vocación de adjudicarse el método de los aciertos, por aquello de que ‘pregonar las propias virtudes no es precisamente una admirable lección de humildad’”, escribió el 19 de marzo de 1979 el periodista Armando García Rey sobre Grondona en el diario La Opinión, acaso preparando ya el terreno.

Ni bien fue electo, Grondona manifestó a los miembros de la Asamblea: “Estoy muy emocionado. Este cargo no es solo mío, sino de todos los dirigentes del fútbol”. Desde el mismo inicio de lo que sería su larguísima gestión, Grondona hacía hincapié en su

condición de "dirigente del fútbol", dando a entender siempre que lo suyo era el ámbito cerrado del deporte, y no los pasillos de la política, y que defendería al fútbol contra toda influencia externa. "Me tocó actuar durante muchas épocas, pero jamás mezclé el fútbol con la política", sostuvo siempre como lema.

Claro que esto sería siempre su carta de presentación más allá de la realidad. Con los años, llegó a afirmar que "me llevaron a la presidencia de la AFA los clubes y no los militares. Llegué en una época militar pero no tuve trato con nadie y no he sido salpicado para nada". Pero no es muy difícil señalar una contradicción con lo que refiere la propia Memoria y balance de la AFA de 1980: "Finalizado el mandato del doctor Juan Goñi como representante de la Confederación Sudamericana en el Comité Ejecutivo de la FIFA, la AFA postuló al contralmirante Carlos Lacoste para ejercer dicha representación". Los dirigentes que aprobaron la postulación de Lacoste a ese cargo fueron: Julio Grondona (presidente), Juan José Russo, Pedro Orgambide, Eduardo Deluca, Ángel Malvicino, Ignacio Ércoli, Rafael Aragón Cabrera, Juan José Paso, Julio Cassanello, Ricardo Petracca, Próspero Consoli, Santiago Saccol y Luis Meztelán.

El fútbol argentino tenía un nuevo desafío. No tan fundamental como el Mundial de 1978, pero sí que podía serle útil tanto a la AFA como nuevamente a la dictadura militar, que vio otra chance de transmitir hacia el exterior una situación que no era la real. Se acercaba el Mundial Juvenil Sub-20 de Japón y la Selección Argentina contaba con una excepcional generación de jugadores de esa categoría, en especial por la rutilante aparición de Diego Maradona, pero también porque en el ataque lo acompañaban valores como Osvaldo Escudero, Juan Barbas, Ramón Díaz y Gabriel Calderón, y en la defensa, un proyecto de crack como Juan Simón.

El proceso de selección había estado a cargo del veterano director técnico y gran detector de talentos, Ernesto Duchini, pero Menotti, a quien ya le habían renovado el contrato hasta España 1982, entendió que era una gran oportunidad para seguir en la senda gloriosa, porque esta generación daba garantías absolutas.

Efectivamente, Menotti tomó parte de ese plantel que acabó ganando el Mundial de Japón de manera brillante, pero fue

aprovechado una vez más por la dictadura, tanto con “operativos” montados desde el propio canal estatal ATC, para comunicar a Maradona con Videla, como utilizando la casual visita a Buenos Aires de la comisión de la OEA, el 7 de septiembre, para investigar la veracidad de denuncias de violaciones a los derechos humanos en Argentina. Esto convocó a la Plaza de Mayo a los familiares de las víctimas del terrorismo de Estado, pero un gran aparato propagandístico lo tapó con los festejos del éxito de la selección juvenil. El eslogan usado por esos días fue: “Los argentinos somos derechos y humanos”.

Julio Cassanello, que era el titular de la delegación argentina en Japón, presidente de Quilmes y dirigente de la AFA, y además intendente de Quilmes en la dictadura, ensalzó “la forma de ser libres de la juventud argentina”[273]. Cientos de estudiantes, liberados por un asueto del Ministerio de Educación, celebraban el triunfo en la Plaza de Mayo. “Vayamos a la Plaza a demostrarles a esos señores de la OEA que los argentinos somos derechos y humanos”, se alentaba desde los medios afines a la dictadura.

El 25 de junio de 1979, al cumplirse un año de la obtención del Mundial por parte de la Selección Argentina, la AFA organizó un partido entre el equipo nacional y otro denominado Resto del Mundo, que efectivamente traía a los mejores jugadores del planeta, con otro agregado de lujo: la presencia ya de manera definitiva, en el equipo titular albiceleste, de Diego Maradona, consolidado como una gran estrella. Más allá de todos los cracks que había tenido a lo largo de su historia, el fútbol argentino contaba por primera vez con un jugador excepcional como Maradona, reconocido en todo el mundo gracias a la existencia de la televisión y las comunicaciones.

El supercrack argentino, que un año antes había sido marginado del Mundial de 1978, brillaba en cada gira de la Selección, al punto de opacar hasta a los propios campeones mundiales. Sin embargo, en más de una ocasión, en viajes por Europa Maradona permanecía en el hotel o en el avión y no aparecía para dialogar con los medios. La explicación de Menotti y la dirigencia era que se hacía así “para cuidarlo”; de hecho, tras una de las grandes giras en las que Maradona fue ovacionado en Wembley y en otros estadios, al regresar con la delegación al aeropuerto de Ezeiza y ser consultado

por el balance de la gira, Menotti llegó a destacar a José Daniel Valencia, "que se encuentra en un nivel superlativo"[274].

Por ese entonces, José María Suárez escribía:

"Pasó el tiempo con el inexorable tic tac de los relojes, hasta que el Mundial cumplió su primer aniversario. José María Unpesovaledós —relator que en sus horas libres vende aire para pelotas de fútbol— se encargó de publicitar a grito pelado que el cumpleaños de marras era lo más grande que le había ocurrido a ese país desde 1810 y que había que festejarlo con dimensiones de regocijo universal. Entonces un diario llamado "la Corneta" y una entidad llamada AFA (sigla que significa ¡Arriba, Flaco, Arriba!) se asociaron para tirar la casa por la ventana en un partido de fútbol entre el equipo de César Primero y otro que se vino con el nombre de Resto del Mundo. Los del Resto ganaron 2 a 1 y pusieron felizmente las cosas en su lugar con el rotundo basta de joda con el Mundial y a ponerse a laburar que caso contrario nos morfan los piojos.[275]"

El partido había sido organizado por el diario Clarín, que había donado los fondos para la construcción de un predio en Ezeiza para que la Selección Argentina pudiera entrenarse y concentrarse para los distintos compromisos. La suma donada alcanzó los 998.123.994 pesos, "cantidad que la AFA destinará a la construcción del Centro Deportivo de la Selección Nacional con la salvedad de que si por razones fortuitas o de fuerza mayor el Centro no pudiera construirse, los fondos serán destinados a solventar los gastos relacionados con las actividades de la Selección Nacional"[276].

Siendo campeón del mundo en 1978 y campeón mundial juvenil en 1979, ya clasificado para jugar el Mundial de España 1982, con la aparición de Maradona, ¿cuál era el plan dirigencial del fútbol para un aprovechamiento integral de la situación? Ninguno, como tantas otras veces. Si se avanzaba, era por la propia inercia de las bondades de una situación que jamás había sido generada por la AFA. Se iniciaba el tiempo que marcaría la tendencia de lo que sería, con los años, algo usual en la AFA con Julio Grondona en la

presidencia: una cara externa rica, la ligada a las selecciones nacionales, y otra interna muy distinta.

El nuevo presidente de la AFA volvía por los caminos de siempre de los clubes, aparcado apenas por unos años de cuasi intervención, para ir a la carga en pos de nuevos reclamos de ayudas al Estado. Le solicitó al Ministerio de Bienestar Social que se le diera a la AFA el 2% del monto que se distribuía entre distintos beneficiarios del producido por el PRODE "para que se mantenga el nivel de promoción, mantenimiento y presentación del plantel de la Selección de cara al Mundial 1982". El mangazo había retornado[277].

Grondona también tomaría una decisión inédita el 15 de agosto: la resolución 1309, hecha a la medida de Talleres de Córdoba (y de su presidente Nuccetelli), al que su Independiente había vencido en aquella final del Nacional dos años atrás en un partido clave). Se llamó pomposamente "Apertura para la participación de clubes del interior en campeonatos de Primera División a partir del año 1980", con resolución en el Boletín 682: "En el campeonato de Primera División de 1980 tendrá derecho a participar el club del interior que hubiere disputado la rueda final de los campeonatos nacionales de 1977 y 1978".

De esta forma, Grondona ya comenzaba a mover los hilos de la política del fútbol. A sabiendas de que la Liga del Interior conformada dos años antes por Nuccetelli en Jujuy podía venírsele en contra, encontró un atajo para poner a su líder dentro de su propia bolsa. Si no podés contra tu enemigo, unite a él… Y de esta forma, descabezó el movimiento de los clubes del interior. Luego, se beneficiaron otros dos equipos cordobeses, Instituto y Racing.

Si el lector toma nota de esta salida de Grondona y luego retorna al presente, observará que cuando se implementó la Copa Argentina la situación era muy parecida —tras la autoproclamación de Daniel Vila como presidente de la AFA, respaldado por una abrumadora mayoría de dirigentes de clubes del interior—, y la resolución política, exactamente igual[278].

El nuevo presidente de la AFA, viejo conocedor de la realidad del fútbol argentino porque ya había sido dirigente de Arsenal (también

uno de sus fundadores, en 1956) y de Independiente, sabía bien con qué ventajas y desventajas jugaba.

Por el lado de las desventajas, la mayor era su limitación momentánea de poder a partir del "factor Lacoste", aunque eso podía modificarse con el pase del marino a la Conmebol y la FIFA, que lo mantendría alejado del epicentro de acción.

La ventaja era que había neutralizado a la crecientemente disidente Liga del Interior y que contaba con la mejor cara posible, la externa, con una potente Selección Nacional y un "regalo del cielo" que justo había coincidido con su llegada, la de Maradona, que generaba una gran expectativa a futuro. Si Bochini lo había salvado en Independiente, ¿por qué Maradona no iba a hacer lo mismo con la Selección?

Uno de los grandes problemas era cómo manejarse con Menotti. La renovación de contrato con el director técnico campeón del mundo resultaba obvia, por los resultados y por el gran trabajo realizado en los cuatro años anteriores. Pero también eso implicaba estar rodeado de permanentes debates, frases altisonantes y un cambio, que iría generándose, en la conducta del ya reconocido entrenador.

Pocos meses antes del Mundial, Menotti había dicho:

"Yo no conozco qué tal es Venturino, ni qué tal es Grondona, ni qué tal es De Sanctis (los tres, miembros del Comité Ejecutivo de la AFA). Yo me fijo en lo que han hecho hasta ahora y veo que el fútbol argentino está mal. Yo entre los dirigentes del fútbol no tengo amigos ni los quiero tener. Si sale de dirigente de club, puede hablar conmigo, pero si es dirigente de fútbol yo no quiero hablarle ni verlo, ni siquiera dibujado. Yo no sé si son malos los dirigentes de ahora, pero de que son incapaces, no me cabe ninguna duda. [279]"

En diálogo con el diario La Nación, a semanas de iniciarse el Mundial de 1978 y consultado acerca de si trabajaría otros cuatro

años más con la Selección, Menotti había respondido que “no, de ninguna manera. Yo creía que el medio estaba podrido, pero no tanto”[280]. Sin embargo, algunas cosas habían cambiado…

El director técnico logró imponer en el nuevo contrato algunas cláusulas que parecían imposibles apenas un lustro antes en el fútbol argentino, en tiempos en los que nadie duraba mucho sentado en el banco de suplentes, y fue sintiéndose demasiado cómodo en su nueva situación de exitoso. José María Suárez alertaba, implacable:

“El contrato de CLM con la AFA le concede el diploma de omnipotente desde el encabezamiento hasta las rúbricas […] allí se expresa que el DT solo tratará de su trabajo con el presidente de la AFA. Con el resto de los dirigentes, cuyos clubes contribuyen a pagarle sus insólitas remuneraciones, ni el saludo. Omnipotencia mayor, imposible. Y como nadie, fuera de Grondona, puede hablar con él, porque el contrato lo prohíbe, nadie está en condiciones de marcarle errores, de señalarle fallas, de subrayarle tonterías, de exigirle que se baje de las nubes. Como consecuencia, se presenta ahora el gravísimo problema de malograr al mejor técnico del mundo por el simple hecho de no poder mostrarle frente a sus narices la tarjeta amarilla de atenti que te estás saliendo de la raya.[281]”

La revista El Gráfico le preguntaba a Menotti cómo se había producido la contratación de Roberto Marcos Saporiti como director técnico de la selección juvenil. “Es de mi responsabilidad porque me interesa recalcar que en la Selección Nacional, el que manda soy yo”, respondía el director técnico[282].

En la Memoria y balance de la AFA de 1979, se hacía referencia a una licitación “para la provisión, hasta el 30 de agosto de 1982, de vestimenta y elementos deportivos para el cuerpo técnico e integrantes de los seleccionados”. Se consignaba entonces que el asesor letrado de la AFA, Dr. Agricol de Bianchetti, informó a solicitud del Comité Ejecutivo que la oferta presentada por la firma

Gatic SA ("Adidas") era "inaceptable", porque ella imponía "una obligación que no podrá ser cumplida por la AFA teniendo en cuenta la concesión contractual ya efectuada a favor del Sr. César Luis Menotti". Se especificaba que la licitación había sido otorgada a Sarragan SA, sin domicilio legal en Buenos Aires y sin algunas otras cosas que se detallan en la página 93, pero con la salvedad —correcto es consignarlo también— de reservarse la AFA el derecho a declarar desierta la licitación.

Como decía la revista Humor,

"Resta ilustrar al lector que "la concesión contractual de la AFA a favor de Menotti" se refiere a su libertad para publicitar prendas deportivas contraviniendo en todas sus letras y sus palabras el artículo 87 inciso d del Estatuto de la AFA que dice: "En el caso de los equipos nacionales representativos de la AFA, que actúan dentro o fuera del país, solamente la AFA es la entidad autorizada para realizar contratos con firmas comerciales, industriales o de cualquier tipo a los efectos de promocionar vestimenta deportiva u otros elementos que usen los jugadores, partiendo de la uniformidad de todos los planteles". Para complicar aún más el asunto solo faltaría que aparezca un estómago resfriado […] que pretenda indagar si entre la firma que obtuvo la licitación internacional de la AFA (Sarragan SA, Le Coq de Francia) y César Luis Menotti existe o existió vinculación comercial. No hay duda de que el zopenco que piense así es el hijo de una gran siete. O gran ocho. O gran nueve. O gran diez[283]."

Menotti también sonaba distinto, en ideas, a aquel joven que parecía venir a revolucionar el fútbol con Huracán en 1973, y si se había opuesto en aquel tiempo a Enrique Omar Sívori para ceder a los jugadores a la Selección para largas concentraciones, ahora decidía que mucho antes del Mundialito de Uruguay, para fines de 1980 y comienzos de 1981, los jugadores tenían que ser cedidos y hasta perderse el torneo local.

Justamente uno de los más afectados era Maradona, que con

Argentinos Juniors había llegado a las instancias finales del torneo Nacional de 1980, cuando nunca antes había sido campeón argentino. Era una oportunidad única, porque ninguno de los clubes grandes había accedido a aquella instancia, y con esta decisión el astro se perdía la posibilidad de un campeonato.

Maradona tuvo entonces una reunión con Menotti en la que, como pudo, por su juventud y con el triste recuerdo de la exclusión del Mundial de 1978, le dio a entender que si no jugaba por Argentinos Juniors las finales del Nacional no garantizaba su continuidad en la Selección, pero el temor a perderse también el Mundial de España de 1982 acabó haciéndolo ceder. Su equipo fue eliminado en cuartos de final por Racing de Córdoba, a la postre subcampeón al perder la final ante Rosario Central.

De nuevo puede observarse que la AFA no se inmiscuía en estos asuntos, por temor a Lacoste, por el contrato que le daba súper poderes a Menotti y porque no había (ni nunca habría) un plan alternativo ni ideas para otros caminos posibles. El incisivo José María Suárez, que graficaba cómo el modus operandi de la época tenía muchos vicios y decisiones sin explicaciones claras, se preguntaba: "¿Por qué Menotti no le da libertad a Maradona para que juegue partidos amistosos en Argentinos Juniors en lugar de concentrarlo con la Selección Nacional y no le otorga el mismo trato que a Kempes, de quien dice que está tan compenetrado con la tarea y con sus planes que incorporándose con 4 o 5 días de antelación a cualquier compromiso es suficiente? Respuesta: porque de ese modo quedaría al descubierto que Menotti no le puede enseñar nada a Maradona"[284].

Meses antes, se había celebrado una fiesta en el Hotel Sheraton de Buenos Aires para dar a conocer el final feliz del "caso Maradona" por parte del presidente de Argentinos Juniors, Próspero Cónsoli, quien daba a conocer un acuerdo por el que finalmente el crack se quedaba en el país hasta el Mundial de España 1982 y se deshacía su pase a la Juventus, aunque el directivo se negó de plano a otorgar las cifras.

Tras el Mundialito, conmovió la noticia del pase de Maradona a Boca Juniors por 11.000.000 de dólares y el pase de varios jugadores de Boca, que tres años antes habían sido campeones

intercontinentales, a Argentinos Juniors. Se había fijado un valor especial para determinar la cotización del dólar, en tiempos cambiantes por la recordada "tablita" del ministro de Economía Martínez de Hoz, y entonces a esta cotización se la llamó "Maradólar". El pase, junto con los de Miguel Brindisi, Ariel Krasouski, Osvaldo Escudero, Carlos Morete y el regreso de Marcelo Trobbiani, provocó una enorme expectativa en un nuevo Boca de la mano de su nuevo presidente, Martín Benito Noel —quien ya había tenido protagonismo en la AFA en tiempos de la anterior dictadura —, que había destronado a Armando en las elecciones presidenciales del club a fines de 1980.

No parecían cifras para ningún club argentino ni para un mercado como el del fútbol nacional, aun cuando deportivamente la operación podía resultar un éxito. José María Suárez lo tenía muy claro:

"Comenzaré afirmando rotundamente que pagar 11 millones de dólares por una transferencia, es una barbaridad con todas las letras. Un insulto a la razón. Un disloque monetario que merece la intervención de algún funcionario cuerdo —alguno debe haber— que pida cartas en el asunto e investigue qué hay verdaderamente detrás de esta para mí evidente maniobra engatusante. De inmediato afirmo que Boca Juniors no puede comprar a Maradona porque no tiene un cobre para semejante inversión y porque al tiempo de las tramitaciones no conoce su auténtico estado financiero, dado que la auditoría contable encabezada por el Dr. Noel no concluyó su tarea. Sin embargo, y sin poner los ojos siquiera encima de las tapas de su contabilidad, no temo errar si arriesgo alrededor de 7 millones verdes en el rubro "cuentas a saldar". Entonces, si Boca no puede comprar por falta de dinero, ¿quién compra en nombre de Boca? Particulares que prestan el dinero o invierten en Maradona como invertirían en la negociación de un caballo, una financiera, o un puñado de mujeres para hacerlas trabajar de "yiros" en burdeles de Centroamérica. Si es así —todo el mundo sabe que es así y hasta conocen los nombres de quienes entregarían la guitarra— se estaría violando sin rubor alguno el artículo 249 del Reglamento de la AFA con una tramoya a la vista.

El artículo mencionado reza: “Queda total y absolutamente prohibido, bajo pena de nulidad, la cesión de contratos a favor de personas físicas o de empresas o entidades que no intervengan directamente en la disputa de torneos oficiales de la AFA”. Va de suyo, pues, que si Maradona pasa de Argentinos Juniors a Boca Juniors debe figurar la compra en los libros de Boca Juniors y debe figurar también la procedencia del dinero (que debe ser de Boca o de un banco autorizado a prestar dinero) sin que se dé participación alguna ni figure en parte alguna tampoco nombre de persona física, empresa o entidad ajena al fútbol o al círculo financiero controlado por las autoridades económicas de la Nación. De no procederse así, hay matufia, hay delito, hay cementerio para Boca Juniors, hay trampa, hay desvergüenza.[285]”

Con el tiempo, Maradona fue campeón con Boca en el torneo de Primera División de 1981; jugó también el Nacional de ese año, en el que River, para no ser menos, trajo desde España a Mario Kempes, al que hizo bajar de un helicóptero al Monumental en su presentación y quien ganó ese segundo campeonato. Boca llegó prácticamente a una situación de quiebra institucional apenas dos años más tarde.

Pero Maradona otra vez se vio postergado de jugar el Nacional de 1982 (que se invirtió con el Metropolitano a raíz del Mundial de España de mitad de año) por la decisión de Menotti de concentrar cuatro meses antes del torneo a los jugadores mundialistas. Tanto en la Selección Nacional como en la política de los clubes aparecían situaciones absurdas, sumadas a la eterna falta de ideas, que irían marcando más adelante los pasos de la AFA.

La Selección Juvenil debía viajar a México para disputar la Copa João Havelange (fue subcampeona). Menotti no fue, pero tampoco se encontraba quién quisiera presidir la delegación. Finalmente, convencieron al presidente de Platense y miembro del Comité Ejecutivo, Alfredo Ginnani, quien solo permaneció unos dos o tres días porque se lesionó Torres, el arquero de River, y prefirió regresar con él. Al regresar la delegación a Ezeiza, solo la esperaban Grondona, el maestro de juveniles Duchini, algunos asesores de Grondona y algunos integrantes de la comisión de Relaciones

Públicas de la AFA, pero nadie del departamento de Selecciones Nacionales ni tampoco volvió con el equipo su director técnico, Saporiti.

José María Suárez —cuándo no— recordaba que Boca y River “le sacaron ventaja al torneo solicitando y obteniendo insólitamente que la AFA les habilitara a Tarantini y Krasouski, respectivamente, para jugar en la Primera División de sus equipos por los lesionados Torres y Cechi —este último ni siquiera se sentó en el banco de suplentes en México— cuando ninguno de los dos chicos jugaría hoy en las primeras de Boca y River, ni aunque sus técnicos dictaran las formaciones absolutamente en curda o que ambos juveniles vendieran salud al por mayor”[286].

En ese mismo 1981 en que Boca adquirió a préstamo el pase de Maradona, el Banco Central le cerró todas las cuentas por cheques sin fondo, pero otro hecho conmovió al fútbol argentino y mundial: San Lorenzo de Almagro descendió a Primera B por primera vez en su historia tras años de crisis y luego de haber perdido su estadio, el Gasómetro de Boedo, en 1979. El descenso se produjo el 15 de agosto al perder 1-0 contra Argentinos Juniors, y sus dirigentes publicitaron una acción para ganar los puntos por supuesta mala inclusión del arquero Mario Alles, pero su propio jugador Daniel Aparicio Godoy había jugado en las mismas condiciones[287].

Grondona utilizaba como uno de los argumentos de supuesta neutralidad y honestidad el hecho de que, bajo su gestión, casi todos los clubes grandes descendieron; el ciclo comenzaba, pues, con San Lorenzo, en lo que sería una espiral del mal uso de los recursos económicos y las pésimas administraciones sin ninguna clase de castigo por parte de la AFA, que nunca tuvo una política concreta para que la situación cambiara radicalmente.

Por esos días, también comenzaron a circular en aumento los rumores y las versiones de doping en el fútbol argentino, que se iba deteriorando día a día, aunque la cara de la Selección, la externa, era la que de a poco lo sostenía. Rubén Oliva, médico de la Selección Nacional, dijo por entonces que el doping “era general en el ambiente” cuando él se integró a su trabajo en la Selección, aunque luego lo desmintió y afirmó que el periodista había interpretado mal. También un crack de los años sesenta y setenta,

Luis Artime, afirmaba que en el fútbol “todo el mundo” se dopaba y luego lo desmintió cuando fue citado por el Tribunal de Disciplina de la AFA. El propio jefe del Departamento Antidoping de la AFA, Mario Roldán, aseguró que “semana tras semana son numerosos los casos de análisis sospechosos o dudosos”.

“Cuando suspendieron a Francisco Sa —con varios títulos en Boca Juniors entre 1976 y 1978— por tres meses y al masajista de Boca por siete, ¿a nadie se le ocurrió investigar quién ordenó la compra de los estimulantes?”, se preguntó Suárez[288]. Pero no había respuesta.

Se acercaba el Mundial de España de 1982 y la Selección Argentina parecía ser candidata natural. Con la base de los campeones del mundo de 1978, despojada de la mochila que significaba haberse coronado cuatro años antes, con el agregado de algunas figuras del Mundial Juvenil de 1979 (dos años más tarde, había fracasado en Australia con otro muy buen equipo pero ya sin Menotti en el banco, sino con Saporiti en su reemplazo) y con la dupla Maradona-Kempes en el equipo, era natural que fuera candidata a repetir el título.

Antes de viajar al Mundial de España, se conoció que tras él Maradona sería traspasado al Barcelona, en una operación que involucraba tanto a Boca como a Argentinos Juniors, lo que acabó movilizando a la prensa internacional, que se estableció en una de las propiedades junto al equipo de Menotti.

Aún en Argentina, el plantel albiceleste había sido visitado por el entonces presidente de facto Leopoldo Fortunato Galtieri, quien buscó a Menotti para abrazarlo y sacar réditos de la situación. Argentina había entrado en una insensata guerra con Inglaterra por las islas Malvinas desde el 2 de abril, cuando la dictadura ya no hacía pie por cuestiones económicas y con marchas masivas en su contra, y uno de los últimos manotazos de ahogado había sido invadir las islas para provocar la adhesión popular. El Mundial de España, entonces, podía significar otra vez una situación aprovechable, y especialmente si se concretaba la muy difícil hipótesis de que Argentina e Inglaterra tuvieran que enfrentarse en el campo de juego.

A partir de esas situaciones, fue que en principio se pensó en la posibilidad de que un grupo de barras bravas viajara con la excusa de “apoyar” a la Selección Argentina en España, pero la idea original era que funcionaran como fuerza de choque contra consignas “antiargentinas” de los exiliados políticos, para lo cual se consiguió dinero de distintas marcas “auspiciantes”, como Adidas, Quilmes, Coca Cola y hasta Amalia Lacroze de Fortabat[289], y con contactos hechos por los propios dirigentes del fútbol, como Rafael Aragón Cabrera (River) y Francisco Ríos Seoane (Deportivo Español), reconocido por el propio líder de los violentos, Carlos de Godoy, más conocido como “El Negro Thompson”, de Quilmes.

Boca y River empataban 0-0 en la Bombonera en un domingo gris con escaso público, mientras la guerra continuaba en el sur y Charly García pedía en una de sus canciones emblemáticas que “no bombardeen Buenos Aires”. En ese torneo Nacional, Ferrocarril Oeste consiguió su primer título como consecuencia de un trabajo de largo alcance con su director técnico, Carlos Griguol, y luego de haber sido subcampeón de Boca y de River un año antes.

Ferro, presidido por Santiago Leyden (a quien Lacoste reemplazó en la Conmebol), parecía la contracara de tantos clubes mal administrados que seguían compitiendo sin sanciones ni demandas de la AFA, aunque no pagaban sus deudas y continuaban contratando jugadores y concentrando a sus planteles en hoteles de lujo que luego no podían abonar. Tanto Boca como River ya aparecían en crisis tras el enorme gasto del año anterior, sin buenas campañas en la Copa Libertadores. Racing se mantenía a duras penas y entró en crisis un año más tarde hasta descender de categoría, como consecuencia de años de desastres administrativos, mientras que Boca sería intervenido por el Estado.

La Selección Argentina se concentró en Villajoyosa, en las playas de Alicante, en un clima demasiado relajado para una Copa del Mundo, y siempre con algunos problemas entre los jugadores y la prensa. Si bien tuvo algún encuentro espectacular, como ante Hungría por la fase de grupos, no encontró ni la continuidad, ni la concentración, ni la exigencia de cuatro años antes y acabó última en el grupo de la segunda fase ante Italia y Brasil. En el primero de los dos partidos, Maradona sufrió la famosa y violenta marca de

Claudio Gentile sin que el árbitro tuviera el rigor necesario.

Al regresar del Mundial, las cosas ya serían de otro modo para el fútbol argentino. Buena parte de la prensa había perdido la paciencia con Menotti, al que no le perdonaban ni siquiera que no regresara con el equipo a Buenos Aires. Grondona, en otra demostración de picardía, ya no le ofrecía a Menotti los mismos contratos que antes, pero para no pagar el costo político de echarlo o no renovarle, le ofrecía una suma sustancialmente menor a la anterior, con el consiguiente rechazo del director técnico, que en poco tiempo se fue al Barcelona a dirigir nuevamente a Maradona.

El equipo de moda era Estudiantes de La Plata, que había ganado muy bien el Metropolitano de 1982 bajo la dirección técnica de Carlos Bilardo. Este se convertía en el candidato más firme para suceder a Menotti.

La dictadura, con la derrota de Malvinas, había entrado en una crisis terminal y la sociedad civil pugnó con más fuerza hacia el retorno de la democracia.

8

Grondona, la democracia y el Mundial de 1986 (1983-1989)

Don Julio

Cuando Raúl Alfonsín asumió la presidencia argentina en diciembre de 1983, el fútbol rápidamente entendió que se trataba de un cambio de época. Era todo muy distinto a los años de plomo y, por lo tanto, había que volver a renovar el pelaje.

Julio Grondona, con sus 52 años, ya se había establecido en la presidencia de la AFA, aunque sus problemas eran los mismos de siempre: por un lado, clubes con deudas inexplicables tras haber sido salvados una y otra vez por distintos mecanismos ideados para tironear al Estado en busca de nuevas prebendas y, por otro, la búsqueda de estabilizar por fin la Selección Argentina, tras años de caos y un retroceso en el Mundial de España luego de ganar la Copa del Mundo en 1978.

Grondona se presentaba como el humilde ferretero de Sarandí que había ido ascendiendo como dirigente en el fútbol: primero, como fundador de Arsenal el 11 de enero de 1957, junto a su barra de amigos, con quienes decidió usar los colores rojo y celeste para mostrar equilibrio entre Independiente y Racing, debido a que había hinchas de ambos equipos; luego, pasando por una etapa deportivamente exitosa en Independiente, en coincidencia con los años de las Copas Libertadores y, en especial, con el reinado de un crack inigualable como Ricardo Enrique Bochini; y, por fin, llegando a la AFA en 1979 en la parte final de la dictadura y siendo un representante del “Partido del Fútbol”, y no de sello político alguno.

Era habitual que posara para algunas entrevistas desde su negocio “Lombardi y Grondona, materiales para la construcción y artículos para el hogar”, que existía desde 1923, una empresa familiar que había sido fundada por su padre, que falleció joven y que obligó a “Don Julio” a abandonar sus estudios de ingeniería para dedicarse a trabajar y ayudar a los suyos.

Sus dos hermanas, María Elena (Malena) y Marta Alicia, se casaron con jugadores de Arsenal. Su hermano Héctor (con quien se distanciaría) fue presidente de Arsenal y de Independiente, su hijo Julio también llegó a la presidencia de Arsenal y su otro hijo, “Humbertito”, fue jugador y director técnico. Su sobrino Gustavo también fue jugador del club de Sarandí. Hasta su esposa Nélida trabajó en el mostrador de la ferretería, que ocupa hoy las dos veredas de Independencia al 500, a pocos metros de la avenida Belgrano y a diez cuadras de la avenida Mitre en Avellaneda.

Llegó a jugar en la Cuarta de River y hasta fue al banco de la Primera ante Banfield durante la famosa huelga de 1948. Arsenal llegó a la AFA el 3 de marzo de 1961 en la que entonces se denominaba categoría Aficionados. Ya en 1962 jugaba en Primera C, y en 1964, en Primera B. Nunca descendió.

Poco tiempo después, llegó su etapa como dirigente en Independiente, coincidiendo con la inauguración del estadio de Arsenal sobre terrenos que pertenecían a la Dirección General de Puertos, el 22 de octubre de 1964. Con el aprendizaje del caudillismo de Avellaneda, tomando elementos de su admirado Herminio Sande (padre), llegó a presentarse a la presidencia el 11 de julio de 1976 y se impuso con la Lista Roja por 5.024 votos contra 2.176 de la Agrupación Independiente, que era la oficialista cuando el club venía de ganar cuatro Copas Libertadores seguidas y parecía imposible una derrota. Un año más tarde, tomó la Secretaría de Hacienda y Finanzas de la AFA y se convirtió en miembro del Comité Ejecutivo, lo que le daría la plataforma final para llegar al máximo cargo dirigencial del fútbol argentino. De hecho, Grondona fue quien renovó el contrato con César Menotti una vez que la Selección Argentina ganó el Mundial de 1978.

Grondona solía definirse como “radical de toda la vida”[290], lo que le sirvió mucho en el nuevo tiempo que llegaba en Argentina. Y, en verdad, no solo se definía como radical, afiliado en 1962, sino que además había militado en el movimiento Renovación y Cambio, de Alfonsín, aunque había sido derrotado por el sector de Ricardo Balbín en las internas de 1972. Su llegada a Renovación y Cambio se debió a su reconocimiento a Victorio Daste, un caudillo de Sarandí “que había hecho mucho por Arsenal”. Luego Grondona

siguió su camino[291].

Si bien durante la dictadura se había mantenido en silencio, una vez que esta se terminó enseguida se dedicó a aclarar que nunca había tenido nada que ver con los militares y hasta puso un ejemplo: “Yo le puedo asegurar que nunca anduve con los diferentes gobiernos. En el ’76 los militares me quisieron imponer como candidato a intendente de Avellaneda. El que me lo pidió fue un tal coronel Fernández, que venía de Salta. Le dije que no. Zafé sin quedar mal, al estar las paredes pintadas con mi nombre como candidato a presidente de Independiente. Y en el ’83 tampoco quise la intendencia que me ofreció Alfonsín”[292]. Y remataba con una sentencia que siempre mantendría de allí en adelante: “A mí me eligieron los clubes, no el vicealmirante Lacoste”[293].

Al asumir en la AFA, debió ser reemplazado en Independiente por otro dirigente de la Lista Roja, Pedro Iso, aunque el panorama no era el mejor. Cuando en abril de 1979 fue avalado por el hombre fuerte del fútbol, el marino Carlos Lacoste, para presidir la AFA, pareció que poco importaban ciertos antecedentes de Grondona en sus distintas etapas como dirigente.

Cuando era presidente de Arsenal, había estado suspendido por dos años por insultos a José Filachione, árbitro del partido entre Arsenal y Nueva Chicago en la Primera B en 1969. Ya era precandidato por la Lista Roja a la presidencia de Independiente para las elecciones de 1970 y tuvo que renunciar.

Como presidente de Independiente, estuvo suspendido por dos meses tras el escándalo del partido en el que su equipo visitó a All Boys en 1977. En el expediente 15163, consta que el Tribunal de Disciplina le aplicó el artículo 246 del Reglamento de Transgresiones y Penas “por actitud reprobable”. Ganaban los de Floresta 1-0 cuando fue agredido el juez de línea Carlos Aranguren. Grondona presionó al árbitro Aldo Ottone para que el partido siguiera, entrando a su vestuario, aun cuando hasta el médico Luis Pintos había certificado que el línea no podía seguir jugando.

“Recuerdo que cuando se enteró de que Grondona fue designado presidente de la AFA, Ottone dijo ‘estoy frito’”, y efectivamente lo primero que hizo Grondona fue darlo de baja”, comentaba el

experimentado periodista Juan Presta, que cubrió la actividad de la AFA entre 1981 y 2003, fue presidente del Centro de Periodistas Acreditados (CEPA) en la AFA y tuvo una columna sobre el tema, titulada, “Fútbol sin pelota”, en el diario Tiempo Argentino entre 1984 y 1986.

Presta, que tuvo duras discusiones con Grondona a lo largo de sus años como periodista en la AFA, lo definió como “el mejor dirigente de la historia del fútbol argentino por un lado, y por otro, fue un tipo que manejó la AFA como si fuera su propia empresa y no hubiera ni siquiera accionistas ni personal. Y eso hizo que los enemigos de él fueran los de la AFA, y sus amigos, los de la AFA. Por eso a algunos tipos se les toleraba todo y a otros se los combatía de cualquier manera. Por eso, había tipos que pasaban de amigo a enemigo y tipos que pasaban de enemigo a amigo”[294]. Presta puntualiza que, al principio de su mandato, “Grondona no gobernaba. Eran tiempos en los que los campeonatos comenzaban con dos descensos y terminaban sin ninguno, o anulaban los descensos después de que los equipos descendían. En eso, Grondona fue muy pragmático. Se puso en el Estatuto que los descensos se tenían que modificar en la Asamblea con tres cuartas partes de los votos, y de esta manera era muy difícil conseguir un consenso tan grande para modificar los descensos”[295].

Tras su primer período como presidente hasta 1983, Grondona fue reelecto hasta 1987 con el voto de los treinta asambleístas, y se acomodaba para la nueva etapa radical. Dos de los principales tópicos que tenía que enfrentar para el inicio de la democracia eran la eterna deuda de los clubes y el comienzo de un nuevo ciclo con la Selección Argentina, con miras al Mundial de México de 1986 y con el auge de Diego Armando Maradona, ya en el fútbol europeo, primero en el Barcelona y luego, desde 1984, en el Napoli, con todo el peso que iba adquiriendo su condición de estrella planetaria en ascenso.

Grondona había logrado terminar con la etapa de Menotti tras la desilusión del Mundial de España de 1982. Maradona llegó a quejarse amargamente del aburguesamiento y del aburrimiento de esa Selección Argentina, y subió la apuesta al calificar de “nefasta” la preparación física por la “sobreexigencia”.

Grondona sabía todo lo que había ocurrido en España, pero prefirió no entrar en polémicas con Menotti y entonces derivó la situación al terreno económico: “Si tenemos que elegir entre lo económico y lo deportivo, elegimos lo económico”, fue su explicación. Menotti rechazó la oferta; con el final de su ciclo, se abrió otro para la contratación de Carlos Bilardo en febrero de 1983. “A Menotti lo heredé, a Bilardo lo elegí”, solía decir cuando se le consultaba por ambos. Puede decirse que, con la asunción de Bilardo, que había ganado muy bien el torneo argentino de 1982 con Estudiantes, Grondona tuvo al director técnico que quería. Incluso apareció asociado a él, respaldándolo en momentos muy complicados, en especial entre el final de la sufrida clasificación y los meses previos al propio Mundial de México.

Ya aparecía con nitidez lo que luego sería una constante respecto de la política a seguir en relación con las selecciones nacionales: no había una línea determinada de juego, una filosofía determinada que se mantuviera en el tiempo, sino un absoluto pragmatismo basado en resultados. Como se vería más adelante, Bilardo resultaba absolutamente funcional a los negocios que el grondonismo fue imponiendo en la AFA.

Bilardo aparecía entonces con un discurso muy distinto al de Menotti. Había decidido pegar un volantazo y cambiar mucho de lo que se había hecho hasta entonces. Quiso comenzar de nuevo con un grupo joven, con base en los equipos que dominaban los torneos locales: Estudiantes (equipo al que había dirigido y que había repetido el título en el Nacional de 1983, ahora con Eduardo Manera de director técnico), Ferrocarril Oeste (dirigido por Carlos Griguol, que era resistido por una parte de la prensa, que lo consideraba un equipo mecanizado pese a que atacaba con tres delanteros) e Independiente (con una pretensión más estética). A ellos se sumaron algunas estrellas que participaban en equipos europeos, si bien Bilardo fue taxativo a la hora de las definiciones: en el ciclo anterior, Diego Maradona no había tenido tanta cabida, en parte por ser muy joven y en parte por el vedetismo del director técnico; ahora había un acuerdo con Grondona para que Maradona fuera la estrella y todo girar en torno a él.

Antes de México 86

La conclusión que sacaron Grondona y Bilardo fue que Maradona no había sido aprovechado lo suficiente, porque no se lo había reconocido como lo que era: una auténtica estrella. Eso debía cambiar. Así fue que en 1984, Bilardo afirmó desde el exterior, por una gira de la Selección, que “yo fui claro cuando hablamos en Buenos Aires. El único que tiene el puesto seguro de los que están afuera es Maradona. Los demás casos los voy a resolver cuando lleguen las eliminatorias. Eso se lo dije a Passarella, a Calderón, a Valdano”[296].

Enojado, Passarella optó por llamar a la sección Deportes del diario Clarín, antes sostenedora de Menotti y en la vereda opuesta a Bilardo, en vez de comunicarse con el director técnico. Así de complicadas estaban las cosas cuando se acercaba el grupo clasificatorio para el Mundial, que era lo único que le interesaba a Bilardo en cuatro años de su ciclo, según sus propias declaraciones.

El rendimiento no era bueno y las críticas no tardaron en llegar. Desde Calcuta, donde la Selección Argentina participaba de la Copa Nehru, Bilardo sostenía que “el mediocampo todavía no funciona. Se les da por irse todos al ataque y quedamos descompensados. Giusti y Burruchaga [dos de sus jugadores] en Independiente lo pueden hacer tranquilos porque allá hay tres o cuatro delanteros peligrosos y Villaverde va solo, corta, anticipa y listo”[297]. A lo que, con ironía, la revista Humor respondía que “criticar a Bilardo por (José) Ponce u (Oscar) Garré es como decirle a alguien que no te gusta la lámpara del living cuando en realidad, el adefesio es la casa […] en otros lados no se comerá vidrio. Pero aquí, y sobre todo en la AFA, se mastica de lo lindo”[298].

En las clasificatorias sudamericanas para México 86, el equipo argentino debía luchar por una plaza ante Venezuela, Colombia y Perú. Había logrado todos los triunfos en sus cuatro partidos ante Venezuela y Colombia, pero eran mejores los resultados que el

rendimiento. Era un equipo muy nervioso que conocía su obligación de clasificarse y que contaba con el veterano Ubaldo Fillol en el arco y con jugadores de carácter en la defensa, como el propio Passarella, Enzo Trossero, José Luis Brown u Oscar Ruggeri.

Cuando Passarella llegó desde Italia para sumarse a la delegación en San Cristóbal, Venezuela, Bilardo, tras saludarlo, le indicó que siguiera los movimientos tácticos de Brown, lo que provocó la reacción indignada del ex capitán argentino, que había perdido la cinta en manos de su hasta entonces amigo Maradona. Fue así que el director técnico amagó con llamar a Grondona para trasladarle la inquietud. Pero todo quedó en anécdota, en especial después de que el equipo argentino se impusiera 2-3 con dos goles de Maradona y otro del propio Passarella.

La tranquilidad de los primeros resultados viró en preocupación primero y en angustia al final. La Selección Peruana quedó a tres puntos de Argentina[299] a falta de los dos partidos entre sí. La derrota en Lima dejó todo para la última fecha. En Buenos Aires, en un partido sumamente nervioso y a falta de 15 minutos, el equipo de Bilardo perdía 1-2 y estaba siendo eliminado de la Copa del Mundo. La sombra de lo ocurrido en la Bombonera en 1969 ante el mismo equipo, y también para un Mundial en México (1970 en aquel caso), se posaba sobre un Monumental que temía lo peor, cuando una corajeada de Passarella, desafiando a la propia orden de Bilardo de quedarse en su campo, finalizó con el agónico empate de Ricardo Gareca y la clasificación.

Este autor, muy joven en ese momento, tuvo tras el partido un duro incidente con el propio Grondona en la entrada del vestuario argentino, producto de lo irritado que estaba el dirigente y de una pregunta acaso demasiado fuerte —si ya podía realizar un primer balance de la clasificación— para el momento que se vivía. Un presidente de la AFA desencajado, transpirado y con el primer botón de su camisa desabrochado pese a la corbata respondió a los gritos, con las mejillas coloradas de ira. Algunos jugadores y periodistas tuvieron que separarlo del entrevistador, con quien tendría luego varios desencuentros futuros.

Pero ni siquiera el pasaje a México atenuó las críticas hacia el juego de un equipo que parecía tender a la mecanización y depender en

extremo de que el genio de Maradona frotara la lámpara. Mientras tanto, dos sectores de la prensa, identificados unos con el ciclo anterior de Menotti y otros, "pragmáticos" y tacticistas, con Bilardo, se enfrentaban duramente día a día.

La Selección Argentina tampoco encontró el rumbo en una serie de amistosos. La crisis estalló cuando, antes de que Argentinos Juniors viajara a Japón por la Copa Intercontinental ante la Juventus, Raúl Alfonsín recibió al plantel de la Paternal el 18 de noviembre de 1985 y se llevó hacia un costado a los jugadores Claudio Borghi y Sergio Batista, ambos del equipo de Bilardo, para comentarles de su preocupación por el nivel del conjunto nacional. A los dos días, Bilardo le dijo al diario La Nación que tenía intención de entrevistarse con Alfonsín para explicarle los planes hasta el Mundial. El diario lo ilustró con Bilardo frente a un pizarrón y Alfonsín sentado escuchándolo con sufrimiento.

Por ese tiempo, Bilardo denunciaba "complots desestabilizadores" e involucraba al propio gobierno de Alfonsín. Se sentía víctima de "ataques que provienen desde esferas casi oficiales que fomentan un clima de desestabilización" y que representaban "intereses que van más allá del fútbol propiamente dicho", pues "no ignoran la trascendencia del Mundial, el valor que representa la AFA y el monopolio que ejerce el seleccionado en la opinión pública". Bilardo contaba al diario Tiempo Argentino que un periodista le había sugerido que se abrazara públicamente con Menotti "para neutralizar su influencia", con lo que el país recuperaría la calma, y el pueblo, la alegría (se vinculaba a Menotti con el funcionario de hacienda Ricardo Campero, por la amistad que tenían)[300].

En ese momento, a Bilardo se le criticaban sus cábalas, como las caminatas a Luján, o las camisetas bendecidas por el padre Alberto, de La Plata, o que un colaborador orinara en el vestuario rival (en Sudamericano juvenil de Bolivia), y hasta que mandara a alejar a seis integrantes del cuerpo técnico (Mogilevsky, Daguerre, Castro, Torrado, Flijer y Revoredo) y reclamara aliento a las barras bravas amigas (Estudiantes y Chacarita) durante la clasificatoria.

La distancia entre la estructura de la Selección Argentina y el Gobierno se iba profundizando en la medida en que también había otros conflictos con la Secretaría de Deportes, que en ese tiempo

dependía del Ministerio de Bienestar Social, por la enorme deuda de los clubes y por la creciente demanda de la AFA al Estado por mayores recursos. Justo en ese momento, a tres meses del Mundial de México el equipo de Bilardo cayó rotundamente en dos amistosos ante Francia y Noruega.

El secretario de Deportes, el ex rugbier Rodolfo O'Reilly, afirmó entonces que "la selección no juega a nada" y que no le agradaba "para nada" el estilo que Bilardo le daba al equipo. Los rumores sobre la posible destitución del director técnico estaban a la orden del día, y solo era defendido por un grupo de periodistas y por Grondona. Bilardo solía decir que en su vida había estudiado "dos carreras: Medicina y Clarín, para ver qué publicaban sobre mí día a día".

Alfonsín, en una reunión de trabajo y luego de tratar temas más importantes, llegó a preguntar (medio en broma y medio en serio) si aún se estaba a tiempo de algún cambio en la Selección. O'Reilly y Osvaldo Otero, el subsecretario de Deportes, de inmediato llamaron a Grondona a Zúrich para manifestarle el descontento del Gobierno, pero en Buenos Aires Eduardo Deluca, secretario general de la AFA, dijo que "no toleraremos la presión del Gobierno" (aunque sí parece que toleraron a Lacoste en la dictadura o que el Estado pusiera fondos de un nuevo PRODE, el Extra, para los clubes en penosa situación económica).

Hugo Santilli, presidente de River (que en ese mismo 1986 sería campeón de la Copa Libertadores y de la Intercontinental) y también vicepresidente de la AFA, a quien muchos sindicaban como candidato a suceder a Bilardo en el caso de que el "golpe" funcionara, luego dijo que "en un Estado democrático, no veo por qué el Gobierno no puede opinar sobre fútbol. Esto no fue una presión, y si lo hubiera sido, yo y otros integrantes del Comité Ejecutivo nos habríamos ido inmediatamente". Sin embargo, con el tiempo reconoció que había recibido un llamado de los funcionarios de la Secretaría de Deportes, que tenían la intención de que Menotti retornara a dirigir la Selección Argentina, pero se había negado de plano a aceptar y le había contado a Deluca, el secretario general de la AFA, lo que estaba ocurriendo. Este, a su vez, lo contó en la reunión del Comité Ejecutivo que respaldó a Grondona y a

Bilardo[301].

Grondona, que estaba en Zúrich, salió a respaldar también a Bilardo: “Siempre nos pusieron piedras en el camino, pero ahora ya son adoquines. No nos pudieron bajar antes y menos lo van a hacer ahora, cuando falta tan poco para el Mundial”. También fue importante el apoyo de Maradona, quien había recogido la cinta de capitán que por años llevaba Passarella: “Si Bilardo es removido de su cargo, tendrán que buscar otros jugadores para el Mundial”. Grondona remató ante la prensa: “Un jueves a la noche un fulano llamó a los dirigentes para que me echaran”. El golpe había sido abortado.

El propio O’Reilly lo recordó con una sonrisa con el paso de los años: “Lo llamé por teléfono y le dije: ‘Che, Julio, esto no se banca más’, y él me respondió: ‘Vos dedicate al rugby, que de esto no entendés un carajo’. El tema era algo que me había pedido Alfonsín en una comida. ‘¿Cuándo lo echás a Bilardo?’, me decía”[302].

Grondona intuía que el Gobierno no osaría meterse con él mismo, y si él respaldaba a Bilardo, todo terminaría allí, máxime con el apoyo de Maradona. De hecho, Grondona se había reunido con Alfonsín cuando este había ganado las elecciones y recibía a todos los futuros funcionarios en un hotel céntrico. “Raúl Alfonsín me confirmó en el cargo”, dijo en noviembre de 1983 luego de entrevistarse con el presidente electo[303].

Si bien se llegó a especular con que Fernando Alfonsín, el hermano del presidente, podía desembarcar en la AFA[304], e incluso el Partido Justicialista (PJ) proponía al dirigente Ramón Vinagre (Racing), ninguno de los dos candidatos tenía sustento.

El presidente de la AFA, fortalecido, de todos modos sabía íntimamente que la Selección Argentina dejaba muchas dudas y decidió intervenir en la propia lista definitiva de 22 jugadores para el Mundial. Bilardo dejó la lista en la sede de la AFA y brindó en el country de City Bell con algunos jugadores que a la mañana siguiente descubrirían que no estaban en ella: Ricardo Bochini, una debilidad de Grondona desde los tiempos de Independiente, y Daniel Tapia —se dijo que era porque Boca no tenía ningún jugador en el equipo, aunque jamás fue confirmado ni tampoco desmentido

— reemplazaban a Miguel Russo y Alejandro Sabella. “Yo vi la lista antes de que se hiciera pública. Si uno comete un error una vez, puede perdonarse, pero si persiste, es un estúpido”, admitió “Don Julio”. El Mundial estaba a la vuelta de la esquina.

Los clubes y la economía

Al poco tiempo de asumir Alfonsín, Grondona tuvo la posibilidad de pedir públicamente la eterna ayuda económica del Estado a los clubes en una fiesta anual del Centro de Periodistas Acreditados en la AFA (CEPA):

"Sería muy grande mi impericia si no aprovechara la oportunidad de expresarle a tan ilustre visitante algunas de las medidas concretas que podría el fútbol necesitar para consolidar su crecimiento. Por eso, señor presidente, abrazo como propios sus conceptos sobre la necesidad que tiene el país de transitar hacia la modernización, concepto este en el que el fútbol tiene aristas muy definidas. La primera de ellas, en el marco de las ideas tendientes a mejorar la competencia para generar, en el propio espectáculo, los recursos necesarios para mantenerlo y hacerlo crecer. En eso estamos trabajando y creo no ser aventurado en comparar los cambios que se pueden producir en los próximos años [...] con los que significó para el fútbol la irrupción del profesionalismo allá por los años treinta. Pero en la segunda de esas aristas es en donde, señor presidente, necesitamos de su comprensión y es en cuanto a la posibilidad de incrementar los recursos del PRODE como verdaderos protagonistas del mismo y responsables de dar cumplimiento a la innegable función social que las instituciones han desarrollado a través de los años y que es la de dar deporte."

Alfonsín subió al escenario y le respondió: "Estoy acostumbrado a reuniones de muy distinta índole en cámaras empresarias, sindicatos, y siempre, desde luego, en un país en crisis, aparece el pedido, el reclamo siempre justo, porque cuando atravesamos momentos como los que vivimos, todos los sectores tienen algún reclamo que efectuar. Yo esperaba salvarme en esta oportunidad

pero es imposible, es como un sino fatal. De todos modos, vamos a ver qué se puede hacer en esto”[305].

Los clubes seguían con enormes deudas, pese a que los rubros, con el tiempo, se habían diversificado. La TV significaba un ingreso mucho más fuerte que en el pasado, y de a poco iba apareciendo el marketing asociado al fútbol, pero siempre sucedía lo mismo: los recursos podían ser mucho mayores, pero los gastos siempre iban por delante y las malas administraciones abundaban sin que la AFA tomara medidas concretas contra ellas; más bien lo contrario: alargaba su agonía.

Un estudio de 1985 reflejaba los cambios producidos en cuanto a los ingresos de los clubes que participaban en los torneos de fútbol. Si el balance de 1937 indicaba que el 59% de los ingresos provenían de las recaudaciones de los partidos (la AFA se quedaba con el 6%), en 1985 era de apenas el 14% debido a la TV, la venta de jugadores al exterior, el marketing incipiente y las ayudas estatales que siempre habían salvado a la industria[306].

De cualquier modo, la cantidad de espectadores por partido seguía descendiendo, si tomamos los últimos lustros. El promedio del período 1971-1975 había sido de 8.300; para el de 1976-1980 bajaba a los 6.488, y para el de 1981-1985, a 6.200. Una diferencia sustancial.

Además de los deficientes espectáculos, debido a que el fútbol argentino se había convertido en exportador neto, especialmente desde que en 1982 se reabriera el mercado de pases con Italia, había que agregar la violencia que generaba el propio fútbol argentino, desde su discurso resultadista, que olvidaba el espectáculo, hasta un sistema que iba cerrando y en el que ese discurso era funcional al negocio.

En 1984, el dirigente de Boca Héctor Martínez Sosa hizo un cálculo del porcentaje que le tocaría a cada equipo de acuerdo al historial de los últimos años en cada enfrentamiento entre sí. Por ejemplo, Independiente debía llevarse el 65% del total como local y el 51% de visitante ante un determinado rival. Mientras que a Independiente, contra Boca, le tocaría el 43% como local y el 30% como visitante. Desde ya que, como tantas otras veces, los clubes

chicos se resistieron y el proyecto no cuajó, pero los grandes insistirían en los años noventa.

El panorama económico de los clubes era muy preocupante. Racing jugaba en Primera B; Boca había sido intervenido por la ruinosa operación que había significado endeudarse en dólares por el pase de Maradona en 1981; Huracán se encontraba en concurso de acreedores, y muchos no pagaban sus gastos, debían meses de sueldos a los planteles y hasta algunos concentraban a sus equipos en hoteles y luego no pagaban.

Ya se comenzaba a señalar el contraste entre una AFA rica —que recibía fondos pero no tenía que fichar jugadores, abrir estadios, pagar operativos policiales ni a sus jugadores— y sus clubes pobres; o que Boca, en su dramática situación, empujaba a todos los demás clubes a hacer solicitudes de ayuda a la AFA para que esta las trasladara al Gobierno.

Según datos que manejaba por entonces el Concejo Deliberante, los clubes mantenían una deuda con la Municipalidad de Buenos Aires de 101.287.085,96 pesos argentinos[307].

En los clubes del Interior, la queja no era menor. Muchos de los que lograban la migaja de participar en los torneos nacionales solo podían solventar los gastos con ayudas de los gobiernos provinciales. En el Nacional de 1984, 1.500 hinchas de Unión Pinedo acompañaron al equipo desde Chaco para alentarlo contra San Lorenzo en Buenos Aires y declararon que lo hicieron "gracias al esfuerzo del club y del Gobierno provincial". Además, dijeron en los medios que lo único que habían tenido que pagar había sido la comida en el camino. Si se calcula que en ese torneo Unión Pinedo debió jugar en Mendoza y ante Temperley en el Gran Buenos Aires, ¿cuántos fondos públicos provinciales se destinaron a sostener a los hinchas en vez de hacerlo en otras necesidades básicas?

Aun con todas las deudas, operativas y generadas por años de pésimas y repetidas malas administraciones, los clubes seguían contratando jugadores sin recurrir a sus divisiones inferiores, a las que mantenían nada menos que con nueve categorías. Para 1984, Estudiantes de La Plata tenía 3 jugadores de inferiores sobre 19 de su plantel total de Primera; Argentinos Juniors, 4 de 20; San

Lorenzo, 5 de 22; Atlanta, 4 de 18; Boca, con una deuda de 4.000.000 de dólares, 8 de 21; River, también con gran deuda, 8 de 21; Olimpo de Bahía Blanca tenía 2 jugadores de sus divisiones inferiores; Unión Pinedo de Chaco, 3; Ferro de General Pico, La Pampa, 2; Instituto de Córdoba, 2; Altos Hornos Zapla de Jujuy, 2; Central Norte de Salta, 4; Atlético Tucumán, 5. Por el contrario, Rosario Central tenía 12, Newell's Old Boys 18 y Ferro 16[308].

La AFA, con la circunstancia del cambio en el mercado mundial, en especial desde 1982, cuando se reabrió después de años la posibilidad de exportar jugadores a Italia (Sergio Elio Fortunato fue el primero en emigrar), decidió entonces volver a cambiar el formato de los torneos para pasar, desde la finalización del Nacional de 1985, al mismo sistema que el de los europeos, desde agosto a mayo. La idea era que, organizando campeonatos paralelos a los del centro del mundo del fútbol, las chances de transferir jugadores serían mucho mayores, sin que los clubes estuvieran limitados por diferencias temporales en los libros de pases, o para no perder a sus mejores valores en plena competencia. También se explicó que, al coincidir los recesos con los europeos, los equipos argentinos serían más fácilmente invitados a jugar los torneos de verano en Europa, que no solo generaban grandes ingresos (y la posibilidad de muchos directivos de viajar a lugares soñados), sino que además, de paso, daban la posibilidad de mostrar allí jugadores para que los empresarios o los dirigentes europeos los vieran y pretendieran ficharlos.

Este cambio fue medular para el fútbol argentino hasta el día de hoy, porque implicó una absoluta genuflexión hacia el fútbol europeo, no solo en el calendario, sino también en cuanto a la dependencia de él como factor cultural. Ya no importó si se jugaba con frío o con calor, si era lógico que no se jugara en meses aptos para hacerlo, como suelen ser junio, julio y parte de agosto en Argentina; en cambio, los campeonatos empezaron a jugarse muy temprano en febrero, con muchísimo calor, para adaptarse al fútbol europeo.

Desde ese momento y para siempre, los clubes argentinos pasaron a reconocerse como entidades "de paso" para recalar en el destino soñado, el de los principales clubes de Europa, que comenzaban de

a poco a verse por la TV, especialmente la ascendente Liga Italiana, en la que ya jugaba Diego Maradona. De a poco, esto iría mostrando a los argentinos diferentes sistemas de juego ofensivos, que ya iban desapareciendo del fútbol local por el discurso en aumento del “pragmatismo” y el “resultadismo”, como si en todas las épocas anteriores no se hubiera perseguido el objetivo de ganar.

También, a partir de esta dependencia de los calendarios del fútbol europeo para venderles jugadores, se profundizó el privilegio del negocio por sobre el del juego, debido a que finalmente serían los sistemas tácticos europeos los que impondrían las necesidades de los clubes argentinos de producir jugadores en determinados puestos de la cancha y no en otros, alterando por completo una larga tradición de una determinada estética en el juego que caracterizó siempre a los conjuntos nacionales.

Asimismo, esta nueva modalidad de un torneo anual argentino de Primera División eliminaba con sutileza los campeonatos nacionales que se disputaban hasta ese momento y desde que los implementara el interventor de la AFA Valentín Suárez en 1967. Es decir que la mayoría de los equipos del interior del país, excepto los que habían llegado a la Primera por la disposición 1309, se quedaban sin chances de competir con los clubes de mayor tradición de Buenos Aires y alrededores.

Pero si el formato de los torneos argentinos cambió desde mediados de 1985, la gota que rebalsó el vaso y colmó la paciencia fue la disposición de la AFA de un largo receso entre el Nacional de 1985 y el torneo 1985-1986 de Primera, debido a la disputa del grupo clasificatorio para el Mundial de México de 1986. La idea era seguir con aquella política de darle prioridad a la Selección Nacional, que comenzara en 1975 con César Menotti. A pesar de que la AFA compensó con un reembolso para los clubes por la prolongada inactividad, las consecuencias fueron desastrosas. No hubo interés por los amistosos y hasta un Superclásico debió suspenderse por escasísima asistencia de público.

“¿A quién se le puede ocurrir que en Inglaterra, Italia o Alemania los clubes entreguen sus figuras un año antes de las eliminatorias?”, se preguntaba el presidente de Ferro, Santiago Leyden, mientras que Santilli, el presidente de River, enfatizaba que “con este receso,

River pierde 200.000 dólares. Estoy de acuerdo en otorgarle la prioridad a la Selección, pero el campeonato podía haber seguido, afectando a los jugadores únicamente para las eliminatorias". Eduardo Actis, de Temperley, admitía que el receso "fue un error, nos hemos equivocado los dirigentes". J. J. González, de Huracán, no podía ser más gráfico: "Sufrimos un pedido de quiebra de Futbolistas Argentinos Agremiados (FAA) y como no teníamos de dónde sacar dinero para frenarlo recurrimos a la AFA, que nos prestó 10.000 bonex […] pero enseguida nos quitó el porcentaje que nos correspondía por el PRODE. Esto que estamos viviendo es una locura"[309].

Un buen ejemplo de la situación económica de los clubes y de la AFA, y del modo en que se sufragaba, fue lo que ocurrió en la asamblea del 15 de abril de 1985, recordada por el periodista Suárez, en la que se votó la Memoria y balance de 1984 a libro cerrado, así como el Cálculo de Recursos y Gastos para 1985, y se facultó al Comité Ejecutivo para repartir como dispusiera la suma de 20.000.000 de pesos derivados en una ganancia de 65.136.624,82 de pesos, "según se lee" en la página 251.

"Digo según se lee —insiste Suárez— porque en la página 258, donde aparece el "Dictamen del Contador", puede leerse también —yo la leí, yo leí toda la Memoria y balance general que me entregaron después de la Asamblea— el siguiente, muy curioso párrafo: "Los estados contables no contemplan en forma integral los efectos de las variaciones en el poder adquisitivo de la moneda, lo que es requerido por los principios de contabilidad generalmente aceptados (resolución 183/79 del Consejo Profesional de Ciencias Económicas de la Capital Federal), y de haberse contemplado esos efectos, el patrimonio hubiera sido de 340.946.386 pesos y los resultados del ejercicio hubieran arrojado un DÉFICIT de 994.244 pesos". Y aquí me viene la duda tremenda: ¿hubo ganancia o hubo pérdida? Y no me vengan con exposiciones técnicas. Vénganme con la guita en la mano y el traste en la tierra. Cuando llegó el turno de elegir a los miembros del ce para el período 16-4-85 al 15-4-86, Grondona propuso a Hugo Santilli (River), Magdalena (Boca), Fernández Arsuaga (Independiente), Habib (San Lorenzo) y Pascual

(Ferro). A continuación le tocó votar a la Asamblea, tarea que dio lugar a la comedia de costumbre. Cada asambleísta había sido provisto de un papelito a medida que llegaba a la AFA, donde figuraban los nombres por quienes debían sufragar obligada y democráticamente. Como muchos no lograron memorizarlos, no tuvieron más remedio que sacarlos a la luz y utilizarlos a modo de machete en prueba escrita […] Realizado el escrutinio al canto de los votos por la boca de Grondona mismo, se completó el ce con Correbo (Estudiantes de La Plata), Carlés (AAAJ), Botti (NOB), Nieto (Huracán), Deluca (Primera B) y Mestelán (ligas afiliadas del interior), todos felices y contentos por haber obtenido los cargos por una vía tan clara, tan decorosa, tan recatada, en dos palabras, tan afísica.[310]"

Con la clasificación al Mundial de México de 1986 en el bolsillo, la AFA reiteró que, si la Secretaría de Deportes no cumplía con su promesa de apoyo económico, no se podría llevar a cabo la reestructuración de los torneos; es decir que una vez más, inalterable en el tiempo, el fútbol volvía a recurrir al Estado para hacer frente a sus deudas.

En marzo, la Secretaría de Deportes le había girado a la AFA 25.000.000 de pesos argentinos, y la AFA ya había perdido otros 200.000 dólares en la organización del Campeonato Sudamericano Juvenil (solo para recomponer relaciones con la FIFA, porque Grondona estaba enfrentado con su presidente, João Havelange). Y como ya arrastraba una deuda de 300.000, acabó perdiendo 500.000 dólares en cuatro meses, sumado a que le había cedido a Boca, por su propia crisis, otros 500.000[311]. Ahora la AFA pedía ayuda al Estado por ese millón de dólares faltante, con la extorsión de que de no recibirla no avalaría la reestructuración que proponía la Secretaría de Deportes de Alfonsín.

Esta reestructuración era muy compleja. La idea había surgido por parte del subsecretario de Deportes, el racinguista Osvaldo Otero, hijo del senador radical Edison Otero, viejos conocidos de Grondona por provenir todos de Avellaneda. Implicaba la implementación, en el mismo calendario futbolístico del nuevo torneo anual de Primera, de un gran campeonato nacional que incluyera a los clubes más

poderosos del interior mezclados con otros surgidos del ascenso. Operaría como Segunda División, por encima de los torneos de Primera B, C y D metropolitanos, y tendría mecanismos de ascenso en el interior por los Torneos Argentino A, B y C, a los que se accedería desde las distintas ligas federales.

El gobierno de Alfonsín proponía una negociación que consistía en más dinero para la AFA a través del PRODE, pero con 24 equipos en la A (lo llamaba Nacional A) y 44 en el Nacional B, y hacerse cargo de los pasajes y los hoteles de las delegaciones. "El proyecto no es de los dirigentes, es de la Secretaría de Deportes. Los dirigentes no pueden ignorar que es una torpeza, y que el fútbol así se va a la miércoles, pero como siempre estuvieron y están a los pies de los organismos estatales, no tienen rubor en declarar que será la salvación", sostenía el periodista José María Suárez, como si hablara hoy mismo[312].

Santilli, el presidente de River y con buena llegada al gobierno radical, tenía otro proyecto: revivir el antiguo Metropolitano, solo con clubes directamente afiliados a la AFA (sin indicar mucho pero mandaría a los cordobeses a sus ligas), y otro como el antiguo Nacional con los equipos del interior con mayor cantidad de público. Al terminar ambos, un torneo con los mejores seis clasificados de cada torneo; el campeón obtenía la segunda plaza argentina para la Copa Libertadores (la primera era la del Metro) [313].

Las aguas estaban agitadas. Los clubes más fuertes del interior encontraban por fin una posibilidad de meter un pie mucho más en serio en los torneos argentinos de Primera División y, entonces, se nucleaban en la Unión de Clubes Argentinos (UCA)[314], con buena llegada al Gobierno, al que creían aliado en esta cruzada. En tanto, los clubes de lo que hasta el momento era la Primera B ponían el grito en el cielo (como Carlos Jofré, de Estudiantes de Buenos Aires), porque salvo los pocos (13) que consiguieran clasificarse para el Nacional B, los trece que permanecían en la anterior categoría en verdad estaban sufriendo un descenso velado: necesitarían dos ascensos para llegar a Primera, cuando antes necesitaban uno solo. Y eso no era todo: para llegar a jugar contra los más grandes, necesitaban atravesar un campeonato durísimo

ante clubes muy fuertes, con enorme capacidad económica y una larga tradición de hinchas, socios y, algunos, con estadios de muy buena capacidad.

Ante estos planteos, Otero respondía, como antes lo había hecho el interventor Ramos Ruiz en los años setenta, aunque este con una base de estudios mucho mayor, que aquellos clubes que no pudieran solventarse debían regresar al amateurismo, en tanto que los de la UCA reclamaban el 100% de los montos de las recaudaciones para los clubes locales, a sabiendas de que no tendrían mucho que repartir ante los pocos clubes provenientes de la antigua Primera B. En el último torneo de esta categoría, antes de los debates por la reestructuración de los torneos, Atlanta y Temperley, al borde de la quiebra, no se presentaron a jugar por muchas semanas, pese a lo cual, al regresar, no perdieron sus categorías. Atlanta llegó a rematar públicamente a sus jugadores, sin encontrar comprador. Al mismo tiempo, en Francia y por deudas acumuladas, el Brest descendía de la A a la C y su arquero Sergio Goycochea regresaba a Argentina por esta situación, porque en Tercera de aquel país no se aceptaban extranjeros. En Argentina, todo valía.

En 1982, Grondona había dicho de manera tajante, y solía repetirlo, que "existe una reglamentación en el Estatuto sobre el Libre Deuda. El club que no presente el certificado no podrá fichar jugadores". Pero nunca se cumplió.

Este debate por la organización de los torneos se cruzaba con otro que tenía que ver con el día en que se debían disputar los partidos. Había aparecido una tendencia para que los de Primera A se jugaran los sábados, basada en el éxito que habían tenido tanto San Lorenzo en 1982 como Racing en 1984 y 1985, jugando en Primera B, en cuanto a concurrencia de público, sin tomar en cuenta que se trataba de hechos absolutamente atípicos. Se sostenía que se podía dejar el sábado como "el día del fútbol", y que el domingo pasara a ser "el día de la familia", pero acabó manteniéndose el domingo.

Por fin, el 26 de mayo de 1986 se firmó un acuerdo entre la AFA y la Secretaría de Deportes, que marcaría el rumbo del fútbol argentino hasta la actualidad, con muchos elementos para destacar. Por ejemplo, que en los considerandos se mencionara la "desproporcionada cantidad de clubes profesionales que exeden

(sic) con creces los ingresos suficientes para mantenerse", y la entidad estatal "se muestra dispuesta a instrumentar ese cauce financiero para facilitar la cancelación de los pasivos actuales, si a la vez los clubes aportan sus esfuerzos para el saneamiento, adoptando medidas precisas y reglamentadas para conseguir los objetivos señalados". Este "cauce financiero" no era otra cosa que la implementación de lo que se dio en llamar "PRODE extra" desde septiembre, que se sumaba al PRODE tradicional para que el fútbol dispusiera de más fondos.

También se creó un Tribunal Superior del Fútbol Profesional, con tres representantes de la Secretaría de Deportes, tres de la AFA, dos del Consejo Federal (Ligas del Interior), tres de FAA, dos de la Asociación de Técnicos, uno de la Asociación Argentina de Árbitros y dos de la UCA. Este Tribunal debía comenzar a funcionar antes del 4 de junio de 1986.

Es importante señalar también que, por primera vez desde 1931, el Estado intentaba meterse en la economía de los clubes como contralor y pedía rendiciones de cuentas a los clubes para poder entregarles los fondos del PRODE extra. Los clubes tenían que certificar que esos fondos no iban a ser utilizados para pagar a los planteles profesionales, sino para obras de infraestructura del club, algo que volvería a repetirse en el siglo XXI, pero con el dinero de los derechos de TV proveniente del Estado. Todo esto, en un listado de cincuenta puntos por cumplir que había elevado el Estado.

En concreto, el artículo 4 decía que, para ser beneficiarios, los clubes debían cumplir con las obligaciones detalladas: a) acreditación del pago de todas las remuneraciones del mes anterior a los planteles profesionales de fútbol de acuerdo a los contratos registrados en la AFA, como de todo el personal de servicios con o sin relación de dependencia, y las obligaciones previsionales correspondientes; b) en caso de transferencias onerosas de jugadores, el club cesionario deberá probar que cuenta con los recursos suficientes para cumplir con las obligaciones económicas que se pacten en las respectivas contrataciones. La evaluación será hecha por la AFA.

El periodista Suárez se encargaba de remarcar que las acciones que sostenía la Secretaría de Deportes en este aspecto eran "falsas e

irrealizables” y que “nada tienen que hacer en la esfera del fútbol profesional que maneja la AFA, dado que esta entidad es absolutamente civil, independiente de todo ente del Gobierno, ajena por completo al deporte relacionado con la ‘Salud’ y la ‘Acción Social’ del Ministerio” del que dependía[315].

La implementación del PRODE extra, con segundo premio y un mayor primer premio que el PRODE tradicional, se basaba en que parte de lo recaudado por el PRODE no iba al fútbol, sino a las arcas del Ministerio de Bienestar Social, como había sido establecido cuando comenzó a jugarse en tiempos de Francisco Manrique como titular de la cartera durante la dictadura de Lanusse. En cambio, el PRODE extra había sido creado exclusivamente para alimentar al fútbol argentino, otorgándole el 50%, como si no le hubieran alcanzado todos los recursos de que disponía hasta entonces.

El ministro de Acción Social, Conrado Storani, llegó a manifestar que el del PRODE extra implicaba “un pacto de gran trascendencia en el campo político y social, y es revolucionario por la proyección y la profundidad de su filosofía”, aun cuando el secretario de Deportes, O’Reilly, decía que un 50% para el fútbol era “demasiado” y que había que bajarlo[316].

En el concurso del PRODE común 675, a 2 australes la apuesta, se jugaron 1.630.859 tarjetas, y en el 676, en el primer PRODE extra a 5 australes, 1.014.411, es decir, 616.448 menos que en la otra. En la 677 de la semana siguiente (PRODE común), se jugaron otra vez 1.580.342. En la jugada 675, se recaudaron 2.772.400 australes (a 2 australes la boleta) y en la 676, 4.311.246,75 australes[317].

El Gobierno y la AFA habían hecho las paces por un tiempo. Ya no era necesario recurrir a frases como la de Otero: “La concentración del poder sirve para dos caminos opuestos: el primero, para el poder en sí. El segundo, para transformar a la sociedad […] ningún presidente de la AFA tuvo tanto poder como Grondona”[318]. Pero lentamente comenzaron las quejas de los clubes a la AFA y de esta al Estado por la demora que generaba la burocracia para entregar los fondos (como si fuera hoy), hasta que en 1988, por la desvalorización del austral, ya esos fondos del PRODE y del PRODE extra dejaron de gravitar en la economía de los clubes, cuando ya

los contratos con los jugadores se firmaban en dólares.

Tanto la Secretaría de Deportes como la AFA y los clubes habían ignorado por completo las denuncias de los diputados Oscar Massei, Amado Altamirano y Eduardo Endeiza acerca de que “hay otras urgencias sociales que atender antes que el PRODE extra”. Massei llegó a plantear que “la celeridad con que se inventaron recursos en el área social para solventar un campeonato de fútbol deberían aplicarla también para encontrar los recursos que satisfacen las necesidades imperiosas que tiene los jubilados”.

En las Memorias y balances de esos años ochenta, los fondos provenientes del PRODE y del PRODE extra ocupaban el quinto lugar entre los recursos disponibles, debajo de rubros como “ingresos por partidos internacionales”, “utilidad de inversiones”, “subsidios provenientes del Ministerio de Acción Social” y “recaudaciones”. Llegó a aparecer también un “PRODE de los primeros tiempos”, que fracasó poco después (compitió con el PRODE común y con el PRODE extra, de acuerdo a la semana del juego).

Santilli calculaba que en 1986, en un club como River, las recaudaciones constituían apenas el 35% de los ingresos de los clubes, contra el 40 % de las cuotas sociales y el 25% de publicidad. Esto daba como resultado total un ingreso mensual de unos 300.000 dólares. River estaba en una posición mucho mejor que la de Boca. Santilli decía que su club debía manejarse como la empresa Ford y que no iba a aceptar cualquier publicidad en la camiseta. “River no se va a poner Vino Maravilla”, comentaba (cómo sí lo había hecho Boca). Sin embargo, compartían hasta ese momento en sus camisetas las publicidades de Fate y Adidas[319].

El reflejo de esa situación resultó del prolongado conflicto entre los jugadores xeneizes Oscar Ruggeri y Ricardo Gareca con su club. Ambos no actualizaron sus contratos de 1983 y 1984 y, según el artículo 7 del Convenio Colectivo de Trabajo 430/75, “la sola modificación de la remuneración no importará, en ningún caso, la celebración de un nuevo contrato si ello no se expresara en un nuevo formulario oficial, debidamente registrado”. Boca insistía en que Gareca y Ruggeri habían cobrado más del 20%, que es el porcentaje mínimo obligatorio de aumento cuando el jugador no

llega a un acuerdo por su nuevo contrato. La AFA se puso del lado de Boca (como históricamente siempre hizo con los clubes contra los jugadores) y se negó a darles la libertad de acción, igual que a Mario Franceschini, de Nueva Chicago. FAA, entonces, reclamó la libertad de acción de siete jugadores con dos años sin renovar sus contratos, pero la AFA aceptó solo a cuatro de ellos. FAA decretó un paro general por tiempo indeterminado, que parecía llevar a una situación sin salida. Boca, a sabiendas de que perdería cualquier posibilidad de ganar dinero con los jugadores, ni siquiera tenía problemas en que fueran a River. "En este país hace huelga cualquiera, por mil afiliados o por tres", sostenía Grondona, echando nafta al incendio. Finalmente, Boca y River arreglaron que Ruggeri y Gareca mudaran de camiseta a cambio de una suma de dinero, Julio Olarticoechea y Carlos Tapia.

Boca, inmerso en una crisis que lo había llevado a no poder jugar en la Bombonera y a hacerlo como local en estadios como Atlanta con números escritos con marcador negro en una camiseta blanca, tuvo que arreglar con Héctor Maselli (hijo), presidente de Puma Internacional, para hacer ingresar la voz del Puma Rodríguez en Argentina a cambio de ayuda económica (la empresa de indumentaria deportiva compró para Boca a Centurión, Rubén Gómez y Graciani). Dependía también de la llegada del diputado radical Carlos Bello, puntero de La Boca y cercano a la barra brava, que a su vez podía ser útil a la AFA para pedir fondos al Estado. Boca tenía una comisión directiva manejada por un radical, Antonio Alegre, un vice como Héctor Martínez Sosa (UCeDe) y un dirigente de izquierda como Carlos Heller.

Solucionado el problema con la implementación de los torneos anuales desde agosto de 1985, se planteó un nuevo inconveniente, que la imprevisibilidad de los directivos del fútbol argentino no había contemplado con la suficiente profundidad: qué hacer con los ascendidos del último torneo de Primera B antes de la reestructuración. Dado que aún se jugaba con el calendario tradicional, los dos ascendidos en diciembre de 1985 tendrían que esperar más de medio año sin jugar hasta reinsertarse en el nuevo formato para la temporada 1986/1987.

Así fue que los dos ascendidos, casualmente dos clubes de gran

tradición en Primera A como Rosario Central (campeón de Primera B) y Racing Club (ganador de la Liguilla), se encontraron con la encrucijada de más de seis meses sin competencias oficiales. Los rosarinos cedieron varios jugadores a Colón de Santa Fe, y Racing acabó alquilando su plantel a Atlético Argentino de Mendoza, que disputaba el Torneo Regional. Rosario Central, en su regreso a Primera, ganaría el torneo 1986/1987.

El premio por haber acordado con la AFA la implementación del PRODE extra a cambio de la reestructuración de los torneos y, en especial, la introducción del Nacional B fue para Conrado Storani, ministro de Bienestar Social del que dependía la Secretaría de Deportes: ese premio fue su presencia en el Palco de Honor del Mundial de México en el momento de la tan esperada entrega de la Copa del Mundo al capitán de la Selección Argentina, Diego Armando Maradona.

Ni al Estado ni a la AFA parecían interesarles algunos hechos sumamente irregulares relacionados con el PRODE. En 1984, el plantel de Racing de Córdoba acertó los 13 puntos en juego con una boleta, con la particularidad de que el partido que cerraba la apuesta era el suyo ante Ferrocarril Oeste. En él, los cordobeses, que habían apostado por sí mismos, ganaron con gol de Roberto Gasparini. ¿Qué hubiera pasado si en vez de marcarse como ganadores ponían empate o el rival?

En otra situación irregular, el 8 de agosto de 1984 Boca se presentó a jugar ante Atlanta con un equipo de divisiones inferiores, contrariando al art. 205 del Reglamento General de la AFA, que dice que si no se puede contar con por lo menos ocho jugadores de la lista de buena fe se debe comunicar de inmediato tal circunstancia a la AFA para su consideración en el Comité Ejecutivo o por el presidente. Boca no lo hizo y presentó un equipo de 11 juveniles, debido a un conflicto con su plantel profesional. Además, con esta circunstancia le otorgaba ventaja a un rival amenazado por el descenso y, a la par, se defraudaba al apostador del PRODE, que había puesto la cruz en el casillero “local”, a sabiendas de que las posibilidades de triunfo xeneize eran muy superiores a las bohemias si se encaraba la lucha en condiciones de habitual normalidad. Es decir que debió ir al Tribunal de Disciplina deportiva porque los

dirigentes boquenses cayeron en la falta contemplada en el art. 107 del Reglamento de Transgresiones y Penas. Pero el Tribunal de Disciplina “ni siquiera se tomó la molestia de preguntar por qué Boca jugó contra Atlanta con un equipo juvenil”.

Hay que agregar los continuos cambios de fecha y horario de los partidos, que se hicieron habituales en estos tiempos, vulnerando el art. 105, que dice que “ningún partido puede ser postergado a no ser que concurran las circunstancias establecidas en el art. 121 del Reglamento (mal tiempo) y ningún club podrá pedir la suspensión de determinado partido aun cuando le resultara dificultosa la concurrencia de sus jugadores”.

En otro hecho llamativo de este tiempo, Boca reemplazaba ante el Comité Ejecutivo de la AFA a Horacio Blanco por su vicepresidente Pastor Magdalena, quien había sido funcionario de Lotería y Casinos en la época en que Manrique, ministro de Bienestar Social, había firmado con la AFA el convenio del PRODE. Es decir que Magdalena se había ubicado del lado del Estado, tironeando con la AFA por el PRODE, y ahora estaba del lado de la AFA, tironeando por el PRODE contra el Estado.

La situación de deuda constante de los clubes, el tironeo con el Estado por una mayor recaudación a partir de las apuestas, las irregularidades en el modo de votación de renovación de autoridades en la AFA, el incumplimiento de buena parte del reglamento y la creciente violencia alrededor del fútbol fueron generándole a Grondona permanentes problemas con la clase política. El presidente de la AFA iba logrando acomodarse ante los continuos pedidos de informes de la oposición en un nuevo juego que no había tenido que enfrentar hasta que Alfonsín había asumido en diciembre de 1983. Antes, era lidiar con la dictadura; ahora, eran distintos frentes los que acechaban, aunque fue entendiendo que la clase política buscaba más golpes de efecto que lo que conocía técnicamente en cada una de las causas.

Así fue que Grondona se dio cuenta de que a la dirigencia política había que enfrentarla con “la universidad de la calle” y defendiendo siempre “el partido de la pelota” contra los intereses de los partidos políticos. Su base se relacionaba con defender la industria del fútbol contra “intereses externos” a él.

Los representantes de la clase política eran variopintos. Ni bien comenzó la democracia, el diputado radical Liborio Pupilio, ligado al barrio de Mataderos, pidió que se anularan los descensos, que afectaban a Nueva Chicago. Dos meses más tarde, los diputados del PJ Ramón Arrechea y Jorge Yamaguchi solicitaron una inspección contable a todos los clubes y, en caso de que se comprobaran irregularidades, una eventual intervención judicial a la AFA. El presidente de la comisión de Deportes, el radical Emilio Guatti, solicitaba al Congreso "un régimen fiscal especial" para los clubes, cuando luego solicitaría, en concordancia con la AFA, "mayor porcentaje de los ingresos del PRODE" para esas entidades. Marcelo Stubrin, legislador radical, pidió un subsidio para Almagro y Adán Pedrini (PJ) para San Martín de Mendoza. Otro diputado, Julio Badrán, que había pedido informes sobre el manejo económico de los clubes con fondos estatales, sostenía que los dirigentes deportivos debían "hacerse responsables con sus propios patrimonios" de los fondos de las entidades que conducen. Claro que esto sería utilizado para que desde otros lados se insistiera con las sociedades anónimas en el fútbol.

Carlos Bello, presidente de la Comisión de Deportes de la Cámara de Diputados y conocido como "el diputado Boca Juniors", pedía que los clubes fueran exceptuados de pagar impuestos "cuando cumplen funciones de carácter social". En realidad, Bello se refería a la ampliación del proyecto presentado por el diputado Alfredo Pérez Vidal (PJ) de exención de impuestos para los clubes de fútbol de la comuna y la cancelación de deudas con la comuna.

Acaso el punto crítico de los reclamos de la oposición fue el pedido de intervención de la AFA por parte de los diputados peronistas Miguel Unamuno y Héctor Maya. "Pedimos al Gobierno que extendiera su acción democratizadora a todas las áreas. Y fíjese qué curioso: se lo intentó con los gremios, hasta con las FFAA, pero el fútbol quedó intacto. Está la misma gente que actuó durante el Proceso y naturalmente siguen los viejos vicios y recrudece la violencia, que es un verdadero flagelo. Son casi los mismos hombres y las mismas políticas, las mismas que armaron ese 'soporífero' que fue el Mundial '78 con su repetición en el Mundial Juvenil del '79", se explayaba Unamuno. Maya matizaba que la AFA "vive una pseudo legalidad, con un evidente vicio de la voluntad. En el '79 la

posta de Cantilo la tomó Grondona y es justo decir que no tenemos nada contra él, es una buena persona, pero nosotros discutimos políticas y no hombres. ¿Usted cree que alguien puede ser soldado del rey y soldado de la República? […] Nosotros pensamos que es necesario adoptar medidas preventivas que tengan su punto de partida en la intervención de la AFA. Entendemos que el gobierno constitucional no puede tener los mismos personeros que instrumentaron una política para el deporte durante la dictadura"[320].

En la Memoria y balance de 1985 de la AFA, se deja constancia de un pedido al gobierno de Alfonsín de condonación de deudas, exenciones y rebajas impositivas en nombre de los beneficios sociales que aporta el fútbol.

El investigador Amílcar Romero define con precisión este tiempo del fútbol argentino: "Es la etapa del espacio político, alta organización, consolidación y un rol claro, militante, activo, tanto en el proceso electoral con vistas al retorno de la institucionalidad como luego, una vez reinstalada esta, la adscripción y uso de los sectores más mercenarios, incluso por sectores del oficialismo"[321].

Con la llegada de la democracia, también se visibilizó mucho más la violencia del fútbol, con barras bravas que ya tenían contacto con la dictadura y que de allí en más lo encontraron en funcionarios de todo tipo, que los ampararon, con la complicidad policial y de los directivos. En agosto de 1983, a punto de terminar la dictadura, había sido asesinado Roberto Basile al caerle una bengala en un Boca-Racing en la Bombonera (el partido se jugó como si nada hubiese ocurrido). Con aquel antecedente, en 1984 el partido entre Platense y Chacarita se jugaba con 450 policías de operativo ante 3.000 espectadores. Los uniformados constituían más del 10% del total de los concurrentes. De los 290.000 pesos recaudados, Platense pagó 189.000 a la Policía. "Vieja, tenemos esos mangos en casa y para colmo me olvidé de pagar el seguro del auto, mirá si nos roban. Agarrá los pibes y vamos a la cancha de Vélez, que por esas zonas estamos seguros", ironizaba la revista Humor[322]. Los clubes irían comprobando, además, que los operativos policiales eran mucho menores de lo que se les cobraba, pese a lo cual, ni la

AFA ni el Ministerio del Interior actuaban en consecuencia.

El 7 de abril de 1985 causó conmoción el asesinato del joven Adrián Scaserra en un clásico entre Independiente y Boca en Avellaneda. Las pericias arrojaron como resultado que la bala había partido desde los propios uniformados en una represión por violencia, lo que movilizó a la clase política y generó permanentes reuniones entre Grondona y la dirigencia política, que llegó a citarlo al Ministerio del Interior.

Como solía ocurrir, se sucedían frases grandilocuentes de todas las partes, la promesa de que “por fin” se tomarían medidas para “terminar con este flagelo”, pero la violencia seguía creciendo. Tras el asesinato de Scaserra, dado que llegó más profundamente al seno de la sociedad argentina, el Ministerio del Interior convocó a los miembros de la Secretaría de Deportes, del Comité Ejecutivo de la AFA, altos jefes de la Policía Federal y de la provincia de Buenos Aires y al intendente de Buenos Aires. Se elaboraron entonces 24 puntos, denominados “Pautas para la seguridad en los estadios”: supuestamente se controlarían las vías de acceso a los estadios, el estacionamiento de autos, el cacheo a los espectadores, el foso perimetral y el alambrado circundante[323], la separación de tribunas por parcialidades, la cantidad de personal policial para controlar el estadio (que la determinaba la misma policía que les cobraba a los clubes por prestarles un servicio que era su deber prestar), la distribución adecuada de ese personal en los estadios y en puntos estratégicos, la prohibición de expendio de bebidas gaseosas en envases sólidos y alcohólicas en cualquier forma. Todas obviedades que ya existían y que eran sistemáticamente ignoradas hasta que llegaba otra muerte absurda y se buscaba impresionar con nuevas “viejas” medidas.

Con la aprobación de la ley 23184 contra la violencia en el deporte, de los senadores Antonio Nápoli y Fernando de la Rúa, muchos pensaron que se comenzaría a terminar con el flagelo. Esta ley contempla penas de prisión de un mes a dos años e inhabilitación perpetua para desempeñarse en funciones similares a los dirigentes deportivos que “guardaren o consintieren” la existencia de armas o explosivos en los estadios. Se refiere también a “tenencia, portación de armas de fuego, armas blancas, artefactos explosivos u otros

elementos para agredir", con una pena de uno a seis años de prisión, y "los jueces podrán imponer una pena adicional de inhabilitar a los transgresores para concurrir a los espectáculos deportivos con detención en la sede policial o domicilio del condenado e inhabilitación perpetua para ejercer cargos directivos o desempeñar empleos en las instituciones".

Sin embargo, nada cambió y, al contrario, la violencia del fútbol fue en aumento. Hasta el regreso de la democracia de 1983, se habían registrado 109 fallecidos, incluyendo los 71 de la tragedia de la Puerta 12 de 1968; 18 ocurrieron hasta finalizado el gobierno de Alfonsín, y 310 hasta la actualidad, según cifras de la organización no gubernamental (ONG) Salvemos al Fútbol[324].

La mayor impunidad por esos años la demostró la barra brava de Boca Juniors, comandada por "El Abuelo" José Barrita, que no solo viajó junto a las barras de otros equipos a "alentar" a la Selección Argentina al Mundial de México, sino que además se dio el lujo de regresar para seguir a su club en la Liguilla pre-Libertadores en el decisivo partido ante Newell's Old Boys, en Rosario, para volver a México para las finales del Mundial. En México participó del secuestro de un hooligan tras la "batalla" contra los violentos ingleses cuando las dos selecciones debieron enfrentarse por los cuartos de final. Lo liberaron a cambio de 4.000 dólares. Un año más tarde, en 1987, los principales miembros de la barra brava le entregaron una plaqueta en la Bombonera a Carlos Bilardo.

Todavía quedaba lugar para un escándalo más en este período. En 1984, una Selección Argentina de jugadores de Primera B participó en la Copa Merdeka en Malasia, y tras vencer a la de Pakistán por solo 1-0 las investigaciones relacionaron este resultado con lo que necesitaban las casas de apuestas. Se llegó a hablar de 500 dólares per cápita, y esto se convirtió en un escándalo internacional que produjo la caída del dirigente Albino Valentini y solo terminó salvándose el jefe de la delegación, Enrique Merelas (El Porvenir).

Esta situación, además, no ayudaba en nada a la AFA y a Grondona, en especial a partir de un hecho especial: con la llegada de la democracia a Argentina, las presiones para que el contraalmirante Lacoste dejara la vicepresidencia que ocupaba en la FIFA se hicieron cada vez más fuertes. Tampoco el gobierno de Raúl

Alfonsín podía aceptar la continuidad del marino, tan ligado a la dictadura, en la FIFA como representante argentino. El militar había sido votado en forma unánime por los dirigentes de la AFA durante los años de plomo, para lo cual recibían papelitos con instrucciones precisas. Muchos de estos dirigentes continuaban en sus cargos, pero Lacoste se veía obligado a renunciar.

A partir de este hecho, Grondona encontró otro resquicio para saltar a la FIFA y ocupar el lugar de Lacoste. Según el Boletín Oficial de la AFA del 7 de marzo de 1984, fue postulado "de conformidad con lo acordado en la última reunión de presidentes de clubes de primera Categoría, representantes de las demás categorías y de las ligas afiliadas". Sin embargo, el presidente de San Lorenzo, Héctor Habib, desmentía lo indicado por el Boletín al señalar que, si bien él mismo estaba de acuerdo, no había existido postulación en la reunión de presidentes.

El 21 de mayo de 1984, Lacoste no solo dejó la vicepresidencia de la FIFA, sino también una cantidad de comisiones que integraba en ella y que necesitaban un reemplazo: Comité de Urgencia, Comisión de Finanzas, Comisión Organizadora del Mundial de México 86, Comisión Disciplinaria del Juzgado de Apelación y Comisión Consultiva por Sudamérica. Resultaba entonces fundamental la relación con el propio presidente de la FIFA desde 1974, el brasileño João Havelange, quien tenía un poder total en el organismo.

En la AFA sabían bien, por ejemplo, que la relación de Havelange con sus compatriotas de la Confederación Brasileña de Fútbol (CBF) y su presidente Giulite Coutinho dejaba bastante que desear, al punto tal de haberse opuesto rotundamente a un torneo que la CBF pretendía organizar por los 70 años de su fundación con la presencia de las selecciones de Argentina, Uruguay, México, Inglaterra y Holanda. Havelange argumentó entonces que ninguna competencia podía realizarse sin autorización del Comité Ejecutivo de la FIFA (él mismo) y que ese espacio ya estaba reservado para la Eurocopa de Francia. Lo que sucedía era que Havelange y Coutinho estaban enfrentados desde 1980 cuando este le había querido poner una ramita de café a la camiseta y llegó a un acuerdo con Topper en vez de Adidas, la marca que patrocina la FIFA[325].

Con este antecedente, Grondona se manejó con sigilo. Viajó a Lima para entrevistarse con el entonces presidente de la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol), Teófilo Salinas, quien parecía darle su aval para su postulación, pero el presidente de la AFA, a los pocos días, fue citado a la casa de Havelange en Río de Janeiro junto al propio Salinas y al dirigente uruguayo Eduardo Rocca Couture. Allí se enteró de que el presidente de la FIFA se inclinaría por su amigo oriental, y toda la ilusión se desmoronó.

Para Grondona resultó un golpe de knock out. Ni él ni Eduardo Deluca, el presidente de Defensores de Belgrano que a su vez era secretario general de la AFA, podían creer que estaban perdiendo un lugar que había correspondido al fútbol argentino. Llegaron a pensar que era una venganza de Havelange por las presiones para que renunciara Lacoste.

Todo explotó en el Congreso de la Conmebol en Santiago de Chile, del 28 al 30 de abril de 1984, en el que la postulación de Grondona a la FIFA fue derrotada por 9-1 ante la de Rocca Couture. Era claro: en la Conmebol, todos votaban a la usanza de la AFA y, esta vez, todo se había volcado en contra por orden de Havelange, quien supuestamente no debía inmiscuirse en asuntos de otra organización diferente a la FIFA.

"A pesar de haber sufrido un traspié que nos duele, puedo decir con orgullo que la Argentina fue derrotada con armas que dan vergüenza. João Havelange presionó sobre las federaciones que pretendieron apoyarnos y por esa causa tuvimos que renunciar a lo que nos correspondía", dijo Grondona luego de la votación. A su vez, Deluca dijo que "si bien este cargo de vicepresidente responde a la Conmebol y representa a la misma en el seno de la FIFA, la influencia de factores extraños a la propia Confederación hacen que esta elección se encuentre desvirtuada debido a las presiones que desde hace ya algún tiempo se vienen realizando y que en nada contribuyen a la tan mentada unidad que declaramos"[326].

Las cosas no podían estar peor entre la AFA y Havelange. Al brasileño no le gustaba nada lo que pasaba con su amigo Lacoste en Buenos Aires. Investigado por las cuentas del Ente Autárquico Mundial 78 (EAM 78) por el fiscal nacional de investigaciones administrativas Ricardo Molinas, que además llevaba otros casos

emblemáticos de los tiempos de la dictadura y sostenía que “en relación con el EAM es imposible de establecer porque no aparece el balance y la documentación es muy precaria”.

Lo concreto es que Grondona parecía poder aspirar solo a cargos menores, como ser tesorero de la Conmebol por invitación de Salinas, que parecía un premio consuelo, mientras que Brasil no solo contaba con la presidencia de la FIFA, sino que además Abilio D’Almeida también era miembro del Comité Ejecutivo, en tanto Uruguay conseguía una vicepresidencia con Rocca Couture.

Sin embargo y pese a todo, Grondona decidió ser paciente y tuvo sus frutos demasiado pronto. Para 1985, Chile debía organizar el Mundial Sub-20 que patrocinaba Coca Cola, pero cedió ante las presiones de la multinacional, que pretendía llevarse el torneo para la Unión Soviética para penetrar en un mercado muy atrayente. Para Havelange, esto representó una traición de la Conmebol y, en especial, del peruano Salinas, a quien decidió borrar del mapa de la dirigencia. Acudió entonces de nuevo al presidente de la AFA, al que le mencionó la posibilidad de dirigir la Conmebol y formar parte de la Comisión Organizadora del Mundial de 1986. Grondona aceptó esto último, pero prefirió que el paraguayo Nicolás Leoz tomara la presidencia de la Conmebol, porque su aspiración seguía siendo ser el vicepresidente de la FIFA y porque había, desde siempre, un acuerdo velado con la CBF para que ninguna de las dos federaciones más fuertes de América del Sur tomara la presidencia del organismo.

Cuando Grondona viajó al sorteo del Mundial en diciembre de 1985, se enteró al llegar a México DF de que Argentina no era cabeza de serie, aunque había ganado el Mundial 78, “porque así lo decidió la comisión organizadora”.

Sin embargo, pese a esta desagradable sorpresa, tampoco renunció y prefirió seguir esperando. Como parte de la delegación argentina, también habían viajado Deluca, presidente de Defensores de Belgrano, que se jugaba el octogonal de la B por el segundo ascenso, y Oscar Pastor Magdalena, vicepresidente segundo de la AFA y vicepresidente de Boca, en plena crisis institucional. En la AFA solo había quedado, con cierto poder, el tesorero Julián Pascual, cuando se produjo un grave problema de Atlanta con los árbitros. Todos

estaban en México.

En México

Seis meses más tarde, durante el Mundial, todo se ordenaría para Grondona. El equipo argentino, que había partido desde Ezeiza casi sin público y con apenas unos pocos familiares, llegaba a la concentración de “Las Águilas” del América de México DF sin demasiada expectativa por buena parte de la prensa y de un público descreído que no veía buenos rendimientos en la preparación previa y en un ciclo con demasiadas referencias al pragmatismo y los resultados.

Bilardo parecía apuntar todos los cañones al mes del Mundial sin importar demasiado todos los resultados ni los rendimientos previos. Solo importaba ganar el Mundial, según sus palabras. El plantel de 22 jugadores no parecía demasiado armónico al llegar a México. El DT había tomado todas las precauciones y hasta había citado como tercer arquero a Héctor Miguel Zelada, del América, para ganarse al público local. No había que descuidar ningún detalle.

En el plantel, convivían jugadores de larga trayectoria y convicciones profundas que no coincidían con la línea declamada por Bilardo (Jorge Valdano, Ricardo Bochini, Daniel Passarella, Julio Olarticoechea) con otros que eran mucho más cercanos al director técnico por haber sido la base de los cuatro años de trabajo (Oscar Garré, Oscar Ruggeri, José Luis Brown, Nery Pumpido). Pero además las dos estrellas del equipo, Diego Maradona y Daniel Passarella, antes amigos, ahora estaban muy enfrentados por cuestiones personales.

Este periodista se encontraba detrás del fotógrafo de la revista El Gráfico Gerardo Horovitz cuando intentó registrar a los dos cracks para la portada del siguiente número, que era el correspondiente al anuncio del Mundial. Les hizo colocarse un típico sombrero mexicano buscando que se abrazaran para la posteridad, pero ni se tocaron y hasta fue complicado arrancarles una sonrisa. Luego,

Passarella quedaría fuera del 11 titular por una inesperada lesión, una gastroenteritis que lo debilitó hasta perder varios kilos; incluso debió ser internado en una clínica para observación y no pudo jugar ni un solo minuto. El doctor Raúl Madero, médico principal de la delegación argentina, atribuyó el problema de Passarella a que “él por la noche fumaba y tomaba whisky y debieron ser los cubitos del hielo, porque tras el terremoto en México de 1985 las napas estaban contaminadas y habíamos recomendado que todos usaran agua mineral hasta para lavarse los dientes”[327].

La mayoría de los jugadores de aquel equipo sostienen que hubo dos reuniones claves antes del Mundial: una en Barranquilla, cuando la Selección Argentina jugó un amistoso ante Junior de esa ciudad, y otra, menos conocida, ya en México DF. A partir de allí, el plantel encontró una gran solidez, aunque fueron los resultados los que ayudaron a consolidarse, porque en el interior del plantel las críticas a ciertas metodologías de Bilardo arreciaban. También se habían generado muchas dudas sobre tanto poder otorgado a Maradona, quien no recibía un trato igualitario respecto de sus compañeros, porque gozaba de un régimen diferente y mucho más permisivo. Tanto el cuerpo técnico como Grondona entendían que eso era necesario en pos del título mundial. Los objetivos estaban por delante de la propia delegación y sus reglas.

Más allá de los temores de Bilardo, que ya formaban parte de su personalidad (como cuando antes del debut ante Corea del Sur manifestó que había que tener cuidado con el delantero Cha Bum-Kun, que participaba en la Bundesliga), el seleccionado argentino fue creciendo a partir de la genialidad de Maradona y de una gran estructura defensiva, con el acierto de Brown como líbero y Ruggeri y José Luis Cuciuffo como stoppers. Acabó ganando merecidamente el título mundial, aunque no debe olvidarse que especialmente en los partidos del grupo inicial los espectadores gritaban “juego, juego” en el estadio de Ciudad Universitaria, debido a la postura pragmática del equipo albiceleste en importantes pasajes.

Tras la final, con el agónico triunfo ante los alemanes 3-2 en el estadio Azteca, un desenfrenado Grondona hacía gestos obscenos a periodistas que consideraba acérrimos opositores, y algunos jugadores aprovecharon también para dedicar el triunfo a todos los

que habían estado en contra del ciclo.

Valdano recuerda el cántico de “se lo dedicamos a todos” en el vestuario, debido a que había una idea de que se trataba de un plantel contra todo el mundo. Ya en el viaje de regreso, en los festejos del avión, Maradona introdujo el término de “panqueques” para todos los que “se habían dado vuelta” y ahora alababan el trabajo del equipo, sumado a las banderas de la final que decían “Perdón Bilardo”.

En el momento de recoger la Copa del Mundo, los jugadores se encontraron en el Palco de Honor no solo con Havelange, con el que Maradona y Valdano se habían animado a debatir sobre los horarios de los partidos, en un clima calurosísimo y en ciudades con importante altura sobre el nivel del mar, sino también con Storani, el ministro de Bienestar Social que había contribuido con la AFA para el acuerdo del PRODE extra.

“Soy el invicto, les guste o no. Nunca fui perdedor. En el ‘79 fui reelegido en Independiente sin hacer propaganda y con Bochini en contra, que se había formado como jugador con la Agrupación. En el 86 salimos campeones del mundo con todo el país en contra”, decía un eufórico Grondona, en los festejos posteriores[328].

La Selección Argentina era campeona del mundo por segunda vez, ahora limpiamente, en democracia, sin segundas historias. Parecía el momento para que, por fin, el fútbol argentino se encaminara.

El Mundial de México también había tenido otras historias paralelas. Este escritor fue quien, bajando las escaleras mecánicas del Centro de Prensa de Chapultepec, se encontró con que habían ingresado del brazo nada menos que João Havelange, Carlos Lacoste y el director de Editorial Atlántida, Constancio C. Vigil. Después de subir las escaleras para contarlo a los colegas, se decidió un abandono de tareas hasta que los tres personajes en cuestión se retiraran.

Una situación escandalosa se repitió días más tarde en una conferencia de prensa de Havelange, quien consultado por la presencia de Lacoste y cuando intentaba justificarla fue tapado por una estruendosa silbatina mientras un periodista australiano se

subía a una silla y gritaba “we don’t wont murders here” (“no queremos asesinos aquí”).

Tras el éxito deportivo, un año después de aquellas historias en México la Copa América de 1987 era la ocasión propicia para ratificar lo conseguido en el Mundial. Se jugaría en Argentina y con el equipo campeón. Parecía ideal. Sin embargo, la selección albiceleste volvió a transmitir aquella sensación de pragmatismo y dependencia del genio de Maradona, al que ahora se le sumaba una estrella en ascenso, Claudio Paul Caniggia. Aun así, llegando a duras penas a las semifinales, resultó eliminada por Uruguay en el clásico rioplatense y no pasaría del cuarto puesto, al caer derrotada ante Colombia en el partido por el tercer lugar.

9

Grondona, los años noventa y los torneos sin competencia (1989-1999)

Fútbol, neoliberalismo y mercado

El gobierno de Raúl Alfonsín se fue diluyendo por la hiperinflación, y los sectores concentrados de poder consiguieron que, en vez de finalizar en diciembre, tuviera que hacerlo medio año antes, para dar lugar a la asunción de un peronista como Carlos Menem. Este había sorprendido al imponerse en las elecciones internas del Partido Justicialista (PJ) al gobernador de la provincia de Buenos Aires, Antonio Cafiero, y luego, en las generales, al radical cordobés Antonio Angeloz.

Inmediatamente después de imponerse, el nuevo presidente apareció en el programa de TV del influyente Bernardo Neustadt para decir sin tapujos que buscaría implementar en Argentina un modelo neoliberal, pero que si lo hubiese manifestado en campaña "no iba a ganar". El otro hecho saliente de Menem fue su inmediata visita al Monumental para ver en directo a su amado River Plate ante Talleres de Córdoba en un partido atrasado por las mismas elecciones, en el que los cordobeses se impusieron tras muchos años sin conseguirlo en ese estadio.

Menem, al contrario de Alfonsín, que se interesaba relativamente poco por el fútbol, aunque se lo conocía como hincha de Independiente y en especial admirador de Ricardo Bochini, estaría muy vinculado a él en todas sus facetas. Seguía partido a partido, jugaba y además se lo vio rodeado de profesionales de la Selección Nacional, utilizando la camiseta número cinco y la cinta de capitán. Incluso circularon versiones acerca de estrechas relaciones con algunos intermediarios de moda en los años noventa, caracterizados como los de "pizza y champagne"[329].

La Asociación del Fútbol Argentino (AFA) no había podido reaccionar favorablemente en lo económico al modelo impuesto a mediados de los años ochenta, pese a que tanto se había insistido en que el nuevo formato de los campeonatos (uno anual siguiendo el calendario europeo) traería muchos beneficios. Los clubes aparecían

cada vez más endeudados.

El torneo Nacional B no había sido tan fructífero como parecía; costaba cobrar los pasajes y las estadías al Estado, que además Menem iría recortando con la nueva política neoliberal que trajo consigo las privatizaciones. Los clubes de Primera A fueron entendiendo que, en la medida en que bajaba la calidad de los espectáculos y los mejores jugadores emigraban en cada apertura de un libro de pases, las invitaciones a participar en los amistosos o torneos veraniegos europeos eran una utopía.

En verdad, el anterior subsecretario de Deportes radical, Osvaldo Otero, les había prometido ayuda por las primeras tres temporadas, pero luego tenían que autofinanciarse, y por eso el funcionario decía que los equipos chicos del interior que habían accedido a la divisional en los primeros años "van a ir decantándose y dejando el lugar a los más poderosos, porque no van a poder mantenerse sin una buena estructura atrás"[330].

La situación económica de los clubes, si desde siempre fue deficitaria y con malas administraciones en su mayoría, se había complicado mucho más desde que el dólar pasó de los 15 australes a los 680 australes el 6 de febrero de 1989. En ese momento, el fútbol argentino se desmoronó y los clubes tuvieron que liquidar a sus planteles vendiendo a muchísimos jugadores al exterior, comenzando casi "de cero" la temporada 1989/1990.

En algunos casos, la venta de un jugador a una buena plaza al exterior significaba ganar más que las recaudaciones de todo el año. Así apareció una nueva industria, la de los agentes de jugadores, empresas de compraventa, ojeadores, asesores, representantes, intermediarios (reconocidos por la Federación Internacional del Fútbol Asociado —FIFA— o no) y abogados especializados en derecho deportivo.

Settimio Aloisio, el representante de moda a principios de los años noventa, que se declaraba partidario de que, "cada tanto tiempo, los jugadores cambien de camiseta", explicaba que su trabajo era:

“estudiar a algunos de los jugadores que me piden desde Europa en la sede central de la empresa, a cargo de Antonio Caliendo, y que está relacionado con el pedido de los jugadores sudamericanos por parte de determinados clubes para posteriormente mandarles videocassetes de estos elementos y referencias humanas y de adaptación al medio, y tras cotejar todos estos ítems, si el club europeo acepta las condiciones (generalmente altas para Argentina pero bajas para allí) le pedimos los pasajes y hacemos viajar al jugador para someterlo a la revisación médica y al fichaje, previo acuerdo con los dirigentes de su entidad en el país.[331]”

Cabe destacar que los intermediarios se encuentran “estrictamente prohibidos” por el artículo 9 del Convenio Colectivo de Trabajo 430/75 y el artículo 10 del Reglamento de la FIFA.

Las continuas transferencias de jugadores se fueron sofisticando y comenzaron las operaciones “por porcentajes”: un club grande que compra el pase de un jugador a uno más chico, pero deja a este un porcentaje a futuras ventas al exterior; o directamente una empresa privada o un grupo empresario (muchas veces opaco) compra un porcentaje, y otro porcentaje del mismo pase otro privado, hasta generar una confusión por la que ya no se sabe quién es el dueño de los pases reales de los jugadores.

Estos empresarios fueron jugando con las malas administraciones y las deudas de los clubes para llevarse a los mejores jugadores por sumas muy bajas, que adelantaban a los desesperados dirigentes o, muchas veces, generando sospechosas alianzas con ellos, unos desde afuera y los otros desde adentro de los clubes. Esto ocurrió, por ejemplo, con los pases de los cracks de Argentinos Juniors Fernando Redondo y Silvio Rudman, que quedaron en libertad de acción a mediados de 1990 porque el club, manejado por Domingo Tessone (luego representante), “se olvidó” de enviarles a tiempo el telegrama de renovación, y se marcharon al exterior.

Entre 1985 y 1990, se transfirieron 176 jugadores al exterior, casi el equivalente al 50% de los que participaban en el torneo argentino en una temporada. Fue cada vez más habitual escuchar desde los medios de comunicación referencias al “mercado local”, y ya no al

“fútbol local”, como si todo se tratara de un gran mercado, y no el ámbito para una competencia deportiva. Todo se había desmadrado.

Pero el cambio no fue solo económico o financiero, sino también cultural. Para la Copa América de Brasil de 1989, que se disputó a días de la asunción presidencial de Menem, la Selección Argentina que concurrió al certamen, siempre dirigida por Carlos Bilardo, tenía ya 23 de sus 26 jugadores del plantel militando en clubes del exterior, lo que representó un cambio en el sistema táctico. ¿Cómo hacer para jugar con un sistema propio, tradicional, de privilegio de la estética y conservar ciertas posiciones —como los wines (extremos) o los clásicos números diez (creativos)— cuando la mayoría de las estrellas convocadas a la Selección Argentina participaban toda la temporada adaptándose a otros sistemas y hasta aceptando en ellos cambios de posiciones a su juego tradicional en pos de mantener la titularidad o evitar un conflicto con sus entrenadores y sus clubes extranjeros?

Veamos ejemplos de distintas épocas: si Ariel Ortega en River Plate o Gustavo López en Independiente habían sido volantes creativos en Argentina, en el fútbol español uno debió jugar adelantado y detrás de un solo atacante en el Valencia, y el otro, como extremo izquierdo en el Celta de Vigo; o bien, si Claudio López había sido extremo en Racing o Claudio Caniggia lo había sido antes en River, en Europa fueron delanteros “por todo el frente de ataque”. La Selección Argentina tuvo que acostumbrarse a eso, y una vez que se acabó la generación de los mundiales de 1986 y 1990, se profundizó el problema hasta perder cada vez mayor identidad.

Así fue que, para estos años, y con la influencia del éxito deportivo de la Selección Argentina en México 86, el fútbol local dejó de producir lo que ya era una saludable tradición y por lo que era temido en todo el mundo: arqueros atajadores que sabían salir jugando con los pies o que sacaban desde el arco con las manos (¿para qué, si cada vez se jugaba más a la llamada “segunda pelota”, el rechazo de los rivales en los saque largos?); marcadores centrales elegantes y de buena salida, sin “reventar” la pelota hacia arriba o afuera; marcadores de punta de baja estatura, para tener velocidad y poder arrojarse al suelo al marcar a los wines, que

tampoco existían más; volantes centrales altos, espigados y de mucha presencia, que hicieran correr la pelota y apuntalaran al equipo desde su posición; volantes derechos con llegada al área rival y con muchos goles; números diez, los creativos que manejaban todo el andamiaje del equipo como directores de orquesta, y centrodelanteros técnicos, que pudieran partir desde atrás y fueran efectivos arriba. Todo, en función de lo que el mercado europeo necesitaba.

Los clubes quedaron a merced de la nueva situación económica argentina, por un lado, y por otro, sometidos a la nueva estructura internacional que se generó desde una causa también económica: la enorme diferencia de valor monetario entre el centro del mundo del fútbol (Europa) y los satélites (Asia en menor medida, África de manera creciente, y especialmente América del Sur, con mayor tradición).

Si el fútbol brasileño pasaba a exportar jugadores como nunca antes lo había hecho (ni en tiempos de Pelé había sido necesario, porque se protegía el torneo local), el argentino se encontraba en la misma situación, sin que la AFA buscara una política para proteger a sus clubes y a sus torneos, ni siquiera haciendo valer el reglamento. Todo estaba permitido, una vez más. Luego, esto también influiría en el cambio cultural del fútbol brasileño, cada vez más "argentinizado".

De manera incipiente, en la última temporada durante la presidencia de Alfonsín, la 1988/1989, se había llegado a conformar una comisión para buscar la forma de atraer público a los estadios debido a la alarmante caída de espectadores. Estaba integrada por Hugo Santilli (River), Héctor Rinaldi (Racing), Nelson Oltolina (Estudiantes), Carlos Heller (Boca), Luis Boselli (Newell's) y Humberto Carlés (Argentinos Juniors), aunque solo llegó a implementar el sorteo de un automóvil con la entrada general.

La situación de los clubes era cada vez más complicada, aun cuando Menem, sobre la base de la "economía popular de mercado", había permitido que ellos mismos fijaran el valor de las entradas. Para 1991, River recaudaba 1.000.000 de dólares anuales, una cifra con la que le resultaba imposible (como al resto de los clubes grandes y, aún más, a los pequeños) competir con entidades del exterior en los

pases de los jugadores. Esto se vio reflejado también en las competencias internacionales: el fútbol argentino estuvo sin ganar una Copa Libertadores, y no parece casualidad, entre 1986 y 1994.

Muchos clubes estuvieron a punto de perder su sede en distintos remates: San Lorenzo, Racing, Huracán, Tigre, Chacarita, Atlanta y Temperley.

Así fue que, de a poco, comenzaron las reuniones entre los dirigentes de los clubes grandes para buscar alguna variante a la situación, y empezó a gestarse, entonces, lo que se dio en llamar la Liga Profesional de Fútbol (LIPROFU), el gen de lo que ocurriría poco más de un cuarto de siglo más tarde. Esta LIPROFU tenía como idea principal un sistema muy parecido al de la Liga de Fútbol Profesional (LFP) de España, que si bien se mantiene dentro de la Real Federación Española de Fútbol (RFEF) tiene estructuras independientes y TV funciona en otro edificio y maneja por sí misma los derechos de TV. Sin embargo, Grondona nunca vio con buenos ojos que un negocio tan grande como el de la TV se manejara fuera de su alcance y acabó postergando el proyecto hasta anularlo por completo desde el enorme poder político que había conseguido. “Me iré cuando los clubes quieran. El poder no es mío, me lo dan. Los demás sienten que tengo poder y eso es lo que vale. El sillón no se lo voy a dar a nadie”, solía decir por esos tiempos.

“Grondona hizo fracasar esa Liga porque no quería que le manejaran la caja”, sostiene Presta, quien recuerda que uno de los que fogonearon el proyecto, el vicepresidente de Boca Carlos Heller, “tampoco era tan independiente, porque la AFA tenía cuentas en el Banco Credicoop, que manejaba este dirigente”. Presta remarca que Grondona “gobernaba al mejor estilo Don Corleone. Venía un dirigente con un problema económico y lo solucionaba inmediatamente y no pedía nunca la devolución, pero si se enteraba de que le quería votar en contra, le recordaba la deuda y le daba plazos cortos para hacerle frente”.

El proyecto cobró aún más fuerza cuando Huracán regresó a Primera A, al ascender desde el Nacional B, y se sumó a los clubes que propiciaban la LIPROFU. Aunque finalmente no encontró el eco buscado, pudo al menos sacar algún rédito al llegarse a un acuerdo para que Boca (que se estaba recuperando de la crisis de los años

ochenta) y River cobraran un porcentaje mayor tras la amenaza de “los seis grandes” de no comenzar la temporada 1990/1991 si no se modificaban las condiciones. Esto, aun a sabiendas, como ahora mismo, de que no tendrían los votos necesarios, por aquello de lo que habían quedado presos en 1949 al aceptar el sistema de “un club, un voto”, tras haber conseguido antes el voto calificado el 5 de agosto de 1937. Al final, el 65% de los derechos irían para los clubes grandes, y el 35%, para el resto. Los otros clubes grandes recibirían un porcentaje algo más bajo que Boca y River, y en los enfrentamientos entre los grandes, seguiría rigiendo el porcentaje por promedio de venta de entradas. Asunto terminado.

Grondona, el frente externo y el Mundial de Italia

Grondona tampoco era el mismo en tiempos de Menem que en los de Alfonsín, cuando transitaba sus primeros años en la entidad del fútbol argentino. Ya estaba consolidado al ganar otra vez las elecciones para presidente de la AFA en 1987, en lo que fue su segunda reelección. Se había impuesto sin rivales a la vista con los 31 votos de la Asamblea, lo que resultaba un tanto extraño: clubes en crisis, modelo en crisis, pero votación unánime en su favor.

Muchos lo explicaban a partir de los éxitos de la "Cancillería", la cara externa de una AFA que iba aumentando los problemas internos pero, al mismo tiempo, atravesaba uno de sus mejores momentos en cuanto a la Selección Nacional. Este éxito se hizo aún más importante por algunos resultados y por la brillantez de Diego Maradona, el ya sin dudas considerado mejor jugador del mundo, que promovía todo tipo de expectativas a donde viajara.

Si antes Bochini lo había favorecido con los títulos para llegar desde Independiente a la AFA, Maradona lo había ayudado ahora para llegar hasta la FIFA luego de haber atravesado una enorme cantidad de obstáculos. En este sentido, los dos títulos mundiales (1978 y 1986) también habían colaborado para su arribo a la casa mundial del fútbol, impulsado incluso por el azar.

Con la caída en desgracia de Teófilo Salinas en la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol) en 1985, cuando aceptó la sugerencia de Coca Cola para llevar el ya previsto Mundial Sub-20 de Chile a Rusia para expandir el mercado de la bebida gaseosa, el uruguayo Eduardo Rocca Couture, elegido por Havelange para la vicepresidencia de la FIFA en lugar del renunciante Lacoste, y amigo de Salinas, tuvo que renunciar al cumplir su primer mandato, en 1988. Ese lugar fue ocupado, desde entonces y ya con consenso, por Grondona, quien además volvería a ser ayudado con el subcampeonato conseguido por la Selección Argentina en el Mundial de Italia de 1990.

Este salto a la FIFA marcó también un cambio importante en los movimientos del día a día en la AFA. Grondona fue ganando terreno en la FIFA y sus viajes a Zúrich se hicieron cada vez más frecuentes. Mientras tanto, su delfín desde los primeros tiempos como dirigente, cuando presidía Arsenal, Eduardo Deluca, titular de defensores de Belgrano y luego secretario general de la AFA, llegada a la Conmebol con el mismo cargo y con estrecho vínculo con el presidente de la entidad, el paraguayo Nicolás Leoz.

En ese frente, el externo, por esos tiempos Grondona tuvo menos problemas que en el interno. Si bien la Selección Argentina seguía sin conformar a una buena parte de los aficionados y a la prensa, había una tendencia a pasar por alto muchos detalles y una cierta indulgencia de varios medios de comunicación, convencidos de que al haber ganado el Mundial de México de 1986 el crédito era mucho mayor. Se firmaba así el pacto tácito de que lo único que parecía importar, en un ciclo de cuatro años, era el Mundial, incluso al punto de no lamentarse por las copas América perdidas.

El equipo argentino no había pasado del cuarto puesto como local en 1987 cuando llegó el turno de la siguiente en Brasil en 1989. El conjunto local no ganaba una Copa del Mundo desde México 1970, se hablaba del "Síndrome de la falta de Pelé" y se notaba una enorme necesidad de superar esa situación. En cambio, el equipo albiceleste llegaba distendido, aunque con un Maradona contrariado y con sobrepeso. "El Diez" ya era dueño de toda la estructura y de las decisiones del cuerpo técnico, debido al poder que había acumulado en esos años de gloria tanto en la Selección Argentina como en el Napoli, donde también era considerado una especie de semidiós tras haber ganado torneos locales e internacionales en un club muy poco acostumbrado a ello y siendo bandera de reivindicación del siempre maltratado sur italiano contra el norte opulento.

En la Copa América de Brasil, un Maradona contrariado le contó a este periodista, con gran lamento, que estaba desesperado por abandonar Nápoles, donde no podía llevar una vida normal, para trasladarse con su familia a Marsella, debido a una irrechazable oferta del Olympique. Por ese tiempo, al equipo francés lo regenteaba el dirigente "socialista", aunque ligado también al

negocio de los misiles y luego relacionado con Adidas, Bernard Tapie. Sin embargo, Maradona tenía contrato hasta 1993, había firmado por siete años en 1986 y sentía que así, sin darse cuenta, jugando con su buena fe, poco menos que lo habían esclavizado. El presidente del Napoli, Corrado Ferlaino, le había explicado que si lo dejaba marcharse “me matan a mí”.

Ese equipo argentino de 1989 era una mezcla de varios de los campeones mundiales de 1986 con algunos de una nueva generación que ya eran habituales entre los convocados por Bilardo, como Claudio Caniggia, Pedro Troglio, Néstor Gorosito, Pedro Monzón, Roberto Sensini, José Basualdo y Abel Balbo. Sin lucir, logró la clasificación para el cuadrangular final. Durante esa fase final, jugada a doble turno en el estadio Maracaná, y pese a algunos lujos que dejaron huella (como un magistral remate desde mitad de cancha que acabó con la pelota en el travesaño del maravillado arquero uruguayo Zeoli), la Selección Argentina fue rápidamente eliminada.

Sin necesidad de tener que jugar partidos por la clasificación para el Mundial de Italia de 1990, por haber sido campeón en 1986, la Selección Argentina siguió con los amistosos aislados y las quejas de Bilardo por tener a la base de sus jugadores en el exterior, mientras el fútbol del equipo seguía sin conformar y con eternas excusas de falta de tiempo para prepararse o exagerando las virtudes de los rivales.

Pero el bajo rendimiento no era nuevo: en 1987, la Selección había logrado su clasificación para los Juegos Olímpicos de Seúl de 1988, a los que concurrió dirigida por Carlos Pachamé, el principal colaborador de Bilardo. Había perdido 4-1 en un amistoso previo ante Australia, en tierras oceánicas.

Ya en la sede de los Juegos, la Selección Argentina, con muy buenos valores del fútbol local, había pasado a duras penas como segunda el grupo inicial, tras empatar sobre el final en el debut ante la inexperta de Estados Unidos, vencer a los locales y caer ante los soviéticos, a la postre campeones. En cuartos de final, tuvo que enfrentar a la Selección Brasileña que terminó siendo la base del equipo que un año más tarde ganaría la Copa América. Si bien Argentina fue derrotada y eliminada del torneo con un 1-0, la

brillante tarea de su arquero Luis Islas evitó lo que pudo resultar en goleada. Aquel partido sería el anuncio de lo que ocurriría ante el mismo rival dos años más tarde en el Mundial.

Para Italia 1990, la Selección Argentina ofrecía muchas dudas en su juego. Así como para 1978 el director técnico César Luis Menotti conservaba demasiado poder, ahora este residía en un jugador, Maradona, que se había adueñado de las decisiones. Siempre hay debate entre los aficionados al fútbol en Argentina acerca de quiénes deben integrar la selección; en aquel momento había coincidencia en que Ramón Díaz, quien se destacaba en el Mónaco en la liga francesa, debía ser convocado. Sin embargo, la conocida distancia que se había establecido entre Maradona y Díaz, antes compadres en el Mundial Sub-20 de Japón de 1979, impedía la presencia del delantero en el conjunto nacional. La presión mediática resultó tan fuerte, que hasta el propio presidente Menem, riojano como Díaz, trató de interceder convocando a Bilardo a una reunión en la Residencia Presidencial de Olivos a tal efecto.

En la conferencia de prensa posterior, ante una inusual expectativa, Menem, sentado al lado de Bilardo y del vocero presidencial, el periodista deportivo Fernando Niembro, llegó a lamentar la ausencia de Ramón Díaz para Italia 90 "porque llamé a Diego pero este le bajó el pulgar". Todo esto, dicho con el propio director técnico a su lado, sin que se molestara en desmentirlo.

Durante el Mundial, este periodista y el colega argentino residente en España Jesús Ferro caminaban por el Centro de Prensa Gaetano Scirea, en Roma, cuando se les presentó un francés acreditado para el certamen para preguntar, sorprendido, "por qué no está Marcicó [por Alberto Márcico, a quien seguía cada semana en el Toulouse] en el equipo". Dijo que su nombre era Just Fontaine, nada menos que el máximo goleador de la historia para un solo Mundial (13 goles en 1958).

Sin Márcico ni Díaz, con una enorme cantidad de defensores y volantes que habían formado parte del ciclo y, en algunos casos, otros que provenían desde 1983, aunque con Maradona y Caniggia, la Selección Argentina sorprendió al mundo al caer derrotada (como cuando jugó en España 1982 ante Bélgica) en el partido inaugural en San Siro ante Camerún.

En la gira previa al Mundial, ya habían existido episodios conflictivos que mostraban que el verdadero poder en el plantel lo tenía Maradona, que había revertido su situación en el Napoli y había conseguido otro Scudetto luego de un mal inicio de temporada, aunque un golpe en un dedo del pie lo había limitado para el torneo, así como luego la rodilla. Por si faltara poco, en las horas previas al debut Maradona había acaparado otra vez la atención al recibir en Milán el pasaporte diplomático por parte del Gobierno argentino, que aprovechara políticamente la situación para ensalzarlo.

El día anterior al debut y tras la última práctica, Maradona se enteró en el vestuario que, tras largos balbuceos para atenuar la situación, Bilardo había dado a conocer la alineación y había decidido quitar de la titularidad a Caniggia para colocar a Balbo en su lugar[332].

La inesperada derrota caló hondo en la delegación argentina y en los aficionados, y Bilardo decidió cambiar medio equipo para el segundo partido ante Rusia tras decirle al grupo en la intimidad que si no se lograba la clasificación prefería “que el avión que nos lleve de vuelta a la Argentina se caiga” o que “había que disfrazarse de árabes”.

La clasificación para los octavos de final se consiguió angustiosamente y sin mostrar una mínima solidez. Como en los Juegos Olímpicos, esperaba Brasil en octavos de final en Turín. Tres remates a los palos de los brasileños y un dominio total en gran parte del partido, que no se reflejó en el marcador, dieron espacio para una genialidad de Maradona, que habilitó a Caniggia, quien marcó el gol del pase a cuartos de final.

Ya en esa instancia ante Yugoslavia, así como en semifinales ante Italia, el equipo argentino jugó sus mejores partidos. El clima previo al partido ante los locales estuvo marcado por la rivalidad con Maradona, en el ámbito del torneo y en las calles. El gran jugador argentino ayudó con una frase dicha en la conferencia de prensa previa, acerca de los aficionados de Nápoles, ciudad sede de la semifinal: “Espero que los napolitanos hinchen por nosotros, porque los italianos se olvidan todo el año de ellos”.

Cuando la Selección Argentina eliminó a la italiana, pareció que el Mundial se había terminado. Se calcula que con esa eliminación del conjunto local (invicto y con un solo gol en contra en todo el Mundial), el fútbol de ese país perdió en una noche cerca de mil millones de euros en negocios. En los centros de prensa, los voluntarios ya recogían las cosas y las guardaban, y en Roma, sede de la final, los italianos demostraron desde el inicio su predisposición hacia la Selección Alemana, debido al odio que les generaba Maradona.

En ese contexto, ocurrió un extraño hecho en la concentración argentina en Trigoria, a pocos kilómetros de Roma, cuando en la mañana previa a la final apareció arrancada la bandera celeste y blanca del mástil, causando un gran revuelo. El clima se puso más denso durante los himnos, cuando ante los silbidos del público en el momento de sonar la canción nacional argentina Maradona miró a la cámara general e insultó, a sabiendas de que llegaría a todos en un solo instante.

El equipo argentino fue impotente para ganar esa final. Bilardo, con la excusa de los suspendidos y lesionados, que dejaron diezmado al once titular, y como si el resto de los componentes del plantel no valieran lo mismo (al cabo, esa era una decisión suya, que privilegió a esos jugadores por sobre otros más talentosos que se quedaron fuera del torneo), solo atinó a defenderse con un gran vallado que evitó que los alemanes se adelantaran. Terminó con dos expulsados por juego brusco y por las continuas protestas al árbitro mexicano Edgardo Codesal, quien acabó otorgándole a Alemania un más que dudoso penal con el que se definió el Mundial.

Ya en la premiación, y poniendo en riesgo la relación de la AFA con la FIFA, Maradona se negó a saludar al presidente João Havelange, al dar a entender que había estado todo organizado para que la Selección Argentina perdiera. Un año más tarde, tanto él como Caniggia caerían y serían sancionados en distintos controles antidoping en la Liga Italiana.

El regreso de Italia fue muy parecido al de México cuatro años antes. No se había ganado el Mundial, pero era como si se hubiera conseguido. Haber eliminado a Italia en semifinales, en lo que parecía un partido jugado "contra todo y todos" (una sensación

argentina ya tradicional), convirtió a los jugadores y a Bilardo en poco menos que héroes. Una vez en Buenos Aires, nuevamente el balcón de la Casa Rosada se prestó a un homenaje con una convocatoria popular al mejor estilo de las movilizaciones políticas y con Menem mucho más participativo que Alfonsín. Estaba en su salsa.

Todo pasa

Al año siguiente, y tratando de recomponer una relación que parecía que podía complicarse tras lo ocurrido en el Mundial de Italia, Havelange visitó Buenos Aires, y Menem no desaprovechó la oportunidad para recibirlo junto a Grondona. Esto desató la ira de Maradona, que se sintió traicionado tanto por el mandamás de la AFA como por el presidente argentino.

En aquella reunión, Havelange, ya reconvertido en aliado de Grondona tras los primeros años de enemistad, al notar su silencio luego de la final de Italia 90 —la revista alemana Der Spiegel había colocado en su tapa una caja de zapatillas de la marca Adidas y, dentro de ella, una foto de la Selección Alemana campeona del mundo—, le advirtió a Menem que, en caso de buscar reemplazar al presidente de la AFA, corría el riesgo de que fuera desafiliada por la FIFA, porque no se permite estatutariamente ninguna injerencia estatal. De hacerlo, la Selección Argentina podía dejar de participar en las copas América y en los mundiales.

Menem tomó nota de la situación y aparcó definitivamente la idea de quitar a Grondona de la AFA, como había pergeñado en largas conversaciones con el dirigente de Racing Club y peronista, Juan de Stéfano, quien por esos tiempos sostenía que la casa del fútbol argentino era "un comité radical", en referencia a los vínculos de Grondona con ese partido.

Con toda lógica, con el cambio de gobierno, desde uno radical a otro peronista, y tomando en cuenta la historia de la AFA, que siempre cambiaba de pelaje hacia los gobiernos de turno, Grondona temía ser desplazado. Si bien apuntaba a De Stéfano, por sus ideas y su cercanía a Menem, el verdadero candidato del nuevo gobierno era otro, el arquitecto Antonio Pérez, también peronista, dirigente de Vélez Sarsfield, quien aportaba un recorrido más amigable.

Grondona conocía que quien más buscaba desplazarlo en los

primeros tiempos del menemismo era el secretario de Deportes, Fernando Galmarini, que además llegaba con la idea de implementar una especie de congreso del deporte con la participación de todos los sectores y regiones, al que llamó Consejo Nacional del Deporte (CONADE). Finalmente, duró muy poco porque casi nadie asistía cuando era convocado.

Grondona conocía bien a De Stéfano. Su hermano Alberto había sido dirigente de Arsenal, y en el entorno del presidente de la AFA se sospechaba que había tenido que ver con el secuestro de un joven Humberto, su hijo, por ocho días, en 1973. Con el tiempo, y con una clara demostración de muñeca política, el presidente de la AFA dominó la situación. Anuló por completo a Pérez; Galmarini quedó con las manos atadas tras la advertencia de Havelange; y con De Stéfano cambió su relación, al aceptar, con la renuncia de Bilardo a la Selección Argentina, que Alfio Basile, un símbolo de Racing, fuera su reemplazante, dejando de lado la tradición de contratar al último campeón local. Por si fuera poco, le dio la vicepresidencia segunda de la AFA.

Al mismo tiempo, ya iba dando muestra de su apuesta a que todo se recomponía con el paso del tiempo con su demoledora frase “Todo pasa”, contraponiendo la imagen de De Stéfano: “Si yo tuviera que actuar como él procede conmigo, tendríamos que pelearnos. Y como yo no me peleo con nadie [...] No creo que Juan quiera ser presidente de la AFA. A lo que aspira con toda seguridad es a poder salir campeón con Racing. Creo que si durante mi mandato lo llega a lograr, me hace un monumento. Cuando salió campeón de la Supercopa (1988) me llevó al estadio y me hizo levantar la mano como los boxeadores”[333]. Un año más tarde, Racing contrataba como director técnico… a Humberto Grondona.

Por si faltaba algo, De Stéfano se encargaba de rematarlo: “Yo nunca le planteé a Menem reemplazar a Grondona, Julio siempre tuvo el apoyo incondicional de Havelange y yo fui el que le dijo a Menem ‘ojo con tocar a la AFA porque FIFA la desafilia’. Yo había tenido muchos cargos y la presidencia de la AFA no me deslumbraba. Es cierto que hubo intentos de intervención durante el gobierno de Menem. En Olivos, alguna noche se discutió intervenir la AFA, pero no era yo el candidato, no hubiera aceptado. Uno tiene

que llegar e irse por el voto. 'Yo no me prendo en un golpe de Estado', les dije"[334].

Aun cuando Basile no llegaba por ser campeón argentino, como Menotti y Bilardo, la Selección Argentina recorrería un buen camino desde lo futbolístico, con 33 partidos sin perder y ganando con justicia las copas América de 1991 y 1993, además de las Copas Kirin, Lipton y Artemio Franchi, con un importante agregado: desde 1977, sería la primera vez en la que no se podía contar con Diego Maradona, suspendido por doping en el fútbol italiano y ya de regreso en Argentina.

Sin embargo, con Maradona inactivo, Grondona se encargaba de advertir a Basile en sus primeros días: "Te voy a decir lo mismo que les digo a todos los que asumen tu puesto: acá la clave es manejarse bien con Maradona. Él es distinto en todo. No solo en el juego. Si las cosas están bien y claras con él y con el grupo, no hay drama"[335]. Esas palabras, a la larga, serían claves y premonitorias.

Grondona pasaría a mostrar su cara neoliberal y se arrimaría al Gobierno desde la cercanía del dirigente de Deportivo Armenio (otro de los clubes de ascenso), Noray Nakis, con uno de los integrantes del círculo íntimo de Menem, Armando Gostanián, quien sonriente solía contar en los medios que era llamado por el presidente argentino como "Gordo Bolú".

El presidente de la AFA, ya consolidado para otro mandato hasta 1995 en una nueva reelección, acabó frecuentando la Quinta Presidencial de Olivos. Cada vez se mostraba más cercano al neoliberalismo, minimizando su etapa radical como "nada más que sentimental"; con el tiempo, amplió el concepto: "A lo mejor, íntimamente sigo siendo radical, pero hay que pensar con la cabeza más que con el corazón. En este momento, me siento consustanciado con lo que hace el presidente Menem. Y en las últimas elecciones he votado por la coherencia y la estabilidad". El viraje ya se había producido.

En aquellas elecciones de la AFA, Grondona había tenido, por fin, un contrincante que se había animado a enfrentarlo en elecciones, algo que no había ocurrido desde su asunción en 1979. Y tenía que

provenir de un ámbito diferente al dirigencial, por la política de no poder salirse de su control a la hora de emitir el voto. Ya desde hacía tiempo que ningún club se animaba a votar en su contra por temor a represalias, y entonces apareció la candidatura de un ex árbitro, Teodoro Nitti, quien proponía un sistema mucho más democrático y federal, dividido en siete regiones, y con un torneo integrado al estilo del Brasileirao. Era algo mucho más lógico, porque partía de una consideración por la enorme amplitud del país, sin importar modelos imposibles de extrapolar, como los europeos. También impulsaba que el Comité Ejecutivo tuviera un representante de cada región y un octavo compuesto por representantes de Futbolistas Argentinos Agremiados (FAA), árbitros y directores técnicos.

Sin embargo, la votación acabó con el resultado de 40-1 para Grondona. El único voto que se adjudicó Nitti fue… del propio Nitti, quien seguramente no tuvo en cuenta que, más allá de su buena voluntad, la AFA seguía siendo unitaria al momento de la votación. “La AFA sigue siendo unitaria. Todos los equipos del interior siguen perteneciendo al Consejo Federal, es decir que no están afiliados a la AFA. Está afiliado a la AFA Sacachispas, y no están afiliados Atlético Tucumán, o Talleres de Córdoba, 200 veces más poderosos que Sacachispas”, decía Presta, con contundencia.

Con el mandato asegurado hasta 1995, camino a los 16 años en la presidencia, lo que nadie había conseguido en la historia de la AFA, Grondona se dedicó cada vez más al frente externo, a la FIFA, y comenzó a crecer integrando distintas comisiones. Así, se hizo cargo de la de Competencias Juveniles cuando se disputó el Mundial Sub-20 de Portugal en 1991.

Había que estar alerta. El equipo argentino, que ahora conducía Reinaldo Merlo, por seguir la tradición de que el director técnico de los juveniles era colocado por el de la Selección mayor, aparecía como muy irascible, con tendencia a los escándalos, como había ocurrido en el Sudamericano de Venezuela. Se trataba de muy buenos jugadores, como Mauricio Pochettino, Mauricio Pellegrino, Juan Esnaider (transferido muy joven desde Ferrocarril Oeste al Real Madrid, a quien ya le habían conmutado penas en Venezuela) o Roberto Mogrovejo.

Tras caer derrotado ante Corea del Sur, el equipo argentino tuvo que jugar frente a los locales, que con Luis Figo como figura eran grandes candidatos al título mundial. Nuevamente el equipo argentino apareció muy nervioso, pegó mucho, y Grondona tuvo que bajar al vestuario en el entretiempo para pedir calma. Sin embargo, acabarían expulsados Claudio París, Pellegrino y Esnaider, quien estuvo cerca de darle un cabezazo al árbitro belga Guy Goethals. La Selección Argentina acabó cayendo 3-0 y fue suspendida para disputar el Mundial Sub-20 siguiente, en Australia 1993.

El escándalo fue mayúsculo justo cuando Grondona había asumido en la respectiva comisión en la FIFA y apenas un año después de lo que había ocurrido en la final del Mundial de Italia de 1990. La imagen disciplinaria de los equipos argentinos estaba por los suelos, con Maradona suspendido por doping. Cuando pasaron los 15 meses de suspensión, el astro argentino se negó a volver al Calcio y al Napoli. Una vez que se había liberado de aquel sistema opresivo, que se había vuelto endiablado tras lo ocurrido en Italia 90, recibió una oferta del Sevilla, dirigido por Carlos Bilardo, para la temporada 1992/1993. Era la posibilidad de regresar a la Liga Española casi una década más tarde, luego de aquel paso por el Barcelona. Pero tal como en 1989, el presidente del Napoli, Corrado Ferlaino, se negaba a traspasarlo.

Fue entonces que, sorprendentemente, apareció la FIFA jugando su partido. La necesidad de que Maradona participara de un Mundial complicado como el de Estados Unidos 1994 generó el viraje de Havelange y de su secretario general Joseph Blatter para presionar al Napoli con el fin de que se sentara a dialogar con el Sevilla y luego aceptara transferirlo, aunque los españoles habían presentado una oferta muy pobre, tanto como los avales requeridos.

Esto generó un acercamiento entre un Maradona agradecido y un Grondona satisfecho, al punto de que no solo se produjo la vuelta de “El Diez” a la Selección de Basile, sino que además él y Diego Simeone tuvieron durísimos enfrentamientos con el entonces presidente del Sevilla Luis Cuervas; incluso, hasta llegaron a viajar para incorporarse al equipo albiceleste sin la anuencia del dirigente andaluz[336].

Cuando Havelange regresó a Argentina en 1993 para el Centenario de la AFA (que en verdad era del fútbol argentino, pero no de la institución), con festejos a toda pompa en el restaurante El Mangrullo, del entonces joven dirigente del PJ Alejandro Granados, en Ezeiza (localidad en la que se había construido el predio de la entidad futbolística), la situación era mucho más cómoda que dos años antes, con Maradona ya en actividad y con la mira puesta en el Mundial de 1994.

La idea de las SA y los torneos cortos

En el fútbol local, y como sucedió reiteradamente, los clubes no podían estar peor. Sus deudas aumentaban pese a que la variedad de rubros por ingresos se iba acrecentando con la expansión de la industria: a la publicidad en las camisetas, la estática en los estadios, las recaudaciones, las cuotas de los socios, los abonos a palcos y plateas, la vista gorda estatal a cualquier exceso y los derechos de TV, se sumaba la posibilidad de vender jugadores al exterior por sumas millonarias que parecían ayudar al sueño de cualquier empresario: fabricar, vender en moneda extranjera y traer esos fondos para reutilizarlos.

Los clubes debían estar en momentos de crecimiento y expansión y, sin embargo, ocurría (como siempre) todo lo contrario. Al llegar a 1990, la deuda total de los clubes era de 30.000.000 de dólares: 9.000.000 eran de River; 7.000.000 eran de Boca; 2.500.000 eran de Racing; 1.400.000 era de San Lorenzo; 1.000.000 era de Huracán, y hasta algunos considerados ejemplos, como Ferro, debían a esa altura 1.300.000; Deportivo Español debía 1.000.000; Argentino Juniors debía 450.000, y Platense, 200.000. En este contexto, comenzó a contemplarse la posibilidad implícita de convertir a los clubes en sociedades anónimas, sumándose a la inminente ola privatizadora del menemismo.

Si toda empresa estatal podía ser privada, como insinuara descaradamente el funcionario Roberto Dromi, ¿por qué el fútbol, tan proclive siempre a acercarse a las ideas de turno para estar a la sombra del poder, no iba a repetir lo mismo en su microcosmos? El fútbol había dado el primer paso para el gran negocio adaptando desde 1985/1986 su propio calendario de torneos para poder vender jugadores al mejor postor (Europa). ¿Por qué no dar el siguiente, el de la constitución de sociedades anónimas que, a partir de una aparente posibilidad de profesionalizar la gestión y acabar con el ciclo deudor, se hicieran cargo de clubes de riquísima

historia? Comenzaría primero un tímido debate que luego, ayudado por muchos medios de comunicación más que interesados, se haría cada vez más fuerte y con varios grupos empresariales relamiéndose para entrar, por fin, a cerrar el negocio perfecto.

Claro que ese modelo era un éxito en Europa porque participaban en él magnates capaces de soportar déficits altísimos en un contexto ordenado y desarrollado y en un continente que permitía este tipo de operaciones con mayor sustentabilidad.

Mientras esto sucedía, a Grondona se le ocurrió otra idea para volver a alterar los torneos, manteniendo el calendario “europeo”. Quería buscar una mayor atracción, para darles más interés a los campeonatos con el fin de que no se llegara a las fechas finales con muchos equipos sin nada que jugar. La idea era dividir, entonces, la temporada en dos torneos cortos cada seis meses, con un ganador cada uno, y que luego los dos ganadores se enfrentaran en una final a doble partido para determinar el único campeón 1990/1991.

La propuesta de Grondona parecía a la medida de un fútbol argentino que navegaba en los cambios permanentes y que solo tenía como horizonte el negocio vinculado al Primer Mundo. La dirigencia se encontró con dos problemas que no había tenido en cuenta. El primero, que Boca llevaba 11 años sin ganar un título por sus problemas institucionales y económicos heredados de la compra del pase de Maradona en 1981; su recuperación lo llevó, por fin, a imponerse en uno de los dos torneos cortos, con la dupla Diego Latorre y Gabriel Batistuta como figuras principales. Se ganó así el derecho a jugar la doble final como ganador del Torneo Clausura 1991 contra Newell’s Old Boys, vencedor del Apertura 1990 seis meses antes. El segundo problema era el que más dolores de cabeza arrojaba: esas dos finales coincidían con la disputa de la Copa América de Chile.

Es decir que la temporada 1990/1991 se diseñó de tal manera, que los dos partidos más importantes, los que definían al campeón, tendrían a los equipos mermados, sin sus jugadores principales, convocados para la Copa América. Boca acabó cediendo a su dupla atacante y, si bien se le permitió reemplazarla por esas dos finales (otro esperpento), quedó disminuido con respecto al rendimiento de la temporada. Además, todo era irregular, con dos jugadores

(Gerardo Reinoso y el brasileño Gaúcho) que no habían participado en todo el certamen. Newell's, en tanto, cedió a la Selección Argentina al volante Darío Franco y al defensor Fernando Gamboa, y en cambio retornó Gerardo Martino del fútbol español. Los rosarinos fueron campeones en la Bombonera.

Esta situación, que postergó las ilusiones de Boca por otro año, con las protestas del club, generó un nuevo cambio en los torneos para la temporada siguiente, la 1991/1992. Directamente, cada uno de los torneos de la temporada, el Apertura y el Clausura, tendrían un campeón oficial y ya no un ganador que aspiraba a una final.

De esta forma, se generó una clase de torneos que jugó cada vez más con las urgencias, con la necesidad de obtener resultados cuanto antes, con una calidad cada vez menor, porque los equipos, en un contexto cultural ligado cada vez más al negocio, se aferraron puramente a los resultados, y los directores técnicos fueron cambiados cada vez más rápido ante la falta de ellos.

Mientras la lucha por el título de campeón desde 1991/1992 se circunscribió a la parte alta de la tabla, en la baja, para determinar el descenso de categoría, se empezó a utilizar otro criterio, el de los promedios, tomando en cuenta las tres últimas temporadas, con lo cual en verdad había dos torneos distintos al mismo tiempo, con criterios totalmente diferentes. En cuanto al descenso, si bien se perjudicaban más los equipos recién ascendidos, que tenían que totalizar varios puntos para no quedar rezagados en el promedio, Grondona solía argumentar, acaso con acierto en este punto, que con este sistema descendían los clubes, y no los equipos. Es decir, descendía una política de tres temporadas (seis torneos cortos), y no una mala racha o una campaña floja, con tiempo para recuperarse.

Se llegó a sostener, entonces, que el inicio de los torneos cortos, cada uno con un campeón, sería útil para los clubes grandes, para que pudieran satisfacer sus urgencias con permanentes revanchas en el caso de una mala campaña, debido a que las posibilidades de acceso a otros jugadores para recomponer sus planteles serían superiores a las del resto de los participantes.

Volviendo al tema de las sociedades anónimas, uno de los que fogoneaban su llegada al fútbol argentino era el entonces ministro

de Salud y Acción Social, Alberto Kohan, quien pretendía que todo estuviera cerrado antes de 1995, el momento en que Carlos Menem aspiraría a la reelección presidencial.

Sin embargo, las pretensiones de privatizar el fútbol encontraron huesos duros de roer. Estaba el propio sindicato FAA, que llevaba años con dientes apretados contra la dirigencia del fútbol desde que en 1985, en un asado, esta decidiera pactar para que ningún club contratara jugadores libres, en especial tras algún conflicto con su institución original.

Algunos pensaban que los que podían dar pie a las sociedades anónimas eran quienes, desde su bolsillo, en los últimos tiempos invertían ciertas cantidades de dinero para "ayudar" en momentos complicados. Los casos más concretos fueron los de Antonio Alegre en el Boca que necesitaba salir de la crisis de los ochenta, o Moisés Annan, o luego Fernando Miele en San Lorenzo, que también había estado en el abismo y con un descenso a Primera B en 1982.

Además de los "salvadores" de turno (aunque hubo casos como el de Alegre, que pusieron más de su bolsillo de lo que se llevaron), otros clubes optaban por el gerenciamiento del fútbol, lo que no implicaba jurídicamente la privatización total, como ocurrió en Temperley y All Boys. Aunque el primer antecedente que se recuerda fue el de Loma Negra de Olavarría, la empresa de Amalia Lacroze de Fortabat, que llegó a realizar una muy buena campaña con cotizados jugadores en el Nacional de 1981, asesorada por el ex presidente e interventor de la AFA, Valentín Suárez. Sin embargo, poco tiempo después se retiró al considerar que el "negocio" no era redituable.

Llegó a darse el caso de dos clubes gerenciados en fútbol por la misma empresa, Excellens, del ex dirigente de Boca Héctor Martínez Sosa, que al no haber podido mantener uno de los dos planteles, se llevó a uno de ellos, el de Defensa y Justicia, para colocarlo en el otro, Atlanta, su "asociado".

Uno de los basamentos de Kohan (y por supuesto de Menem) para la entrada de las sociedades anónimas en el fútbol era el del ex presidente de River Hugo Santilli, ahora como funcionario del Banco Nación. Además, varios grupos fueron apareciendo de la

mano de directivos, con distintos proyectos privatizadores.

Uno de esos intentos fue el del ahora presidente argentino Mauricio Macri para comprar el Deportivo Español en 1993, con el aval del propio Menem (que lo recibió en la Quinta de Olivos) y el apoyo del Grupo SOCMA, de su padre Franco. Querían convencer al franquista Francisco Ríos Seoane, presidente de la entidad, quien había tenido un conflicto con los jugadores de la Selección campeona en México 86, al no querer hacer frente a un premio que había prometido antes del certamen en el caso de que trajeran la Copa del Mundo. Un joven Mauricio Macri explicaba: "En la Argentina no se puede seguir sin ese vehículo que ha permitido el desarrollo del fútbol italiano, español y también del básquetbol y el fútbol americano en los Estados Unidos. Son todas sociedades anónimas que, a través de grupos empresarios, toman diariamente decisiones económicas de las cuales se hacen responsables poniendo su servicio y patrimonio al servicio del crecimiento de la institución"[337].

El abogado del grupo era nada menos que Osvaldo Otero, quien apenas cuatro años antes había sido subsecretario de Deportes de Alfonsín; es decir que rápidamente había dejado la función pública para pasar a la esfera privada y colocarse del otro lado de la raya.

También el club Alvarado de Mar del Plata entró en la ola privatizadora, con César Luis Menotti como manager y el empresario Jorge Aldrey Iglesias, frustrado aspirante a la presidencia de Deportivo Español, quien contaba con el apoyo político del intendente de la ciudad, Mario Russak, y junto a la empresa Telemarket, con Hugo Jinkis (que años más tarde estaría involucrado en el escándalo del FIFA-Gate)[338] y Eduardo Metzger. Llegarían muchos jugadores conocidos que nunca pudieron cobrar y hasta le cortaron la luz al club.

Uno de los intentos de privatización más emblemáticos fue el de Quilmes en 1993, con Pedro Pompilio (que luego sería presidente de Boca, cuando Macri se fue para ser jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires), acompañado del Grupo SOCMA y con Menotti a cargo del fútbol.

No quiso ser menos el empresario Eduardo Eurnekián, que dijo que quería invertir 10.000.000 de dólares en Huracán y llevar a…

Menotti como director deportivo, mientras que el grupo de Macri también se jugaba una chance de hacerse cargo de Deportivo Italiano, con la idea de llevárselo a Mar del Plata con el nombre de Italmar.

Pero si hubo un hecho que excedió todo lo pensado fue el que involucró a Argentinos Juniors. El “Bicho” no solo era gerenciado por una empresa privada, sino que además se trataba nada menos que de Torneos y Competencias (TyC), la firma que tuvo por un cuarto de siglo los derechos de transmisión del fútbol argentino, que decidía incursionar además en un equipo y, de esta manera, ser juez y parte.

El asesor de este grupo era Carlos Bilardo. La idea fue trasladarlo a Mendoza, quitándole toda su tradición como club del barrio de La Paternal en Buenos Aires, para desarraigarlo solo por motivos puramente comerciales, con una gran inversión de jugadores, como el arquero colombiano Faryd Mondragón, el uruguayo Néstor Cedrés, el chileno Jaime Pizarro y el paraguayo Roberto Acuña. El objetivo era mostrarlos para luego venderlos a precios mucho más caros.

El proyecto fracasó enseguida y Argentinos Juniors volvió a La Paternal. En este caso, la pregunta que quedó flotando en el aire es si efectivamente se puede pensar, dentro de esta lógica de acción, que TyC haya sido justo en sus comentarios en los partidos de su equipo y en el rendimiento de los jugadores por los que se invirtió tanto dinero, cuando el propósito era colocarlos en otros equipos. No parece ético y genera un gran conflicto de intereses.

En Deportivo Mandiyú, su presidente Eduardo Seferián había presentado un proyecto en la AFA para que los clubes pudieran ser manejados por particulares. Al poco tiempo, pareció que el empresario Luis Legnani se haría cargo del fútbol, pero fue el empresario menemista de origen sindical Roberto “Tito” Cruz el que se quedó con el área, para lo que invirtió en el pase de varios jugadores; entre ellos, el arquero Sergio Goycochea. Incluso, Diego Maradona fue contratado como director técnico. Sin embargo, en 1998 fue dejando un tendal de deudas.

Por fin, luego de varias experiencias, la gran mayoría de ellas

frustrantes, el gerenciamiento fue incorporado en la AFA el 7 de marzo de 2000, con la Alianza en el gobierno y cuando un ascendente José Luis Meiszner, abogado y dirigente de Quilmes y amigo de Grondona, quien luego sería factótum del Fútbol Para Todos y parte del escándalo del FIFA-Gate, había llevado a su club al poderoso grupo EXXel. La mayor parte de los clubes había votado a favor, mientras que se opusieron solamente Independiente, Vélez y Argentinos Juniors, con la abstención de Lanús, Unión, Belgrano y el representante de la Primera C.

Aun con todos los lobbies posibles desde el gobierno, la clase política y los empresarios ligados al fútbol, sumado esto a que Pelé sostenía el mismo proyecto de sociedades anónimas como ministro de Deportes de Brasil, la ola privatizadora no encontró el eco deseado y, en cambio, halló una formidable resistencia del fútbol. El propio Grondona nunca terminó de convencerse y siguió prefiriendo formar parte del "Partido del Fútbol" contra otros intereses; por ejemplo, la idea de que los dirigentes respondieran con su propio patrimonio, como pretendía Macri, ya asumido como presidente de Boca a fines de 1995.

"El fútbol nació y morirá en sus bases", manifestó Grondona en esos tiempos, el 20 de julio de 1999, en una de las muchas reuniones para la tan baqueteada frase acerca de la "reestructuración", que cada tantos años reaparecía. Remataba sobre aquel Macri de los años noventa: "No se puede comparar a dirigentes con 40 años de trayectoria con un muchachito que apenas hace sus primeras experiencias. Es como si yo me pusiera a vender autos".

Acaso el cierre definitivo a las pretensiones de los clubes pareció ser, en un tiempo de maridaje mucho mayor entre el fútbol y la TV, la aparición de la empresa Torneos y Competencias. Carlos Ávila, dueño de ella a mediados de la década de 1980, llevó a Grondona la idea de cambiar el paradigma de las transmisiones reduciendo todo a un show al mejor estilo estadounidense, rescatando los llamados high life, los momentos más importantes. Sostenía que ya no tenía sentido, como ocurría hasta ese momento en el canal estatal ATC, transmitir los noventa minutos de un partido en el que durante muchos momentos no había nada trascendente que emitir (cosa cada vez más cierta, porque se tendía a peores espectáculos, algunos

realmente bochornosos) y, por lo tanto, se podía hacer un programa dominical en el que se rescatara lo mejor de cada fecha.

Así surgió un clásico de la TV como fue Fútbol de Primera, que en dos horas cubría todo lo ocurrido en la misma fecha, aunque le daba demasiada importancia a los equipos grandes y escasísima al resto, por lo que esos hinchas debían conformarse con los goles y muy poco más de esos partidos, salvo que les tocara enfrentar a un grande.

El periodista Juan Presta recuerda que, cuando se firmó el primer contrato por 20 años entre la AFA y Torneos, "nadie quería el fútbol por TV", porque no parecía muy buen negocio, hasta que este formato logró adecuarse a los nuevos tiempos.

Sin embargo, las cosas se fueron alterando cuando Torneos y Competencias comenzó a insertarse en el medio. La empresa se dio cuenta de que los clubes estaban en una situación de bancarrota y de a poco, con los adelantos de derechos de TV, pudo ir manejando a los clubes de la mano de Grondona, hasta ir apropiándose del negocio sobre la base de las pésimas administraciones y la enorme dependencia que iba generando la relación.

Con el paso de los años, habría que preguntarse por qué la AFA acabó vendiendo los derechos del fútbol a TyC cuando bien hubiera podido usufructuarlos ella misma. Para la temporada 1989/1990, TyC mudó su programa a Canal 9, que era el de más rating en ese momento. En 1990, el contrato entre TyC y la AFA era de 250.000 dólares más la cesión de 50.000 dólares para usufructuar espacios publicitarios[339], y ya aparecía la rara pretensión de cobrar derechos de transmisión a las radios, que resistían como podían ante un hecho inédito. Víctor Hugo Morales, en aquel tiempo relator de Radio Continental, llegó a decirle a este autor: "Estoy harto de TyC y se lo dije al presidente de la AFA, Julio Grondona"[340].

Torneos y Competencias, integrando la empresa Televisión Satelital Codificada (TSC), se adueñó entonces de los derechos del fútbol argentino entre 1991 y 2014, con renovaciones automáticas y contratos largos. Jamás hubo una licitación, como para cotejar con otros oferentes, que en más de una ocasión aparecieron con mucho

más dinero para esos mismos derechos, pero eran desechados por Grondona con la excusa de una falsa lealtad para quien se había interesado en el producto cuando a nadie más le importaba[341]. De hecho, en 1991 se le acordaron los derechos a TSC cuando ya existía otra oferta de la empresa Recova, que era la encargada de transmitir los partidos de los torneos de verano.

Torneos y Competencias, asociado a Grondona, llegó a construir un verdadero emporio mediático. No solo lo hizo desde su programa Fútbol de Primera, que monopolizaba todas las imágenes del fútbol argentino y establecía un férreo control sobre él, al punto de que para introducir cualquier cámara de TV en los estadios había que pedirle autorización. También se fue asociando a diferentes medios, entre ellos el Citicorp Equity Investment (CEI), que se construyó con la idea de mantener un total oficialismo y bloquear la influencia del Grupo Clarín, para en una segunda etapa asociarse a este y armar un monopolio que ejerció un dominio total, sin comparación con ningún otro país en el mundo.

“Quienes estuvieron involucrados en el fútbol de los años noventa y de la primera década de este siglo asistieron a la protección que se ofreció a los dirigentes que funcionaban como caballos de Troya, cuidando los intereses económicos del Grupo Clarín para que la AFA y la gente de todo el país fueran estafados”, sostiene Víctor Hugo Morales, uno de las escasas voces que siempre se mantuvo contra el accionar monopólico de la empresa, incluso en tiempos en los que no encontraba demasiados canales para manifestarlo[342].

La alianza de TyC-Clarín, que dio lugar a la formación de Tele Red Imagen SA (TRISA), acabó devorándose todo, desplegando un poder que, si bien tenía como excusa el fútbol, constituía un negocio muchísimo mayor. Consistía en que la AFA (es decir, Grondona, de quien se sospechaba que era socio en las sombras) le cedía los derechos sin licitación alguna, y TRISA, a partir de la fuerza del Grupo Clarín, que había sido beneficiado con la derogación del inciso E del artículo 45 de la Ley de Radiodifusión —primero, con la posibilidad de acceder a Radio Mitre en los tiempos de Alfonsín; luego, a Canal 13 en los de Menem, y más adelante, a la compañía de TV por cable Multicanal—, se extendiera a todo el país con el nuevo negocio de los partidos codificados.

“¿Por qué tengo que hacer una licitación? ¿A quién le tengo que rendir cuentas, si la AFA es un ente privado? Acá está todo muy claro, se trata de una creación que nos beneficia, que fue negociada por los cinco clubes argentinos de mayor convocatoria y que tuvo el apoyo unánime de todo el Comité Ejecutivo […] la AFA va a tener presencia y auditoría en la nueva sociedad, porque el contrato le fija el 45% del negocio”, se vanagloriaba Grondona[343].

El procedimiento consistía en que la empresa iba comprando uno de los canales de TV por cable de cada localidad de Argentina y, luego, al poseer los derechos del fútbol, quitaba absolutamente de la competencia a su rival de la zona para quedarse con todo. Una vez conseguido, imponía abonos carísimos, a los que luego se sumó la necesidad de pagar un extra por los partidos codificados, el sistema Pay Per View (PPV).

La imagen de los tiempos del monopolio de Clarín-Torneos y Competencias son los bares repletos de gente para poder ver partidos, consumiendo un café, para no hacer frente a los abonos de los partidos por TV codificada; en el mejor de los casos, generándose una cultura alrededor de la nueva forma de compartir el fútbol desde una mesa, si no era posible asistir a los estadios.

Pero hubo un hecho más aberrante aún: miles de personas, en todo el país, jamás pudieron ver un partido de la Selección Argentina en esos tiempos, porque llegaba por la vía codificada a muchas provincias.

Los canales de TV fueron reducidos a la nada en materia de transmisión de partidos; todo se concentraba en la TV por cable para partidos de segundo orden, porque los importantes, que incluían a los clubes grandes, inevitablemente eran transmitidos por el sistema PPV, lo cual generaba otra aberración: los canales de TV por cable emitían todo lo referente a cualquiera de los partidos trascendentes hasta el momento mismo de que se diera por iniciado, y allí se cortaba la imagen. Quienes no podían ver los partidos por el sistema PPV debían conformarse con las tomas a las tribunas o los bancos de suplentes, mientras los analistas (entre ellos, llegó a participar Bilardo) movían fichas en pizarrones o simulaban jugadas con muñecos que las reemplazaban.

Este sistema perverso de monopolio total de los derechos del fútbol acabó dominando por completo a los clubes a través del poder que Grondona le brindó, que a su vez tenía su contraprestación en el paraguas mediático hacia el dirigente, que así pudo tener vía libre para atravesar sin grandes críticas su mandato.

Por su parte, los clubes estaban cada vez más esclavizados sin animarse a cuestionar los contratos firmados con el monopolio, debido a que sus pésimas administraciones iban generando una total dependencia de los adelantos de dinero correspondiente a los derechos de TV. Apenas se recuerdan mínimos casos de rebeldía, como cuando Vélez Sarsfield desestimó la oferta del monopolio para la transmisión de sus partidos de la Copa Libertadores de 1994, que acabó ganando, y prefirió que sus partidos fueran transmitidos por el equipo de Telefé.

En 1991, se produjo el primer lock out en la historia del fútbol argentino. TyC se había decidido a llevar sus derechos a Telefé, pero ya Marcelo Tinelli arrasaba con el rating de su ascendente programa Videomatch y, por esta razón, el canal pretendía que el clásico programa Fútbol de Primera, único en el que se podían ver los goles y las mejores jugadas de cada fecha en la TV abierta (para todos aquellos que no habían utilizado el PPV), fuera en el horario de 23 a 1 de la mañana. Así fue que, en una medida llamativa, la AFA decidió suspender el inicio del Torneo Apertura, el 23 de agosto.

El monopolio de Clarín-TyC acabó tragándoselo todo. El fixture de los torneos terminó influido por los intereses, y los cambios de día y hora comenzaron a ser cada vez más frecuentes para favorecer a la TV sin que los dirigentes pudieran oponerse, debido a la estrechísima relación entre Grondona y las empresas. Los partidos podían alterar “unos minutos” su comienzo debido a la publicidad, y los árbitros tenían la potestad de demorar por lo mismo el comienzo de los segundos tiempos, con entretiempos que olvidaron los quince minutos reglamentarios para pasar a veinticinco o más en algunas oportunidades.

Muchos equipos dejaron de jugar los domingos, día habitual para los partidos de Primera División, y pasaron a hacerlo cuando le convenía a la TV, ya sea viernes o sábado, obligando a los

seguidores a adecuarse no solo a los diferentes días, sino también a los cambios de horarios sobre la marcha.

En 1999, el entonces presidente de Racing Club, Daniel Lalín, llegó a presentar un informe que sostenía que, por la TV, el monopolio Clarín-TyC recaudaba 1.800 millones de pesos anuales y que, en cambio, el fútbol recibía 55.000.000. Distintas fuentes afirmaron que más de un dirigente llegó a firmar el contrato que refrendaba la asociación entre la AFA y Clarín-TyC sin haberlo siquiera leído y por "órdenes de arriba".

Una fuente que comercializaba derechos con los principales órganos futbolísticos del mundo llegó a contarle a este periodista que "nunca" volvió a ver algo como el cuadro que observó en un despacho del directorio de un canal de TV de Buenos Aires en cuanto al cruce de acciones entre empresas, de las cuales algunas tenían porcentajes en TyC. "Le pregunté a uno de los ejecutivos cómo se entendía este cruce, y me dijo que ni él mismo lo podía explicar, entre risas", recordó aquella fuente.

Pero no era todo. Además de la extraña relación comercial con la AFA (Grondona llegó a quejarse de que ni siquiera lo atendían y que lo hacían esperar más que ante reuniones con primeros ministros de distintos países), TyC (más que Clarín en este punto) introduciría otro aspecto, que fue el discurso futbolístico.

Estados Unidos 1994 y la etapa posmaradoniana

Con la conquista de la Copa del Mundo en el Mundial de México de 1986, el acceso a la final en Italia en 1990 y la contratación de periodistas que se habían convertido en poco menos que estrellas, también se impuso un discurso que sostenía el pragmatismo, el resultadismo, sin ninguna clase de pruritos. Ese discurso estaba cargado de elogios a quienes atinaban solo a defenderse y a los sistemas conservadores y desechaba ideas más ofensivas, incluso atacándolas sin chances de que existiera otro canal para sintonizar en el caso de no acordar.

Basile y Grondona atravesaban su mejor faceta. El director técnico había sabido sobrellevar casi tres años sin la presencia de Maradona en la Selección Argentina y había conseguido ganar dos copas América (Chile 1991 y Ecuador 1993), lo cual convertía al conjunto albiceleste en un candidato fijo para el Mundial de Estados Unidos que se avecinaba, pero antes había que pasar la siempre complicada clasificación.

Era el final de la temporada 1992/1993, y un Maradona que quería regresar al equipo nacional estaba sin club otra vez, al terminar su participación en el Sevilla de Bilardo, enfrentado con el entrenador con el que había llegado a las dos finales mundialistas consecutivas. Para Basile, se trataba de un problema. ¿Cómo encajar la pieza de Maradona en un equipo que había ganado títulos y que llevaba 33 partidos sin perder? Optó por explicar que no se encontraba en la mejor forma y “El Diez”, enojado, decidió ir a ver los partidos de la Selección Uruguaya de su amigo Carlos “Patito” Aguilera. “Basile se emborrachó con las dos copas América”, solía decir.

Para el equipo de Basile, no parecía haber problemas. Comenzó ganando en Perú y en Paraguay y todo indicaba que la racha se extendía, pero bastó que Gabriel Batistuta y Oscar Ruggeri no jugaran ante Colombia en el tremendo calor de Barranquilla para caer de manera inapelable 2-1. Los distintos resultados llevaron a

que, en la última jornada, el equipo de Basile necesitara ganar para alcanzar el primer lugar en el grupo y no depender de un repechaje.

El 5 de septiembre de 1993, en el estadio Monumental, un equipo argentino desesperado se encontró, en una tarde negra, con un conjunto colombiano de grandes estrellas que acertaron cada uno de los contrataques para cerrar una estrepitosa goleada de 0-5, algo nunca visto en un partido de tanta trascendencia en Buenos Aires. Esto generó una crisis extraordinaria en el fútbol argentino, parecida a la del 6-1 ante Checoslovaquia en Suecia 1958.

La revista El Gráfico del martes siguiente publicó una tapa con fondo negro y la palabra “Vergüenza”. Esa misma noche, en el muy visto programa de Bernardo Neustadt por televisión, se inauguró lo que luego fueron los talk show del fútbol, cuando se debatió sin pelos en la lengua lo que había ocurrido.

La Selección Colombiana, al cabo, se había impuesto jugando con aquel estilo que el fútbol argentino había abandonado para sumergirse en la lógica del mercado desde los años cincuenta, pero el mayor golpe de la modernidad recién llegaba ahora, con nuestros imitadores, los que siempre habían admirado al fútbol blanquiceleste, que en vez de mantener este juego de privilegio había priorizado copiar a los que le temían.

Con Maradona en las tribunas, y con el equipo argentino al borde de quedar definitivamente fuera del Mundial de 1994 por diferencia de gol[344], gracias al resultado de Paraguay-Perú pudo al menos acceder a jugar el repechaje ante Australia, a doble partido, para una de las últimas plazas que quedaban.

El cimbronazo fue total. Muchos pedían la cabeza de Basile y el regreso inmediato de Maradona como salvador, aun estando muy lejos de su mejor forma física. Había dos meses para prepararse y los cambios iban a ser muchos.

El regreso de Maradona no fue fácil, y en Sydney se notó. Hubo un durísimo diálogo de reconciliación con Oscar Ruggeri, el capitán suplente, y el astro argentino impuso cambios hasta en la atención a la prensa. Algunos medios que con Basile no podían acceder a los jugadores eran aceptados por los nuevos convocados; algunos, con

enorme presión desde distintos sectores dirigenciales y de la comunicación.

En Sydney, la Selección Argentina arrancaría un empate a duras penas con un gol de Abel Balbo cuyo pase fue servido por Maradona. En la revancha en Buenos Aires, en un muy nervioso partido que no terminaba nunca, Argentina se impuso apenas por 1-0 ante un rival que, ni bien todo terminó, corrió a pedirle autógrafos a “El Diez”.

Más tarde, se supo que en esa serie de dos partidos no hubo control antidoping, lo cual tiene toda lógica y se entrelaza con la facilitación de la FIFA para la contratación de Maradona el año anterior por parte del Sevilla al Napoli. “Te daban un café veloz y por ahí la clavabas en un ángulo. Al café le ponían algo y por ahí corrías más. Tenés que ser muy boludo; si te hacen diez controles antidoping y en el partido en el que la Selección Argentina se juega todo para ir al Mundial no hay control… ahí está la trampa, y eso lo sabía Grondona. Hasta un jugo de naranja tomábamos con tal de ir al Mundial. Grondona habla de droga como si no supiera lo que es la droga en el fútbol”, llegó a decir años más tarde Maradona en la TV[345].

Ya con la angustiosa clasificación para el Mundial de 1994, la Selección Argentina fue tomando forma. Maradona inició una preparación especial con el prestigioso médico Néstor Lentini. Las cámaras de TV mostraban cómo “El Diez” iba cambiando casi milagrosamente de fisonomía con un enorme esfuerzo a los 33 años y sin haber jugado más de una decena de partidos en Newell’s Old Boys. Con rapidez, comenzó a tener predicamento entre sus compañeros, al punto de que fue quien le comunicó a un muy joven Ariel Ortega que no era él uno de los señalados por el director técnico para quedar fuera de la lista definitiva, mientras que, desde Córdoba, la madre de Darío Franco lo responsabilizaba de haber sido quien había determinado que fuera su hijo uno de los finalmente marginados de la Copa del Mundo.

Al comenzar el Mundial, la Selección Argentina fue colocada en seguida entre los favoritos a ganar el título. Los dos partidos iniciales ante Grecia y Nigeria mostraron todo su tremendo potencial, con un Fernando Redondo imperial, un Gabriel Batistuta

goleador implacable y Claudio Caniggia y el propio Maradona en el mejor nivel posible.

El ambiente no podía ser mejor en la concentración del Babson College, en Boston. El equipo había aparecido en el momento justo y la esperanza de volver a ganar un título se había encendido. Muy atrás había quedado aquella crisis del 0-5 de hacía nueve meses; es más, Colombia ahora daba muestras de dudas y muy pronto quedó fuera de los octavos de final. Mientras Caniggia se refugiaba en una limusina ante la visita de su esposa, Maradona bromeaba con nosotros, los periodistas, acordándose de Neustadt en aquel programa en el que todos fueron tan duros con la Selección Argentina.

Pero pronto los nubarrones comenzaron a llegar cuando el secretario general de la FIFA, el suizo Joseph Blatter, llamó a Grondona para informarle que tenían certeza de que Maradona estaba involucrado en un caso de doping. Le aconsejó que no perdiera tiempo y que designara una comisión para que viajara cuanto antes a la contraprueba en Los Ángeles.

Uno de los que ingresaron a la contraprueba fue el doctor Roberto Peidró, que había desarrollado una muy buena relación con Maradona (había sido jugador de fútbol en el pasado) y trabajaba en la Fundación Favaloro. Para sorpresa de los asistentes, encontró irregularidades en el frasco B, que no estaba herméticamente cerrado. La sorpresa fue total, y aunque los argentinos pidieron un día de receso, que permitía a Maradona jugar el tercer y último partido del grupo ante Bulgaria, apenas si se concedió una hora.

En ese lapso, con cierta euforia Peidró buscó explicar a Grondona lo ocurrido, pero fue David Pintado, vicepresidente de River y de la AFA, quien lo hizo, sin darle lugar al médico. Con sorpresa, al reanudarse la sesión Peidró escuchó de parte de la postura de la AFA que el procedimiento debía seguir.

Luego, la AFA comunicó que había resuelto quitar a Maradona de la lista de jugadores del Mundial. “El Diez” apareció llorando y diciendo la conocida frase “me cortaron las piernas”. Esto provocó un total derrumbe de la Selección Argentina, que salió a jugar ante Bulgaria sin haber dormido, con mucho estrés y con la única

intención de que todo se acabara cuanto antes.

Con el periodista de Río Cuarto Jorge Cárdenas, por esas horas este escritor encontró en un puente a varios futbolistas argentinos caminando. Lo único que deseaban era “volver pronto a casa”.

Mientras tanto, en Dallas la FIFA daba una conferencia de prensa, a la que este periodista asistió. En ella, el belga Michel D’Hooghe afirmó que lo que Maradona había consumido era “un cóctel de sustancias”, dando a entender que había preparado el engaño. Días después, se probaría que todas esas sustancias en realidad eran la diferencia entre el Ripped Fast, la medicación que el crack argentino debía consumir, y el Ripped Fuel, que era la misma medicación pero con el agregado de la efedrina, de venta libre en Estados Unidos, que fue la que consumió a falta de la primera[346].

La gran pregunta del caso es por qué Maradona tenía la facilidad, dentro de una concentración de un equipo que era potencia mundial, para mandar a comprar Ripped Fast habiendo médicos a cargo de estas cuestiones, y por qué, si Maradona se había preparado tan duramente en Buenos Aires con el doctor Lentini, la AFA no había hecho los esfuerzos necesarios para que este viajara con la delegación. No había control, y la estructura parecía demasiado endeble y permeable. Una vez más, la dirigencia de la AFA no había estado a la altura de las circunstancias.

Finalmente, la Selección Argentina, que llevaba seis puntos sobre seis posibles y se encaminaba a los octavos de final para jugar cinco días después del cierre de su grupo otra vez en Boston, terminaba tercera y debía jugar tres días más tarde en Los Ángeles, cruzando todo Estados Unidos, y con un pésimo estado de ánimo. Así, cayó ante Rumania y fue eliminada, ya sin Maradona y sin Caniggia, quien tampoco jugó.

En Argentina, se culpó masivamente a Grondona por no haber defendido a Maradona; lo mismo ocurrió con el presidente Menem. Se los responsabilizaba por no haberlo protegido y haberlo entregado a cambio de intereses personales o para preservar, en el caso del presidente de la AFA, su lugar en la estructura de la FIFA, junto a su amigo Havelange. Grondona se defendió sosteniendo que no había tenido otra posibilidad que la de quitar a Maradona del

plantel, porque de lo contrario la penalidad para el equipo argentino hubiera sido peor, y el jugador, tal vez suspendido de por vida. Sin embargo, no lograba el mínimo consenso.

La mayoría de los dirigentes de la AFA ya habían desaparecido de todo lugar al que frecuentaban. Aquella frase de principios del Mundial, “cualquier cosa, estoy en la habitación del hotel”, había quedado en la nada. En un momento, las puertas automáticas del ascensor se abrieron en la planta baja y Grondona, que estaba en el interior, apareció cara a cara con Peidró, quien le gritó: “Tenemos que hablar”. Pero las puertas se cerraron rápidamente y no volvieron a verse[347].

No hubo siquiera tiempo para pensar en otro director técnico para el futuro de la Selección Argentina. Grondona necesitaba dar un golpe inmediato y aprovechó las durísimas críticas a la permisividad de Basile y a las publicidades que casi todos los jugadores promocionaban, especialmente en sus gorros. La sociedad futbolera argentina, entonces, viró hacia la necesidad de establecer una rígida disciplina en el plantel nacional.

Al regresar a Buenos Aires, y como una forma de desviar la atención contra los reclamos por su actuación en el Mundial, último certamen de Havelange en el poder y con triunfo de Brasil, Grondona decidió dar a conocer que el elegido para la nueva etapa sería Daniel Passarella. Se retornaba, así, a la senda de la elección del director técnico de moda, como había ocurrido con Menotti y Bilardo, lo cual era una manera de reconocer que se había equivocado con Basile, y al mismo tiempo significaba satisfacer la demanda de un cambio importante en la disciplina y la rigidez.

Grondona y Passarella se respetaban, pero el presidente de la AFA conocía el carácter del “Káiser” desde sus tiempos de jugador. Vehemente, sabía que el mayor problema pasaría por cómo incidir en algunas decisiones, cómo lograr cierta permeabilidad ante un tipo tan duro y complicado de abordar, pero la demanda requería esta elección. “Cuando era joven, yo era igual que él. A Passarella le cuesta mucho contar hasta diez, algo que no se consigue con facilidad”, lo justificaba Grondona, quien sabía también que esta elección facilitaría aún más su acceso al propio Menem, que como buen riverplatense veía con buenos ojos la situación. Para

Grondona, además, era una forma de reparar aquella desventura de Passarella en el Mundial de México de 1986, cuando una bacteria lo debilitó y lo marginó del certamen.

Por las dudas, algo que ya sería habitual en esos tiempos, el 17 de agosto de 1994 por la tarde Passarella visitó a Grondona en su ferretería de Sarandí (algo así como "la jabonería de Vieytes" futbolera) para "limar asperezas"[348]. Passarella llegaba con un discurso fuerte, que también tenía el sentido de contraponerse con el anterior de Basile. Sus antecedentes de rudeza facilitaban esta imagen y su imposición de que cada jugador se hiciera una rinoscopia generó adhesiones y también duras oposiciones. Era el inicio de la etapa posmaradoniana.

Maradona no solo no jugó más en la Selección Argentina, sino que incluso se declaró acérrimo enemigo del ciclo y se pintó de amarillo una franja de su cabello como protesta por uno de los primeros hechos que marcaron esta etapa: Passarella visitó a Redondo, que jugaba en el Real Madrid, para delinear el futuro del equipo, cuando sorpresivamente el jugador y el director técnico salieron con mala cara y por separado. Passarella dijo que no habían llegado a un acuerdo en cuanto a la posición en la cancha, pero Redondo aclaró que el problema era "porque él quiere que me corte el pelo, y no lo acepto".

Oscar Ruggeri, ex compañero de Passarella en México 86 pero con ideas muy distintas, sostenía por ese tiempo que, si era necesario, entraría al complejo de la AFA en Ezeiza con su Pathfinder.

Con Passarella en la Selección Argentina, se produjeron otras irregularidades. La amplia mayoría de jugadores citados era representada por el mismo agente, Gustavo Mascardi, y hasta algún jugador llegó a contar a este periodista que, a cambio de la representación, en muchos casos se prometía la llegada al equipo nacional en un futuro próximo. Hasta se dijo que ese agente era, en verdad, apenas un testaferro. Gabriel Batistuta, representado por un agente de la competencia, perdía posiciones en el equipo pese a su condición de ídolo y goleador, mientras que Claudio Caniggia, con el mismo agente que Batistuta, sorpresivamente quedó fuera del Mundial de Francia de 1998.

De hecho, Claudio Crosta, ex amigo y secretario privado de Passarella (entre 1991 y 1996), llegó a manifestar sus sospechas de que el entonces director técnico haya participado en operaciones de compra-venta de jugadores durante su gestión al frente de la Selección Argentina. Describió la metodología utilizada en el ambiente futbolístico por directores técnicos, representantes y dirigentes en la compra-venta de jugadores de la siguiente manera: "Lo más común es hacer el cambio de representación y ya tener [arreglada] una transacción con un club. Entonces, a través de [la convocatoria a] la Selección, se puede mejorar la cotización y hacer un buen negocio en el sentido de multiplicar lo que el jugador puede valer antes y después de estar en la Selección. A través de esto se puede hacer un negocio importante". Incluso dio el caso de un jugador —que no mencionó— "al que se le vencía el contrato con el club, pasaba a ser un jugador libre, y si se daba la condición de estar en la Selección, ahí se podía hacer un gran negocio porque se hacían acreedores del pase".

Crosta dijo asimismo que "se comentaba que había muchos que jugaban dos o tres partidos y después eran transferidos o también jugaban o se les daba la capitanía para aumentar su cotización". Y recordó que para 1993, cuando Passarella era aún director técnico de River, "entra en juego Ricardo Cosentino, que era gerente y que aparentemente tenía una cercanía muy grande con Mascardi"[349].

La política de "mano dura" de Passarella consistió en el final de los gorros de publicidad, los aritos, el pelo largo y la facilidad de acceso para algunos medios de comunicación. Todo sería ahora mucho más rígido. Ya durante el Mundial de Francia de 1998, se hizo habitual en L'Etrat la lona que impedía ver los entrenamientos al periodismo, al que Passarella llamaba "el enemigo".

Grondona intentó interceder al darse cuenta de la complicación en la relación con la prensa y en las decisiones cerradas del director técnico, pero la sola insinuación significaba para Passarella una absoluta intromisión en su trabajo.

En febrero de 1998, a cuatro meses del Mundial de Francia, Grondona decidió viajar a Roma, donde la Selección Argentina realizaba un stage de cuatro días, sin partidos, como preparación. "Si viene a Europa, será para pasear con su señora, porque los

problemas de la Selección los arreglo yo”, dijo entonces Passarella, al enterarse de su llegada.

A esa altura, Grondona ya estaba cansado de los problemas con el director técnico, pero no quería más enfrentamientos, y menos con Menem. Había estado en la Copa América de Uruguay de 1995, en la que se decidió jugar con suplentes ante el ignoto equipo de Estados Unidos. Cuando se dieron cuenta del error, ya era tarde, aunque entraran algunos titulares. La derrota 3-0 fue demasiado estruendosa. A los pocos días, el equipo albiceleste fue eliminado por Brasil tras la escandalosa mano de Tulio. Y dos años más tarde, Passarella optaría por llevar a la Copa América de Bolivia de 1997 a un equipo alternativo que no hizo ninguna historia y volvió muy temprano a casa.

Pero lo peor había ocurrido en La Paz ese mismo año, aunque no por la Copa América, sino en uno de los partidos de clasificación para Francia 1998. El equipo argentino perdía 2-1 y Julio Cruz, para acelerar el juego, fue a buscar la pelota a donde se encontraba el banco de suplentes local. Allí recibió una trompada del chofer de la delegación en el pómulo derecho. Tras la gresca, Passarella y el doctor Luis Seveso se llevaron al delantero al vestuario y, a los pocos minutos, el jefe de Prensa Eduardo Bongiovani permitió ingresar a los fotógrafos. Cruz se encontraba en una camilla con un corte en el pómulo izquierdo, algo que descubrió la revista El Gráfico revisando las fotos de archivo del partido.

El hecho se convirtió en un gran escándalo que motivó que Grondona fuera citado a la Comisión de Deportes de la Cámara de Diputados. Se llegó a decir que el doctor Seveso fue citado antes por Grondona en su ferretería de Sarandí. En la Cámara de Diputados, y aunque varios legisladores llevaban una batería de preguntas, Grondona aprovechó la vehemencia del socialista Alfredo Bravo para levantarse y decidir retirarse, sin responder casi ninguna demanda. No le gustaba dar explicaciones a la clase política y lo sentía como una intromisión en el mundo del fútbol. De hecho, fue Grondona el que introdujo en la FIFA la idea de desafiliación para cualquier federación ante cualquier intromisión estatal.

Todo lo contrario que con Passarella, Grondona tuvo una gran experiencia con José Pekerman en el departamento de los juveniles.

Tras estar desocupado manejando un taxi, el director técnico había participado con éxito en las divisiones juveniles de Colo Colo de Chile y, al enterarse de que por fin la AFA abría un concurso para hacerse cargo de los seleccionados de categorías jóvenes, acercó su carpeta y se sorprendió cuando fue elegido para el puesto.

Tras lo ocurrido con Basile, Grondona había decidido terminar con la etapa en que el director técnico de la Selección mayor designaba al de los juveniles. Las experiencias con Menotti designando a Roberto Saporiti, la de Bilardo haciendo lo propio con Carlos Pachamé o la de Basile con Reinaldo Merlo no habían salido bien. Ahora, los departamentos de la Selección mayor y de los juveniles se manejarían como compartimentos estancos.

Con Pekerman, el proyecto era claro. Se volvió a las fuentes en cuanto al respeto por la pelota. Los equipos ganaban los premios Fair Play por sus buenos comportamientos y, por si fuera poco, los seleccionados obtuvieron importantísimos títulos, entre ellos los mundiales de Qatar 1995, Malasia 1997 y Argentina 2011.

En otro orden de cosas

Si Grondona tuvo que lidiar con la personalidad de Passarella, no fue menos la lucha con la del árbitro Javier Castrilli. El 10 de mayo de 1992, Castrilli se lanzó al estrellato al dirigir en el Monumental el partido entre River Plate y Newell's Old Boys y expulsar (todos en forma correcta) a los jugadores locales Jorge Higuaín, Ángel David Comizzo, Fabián Basualdo y Oscar Acosta y también al director técnico Passarella (antes de su llegada a la Selección Argentina).

Newell's acabó goleando a River 0-5 y, a la postre, fue campeón del Torneo Clausura. Castrilli comenzó a convertirse en una especie de sheriff del fútbol argentino, el abanderado de una ética en solitario, que buscaba garantizar equidad en un ambiente completamente viciado, que tenía a cargo del Colegio de Árbitros a Jorge Romo, un proveedor del corralón Lombardi & Grondona de Sarandí. De esta manera, y como en tantas otras áreas, el presidente de la AFA tenía el total control de una de las más sensibles.

Como era de esperar, las sanciones posteriores del Tribunal de Penas fueron muy inferiores a las esperadas, una forma de desautorizar al árbitro. La Asociación Argentina de Árbitros (AAA) se declaró en huelga para la fecha siguiente al no estar "ni anímicamente ni psicológicamente en condiciones" de dirigir.

Grondona, entonces, apeló a Guillermo Marconi, secretario general del Sindicato de Árbitros de la República Argentina (SADRA), subsecretario de Trabajo del Gobierno y abogado, para que comunicara a los árbitros de su gremio, que eran del interior del país y sin experiencia, que iban a dirigir en la fecha siguiente. Esta también era una forma de seguir teniendo puentes hacia Menem.

Por si fuera poco, Marconi era secretario general del Sindicato de Empleados y Obreros de la Enseñanza Privada y secretario de Deportes y Recreación de la Confederación General del Trabajo

(CGT). “Nos dicen rompehuelgas a nosotros cuando la AAA rompió 23 huelgas en el interior del país y cuando a más de veinte jueces de línea les rompieron la cabeza en estos últimos tres años, no tomaron ninguna resolución para la seguridad de cada uno de ellos”, se defendía.

Castrilli le daría muchos dolores de cabeza a Grondona. Si bien este entendía que no venía mal un árbitro inescrupuloso, que cobrara cada una de las faltas sin miramientos ni privilegios, el fútbol argentino no toleraba esta clase de jueces, y los dirigentes de los clubes, acostumbrados a los favores y a las negociaciones en cada fecha, comenzaron a presionar para que no dirigiera a sus equipos.

Llegó a ocurrir, en más de una oportunidad, que Castrilli, por su categoría, no tenía partidos para dirigir durante el fin de semana. Al menos una vez, Grondona tuvo que llamar a la Confederación Brasileña de Fútbol (CBF) para que invitara al árbitro argentino a dirigir algún partido o a alguna convención, como excusa para no colocarlo en el listado de designaciones. Luego llegaba otra comunicación de la CBF aclarando que ya no hacía falta su presencia en el vecino país.

Hubo un momento en el que los jugadores se comportaban de una manera con Castrilli y de otra con el resto de los árbitros, especialmente en las áreas, porque sabían que cualquier empujón o roce podía ser penal (que otros no cobraban). Se habían generado dos líneas: la rigurosa (siguiendo a Castrilli) y la de dejar pasar las faltas menos graves, llamada también “Siga, siga” (encarnada por Francisco Lamolina, quien llegó a ser árbitro internacional y dirigió el Mundial Sub-20 de 1991 y el Mundial de 1994), con la idea de favorecer la dinámica del juego.

El ambiente del fútbol se había dividido, sumado esto a las diferencias entre los dos sindicatos de árbitros, AAA y SADRA.

Tras dirigir en el Mundial de Francia de 1998, Castrilli acabó renunciando al arbitraje el 28 de septiembre de ese año, no sin antes generar otro escándalo cuando denunció a Romo porque “nunca dirigió” o porque pedía que se investigaran diferentes casos de corrupción que involucraban al Colegio de Árbitros.

Días antes, había denunciado ante los periodistas Miguel Ángel Vicente y Guillermo Tagliaferri, de Clarín,

“injerencias de personas que no tienen absolutamente nada que ver con los fundamentos teórico-técnicos y que sin embargo están teniendo reuniones con los árbitros, donde les imparten instrucciones para que actúen de determinada manera […] Ha tenido reuniones con árbitros para impartirles instrucciones de cómo se tienen que comportar en la cancha. Primero y principal, yo disiento totalmente con el mensaje […] Decirles a los árbitros, con posibilidades de ascender y hasta a algunos internacionales: si ustedes no hacen lo que les decimos no dirigen más. Ese es el mensaje, creo que ningún árbitro en este momento lo desconoce […] Creo que no son dos estilos, sino dos maneras de tomar el arbitraje. Una es depositar todo el esfuerzo en la aplicación de un reglamento, como corresponde. La otra es teniendo como objetivo llegar al final del partido sin haber tenido inconvenientes, pasar desapercibido como vulgarmente se dice y terminar con los 22 jugadores en la cancha. Ese es el camino que el árbitro precisamente no debe transitar […] Hay muchos que me dicen que están plenamente consustanciados conmigo y tienen muy claro el panorama. Y también comprendo que con este sistema algunos tengan miedo a no tener nunca más una oportunidad. Porque reina el terror a desaparecer y se favorece la obsecuencia. Un árbitro no está para ser un arlequín o un monigote al servicio de los intereses o del poder de turno, tampoco para ser empleado de Torneos y Competencias. Tiene que asumir su compromiso y la única forma es respetando las reglas. Valoro la dignidad de quienes siguen dirigiendo como corresponde a pesar de las presiones, a esos árbitros tenemos que protegerlos. Ellos no pueden exponerse.[350]”

Castrilli también contó que Romo había fustigado a un árbitro argentino por adicionar minutos en el partido entre Uruguay y Brasil en categorías juveniles, que clasificó a los celestes y eliminó a Brasil, sin saber que el árbitro llevaba un grabadorcito en el bolsillo. Le había dicho que “hay que dirigir con inteligencia”. El domingo siguiente, el equipo Competencia, de Víctor Hugo Morales,

ironizó sobre este hecho preguntando en cada estadio “¿quién dirige con inteligencia?” cada partido.

La AFA decidió descomprimir cambiando el sistema de designación de partidos a dedo por el del sorteo. Castrilli lo dejó bien claro en el Congreso, cuando fue a realizar su denuncia: “En la AFA no se van a investigar a sí mismos”.

Para la temporada 1994/1995, Grondona ya estaba completamente volcado a la corriente neoliberal de Menem, y lo corrobora la Memoria y balance de ese tiempo, cuando la AFA expresa allí su “agradecimiento” al presidente de la Nación: “Las autoridades de la AFA quisieron expresar su agradecimiento al Sr. Presidente de la Nación Dr. Carlos Saúl Menem, por el permanente apoyo que brinda a todas las instituciones nucleadas en su seno. Para ello, el Comité Ejecutivo dispuso servir una cena en su honor, en El Mangrullo”, se indica[351].

Los años de Menem en el gobierno fueron los años de River en el fútbol. Nunca sacó tanta distancia en títulos hacia sus inmediatos seguidores históricos como en los tiempos de los torneos cortos ganados en serie y con finales calcadas por fixtures que entregaban demasiadas veces a Argentinos Juniors en la última fecha (cuando uno peleaba por el título, y el otro, por salvarse del descenso). Incluso hubo casos como el de aquella definición en que el uruguayo Néstor Cedrés tenía que enfrentar a River con la camiseta de Argentinos para pasar a ser jugador del club de Núñez al día siguiente; o el de la dura interna de los jugadores de los “Bichos Colorados” porque algunos no estaban de acuerdo con el plantel del director técnico y acabaron reemplazados en el partido, emigrando al día siguiente de jugarlo; por no hablar de aquel gol de Enzo Francescoli en el minuto 52 del segundo tiempo ante Talleres de Córdoba en el Apertura 1994, que le terminó dando el título días más tarde.

Desde que en 1991 se implementaron los torneos cortos, Apertura y Clausura, River ganó en los años del menemismo Apertura 1991, Apertura 1993, Apertura 1994, Apertura 1996, Clausura 1996, Apertura 1997, Apertura 1999 y Clausura 2000. Un conocido periodista de la TV, que formaba parte del mismo grupo mediático que conformaba TRISA, llegó a contar que le habían anticipado el

resultado de un partido que definiría el campeonato, mientras que la misma empresa que tenía los derechos de los partidos organizaba luego la fiesta de los campeones, con TV incluida.

En todas las definiciones de torneos, aparecían los rumores de incentivación, incluso aludida desde las mismas transmisiones de TV y pese a que reglamentariamente está prohibida. Pero Grondona les restaba importancia cuando se le consultaba sobre estos hechos: “La incentivación es considerada como algo parecido al soborno, en la práctica nadie los compara. En todos los trabajos y en todas las maneras existe la incentivación”.

La mayoría de los jugadores de la Selección Argentina eran de River, en tiempos en los que Vélez —con una conducción opositora a Grondona en la AFA— ganó cuatro torneos cortos —Clausura 1993, Apertura 1995, Clausura 1996 y Clausura 1998— y, sin embargo, su aporte fue muy bajo en comparación con los “Millonarios”. El propio empresario que por más de 15 años fue dueño de los derechos monopólicos del fútbol llegó a presentarse años más tarde a la presidencia de River, en 2013[352].

La situación fue tan aberrante, que para el final de la clasificación para el Mundial de Francia de 1998, la primera que en América del Sur se jugó con el sistema de todos contra todos en dos ruedas, como un torneo largo, la Selección Argentina llegó a jugar como local en la Bombonera ante Colombia como búsqueda de una mínima simpatía de los hinchas de Boca a un equipo que parecía desequilibrado en las convocatorias.

Ese nuevo formato de clasificación para el Mundial de Francia de 1998 cambiaba radicalmente el sistema anterior, que se concentraba en poco más de un mes en grupos cortos y que daba mayor chance a los equipos con menos estrellas, al quedar todo reducido a un determinado momento, que podía encontrar a jugadores lesionados o simplemente atravesando una mala racha. Las federaciones con menos peso específico en la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol) se quejaban amargamente, porque con el nuevo sistema los equipos con más cantidad de estrellas disponían de más tiempo para recuperarlas y, aunque atravesaran una mala racha, podían sobreponerse, además de que los fixtures siempre favorecían a los seleccionados atlánticos.

Así como en los torneos locales los partidos entre River y Argentinos Juniors ya eran un clásico de la última fecha, lo mismo ocurriría desde entonces con los partidos entre Argentina y Uruguay. Las estrechas relaciones entre las dos federaciones, y entre muchos futbolistas que convivían en distintos equipos europeos o sudamericanos, además de la afinidad histórica, hacían que aquellos encuentros terminaran siempre con los resultados que uno de los dos necesitaban, o los dos, llegado el caso.

Grondona manejaba la Conmebol junto a los dirigentes de la Confederación Brasileña (CBF), aunque formalmente el titular del organismo era el paraguayo Nicolás Leoz desde finales de los años ochenta. Eduardo Deluca, el dirigente de Defensores de Belgrano que, pegado a Grondona, había hecho una carrera política en el fútbol, era su mano derecha en los asuntos continentales y ayudó a que "Don Julio" extendiera su red.

Pero Grondona tuvo otro frente con el que lidiar: la creciente violencia en los estadios. Durante la década menemista se registraron 69 fallecidos en esta situación, aunque la AFA siempre fue cómplice y jamás mostró un interés particular. El 30 de abril de 1994, tras un Boca-River en la Bombonera por el Torneo Clausura, que ganaran los visitantes 0-2, la barra brava conocida como "La 12" asesinó a Ángel Delgado (25 años) y Walter Vallejos (19) con balas de grueso calibre. En el caso de Vallejos, al caer herido le pasaron por encima las gomas duales del camión que transportaban a los violentos. Los integrantes de "La 12" fueron condenados en un juicio oral que pudo ser un buen punto de partida, pero el sistema de complicidades, que también integra el Estado en sus distintas capas de funcionarios, lo fue desdibujando. Al día siguiente de los asesinatos, vecinos de la zona del hecho llegaron a decir ante las cámaras de TV: "Salimos 2-2, ellos nos ganaron 2-0 y nosotros les matamos a dos"[353].

Al año siguiente, el 11 de julio de 1995, durante la Copa América de Uruguay, fue asesinado en Paysandú, en circunstancias del partido entre Argentina y Chile, el joven Daniel García en una reyerta entre hinchas, en la que habrían participado barras bravas. La investigación de su madre, Liliana Suárez de García, llevó años de recorridas al Uruguay entrevistando a distintos funcionarios,

pero por el momento el crimen sigue impune y sin la colaboración necesaria de parte de funcionarios de los dos lados del Río de la Plata.

En los tiempos de Menem, las barras bravas siguieron encontrando lugar en la política, los sindicatos y la dirigencia deportiva, con un crecimiento exponencial respecto de los años anteriores. Pero ya en 1998 la situación se desbarrancó; hasta tal punto, que a dos fechas del final del Torneo Clausura se tuvo que suspender la jornada por dos heridos de bala en un Independiente-River jugado en Avellaneda el 13 de mayo de 1998. El juez Víctor Perrotta, responsable de la suspensión, argumentaba que “se ha producido una proliferación de partidos, hasta el punto de que no pasa día sin que se juegue alguno. La cantidad de eventos que se desarrollan en horario nocturno parecen atender más a la conveniencia de su televisación que a la propia calificación de riesgo de los partidos”. También razonó sobre el poder político cuando señaló que el Ministerio del Interior le informó que la Policía Federal “no cuenta con personal suficiente”.

Una vez más, el negocio estaba presente hasta en la propia violencia organizada ante una pregunta de fácil respuesta: ¿a quién favorecía la inseguridad en los estadios? ¿Quién podía hacer negocios con el resultado de ella? En verdad, Perrotta hizo lugar a la demanda de la ignota fundación Fair Play, del abogado Sergio Ramírez Chagra, de la que todos rumoreaban que tenía estrecha relación con el entonces dirigente del Deportivo Español Francisco Ríos Seoane, uno de los enemigos internos de Grondona. Fair Play denunciaba “una profunda pasividad de todos los estamentos que rodean al fútbol. Una muerte tapa a la otra y nadie hace nada y por eso pedimos que se cumplan las normativas que sancionan la violencia en el fútbol”[354].

Nueve días más tarde, Perrotta volvió a permitir el fútbol pero con la implementación del derecho de admisión, que debía ejercer cada club. El juez había conseguido integrar el Comité de Seguridad Deportiva con el secretario de Seguridad Interior, Miguel Ángel Toma. Pero esto no serviría de mucho, como todas las medidas que los sucesivos gobiernos venían tomando, y en diciembre, Perrotta volvió a suspender toda la fecha del ascenso por los reiterados

problemas con la violencia. El fútbol sufrió entonces un paro de actividades que no esperaba y que duró hasta el 8 de febrero de 1999. La AFA apeló el fallo, pero la Justicia falló en su contra y esto llevó a algunos clubes a situaciones desesperadas; como la de Chacarita Juniors, que debió dejar libres a todos sus jugadores, mientras que Defensa y Justicia y San Miguel se perfilaban para la misma acción. Ante la falta de salida a la crisis, FAA decretó un paro que tuvo como consecuencia que tampoco comenzara el Torneo Clausura 1999 hasta que la Cámara —Julio Moreno Jueyo, Carlos Degiorgis y Teresa Estévez Brasa— revocó la sentencia y se levantó la medida "sin condicionamiento alguno" el 3 de marzo de 1999. La Cámara afirmaba también que no era al juez a quien le correspondía establecer el derecho de admisión ni hacerse cargo de la seguridad. Una vez más, el fútbol se amparaba en el Estado.

De nada había servido que Menem firmara el 30 de diciembre de 1997 un decreto que reglamentaba la ley 24192 de Violencia en Espectáculos Deportivos, con el establecimiento del circuito cerrado de TV y audio para estadios de más de 25.000 espectadores y la obligatoriedad de uso de entradas magnéticas para ingresar a los estadios. Como siempre sucedía, otra vez esto iba a aplicarse con el hincha común, mientras las barras bravas seguirían gozando de los mismos privilegios gracias a las mismas complicidades de siempre.

El 9 de mayo de 2000, Grondona volvió a la Cámara de Diputados para ser interrogado sobre la violencia en el fútbol y, con la misma arrogancia del que sabe que cuenta acaso con mayor poder que los que tiene enfrente (o mayor cobertura), lanzó la pregunta: "¿Cuántos empleados de acá son barras?".

Amor y odio: Grondona y “El Diez”

Si algo le quedaba a Grondona para cerrar la década menemista, era recuperar la buena relación con un Maradona que estaba resentido por sus actuaciones en el Mundial de Italia de 1990 y en el Mundial de 1994. Maradona lo veía como un dirigente sin escrúpulos, que lo había entregado al poder de la FIFA a cambio de su propia salvación en una selva de intereses. Por si fuera poco lo que había ocurrido en Italia en 1990 y la recepción de Grondona y del propio Menem a Havelange en 1991 en Buenos Aires, en 1992 “El Diez” había encabezado la organización de un partido a beneficio de la familia del delantero puntano Juan Gilberto Funes, fallecido por problemas en su corazón.

Maradona, que aún arrastraba la suspensión de 15 meses por doping en el partido entre Napoli y Bari de la Liga Italiana de 1991, se encontraba a punto de jugar ese partido para recaudar fondos cuando desde la FIFA le hicieron saber a la AFA que, por aquella sanción, no podía participar aun cuando el encuentro no fuera oficial, algo muy poco habitual. Grondona encontró entonces la ocasión ideal para tratar de salir en defensa de Maradona, explicando a la FIFA el tipo de partido que era. Pero ante la rigidez del organismo internacional, que tenía una dura disputa con el jugador (Maradona había dicho en el sorteo del Mundial de Italia, en diciembre de 1989 en Roma, que todo estaba arreglado y el secretario general Joseph Blatter amagó con sancionarlo por sus declaraciones), el presidente de la AFA trató de moverse con sigilo para detener el partido, sin conseguirlo.Finalmente, participó el hijo de Funes, menor de edad, para uno de los equipos, que contó con 12 jugadores contra 11 del adversario. No era reglamentario y, por lo tanto, no hubo manera de encontrar un castigo. Recién encontrarían el motivo en el Mundial de 1994, como se ha detallado más arriba, y Maradona lo pagaría muy caro.

Las cosas no quedarían allí. Dos años más tarde, a poco del Mundial

de Estados Unidos, con Maradona ya integrado al grupo y con la influencia que lo caracteriza, la Selección Argentina volvió a ser invitada para participar en la tradicional Copa Kirin, en Japón. Con todo acordado, la AFA se enteró de que Maradona no podía ingresar a Japón por sus antecedentes con drogas, y estalló un nuevo conflicto. Los jugadores argentinos sostenían que sin Maradona no jugarían; la AFA iba a dejar de cobrar el cachet, pero además no le favorecía un conflicto semejante ante una federación amiga que, incluso, era una aliada en la FIFA y hasta había sido invitada a una Copa América. Pero Grondona entendió que no había nada que hacer y prefirió bajarse del torneo, al notar que con la idolatría de Maradona había protestas en la puerta de la embajada nipona y la situación derivaba ya en un conflicto diplomático. Otra vez “El Diez” se había metido en su camino.

Maradona aparecería otra vez ligado al poder político un año más tarde, cuando el 14 de mayo de 1995 un eufórico Menem, reelegido por otros cuatro años para la presidencia después de la reforma constitucional, se mostraba en la quinta de Olivos junto al astro argentino y a Pelé, quien le comunicaba que el Santos había decidido ficharlo. Maradona, quien se había volcado sorpresivamente por Menem en la campaña electoral luego de fustigarlo a principios de los años noventa, le agradecía al presidente argentino sus gestiones ante Pelé y a “O Rei” por su interés en ficharlo, aunque lamentó que “ningún club argentino se interesara en mí”.

A pocos meses de su regreso a las canchas, tras la segunda suspensión por doping en el Mundial de 1994, lo que verdaderamente quería Maradona era regresar a Boca Juniors, pero sus dirigentes no parecían coincidir en la intención. Sin embargo, aquella reunión con Menem y Pelé había dado sus frutos al lograr publicitar sus deseos.

Maradona era, desde hacía mucho tiempo, una máquina de generar todo tipo de noticias. Durante los 15 meses de suspensión tras el Mundial de Estados Unidos, había conseguido dirigir, aunque sin ningún éxito, a Racing y a Deportivo Mandiyú, si bien no tenía título habilitante. No hubo problemas. Una vez más, la AFA hizo la vista gorda, con la intención permanente de Grondona de

congraciarse con el ídolo, y la Asociación de Técnicos hizo lo propio. Faltaba más.

Para el final del Torneo Clausura 1996, que Maradona jugó vistiendo la camiseta de Boca, tras una caída ante Estudiantes los rumores indicaron que en la AFA manejaban un caso de doping, y rápidamente las miradas apuntaron hacia el gran candidato. Sin embargo, la información que se dio a conocer era otra: el positivo correspondía a Alberto Vargas, defensor de Deportivo Español, en el empate 1-1 frente a Newell's Old Boys en Rosario el 11 de agosto de 1996. Las versiones, entonces, se refirieron a un posible cambio de frasquito.

Otro elemento que se sumaba a la confusión era que el Comité Ejecutivo de la AFA no había hecho la denuncia contra Vargas, como correspondía, ante la Justicia, lo que motivó que el 22 de agosto de 1996 el fisicoculturista Aldo Parodi le iniciara un juicio a Grondona por encubrimiento (artículo 277 del Código Penal). El presidente de la AFA había argumentado que "nosotros siempre enviamos todos los controles positivos, pero en el tema Vargas no lo hicimos por un pedido de Agremiados". Sin embargo, el sindicato se encargó de aclarar que lo que pretendía era apoyo psicológico para el jugador, que había sido suspendido por seis meses para jugar al fútbol[355], y que por esa razón le había enviado una carta a Grondona, pero que nunca se había opuesto a la denuncia a la Justicia.

Si bien Vargas había utilizado cocaína, el juez Carlos Branca acabó procesándolo por infracción al artículo 37 de la Ley de Estupefacientes. Su frasco del control antidoping era el 408, mientras que el de Maradona era el 508.

En el juicio, fueron testigos Mauricio Macri (presidente de Boca desde diciembre de 1995), José Basualdo (que había ido al control antidoping junto a Maradona) y Carlos Bilardo, el director técnico del equipo. Pese a todo, Ríos Seoane le renovó el contrato a Vargas y le regaló un departamento[356].

El 24 de agosto de 1997, ahora sí a Maradona le dio positivo un control, tras el partido que Boca le ganó 4-2 a Argentinos Juniors por la primera fecha del Torneo Apertura. El frasco llevaba el

número 11. Pero “El Diez” presentó ante la Justicia un pedido de “no innovar”, que fue aceptado por el juez Claudio Bonadío. Macri, presidente de Boca, sostenía entonces que “Boca tiene 93 años de historia y está por arriba de cualquier hombre, aunque este hombre sea el jugador más grande de todos los tiempos del fútbol argentino”.

Maradona había firmado su nuevo contrato con Boca meses antes, el 21 de abril de 1997, y había viajado a Canadá para contratar como su asistente al ex atleta Ben Johnson, suspendido de por vida. En 14 días había bajado 11 kilos.

La AFA suspendió preventivamente a Maradona hasta conocer los resultados de la contraprueba. El 3 de septiembre, estos dieron también positivo, pero los abogados de “El Diez” recordaron a Bonadío que, dos meses antes, en julio, el jugador había hecho una denuncia policial porque lo amenazaban reiteradamente por teléfono acerca de que le pondrían droga en el control antidoping.

Así fue que el juez tomó la medida de no innovar congelando la suspensión de la AFA. Además, le permitió jugar mientras se comprobaba con una prueba de ADN que efectivamente la orina del frasco del control, tras el partido contra Argentinos Juniors, era suya. Finalmente, pudo jugar de allí en adelante bajo el compromiso de hacerse un control antidoping obligatorio 24 horas después de cada partido.

Ese análisis de ADN nunca prosperó, porque la muestra era muy escasa. Cuando se supo, Maradona había jugado algunos partidos y decidió retirarse del fútbol tras el primer tiempo ante River en el Monumental, el 25 de octubre de 1997[357].

A partir de su fichaje para Boca tras aquella reunión con Pelé en Olivos en 1995, Maradona buscó corresponder a Menem en lo que pudiera dentro del ambiente del fútbol, y la gran ocasión llegó en 1997. Seis jugadores de Deportivo Español entraron en conflicto con el club, cuyo presidente era Ríos Seoane, muy enfrentado políticamente a Grondona. El sindicato entró en una huelga que impidió el inicio de la temporada 1997/1998.

Grondona intentó mediar, lo mismo que el presidente Menem, quien

llegó a enviar a Maradona a las deliberaciones para que todo volviera a su cauce, pero fue imposible, y la medida de fuerza que había comenzado el 17 de julio dio como resultado que el juez Garibotto concediera la libertad de acción para los jugadores Campagnuolo, Castillo, Potenzoni, Guede, Fuentes y Pontiroli.

Pero si en los tiempos de Menem hubo alguna rareza en la AFA, fue lo ocurrido en junio de 1994, a menos de un año de celebrarse en Mar del Plata los Juegos Panamericanos, en los que una buena participación argentina podía incidir en generar un mejor clima para la posible reelección de Menem. Llegaron al juzgado de Roberto Marquevich, a quien se consideraba cercano al primer mandatario, dos denuncias anónimas de doping en una carrera de turf en San Isidro y en el partido entre Platense y Gimnasia en Vicente López.

Marquevich decidió realizar un control antidoping antes del turf y a los 22 jugadores del partido entre Platense y Gimnasia. Luego se informó que se habían obtenido cuatro casos positivos, a los que no se identificó "por el vandalismo en el laboratorio". La idea era demostrar que el laboratorio del Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo (CENARD), a cargo del doctor Néstor Lentini (el mismo que había preparado a Maradona para el Mundial de meses antes), no funcionaba bien, con la idea de desplazarlo y tomar su control con miras a los Panamericanos.

Marquevich llegó a manifestar que la prueba y la contraprueba de todos los casos tomados utilizaban un sistema "irregular e ilegal", y que debía existir un tercer frasco para la Justicia, "pero no hay intenciones de cambiar porque a la AFA no le interesa el cambio".

La insólita situación se hizo cada vez más confusa, porque los frascos iban y volvían del laboratorio del CENARD a la Gendarmería, donde no se solían hacer análisis antidoping, con riesgos de que las muestras se contaminaran. Hasta que Lentini fue apartado del CENARD, y los cuatro jugadores involucrados en el supuesto doping positivo fueron sobreseídos por falta de pruebas.

En 1995, Grondona había sido reelecto presidente de la AFA por cuatro años más, con 40 votos sobre 40. No había disensos. Y si los había, nadie se había animado a plantearlos.

10

La AFA en tiempos de crisis (1999-2003)

La familia del fútbol

La Selección Argentina no había tenido demasiada suerte en el Mundial de Francia. Había sido eliminada por Holanda en el minuto 89 de los cuartos de final, tras un tiro en el palo de Gabriel Batistuta segundos antes. Sin embargo, Julio Grondona había llegado muy lejos. Como titular de la Comisión de Finanzas de la Federación Internacional del Fútbol Asociado (FIFA) —aun sin hablar nada de inglés y apenas utilizando cada tanto una calculadora—, fue quien levantó la mano del suizo Joseph Blatter en el momento en que fue entronizado como nuevo presidente de la entidad.

Para ese entonces, Grondona, que ya era poderoso y se había asentado en la FIFA, alternaba muchos de sus días entre Buenos Aires y Zúrich, donde se instalaba en el lujoso hotel Baur au Lac y cobraba cientos de dólares de viáticos. De a poco, había aprendido a manejar la Asociación del Fútbol Argentino (AFA) a la distancia a partir de las relaciones que había tejido con cada uno de los estamentos.

Había sido ratificado como vicepresidente de la FIFA, pero además, se le había agregado el título de “senior”, una manera de elevarlo de categoría como retribución a los servicios prestados. Esto lo llevaría en el futuro a autodefinirse como “vicepresidente del mundo”, y llegó a decir a este periodista que “muchos me envidian porque nadie nunca en la Argentina llegó tan lejos”[358].

En una entrevista posterior a tener que dejar su cargo de presidente de la FIFA, Blatter recordó:

“El primer voto que obtuve fue el de Grondona. Luego vinieron los demás de Sudamérica. Otros no me querían, como [Nicolás] Leoz [ex presidente de la Conmebol, actualmente bajo arresto

domiciliario]. Mi presidente en la UEFA, tampoco. Se preguntaban cómo una persona rentada, porque yo lo era como secretario general, podía ser presidente. Cuando yo era secretario general, el Comité Ejecutivo era mi jefe. Y ahora yo era el jefe de ellos. No era fácil, pero Grondona me respaldaba, porque mi rival era el sueco [Lennart] Johansson. A Grondona no le gustaba Johansson, y Johansson no tenía simpatía por los sudamericanos. [...] en el cierre de los Comités Ejecutivos le daba siempre el micrófono, y siempre tenía algo para decir. [Grondona] era una persona querible y risueña.”

Blatter reconocía que lo que más le gustaba de Grondona era “que siempre estaba ahí cuando se lo necesitaba. Y no bebía, otros sí. Tampoco fumaba. Con su sonrisita y su ‘no te preocupes, no te preocupes’, lo solucionaba todo”; y lo que menos le gustaba era “que durante las reuniones dormía un tercio del tiempo. Cerraba los ojos y dormía con la traducción en sus oídos. Pero si surgía algo, saltaba. Dormitaba, dormía a medias”[359].

Todo estaba hecho a su medida en Argentina. Había armado un paraguas desde Buenos Aires: un antiguo proveedor de su ferretería de Sarandí, Jorge Romo, a cargo de los árbitros; gente amiga en las ligas federales (por si las moscas, porque no tenían peso en una AFA siempre unitaria); su casi hermano Eduardo Deluca (sus hijos lo llamaban “tío”) manejando los hilos en la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol) y en la retaguardia del edificio de la calle Viamonte. Con los medios cada vez más amordazados por el creciente monopolio, eran los tiempos ideales para la expansión en el exterior.

“También lo ayudó un Reglamento de Transgresiones y Penas terrible, donde todos los fallos son políticos, donde un artículo tiene un contraartículo y te pueden dar una fecha de suspensión o 25, depende de cuál te apliquen. Un reglamento como ese tiene que penalizar. Pero en condiciones iguales le dan una fecha a uno y ocho fechas al otro. Según la temperatura ambiente y la cara del cliente”, resume gráficamente el periodista Juan Presta. Y agrega: “Todo pasaba a través de él. Un dirigente me contó una anécdota de Grondona en Independiente. Llegaba al club al mediodía y saludaba

empleado por empleado por el nombre, le preguntaba de sus casas y su familia, y se sentaba en la oficina y todos le venían a contar quién lo traicionaba. Él veía a quién podía sobornar y a quién no”.

Hay quienes dicen que en estos tiempos, en los que dio con el presidente de la Real Federación Española de Fútbol (RFEF), Ángel María Villar, que luego sería una especie de hermano mellizo en la dirigencia, Grondona aprendió los principales manejos de los negocios más grandes, a gran escala.

Sobre esa relación con Villar, llegó a decir:

“Hablo solamente español, es cierto, pero tengo una ventaja sobre los políglotas: hablo muy bien el idioma del fútbol. Y ese idioma no todos lo saben hablar. Por lo demás, los intérpretes están muy contentos conmigo, me cuidan para que no lo aprenda, porque si no, estarían de más. La verdad es que a mí y a Villar, de España, nos cuidan mucho. Villar debe saber cuatro palabras más que yo en inglés. En serio, Ángel es más que un hermano para mí, el mejor dirigente español de todos los tiempos. Un trabajador leal e incansable que logró que un país atomizado por sus nacionalismos se uniera para jugar al fútbol, y juntos, el catalán con el vasco con el de Madrid alcanzaron al fin a ganar la Copa del Mundo.[360]”

Este periodista, sentado junto a otros colegas en una mesa alejada del escenario en la fiesta del Centenario de la FIFA en Zúrich, pudo constatar cómo Villar, que compartía otra más cercana con Grondona y Carlos Bilardo, salió a bailar con el entrenador y el presidente de la AFA haciendo palmas desde su asiento.

“Apoyé a Blatter porque era, para mí, la imparcialidad deportiva más notable. Yo hice todo lo que tenía que hacer para que siguiera. Al ser una figura relevante de Sudamérica, al representar a una potencia con títulos mundiales, te escucha todo el mundo. La parte deportiva es clave para tener peso. Eso y mi intuición son mis méritos para estar en la FIFA durante tanto tiempo”, sostuvo Grondona años más tarde. Esta declaración tenía mucho de

sinceridad. Grondona creía en la “familia del fútbol” mucho más allá de los negocios. Era de la idea, compartida con Blatter, aunque este provenía del mundo del marketing, de que los políticos, de cualquier orientación, lo arruinan todo. Para él, el fútbol se trataba de una especie de “mundo perfecto” así como estaba, incluso sin el uso de tecnología, que solo iba a traer la justeza que ya no admitiría debates; sin ellos, la gran industria iría muriendo. ¿Para qué cambiar lo que tan bien funcionaba, con más países afiliados a la FIFA que a la ONU, y con ellos, vivos, intuitivos, sabihondos de lo que se necesita para el fútbol, manejándolo todo y generando negocios y contactos al más alto nivel, con un estándar de vida que ni soñaban en muchos de los casos?

En París, en el Congreso Extraordinario de la FIFA previo al Mundial de 1998, Blatter se había impuesto al sueco Lennart Johansson por 111 votos contra 80. El presidente de la Unión de Asociaciones Europeas de Fútbol (UEFA, por sus siglas en inglés) llegaba con un discurso contra la corrupción de los tiempos de João Havelange y señalaba a su candidato rival como el sucesor de la misma política. De esta forma, había logrado atraer para su lado a buena parte de los dirigentes. Pero Blatter escuchó un consejo que terminó siendo fundamental, y que venía de parte de Grondona: “Seducí a los países chiquititos, hacelos sentir importantes, visitalos, entregales dinero para planes de desarrollo y todo eso. Vale lo mismo el voto de Islas Cook o Vanuatu que el de Inglaterra. Así vas a ganar”.

Con el triunfo de Blatter en la FIFA, Grondona se posicionaría con un poder que solo en sueños había imaginado. El humilde ferretero de Sarandí se instalaba en Zúrich como uno de los principales consejeros del máximo poder del fútbol y sería uno de los pocos conocedores de los grandes negocios, blindados a la información general.

Andrew Jennings[361], uno de los principales investigadores en temas relacionados con la FIFA, ha publicado ya muchos ejemplos de facturas de toda clase de torneos menores con gastos sin justificar, que ascienden a los cinco dígitos, presentadas por miembros del Comité Ejecutivo[362].

Todo había comenzado con el cambio de paradigma en la dirigencia

de la FIFA desde que João Havelange había vencido a sir Stanley Rous en las elecciones presidenciales de 1974. En ese momento, se dijo que el belgabrasileño había intentado sobornar a dirigentes africanos[363] durante una gira previa por 86 países. En ella, aparentemente, prometió aumentar las plazas mundialistas para las naciones fuera de Europa y América y ayudar a la construcción de estadios, con asistencia técnica, educativa y sanitaria y con el asesoramiento de Horst Dassler, de Adidas, que provee equipamiento deportivo a muchos países africanos. Incluso, una década más tarde acudió para salvar a su amigo Carlos Lacoste, como su prestamista, cuando este no pudo justificar el origen de un millón de dólares con los que compró tierras en Uruguay.

La noche previa a la elección de Blatter como presidente, circularon sobres gordos en el hotel Meridien, donde se alojaba la delegación africana, según cuenta el periodista alemán Thomas Kistner[364] quien estuvo presente en el lugar. También relata que el presidente de la Federación de Camerún, Issa Hayatou[365], y otros dirigentes africanos pedían disculpas al derrotado Johansson por el vergonzoso comportamiento de algunos de sus colegas. La desmentida del propio ganador parece ridícula: “El grupo de apoyo a Sepp Blatter no se alojaba en el hotel donde se repartieron los sobres”. ¡Como si hiciera falta!

Se habló de 18 directivos sobornados en la misma noche de domingo y de inmensos intercambios de favores con otros dirigentes asiáticos, fogoneados por el jeque qatarí Mohamed Bin Hammam[366]. Hammam financió parte de la campaña, según se denunció, utilizando el programa Goal, de la FIFA, al que fue ascendido como director, para extorsionar a distintas federaciones[367].

Bin Hammam también pasó a formar parte de la Comisión de Finanzas, a cargo de Grondona. De hecho, en septiembre de 1998, apenas tres meses antes de asumir como presidente de la FIFA, Blatter tomó la decisión de que solo el dirigente argentino, en su condición de titular de la comisión, y el vicepresidente, el triniteño Jack Warner[368], establecieran normas para la retribución del mandatario de la FIFA. Trece años más tarde, Warner diría que jamás tuvo acceso a la información acerca de cuánto ganaba el

presidente de la FIFA y que solo Grondona lo sabía.

Cuando la auditora global KPMG, tras muchas presiones de varios dirigentes, fue contratada, no encontró las carpetas con la documentación requerida. Hubo enorme resistencia a entregar las pocas que aparecían, y no estaban las declaraciones de renta de 1997 y 1998. Bienvenidos a la AFA internacionalizada. Por supuesto que auditar al propio Blatter resultaba imposible. Su despacho (y lo que lo rodeaba) era infranqueable.

“El Loco”, la inseguridad y otras cuestiones

Tras la eliminación en los cuartos de final del Mundial de Francia, era muy claro que Daniel Passarella no seguiría siendo el director técnico de la Selección Argentina. Aún en territorio francés, el presidente de la AFA, Julio Grondona, llegó tarde con la oferta a Carlos Bianchi, que estaba libre tras su paso por la Roma y luego de haber tenido un resonante éxito con Vélez Sarsfield, al que había llevado a ser campeón argentino, de América e Intercontinental. El “Virrey” ya había firmado su contrato con Boca Juniors, club con el que repetiría la campaña espectacular de Vélez hasta formar un imperio con enorme cantidad de títulos locales e internacionales.

Fue entonces que Grondona volvió sobre sus pasos y decidió seguir el camino habitual, solo desviado en el caso de Basile en 1991: buscar al último director técnico campeón del fútbol argentino. Ese era Marcelo Bielsa, quien acababa de ganar el título del Torneo Clausura 1998 con Vélez Sarsfield. Pero antes de tomar la medida de hacerle una oferta, lo consultó con José Pekerman, quien tras ganar los mundiales Sub-20 de 1995 y 1997 fue elevado al cargo de director general de Selecciones Nacionales y era muy escuchado por el presidente de la AFA, que lo respetaba mucho.

Bielsa ya había firmado su contrato con el Espanyol de Barcelona, con el que se encontraba de pretemporada. Había conseguido resultados que daban cierto grado de optimismo cuando llegó la oferta de la AFA, lo que generó un tironeo entre esta y el club catalán.

Finalmente, y gracias a una cláusula en el contrato, Bielsa pudo salir de Barcelona para incorporarse a la Selección Argentina, para uno de los trabajos más respetados por los jugadores. La dirigencia del Espanyol lo reemplazó con otro compatriota, Miguel Ángel Brindisi. Las relaciones, pese a todo, terminaron bien; tanto, que al año siguiente, en 1999, el equipo albiceleste fue invitado a jugar ante los locales el partido por el Centenario del club.

El director técnico no tuvo un fácil comienzo. Entre los asuntos de su contrato y las presiones de algunos medios para obtener entrevistas exclusivas, que él se negó a conceder, costó llegar a una situación estable.

Uno de los periodistas más reconocidos de la TV, al que Grondona conocía desde hacía años y con quien tenía una estrecha relación —dado que había sostenido a Bilardo en el intento de quitarlo del cargo antes del Mundial de México de 1986—, recurrió al presidente de la AFA para que forzara una entrevista exclusiva, con la idea de que eran él y su grupo los que habían presionado para que Bielsa fuera tenido en cuenta y se le diera una oportunidad.

Sin embargo, el director técnico rosarino fue contundente en su respuesta: no habría entrevistas exclusivas para nadie. No sentía que le debía su cargo a nadie; lo quiso aclarar con el presidente de la AFA y comunicó que, desde ese momento, solo hablaría en conferencias de prensa. Consideraba que todos los medios, desde los grupos concentrados hasta los más pequeños de cualquier región de Argentina, debían tener las mismas posibilidades de escuchar sus opiniones o de estar informados acerca de la Selección Nacional y, entonces, ofrecía largas conferencias por el tiempo que hiciera falta. Muchos medios poderosos le declararon la guerra desde ese preciso instante, y Grondona tuvo que aprender a hacer equilibrio entre todos.

La Selección Argentina no solo se clasificó con comodidad para el Mundial de Japón y Corea del Sur 2002, con 12 puntos de distancia sobre su inmediato perseguidor, Ecuador, y con una sola derrota en los 18 partidos del grupo sudamericano, sino que además llegó como uno de los grandes candidatos a la cita mundialista, más allá de algunas críticas por no contar con un jugador idolatrado como Juan Román Riquelme ni con el resto de los integrantes del plantel de Boca Juniors, el equipo fuerte del momento. Pero algunos rendimientos, criticados por una parte de los seguidores por reunir cierta mecanización de movimientos, fueron superlativos, y las diferencias colectivas con los rivales del continente resultaban notorias.

También aparecieron algunas críticas por haber viajado con el equipo que no era el titular a la Copa América de Paraguay de

1999. Además, la AFA decidió, en una medida extrema, no participar de la Copa América siguiente en Colombia 2001 por motivos de inseguridad. El detonante fue el secuestro del dirigente deportivo colombiano Hernán Mejía Campuzano, por lo que se llevó a cabo un congreso de la Conmebol en Buenos Aires el 28 de junio de 2001. Allí se decidió suspender a Colombia como organizadora del certamen. Fue entonces que Ricardo Texeira, ex yerno del ex presidente de la FIFA, João Havelange, presentó la candidatura de Brasil como eventual reemplazo, apoyado por la empresa de comunicaciones Traffic, que buscaba aplazar el torneo para 2002. Pero no se encontraron fechas potables, por la realización del Mundial a mitad de año y por la Copa de Oro de la Confederación de Norteamérica, Centroamérica y el Caribe de Fútbol (Concacaf) en enero, cuando esta confederación tenía dos invitados en la Copa América, Costa Rica y Canadá. Solo la mediación del presidente de Colombia, Andrés Pastrana, pudo torcer la decisión y mantener la Copa América en su país en la fecha prevista, pero Argentina fue la única selección sudamericana que decidió no tomar partido en el torneo, y fue reemplazada por Honduras.

La resolución de la AFA del 7 de julio de 2001 sostenía que se habían recibido amenazas a la delegación argentina comunicadas oficialmente por el Ministerio de Relaciones Exteriores, que Futbolistas Argentinos Agremiados (FAA) advertía del riesgo por la integridad psicofísica de sus afiliados, y que debido a la primera suspensión del torneo del 30 de junio ya habían sido licenciados los jugadores[369]. No parecía una explicación clara, sino una suma de excusas.

El tema de la seguridad siempre estuvo latente. En ese sentido, ya en el frente interno, las relaciones tejidas por Grondona con Villar, su alter ego en el mundo dirigencial del fútbol y también vicepresidente de la FIFA, derivaron en varios intentos por traer negocios a Argentina. Entre ellos, el de las cámaras de seguridad para los estadios, con la explicación de que “ahora sí” (¿cuándo no?) se podría controlar a los barras bravas y a todo aquel que hiciera desmanes en los estadios.

Así fue que los presidentes de Boca Juniors, Mauricio Macri, y de San Lorenzo de Almagro, Fernando Miele, impulsaron la llegada al

país de la compañía Inmark, a través del español Romeo Cotorruelo Menta, para instalar las cámaras en todos los estadios con una capacidad mayor a los 25 mil espectadores. La explicación fue que esas cámaras de seguridad podrían tomar los planos de cada uno de los asistentes a los estadios y, de esta manera, se los podía individualizar en todo momento.

Varios clubes, entre ellos Vélez Sarsfield (siempre el más rebelde contra la conducción de Grondona), habían hecho sus propias averiguaciones y consiguieron precios menores a los exigidos por Inmark, pero el propio titular de la AFA aconsejó que la operación se cerrara con esta empresa.

San Lorenzo terminó pagando 1.700.000 dólares, y Boca, 1.200.000. Cotorruelo Menta era asesor del Comité Ejecutivo de la AFA y la representó ante la FIFA durante el Mundial Sub-20 llevado a cabo en Argentina en 2001. Años más tarde, a partir de una denuncia de los dirigentes de San Lorenzo Jorge Aldrey y Alberto Barilari, acerca de que el club pagó sobreprecios en la contratación de estas cámaras, Grondona fue procesado, por primera vez, por el juez Juan José Mahdjoubian por "administración fraudulenta" en la contratación de un sistema de seguridad de audio y video para los estadios de San Lorenzo y Boca.

Este expediente era un desprendimiento de la causa principal que lleva adelante Mahdjoubian, en la que se investiga el crecimiento patrimonial de Grondona. Al comparecer ante el juez, Grondona responsabilizó a los dirigentes de ambos clubes por contratar los servicios de Inmark y dijo que la AFA solo aparecía como garante de las operaciones.

Presta, que trabajó en el centro de prensa durante el Mundial Sub-20 de 2001, recuerda muy bien esos tiempos: "Vino una consultora española a la que no sé cuánto le pagaron, para decirnos que había que hacer partidos de promociones para el descenso[370] justo cuando en su país las habían sacado. Cuando yo participé en el Departamento de Prensa en el Mundial Juvenil, vino una empresa española a mostrarnos cómo había que acreditar, pusieron las máquinas y se fueron y el trabajo lo hacíamos nosotros. Son tan obvios, que ponen las mismas empresas acá que allá. No se esconden para nada". No sería la última vez.

El fútbol argentino era cada vez más presa de los negocios. El momento del gobierno de la Alianza, que ganó con el lema “dicen que soy aburrido”, del nuevo presidente Fernando de la Rúa, que caminaba entre las góndolas de los supermercados para marcar el final de la fiesta anterior, se asemejaba a los tiempos en los que la AFA había decidido pasar de los gorritos y la publicidad de Basile a la disciplina de Passarella, aunque todo se desmoronó demasiado pronto.

La Alianza prometía cambios en la ética del manejo del poder, pero una cierta continuidad de la convertibilidad del peso argentino con el dólar estadounidense, que no se podía sostener. No había demasiado tiempo para dedicarle al fútbol, cosa que Grondona y su núcleo vieron de buen grado.

La AFA se iba vaciando a gran velocidad, y todo aquello que antes había sido fuente de grandes debates en el edificio de la calle Viamonte 1366 ahora se trasladaba a Puerto Madero, con maletines, peinados a la gomina y anteojos oscuros. Cada vez más grupos ajenos al fútbol iban ocupando lugares, mientras Grondona viajaba asiduamente a Zúrich y solucionaba gran parte de los problemas con el teléfono. Pero como hombre del “Partido del Fútbol”, le molestaban los intermediarios. Los consideraba inmanejables y, como sucedía en la FIFA con Havelange primero y Blatter después, todo debía cocinarse “en familia”. Luego, las formas ya interesaban menos, pero los trapos sucios se lavan en casa, sin intromisiones.

La situación económica del país empeoraba a pasos acelerados, y los estadios eran cajas de resonancia: 21 asesinados entre 1999 y 2003, contra 69 de la década menemista. Eso era un claro ejemplo de lo que se vivía.

El 17 de abril de 2001, el juez de Instrucción porteño Mariano Bergés, en un fallo ejemplar, procesó a siete comisarios por “asociación ilícita y defraudación contra los clubes de fútbol”, porque dibujaban los operativos en los estadios colocando en las listas muchos más efectivos de los que concurrían. A un día de cerrar la causa —Bergés llevaba cuatro meses reemplazando a Gustavo Karam en el Juzgado de Instrucción número 5, de licencia médica—, no hubo tiempo de tener cara a cara al propio jefe de la Policía Federal, Rubén Santos, citado como sospechoso;

casualmente, el secretario de Seguridad, Enrique Mathov, necesitó enviarlo a una misión en el interior del país. Bergés, quien luego fundaría la organización no gubernamental (ONG) Salvemos al Fútbol al abandonar la actividad judicial, manifestó en ese momento que se sentía “burlado”.

Todo había nacido de una denuncia particular (el periodista Carlos Estrada) acerca de que se inflaban los operativos de seguridad en las canchas de fútbol. A los pocos días, el 11 de marzo de 2001, el propio Bergés se acercó al estadio de San Lorenzo para un partido, colocó a los policías del operativo en fila y notó que, de los 650 contratados, faltaban 156, casi una cuarta parte. El juez procedió, entonces, a tomar declaración a una veintena de suboficiales de la Policía, que admitieron que el procedimiento era habitual y que ese dinero debían dárselo a sus superiores. Uno de los indagados aparecía como chofer, pese a no tener registro y ni siquiera saber conducir. Solo iba para cobrar. La situación no se modificaría demasiado a futuro.

Rubén Santos sería condenado a cuatro años de prisión el 23 de mayo de 2016, y el funcionario Mathov, a cuatro años y nueve meses, por el Tribunal Oral Federal número 6, por haber participado ambos en la represión del 20 de diciembre de 2001, que derivó en la caída del gobierno de De la Rúa.

Por supuesto que las cámaras de seguridad solo se aplicarían a los hinchas, pero siempre que había que identificar a algún integrante de las barras bravas el mecanismo no funcionaba y algún desperfecto impedía encontrar a los responsables.

La crisis económica y Julio Grondona SA

La situación económica de los clubes seguía empeorando y acudían a la AFA para obtener cada vez más adelantos. Grondona utilizaba los derechos de TV de años futuros, de manera que las conducciones que asumían en cada entidad se veían condicionadas con los cobros, en tanto que las instituciones estaban cada vez más esclavizadas a los designios de la TV, que cambiaba el día y la hora de los partidos con total facilidad.

La exposición del periodista Víctor Hugo Morales en el Senado sobre la situación fue terminante cuando ya se intentaba vender los derechos de TV de la Selección Argentina a una empresa estadounidense con sede en las Islas Vírgenes británicas. Todo fue para atrás.

Sin control estatal sobre los desmanejos financieros de los clubes, muchos de ellos adquiriendo pases de jugadores aún sin pagar los sueldos de los que ya formaban parte de sus planteles y con deudas por atrasos en indemnizaciones por contratos dados de baja antes de tiempo con directores técnicos que no funcionaban o “cumplían un ciclo”, la AFA, como el árbitro Francisco Lamolina, adoptaba la política del “siga, siga”.

Julio Grondona llevaba un anillo que decía “Todo pasa”, relativizando todas las cuestiones que iban apareciendo, incluso la violencia que generaba la propia industria del fútbol, con barras bravas cada vez más emparentadas con la clase política y con los dirigentes deportivos.

Acostumbrados a la situación, pocos esperaban que un club como Racing tocara fondo. Ya manejado por la síndico Liliana Ripoll, por los desaguisados de los dirigentes anteriores, el 4 de marzo de 1999 el juez Francisco Díaz Pérez, de la Sala II de la Cámara de Apelaciones de La Plata, dispuso su quiebra. “Racing Club dejó de existir”, anunció Ripoll. Por primera vez, la sombra del final de

muchos clubes que venían tambaleando, completamente averiados y en un contexto de incumplimientos permanentes, aparecía en el fútbol argentino.

El escándalo fue total. La movilización de los hinchas y socios de Racing fue conmovedora, y todo estalló contra la dirigencia del club. La foto de un redoblante caído en la cabeza del dirigente Daniel Lalín recorrió el mundo, mientras el ambiente del fútbol se preguntaba si por primera vez, desde que el fútbol argentino se organizó, el Estado le iba a soltar la mano a un club poderoso, si lo iba a dejar morir, máxime con Grondona emparentado con un pasado en Independiente.

Comenzaron entonces gestiones al más alto nivel. Lo que no se lograba en la política nacional lo conseguía el fútbol: desde todos los sectores, se generaban reuniones y acuerdos para que Racing siguiera compitiendo, aun en quiebra. Ninguna sanción por sus desastres financieros. Todo continuaba como si nada pasara, la política del "se gual", que solía responder el popular cómico "Minguito" en el sketch de "La voz del rioba". Ni Atlanta ni Temperley, en la misma situación pero en los torneos de ascenso, lo habían conseguido. Pero Racing era diferente, sus contactos políticos eran mucho mayores, y su peso, absolutamente superior.

La situación era del todo irregular. El poder político y la AFA resolvieron no aceptar la sentencia judicial plena y se dispusieron a negociar la posibilidad de que Racing jugara cada partido pagando una garantía que paliara los déficits acarreados. Grondona se comprometía a que la AFA pagaría esa garantía bajo una condición, que Lalín (el mismo que había presentado en ese mismo año un informe acerca de lo poco que recibían los clubes de la TV en comparación a la empresa que poseía los derechos) se alejara de la entidad.

Así fue que asumió como interventor Héctor García Cuerva, pero la situación abrió la puerta a algo por lo que muchos grupos empresarios venían presionando: el gerenciamiento del fútbol, ya que no se había podido llegar a las sociedades anónimas en los años del menemismo. Otra vez los maletines y los anteojos oscuros apoderándose de una parte del negocio. La TV acechaba por el otro. Y los clubes, en bancarrota.

Así fue que Blanquiceleste, con Fernando Marín —16 años más tarde, titular del Fútbol Para Todos en el Gobierno Nacional de Mauricio Macri—, se hizo cargo del gerenciamiento del fútbol de Racing. De paso, el grupo EXXel hizo lo propio en Quilmes, que ya tenía como dirigente de mayor peso a José Luis Meiszner[371], uno de los grandes aliados de Grondona y, más tarde, uno de los ideólogos del Fútbol Para Todos. La AFA le abrió la puerta al gerenciamiento el 7 de marzo de 2000.

Marín condujo Blanquiceleste durante seis años, entre los que, en 2001, Racing volvió a ganar un campeonato (el Torneo Apertura 2001). Luego dejó su lugar, en los dos años siguientes, a Fernando de Tomaso, quien finalizó su gestión y el ciclo con deudas, cheques rebotados, sueldos impagos y nuevos pedidos de quiebra. Con el tiempo, Marín admitió que "Racing, como negocio, fue horrible"[372].

Un claro ejemplo de la etapa de Blanquiceleste fue lo ocurrido con el pase del delantero Mariano González, surgido de las divisiones inferiores del club. En 2004, era una de las figuras del equipo y, como resultaba lógico para una economía tan dependiente de la venta de jugadores al exterior, se esperaba una oferta importante, pero se adelantó la desconocida empresa Visnar y adquirió el pase en apenas 800.000 dólares. A las pocas semanas, el recién ascendido Palermo a la Serie A italiana adquirió el pase de González a Visnar en 5.000.000 de dólares. Pese a ese gran negocio, la empresa no volvió a realizar más transferencias, y González llegó a jugar en el Inter de Milán más adelante.

En 2008, y tras una gran resistencia de los hinchas y socios de Racing, Blanquiceleste se retiró, hubo un llamado a elecciones y el club se normalizó institucionalmente, en tanto la Justicia condenó a De Tomaso por "administración fraudulenta" y le ordenó pagar 1.000.000 de dólares a Racing como "resarcimiento".

Pero Racing no era el único club en crisis. La mayoría de los clubes, en una economía nacional en bancarrota, a mediados de 2001 debía varios sueldos a sus jugadores, en lo que claramente parecía un modelo inviable que se trataba de explicar desde la lógica de la industria nacional, algo que parecía tener una mirada demasiado autoindulgente. Los rubros de los ingresos eran demasiados como

para que los clubes estuvieran tan mal, pero todos repetían el mismo esquema, una vez más, como recurrentemente sucedía en el fútbol argentino.

Era cierto que, entre los negocios de los intermediarios y el contrato leonino con la TV, muchos se beneficiaban del fútbol. Pero la complicidad de la AFA, la mordaza sobre los clubes y las amenazas de las barras bravas habían derivado en esta situación, y los análisis acerca de la crisis parecían demasiado livianos.

Un informe de la época indicaba que, salvo Colón de Santa Fe y Los Andes, el resto de los clubes estaba en deuda con sus jugadores. De una entrada popular de 10 pesos, 2 pesos iban para la AFA, 2 a 3 pesos iban para la seguridad, otros 2 pesos iban para la organización del partido, y apenas los 2 pesos restantes quedaban para el club. Según la empresa TyC, en ese momento dueña de los derechos de TV, había adelantado 490 millones de pesos a los clubes en los últimos cinco años, y ya había algunos que habían cobrado adelantos hasta 2003.

Este estado de deuda general había abierto las puertas al gerenciamiento del fútbol, idea que el presidente de Boca del momento, Mauricio Macri, le había llevado a la entonces ministra de Trabajo, Patricia Bullrich, junto al entonces diputado Daniel Scioli. En ese tiempo, Macri y Scioli compartían ideas sobre el fútbol argentino. Catorce años más tarde, irían a una segunda vuelta en las elecciones para la Presidencia de la Nación.

El Gobierno no quería otro problema con el fútbol. No se podía repetir la huelga de un año antes, cuando los hechos de violencia desbordaron a los jugadores, las barras bravas apretaron a los planteles de Racing y Tigre y el sindicato de FAA envió al secretario de Seguridad Interior, Enrique Mathov, una carta documento para que tomara medidas los días de partidos y en los entrenamientos.

Todo estalló en un partido de ascenso entre Excursionistas y Comunicaciones el 23 de abril de 2000, cuando la barra brava local casi mata al jugador visitante Adrián Barrionuevo, quien debió ser internado de urgencia en el Hospital Pirovano. En ese momento, FAA decretó una huelga que duró dos semanas y recién se destrabó en una reunión en la sede del Ministerio del Interior con el propio

presidente De la Rúa, el ministro Federico Storani, Mathov y los jefes de la Policía Federal. Allí se habló, como siempre hace la clase política, de cumplir con la ley y hasta de reglamentar otra del Juego Deportivo, que reemplazara al PRODE, para paliar los gastos operativos de los clubes. Se trataba de muchas promesas en las que el sindicato de jugadores confió para levantar la medida de fuerza.

Desde entonces, poco más de un año después, las deudas de los clubes con los jugadores ya no se sostenían, y FAA volvía a decidir un cese de actividades desde el 30 de abril hasta el 16 de mayo para todo partido que comprendiera las divisiones de Primera A hasta la Primera B, con plazo hasta el 31 de julio para que los clubes se pusieran al día. La AFA respondió que se comprometía a saldar la deuda: el 35% antes del 30 de mayo, y antes del 31 de julio, el otro 65%, sumado al Sueldo Anual Complementario (SAC).

Sin embargo, llegada la fecha tope, las promesas nuevamente no se cumplieron, y así fue que FAA decidió no comenzar el Torneo Apertura 2001. Con esta amenaza, y con la promesa de Heller —del Banco Credicoop, quien había ayudado a Boca a salir de su crisis junto a Antonio Alegre— de que una nueva propuesta era seria, con un pago en el acto de 3.850.000 dólares y el resto en pagos escalonados, los jugadores por fin aceptaron[373].

“Fue el único apriete del Estado que tuvo la AFA que yo recuerde —afirma Presta—, la única crisis económica que tuvo la AFA con Grondona en la presidencia”, y significó “que tuviera que jubilar a empleados, porque solían quedarse allí para toda la vida. Saucedo manejaba el conmutador con 85 años, pero Grondona tomaba a otro empleado más, no lo jubilaba. Pero en este caso, con la Alianza, tuvo que jubilar a todos los mayores de 65 años por la crisis”.

Grondona estaba a sus anchas. En 1999, había vuelto a ser reelecto con el mismo sistema de siempre, con 41 votos sobre 41 posibles. ¿Nadie jamás tenía algo que objetar? No parecía normal tanta uniformidad de criterios. Ya era un poder en sí mismo, capaz de llevar a los dirigentes amigos a la FIFA o a la Conmebol, e iban apareciendo los lugartenientes que se interponían antes de llegar al jefe, quien, como el “Tata” José Luis Brown en el Mundial de México de 1986, aparecía al final para barrer al delantero, que llegaba agotado después de enfrentar al resto de la defensa.

Resultaba complicadísimo investigarlo, y cuando alguien lo conseguía, él tomaba todas las medidas para atenuar la publicación o, si fuera posible, directamente censurarla.

En 1998, la revista Noticias había logrado publicar una investigación sobre su enriquecimiento en las casi dos décadas en la presidencia de la AFA. Era evidentemente un artículo para la tapa del semanario, pero de forma misteriosa acabó en sus páginas interiores. En la investigación figuraban empresas como Crucecita SA, Batco SA, Julio Grondona SA, Baprisud SA, Laminadora del Sur, Conenar SA, Hiram Peruilh saSA Cuatro Ramas SA, Genaversa SA, Nuevos Surcos SA. Sumado a esto, varios edificios en avenida Del Libertador, un dock en Puerto Madero, terrenos en Avellaneda, estaciones de servicio, funerarias, albergues transitorios, ganado bovino, campos de cereales.

La revista señalaba que, en casi todos los casos, constituía sociedades con sus familiares y amigos. Así, aparecían en la lista su yerno (Genaro Aversa, casado con su hija Liliana), sus amigos de Avellaneda (Jorge y Alberto Fernández Prieto) o el ex dirigente de Independiente escribano Atilio Di Pace. También estaban sus amigos del fútbol, los dirigentes Eduardo Deluca (quien era considerado poco menos que su hermano) y Salvador D’Antonio (del Deportivo Italiano y entonces coordinador de Selecciones Nacionales de la AFA).

Los hermanos Fernández Prieto construyeron un complejo habitacional en el predio de Ezeiza, mientras que Baprisud (Deluca, Julito y Di Pace) hizo lo propio con terrenos en la vieja cancha de Quilmes con la ayuda del Banco Credicoop de Heller, en el que la AFA tiene cuenta, con 2.370.900 dólares[374].

Que lo mira por TV...

Los negocios iban viento en popa, y florecían las ideas para nuevos torneos internacionales que mataban varios pájaros de un tiro: más TV, más publicidad, más abonos y, al mismo tiempo, más clubes que, de esta manera, tenían a su vez más motivos en cada torneo local para lograr clasificarse, ganar estos premios y proyectarse, pero también otros para que, una vez clasificados, descuidaran esos torneos para dedicarse a los más importantes.

De esta forma, los torneos locales pasaban a ser de segunda categoría. Los clubes jugaban en especial para ganarlos con el fin de clasificarse a los torneos internacionales. Asimismo, estos quedaban como alicientes en el caso de no poder acceder al título local por la lejanía del puntero. Y además, participar de los torneos continentales permitía mostrar aún más a los jugadores para una futura venta a mercados emergentes que, de a poco, comenzaban a aparecer.

Así fue que aparecieron la Supercopa Sudamericana y la Copa Mercosur (más tarde, Copa Sudamericana), y desde ya que persistía la Copa Libertadores. La idea era ir copiando las copas europeas con la ilusión de cruzar luego a los campeones, como forma de obtener más dinero a través de los sponsors y de seguir transfiriendo jugadores hacia mercados más poderosos.

Esto implicó también la entrada de grandes grupos de la comunicación, como Telefónica, Citicorp Equity Investment (CEI), Hicks o TCI. De esta manera, Carlos Ávila, de TyC, terminó navegando entre los grupos hasta cerrar un acuerdo para compartir una sociedad con el Grupo Clarín, con el que firmó contrato con la AFA, a nombre de Televisión Satelital Codificada, hasta 2014. Este tipo de contrato sorprendía, porque no había existido, una vez más, ninguna licitación, sino que se hizo como contratación directa y por una cantidad de años extraña. Era demasiado ventajoso para la empresa. De todos modos, este acuerdo le daría aún más cobertura

mediática a Grondona e iría cerrando un monopolio como pocos hubo en el mundo de las transmisiones deportivas.

La sociedad de Torneos y Competencias con el Grupo Clarín, ya afianzado a partir de conseguir Canal 13 y Radio Mitre durante el gobierno de Menem, permitió a TSC extenderse al sistema de TV por cable y al de PPV con la aparición de TyC Max. Y especialmente, le hizo cerrar un negocio brillante: se quedó con canales de cable de todo el país, uno por ciudad, con los que acabó con la competencia gracias a ser quien emitía fútbol, mientras el rival no lo tenía.

Para quien no pudiera pagar el abono, solo restaba pagarse un café en un bar con TV, o mirar a través del vidrio desde la calle, o conformarse con la TV simple, o el abono por cable sin PPV, y observar los programas que movían las fichitas y tomaban las tribunas. En cualquier caso, debía esperar hasta el domingo a las 22 horas, cuando por fin aparecía en canal abierto (por Canal 13, claro) el programa Fútbol de Primera, con un tono absolutamente sistémico, sin la menor crítica a nada que funcionara incorrectamente. En esas dos horas de fútbol aséptico y excesivamente técnico, se mostraban escasos segundos de los equipos más chicos con la excusa de los high life que permitieron a TyC llegar a esta situación privilegiada desde sus primeros tiempos en el viejo ATC.

Pero el monopolio de las imágenes del fútbol de cada semana también lo sería desde lo ideológico: el discurso pragmático y resultadista a ultranza generaba la contradicción de ir contra el propio espectáculo que el medio intentaba vender. La sociedad Clarín-TyC incluso había creado, a mediados de 1990, un canal de TV por cable en tiempos en los que el discurso del fútbol se extendió de manera fulminante: TyC Sports.

Otro factor de gran importancia para los medios y para la AFA resultó el funcionamiento de TyC como productora, al afianzarse y participar en todos los canales de aire, que en esos tiempos ya habían sido privatizados. Para 2001, además del citado caso de Canal 13 y el Fútbol de Primera, también utilizaban la producción de TyC los canales Telefé, Azul TV (ex Canal 9, del grupo Telefónica Media) y, desde ya, América TV, uno de cuyos socios era Carlos

Ávila, fundador de TyC. Todo quedaba en casa…

Ocurría entonces que, bajo una apariencia de competencia entre canales y equipos periodísticos, en verdad todos pasaban a cobrar a fin de mes por la misma ventanilla y respondían a las mismas directivas generales y, por supuesto, a la misma ideología. No era otra cosa que un show empresario pour la galerie.

Pero todavía quedaba otro hecho aún más redundante. Si estos cuatro canales de TV de aire eran privados, al menos se pensaría que el único canal estatal podría cumplir otra función, tener otra mirada. El gobierno de Fernando de la Rúa había decidido cambiar la denominación de ATC (emparentada con la dictadura cívico-militar) por Canal 7, lo cual también parecía propicio para proponer, en las transmisiones deportivas, algo diferente a los medios privados. Sin embargo, la producción caería también en TyC para terminar cumpliendo la función de canal de pruebas de programas que, en el caso de ser aceptables, se trasladaban luego a los canales privados para su mejor explotación. En otras palabras, las grandes empresas de los grandes intereses monopólicos argentinos se aprovecharon de las flaquezas del Estado para llevar agua a sus molinos[375].

Clarín y TyC en ese momento extendieron sus tentáculos a las radios (uno con Mitre y el otro con programación en La Red durante todo el día), al dominio por todos los medios y a la producción en los restantes (que luego se extendería a los canales de TV por cable deportivos, como Fox Sports o Panamerican Sports Network —PSN — hasta su desaparición). Dada su estrechísima relación con la AFA, a la que jamás osaban criticar, este sistema acabó siendo un Estado dentro del Estado, el viejo sueño dirigencial[376]. Es decir que la función de “dar trabajo” o de controlar los medios para que haya cierto equilibrio, democracia y diversidad de opiniones terminaba siendo una función de TyC y no de un organismo regulador.

Un hecho interesante, en este sentido, ocurrió el 28 de noviembre de 2000, cuando desde el programa Desayuno Víctor Hugo Morales intentó mostrar, en una imagen pequeña dentro de su programa, el partido que jugaban Boca y Real Madrid por la Copa Intercontinental, y que mucha gente no podía ver porque se transmitía por las cadenas de cable. Morales fue condenado a pagar

por esta acción, 15 años más tarde, cuando ya el fútbol podía verse enteramente por los canales de aire o de cable sin codificar[377].

Ya para esos años de principios del siglo XXI, el destacado periodista Hernán O'Donnell sostenía que TyC operaba "como un house organ" de la AFA, y alertaba sobre otro hecho más que interesante en tiempos de barras bravas: "La violencia es un negocio de la TV para alejar a la gente de la cancha"[378].

Antes de una Copa América, en los años noventa, las acreditaciones debían retirarse en el viejo edificio de TyC, a metros del Teatro Colón de Buenos Aires. El periodista José María Suárez se resistía a hacerlo "porque no es un organismo oficial". Y se quejaba ante este autor: "Es en la AFA donde se debe acreditar para un torneo de la Conmebol, y TyC no es la AFA". Fue tal el monopolio que ejercieron juntos Clarín y TyC, que hasta tuvieron por un tiempo el control de las boleterías para el acceso a los estadios, con el sistema llamado Entradas Plus.

El economista Sebastián Sztulwark hacía un análisis más abarcativo de esta relación, al sostener que el caso de TyC:

"entra dentro de esos casos de empresas que tuvieron garantizada su rentabilidad. La relación entre el fútbol y la sociedad es clara. La AFA, como entidad que no es estatal pero tampoco estrictamente privada, porque es semiprivada o semipública, de alguna manera debería representar la idea del bien común. Esta debilidad institucional hace que TyC, como empresa, haya asumido el rol, en relación con la AFA, de representante del bien general, como lo hicieron las empresas privadas con el Estado. ¿Cómo se convierte Ávila, que no tenía un nombre, en un empresario poderoso del sector de las telecomunicaciones? ¿A través de la competencia? No, a través de acuerdos políticos.[379]"

Si en 1991 se había firmado el primer gran contrato entre la AFA y Televisión Satelital Codificada (TSC), en 1999 se quedaría con los derechos de transmisión hasta 2014 por 55.000.000 de dólares

anuales, aunque con una cláusula por la cual los costos debían ser revisados en 2007.

El gran acertijo para los clubes, desde siempre, fue cómo controlar la facturación de TRISA (Tele Red Imagen SA), la encargada de comercializar los derechos del fútbol en el interior del país, cuando la dirigencia del fútbol argentino sostenía que este tendría que recibir (en aquellos tiempos de mediados de los años noventa) 150 millones de dólares, tres veces más de lo que percibía, dado que siempre se le suministraba como pago el mínimo estipulado.

Esto llegó a la Comisión de Defensa de la Competencia, que tuvo que investigar un hecho poco habitual: que quienes eran dueños de los derechos de TV en Argentina también eran accionistas de dos de las más grandes compañías nacionales de TV por cable, Multicanal y Cablevisión, que mantenían bajo siete llaves el número de abonados que pagaban, y había que llegar a un número estimativo a la hora de los reclamos.

Si para el Mundial de Estados Unidos de 1994, el gobierno de Menem había declarado “De interés público” todos los partidos de la Selección Argentina por el decreto 304/94, ya para los partidos de clasificación para el Mundial de 2002 de Japón y Corea del Sur, en condición de local, el paquete quedó en manos de Cablevisión, que los emitía en el sistema PPV o en TV por cable, pero con un diferido de media hora.

La Cámara de Senadores atravesaba el escándalo de los sobornos para votar la Ley Laboral propuesta por el gobierno de Fernando de la Rúa. Mientras, el programa Competencia, de Radio Continental, se dedicaba a señalar que esa misma corrupción era la que generaba que en el Parlamento se demorara el decreto que permitía ver gratuitamente a la Selección Argentina, jugando a que con el paso del tiempo y los partidos, si se afianzaba el equipo de Bielsa entre los primeros clasificados, los partidos en adelante no tendrían la misma importancia y los legisladores levantarían con heroísmo la mano votando a favor de la iniciativa.

Este proyecto de ley fue votado por la Cámara de Diputados y, mucho más tarde, por la de Senadores, aclarando que los partidos de la Selección Argentina debían ser transmitidos “por una emisora

abierta en cada localidad”. En su artículo tercero dice que “el Estado Nacional no reconocerá conductas, acciones o derechos televisivos, que constituyan abuso de posición dominante y/o monopolio de ese mercado, afectando no solo intereses económicos de terceros, sino también el bien general de la comunidad relativo a su legítimo derecho de esparcimiento”[380].

Carlos Ávila, entonces presidente de TyC, llegó a manifestar que la empresa “no bloqueó la posibilidad de que la TV abierta pudiera transmitir, al menos en diferido”, los partidos de la Selección Argentina. En un comunicado dirigido a Grondona, dijo que podía “haber conseguido una mayor rentabilidad” en su negocio “otorgándoles los derechos a los canales de TV por cable en exclusiva”, sin siquiera darles la oportunidad a los argentinos de verlos una hora después de comenzados. El empresario también manifestaba que “ningún canal de aire” estaba en condiciones de comprar los derechos de los nueve partidos de la Selección Argentina como local durante la clasificación mundialista[381].

El presidente Fernando de la Rúa había prometido que intercedería para que los argentinos pudieran ver gratis los partidos de la Selección Argentina, pero solo había logrado que lo hicieran en diferido.

TyC obtuvo enormes ganancias con la reventa de esos derechos al nuevo canal de TV por cable PSN, del consorcio estadounidense Hick, Muse, Tate and Furst (HMTF), que compartía acciones con Ávila en otros emprendimientos. Esto dio lugar a que el ex vicepresidente de Boca Juniors, Carlos Heller, manifestara entonces que “se trata de empresas que en muchos casos son del mismo dueño y están asociadas en intereses comunes. Es una intermediación innecesaria que genera una cadena de valores para disimular la enorme diferencia que hay frente a los valores que paga la gente”.

Heller señalaba que la AFA tuvo la chance de vender a valores mucho más caros los derechos televisivos “para mejorar un poco las maltrechas finanzas de los clubes”, pero alertaba que la institución del fútbol argentino “pudo montar una verdadera organización para obtener mayores ganancias que las declaradas en la venta de derechos a TyC con la compra de los codificadores que los

habitantes argentinos necesitaron para ver en directo el partido ante Chile y los otros ocho que jugará por la clasificación al Mundial 2002 como local”[382].

Heller no parece haber errado demasiado en vista de lo que ocurriría después del FIFA-Gate, cuando se demostraría la corrupción en la venta de derechos de TV relativa a los dirigentes sudamericanos.

La AFA allanada y la ISL en quiebra

El 2000 trajo otro dolor de cabeza para Grondona, que resultaría procesado por presunta administración fraudulenta y evasión impositiva por una denuncia del entonces diputado peronista Mario Das Neves el 15 de junio de aquel año. Esto desembocó en una movilización por la zona de Tribunales, en el centro de Buenos Aires. Sin embargo, por toda la cobertura mediática que tenía el presidente de la AFA, apenas si aparecía en los medios de comunicación.

La casa mayor del fútbol era allanada, pero para los medios no era noticia. La información no aparecía en ningún canal, en casi ninguna radio y mucho menos en los medios gráficos, salvo contadísimas excepciones y con pequeños espacios. Tampoco parecía importar demasiado qué sucedía con la causa, que llevaba el número 61.484. Misteriosamente, desaparecieron cinco computadoras portátiles con documentación sensible de la Sección Fiscalizadora Externa número 3 de la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP) —el titular de la Dirección General Impositiva (DGI) era Horacio Rodríguez Larreta—[383], que derivó en una denuncia en el Juzgado Federal número 4 a cargo del doctor Gabriel Cavallo. Fuentes judiciales consideraban que esto equivalía a la pérdida de un año de trabajo.

Por si esto fuera poco, Juan José Mahdjoubian, que investigaba la causa en el Juzgado 29, no encontraba disposición en la Cancillería para librar exhortos, ni de la Policía Federal, que solo había designado un perito[384]. El propio Das Neves afirmaba que "esto no da para más. El juez debe dar una respuesta", luego de 16 meses en los que se había conseguido todo tipo de pruebas, desde contratos, contabilidades, números de cuentas corrientes, constitución de sociedades y testimonios varios[385].

A Grondona se lo acusaba de participar de un entramado de negocios con otros dirigentes del fútbol y empresas afines desde un

período que abarcaba desde 1998 en adelante, aunque se investigaba si podía ampliarse a 1994. Pero se aducía que la falta de un damnificado podía entorpecer los avances en la causa. En Tribunales, se consideraba que la falta de un querellante correspondía a la misma "falta de colaboración", si bien el propio Das Neves no coincidía con esto: "La causa tiene aportes suficientes para procesar a los implicados, con Grondona a la cabeza. Es el responsable con mayúsculas". Interrogado el legislador sobre por qué resultaba tan difícil que se presentara un particular afectado que tuviera la condición de asociado a cualquier institución de fútbol, respondió: "Ser querellante en la Argentina significa la posibilidad de perder todo lo que se posee. Porque meterse con gente poderosa como Grondona o los grupos económicos que lo respaldan o son sus socios tiene un costo. En mi caso, haber presentado una denuncia pública contra [Carlos] Ávila significó que me hayan censurado en América TV para cualquier tema. Con directivas claras hacia los periodistas para que no me entrevisten, ni siquiera sobre cuestiones ajenas a esta causa"[386].

Tres jueces, en total, investigaron temas relacionados con la conexión entre Grondona y los derechos de TV, y en los tres casos fueron apartados por cámaras ocultas[387].

Para ese entonces, la Asamblea Ordinaria de la AFA aprobaba un balance que arrojaba un superávit de 2.614.413,69 pesos correspondiente al ejercicio entre el 1 de julio de 2000 y el 30 de junio de 2001, pero esta cifra podía ser engañosa. La Memoria del Tribunal de Cuentas sostenía que el acuerdo que había sido firmado con FAA, el sindicato de futbolistas, el 10 de mayo, para pagar deudas salariales, "compromete a la Asociación y a los clubes involucrados en el convenio por sumas que podrían impactar en la situación financiera del próximo ejercicio económico"[388].

Para completar el panorama, a la AFA llegarían las consecuencias del gran escándalo de la International Sport and Leisure (ISL), dependiente de International Sport Media and Marketing (ISMM), vinculada con la familia Dassler (Horst, que hijo del fundador de Adidas; Adi Dassler, que era el nieto, y su cuñado Cristoph Malms, presidente del consejo de administración). Por esta misma razón, al igual que la marca de indumentaria deportiva, ISL era casi como

decir lo mismo que FIFA.

ISL fue creada tras el Mundial de España de 1982 y se estableció en Lausana, Suiza, la ciudad en la que funciona el Comité Olímpico Internacional (COI). El problema comenzó cuando las tensiones dentro del grupo generaron la salida de algunos directivos como Klaus Hempel y Jürgen Lenz, que se abrieron, formaron su propia agencia de marketing Television Event and Media Marketing (TEAM) y fueron los encargados de presentarle a la UEFA la idea de cambiar la vieja Copa de Europa de clubes por la renovada Champions League. Así fue como obtuvieron los derechos de explotación comercial. Esto entusiasmó a la dirigencia de la UEFA, a cargo del sueco Lennart Johansson, que rápidamente constató que las ganancias serían enormes tanto para la institución como para los clubes.

La estrecha y próspera relación entre la UEFA y TEAM dio lugar a que esta contara a los dirigentes europeos el modus operandi de la FIFA con los derechos de TV, con muy malas ventas a la Unión Europea de Radiodifusión para los mundiales de 1990 a 1998; apenas 340 millones de francos suizos, que era una suma que la Champions League obtenía para una sola temporada.

ISL se planteó siempre con negocios a gran escala. Llegaba a acuerdos con el torneo europeo de básquetbol, con el automovilismo de la CART en Estados Unidos, con los clubes del fútbol brasileño y tan solo con la Asociación de Tenistas Profesionales (ATP) firmó un contrato de 1.100 millones de euros por diez años. Llegó a manejar, en total, contratos por 4.000 millones de euros y, cuando ya parecía que entraría en la Bolsa en mayo de 2001, se terminó yendo a la quiebra.

Por un lado, el COI, conociendo cómo trabajaba TEAM, se negaba a trabajar con ISL, y lo mismo ocurriría con el paquete completo de los nueve Masters Series de la ATP, por lo que hubo que tratar de vender esos derechos a pequeñas cadenas europeas, que ya pagaban mucho menos dinero. Mientras tanto, la compañía suiza perdió otros 830.000 dólares con la Cadena CBS por el básquetbol universitario de la NCAA.

El problema fue que se había creado un sistema de corrupción

perfecto en torno de la ISL, con cuentas anónimas en Liechtenstein (Nunca) y en las Islas Vírgenes Británicas (Sunbow AG), y con administradores fiduciarios que retiraban los fondos, se los daban a Jean Marie Weber y, desde sus maletines, iban al destinatario final. Tras la quiebra, Weber, que gozaba de inmunidad por parte de Blatter y Havelange, fue acusado por un fraude de 70.000.000 de francos.

Ese modus operandi era parecido al que el diputado Das Neves había denunciado en Argentina y que incluía a Grondona y a las empresas beneficiarias de los derechos de TV locales.

Desde 1998, cuando Blatter se hizo cargo de la presidencia de la FIFA, su secretario general, Michel Zen Ruffinen, con el que fue creciendo el enfrentamiento, comenzó a sospechar de los movimientos cuando pudo leer el contrato de los derechos de TV para el Mundial de 2002 con la cadena Globo de Brasil, que decía que toda suma de dinero por los derechos para los mundiales de 2002 y 2006 tenía que ser depositada en una cuenta en Basilea (de la que eran titulares FIFA y ISL). Sin embargo, notaba que en los contratos de retransmisión de Globo ese punto no figuraba ni aparecía ningún comprobante bancario.

Zen Ruffinen descubrió, con los meses, que ese mismo modus operandi de Weber, como en Brasil, ocurría en casi todo el mundo: ni en Venezuela, ni en Bahamas, ni en Israel, ni en Ghana, ni en Taiwán, ni en Indonesia, ni en el Norte de África o el Caribe había documento alguno formado para que los depósitos del pago de los derechos de TV para los mundiales fueran a las cuentas de la FIFA, que ni siquiera tenía derecho a una inspección. Es más, sin consultarla, la cuenta especial había sido trasladada de Basilea a Lucerna. Zen Ruffinen le dio plazo a Weber para la reparación de estos daños hasta el 22 de junio de 2000, pero no hubo ninguna respuesta.

Por primera vez, y ya en su primer mandato, Blatter tomaba conocimiento de que la FIFA no podía siquiera pagar el sueldo de sus empleados, y muchísimo menos los 250.000 dólares anuales de subvención a cada una de las federaciones afiliadas. ¿Qué hacer, entonces?

Blatter recurrió, desesperado, a la buena voluntad de las cadenas televisivas para que pagaran un poco más por esos derechos, pero la negativa fue total. Allí apareció el director de Finanzas, Urs Linsi, que gracias a sus contactos con el Banco Credit Suisse, donde había trabajado, consiguió que le prestaran a la FIFA más de 300 millones de francos, con la garantía de los contratos publicitarios de la entidad con McDonald's, Coca Cola y otros sponsors.

El 20 de abril de 2001, Linsi le hizo saber a Blatter que el desvío de fondos era de 250 millones de francos, que había que considerar perdidos en caso de una posible quiebra. Zen Ruffinen, entonces, elaboró un documento en el que hizo responsable a Blatter porque el bufete NKF le había advertido casi un año antes, el 19 de mayo de 2000, lo que estaba ocurriendo, y el presidente de la FIFA no había tomado medidas. Y a tal punto fue así, que pese a todo la FIFA no demandó al intermediario Weber.

Daniel Beauvois, manager de ISL, observaba con asombro cómo la FIFA reculaba y le obligaba a anular el contrato con CSTN de TV, de Trinidad y Tobago, que en 1999 había pagado muy caro por esos derechos para 2002; 2.500.000 de dólares para dárselos al aliado Jack Warner por un simbólico dólar, con el fin de que este hiciera sus negocios y los revendiera a su gusto, como en los tres mundiales anteriores. Tras el escándalo y por varios años, Warner mantuvo su puesto como vicepresidente de la Comisión de Finanzas de la FIFA, cuyo titular era… Grondona.

La FIFA había perdido de cobrar unos 380 millones de dólares desde ISL solo por los derechos del Mundial de 2002, pero aun así la mayor entidad del fútbol mundial no encontraba culpables en el asunto a meses de las elecciones presidenciales. ¿Cómo podía ser?[389]

Tiempo después, el juez suizo Marc Ziegwart, uno de los tres que componen el tribunal del cantón de Zug, que juzga la quiebra de ISL, afirmó que la organización llegó a pagar coimas por 138 millones de euros entre 1989 y 2001. Mencionó en su alegato varias veces la palabra schmiergeld (coima, soborno) y citó claramente al ex presidente de la Conmebol, el paraguayo Nicolás Leoz[390].

Dos días antes de la quiebra de ISL, el titular de la subsidiaria

argentina, el ex rugbier Gabriel Travaglini, sostenía que “ISL no quebró, sino que está buscando un socio estratégico para poder salir del desorden financiero en el que se vio involucrado ante el reordenamiento de contratos”[391].

ISL había intentado, como en otros países, extender los tentáculos hacia la Argentina, con la mira puesta en Boca Juniors y San Lorenzo de Almagro. En relación con Boca, había tratado de adquirir los derechos comerciales, el merchandising, el marketing, la publicidad, los derechos de TV, franquicias y concesiones con una oferta de 12.000.000 de dólares por adelantado y asegurándole entre 15.000.000 y 20.000.000 de dólares por temporada a lo largo de una década, que es lo que duraría el contrato ofrecido, pero la asamblea de representantes que trató el tema lo rechazó por completo.

San Lorenzo recibió una oferta parecida, pero en este caso, si bien una asamblea aceptó, el acuerdo fue impugnado por la oposición, aun cuando el club ya había cobrado 2.000.000 de dólares por adelantado. Jorge Ignoto, vicepresidente del club en ese entonces, bajo la presidencia de Fernando Miele, llegó a decir que la quiebra de ISL Internacional “no hubiese afectado a San Lorenzo en lo más mínimo”[392].

¿Qué habría pasado si San Lorenzo y Boca hubiesen aceptado en aquel momento la oferta de ISL Argentina? Lo concreto es que, una vez más, la resistencia de los socios impidió que la operación se llevara a cabo sin que la AFA interviniera para frenarla. Todo lo contrario, Grondona acababa siendo un apéndice de los intereses de FIFA, que defendía desde la Comisión de Finanzas y la “vicepresidencia del mundo”.

En Argentina, quien respondía por ISL era Rogelio Armando Riganti, un viejo proveedor de la ferretería de Grondona, oriundo de Villa Constitución, provincia de Santa Fe, que distribuía productos de ACINDAR. Al quebrar ISL Internacional, Grondona le dio la posibilidad a un grupo de dirigentes, Eduardo Martino (River) y Julio Comparada (Independiente), entre otros, para recomprar las acciones de ISL Argentina junto a Riganti y sus socios anteriores, según contaba años más tarde el abogado Alejandro Sánchez Kalbermatten, quien había estado vinculado a la empresa[393].

Sánchez Kalbermatten asimismo afirmaba que Futdial SA era una empresa que también presidía Riganti, “como una empresa a medida de lo que iba a ser el negocio que la AFA le iba a dar a sus súbditos” y que era la principal accionista de ISL Argentina. El abogado recordó que Grondona le propuso Riganti: “Che, en Suiza la FIFA tiene un brazo de marketing ISL. ¿Por qué no te creás algo parecido acá?”. Y también que el propio titular de ISL “fue socio de Fernando Marín”[394].

Comparada y Martino, junto a otros socios, eran accionistas de El Surco, que presta a la AFA el seguro del espectador. En pleno auge de las puntocom, contactaron a Riganti para proponerle a Grondona un sitio web para la AFA en 1999 para la explotación de sus derechos comerciales, con la idea de que aparecieran juegos interactivos y una gran cantidad de detalles que determinarían un sitio completo. Así crearon Puntogol Argentina, firmando un contrato de sublicencia con ISL Argentina, en el que también apareció Martin Redrado, ex presidente del Banco Central.

No parece casual que tanto Boca como San Lorenzo, a principios del siglo XXI, hayan sido tentados para entrar en negocios provenientes de empresas ligadas con otras españolas cuyos nombres se repiten; empresas asociadas, primero, a la introducción de cámaras de seguridad en los estadios con sobreprecios y, luego, con la intención de hacerse cargo, desde ISL Argentina, de los negocios que generaban esos clubes.

Hacía falta dirigentes permeables a estas ideas y contactos desde afuera. Muchos de los protagonistas de los intentos de derivar los clubes (asociaciones civiles sin fines de lucro) en sociedades anónimas, primero, y gerenciamientos, después, volverían a tener protagonismo 15 años más tarde, ya renovados y en posiciones de poder.

Consumada la quiebra de ISL, en la FIFA Linsi fue nuevamente al rescate de Blatter, quien con este escándalo sabía que sus chances de ser reelecto en 2002 iban a ser muy escasas. Así fue que le propuso la titularización, con la que obtuvo 440 millones de euros en el corto plazo, mientras que Zen Ruffinen, que había desaconsejado la operación y al que los abogados de la FIFA le niegan toda clase de documentos, no solo se alejaría de la

conducción, sino que además en las elecciones presidenciales iría con la lista opositora encabezada por el camerunés Issa Hayatou, aliado con Johansson, de la UEFA.

Tras la quiebra de ISL, los derechos de TV pasaron a manos de la empresa Infront, también con sede en Zug, y cuyo titular era Phillipe Blatter, el sobrino de Joseph, el presidente de la FIFA. Todo quedaba en familia.

La cuestión es que, con la FIFA en virtual estado de quiebra, Blatter lograba ser reelecto presidente en el Congreso extraordinario de Seúl previo al Mundial de 2002, que compartirían Corea del Sur y Japón. El viejo truco utilizado entonces por Blatter fue el de maquillar el balance registrando ingresos que solo correspondían a futuro para presentar unos beneficios de 118 millones de francos suizos correspondientes al período 1999-2001 y lograr, así, convencer a sus votantes.

Tras la reelección, Blatter, Linsi y Grondona, al cabo presidente de la Comisión de Finanzas, festejaron a lo loco. “¡Nunca estuvimos tan bien como ahora!”, llegó a exclamar, ya despierto luego de haber dormitado tras las alocuciones de oficialistas y opositores[395].

Fin de ciclo

Ya con la pelota rodando, la Selección Argentina, número uno del ranking y gran candidata a ganar el Mundial, quedó eliminada sorpresivamente en la primera rueda debido a la caída en el segundo partido de la fase de grupos ante Inglaterra, en lo que muchos consideraron fue la revancha de los británicos tras la derrota cuatro años antes en los octavos de final de Francia 1998.

Con una victoria también por escaso margen en el debut ante Nigeria, el equipo argentino no encontró el funcionamiento de un par de años atrás y se lo vio físicamente desgastado luego de una dura temporada de sus jugadores, que no estuvieron a punto justo en la cita máxima.

A Grondona, con todo el poder que había logrado reunir en la FIFA, se le había criticado mucho el “escaso peso” que, como dirigente, había tenido en diciembre de 2001, una situación muy parecida a la de México 1986. Extrañamente, a la Selección Argentina le había tocado compartir grupo con otro campeón mundial, Inglaterra, el siempre complicado equipo nigeriano y, por si fuera poco, los suecos, invictos en toda la clasificación y contra los que necesitaba ganar para poder pasar a los octavos de final.

El empate 1-1 dejó a la Selección Argentina ante la peor clasificación mundialista desde Chile 1962, pese a lo cual, y contrariamente a lo que sucedía en un país tan exitista, Grondona resolvió renovarle el contrato a Bielsa. El entrenador argentino no estaba cómodo en los meses previos al Mundial, porque con la tremenda crisis de finales de 2001 y la devaluación del peso a un tercio de su valor anterior la AFA pretendía mantenerle su contrato en la moneda argentina. Bielsa terminó aceptando el convite.

Si alguien tuvo que padecer en carne propia el poder de Grondona, que en 2003 resultó electo otra vez con 40 votos en su favor sobre 40 totales (la uniformidad era total, como siempre), fue el

periodista Ramiro Sánchez Ordóñez, quien conducía en TyC Sports el programa El Sello. En uno de esos programas, el invitado fue nada menos que Grondona. En un momento de distensión, Sánchez Ordóñez le preguntó por qué no había árbitros judíos en el fútbol argentino, a lo que el presidente de la AFA respondió que “porque ese es un mundo difícil, trabajoso, y a los judíos no les gustan las cosas difíciles”.

Las autoridades del canal, entonces, resolvieron levantar el programa y al propio Sánchez Ordóñez lo congelaron durante un año y medio sin ninguna actividad. Luego le hicieron realizar notas para las que no estaba habituado. Para 2004, le dijeron que no podía regresar “hasta que no le dieran el alta” y luego lo despidieron.

Las declaraciones de Grondona motivaron que fuera querellado por el abogado Ricardo Monner Sans. Incluso hubo quejas desde la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA).

En ese mismo año 2003, terminó la etapa de transición tras la crisis por la que colapsó Argentina a fines de 2001. Néstor Kirchner se impuso en la segunda vuelta electoral, al no presentarse su contrincante, el ex presidente Menem. Comenzaba una nueva etapa, y la AFA debería adaptarse, como en cada oportunidad, a un nuevo paradigma.

11

La AFA en la era K (2003-2014)

Una nueva era

Un Grondona ya veterano había sido reelecto, una vez más y en un trámite ya conocido, en 2003. De 40 asambleístas, 40 votos: unanimidad sospechosa, pero que ya parecía contabilizarse con resignación. Desde hacía tiempo, alternaba su despacho del tercer piso del viejo edificio de la AFA en la calle Viamonte 1366, en pleno barrio de Tribunales, con una vetusta habitación en una de sus estaciones de servicio, la de Sarandí. Se trataba de un saloncito, pasando el maxiquiosco, con tres sillitas, una de cada color, y una de ellas, rota. Por ese lugar, desfilaron desde el propio presidente de la FIFA, el suizo Joseph Blatter, hasta dirigentes, directores técnicos y jugadores de fútbol.

Quienes lo visitaron en la estación de servicio, cuentan que más de una vez fueron detenidos con sus coches y que con handies se comunicaron con el interior del lugar para recibir la venia definitiva para que pudieran ingresar, al mejor estilo de un film de espionaje.

En cambio, en su tradicional despacho, siempre había colgada una foto del sempiterno presidente de la AFA con el papa Juan Pablo II. “Es al que más admiro. Llegó conmigo el mismo año, aunque para él fue más fácil porque no tiene arcos”, dijo sobre el pontífice, antes de que Jorge Bergoglio, Francisco, llegara a la máxima jerarquía católica[396]. También en el escritorio aparecía inscripta la frase “Todo pasa”, que adoptara hace años; un aerosol que se usa para marcar la línea de la barrera en los tiros libres, invención del periodista Pablo Silva; fotos suyas con Blatter, con el presidente de la Real Federación Española de Fútbol (RFEF), Ángel Villar —su mejor aliado en el mundo del fútbol—, y con las selecciones campeonas del mundo en 1978 y 1986.

Su tercera oficina, a la que también accedían algunos integrantes del mundo del fútbol, estaba en su departamento de Puerto Madero, en Terrazas del Yacht. En verano, atendía con traje de baño, una faja kinesiológica en la cintura por encima de la camisa verde

dentro del short, los diarios sobre la mesa, mirada hacia el dique y una pila de revistas Patoruzito. Solía usar dos lapiceras, que decían "No fallar" y "No mentir".

Su frase acerca de que la AFA "son los clubes" era aceptada por casi todo el ambiente del fútbol como una verdad indiscutida, aunque encerrara cuestiones que luego traerían un enorme dolor de cabeza, pero que al mismo tiempo servían para un control total sobre la institución.

Para el Mundial de Francia de 1998 los dirigentes de los distintos clubes argentinos habían ocupado dos hoteles completos con todo pago por la AFA a través de la agencia de viajes Rotamund, de Roberto Petti. Esto se repetiría en cada acontecimiento, y favor con favor se pagaba a la hora de votar la requete recontra reelección presidencial.

Su política en Argentina era la de no concurrir a ningún estadio desde que en 1980 fue a ver Independiente-Tigre y recibió insultos de hinchas del club que había presidido hasta un año antes. Desde entonces, prefirió pasar los fines de semana en su campo de Loma Verde, Coronel Brandsen, unas 159 hectáreas con un tambo y doscientas vacas, donde también se criaban caballos y solía quedarse con su nieto. Solo asistió a la final de la Copa Centenario, en enero de 1994, que Gimnasia y Esgrima de La Plata le ganó a River para conseguir su único título en la era profesional.

Ya para principios del siglo XXI, solía viajar una vez por mes a Zúrich por asuntos de la FIFA. "Igual voy en Primera Clase y me saco de encima a todos los que me llaman", solía ufanarse. "Él se sentía cómodo a la sombra de Blatter, como que las decisiones las tomaba él y la cara la ponía el otro", reconoció uno de los dirigentes que más lo conoció, quien también recuerda que "cada tanto se mandaba declaraciones desafortunadas, pero había conseguido una inmunidad al estilo de Maradona".

El frente externo, el internacional, era el que mayores satisfacciones le daba a Grondona, que sentía que cada vez que volvía a Buenos Aires tenía que enfrentar un cúmulo de problemas y que todo dependía de sí mismo.

En 2003, varios hechos relacionados con la Selección Argentina marcaron a fuego el futuro del fútbol nacional. José Pekerman, en quien el presidente de la AFA confiaba a ciegas tras haber ganado, y de la mejor manera, los mundiales Sub-20 de 1995, 1997 y 2001, renunció a su cargo de director técnico de los juveniles y fue reemplazado por uno de sus colaboradores más estrechos, Hugo Tocalli.

Durante el Mundial Sub-17 de Finlandia, el equipo argentino fue eliminado por una de las potencias de la categoría, España, en los cuartos de final. En la cena posterior, en el hotel que compartían ambas delegaciones, un volante rival, llamado Francesc Fábregas[397], les comentó a los argentinos que de haber contado con un compatriota que jugaba en la cantera del Barcelona, "ustedes habrían sido los campeones". Se llamaba Lionel Messi.

Esto despertó curiosidad en Tocalli, quien al regresar a Argentina lo compartió con otro colaborador, Claudio Vivas, que le recordó que el padre de Messi le había enviado un video con sus jugadas en el Barcelona, pero que jamás lo había visto. Tras comprobar sus enormes cualidades, se decidió a convocarlo de inmediato para que jugara un partido con la Selección Argentina ante Paraguay el 29 de junio de 2004 en el estadio de Argentinos Juniors en La Paternal, que finalizó 8-0 y en el que el chico terminó de sacar cualquier duda. Ingresó por Ezequiel Lavezzi y marcó el séptimo gol. Se iniciaba, casi sin quererlo, una etapa excepcional y una nueva bendición para Grondona, tras haber contado con Bochini y Maradona en sus distintas etapas dirigenciales anteriores[398].

Tocalli tendría que enfrentar otro problema. Para fin de año, estaba previsto el Mundial Sub-20 en Emiratos Árabes y la Selección Argentina buscaba su quinto título de la categoría, con una generación de cracks como Jonathan Botinelli, Gonzalo Rodríguez, Pablo Zabaleta, Javier Mascherano, Fernando Cavenaghi, Germán Herrera, Marcelo Carrusca y Walter Montillo. Pero el torneo coincidía con la Copa Intercontinental de Japón, que Boca iba a jugar ante el Milan. Cuando el equipo que dirigía Carlos Bianchi ganó el Torneo Apertura, en los festejos, alrededor de una de las estrellas, el juvenil Carlos Tévez, se entonó "la Selección, la Selección, se va a la puta que lo parió".

Tévez sería el motivo de un largo conflicto entre Boca y la AFA, que amenazaba con no dejarlo jugar el partido de Japón, aunque finalmente acabó haciéndolo lesionado. Ingresó en la parte final, pero desistiendo de jugar en la Selección Nacional, algo que luego volvería a ser un conflicto y con Grondona como participante. El presidente de la AFA solía tener una gran memoria y no olvidaba estas cuestiones con facilidad.

Con Bielsa, el director técnico de la Selección absoluta, el presidente no se hablaba. No tanto por la mala performance en el Mundial de 2002, sino por que el DT había estado a punto de dar un portazo cuando, tras la crisis de 2001, Grondona quiso pesificar su contrato y se encontró con una negativa total.

El año 2004 terminó siendo agotador. Comenzaba la nueva clasificación para el Mundial de Alemania 2006 y aguardaban los Juegos Olímpicos de Atenas y la Copa América de Perú. El equipo argentino llevaba ya 11 años sin un título sudamericano y, tras el magro resultado en el Mundial 2002, necesitaba una pronta revancha, máxime porque Brasil, campeón mundial en ese entonces, decidió darles descanso a sus principales estrellas y concurrir a Perú con un equipo B.

La Selección Argentina no solo fue la mejor del torneo por su fútbol, sino que además en la concentración aparecían todas las características de la conducción de Bielsa, a las que Grondona no estaba acostumbrado: largas conferencias de prensa, sin techo, ninguna entrevista exclusiva y agradecimiento público al pueblo de Chiclayo por las atenciones el día de la despedida de la fase de grupos para pasar a jugar las finales en Lima. Incluso durante la primera etapa, en un entrenamiento habitual, el jefe de Prensa, Andrés Ventura, pidió a los periodistas que aguardábamos por los jugadores que nos colocáramos en forma de círculo en la sala de espera. Ante la incertidumbre, al poco tiempo aparecieron los integrantes del plantel que explicaron que, al tratarse del 18 de julio, décimo aniversario de la masacre de amia, iban a realizar un homenaje.

En la final, la Selección Argentina perdió por penales ante Brasil, aunque fue ganando dos veces, y en ambas el empate llegó en el último minuto de cada tiempo. El golpe fue grande, pero el buen

desempeño en la clasificación mundialista y la medalla dorada en Atenas con un excelente funcionamiento (17 goles a favor y ninguno en contra) y con Carlos Tévez como máximo goleador (8 tantos) parecían calmar la situación.

Sin embargo, y con la clasificación mundialista encarrilada, Bielsa comunicó su renuncia al quedarse “sin energías” para seguir. Era la primera vez, desde 1974, que un ciclo de cuatro años se truncaba. Acaso el anuncio de los nuevos tiempos que vendrían. Grondona, entonces, acudió de nuevo a Pekerman, tras unos sondeos sin resultado con Carlos Bianchi. Le había enviado al dirigente boquense Pedro Pompilio, pero el “Virrey”, que se había desvinculado del club tras perder por penales la final de la Copa Libertadores ante Once Caldas de Colombia, no quiso trabajar con un director deportivo.

Pekerman no solo aparecía como más maleable que Bianchi, a quien Grondona veía con un carácter cercano al de Passarella, es decir, alguien más cerrado, inabordable, sino que además el presidente de la AFA se acordaba de una frase que le había dicho en 1998: “Dios no lo permita, pero si él se va, tendrás que poner la cara vos”.

La salida de Bielsa como director técnico de la Selección Argentina cerró las puertas de una etapa de gran estabilidad que determinó un crecimiento de las selecciones argentinas, incluso muy por encima de lo que fueron en esos mismos tiempos, treinta años (1974-2004), los torneos locales. Si en esas tres décadas la AFA había contado con cinco directores técnicos, entre 2004 y la actualidad, en 12 años, necesitó otros seis.

Por otra parte, la AFA no había podido aprovechar del todo a un genio como Maradona para expandirse comercialmente, obtener muchos más títulos y desarrollar un proyecto a futuro. Ahora, se quedaba ya casi definitivamente sin haber tenido nunca como director técnico de la Selección Argentina a Carlos Bianchi, cuatro veces campeón de la Copa Libertadores, tres veces campeón de la Copa Intercontinental y múltiple campeón argentino con Vélez Sarsfield y Boca Juniors.

Desde el exterior, una de las preguntas recurrentes apuntaba siempre a esta inquietud acerca de por qué Bianchi no tuvo la

posibilidad de dirigir a la Selección Argentina, con un trabajo tan reconocido. Una vez designado Pekerman, las chances a futuro fueron desapareciendo, porque la base de los equipos con los que había trabajado el "Virrey" se diluyó a medida que esos jugadores se fueron retirando de la actividad. Su momento más importante había pasado.

A sabiendas de que quedaban dos años para el próximo Mundial, con el camino de la clasificación bastante recorrido y como ya sería una tónica desde ese momento, Pekerman decidió constituir su base de convocatorias con sus conocidos desde los tiempos juveniles, con jugadores ligados afectivamente a Argentinos Juniors, como Juan Román Riquelme y Juan Pablo Sorín. A este último le dio la cinta de capitán, en lugar de Roberto Ayala, un histórico del equipo nacional.

Por distintas razones —rumores hubo de toda clase—, fueron empezando a quedar fuera de la Selección Nacional jugadores que habían tenido continuidad, como Javier Zanetti y, en especial, Juan Sebastián Verón, a quien el folclore argentino, que nunca falta, identificó como uno de los "culpables" de la eliminación en la primera fase en el Mundial de Japón-Corea del Sur de 2002.

De a poco, un equipo que comenzó a jugar más suelto y con un fútbol más estético se vio enmarañado por cuestiones internas jamás aclaradas: jugadores excluidos por problemas personales, otros que no pasaban demasiadas veces la pelota a compañeros provenientes de clubes rivales y justificaciones insólitas para un entrenador que siempre se había manejado con claridad de conceptos en sus tiempos exitosos con los juveniles.

Pekerman contaba con un excelente plantel, en el que asomaban figuras emergentes como Javier Mascherano y Carlos Tévez, y a último momento se agregó nada menos que Messi, quien había tenido un extraño y acaso premonitorio debut en un partido amistoso ante Hungría el 17 de agosto de 2005: apenas ingresó, fue expulsado por entender el árbitro que devolvía un golpe de un rival con otro golpe.

Meses antes, Messi había ganado el Mundial Sub-20 de Holanda con una soberbia actuación y fue elegido el mejor jugador del torneo.

Horas antes de la final ante Nigeria, su club, el Barcelona, le hizo firmar el aumento de su cláusula de rescisión a 150 millones de euros, la misma que la máxima estrella, el brasileño Ronaldinho.

En ese Mundial Sub-20, el director técnico del equipo argentino, Francisco "Pancho" Ferraro, decidió no incluir a Messi en el debut ante Estados Unidos. Su lugar lo ocupó Gustavo Oberman, ante la sorpresa de todos (incluso, del finalmente titular), y la Selección Nacional acabó perdiendo 1-0. Tras el partido, Ferraro recibió un durísimo llamado de Grondona en el que le advirtió con claridad: "O juega Messi, o te volvés vos a Buenos Aires". Messi jugó desde el segundo partido ante Egipto, y la Selección Argentina no solo se clasificó para las fases finales, sino que luego eliminó a Colombia, España (el mismo equipo de Cesc que dos años antes había eliminado al argentino en Finlandia en el Sub-17), Brasil y le ganó la final a Nigeria. Tras la final, cuando se le preguntó a Ferraro en la conferencia de prensa qué jugador podía destacar, luego de señalar que "todo el equipo fue parejo", dijo que Pablo Zabaleta había sido el símbolo del grupo.

En el mismo mes en que Messi ganó el Mundial Sub-20 de Holanda, la Selección Argentina mayor perdió la final de la Copa Confederaciones por 4-1 ante Brasil, en Alemania. En verdad, el equipo argentino había accedido a jugar este torneo porque Brasil era al mismo tiempo campeón mundial (2002) y de América (2004), pero los albicelestes sumaron una nueva frustración.

Así fue que, para el Mundial 2006, Pekerman atravesó otra enorme dificultad, el armado de la lista definitiva, presionado por los líderes del grupo (que se negaban de plano a la presencia de determinados jugadores y respaldaban la de otros) y por la del poder de Grondona desde la AFA. Messi, un chico que crecía como figura en un club mediático y global como el Barcelona, se iba a transformar en la debilidad del presidente, quien lo impuso pese a las resistencias generales, porque no formaba parte del núcleo duro ni se acoplaba mucho a él, callado y tímido como era.

Grondona, entonces, decidió convocar al juvenil arquero de Independiente, también campeón mundial sub-20 y muy amigo de Messi, Oscar Ustari, para que compartiera la habitación y el crack no estuviera solo. De esta forma, para que pudiera sumarse Ustari,

se quitó de la lista a Germán Lux, quien había terminado los Juegos Olímpicos con la valla invicta y había llegado al año siguiente a la final de la Copa Confederaciones. Sin embargo, esos antecedentes no le valieron ni para tercer arquero en la Copa del Mundo.

Entre los rumores de convocatorias para el Mundial, hubo cierta polémica por la posibilidad de que Mauro Camoranesi, de la Juventus, formara parte del equipo, aunque en la AFA se sabía que también era pretendido por Marcelo Lippi para la Selección Italiana, debido a que el volante marplatense tenía la doble nacionalidad. En la fiesta del Balón de Oro de la FIFA, a fines de 2005 en Madrid, este cronista le consultó a Grondona sobre las chances de Camoranesi. “Quedate tranquilo que va a jugar por Argentina y va a salir campeón”, dijo, mientras tironeaba cariñosamente de la barba de quien esto escribe. El final de la historia es muy conocido. Fue campeón mundial…, pero con la camiseta “azzurra”, y se negó de plano a dialogar con la prensa argentina durante todo el torneo, seguramente porque algunas cosas no le gustaron.

Pekerman decidió concentrar a los jugadores de la Selección Argentina en la localidad de Boadilla del Monte, cerca de Madrid. Allí tenía decidido dejar fuera del Mundial a uno de sus preferidos en los tiempos del juvenil, pero que ahora no veía en la mejor forma. Sin embargo, nuevamente los líderes se opusieron de plano y tuvo que cambiar de opinión.

El que no ingresó en la lista fue Martín Demichelis, pese a su destacada labor en el Bayern Múnich, desde el que conocía a la perfección el fútbol alemán para un Mundial que se jugaría, precisamente, en Alemania.

En cuanto a Messi, tampoco había que dejar de lado la influencia de Adidas, máxime cuando la concentración argentina sería en la localidad de su centro deportivo de base, Herzogenaurach, cerca de Númemberg. En Múnich, ya habíamos podido observar gigantografías de Messi de unos 40 metros.

Tras una fiesta de recepción en unos jardines de Núremberg, con la presencia de miembros de la diplomacia argentina y luego de un asado en el que se aprovechó para alentar al equipo nacional, Grondona y su inseparable esposa, Nélida Pariani, junto a otros

dirigentes, procedió a repartir entradas de favor, para lo cual colocó una caja de cartón con tickets sobre el techo de uno de los automóviles estacionados entre los árboles. Unos cincuenta hinchas estiraban los brazos, desesperados, para hacerse de los boletos para acceder a los partidos. Unos minutos antes, y ante la insistencia de un periodista alemán acerca de cuestiones de la Selección Argentina, Grondona ironizó: "Vos de chico jugabas de stopper, ¿no?".

Durante el Mundial, la Selección Argentina llegó a jugar una primera fase de muy buen nivel, con un auténtico concierto de fútbol ante Serbia y Montenegro (6-0) y con el lujo de llegar al tercer partido ante Holanda con su delantera B, los entonces muy jóvenes Tévez y Messi. Sufrió en octavos de final ante México. Ya en cuartos de final fue eliminada por penales por el local, Alemania, en un partido que iba ganando con claridad. En los minutos finales, se lesionó el arquero Roberto Abbondanzieri, y Pekerman decidió reemplazar a Riquelme por Julio Cruz, cuando era evidente que Messi debía entrar para el contragolpe, por la lógica búsqueda del empate de los alemanes.

Pekerman nunca fue claro sobre el motivo de no haber acudido a Messi para un partido tan trascendente, ni siquiera en los minutos finales. Rumores hubo muchos, y hasta hubo quienes recordaron aquellas conferencias de prensa durante el torneo en las que los jugadores más veteranos se quejaban de que los más jóvenes no compartían sus códigos y no parecían muy interesados en conectar con ellos.

Tras la eliminación ante Alemania en Berlín el 30 de junio de 2006, Pekerman dio a entender en la conferencia de prensa que no iba a continuar, que su decisión había sido meditada y que iba mucho más allá del resultado. Insinuaba, de esta forma, que había muchas cuestiones relativas al futuro de la AFA y su organización que no eran de su agrado. También hizo una referencia a que no se veía claro el futuro en cuanto al trabajo con los juveniles.

Negocios son negocios

En verdad, Pekerman ya conocía que la AFA había llegado a un acuerdo con la desconocida empresa rusa Gulgoing INC. De hecho, el acuerdo fue anunciado apenas días más tarde en Buenos Aires. En él, sin pruritos, se admitió que la organización no solo elegiría los partidos amistosos (un total de 24), sino también en qué hoteles se alojaría el equipo argentino, los lugares de entrenamiento y hasta el bus que lo transportaría. No muy lejos de lo que Pekerman pareció advertir en Berlín.

La idea del acuerdo era que Gulgoing permaneciera ligada a la AFA hasta después del Mundial de Sudáfrica en 2010. La AFA parecía entregada de pies y manos a esta empresa rusa, al punto que la firma llegó a entregar un listado de treinta jugadores de los que "por lo menos" siete tenían que estar presentes en cada partido de la Selección Nacional. El entonces secretario general de la AFA, José Luis Meiszner, le restó importancia al asunto: "Esa cláusula indica un espíritu sobre la idea de respetar la base de un equipo de selección", decía entonces[399]. Por si quedaba algún resquicio de libertad, la empresa rusa se aseguraba la elección de, por lo menos, uno de los dos jugadores que accederían a cada conferencia de prensa.

La idea original era la de jugar diez amistosos ante selecciones de primer nivel, y el resto, con otras de segundo y tercer nivel. Hasta se decía que el dueño de la empresa podía llegar a instalarse en el mismo hotel del plantel argentino. Se explicó también que se buscaba con esto armar una especie de "Argentina Football Tour", de manera parecida a como se estaban organizando las giras de la Selección Brasileña, muy exitosa en esos momentos. Una explicación que se había dado era que, ante Senegal, en un amistoso previo al Mundial de 2006, la pérdida había sido de 580.000 dólares.

Más tarde, se supo que el contrato entre la AFA y Gulgoing INC

(con domicilio en Road Town Tortola, Islas Vírgenes, y perteneciente al Renova Group) se había firmado en secreto en Salerno, Italia, precisamente en un amistoso ante Angola que Argentina ganó 2-0 el 31 de mayo de 2006, previo al Mundial de Alemania, por una fortuna.

Quien puso la firma en el papel fue el representante Raulevich Akhemerov, si bien el dueño, quien pretendía alojarse junto a los jugadores en los hoteles y mantener un férreo control sobre sus actividades, era Víctor Vekselberg, que en ese momento el tercer mayor multimillonario de Rusia.

El vínculo entre la AFA y Gulgoing lo hizo el agente internacional de organización de partidos Guillermo Tofoni, de la empresa World Eleven. A poco de presentarse a una nueva reelección como presidente de la entidad futbolística argentina, Julio Grondona llamó a una reunión de Comité Ejecutivo para su aprobación, donde, como siempre, encontró manos alzadas y una sola voz disidente, el presidente de Vélez, Raúl Gámez, quien llegó a enviar una carta documento expresando su oposición al acuerdo. “El contrato de los 24 amistosos es perjudicial para nosotros. Pedí ver el contrato y la gente que maneja Grondona me lo ocultó. Julio no puede hacer un contrato hasta 2011 cuando se puede ir el año que viene”, afirmó Gámez en distintas declaraciones públicas.

Necesitados como siempre de dinero por las malas administraciones, sin embargo los clubes terminaron votando a favor de la propuesta de Grondona y aceptaron el acuerdo por el que la AFA recibiría 18.000.000 de dólares por los 24 partidos. De ese dinero, la mitad sería en efectivo, y el resto, 750.000 dólares, un 50% antes de cada partido y otro 50% después.

Tal como sospechaba Pekerman, comenzaba una época de grandes negocios y de la búsqueda de la expansión internacional de una AFA a la que Grondona llevaba de taquito y, a veces, hasta por teléfono desde Zúrich. Justamente esas conexiones internacionales conseguidas como vicepresidente senior de la FIFA generarían una distancia cada vez mayor entre una AFA riquísima y clubes cada vez más pobres. Es que la AFA solo se dedicaba a hacer caja, con cada partido de la Selección Argentina, siempre reconocida por sus estrellas, sin tener gastos de organización, apertura de estadios,

iluminación o salarios de los jugadores.

Para estos grandes negocios que abrieron las puertas a la AFA, resultó fundamental el gran amigo de Grondona en la FIFA, el presidente de la LFP, Ángel María Villar. Tanto fue así, que se llegó a decir en España que Villar solía utilizar a veces hasta las mismas palabras, el mismo léxico, que Grondona días antes. Con los años, el dirigente vasco, abogado, que fuera jugador del Athletic de Bilbao y célebre por un tremendo codazo al holandés Johan Cruyff en un partido ante el Barcelona en el que se fue expulsado sin esperar la decisión del árbitro, llegó a colocar a su hijo Gorka, también abogado, en la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol).

A través de Villar fue que Grondona conoció y trabó amistad con Jesús Samper, dueño y presidente del Murcia y director entonces de la empresa Santa Mónica. Esa empresa era titular de los derechos de comercialización de la Selección Española, equipos chilenos y estrellas de otros deportes, hasta que en 2008 adquirió la empresa argentina Puntogol, en un nuevo cambio de manos desde que esta, que tenía al economista Martín Redrado entre sus accionistas, había absorbido a la quebrada ISL Argentina. Como herencia, ISL traía consigo los derechos comerciales de la AFA y la posibilidad de tener hasta siete sponsors, además de la organización de cuatro partidos anuales de la Selección Argentina, al pagar un canon de 4.000.000 de dólares. La gran pregunta es para qué necesitaba la AFA un agente comercial para vender sus productos, siendo tan atractiva y cuando la empresa contratada había podido realizar enormes negocios. ¿Cuál era el motivo concreto para no licitar estos derechos?

Además, Grondona sabía muy bien que llegaría el tiempo de disfrutar de Lionel Messi; lo sabía acaso mejor que nadie, porque él mismo había intercedido a su favor en el Mundial Sub-20 de 2005. Messi era una figura emergente con quien el cachet de la Selección Argentina iría subiendo claramente con el paso del tiempo, y los sponsors llegarían apenas con un chasquido de dedos.

Con la compra de Puntogol, Santa Mónica pasó a funcionar en la sede del club Obras Sanitarias como parte de un acuerdo con la entidad Nuevos Clubes Argentinos, en manos del empresario Dardo de Marchi, otro de los amigos de Samper, que habían sido puente

entre este y Grondona. De esta forma, Obras Sanitarias cedía parte de sus instalaciones a De Marchi para que construyera allí los exitosos gimnasios Sport Club, que extendió por toda la ciudad de Buenos Aires. Los socios pagaban un canon mensual que generaba regalías para el club. Esos gimnasios luego se replicaron con éxito en España.

La relación entre la AFA y Santa Mónica se coronó con dos partidos amistosos entre las selecciones de España y Argentina: uno para estrenar el estadio murciano La Nueva Condomina, el 11 de octubre de 2006, y otro en el estadio MONUmental a los pocos días de que la Selección Española se coronara campeona del mundo en Sudáfrica 2010.

A la AFA no pareció interesarle que el cemento de La Nueva Condomina estuviera aún fresco (estuvo a punto de caerse una parte de los palcos) y que tampoco estuvieran fijos algunos panes de césped, razón por la que el volante argentino Maximiliano Rodríguez tuvo una importante lesión. El equipo nacional cayó 2-1 luego de cuidarse mucho para que a otros jugadores no les ocurriera lo mismo en un terreno muy poco confiable.

Ese partido ayudó a la continuidad de Luis Aragonés como director técnico de la Selección Española, tras haber caído meses antes en los octavos de final del Mundial ante Francia y luego de los malos resultados ante Irlanda del Norte y Suecia[400]. Fue el segundo partido del ciclo de Alfio Basile como director técnico, en una significativa vuelta de quien ya había estado en el cargo entre 1991 y 1994 y que había tenido que dejarlo abruptamente tras los sucesos de Diego Maradona en el Mundial de Estados Unidos.

Los tiempos habían cambiado mucho, desde aquellos auspiciantes artesanales, con gorritos y una importante tarjeta de crédito, a los sponsors y el marketing con empresas extranjeras, que imponían condiciones pero que dejaban fortunas. Grondona necesitaba para ese cargo, entonces, a un DT con la permeabilidad de Basile, que fuera funcional a los nuevos tiempos para hacer caja. Además, el designado cumplía con otro requisito que ya era un clásico a la hora de la decisión: había sido múltiple campeón con Boca Juniors.

De hecho, Grondona tentó a Basile con el puesto cuando se llevaban

jugados seis partidos sobre 19 totales del Torneo Apertura 2006, que Boca no solo lideraba con 18 puntos sobre 18 posibles, sino que además se veía como natural que se encaminara a su tercer campeonato consecutivo, algo que nunca había conseguido en su historia.

En Boca, la decisión de Grondona de contratar de nuevo a Basile cayó como una bomba. El equipo se quedaba entonces sin el director técnico con el que había ganado los cinco títulos que había disputado. Las negociaciones fueron febriles, porque desde la AFA se sugirió que el ayudante Jorge Ribolzi, además ex jugador del club, se quedara a cargo hasta finalizar el torneo, de manera interina, pero apareció en escena Diego Maradona, quien presionó para que Ricardo Lavolpe, quien venía de dirigir en México, fuera el que se sentara en el banco.

Al final, Basile dejó la dirección técnica de Boca y debutó con una derrota 3-0 ante Brasil en Londres, mientras que Lavolpe acabó perdiendo el título ante Estudiantes de La Plata, que le dio alcance en la última fecha y lo venció en una final posterior.

Tres años más tarde del acuerdo con la empresa rusa Gulgoing, la AFA terminó deshaciendo el contrato el 22 de octubre de 2009, y los derechos de organización de los partidos de la Selección Argentina quedaron en manos de Tofoni y su empresa World Eleven. La relación del cuerpo técnico de Basile con Maradona ya nunca volvió a ser la misma.

En París, en febrero de 2007 la Selección Argentina jugó un amistoso ante Francia. Los albicelestes ganaron 1-0. A horas de aquel encuentro y mientras se esperaba la visita a los jugadores de la entonces presidente Cristina Fernández de Kirchner —quien se encontraba en la ciudad por otras cuestiones—, Grondona le explicó a quien esto escribe que “yo tenía todo arreglado con Ribolzi, pero en Boca le hicieron caso al diez y así les fue”.

Basile logró conducir a la Selección Argentina más allá de las desprolijidades iniciales. Contaba con una muy buena base desde los tiempos de Marcelo Bielsa, con el agregado de un emergente Messi, ya destacadísima figura del Barcelona, que atraería nuevos negocios al fútbol argentino. Era la nueva perla, pasado el tiempo

de Maradona. ¿Iba a usufrutuar la AFA el hecho de contar con el mejor jugador del mundo, que ya entraba en la consideración para formar parte del club de los mejores de todos los tiempos? ¿Se beneficiarían los clubes, la estructura interna de la institución, con la llegada de tamaño crack?

En la Copa América de 2007, el equipo argentino se instaló entonces en Venezuela con la idea de ganarla de manera decidida. De hecho, llegó a la final ante Brasil, repitiendo la misma de 2004 en Perú, como amplio favorito. Pero la amplia derrota por 3-0, casi desde los primeros minutos, derrumbó todo. Aquello que se había podido notar en los partidos anteriores, ganando con superioridad, con jugadores de la talla de Riquelme, Messi y Tévez, quedaba repentinamente en la nada en apenas noventa minutos. Una nueva frustración sacudía al fútbol argentino.

No positivo

Ya Grondona contaba con un secretario que operaba como su mano derecha, Daniel Pellegrino, una especie de líbero que barría con todas las dificultades organizativas. Vestía uniforme de AFA, tenía una personalidad avasallante y se movía con total impunidad entre los miembros de la delegación. Era capaz de canturrear a todo volumen canciones de las barras bravas en los hoteles, de solucionar problemas personales de los familiares de "Don Julio", de ayudar a repartir talonarios de entradas a los argentinos que se acercaban a la concentración de la Selección Nacional, o bien, de parar una entrevista periodística con cualquier jugador porque consideraba que ya había transcurrido el tiempo suficiente.

El proyecto de Basile, así como antes el trabajo de Pekerman, se terminó demasiado pronto, cuando un equipo que no pudo asimilar del todo aquel golpe de 2007 cayó en Santiago de Chile ante la selección local, dirigida ahora por Bielsa, por la clasificación para el Mundial de Sudáfrica 2010, sin que muchos jugadores dieran respuestas dentro de la cancha. Abundaron los rumores acerca de que no todos los integrantes de ese plantel habían respondido a Basile. En medio de versiones de todo tipo, el director técnico tuvo que dejar el cargo y ya no pudo tener revancha de lo ocurrido en 1994. Se dio cuenta de que no era posible revertir la situación cuando se enteró de lo que Messi dijo al llegar a Barcelona tras el partido ante Chile: "Por momentos, no sabíamos a qué jugábamos". Grondona había enviado a Luis Segura, presidente de Argentinos Juniors, a averiguar qué ocurría, pero la respuesta del crack había sido contundente.

Para 2007, ya un veterano Grondona había sido reelecto una vez más. Era la séptima ocasión en que eso ocurría. Como en las anteriores oportunidades, se basó en haber movido las piezas como orfebre para que los clubes tuvieran un dinero extra con los ingresos provenientes de la Selección Argentina y los acuerdos con

los sponsors que el crecimiento cada vez mayor de Messi permitía.

Una de las claves para su nueva reelección fue revelada por el periodista Ernesto Cherquis Bialo, en tiempos en los que era duro opositor de Grondona, en una conferencia en Deportea:

"En Argentina, si vos salís de línea, dejás de trabajar. No tenés alternativa. Vos podés hablar de Croacia. Lo que no podés es criticar algo de la Selección Argentina en función de quien la preside. Hay 183 dirigentes invitados por la AFA, a razón de 10.000 euros por cada dirigente. Estos son los que después habrán de votar el destino del fútbol argentino en la AFA. Hacen falta veintipico de votos, treinta votos, más o menos. Si vos invitás a 183 personas a Alemania al Mundial y a Argentina le va medianamente bien, es la campaña publicitaria en pos de la re-re-re-re-re-reelección más barata que hay, porque termina pagando la AFA.[401]"

Esta vez, a diferencia de las anteriores, podía percibirse cierto desgaste: de los 46 votos posibles, el presidente de la AFA obtuvo 44, con dos en blanco (Vélez, siempre opositor, e Independiente, cuyo presidente era nada menos que el hermano de Grondona, Héctor, con quien estaba enfrentado). En tanto, Boca, cuyo presidente era aún Mauricio Macri[402], no envió a su representante. Las cosas ya no eran tan perfectas, aunque el poder seguía estando en sus manos.

Grondona perseguía dos sueños: por un lado, el título mundial con Messi, a quien adoraba porque no lo veía problemático y, en cambio, lo sentía como una bendición, ya que venía a solucionar infinitos problemas estructurales que no desconocía; y por otro, la próxima Copa América 2011 como local, después que se le escapara la primera del nuevo formato en 1987. Solía repetir que la mejor forma de retirarse era con un título en casa.

Pero antes, quedaban los Juegos Olímpicos de Pekín, en 2008. Para ese entonces, Grondona, cada vez más viajero hacia Zúrich por asuntos de la FIFA, comenzó a recibir la influencia directa de sus

dos hijos involucrados en el fútbol, Julio (en Arsenal de Sarandí) y Humberto (director técnico), quienes iniciaron una campaña para que les diera la oportunidad de dirigir a los integrantes de la Selección campeona del mundo en México 1986.

Así fue que Grondona comenzó a integrar a varios de los ex jugadores de aquel equipo en distintos trabajos alrededor de selecciones juveniles y tomó la decisión de contratar a Sergio Batista para dirigir al equipo olímpico, que buscaría volver a ganar la medalla dorada obtenida cuatro años antes. Para ello, buscó la manera de compatibilizar a jugadores como Riquelme con juveniles como Messi, Ángel Di María y Sergio Agüero.

La Selección Argentina terminó ganando el torneo de muy buena forma, tras eliminar al Brasil de Ronaldinho con un lapidario 3-0 y en la final a Nigeria (1-0). La forma de conducción de Batista, con un juego dinámico y ofensivo sumado a la estrecha relación que había generado entre los jugadores —aunque se tratara de generaciones distintas que ya habían tenido un primer choque dos años antes en el Mundial de Alemania—, parecía una muy buena noticia, y el director técnico quedó bien posicionado para dirigir a la Selección mayor en un futuro próximo. Pero en Pekín había aparecido un nuevo factor…

Maradona se acercó a la capital china para observar los distintos torneos deportivos. Comenzó a seguir desde el palco a la Selección Argentina y allí volvió lentamente a trabar relación con Grondona, hasta seducirlo con la posibilidad de dirigir a la Selección Nacional, cosa que ocurrió cuando Basile renunció al cargo.

El otro hecho insoslayable para el fútbol era la definitiva ascendencia de Messi como mejor jugador del mundo. La foto del saludo con su compañero y amigo del Barcelona Ronaldinho, tras la eliminación de Brasil del torneo, parecía el anuncio de un cambio de mando.

Grondona sentía admiración por Messi. Había ido conociendo su historia personal, con sus problemas de crecimiento; lo reconocía como un deportista cabal; había podido relacionarse con su familia y el vínculo con Adidas lo había ayudado aún más, por los beneficios que el chico traía en todo sentido para el fútbol

argentino. Le reconocía que, habiendo tenido la chance de jugar para la Selección Española[403], siempre se había negado, porque su deseo era jugar para Argentina, aun cuando nadie lo conocía. Incluso su padre, Jorge, había enviado un video con sus movimientos a Claudio Vivas, el ayudante de Bielsa, pero no recibió respuesta hasta 2004.

Acaso por eso, y conociendo los antecedentes de lo ocurrido dentro de los grupos de la Selección Argentina en el Mundial 2006 y en la Copa América 2007, es que Grondona se acercó al campo de entrenamiento de la Selección olímpica cuando los jugadores estaban descansando y, delante de otras figuras con mayor recorrido, abrazó a Messi y le dijo: "Confío en vos para que nos saques adelante, vos sos nuestra gran figura". Esto desató algunos celos. "En el preciso momento en que Argentina lo llama, él no duda y viene con nosotros. Otro quizás hubiese elegido España, pero él no dudó. Al día siguiente de convocarlo, estaba con nosotros", recordaba Grondona[404].

Claro que no todo pasaba por el amor al fútbol de Messi y a los sponsors. Hábil para armar todo tipo de relaciones y especialmente aquellas provenientes de España, Grondona había llegado también a Joan Laporta, presidente del Barcelona, con quien había generado todo un entramado de negocios que derivó en una extraña entrada del club catalán en la localidad de Arroyo Seco. También hubo vínculos nunca explicados con el propio Arsenal, club de los amores del presidente de la AFA, al que presidía su hijo Julio.

A partir de que, por reglamento de la FIFA, los clubes europeos estaban impedidos de llevarse a menores de edad desde otros continentes, habían comenzado a operar la idea de establecer escuelitas en esos continentes para formar a los jóvenes de acuerdo a su filosofía, para luego llevárselos cuando cumplieran la mayoría de edad. La única condición para poder emigrar hacia clubes europeos era la contratación laboral de sus padres (algo que ya el Barcelona había intentado concretar con Erik Lamela cuando tenía 12 años, entonces jugador de River, y luego consiguió con Lionel Messi a los 13).

Por esa razón, tanto Barcelona como el Milan establecieron escuelitas en América del Sur y, en algunos casos, lograron penetrar

en las estructuras juveniles de algunos clubes. Sucedió, por ejemplo, entre Barcelona y Boca Juniors, a través de Daniel "Coqui" Raffo, gracias a la estrecha relación entre Laporta y Macri, aunque ninguno de los dos clubes, ambos asociaciones civiles sin fines de lucro, jamás dieron a conocer los convenios firmados.

Tras algunos inconvenientes nunca aclarados —en una conversación en París, Grondona se enojó una vez más con este cronista cuando le preguntó qué había ocurrido—, a los tres meses de haber comenzado, el Barcelona se retiró del acuerdo con Arsenal y generó su propia selección de juveniles argentinos en Luján y en Ezeiza, con la condición de que los jóvenes no siguieran los lineamientos de las divisiones inferiores de los clubes argentinos, porque se manifestó en desacuerdo con esa filosofía. Lo que se buscaba desde el club catalán para los jóvenes era trabajar los gestos técnicos, como túneles, rabonas o sombreros, y que no adquirieran las mañas del fútbol argentino, como las simulaciones de faltas como prioridad a concretar las jugadas, todo un indicio de cómo se encuentran hoy las categorías inferiores nacionales[405].

En la primera década del siglo XXI, el fútbol argentino ya era un aquelarre de intermediarios y empresarios de toda clase; grupos opacos, sin nombre, que compraban porcentajes de pases para, a su vez, transferir jugadores al exterior; barras bravas que se apoderaban a la fuerza de pases de jugadores en las divisiones inferiores para concretar negocios con contactos en el exterior; ojeadores de los principales clubes europeos que avisaban ante la primera aparición de un posible crack. Aun así, Grondona, con tanto millaje por sus viajes a la sede de la FIFA en Zúrich, lo tenía muy claro, como cuenta el periodista Juan Presta: "En una conferencia en la uces [Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales], a la que concurrí, Grondona manifestó algo que no pensé que diría. Que el fútbol argentino no tiene que vender jugadores, sino derechos de TV".

Sin embargo, Grondona ya venía sospechando desde hacía tiempo que esos derechos no estaban bien vendidos. Era cierto que el hecho de haberlos otorgado a TSC (Grupo Clarín y Torneos y Competencias) le garantizaba impunidad en los medios y ausencia absoluta de críticas, salvo casos muy excepcionales. Pero era

demasiado poco lo que ingresaba a las arcas de la AFA por ese concepto, y mucho menos era lo que llegaba a los clubes, que además, con sus pésimas administraciones, iban esclavizándose de manera creciente al recibir adelanto tras adelanto para sucesivas temporadas. De este mismo modo, aceptaban de forma ridícula los cambios de fechas y horas de sus partidos para supeditarlos a los designios del monopolio televisivo.

Hasta los árbitros habían sido víctimas de la situación, a su manera. Javier Castrilli era atacado por TyC Sports, del Grupo Clarín, por lo estricto en respetar los entretiempos de 15 minutos. Eso limitaba la publicidad. Llegó a haber descansos de hasta 35 minutos en algunos partidos, sin que nada pasara. Los televidentes, paciencia y a esperar. Juan Presta recuerda que Albino Valentini, funcionario del grupo empresario, “se apersonaba a los vestuarios de los equipos y decía: ‘Ahora sí pueden salir a la cancha, ahora no’”.

Presta define la relación entre la AFA y Torneos y Competencias en la época de Carlos Ávila como “carnal”, pero las cosas cambiaron cuando el empresario, que tuvo la idea de Fútbol de Primera, fue presionado para vender sus acciones a un fondo buitre el 27 de septiembre de 2006. Ya para la ampliación de contrato, TRISA ofreció a la AFA una dudosa sociedad con un tope y un piso, en el que la AFA acabó recibiendo siempre el piso, porque se le escondían datos relevantes y las cuentas ya venían hechas por el grupo.

En los últimos años, Grondona notaba no solo que cada vez lo hacían esperar más para las reuniones (algo que no podía asumir alguien que era recibido por presidentes, primeros ministros y diplomáticos de todo tipo con apenas levantar el teléfono), sino que además la incidencia de TyC había descendido mucho y que ya la mayor parte de las negociaciones había quedado en manos del Grupo Clarín, que también había obtenido un porcentaje mucho mayor del canal TyC Sports.

No era la primera vez que Grondona se cansaba del trato y de las escasas ganancias que le otorgaba este acuerdo con TRISA. Unos pocos años antes, ya había intentado desligarse buscando un resquicio legal, para otorgarles los derechos de TV a sus amigos españoles de Santa Mónica, pero en esa ocasión no había funcionado.

El Grupo Clarín lo tenía cansado. Hasta se había metido en el negocio de los ingresos a los estadios, años atrás, cuando ganó con demasiada facilidad una licitación amañada con el uso de los molinetes. Se quedaba con toda la recaudación. La ganó por cinco años y la devolvió al año. Porque el propio grupo colocaba escribanos para controlar la cantidad de Policías de los operativos y la Policía terminaba llevando presos a los escribanos. "En un Dock Sud-San Telmo decían que había 1.200; los dirigentes dijeron que fueran a cobrar de a uno por ventanilla y fueron 72… y llamaban hasta a los que dirigían el tránsito para que fueran a cobrar. Y era Primera B", recuerda Presta con gran detalle.

Grondona se fue hartando de la situación, por la que recibía permanentes quejas y demandas de los presidentes de los clubes, que sostenían que era demasiado poco lo que recibían en concepto de derechos de TV. Pero también, viejo conocedor de la política nacional, se dio cuenta de que los tiempos habían cambiado y que el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, quien había asumido en 2007, se había enfrentado al Grupo Clarín desde 2008, cuando se votó la resolución 125 del ministro de Economía, Martín Lousteau, que establecía un sistema móvil de retenciones impositivas para la soja, el trigo y el maíz. Aquello derivó en el definitivo voto "no positivo" por parte del propio vicepresidente de la Nación, Julio Cobos, en la Cámara de Senadores.

El presidente de la AFA, siempre con buena intuición, entendió entonces, en 2009, que era el momento de prestar atención al discurso populista del Gobierno Nacional, adaptándose a un giro estatista, así como en los tiempos menemistas de los años noventa había virado hacia el privatismo y las sociedades anónimas. El mayor problema que tenía Grondona era que la presidente no lo podía ni ver y que para su esposo, Néstor Kirchner, ex presidente argentino entre 2003 y 2007, era considerado directamente un mafioso. Demasiadas contras como para intentar un acercamiento, algo que siempre necesitaba por las reiteradas demandas de ayudas económicas que la AFA tenía preparadas para el poder de turno.

En ese momento, apareció la figura del sindicalista Hugo Moyano, del poderosísimo sindicato de Camioneros y de estrecha relación con el gobierno, al punto de participar en manifestaciones de

apoyo. Él vinculó a Grondona con Néstor Kirchner, conspicuo fanático de Racing Club. Luego sería Moyano, apenas dos años más tarde, el que se alejaría del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner cuando fue relegado en las listas de candidaturas en las elecciones de 2011 por la agrupación La Cámpora, del hijo del matrimonio presidencial, Máximo Kirchner.

La situación comenzó a explotar el 3 de agosto de 2009, cuando Grondona se reunió con TyC y le reclamó por los derechos de TV 60.000.000 de pesos por mes, a razón de 12 pesos por abonados, contabilizando cinco millones de abonados a la TV por cable. Esto totalizaba 720 millones de pesos por año para la AFA. Torneos ofreció un adelanto de 40.000.000 de pesos para los clubes endeudados (una manera de seguir atándolos a sus designios) y revisar los números si se prorrogaban los derechos hasta 2020. A su vez, Futbolistas Argentinos Agremiados (FAA) sostenía que los clubes con deudas no debían utilizar a los nuevos jugadores contratados.

Sergio Marchi, secretario general de FAA, que por coincidentes versiones ya estaba al tanto de que aparecería una oferta superadora a lo que venía pagando TRISA, amagaba con que el próximo torneo, que debía iniciarse el 14 de agosto, así no comenzaría. La situación era calamitosa. Los clubes se quejaban amargamente de que no les alcanzaba con el goteo que llegaba por los derechos de TV y sus deudas llegaban a los 28.000.000 de pesos con los jugadores, otros 300 millones con la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP) y otros 300 millones con la propia AFA. La Primera B Metropolitana, que debía 2.100.000 pesos, fue la primera categoría que decidió no comenzar el nuevo campeonato, en un lock out que llegaba a tan solo una semana del inicio de la Primera A, el 27 de julio de 2009, y justo tratándose de un torneo que era transmitido por TyC Sports. De todos modos, a la semana siguiente, el Comité Ejecutivo de la AFA amplió el lock out a todas las categorías.

Grondona le daba vueltas al tema de los números buscando soluciones, pero sabía que la mejor, siempre, pasaba por los derechos de TV, como le explicaba su asesor en el tema, Horacio Gennari, un gran especialista en medios. La otra posibilidad era lo

que llamaba PRODE Bancado (apuestas). Para calcular las posibles ganancias, el contador Héctor Domínguez, dirigente de Gimnasia y Esgrima de La Plata, proyectaba unos 30.000.000 de dólares anuales contra los 480.000 pesos del PRODE normal. Es decir que, si se sumaban los derechos de TV y el juego, se podía alcanzar una cifra cercana a los 500 millones de pesos anuales. No era mala, pero tampoco lo que se pretendía.

Así fue que Grondona, a través de la estrechísima relación que, por ser hombres de Quilmes, tenían Aníbal Fernández (jefe de Gabinete) y José Luis Meiszner (un dirigente en ascenso en la AFA y la Conmebol, que era presidente de Quilmes y cuyo estadio lleva su nombre), se fue acercando a la política con el olfato que lo caracterizaba.

Horacio Gennari siempre fue "un hombre de Grondona" y aclara que "hice una relación muy buena con él y sus equipos, pero no fui ni soy de la rosca política interna. Me excede el tema, no lo conozco". Asesoró al presidente de la AFA sobre temas relacionados con el mercado de la TV desde 2006 y desarrolló la idea del canal AFA TV. Gennari relata cómo fue creciendo una nueva idea en "Don Julio"[406]:

"En mis reuniones con "Don Julio", yo iba primero con un PowerPoint, pero me di cuenta de que había que llevar solo una hojita, en la que se dijera "tantos abonados por tanto el abono, le están dando tanto y AFA debería merecer tanto", o sea, cuánta guita tenía que pedirle él a la TV. Y así fue hasta 2008/2009. En 2009, noté que me empezó a llamar muy seguido. Ya no cuatro veces al año, sino permanentemente. Me convocaba a la estación de servicio de Sarandí. En ese momento, Clarín le estaba pagando unos 268 millones de pesos al año por los derechos[407], y yo le decía números mucho más altos. Me decía: "No, no puede ser. Vos estás loco…", y yo le decía que es lo que me daba, lo que le cobran a los cables. Ya en junio me dijo: "Venite con la posta". Armé un Excel muy simple, se lo llevé y le dije: "Julio, me planto. Usted me está cagando en algo (con mucho respeto siempre). Usted no me está diciendo con quién está negociando, porque no puede ser que en cinco años usted me pedía un cuadrito cualquiera y ahora usted me

quiere cambiar todo. Si es para un socio nuevo, la cifra es mucho mayor, porque un entrante va a querer desplazar al actual”, y me dijo que no me podía decir nada. Yo tenía información de que Telefónica y Claro estaban dando vueltas, y le dije: “Si es Claro, le tiene que pedir 500 millones de pesos, si es Telefónica, 600”. Me dijo que no era ni uno ni otro. Y ahí no me cayó la ficha de que estaba negociando con el Gobierno. No sé si fue un error mío, pero creo que en la AFA no lo sabía casi nadie. Le dije que eran 500 a 550 millones de pesos. Me dijo: “¿Pido eso?”. Y le dije: “Don Julio, su usted me tapa la figurita, yo mucho no puedo ayudarlo”. Me dijo: “No puedo”. Agarró mi planilla, la dobló en 400 pedacitos… y entonces me dijo: “Va tu cabeza en esto, ¿estás convencido de lo que me decís?”.”

Lo cierto es que Gennari fue notando que lo que eso significaba era que Grondona ya había conseguido el respaldo del Gobierno para que rompiera el contrato con Clarín-Torneos para llevar el fútbol gratis a la TV estatal. El proyecto se llamaría Fútbol Para Todos y se trataba de una idea que rompía con el paradigma de casi tres décadas de fútbol monopolizado con una concepción distinta: la explicación de que el fútbol llegaría de manera “gratuita” a todos los hogares argentinos. De paso, era una excelente forma de quitarle al Grupo Clarín, convertido en enemigo desde 2008, todo el gran negocio del fútbol. Gennari no estaba tan de acuerdo con el formato, ya que siempre pensó que AFA debiera tener su propio canal en sociedad con un tercero; por ejemplo, el propio Clarín. Pero, claro, él no decidía para nada.

Fútbol Para Todos

Para adquirir mayor seguridad de que todo funcionaba a la perfección, Grondona tomó todos los recaudos: logró un acuerdo fiscal con la AFIP de Ricardo Echegaray para la deuda de los clubes. Ya era un paso fundamental: el Estado comenzaba a dar garantías.

Gennari recuerda muy bien lo ocurrido el día de la formalización con el Estado, en la Casa Rosada, con la presencia de la presidente Cristina Fernández de Kirchner, Néstor Kirchner, Grondona, el dirigente José Luis Meiszner y el contador Héctor Domínguez, de Gimnasia y Esgrima de La Plata (una especie de mano derecha del presidente de la AFA): "Grondona me pidió que lo acompañara 'a una reunión' y me dijo que me pusiera el traje. Cuando estábamos entrando, le dije: 'Jefe, ¿por qué no me dijo que era el Gobierno?'. Me respondió: 'Le vamos a pedir 500 millones de mangos, quedate tranquilo'".

Gennari describe el clima que encontraron en la reunión como "muy festivo de parte del Gobierno". Y sigue:

"Y ahí percibí, en esos pocos segundos, que se les podía haber pedido mucha más plata. "Vamos a festejar", no sé si dijo Néstor Kirchner, quien agregó: "Todos estamos contentos". Y no sé por qué, dirigiéndose a mí, dijo: "El único que no está contento es este muchacho. ¿Qué le pasa que está con cara de orto?", pero siempre en un clima de alegría, no había hostilidad. Y "Don Julio", que se dio cuenta de que yo estaba caliente, dijo: "No sé, este muchacho es el que me hace los números". "Bueno, pero ya están los números", insistió Kirchner. "Pero me parece que Horacio no está contento", me mandó al frente "Don Julio", auténtico. Y Kirchner me preguntó: "¿Y qué tiene que decir usted de este acuerdo que ya tenemos?". Y le dije: "Con todo respeto, porque ustedes ya cerraron un número que desconozco cuál es, supongo que en alrededor de los 500 y pico

de millones, pero no lo sé bien". "Sí, sí, ahora vamos a firmar", insistió Kirchner. "Pero se olvidaron de un detalle", dije yo, una barbaridad de la que en la AFA hoy se ríen. "Se olvidaron del IVA". "¿Pero cómo se olvidaron del IVA? ¿Son boludos acá?", dijo Kirchner. Y agregó: "Bueh, 600 millones. Al final, Grondona trajo a este tipo que nos cagó 100 millones de mangos", todo en un clima muy festivo. Siempre me quedó la impresión de que si decía 800 eran 800, porque los intereses políticos que había detrás por pegarle a Clarín eran superiores a los 600 millones. "Bueno, al final me sacaron 100 millones de mangos, está bien, arreglen", dijo Kirchner. Brindamos, y cuando nos estábamos por ir, otra vez Kirchner me dice: "Usted sigue con cara de orto". Y yo le digo: "¿Me permite decirle una cosa a mi jefe?". "Sí", respondió. Y le dije: "Jefe, usted sale de acá ahora —delante de todos— y tenemos que ir a la sede de la AFA en Viamonte, tenemos que rescindir con Clarín y usted acá no tiene nada firmado". Se hizo un silencio en la sala… Cristina ya se había ido. Kirchner dijo: "Bueno, pero somos gente de palabra". "No, no, no, caballeros…, nadie lo duda, pero mi jefe tiene que volver a Viamonte, rescindir con Clarín, y vamos a estar 48 hs. en el aire, sin ustedes y sin Clarín". Grondona me dijo: "Viniste iluminado hoy, ¿eh?". "No, jefe, rájeme", respondí. Hubo un ambiente de silencio, y muy rápido Grondona sacó una lapicera que decía, tallada: "Nunca mentir, nunca fallar". Agarró un papel que le dieron y escribió y garabateó con Cristina, que regresó, "esto tiene validez de acuerdo de caballeros". Cristina le firmó y él le regaló la lapicera con la inscripción…, un código de honor. Ese papel no tiene ninguna validez. Él le dijo: "Cristina, no me deje en la estocada porque…". "Don Julio, olvídese, este papel…". "Le regalo la lapicera", dijo Grondona.

"La delegación de la AFA salió de allí muy contenta, y alguien me dijo: "Sos un reverendo hijo de puta". "¿Por qué, negro?", pregunté. "Si la AFA está exenta de IVA y el gobierno también. Les sacaste 100 millones de mangos a los K". "Sí, negro, la verdad es que no me di cuenta." Eso pinta un poco el ambiente de la reunión. El objetivo era político. Grondona me miró y se rio. Llegamos a la AFA y todos ya se iban a comer, a festejar. Y yo les dije: "Muchachos, nos tenemos que reunir con Schmoisman a redactar la carta documento para Clarín, que tiene que salir esta noche. Busquen un correo y que se lo dejen abierto hasta que ustedes metan la carta, porque si no va

a estar por fuera del juicio que nos vamos a comer porque no podemos estar con dos mujeres a la vez”. Y no me olvido más que, en el tercer piso de “Don Julio”, empezamos a redactar una carta, con Schmoisman escribiéndola, y todos aportando datos sobre en qué había incumplido Clarín, lo cual había llevado a la AFA a rescindir el contrato. Había cosas que tenían mucha lógica y otras, algo forzadas. La realidad es que vos ya te habías ido con otra mina y ahora tenías que decirle a tu ex esposa que la dejabas. Redactamos una carta de 9 puntos y ya trascendía a todo el ambiente.”

Gennari relata esta historia con la impresión de que el paso dado no era bueno para la AFA en el largo plazo. “Yo sentía que, en algún momento, eso se iba a romper”, dice. Y que si la AFA no construía algo o se reinventaba totalmente, algún día el tema explotaría: “No era sostenible tener a un gobierno como socio”.

El vínculo con TRISA ya estaba roto, por más que desde ese lado se insistiera en que pagar para ver era “la manera más democrática y menos autoritaria de ver fútbol” y en que así ocurría en todas partes del mundo. Pero el Comité Ejecutivo de la AFA ya había puesto primera y estaba dispuesto incluso a no comenzar la temporada 2009/2010 en esas condiciones.

Marcelo Bombau, presidente de TyC, respondió al enterarse de la movida que “no puede ser que el abonado de TV por cable deba pagar un subsidio a los clubes”. A lo que Grondona contraatacó desde la web institucional: “La AFA no presiona, decide sus políticas”[408]. Era tal la incidencia del Gobierno en el acuerdo con la AFA, que hasta participaron los abogados de la Autoridad Federal de los Servicios de Comunicación Audiovisual (AFSCA), buscando los agujeros negros.

El tema era eminentemente político y contra el Grupo Clarín. Tanto, que Grondona se encargó de aclarárselo a Bombau, de TyC: “Esto no es con ustedes. ¿Por qué no se separan de Clarín y se hacen cargo ustedes de la producción de los partidos?”. Pero Bombau no aceptó. De todos modos, ya habría tiempo para que TyC volviera al ruedo y tuviera sus oportunidades.

Una semana más tarde, se llevó a cabo una reunión de todos los clubes en el Comité Ejecutivo para aprobar un adelanto de 100 millones para deudas y un contrato con el Estado de 600 millones contra los 268 anteriores, de los cuales 415 millones serían para la Primera A. Esta reunión fue una exigencia del Gobierno. Grondona declaraba al diario Crítica: "Si vos tenés un marido que te pega y te da 200 pesos para vivir y viene uno que te ama con locura a darte lo que quieras, ¿con cuál te quedás?". El acuerdo era por una década, lo que significaba que la AFA cobraría 6.000 millones de pesos en ese lapso. Y ante un posible conflicto con TRISA, la AFA aparecía como responsable directa. Raúl Gámez (Vélez) manifestaba sus dudas: el problema vendría cuando se fuera el Gobierno y el fútbol quedara expuesto a un juicio con TRISA. El único dirigente que directamente se había mostrado a favor de continuar con el acuerdo firmado el 19 de abril de 1991 había sido el presidente de River Plate, José María Aguilar, pero su voto final había acompañado al resto.

El acto de presentación del Fútbol Para Todos, el 20 de agosto en el predio de la AFA en Ezeiza, tuvo toda la parafernalia peronista. El uso de la Cadena Nacional, la presencia de la presidente Cristina Fernández de Kirchner, Grondona, Diego Maradona, Carlos Bilardo, además de dirigentes de la AFA, funcionarios políticos, público en general y, por supuesto, los más conspicuos barrabravas, la máxima expresión del folclore vernáculo.

Unos ochocientos invitados concurrieron al predio, muchos de los cuales entonaron canciones partidarias o contra el Grupo Clarín, algo muy de moda en los actos de esos tiempos. Se anunció con toda la pompa que los derechos de TV del fútbol de Primera A pasaban a la Jefatura de Gabinete y que en el caso del Nacional B sería cuando finalizara el contrato con TRISA, en 2014.

Meiszner, uno de los principales actores en la articulación de Fútbol Para Todos, debido a su estrecho vínculo con el entonces jefe de Gabinete, Aníbal Fernández (quien luego también sería presidente de Quilmes y que colocó al hijo de Meiszner, Andrés, a cargo del Registro Nacional de Armas —RENAR— en su etapa como ministro del Interior), afirmó: "Hemos trasladado la decisión trascendental del Comité Ejecutivo de romper el vínculo con la empresa que se

hacía cargo de la transmisión de fútbol a la presidenta, y ella lo ha tomado con mucha solidaridad. Le hemos ofrecido la posibilidad de colaborar en un nuevo orden en el fútbol argentino. Un orden más profesional por parte de los clubes y una mejor gestión de recursos”[409].

El contrato se firmaba delante de las cámaras y con la misma lapicera que Grondona le había prestado a Cristina Fernández de Kirchner el día del pre-contrato semanas atrás. Tras el protocolo, le dijo al presidente de la AFA: “Julio, le devuelvo la lapicera, ahora que firmamos el acuerdo”.

En los Considerandos de la Decisión Administrativa 221/2009 de la Jefatura de Gabinete de Ministros por la que se creaba el programa Fútbol Para Todos constaba “que resulta imprescindible fortalecer a los clubes que se agrupan en AFA con alternativas que les permitan mejorar sus ingresos, posibilitando que el fútbol argentino progrese de formador de jugadores de nivel mundial a generador de espectáculos deportivos a partir del mayor nivel de sus torneos […] que ello requiere también un fuerte compromiso para instalar un sistema de administración que otorgue transparencia y facilite los controles institucionales. En tal sentido, la AFA se compromete a hacer cumplir las reglamentaciones vigentes”.

A su vez, la AFA informaba en un comunicado que “se logró un acuerdo entre la AFA y el Estado. En su reunión, el Comité Ejecutivo aprobó un proyecto de contrato asociativo de AFA con el sistema nacional de Medios Públicos Sociedad del Estado para la televisación del fútbol por canales de aire y en forma gratuita”.

En el momento del discurso de presentación del programa Fútbol Para Todos, la presidente aprovechó el momento para pronunciar una frase efectista: “Tenían los goles secuestrados. Los liberamos”. Y continuó: “El Gobierno no quiere hacer negocios con el fútbol. Quiere promover el deporte y ayudar a los clubes que generan negocios millonarios y son cada vez más pobres. Te secuestran los goles hasta el domingo como te secuestran las imágenes y las palabras. Como secuestraron a 30.000 argentinos. No quiero más una sociedad de secuestros, quiero una sociedad cada vez más libre”.

Grondona, sentado a su derecha y ya acostumbrado a los vaivenes políticos, se subió a la ola de euforia:

“Comenzamos a transitar un nuevo orden. Volver a Canal 7 es volver al lugar de origen, y como presidente de la AFA le agradezco a la señora presidenta, porque este es el hecho más importante en la historia de esta asociación. Este acuerdo se pudo hacer posible porque en ninguna mesa hubo una calculadora. Solo estuvo la sensibilidad de lo que queríamos: llevarle gratis el fútbol a la gente de todo el país […] se inicia una nueva era. Vamos a honrar nuestras deudas y esto lo podemos hacer porque hemos encontrado a la señora presidenta, que tiene un profundo sentido de lo que el fútbol significa como reflejo de una sociedad, que ha metido al fútbol en su sangre. Esta es una posibilidad imposible de dejarla pasar.”

La gran pregunta que por ese tiempo quedaba pendiente de respuesta era si, al fin de cuentas y con tanta presentación pública, el Fútbol Para Todos no terminaba siendo una intromisión estatal en los asuntos de una federación nacional, algo que la FIFA prohíbe expresamente. Pero Grondona se explayaba para justificarlo:

“El presidente de la FIFA, Joseph Blatter, está totalmente de acuerdo con mi actuación. Me felicita porque defiendo los intereses de los clubes, que no tiene nada que ver en el caso del Gobierno, porque la FIFA está para salvaguardar los intereses deportivos de las asociaciones, no los económicos […] es lo mismo que la AFA, que en los lineamientos deportivos interviene entre los clubes argentinos y no les permite ir a la Justicia, pero en temas económicos no puede decirle a usted que no vaya a defenderse […] yo no podía dejar a los clubes a la buena de Dios. Comenzaba el campeonato y muchos tenían inhibiciones por deudas. Yo ya venía pensando hacía rato el tema de la TV. Cuando Clarín empieza a comprar el cable, prácticamente TyC no aparece más en la discusión, ya que el problema era comercial. Con TyC Sports es que se firma el primer

contrato, allá por 1991, cuando ni sabíamos que existía la TV por cable. Luego Clarín fue comprando cables. Desde ese momento, no acepté que hicieran eso. Diez años de pelea fueron para que me liquidaran por abonado, ya que eran los dueños de los cables, no por el valor de mercado[410] que, honestamente, la inteligencia no me da para entenderlo. No sé cuál es el valor de mercado. En 2001 se produce el cambio del dólar. Dicen que la gente no pagaba los cables. Me bajan los precios, el trato no era el mismo. Era una lucha permanente […] yo estaba cansado de que todo el mundo creyera que era socio de Clarín.[411]"

Gabriel Mariotto fue designado coordinador del programa Fútbol Para Todos, y también se estableció un Comité de Gestión, integrado por tres representantes de la AFA (Horacio Gennari, el dirigente de Lanús Alejandro Marón y el abogado Raúl Borthwick) y tres del Estado (el periodista Ignacio Candia, el encargado de Fútbol Para Todos Pablo Paladino y el presidente del directorio de Radio y Televisión Argentina —RTA— Tristán Bauer).

Gennari recuerda que los primeros tiempos de funcionamiento fueron "buenos", "porque Aníbal Fernández nos reunía en su oficina y me pedía planes para juntar dinero. Puedo dar total fe de que al inicio el entonces jefe de Gabinete tenía una mirada de hacer cumplir a raja tabla el contrato, o sea, autofinanciarlo". Pero al poco tiempo, que Gennari estima que fue "entre fines de 2009 y abril de 2010", todo cambió:

"Yo les llevaba modelos con y sin publicidad, y no me daban bola. Yo creo que tuvo que ver Néstor Kirchner, porque Aníbal Fernández me apretaba para llevar modelos económicos sustentables para autofinanciar. Me pudo haber mentido, pero yo viví una situación de que me pedía publicidad o formas de recaudación vía el cable. Hoy en el piso 3 de AFA hay cajas y cajas con 23.200 folios de planes presentados para autosustentar Fútbol Para Todos. Hasta que en un momento bajó una línea Néstor Kirchner: "Se acaba, esto es mío, me lo llevo para casa", y se acaba la publicidad, se corta todo. Yo ahí presenté el informe al gobierno y a la AFA y dije: "Esto no va

a tener buen destino”, y no lo tuvo, porque en el primer año el gobierno no le indexó a la AFA lo prometido. Empezaba a no haber fondos, el déficit fiscal empezaba a crecer, no era políticamente correcto pagarnos eso cuando no había hospitales y lo puse en un informe y ahí empezó nuevamente mi proyecto AFA TV, que nace a fines de 2009 cuando se lo llevé a “Don Julio” y le dije: “Su salida, a largo plazo, es esta. Es la única que le queda. Tener su canal propio”. “Ah, ¿como los chilenos?”, me preguntó. “Sí, como ellos”, respondí. “Andate a verlo a Mayne Nicholls.[412]” Me fui a Chile y ese modelo funcionaba perfecto. Y se lo dije a Grondona. Ellos recaudan más que nosotros siendo más chicos. Cuantos más pasillos recorrí, más portazos tuve y más negativas, y no por Grondona sino por el resto. Fracasó.”

Aquella promesa inicial de la presidente acerca de que el remanente de la recaudación del Fútbol Para Todos iría para el deporte olímpico ya al poco tiempo sonaba a quimera. Desde 2010, el Gobierno había decidido no emitir publicidad privada en las emisiones del fútbol televisado para reemplazarla por informaciones estatales, desatando una polémica, porque desde la oposición se le endilgaba un uso político en beneficio propio.

Gennari iba aún más allá y recuerda un diálogo que tuvo en una reunión con Carlos Zannini, secretario legal y técnico de la Presidencia:

““Yo no estoy a favor de lo que ustedes están haciendo contra Clarín, pero vamos a suponer que usted quiera destruir a Clarín…”, dije. “¡Sí, quiero matar a Clarín!”, respondió. Entonces afirmé: “¿Sabe qué, doctor? Lo está haciendo mal, lo está enriqueciendo a Clarín”. Casi me raja. “¡¿Cómo?!”, se sobresaltó. Me expliqué: “¿Sabe qué pasa? Usted está enriqueciendo a Clarín porque Clarín y los 300 cables más también pagaban el fútbol. Usted lo liberó ahora por 20 mangos por abonado, está transfiriendo una riqueza gigantesca que antes la soportaba el usuario, el cable, y ahora la paga usted, y esa plata está quedando en los cables, que es Clarín. Con todo respeto, si usted quiere pegarle a Clarín, aunque yo no

esté de acuerdo, cóbrele a Clarín el fútbol y oblíguelo a poner el fútbol en canales no codificados, si el 90% de la población argentina ve fútbol desde el cable”. Y entonces dijo: “Noooo, estás yendo en contra de la gratuidad”. Contesté: “Doctor, no es así, el Fútbol Para Todos no es gratuito, es una falacia. Es gratuito solo en la TDA [Televisión Digital Abierta, que recién arrancaba]. Está enriqueciendo a los cables. Ahora, si usted por política de Estado quiere enriquecer a los cables, ok. Yo como consejo le diría que enriquezca los cables pero oblíguelos a que inviertan en la red, en internet, tendido. No puede dejar afuera a la industria de TV paga”. Yo creo que Zannini nunca me entendió y, de hecho, nunca más me dejaron ir a la Casa de Gobierno.”

De a poco, Torneos (luego se llamaría así, y ya no Torneos y Competencias) fue asociándose con el Estado, y Alejandro Burzaco, su gerente, a posicionarse muy cerca de Grondona. En verdad, el problema nunca había sido con esta empresa. Su mayor problema había sido caer en desgracia por ser socia de Clarín en el momento del rompimiento del contrato en 2009.

Explica Gennari: “Grondona me pidió muchas charlas con Burzaco porque Torneos no dejaba de ser una empresa de derechos y no tenía un canal propio. Burzaco, muy inteligente como es, se dio cuenta de esto a mediados de 2010, y me dice: ‘Vos entendés que mi empresa no puede quedar afuera de esto, ¿no?’. Y yo le dije: ‘Creo que estás cometiendo un error, porque los K son pasajeros que se van a ir y Torneos y Clarín van a quedar. ¿Por qué no tratan —y esto también se lo dije a DirecTV— de bailar este tango y sacar entre todos a AFA TV HD?”.

¿Cómo aceptaron a Burzaco en Casa de Gobierno? Gennari es muy concreto:

“Torneos sigue teniendo la mejor tecnología y producción de contenidos deportivos del país. No es La Corte, y eso que mejoró mucho. No es El Farolito, sino una gran empresa. Por peso específico, personalidad, por DirecTV (40% socia de Torneos), que

hizo un pacto con el Gobierno de apoyar a la Ley de Medios (porque no podía cumplir la Ley en puntos básicos de tecnología, porque la ley dice que hay que asegurar a cada pueblo por lo menos su canal local y la pisada satelital de DirecTV es para todo y no podía adecuarse a eso). DirecTV tuvo una muy buena relación con el Gobierno y los primeros partidos en HD se daban solamente por allí. Ahí empezaron la migración. Yo perdí la batalla del HD para que se cobrara porque lo veía como forma de recuperar dinero. El contrato decía que debíamos dar gratis el fútbol pero no decía nada del HD. Yo luchaba para sacar HD por AFA TV para cobrar 15 pesos por hogar, pero fue una batalla estéril. Por eso AFA no tuvo el poder que habría tenido con plataforma propia."

En resumen, Gennari insiste en que el gobierno kirchnerista "terminó beneficiando a los que pensó que perjudicaba", y da un ejemplo en concreto: "Los cables y DirecTV sacaron paquetes HD de 200 pesos, y dentro del paquete hay canales secundarios, pero lo que interesa es el fútbol. Los 200 mangos reparten a los canales que lo incluyen, pero el gran driver es el fútbol, y la plata va para los operadores. La reinvierten en nuevos servicios, pero nadie entiende la transferencia de dinero que hubo a partir de esto. Una pavorosa transferencia de riqueza".

Grondona, dos años más tarde, también daría ya otra versión de los hechos con el Fútbol Para Todos: "La tendencia global es que los partidos vayan codificados. Esto significa que los paguen los que realmente los consumen y no todo el resto de los televidentes. La TV abierta va quedando en un lugar residual, porque los costos no alcanzan a cubrirse ni aun con mercados publicitarios mucho más fuertes que el argentino". Y comentaba que si la torta publicitaria de la TV argentina "no llega a los 1.200 millones de pesos, por eso es imposible que pueda cubrir los 7.800 millones que demanda, entre derechos y producción, el Fútbol Para Todos, y un modelo de gratuidad universal solo puede cubrirse con déficit público. Y así está sucediendo: hasta ahora, el Estado gastó 240 millones de pesos y los anunciantes privados aportaron 3.000.000 […] los datos disponibles nos permite analizar por qué Fútbol Para Todos daba pérdida; si en 2010 el ingreso total por publicidad de la TV (abierta

y cable) fue de 1.300 millones, el fútbol solo no puede aportar 600, que es lo que le paga a la AFA”[413].

El otro punto que dejaba dudas, además del rol de Torneos, era el de la publicidad. Si el Gobierno había decidido quitarla para volcar solo información estatal y apenas quedaba un acuerdo con la empresa de camiones IVECO, ¿hacia dónde se canalizaría? Gennari recuerda entonces que, cuando comenzó Fútbol Para Todos, “planteo que se va a hacer rico el comercializador de la estática[414], que tiene los derechos de la publicidad en los estadios. Dicho y hecho. Los grandes anunciantes, al no tener pantalla de TV, se trasladaron a la estática de las canchas”.

En realidad, al programa Fútbol Para Todos hay que leerlo en diferentes claves de acuerdo con los diferentes protagonistas y hay que observarlo con diferentes prismas.

Cuánto porcentaje de Fútbol Para Todos fue gratis depende del cristal con que se lo mire. Porque si bien es cierto que la gran mayoría de la población argentina mira los partidos de fútbol en canales de aire a través de la TV por cable y la otra parte lo solucionó con el TDA, también lo es que ese abono ya lo pagaba antes de que Fútbol Para Todos existiera. La razón original no era el fútbol argentino, sino el internacional, para aquellos que tienen el fútbol como principal objetivo al pagar un abono mensual; es decir que a partir de Fútbol Para Todos, en todo caso, siguió pagando el mismo abono, pero ahora se le sumaba el fútbol local al internacional.

En cuanto al uso político del programa, si para el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner pudo significar una impresionante maquinaria publicitaria, para Grondona terminó siendo una forma de protección a la catarata de problemas que arrastraba desde los meses anteriores al acuerdo.

Un artículo publicado el 20 de octubre de 2007 por el diario uruguayo La República de Montevideo sostenía que el gobierno argentino investigaba al presidente de la AFA por presunto lavado de dinero. También estaban incluidos en esas investigaciones: su hijo “Julito”; su yerno Genaro Averza; su sobrino Roberto Gargiulo; Roberto Petti, de la agencia Rotamund srl; el abogado y militar

retirado Roberto Candioti; Patricio Gorosito, luego involucrado en el caso de tráfico de drogas con Barcelona, en el que aparece como presunto testaferro de Grondona; el escribano Atilio Di Pace, dirigente de Independiente; el empresario Jorge Fernández Prieto; Fernando Carlos de Luca; el dirigente de Sportivo Italiano Salvador D'Antonio; el ex subsecretario de Deportes Osvaldo Otero; el secretario privado de Grondona y jefe de Logística de la Selección Argentina, Daniel Pellegrino, y el jefe de Seguridad de la AFA, el comisario mayor Alberto Capucetti.

El artículo se refería a "presiones a jueces, reventa de entradas, fraude en elecciones, suspensiones forzadas de partidos, tratos y acuerdos con barras bravas". Si bien en aquel momento causó enorme conmoción, varios de estos puntos fueron corroborados con la aparición de escuchas telefónicas años más tarde.

En cuanto a Gorosito, estuvo involucrado en el caso Carbón Blanco, relacionado con el narcotráfico con España y Portugal; más precisamente, con el envío de más de una tonelada de cocaína a Europa, camuflada en los contenedores de carbón vegetal embalados por una empresa de Quitilipi, Chaco[415]. Según la Procuraduría de Criminalidad Económica y Lavado de Activos (PROCELAC), la otra pata del negocio era el fútbol, a través del que se lavaba el dinero.

Además de administrador del Deportivo Colonia, Gorosito fundó el club Arroyo Seco en 2004 y, muy pronto, llegó a jugar la final del Torneo Argentino A[416], ayudado por arbitrajes muy sospechosos (luego, gracias a las escuchas telefónicas, se conocería que Grondona estaba "muy interesado" en otro club que llegó también muy pronto a los primeros planos, Estudiantes de San Luis). En 2006, llegó a visitar Arroyo Seco nada menos que Joan Laporta, el entonces presidente del Fútbol Club Barcelona, para firmar un convenio paran construir allí un centro educacional y deportivo, con Grondona como nexo entre ambos[417]. En marzo de 2008, recuperándose de una lesión, Lionel Messi, vecino de la zona, utilizó las instalaciones del club.

Patricio Gorosito llegó a comprar primero 21 hectáreas, en las que construyó siete canchas de fútbol profesional y un estadio para 12.000 espectadores sentados en butacas de plástico. A esto se le

sumó un hotel de cuatro estrellas, edificado por la empresa de Aversa, el yerno de Grondona, Constructora Deportiva SA.

En 2012, Gorosito vendió las instalaciones a Rosario Central, en los tiempos en los que el dirigente radical Horacio Usandizaga fue presidente de este club, por 16.100.000 de pesos. Por entonces, el diario local La Capital dijo que el vínculo entre ambos lo había realizado el ex jefe de Policía de la provincia de Santa Fe, Ricardo Milicic. Posteriormente, toda la cúpula policial fue descabezada por "connivencia con la criminalidad".

Es decir que para Grondona el acercamiento a los funcionarios estatales obró como paraguas protector. Al mismo tiempo sirvió para hacer caja, que es lo que desde siempre interesó al fútbol, y en especial desde 1979, cuando "Don Julio" accedió al poder. Lo cierto es que el Estado le ofrecía mucho más dinero que Clarín. Era pasar de 268 millones a 600 millones anuales.

Por su parte, el entonces gobernador de Entre Ríos, Sergio Urribarri, fue fundamental en la implementación de Fútbol Para Todos. Tenía un hijo en la Primera de Boca (Bruno), que había jugado en Colón de Santa Fe (lo que ayudó a llegar hasta los presidentes de ambos clubes, en especial Germán Lerche, de los santafesinos, estrechamente ligado a Grondona. Gracias a su actuación, ascendió políticamente hasta llegar a ser mencionado como posible candidato presidencial para 2015.

La suerte parecía echada en los meses previos al acuerdo entre la AFA y el Estado. A todos les servía por distintas razones, y por eso no fue de extrañar que en el Superclásico del 14 de abril de 2009 en la Bombonera ambas barras bravas aparecieran con carteles en las tribunas con conceptos demasiado parecidos: "Clarín, queremos fútbol gratis por TV" (La Doce), y "Clarín, el fútbol es pasión, no un curro" (Los Borrachos del Tablón). En ambos casos, las cámaras de TyC trataron de no mostrar las imágenes.

El senador Ernesto Sanz, de la Unión Cívica Radical (UCR), remarcaba que entre agosto de 2009 y diciembre de 2010, Fútbol Para Todos había perdido 929.032.318,16 pesos. "¿Fútbol Para Todos? Fútbol para garantizar los negocios de Grondona y la campaña de Néstor y Cristina", sostenían en la UCR. Este partido

llegó a proponer una comisión investigadora de los manejos de los fondos que la AFA recibía desde el Estado.

Una vez que se cerró el acuerdo, la AFA recibió 100 millones de pesos de adelanto. Como era de esperar, con tantas deudas, se le escurrieron entre los dedos. Quedaban otros 500 millones por repartir y llegaría otro gran tema. ¿Cómo sería ese reparto?

Hasta ese momento, el acuerdo con TRISA le generaba a la AFA 254.788.315 pesos. De ese monto, Primera A se llevaba 218.800.000 pesos; Nacional B, 26.400.000; Primera B Metropolitana, 9.500.000. Es decir que, salvo en la A, en la que existía un escalafón[418], por cada equipo del Nacional B se repartían anualmente 1.200.000 pesos, y por cada uno de Primera B, 432.000 pesos. Obsérvese que la AFA sí aceptaba un escalafón para los cobros de derechos de TV admitiendo las diferencias de mediciones de acuerdo al interés que generaban los clubes, pero no tomaba el mismo parámetro a la hora de las votaciones, en las que todos tenían el mismo peso, sean de la categoría que fueren.

Comenzaron, entonces, las duras negociaciones. Fernando Raffaini, de Vélez, lógicamente proponía un sistema de reparto en el que se considerara al club que obtuviera el título y que se diera prioridad a los que tuvieran las cuentas en orden, pero no fue escuchado. A Boca y River, les habían bajado drásticamente las cifras y pasaban del 13% al 7,4%. Los seis clubes grandes terminaron aglutinándose en el reclamo de mayores ingresos y sostenían que eran los que generaban la mayor parte de los ingresos de la industria (llegaron a decir que consideraban que era alrededor del 95%), pero pese a alguna amenaza rupturista, acabaron votando la moción de Grondona (como siempre), y a la Primera A le terminaron quedando 415 millones anuales, de los que 190 millones se repartieron con el mismo escalafón que antes. De los otros 225 millones, 25.000.000 serían para operativos policiales, y de los 200 millones que quedaban, Grondona propuso dividirlos en 20 partes iguales, es decir, 10.000.000 cada uno. Así fue que Boca y River pasaban a cobrar cada uno el 5,11%; los otros cuatro grandes, el 3,85%; los otros 14, el 2,81% cada uno. La B Nacional cobraba el 11,66%; la B Metropolitana, el 5,83%; la C, el 0,58%; y la D, el 0,25%. Por su parte, el Consejo Federal se llevaría el 2%, y el 10,5% era para la

AFA por “gastos administrativos y de organización de torneos”, mientras seguía cobrando de Torneos por el Nacional B y la B Metropolitana[419].

Ultraviolento

Si el programa Fútbol Para Todos incluía la problemática de la caja, la alianza con el Estado también traería aparejado otro capítulo: el del manejo de la violencia institucionalizada con las barras bravas y las fuerzas policiales, que si ya venía desde lejos, se complejizaría mucho más en estos tiempos.

Para 2004, cuando apenas había asumido el gobierno de Néstor Kirchner, Boca y River tuvieron que disputar las semifinales de la Copa Libertadores de América a doble partido. Tras las polémicas por el reparto de entradas y el horario fijado para la televisión (cinco años antes del Fútbol Para Todos), el entonces subsecretario de Seguridad en los Espectáculos Futbolísticos del Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, Javier Castrilli, ex árbitro, decidió, en una medida muy controvertida, que cada uno de los clubes jugara con todo su público en condición de local, con la idea de evitar hechos violentos entre las hinchadas.

Tres años más tarde, en julio de 2007, la medida se implementó oficialmente en los partidos de los torneos de ascenso y, desde ese momento, ya el hecho de no poder acompañar naturalmente a los equipos a los distintos estadios pasó a convertirse en habitual y parte del folclore del fútbol argentino, cayendo a sus niveles más degradantes. El 25 de junio de 2007, tras el partido entre Nueva Chicago y Tigre que definía el ascenso a Primera División, había sido asesinado Marcelo Cejas con fractura de cráneo cuando intentaba escapar junto a sus hijos de la furia de la barra brava local. Este hecho pareció marcar una línea divisoria con el futuro. Pero sin políticas públicas ni voluntad de solución por la connivencia con los violentos desde todos los estamentos del poder, el cambio era imposible.

De fondo, el fenómeno de que dos hinchadas a las que separan los colores de sus amores no pudieran compartir un espacio constituía un fracaso social, pero además la medida no dejaba de tener un

rasgo infantil: creer que los datos estadísticos mejorarían por el mero hecho de la imposibilidad de que ocurrieran por pura imposición, algo así como decretar por ley que la violencia no exista.

Entre 2003 y 2015, no solo murieron 95 personas por violencia en el fútbol[420], sino que además se crearon distintas clases de organismos con nombres estrafalarios, que por lo general trataban de dar la imagen de estar trabajando para "ahora sí" (frase remanida) terminar con el "flagelo".

Las contradicciones aparecieron con mayor nitidez cuando el fútbol argentino se conmovió por el descenso de River Plate, por primera vez en su historia, al Nacional B, el 26 de junio de 2011. Sus hinchas no solo destruyeron la zona en la que está emplazado el estadio MONUmental, sino que además pudieron viajar a Córdoba al partido de ida de la Promoción ante Belgrano (y, por consiguiente, los hinchas cordobeses pudieron viajar a Buenos Aires en la vuelta), cuando ya habían cometido otros hechos violentos anteriores y en una misma situación. Vélez y Huracán, con los mismos antecedentes, habían tenido que jugar a puertas cerradas. Incluso, en el partido de Córdoba, barras bravas de River descendieron de las tribunas, ingresaron al césped y amenazaron a sus jugadores sin que se tomara ninguna medida particular con el club. Para determinar si se jugaba con hinchas de los dos equipos, el secretario Legal y Técnico Carlos Zannini, uno de los interlocutores de Grondona, intercedió para que ambas hinchadas estuvieran en los dos partidos, pese a la oposición de la ministra de Seguridad, Nilda Garré. Una vez más, el fútbol imponía las reglas de juego.

Ni siquiera era nuevo lo de River: tal vez en una de las muestras más claras del desquicio que vivió como institución durante la primera década del siglo XXI, a principios de 2007 dos facciones de barras bravas se enfrentaron ferozmente en los quinchos del club, con la gente comiendo asados, por parte del botín del pase de Gonzalo Higuaín al Real Madrid en diciembre de 2006.

Casi todos los clubes viven asediados por las barras bravas, para lo cual estas cuentan con la complicidad de los dirigentes deportivos, los funcionarios políticos y la Policía. Para 2013, se completó el panorama cuando el secretario de Seguridad, Sergio Berni, amplió a

todas las competencias futbolísticas del país la prohibición de los hinchas visitantes para concurrir a los estadios. El fútbol argentino se fue acostumbrando, entonces, a una cultura de estadios con tribunas vacías y recaudaciones bajas o festejos de gol sin poder ser compartidos; es decir que se perdió el componente esencial para un espectáculo: la presencia de los espectadores. Se llegó a casos en los que el local, por alguna suspensión, jugó sin su propio público, lo que terminó siendo lo mismo que jugar a puertas cerradas.

Algunos analistas se preguntaron cuál es el sentido de impedir el acceso a los estadios a los hinchas visitantes, dado que, desde la existencia del Fútbol Para Todos, y tal como lo comprobó la organización no gubernamental (ONG) Salvemos al Fútbol en uno de sus estudios del departamento de Ciencias Sociales, la mayoría de los incidentes violentos provienen de disputas entre facciones de las barras bravas ligadas a un mismo club. Es que el objetivo principal es el botín propio, con los enormes ingresos del Fútbol Para Todos, sin necesidad de ir a buscar a la barra brava rival.

En esta lucha, una de las escasísimas excepciones ha sido el accionar de Javier Cantero cuando fue presidente de Independiente entre 2012 y 2014. Cantero se decidió, en solitario, a terminar con la barra brava en su club, pero se encontró con infinidad de obstáculos[421]:

“Cuando llegué a Independiente, me encontré con planillas de salidas en negro. Al otro día que llegué, entraron a robar en la sede y se llevaron todo eso, pero tuve algo de suerte: la empleada que hacía las planillas se llevó trabajo a su casa para que cuando asumiera la nueva conducción estuviera todo al día. Lo trajo después de que se fueron de robar. Se puede ver allí la cantidad de extracciones que hay, de todo tipo, y que presenté a la Justicia. Por ejemplo, cuando yo a “Bebote”[422] le decía “te llevaste 30.000”, es porque yo lo sabía porque constaba en la planilla. Él no sabía que yo la tenía.

”Cuando lo presenté en la Justicia, el fiscal me dijo: “Mire, no tienen firma”. Yo le dije: “Lo que yo haría es llamar a la persona que hacía las planillas y le preguntaría si fue la que lo escribió o

hacer un peritaje caligráfico". Pero nunca pasó. En esa planilla están los barrabravas, hay periodistas, la Policía, llevándose dinero en negro, cheques rechazados de programas de radio, que se sustentaban con sus espacios con los pagos del club. Una cosa es decirlo y otra cosa es verlo. Hicimos una denuncia por administración fraudulenta a la Comisión Directiva anterior, con pruebas de extracciones en negro, facturas truchas. La Justicia, desgraciadamente, y los políticos tienen compromisos, obligaciones que cumplir con estos barras, entonces en una cancha se ve una bandera con "fulano gobernador" y que costaba en ese momento 100.000 pesos."

Cantero, ya retirado de la dirigencia del fútbol, sostiene que:

"no es un problema de la barra brava. Es la espuma, lo que más sale en los diarios, pero es todo un entramado que sostiene eso. Los directivos dicen que tienen miedo, pero por otro lado saben lo que se van a encontrar y lo que tienen que hacer. Yo, después de que asumo, no puedo decir "tengo miedo", porque me pueden decir: "¿Y entonces para qué se metió?". Es como decir: "Voy a ser piloto de avión pero le tengo miedo a la altura". Es imposible. Si nosotros, que éramos gente sin dinero, pudimos sacar a los violentos de la cancha, ¿por qué no va a poder, si se pone de acuerdo con el Estado, la Justicia, la gente del fútbol? Es una cuestión de voluntad y de decisión."

Si hay algo que no tiene desperdicio, es lo ocurrido el día de la presentación del sistema biométrico de acceso a los estadios "AFA Plus", que había sido presentado en sociedad ya el 27 de diciembre de 2007 por Grondona, quien en aquel momento dijo que la violencia "es un problema del fútbol, es un problema de la sociedad". Se trataba de un acuerdo con la Universidad Tecnológica Argentina (UTN), que parecía solucionar "por fin" y con tecnología los problemas de acceso a los estadios con un doble control: primero, de los empleados de Unión de Trabajadores de Entidades

Deportivas y Civiles (UTEDYC) y, luego, del lector biométrico con la tarjeta “AFA Plus”. De esta forma, se establecía un padrón de identificación que bastaba con la huella digital, y así podría separarse a los violentos con antecedentes. Ya no serían necesarias las listas de admisión.

“Con esto, se acabó la joda”, dijo Grondona, como si eso no hubiera sido dicho también en los años noventa, cuando llegaron las camaritas de seguridad (pagadas con sobreprecio, en muchos casos). No se trataba de la tecnología, sino, una vez más, de pura voluntad política. Esto mismo les decían a las autoridades políticas los distintos expertos extranjeros a los que se había ido a buscar para que asesoraran sobre cómo habían terminado con la violencia en sus países desarrollados. Su respuesta, además honesta, no era la que se quería escuchar, porque se planteaban ciertos inconvenientes: que la problemática de fondo no se parecía mucho a la de Argentina, por tratarse de sociedades diferentes y culturas diferentes y, en especial, porque en aquellos países desde donde provenían sí había voluntad política de solución, y no apenas meros disfraces.

En una oportunidad, la defensora adjunta del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires, Graciela Muñiz, solicitó informes a la AFA sobre hechos de violencia en un partido de ascenso. La respuesta de la institución fue la estadística del partido (alineaciones de los equipos, goles y cambios).

Acaso la frase más lapidaria en muchos años apareció en boca de Rafael Di Zeo, uno de los más caracterizados barras bravas (líder de “La 12”, ligada a Boca Juniors), cuando en un impresionante documental del Canal Plus español[423], luego de llamar por su teléfono celular a un funcionario del club, le dijo al reportero que “tener el poder es tener el teléfono de los que tienen poder”.

Durante la presentación del Sistema de Acceso Biométrico a los Estadios Deportivos (SABED), y con la presencia del entonces ministro del Interior, Florencio Randazzo, quien no pudo hacer funcionar cien valijas con el sistema, que luego serían donadas a los clubes, la presidente Cristina Fernández de Kirchner afirmó:

“Cuando iba a la cancha porque me llevaban o iba a acompañar a Néstor, ¿saben qué miraba? Las tribunas, porque lo que más me maravillaba eran las tribunas. Esos tipos parados en los paraavalanchas con las banderas que los cruzan así, arengando […] son una maravilla porque vos los ves realmente […] con la bandera nunca mirando el partido, porque no miran el partido, arengan, arengan y arengan. ¿La verdad?, mi respeto para todos ellos, porque la verdad es que sentir pasión por algo, sentir pasión por algún club es ¿sabés qué? Estar vivo. Los que no tienen pasión por nada […] la verdad es que yo siempre desconfío de los que no tienen pasión por nada. Por algo hay que tener pasión: por la política, por el fútbol, por la literatura, por la educación, por la ciencia, por lo que fuera, pero esa gente, para la que todo “se gual”, a mí personalmente no me gusta. A mí me gusta la gente pasional.”

Los dichos fueron impactantes. Toda una supuesta lucha para erradicar a los violentos de los estadios, una reunión con la dirigencia futbolística argentina aparentemente interesada en acabar con el problema, y la propia primera mandataria, expresando loas a los violentos, muy mal asesorada. Aun así, todos aplaudieron. Por si fuera poco, la presidente intentó probar el sistema colocando su dedo, pero el resultado fue “acceso denegado”, y de nada valió que lo intentara con otro. Mejor suerte tuvieron el propio Grondona y su cuñada Alicia Kirchner, ministra de Desarrollo Social.

Pero no solo aplaudían todos los dirigentes, los mismos que en su enorme mayoría nada concreto habían hecho para terminar con las barras bravas, sino que además, al lado de Grondona, en primera fila, aparecía nada menos que Cantero, quien recuerda:

“Había un cartelito para que yo estuviera sentado allí. Era a propósito, porque en aquel momento todos me veían como el hombre que enfrentaba a la barra brava y la presidente presentaba las maquinitas del AFA Plus e hizo un discurso de todo lo contrario a lo que se esperaba. A mí no me gustó, pero no le caería con todo porque creo que la asesoraron mal. No es de las que van siempre a

la cancha. Lo que es verdad es que cuando ella dijo que hay que hacer un homenaje a esos hinchas que están de espaldas a la cancha y alientan y no ven el partido, la verdad es que quedamos todos… Yo no tenía que estar al lado de Grondona, porque era vocal y había un presidente, vicepresidente, tesorero en la AFA, pero me pusieron ahí. El entramado es que ellos decían que yo los exponía. Yo creo que ellos, al no hacer lo que había que hacer, me exponían a mí, como que me dejaban como el único, el Quijote, cuando lo ideal es que hubiéramos sido varios.”

Cantero cuenta parte del entramado:

“Uno que me ayudó bastante es el ex presidente de Estudiantes, Enrique Lombardi. Pero le pegaron en una reunión de Comité Ejecutivo de la AFA […] allí salieron Segura[424], Crespi[425], Lerche[426], muy duros, porque en un programa de TV [El show del fútbol, que conducía Alejandro Fantino por América TV los domingos a la noche] habían hablado bien de lo que estábamos haciendo nosotros y mal del resto. Me acuerdo que la reunión comenzó con Segura pidiendo la palabra y dijo: “Yo no voy a hablar, que hable Cantero. Si es el único honesto, transparente, que pelea con las barras bravas. Yo no hablo más”. Y después salió Lerche, y cuando el pobre Lombardi quiso defenderme, lo masacraron. “¿Qué vas a hablar vos si vos vivís en un country en Pilar y sos el presidente de Estudiantes? Vos no podés hablar porque nosotros somos los que vivimos a pocas cuadras de la cancha”, le dijo Carlos Coloma [entonces vicepresidente de Quilmes], y cuando salí a esperar un taxi, se me puso al lado Lerche y me dijo: “Javier, dejá de hablar como si fueras un ministro de Justicia, dejá de hablar de la violencia, porque los que te dicen que te van a ayudar te van a dejar solo”. Y la verdad es que tenía razón, aunque yo lo haya sentido como una apretada. Me dijo: “Te aprecio, me parecés un buen tipo, pero te va a ir mal”.”

Cantero reflexiona a modo de conclusión que los barrabravas:

“son hoscos, feos, y se llevan todas las críticas. Pero hay algunos que tienen guante blanco. Para que un barra brava se lleve 30 o 40 mil dólares por mes, hay otros que se llevan mucho más. A mí me criticaron mucho mis hinchas porque cuando jugábamos no había banderas, se tapaban todas, dejamos de dar plateas de protocolo. Cuando fueron algunos funcionarios que me pedían entradas, yo decía: “Te las cobro porque, si no, las tengo que pagar yo, porque, si no, a los morochitos que van detrás del arco los perjudicás pero a los millonarios les regalás plateas”. Entonces me tuve que poner firme y eso nos trajo muchos enemigos, y algunos de ellos, peligrosos.”

Cantero sostiene que la situación para terminar con la violencia:

“era difícil de sobrellevar. En un momento viene un comisario general y me dice (me lo trajo un ex jugador de Independiente): “Si quiere, yo se lo saco a Bebote” —porque me dijo que me quería ayudar en la lucha contra los barras bravas—; y cuando le pregunté cómo iba a hacer, me dijo: “Le pongo cocaína en una camioneta, lo paro y se lo saco por dos años”. Le pregunté cómo iba a hacer eso […] la barra se había dividido en dos, una parte con Bebote y otra con Loquillo, se encuentran en un galpón, por Gerli, para tratar de acordar con la Policía. Llegan a un acuerdo al final y Bebote dice, por los comisarios: “Ellos son los garantes de este acuerdo, tenemos que cumplirlo”. Y Loquillo dice: “¿Estos son los garantes del acuerdo? Son dos hijos de puta”. Y Bebote le recrimina: “Cómo vas a decir esto”. Y Loquillo sigue: “Estos tipos me dijeron que en una zona de frigoríficos era zona liberada, fuimos con los pibes, había un patrullero y nos comimos la cárcel por dos años. Yo no creo en ellos”. Cuando yo me entero, pienso: “Comisario, zona liberada para que vaya a robar”, y me acuerdo que ese día fue uno de los más amargos y le dije a mi mujer: “¿Qué quiero hacer acá?”. Me daba cuenta de que era un Quijote que iba contra los molinos de viento. ¿Qué se hace en ese caso? Sinceramente, ahí me caí mucho.”

Cantero también reconoce que:

“solo no es posible hacer lo que hice. A mí me fue mal en lo deportivo. Solo es muy complicado porque uno puede quedar como Don Quijote. Peleas con otros dirigentes, con la barra brava, la falta de transparencia y la corrupción, pero no se puede pelear contra la Policía, la Justicia, los ministros… No se puede y se hace muy cuesta arriba. Un ministro me llegó a decir: “¿A dónde quiere llegar usted con todo esto?”. Y le dije: “A ningún lado”. Me dijo: “¿Vio atrás del arco esa avalancha que hay? Bueno, no es suyo. Usted controle el resto. Esos tipos estaban ahí antes de que usted llegara, ahora que usted está y van a estar cuando usted se vaya”. Esa noche llegué al club, teníamos reunión de Comisión Directiva, y me dije “estamos solos”. El ministro [de la provincia de Buenos Aires] me dijo: “Le piden 500 entradas, dele 200, 250. No afloje”. ¡El ministro de Seguridad!”

Tal vez la anécdota que Cantero cuenta de lo que le ocurrió en Mendoza, durante un partido, pueda ilustrar el panorama de los operativos “antiviolencia” en el fútbol argentino:

“Un día fuimos de visitantes a Mendoza y se jugaba con hinchas de los dos. La cancha estaba llena y nos tocaba un porcentaje de la recaudación. Terminó el partido, y en la planilla me pusieron que había menos de la mitad. Pero yo fui con un escribano, con un acta por cada entrada. Le dije lo que ocurría al presidente del otro equipo y no me dijo nada. En la semana me llamó Grondona: “Javier, ¿qué pasó en Mendoza?”. “Nada, no sé, empatamos”. Y me dijo: “Noooo, el sistema no es así”. Y le dije: “Julio, no tengo un peso en Independiente, no tengo un peso de otro lado, y me cagan cuando vamos de visitante”. Me respondió: “¿Sabés lo que tenés que hacer vos? Cuando vengan a Avellaneda, haceles lo mismo”. Es como que todos nos cagamos en todos, pero no sacamos los pies del

plato.”

El concepto de “no sacar los pies del plato”, en referencia a Grondona, tiene un significado concreto: el cuidado que siempre tuvo el fútbol mundial no acepta la participación de la Justicia ordinaria, como si fuera un sacrilegio. Dentro del fútbol, todo. Fuera, nada. El enorme poder del fútbol, que por momentos puede ser más importante para mucha gente que los propios asuntos de Estado, fue generando que el ámbito futbolero se permitiera amenazar con represalias en caso de acudir a la Justicia, como si fuera un mundo aparte. Cantero recuerda algunos ejemplos al respecto:

“Una vez le dije que iba a apelar a la Justicia suiza, por los problemas con un jugador, y me dijo: “No, si querés yo te ayudo pero vos no vas a la Justicia suiza, no hay que sacar los pies del plato”. Él era muy detallista. Por él pasaban los árbitros del fin de semana, todas las decisiones de todas las categorías. Yo no quería a Néstor Pitana, porque nos había cobrado muy mal y la gente le había agarrado bronca, y le dije: “¿Quiere que hable con [Miguel] Scime?”[427]. “No, no, no, vos me llamás a mí y yo hablo con Scime”, me dijo. Siempre había que pasar por él. Era muy artesanal como armaba el poder. No tenía una estructura atrás, era una guardia pretoriana que luego decía: “Dejame que lo hable con Julio”. No tenían autonomía ni para dar un cheque.”

Cantero —quien terminó afrontando el primer descenso de la historia de Independiente el 15 de junio de 2013— tuvo que lidiar también con otra grave problemática, la del negocio alrededor del fútbol. Su Comisión Directiva fue la primera que publicó la lista íntegra de quiénes eran los dueños de los pases de los jugadores, porcentaje por porcentaje. “Me llamó la gente que controla el lavado de dinero y me felicitó por eso. Lo habíamos prometido en la campaña electoral. Nos seguía la gente joven y yo sé lo que es ser joven y ser defraudado, y por eso quise cumplir lo que prometí. Un

representante tenía 11 jugadores en Independiente, y cuando me fui quedaba uno solo", explicó.

El inicio de Cantero en Independiente fue muy duro:

"Grondona le había adelantado a mi antecesor, Julio Comparada, tres años del dinero del Fútbol Para Todos, y cuando yo asumí no tenía un peso, y me dijo que no me podía dar nada porque lo había adelantado. Le pregunté por qué se lo adelantó, y me respondió: "No, porque venían y me pedían, diputados, gobernadores, senadores", como que tenía apoyatura política, que no sé si era cierto. Yo tuve que tirar todo el primer año sin un peso del Fútbol Para Todos y me costó muchísimo. Y cuando se cobraba un peso del Fútbol Para Todos más adelante, se cobraban cheques diferidos a 60, 90 días que había que cambiarlos y se perdían en los intereses. Había lugares que se especializaban. Los cheques de la AFA los cobraba cualquiera, porque eran cheques muy seguros. Eran del Banco Credicoop."

Cantero recuerda cómo era el manejo del dinero una vez que la AFA lo recibía del Fútbol Para Todos:

"Pablo Paladino era el que manejaba Fútbol Para Todos, dependía de Jefatura de Gabinete. Nunca tuve problemas con él, siempre correcto. Pero el que manejaba todo cuando entraba el dinero era Grondona, porque el estatuto lo amparaba. No había un sistema democrático. El secretario de Economía de la AFA está dibujado. Había un gerente, el que hacía los cheques, etc., se llamaba Rubén Raposo[428], y las directivas iban de Grondona hacia él. Nadie intervenía en nada en el manejo del dinero. ¿Quién iba a ir del Comité Ejecutivo a cuestionar? Lo cuestionó Passarella y le fue muy mal."

Cantero se refiere a la airada reacción de Daniel Passarella, el entonces presidente de River cuando descendió en 2011, tras perder en la Bombonera el clásico ante Boca Juniors, que lo dejaba ya en una incómoda posición en los promedios. En aquel momento, Passarella, quien había sido director técnico de la Selección Argentina y también jugador del equipo nacional —por ambas razones, viejo conocido de Grondona—, se acercó a la AFA para increparlo por lo que consideró un arbitraje parcial de Patricio Loustau. Para muchos, eso significó que el presidente de la AFA se despreocupara por la suerte del equipo en lo que quedaba del Torneo Clausura, en el que acabó descendiendo, luego de ir a la promoción ante Belgrano de Córdoba. Sin embargo, con los años el titular del sindicato de árbitros SADRA, Guillermo Marconi, señalaba que “Grondona hizo todo lo posible para que River no se fuera al descenso. Fue la única vez que nos pidió algo indebido, a lo que no accedimos. Muchos dicen que Grondona quiso mandar a River al descenso y fue todo lo contrario”[429].

River a la B y última reelección

El descenso de River, con los destrozos del estadio Monumental incluidos, sumados a las amenazas que en el entretiempo recibió el árbitro Sergio Pezzotta por barras bravas que tuvieron vía libre, generó un cimbronazo en el fútbol argentino. Por un lado, alteró el esquema televisivo, porque ya dentro del Fútbol Para Todos el Nacional B no abarcaba los derechos para el Estado, y entonces eso significaba que River pasaba a la órbita de los ahora enemigos del Grupo Clarín-Torneos.

Por esta razón, y por lo que River significaba para el fútbol argentino, rápidamente se pensó en un plan para evitar su descenso en el receso hacia la temporada 2011/2012, y así surgió la idea, a partir de que también jugarían ese Nacional B Quilmes, Gimnasia y Esgrima de La Plata, Huracán y Rosario Central, de fusionar la Primera A y el Nacional B en un solo torneo superior, aunque esto significaba contar con 38 equipos.

Lo que se trataba de "vender" hacia el público era el nacimiento de un Torneo Federal con 16 equipos de Primera A, 16 del Nacional B, los campeones de Primera B y Argentino A, con cuatro descensos y sin promedios. Serían 19 partidos por fecha contra los 10 que se jugaban hasta ese momento, lo cual, otra vez, cerraba para los dos socios: para el Estado, porque se evitaba el descenso de River y además, en un año electoral, varios clubes que representaban a distintas provincias podían cumplir el sueño de jugar en Primera A y ser televisados a todo el país; y para la AFA, porque lo importante era, siempre, la caja, y era evidente que con casi el doble de partidos entraría mucho más dinero, porque de todos modos el gasto corría por parte de los clubes y no de la entidad madre del fútbol. Todo parecía cerrado, hasta su denominación: Ascenso Para Todos, lo cual también implicaba un aporte del Estado de casi el doble, 1.200 millones de pesos.

Sin embargo, el proyecto se desmoronó enseguida. Sin público

visitante en el ascenso y con la negativa de Passarella, quien sostuvo que River “debía ascender en la cancha”, la situación se complicó cuando el vocero de la AFA, Ernesto Cherquis Bialo, admitió que “si River no descendía, esto no pasaba”.

La idea de tantos equipos, en oposición a la tendencia mundial a reducirlos en los torneos más importantes del mundo, y el claro intento de beneficiar a River iban generando una movilización hacia la AFA en las redes sociales, acaso por primera vez desde que Grondona era presidente (hubo otras menores, por diferentes temas, pero la AFA solía protegerse sin problemas colocando unas vallas en la zona de Tribunales). La idea se fue desdibujando, hasta perder toda chance.

Al menos, el Estado pudo recuperar los derechos de TV para trasmitir a River en el Nacional B basándose, el 1 de marzo de 2011, en el plan Deporte Para Todos, que propendía a la difusión masiva y gratuita de hechos deportivos “de interés general”.

En 2011, no solo había elecciones presidenciales en el país, sino también en la AFA. Una vez más, un ya veterano Grondona se presentaba a la octava reelección, un récord de permanencia en el poder que superaba todo lo imaginado. “Don Julio” había ingresado como presidente de la AFA en 1979, y esto significaba que, de ser votado de nuevo, podía llegar a permanecer en el sillón de la calle Viamonte por 36 años. Más de una vez había dado a entender que se retiraría. Cantero recuerda que le decía: “Lo que voy a hacer es lo siguiente: estoy armando una oficina en Ezeiza, con vista al verde, linda. Y por ahí generamos la figura de un presidente honorario y uno ejecutivo. Si alguno quiere preguntarme algo, yo estoy ahí…”.

De todos modos, Grondona también solía decir que su idea para este mandato, que lo encontraba ya con 79 años, era delegar mucho en los demás dirigentes. Era el año de la Copa América en Argentina, iniciándose la segunda ronda de rotaciones por países. La anterior oportunidad de ganar el título se había esfumado en la semifinal de 1987 ante Uruguay.

Las cosas ya no eran como antes. En la FIFA, Joseph Blatter acababa de ser reelecto una vez más, y Grondona vISLumbraba cierto frente de tormenta, a lo lejos, con la votación en Zúrich del año anterior,

cuando se habían designado como sedes de los mundiales de 2018 y 2022 a Rusia y a Qatar, respectivamente. En especial la votación por Qatar, un país con graves problemas en derechos humanos y cuando había fuertes rumores de corrupción, iba condicionando cierto futuro, aunque confiaba en que era tanto su poder como "vicepresidente del mundo", que lo iba a poder solucionar.

Cuando parecía que iba a atravesar sin problemas una nueva reelección en la AFA, apareció en escena el empresario de medios de comunicación Daniel Vila, quien el 17 de octubre de 2011 emitió una cámara oculta grabada meses antes por su ex socio Carlos Ávila con Grondona, y que se llamó La otra cara del padrino, en la que Grondona se mostraba orondo ante su interlocutor por su poder en la FIFA y por sus contactos con empresas y distintos negocios. También se hablaba de "dinero negro". Fue un escándalo. Ávila asimismo había grabado con otra cámara oculta a Eduardo Deluca, el dirigente con más llegada y relación personal con Grondona, de quien desde ese momento se alejó luego de decir que el presidente de la AFA "era socio de Clarín". Deluca fue reemplazado a partir de entonces por el dirigente de Quilmes José Luis Meiszner. Como consecuencia de los videos, el abogado Mariano Cúneo Libarona inició un juicio contra Grondona caratulado como "Administración fraudulenta en grado de partícipe", a partir de considerar que poseía más de 30.000.000 de dólares en el exterior a nombre suyo, de familiares y de su secretario Daniel Pellegrino.

Durante la elección presidencial en AFA, ocurrió un hecho desopilante. Cuando Grondona supo que Daniel Vila iba a presentarse en el edificio buscando ser ungido por los votos de los clubes del interior (que no estaban habilitados para votar según el estatuto, salvo quien representara a la Liga Federal), hizo llegar a sus asambleístas dos horas antes de la anunciada y colocó en la puerta del edificio, cerrado, un cartel que decía "cerrado por feriado sanitario".

Todo estaba preparado para recibir a Vila. Grondona, aliado del Gobierno, contó con oficiales de la Inspección General de Justicia, y la Policía permitió que la barra brava de Chacarita Juniors se apostara en la zona del edificio de la AFA. Vila traía una autorización judicial para que permitieran votar a 66 clubes del

interior. De hecho, se llevaron a cabo dos asambleas al mismo tiempo, una en el tercer piso (grondonistas) y otra en la planta baja (vilistas, aunque sin el propio Vila, quien salió por falta de cobertura telefónica y ya le fue impedido regresar).

Desde la puerta del edificio y bajo la lluvia, Vila se autodeclaró presidente, votado por 52 clubes del interior cuyos dirigentes llegaron a Buenos Aires con todos los gastos pagos por el empresario. Mientras tanto, Meiszner hablaba de "guerrilla jurídica contra un estatuto de 1935. Nadie en 100 años se atrevió a deshonrar los reglamentos". Una vez que supo que había obtenido los 46 votos y ninguno en contra, Grondona se paró, agradeció con voz grave y se fue lentamente acompañado por sus dirigentes más cercanos: Meiszner, Lerche, Carlos Portell (Banfield) y Miguel Silva.

Pero los festejos no duraron mucho. La situación de los clubes seguía siendo ruinosa pese a que el Estado había aumentado a 825 millones de pesos su aporte al fútbol. En el nuevo acuerdo, por decisión administrativa 1348/2011, se establecieron desde el Estado las cláusulas nuevas: 1) los clubes deberán llevar en su contabilidad cuentas patrimoniales de ingresos y egresos específicos del fútbol profesional; 2) deberán someter el presupuesto a la AFA; 3) el presupuesto deberá estar avalado por el órgano asambleario del club y por la AFA; 4) el cumplimiento del presupuesto anual es bajo apercibimiento de pérdida de categoría; 5) invertir en obras de utilidad deportiva o cultural el remanente líquido que obtengan del fútbol.

Si bien la AFA acababa reconociendo que en los dos años que habían transcurrido con el programa Fútbol Para Todos las cosas no habían cambiado y los clubes seguían con los mismos o peores problemas económicos y financieros, era la primera vez que, de alguna manera, el Estado, desde el gobierno kirchnerista, comenzaba a exigir algo a cambio, aunque en cuanto a la historia del fútbol argentino el hecho se repetía una vez más. A los clubes no les alcanzaba ni siquiera con el sueño de cualquier industria nacional, la de vivir en pesos y vender en euros y dólares y por millones. El festival de negocios con intermediarios, pasaportes falsos para llevar jugadores a Europa y no ocupar plaza de extranjero, o las triangulaciones en los pases de jugadores con

paraísos fiscales para evadir impuestos, ya eran parte del paisaje.

Varios de los dirigentes involucrados en el vaciamiento de los clubes, como el ex presidente de River, José María Aguilar, eran ascendidos a la FIFA, como "castigo" por sus acciones.

Diego, Sudáfrica, Brasil…

También Maradona tuvo su premio, nada menos que dirigir a la Selección Nacional en 2008, pese a sus escasísimos antecedentes en la materia.

Una vez más, la cintura de Grondona le permitió salir airoso de la situación: Basile había renunciado, había recompuesto las relaciones con “El Diez” en los Juegos Olímpicos de Pekín y, como este estaba en buenas migas con el kirchnerismo, significaba otra ocasión para seguir bajo el paraguas gubernamental. Por otra parte, y siempre pensando en la caja, la dupla Maradona DT-Messi jugador sería imbatible a la hora de facturar en amistosos y en el Mundial de Sudáfrica de 2010.

Pero el camino a Sudáfrica comenzó a poblarse de espinas. Grondona, precavido, había designado a Bilardo como manager, una especie de cobertura por si Maradona equivocaba el camino o no tomaba las mejores decisiones y, de paso, una forma de librarse del director técnico conociendo las ambiciones de este de ser, en un futuro próximo, presidente de la AFA. Al poco tiempo de asumir, llegó el primer inconveniente. Unas declaraciones suyas en la TV acerca de la posición de Juan Román Riquelme en la cancha generaron que el jugador de Boca decidiera no continuar en el equipo. Maradona había dicho: “No me sirve si juega muy atrás”. Desde ese momento, se produjo una división entre ambos, y la Bombonera, en cada partido, tomó posición por el jugador.

El grupo clasificatorio sudamericano comenzó a complicarse de a poco. Tras un durísimo 6-1 ante Bolivia en La Paz, Maradona pidió salir del Monumental, al considerar que el aliento no llegaba lo suficiente a los jugadores, para ir al Gigante de Arroyito ante Brasil. Pero una nueva derrota comenzaba a dejar al equipo nacional cada vez más en el límite.

No se veía un sistema táctico y cada vez más jugadores se sumaban

a las convocatorias, hasta llegar a los 102, una cifra demasiado alta. Otro problema fue la relación entre Alejandro Mancuso, sin diploma habilitante, a quien Maradona designó ayudante dada la confianza entre ellos de los recientes tiempos de jugar juntos en el showbol, y Bilardo, identificado con otra línea de fútbol prácticamente opuesta, quien puso como lugarteniente a otro ayudante, Miguel Lemme. El propio Maradona necesitó de un permiso especial de la Asociación de Directores Técnicos que presidía Victorio Nicolás Cocco, porque no tenía título habilitante.

La clasificación terminó siendo angustiosa, una vez más ante Perú. Fue en el anteúltimo partido y bajo una lluvia torrencial, cuando el veterano Martín Palermo marcó el gol del triunfo sobre la hora y algo adelantado. Luego llegaría la ratificación del pase a Sudáfrica con el triunfo en Montevideo ante Uruguay y el exagerado abrazo de Bilardo a Maradona en el césped. Tras el partido, tuvo lugar la recordada conferencia de prensa de en que "El Diez" le dijo al periodista Juan Carlos Pasman "la tenés adentro" y manifestó "que la chupen y que la sigan mamando".

Todavía quedaba un capítulo más antes del Mundial, cuando Maradona intentó incluir a Oscar Ruggeri en el cuerpo técnico, pese a que llevaban muchos años sin relación. Sin embargo, se interpuso Rafael Savino, secretario de AFA, quien amenazó con renunciar a su cargo en el caso de que se aceptara la nueva designación, debido a los problemas que habían tenido Savino y Ruggeri cuando uno fue presidente de San Lorenzo, y el otro, jugador.

Ruggeri intentó convencer a Grondona, incluso yendo a visitarlo a la estación de servicio, y buscó la intermediación de Bilardo, pero este puso como condición que Mancuso se alejara del cuerpo técnico. Sin solución a la vista, Ruggeri viajó en marzo de 2010 a Múnich en ocasión del amistoso ante Alemania (Argentina ganó 0-1 con gol de Gonzalo Higuaín). De todos modos, ya su suerte estaba echada. En el lobby del hotel de la Selección Argentina, y justo en el momento en que Ruggeri llegaba desde Argentina, Grondona conversaba con este cronista y con el sociólogo Fernando Segura Trejo. Al ser consultado sobre los motivos de la contratación de Maradona, afirmó que "es el héroe del pueblo y la gente quería que fuera el técnico". Pero luego confesó: "Mucho no sabe, pero la gente

quería que fuera él… y es Maradona”.

Para completar el panorama de la Selección Argentina, la gran mayoría de las barras bravas, como en todos los mundiales desde 1982, viajaron a Sudáfrica, aunque esta vez organizadas en una ONG que se dio en llamar Hinchadas Unidas Argentinas (HUA), cuya cabeza visible era Marcelo Mallo[430]. Tuvo actividad entre 2010 y 2014, y distintas versiones ligaron a su jefe con dirigentes kirchneristas, aunque Mallo siempre lo negó. Decenas de integrantes de HUA estuvieron recluidos en un colegio, debido a que el gobierno sudafricano estaba percatado de su llegada y algunos de sus integrantes fueron deportados.

El Mundial de 2010 acabó tras la dura derrota por 4-0 ante Alemania por los cuartos de final. No se aprovechó la presencia de Messi, que no marcó ningún gol, y la extraña convivencia entre el director técnico y el crack del Barcelona motivaban permanentes comparaciones en la prensa. Grondona volvió a su vieja táctica de no echar a los directores técnicos, sino que optó por ponerle a Maradona condiciones inaceptables para que se fuera, como, por ejemplo, que solo aprobaría su continuidad pero no la del cuerpo técnico. La votación para destituir a Maradona como DT terminó 28-0, y “El Diez” diría luego: “Grondona me mintió” y “Bilardo me traicionó” (por quedarse como manager y no irse con él y su cuerpo técnico).

Así fue que, definitivamente, Grondona entendió que luego de lo vivido, sin un sustento colectivo, era por fin el tiempo de Messi en la Selección Argentina. Optó, entonces, por convocar pronto a quien fuera su director técnico en el exitoso equipo campeón en los Juegos Olímpicos de Pekín, Sergio Batista. Este señaló, desde el primer momento, que su equipo trataría de parecerse tácticamente al Barcelona, con un esquema 4-3-3, y favoreció a Messi en cada una de sus declaraciones.

El debut de Batista como director técnico fue en Dublín ante Irlanda. Decidió convocar a prácticamente la misma base del Mundial 2010, pero se encontró con la novedad de que Carlos Tévez salió a respaldar a Maradona, al manifestar que no debió dejar el cargo. Desde ese momento, Tévez fue borrado de las convocatorias. Batista concurría a Europa para dialogar con la

mayoría de los jugadores argentinos que militaban en equipos de ese continente, pero no llamaba a Tévez y hasta llegó a insinuar que para el puesto de centrodelantero podía llegar a pedir la nacionalización del uruguayo Santiago Silva.

Sin embargo, a muy poco de comenzar la Copa América de Argentina, la presión de las empresas y del propio Grondona determinaron que integrara el equipo y que fuera quien fallara ante Uruguay en Santa Fe el penal decisivo (fue atajado por Fernando Muslera). Otra vez una Selección Argentina que no había brillado volvió a quedar eliminada ante los celestes como local, igual que 24 años atrás, aunque en esta oportunidad en cuartos de final.

En esa Copa América, como en anteriores convocatorias de Maradona, tuvo de nuevo un lugar preponderante Colón de Santa Fe, cuyo estadio había sido elegido como subsede. Maradona, un año antes, había convocado para el Mundial, en la lista definitiva, a dos jugadores del club, Ariel Garcé y Diego Pozo. Germán Lerche, el presidente de Colón, por ese tiempo era uno de los dirigentes más allegados a Grondona y solía presidir algunas delegaciones en los viajes del equipo nacional.

Una vez que Batista salió de su cargo tras perder la Copa América, Grondona optó por convocar a Alejandro Sabella, quien no solo reunía ciertos requisitos —como haber sido reciente campeón argentino y de América con Estudiantes de La Plata; incluso había estado a pocos minutos de vencer al Barcelona en la final del Mundial de Clubes 2009—, sino que además había sido parte del cuerpo técnico de Passarella en Francia 1998 y se sentía en deuda por su ausencia en el Mundial de México como jugador en 1986.

Bilardo, que continuaba como manager, también dio su visto bueno. Lo había tenido como jugador en el Estudiantes campeón del Metropolitano de 1982 y lo había tenido en cuenta también para 1986, pero la intervención de Grondona en la lista definitiva lo dejó afuera.

Maradona, peleado con Mancuso y, por lo tanto, despojado del problema que había significado su renuncia tras el Mundial de 2010, volvía a postularse, aunque ya sin respaldo. Y hasta Carlos Bianchi, director técnico que ganaba ampliamente en las encuestas

entre todos los hinchas argentinos, daba a entender que aceptaría si fuera convocado.

Sabella estaba a punto de viajar a Emiratos Árabes para incorporarse al Al Jazeera, pero Grondona lo solucionó pagando un resarcimiento económico y arreglando un partido amistoso en ese país, tal como ocurriera cuando en 1998 intentó contratar a Marcelo Bielsa, quien ya trabajaba en el Espanyol de Barcelona.

Sabella fue armando, de a poco, un equipo competitivo basado en Messi y la actual generación de futbolistas, muchos de ellos, estrellas en sus equipos europeos. La expectativa era máxima. Un Mundial en Brasil y con varios jugadores con la suficiente experiencia y un sistema aceitado daban como para proyectar ciertas chances de ganar el título luego de 28 años.

Sabella, como antes Batista, no tuvo en cuenta a Carlos Tévez, pero no respondía cuando se le consultaba al respecto. Solía dar explicaciones ante las preguntas por otros jugadores que podían ser convocados, pero cuando aparecía mencionada la estrella del Manchester City, solo manifestaba que “el grupo está cerrado”. En un partido amistoso en Estocolmo ante Suecia, en 2013, los jugadores argentinos cantaron en el vestuario, tras vencer 2-3, que “no llamen más a nadie, acá estamos todos”. El destinatario del mensaje parecía claro…

Pero las expectativas aumentaron durante el sorteo del Mundial en Costa de Sauipe, Bahía, en diciembre de 2013, cuando la Selección Argentina se vio ampliamente favorecida: su grupo aparecía como accesible, pero además ya había jugado amistosos contra los dos rivales más complicados (Bosnia y Nigeria). Y no solo eso: incluso en caso de que tocaran, como parecía, Suiza o Ecuador, también se había jugado ante los dos equipos. Fue tal la satisfacción de la delegación argentina con el sorteo, que desde las primeras filas de las plateas el dirigente Juan Carlos Crespi señalaba a Grondona, en el escenario, y le hacía un gesto repetido indicando unas imaginarias charreteras apuntando al presidente de la AFA, como si le atribuyera el factor del azar…

Aunque parecía que por fin era el Mundial de Messi, quien estaba en plena forma y era evidente que durante toda la temporada

anterior en el Barcelona le había dado prioridad a la Selección Argentina en busca del gran título que le faltaba, el crack se enojó una vez más porque el sistema utilizado no era aquel que tantas satisfacciones había dado en la clasificación. Ante Bosnia, en el debut en el estadio Maracaná, Sabella colocó llamativamente cinco defensores para un solo delantero neto (Edin Dzeko), y Messi manifestó su desacuerdo en la conferencia de prensa siguiente. Sin embargo, las cosas no parecieron mejorar demasiado ante Irán, cuando el mejor jugador del mundo resolvió con un remate de media distancia en el final luego de que el equipo argentino atravesara momentos de angustia.

Argentina también sufrió ante Suiza en los octavos de final, cuando volvió a desnivelar en los últimos minutos, a punto de ir a los penales. Desde los cuartos, frente a Bélgica, Sabella decidió cambiar el sistema por uno incluso mucho más defensivo. Y aunque Messi no estuvo de acuerdo y el equipo argentino padeció ante Holanda en la semifinal, que ganó por penales, por fin estaba en la gran cita del Maracaná ante Alemania. Desde 1990 que no jugaba una final.

Río de Janeiro, entonces, se llenó de argentinos. Un banderazo, el día anterior a la final, reunió a cerca de cien mil. Pero en el último entrenamiento el clima del equipo albiceleste se tensó: “Maestro, ¿y si en vez de marcar, marcar y marcar, jugamos, jugamos, jugamos?”, se quejó Messi ante el director técnico. Mientras tanto, un par de jugadores de peso en el plantel discutían con los dirigentes de la AFA por las escasas entradas disponibles para sus familias y ciertas cuestiones relacionadas con la logística de la final.

En el partido decisivo, aunque la Selección Argentina tuvo sus chances, se impusieron los alemanes en el alargue con un gol de Mario Götze y dejaron una nueva frustración a los argentinos, ya sin títulos desde la Copa América de Ecuador en 1993.

Apenas 16 días después de la final, en Buenos Aires, falleció Grondona el 30 de julio de 2014, debido a una insuficiencia cardíaca por un aneurisma en la aorta. Su velatorio, en el predio de la AFA en Ezeiza, tuvo ribetes de funeral de Estado, con la presencia de Blatter, entonces presidente de la FIFA, y hasta Messi y Javier Mascherano regresaron desde Barcelona para estar presentes.

Era mucho más que un funeral. Era la despedida a 35 años de una manera de manejar el poder del fútbol. Algunos se ilusionaron con que por fin llegaría a la AFA algo superador. Otros se permitieron dudar. ¿Qué sucedería con el fútbol argentino sin su líder, su patrón, su figura dominante, el número dos de la FIFA?

12

La implosión posgrondonista (2014-2016)

La herencia de Grondona

El fallecimiento de Julio Grondona el 30 de julio de 2014 marcó un antes y un después en el fútbol argentino. La gran pregunta que se formulaba el ambiente era si con el final de Grondona en la AFA, luego de 35 años de mandato y de un férreo poder construido sobre la base de la viveza y de una envidiable cintura política, las cosas mejorarían, o bien si ante la falta de un sucesor marcado o de dirigentes capaces de manejar el timón de este complicado barco las cosas podrían empeorar aún más y degradarse hasta niveles insospechados.

En muy poco tiempo, quedó claro que no se había previsto ninguna alternativa, y en este sentido, como bien sugirió el prestigioso periodista uruguayo Javier de León[431], el efecto del fallecimiento de Grondona para la AFA fue como el del mariscal Tito para la ex-Yugoslavia. Con su muerte, ese país se despedazó en una década y acabó incluso en una durísima guerra, que necesitó de la intervención de los organismos internacionales.

La AFA pasó, a su nivel y como institución, por un proceso similar. Desde el segundo semestre de 2014, aparecieron las luchas intestinas por el poder, que habían estado congeladas por décadas pero que, en el fondo, resultaban las mismas de siempre: los clubes poderosos, que habían perdido estatutariamente los votos para imponer condiciones, tratando de recuperarlos por la forma en que fuese necesaria, ante la resistencia del grondonismo residual, que aunque debilitado no iba a resignarse a perder lo que tanto le había costado construir.

“Grondona no creó escuela y cuando vio un dirigente capaz lo volteó. Fue una especie de Perón del fútbol”, sostiene Juan Presta, uno de los periodistas más conocedores del día a día de la AFA.

Había quedado atrás una etapa de tres décadas y media en la que la AFA fue manejada como coto de caza, incluso ya vaciada de

contenido en el final, cuando el fútbol de los maletines, los representantes y los intermediarios ya circulaban en buena parte por los restaurantes de Puerto Madero, y el propio Grondona decidía muchas cosas solo por teléfono, desde Zúrich, como vicepresidente senior de la FIFA. Dice Enrique Sacco: "Allí, en la sede del organismo mundial del fútbol, también se había acomodaddo como consecuencia de un mix de viveza criolla e inteligencia". Y cita al propio Grondona: "Las reuniones de FIFA son interminables. Hay que tratar varios temas durante largas horas de debate. Por eso, aprendía que hay que beber poca agua, porque bebiendo poco líquido evitás ir al baño seguido y de esta manera no hay chances de que te voten algún punto en tu ausencia"[432].

Aun así, hubo quienes le rescataron algunas cosas que pueden ser calificadas de positivas o negativas dependiendo del color con que se las mire. Por ejemplo, la implementación de los promedios para el descenso; o el hecho de que en el siglo XXI haya habido 13 campeones diferentes (algo difícil de conseguir en la mayoría de las ligas más competitivas del mundo, aunque pueda ser al mismo tiempo un signo de mediocridad, desde la implementación de los torneos cortos en 1991 a tal efecto); o que en los últimos ocho torneos oficiales haya habido ocho campeones diferentes; o que hayan descendido en esos 35 años todos los clubes grandes menos Boca Juniors. Es que Grondona terminó siendo un personaje que dio lugar a sentimientos ambivalentes, con quienes lo justificaron y quienes lo detestaron.

El hecho de haber podido atravesar como presidente de la AFA nada menos que conviviendo con 14 presidentes argentinos, entre dictaduras y democracias, demuestra un talento especial para poder camuflarse y entender el color político de cada momento, cual Zelig futbolístico, y por eso sacó a relucir su origen radical cuando fue necesario[433], abrió en los noventa las puertas de los grandes negocios de los agentes externos o se volvió estatista en la primera década del siglo XXI porque era lo que tocaba.

De fondo, Grondona no deja de ser un producto de la política argentina, criado en Avellaneda, tierra de los Barceló y Ruggierito, y como tal, se fue convirtiendo en un caudillo zonal, regional, nacional e internacional, siempre con el poncho como abrigo.

Lector fino, aunque sencillo, de lo que ocurría a su alrededor, manejaba como pocos las relaciones del día a día, desde el portero del edificio de la AFA hasta el presidente de la FIFA, y conocía al dedillo a cada uno de los protagonistas.

Presta se pregunta, razonablemente, "¿qué es la AFA?", porque es el tema fundamental de esta historia para poder analizar estos años de grondonato. Y responde:

"No es la representación del fútbol argentino, sino la representación de los dirigentes de los clubes. En España, los clubes están en otra federación y la Federación (RFEF) es un ente rector superior, pero acá no. Está tan mezclado eso… que se castiga a la AFA. Que el Tribunal de Disciplina está dentro de la propia AFA, que los árbitros están dentro de la propia AFA, que son empleados de los mismos dirigentes. Vos le cobrás mal un penal a Arsenal y después tal vez Grondona no te paga el sueldo. Condicionan cosas."

Una de las frases que Grondona repetía asiduamente, y que por ciertas no dejaban espacio para la reflexión y la posibilidad de un planteo para un cambio a futuro, era justamente que "la AFA son los clubes", como si unas pocas personas de un mismo ámbito pudieran sentarse a una mesa y decidir con mano alzada por todos los sectores; como si, por lo tanto, la AFA no albergara a los jugadores, a los árbitros, a las mujeres, al ascenso, a las ligas federales, al fútbol playa, al fútbol de salón.

Grondona construyó una AFA unitaria, en la que el Consejo Federal tenía menos peso que el Ascenso, y con torneos oficiales en los que el mal llamado "interior" tenía escasísima participación. La implementación final de la Copa Argentina en 2011 fue como respuesta a una necesidad electoral y a una rebelión en ciernes, consecuencia del affaire del empresario Daniel Vila, que se había autoproclamado presidente de la AFA con los votos de tantos clubes postergados de todo el país.

Los años de Grondona en la AFA fueron los de las grandes dudas

morales; los de las listas de árbitros tachados por los dirigentes de los clubes poderosos; los del reclamo de los cada vez más desconfiados hinchas para que sus dirigentes tuvieran “peso” en el edificio de la calle Viamonte, olvidándose del ejemplo para ir por el resultado. La AFA convirtió a los hinchas en resultadistas a ultranza, a cualquier costo.

Presta nos da otra pista sobre el porqué de la larguísima duración de Grondona como presidente de la AFA: “Él tenía la ventaja de darse vuelta en el aire y hacía lo que quería la mayoría, y a veces parecían ideas de él aunque podía estar en contra, pero las tomaba como propias”. Una flexibilidad y capacidad de adaptación poco comunes.

Javier Cantero, el ex presidente de Independiente, define a Grondona:

“Un personaje, un Viejo Vizcacha que siempre tenía frases para todo. Negociaba con todos, hasta con los hijos. Me advertía de cosas que nunca supe si eran ciertas o no: un día quise traer a Luis Moreno Ocampo[434] para que me diera una mano desde el punto de vista jurídico. Me pareció un tipo pesado del ambiente judicial y también respetado ante la prensa. Y se lo dije. “Ni se te ocurra —me respondió—, porque anda mal con el Gobierno, te vas a tirar encima la Casa Rosada, Máximo[435] es fanático de Racing y quiere que Independiente se vaya a la B.” Y me quedó eso, porque yo no lo creía. Yo tenía un enfrentamiento con la barra, me estaba yendo a la B, peor que eso ¿qué me podía pasar? Pero me quedé con eso que me dijo de Máximo y fui a hablar con el “Cuervo” Larroque[436]. Me dijo: “No creo, pero igual te voy a averiguar”.”

Con Grondona, árbitros ecuánimes como Javier Castrilli padecieron un sistema injusto, y Horacio Elizondo, a quien el presidente de la AFA le otorgó la escuela formativa de árbitros al regresar del Mundial de Alemania de 2006, donde dirigió la final entre Italia y Francia y expulsó a Zinedine Zidane por un cabezazo a Marco Materazzi, se quejaba de que “eran los dirigentes los que elegían a

los árbitros, pero yo era el que firmaba”.

El saldo de 185 fallecidos[437] por violencia en el fútbol sobre los 312 totales en la historia del fútbol argentino, cuando antes de la asunción de Grondona en 1979 habían sido 102, es otra muestra palpable de la calamitosa política no solo de no asumir las responsabilidades del asunto, sino además de que no hubo empacho alguno en demostrar complicidad con los violentos. Si los integrantes de las barras bravas no solo fueron recibidos en el interior de la AFA sino que incluso se requirieron muchas veces sus servicios, los familiares de las víctimas no tuvieron esa posibilidad simplemente porque no eran funcionales.

Pocos en el mundo pudieron entender esa postal de estadios (muchos de ellos, sin cumplir las condiciones reglamentarias de seguridad en sus respectivas ciudades) semivacíos, sin público visitante y, a veces, sin el local por sanciones por mal comportamiento. Asimismo, nunca hubo explicación para clubes endeudados en tiempos en que nunca se facturó tanto, desde rubros que generaban fortunas en moneda extranjera, gastando en la moneda local, lo que debería dar como resultado un momento floreciente y sin ninguna necesidad.

Y menos se pudo entender, fuera de los límites argentinos, que una AFA llena de sponsors y que albergó a los mejores cracks de estas décadas, como Mario Kempes, Diego Maradona y Lionel Messi, haya ganado tan pocos títulos y tampoco haya generado un superávit como para sostener una liga más competitiva, manteniendo por mucho más tiempo a sus mejores valores.

Grondona, a la mejor usanza de la política nacional, instaló un sistema amiguista y clientelista en el que los negocios particulares y los intereses políticos se privilegiaron sobre el camino deportivo. Al mismo tiempo, siempre mantuvo un discurso futbolístico para justificar sus acciones. Jugó todo el tiempo para su “Partido del Fútbol” contra todo partido político tradicional. Se definió como un “hombre del fútbol”, una pasión que nació como tal y derivó en abundantes negocios.

Tras su muerte, a poco menos de un año para completar su mandato, se planteó la sucesión. Allí apareció el vicepresidente

primero de la AFA, Luis Segura, como el lógico continuador de la transición hasta el llamado a nuevas elecciones.

Segura transición, y no tanto…

Lo primero que hizo Segura, ni bien asumió, fue reunirse con los presidentes de Boca, Daniel Angelici, y de River, Rodolfo D'Onofrio, y luego, con el resto de los titulares de los clubes grandes, Víctor Blanco (Racing), Hugo Moyano (Independiente) y Matías Lammens (San Lorenzo). Quería obtener consenso y garantías de que le dejarían completar el mandato de Grondona, y de paso era una forma de ganar tiempo para la nueva época que venía para la AFA, aunque la mayoría ni se imaginaba lo que llegaría apenas meses más tarde, tanto en el nivel nacional como en el internacional.

Así, Segura era votado de manera unánime por los cincuenta asambleístas de la AFA para la presidencia poco menos de tres meses más tarde, el 24 de octubre de 2014 (con mandato hasta el 25 de octubre de 2015), sin disidencias ni oposiciones. En su mensaje a la Asamblea, el propio Segura dijo que esa unanimidad "tira por tierra los rumores de facciones o divisiones con seis, siete o diez en contra. 2015 será el año más difícil y debemos dejar de lado algunas aspiraciones personales en pos del fútbol".

Sin embargo, la composición del nuevo Comité Ejecutivo de la AFA ya mostraba una clara negociación con un sector que no veía las cosas del mismo modo que los más cercanos al nuevo presidente, que estaba enrolado en una línea grondonista tradicional. Eran los casos de Angelici y D'Onofrio, que habían quedado como vicepresidentes, que de a poco iban a ir planteando desacuerdos y un nuevo rumbo; o Eduardo Spinosa, titular de Banfield, que reemplazaría en la tesorería a José Lemme, presidente de Defensa y Justicia y de la misma línea que el presidente de la AFA. En cambio, como secretario general quedaba Miguel Silva, vicepresidente de Arsenal y un claro aliado de Segura, quien definía esta etapa como "de adecuación de la forma en que dirigía 'Don Julio' a la nuestra".

Luis Segura, con 73 años en el momento de asumir, es el dueño de la empresa de alfajores Amalfi y de una cadena de farmacias y

droguerías. Era vicepresidente primero de la AFA desde 2002. Provenía de Argentinos Juniors, con 40 años de dirigente en el club, en el que fue vicepresidente entre 1977 y 1981, años de dictadura cívico-militar, y ya desde 2002 fue presidente.

Grondonista, aunque con algún pequeño matiz crítico porque no terminaba de cerrarle el manejo personalista de la AFA, había cultivado un bajo perfil en la calle Viamonte. Pero en 2013 comenzó a ser conocido porque circularon rumores de obrar supuestamente en beneficio propio a cambio de la pérdida de categoría de su club para favorecer la permanencia de un club grande, lo que lo llevó a presentar la renuncia a la vicepresidencia. Sin embargo, con su equipo siguiendo en Primera A, continuó en el cargo. Luego volvió a la notoriedad cuando, tras el Mundial de Brasil de 2014, fue acusado de revender entradas a hinchas argentinos junto a otros miembros de la delegación de la AFA.

Segura convocó al showman televisivo y vicepresidente de San Lorenzo Marcelo Tinelli para que se hiciera cargo del departamento de Prensa y Comunicación de la AFA, pero políticamente lo miraba con desconfianza: sabía de su íntimo deseo de ser presidente de la institución en un futuro próximo, aunque lo aliviaba que, por estatuto, no llegaba a tiempo para 2015, cuando serían convocadas las nuevas elecciones, porque no cumplía con los cuatro años de antigüedad en el cargo en su club. Matías Lammens, presidente de San Lorenzo y aliado de Tinelli, quedó como protesorero de la AFA.

Ese alivio de Segura (quien conocía la estrecha relación entre Tinelli y los hijos de Julio Grondona, con quienes había jugado al fútbol de joven y llegó a dormir en su casa) aumentó cuando se enteró, desde los más altos niveles del Estado, que no había ninguna intención de que el showman fuera próximamente presidente de la AFA. En efecto, el llamado había provenido de Hernán Reibel Meier, subsecretario de Comunicación Pública de la Presidencia de la Nación, como puente con Máximo Kirchner, líder de la agrupación La Cámpora e hijo de la presidente argentina Cristina Fernández de Kirchner.

Las cosas cambiaron desde que el 20 de enero de 2014 Tinelli fue recibido por el entonces jefe de Gabinete, Jorge Capitanich, con la idea de que se hiciera cargo de la producción comercial y artística

de Fútbol Para Todos, con el fin de cambiarle la cara y agregar publicidad privada, aunque de fondo también era una manera de atraer al muy popular conductor televisivo para el oficialismo cuando se acercaban las elecciones presidenciales. Se llegó a dar casi por hecho un cambio en el staff de Fútbol Para Todos, a partir de plantear una renovación, pero todo se desmoronó. La excusa fue el diseño del logo aportado por parte de la empresa que representaba Tinelli, Ideas del Sur, al que vieron demasiado parecido al de la aerolínea chilena LAN. Sin embargo, en realidad lo que hubo fue una resistencia a cederle poder al vicepresidente de San Lorenzo por parte de la agrupación La Cámpora.

Una de las grandes y últimas herencias de Grondona fue el torneo de treinta equipos en Primera División para 2015. Esto no solo implicaba un enorme aumento de clubes y de partidos por fin de semana, sino también un cambio rotundo en el calendario de la competencia. Se pasaba de treinta años de temporadas que seguían los tiempos europeos a los tiempos anteriores a 1985/1986, cuando los dos campeonatos argentinos (Metropolitano y Nacional) se jugaban de febrero a diciembre. Aún más: al tratarse de una sola competencia anual, en cierto modo representaba un regreso a 1966, previo a la implementación de los torneos nacionales que ideara Valentín Suárez.

El torneo de treinta equipos arrastraba una serie de problemas, como la necesidad de un aporte mayor por parte del Estado a través del programa Fútbol Para Todos, porque implicaba pasar de los diez partidos de cada fecha a quince. Esto lo había propuesto Grondona al Gobierno meses antes de morir, pensando en aumentar la caja, cuando comprobó lo complicado que era implementar lo que él llamaba “PRODE bancado”, el sistema de apuestas online, en el contexto de un fútbol argentino que sembraba desconfianza a cada paso. ¿Cómo no pensar que la barra brava de cualquier equipo de una categoría del ascenso podía amenazar en la semana a cualquier jugador para que provocara un penal, un gol en contra o se hiciera expulsar para favorecerse con las apuestas?

Pero otro de los inconvenientes era el del calendario. Jugar de febrero a diciembre, luego de tantos años, cuando en Europa los torneos comienzan a fines de agosto y finalizan en mayo del año

siguiente, implicaba estar a trasmano para la venta de jugadores a ese continente. Significaba o bien perder mercado, o bien perder jugadores en la mitad del desarrollo de un campeonato, porque se irían en el receso de mayo a agosto, y los equipos acabarían con planteles distintos a los que empezaron jugando, algo que desde hace muchos años ocurre en Brasil con el inmenso torneo nacional llamado Brasileirao.

Asimismo, para el torneo de treinta equipos debían ascender diez equipos, para sumarse a los veinte originales, lo cual no dejaba de ser un regreso casi total a la creación del Nacional B en 1986, porque empujaba a las otras categorías a que muchos clubes ascendieran para ir ocupando los espacios.

Treinta años antes, la implementación del Nacional B había generado que muchos de los equipos de Primera B Metropolitana que no ascendieron al torneo siguiente necesitaran, a partir de allí, dos ascensos para llegar a Primera A, cuando antes requerían solo uno. Es decir, se había tratado de un descenso encubierto, y con estos diez ascensos la situación parecía volver a enderezarse, en cierta forma, incluso blanqueada, pero con una poco sutil diferencia: el torneo largo de treinta equipos comenzaría a jugarse en 2015, año de elecciones tanto nacionales para presidente como en la misma AFA, y entonces se veía con buenos ojos y refregándose las manos que varios de esos equipos que ascendieran fueran de distintas provincias.

Esos clubes poderosos, provenientes del Nacional B, iban a generar una nueva atención por TV desde distintas provincias de todo el país. Asegurarían un encendido mucho mayor. A su vez, aparecería un nuevo negocio: el de los auspiciantes estatales de cada administración, es decir, una caja mucho más amplia. Esto abría la transmisión de una orientación federalista que empezaba a recuperarse con la implementación reciente de la Copa Argentina.

Así fue que Grondona consiguió que el Mínimo Anual Garantizado llegara a los 1.400 millones de pesos para 2015, lo cual significaba 120 millones de pesos mensuales para el fútbol argentino desde el Estado, cuando hasta diciembre de 2014 el aporte había sido de 1.195 millones. Pese a tamaño aporte, la deuda de los clubes ascendía a 691.237.789,07 pesos, más de la mitad de lo que la AFA

había percibido en todo el año anterior.

La movida no terminó saliendo como se preveía, y solo cuatro equipos de los treinta resultaron estar fuera de la zona pampeana: Crucero del Norte (Misiones), Godoy Cruz (Mendoza), Belgrano (Córdoba) y San Martín (San Juan). Se sumaban a siete de la ciudad de Buenos Aires, diez del Gran Buenos Aires y cinco de la provincia de Santa Fe. No había demasiado federalismo.

La gran pregunta era cómo los clubes habían podido endeudarse tanto en tan poco tiempo, más allá de las eternas deudas que siempre arrastraban. Desde 2009, habían pasado a cobrar el triple que antes, y con el agregado de más equipos la suma aumentaría, pero los déficits eran enormes.

Dos meses antes de la muerte de Grondona, el 16 de mayo de 2014 la entonces diputada Graciela Ocaña (del partido Confianza Pública) presentó una denuncia por “malversación de fondos públicos” contra los tres jefes de Gabinete comprendidos durante el programa Fútbol Para Todos, Aníbal Fernández, Juan Manuel Abal Medina y Jorge Capitanich, y contra el propio presidente de la AFA ante el juzgado de María Servini de Cubría.

Lo que el Estado había invertido entre el dinero del programa Fútbol Para Todos hacia la AFA y la producción periodística se calculaba en unos 6.656 millones de pesos. La entidad futbolística había recibido oficialmente 5.152,5 millones.

Una investigación de la Auditoría General de la Nación detectó una diferencia de 179 millones de pesos entre la erogación estatal y lo recaudado por la AFA cuando también descubrió que, desde 2009, la deuda de los clubes se había incrementado en 1.000 millones de pesos. Por esa razón, la jueza decidió colocar en la institución futbolística tres veedores económicos[438] “en carácter de informantes, sin inmiscuirse en la administración de la AFA”, con lo cual se trataba de una virtual intervención, aunque esta palabra jamás era utilizada para no caer en problemas con la FIFA, que por su propio estatuto no acepta ningún tipo de injerencia estatal en las federaciones nacionales afiliadas.

Aun así, el Estado siguió invirtiendo en el Fútbol Para Todos: 960

millones en 2014 (1.410 junto con los gastos de producción) y 1.200 en 2015 (1.634).

Mientras todo esto pasaba, y comenzaba a estallar la corrupción económica que ligaba a la AFA con el Estado, la división entre los dos sectores políticos que nucleaban a los distintos dirigentes aumentaba a pasos agigantados.

Tinelli estaba dispuesto a dar batalla para presentarse como candidato a presidente a fines de 2015, algo que comenzó a insinuarse lentamente. Pero luego pudo comprobarse que iba alineando a sus partidarios, que de fondo eran los que, pasado el grondonismo, proponían un regreso a tiempos pretéritos, cuando los clubes con mayor representatividad disponían de mayor peso a la hora de votar y estaban convencidos de que era necesario un nuevo orden en el fútbol argentino. Esto incluía otro formato de torneos, una mayor explotación de los recursos de marketing y publicidad, un mayor aprovechamiento de la gran estrella de estos años —el crack del Barcelona Lionel Messi— y otra relación con los medios de comunicación y uso de los derechos de TV.

Este grupo estaba representado por la casi totalidad de los clubes grandes, salvo Independiente, cuyo presidente, el poderoso sindicalista Hugo Moyano, se alió con su yerno Claudio Tapia, presidente de Barracas Central, que iba conformando una línea interna denominada Ascenso Unido. Esa línea aparecía más cerca de los clubes apegados a Segura y al viejo grondonismo, con la idea de mantener el statu quo y el mismo sistema de votación del pasado, aquello de “un club, un voto”.

El sector más cercano a Tinelli, quien se mostraba como renovador y, en cierto modo opositor, aunque al mismo tiempo tenía un cargo dirigencial en la AFA, manifestaba preocupación por el reparto del dinero del Fútbol Para Todos con un torneo de tantos equipos, por miedo a que fuera menor. Pero desde la AFA, Grondona había advertido a los diez que provinieran del ascenso que ya era bastante el premio deportivo y que, una vez en Primera A, deberían contentarse por los primeros meses con los mismos fondos de sus anteriores tiempos en el Nacional B.

De todos modos, muerto Grondona, no había forma de calmar a los

clubes grandes y a la clase media alta del fútbol: querían conocer los contratos, cuánto dinero entraba a la AFA por cada uno de los conceptos, cómo era su economía real y cuáles eran los recursos.

Lo que tenían en claro era que así no se podía continuar, y comenzaba a surgir un principio de idea de una liga con una organización paralela a la AFA, que manejara los derechos de TV, tal como ocurría en torneos de referencia como el español, organizado por la Liga de Fútbol Profesional (LFP), o la Premier League inglesa, separada de la Football Association (FA).

Desde el sector de Segura, con el que se aliaba Moyano, se desconocían públicamente estos movimientos y hasta se los denostaba. “El fútbol no se hace cortando polleritas. Te dedicás al fútbol de lleno o no”, decía el dirigente de Boca Juan Carlos Crespi desde Londres junto a la Selección Argentina[439]. Mientras tanto, Tapia, el yerno de Moyano, ironizaba con los que “quieren ser presidentes de la AFA y se pintan la boca en la TV”.

El torneo de treinta equipos previsto para 2015 obligó a organizar otro más corto, de transición, para el segundo semestre de 2014, debido a que la temporada 2013/2014 había finalizado con el calendario utilizado desde 1985/1986. Pero en el final del año tampoco era claro cómo sería el sistema del nuevo campeonato anual: si todos contra todos en una rueda, o bien en dos grupos de 15 equipos cada uno. Todo era un gran caos.

El otro punto a resolver, y de manera urgente, fue el referente a la Selección Argentina. Acabado el Mundial de Brasil, y con la frustración de haber estado tan cerca de ganarlo después de perder en el alargue de la final y de manera ajustada ante Alemania, el director técnico Alejandro Sabella decidió no continuar.

Por ese entonces, desde varios dirigentes de peso en la AFA había consenso en que se necesitaban cambios profundos, y no solo con la Selección mayor. Una duda había quedado sobre la continuidad de Carlos Salvador Bilardo, quien seguía siendo manager; además, se buscaba un director técnico que pudiera ser del gusto de Messi y la mayoría de las estrellas de la Selección, y que albergara, en lo posible, un plan para los equipos juveniles.

Gerardo Martino había anticipado un año su salida del Fútbol Club Barcelona, desgastado por una temporada con demasiados problemas institucionales que repercutieron en el equipo, pero conservaba una buena relación con Messi y Javier Mascherano, dos referentes del plantel argentino. Asimismo, tenía una excelente comunicación con Sabella, con quien conversaba cada vez que el entrenador anterior viajaba a ver a sus jugadores antes de las convocatorias. Así fue que los dirigentes de la AFA se encontraban negociando con Martino, quien pretendía que llegara a los juveniles un conocido suyo de Newell's Old Boys desde los tiempos de jugador, con quien tenía un proyecto propio, Jorge Theiler, en reemplazo de Humberto Grondona.

La muerte de Julio Grondona determinó la renuncia de Bilardo, deprimido por la noticia, y Martino fue contratado justo cuando comenzaba una nueva etapa en el fútbol argentino. Para los juveniles, no había tiempo. Humberto Grondona ya venía trabajando con el equipo sub-20 para el Torneo Sudamericano de enero en Uruguay, y se decidió que el propio director técnico de la Selección mayor dirigiera en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro de agosto de 2016.

En el principio de su trabajo, Martino observaba cierto caos institucional, pero ya conocía, por Sabella, que la Selección Argentina era una especie de nube en la que se podía desarrollar la actividad, aunque habría un nuevo y decisivo factor: la ausencia de Grondona. Las cosas se fueron complicando paulatinamente.

En mayo, los dos grupos dirigenciales en pugna atravesaron aún dos cortes fundamentales en el devenir de un 2015 que aparecía como un año muy agitado. El 15, Boca recibía a River en la Bombonera por la revancha de los cuartos de final de la Copa Libertadores de América. Los locales habían perdido 1-0 en el Monumental y estaban empatando sin goles cuando, en el entretiempo, un conocido hincha de Boca, Adrián "Panadero" Napolitano, arrojó gas pimienta en el vestuario de River, desatando un escándalo internacional, con el partido suspendido y la descalificación de Boca del torneo, que luego River acabó ganando.

Este hecho, además, provocó la renuncia del presidente de Boca, Daniel Angelici, a la vicepresidencia segunda de la AFA, por no

sentirse respaldado ante el conflicto que se había generado con River y con la Conmebol. De todos modos, la salida de Boca del Comité Ejecutivo no incluía la representación, sino el cargo.

Angelici, reconocido macrista —su llegada a la presidencia de Boca se debió al apoyo explícito recibido por Mauricio Macri—, aprovechó la circunstancia de su renuncia para introducir desde meses antes de las elecciones presidenciales nacionales temas relacionados con la política, como denunciar que la AFA se encontraba en un virtual estado de intervención por parte del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner; que había gastos exagerados; que en el pasado Mundial se había perdido dinero (cuando la AFA había cobrado 25.000.000 de dólares desde la FIFA), y que en la Copa América de Chile la Selección Argentina cobraría lo mismo que la de Jamaica pese a las estrellas internacionales que componían su plantel[440].

Angelici se refería a la frase del secretario de Seguridad de la Nación, Sergio Berni, acerca de que había que intervenir la AFA, aunque sería desmentido por el jefe de Gabinete, Aníbal Fernández, quien aclaraba que el tema “no está en la agenda”. Berni, además, había manifestado que el operativo policial (1.300 efectivos) para el partido entre Boca y River había sido “un éxito”,

Todos jugaban su partido: Angelici mantenía estrechos vínculos en el Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires; Rodolfo D’Onofrio, el presidente de River, había ingresado al césped de la Bombonera para acercarse a sus jugadores y se alejó, recriminado por el director técnico de Boca, Rodolfo Arruabarrena; mientras que otros ligaron la frase de Berni, quien tuvo un entredicho con el veedor de la Conmebol, Roger Bello, con su cercanía con Daniel Scioli, entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires y candidato a la Presidencia de la Nación. El titular “millonario” ganó puntos con la obtención de la Copa Libertadores y su voz fue cada vez más crítica con la conducción de la AFA.

Días antes, la fecha del fútbol argentino había estado suspendida por el fallecimiento de Emanuel Ortega, de 21 años, jugador de San Martín de Burzaco, de Primera C. Se había dado la cabeza contra un paredón, a solo un metro de distancia, lo que le produjo fractura de cráneo, en el partido ante Juventud Unida. Este hecho provocó

algunas investigaciones periodísticas sobre la escasa protección a los jugadores en los partidos, especialmente en las divisiones inferiores y las categorías de ascenso, pero el tema se apagó con el correr de los días, sin que muchos clubes le prestaran la debida atención.

Mientras tanto, en Zúrich, en Buenos Aires, en todo el mundo…

Pero si esto ocurría en Argentina, el mundo del fútbol se conmovió el 27 de mayo cuando, en la madrugada de Zúrich, se produjo una redada en el hotel Baur au Lac, en el que se encontraban alojados los dirigentes de las distintas federaciones americanas con miras a la elección presidencial de la FIFA.

Por un pedido de captura de la Interpol, eran apresados en la ciudad suiza los principales dirigentes de la Conmebol y Concacaf, involucrados por dos causas diferentes: una, acerca de un supuesto cohecho para el voto, en 2010, por la candidatura de Qatar como sede del Mundial de 2022; pero especialmente, la que investigaba la fiscal de Nueva York Loretta Lynch estaba relacionada con coimas para otorgar los derechos televisivos de los torneos más importantes a empresas privadas. Las investigaciones incluían casos de soborno, fraude y lavado de dinero. En su alocución, la fiscal Loretta Lynch se refirió a la actividad de los dirigentes involucrados como "organización mafiosa, fraude masivo y blanqueo de dinero, corrupción rampante, sistemática y profundamente enraizada".

Las autoridades suizas aprovecharon que los dirigentes de todas las federaciones estaban reunidos en Zúrich con motivo del 65o Congreso Extraordinario de la FIFA para elegir presidente para el próximo período, entre el vigente en ese momento, el suizo Joseph Blatter, y el príncipe jordano Alí Bin Hussein.

Lo ocurrido causó un gran impacto en la dirigencia futbolística sudamericana y, en especial, en la argentina. De hecho, el fútbol argentino era uno de los que más había aportado, con cinco involucrados: los dos secretarios generales de Grondona y de la Conmebol, Eduardo Deluca y José Luis Meiszner —también investigado por el juez Claudio Bonadío por presunto lavado de dinero—, y tres empresarios ligados a los medios de comunicación: Hugo Jinkis y su hijo Mariano, de la empresa Full Play, y el

argentino radicado en Brasil Alejandro Margulies. Si Grondona usaba un anillo que decía “Todo pasa”, Meiszner, sugestivamente, lo complementaba con otro, en su mano izquierda, que decía “Algo queda”.

También cayeron, muchos de ellos con solicitud de extradición a Estados Unidos, los más poderosos dirigentes de la Conmebol, desde su ex presidente, el paraguayo Nicolás Leoz, hacia abajo. Todas las federaciones sudamericanas quedaron descabezadas y en estado de conmoción, con sus dirigentes imputados en hechos de corrupción que iban saltando día a día, aunque en especial por un cohecho de 110 millones de dólares a cambio de la cesión de derechos televisivos para las copas América hasta 2023.

La investigación había comenzado en 2011. Todo explotó cuando el estadounidense Chuck Blazer, ex secretario general de la Concacaf, fue suspendido por 90 días por haber recibido cohecho por 20.000.000 de dólares y, entonces, actuó como topo para conseguir que le redujeran la sanción. Mediante la figura del arrepentido, grabó conversaciones para el FBI que son las que, junto a José Hawilla, de la empresa brasileña Traffic, determinaron la mayoría de las detenciones.

Pocos días después, en medio de la agitación que había causado la situación, Joseph Blatter renunció a la presidencia de la FIFA pese a que se había impuesto a Alí Bin Hussein en una votación sumamente irregular, con muchos dirigentes ausentes por haber sido detenidos y otros (como el presidente de la Confederación Brasileña de Fútbol, Marco Polo del Nero) regresando de inmediato a sus países. Tampoco quedaba claro qué era lo que había votado la propia delegación argentina, que ya había aparecido en Zúrich con la misma división que arrastraba desde Buenos Aires.

D’Onofrio, representante del sector cercano a Tinelli, afirmó que el voto argentino había sido emitido a favor del “sheik” —en referencia al príncipe Alí Bin Hussein—, hecho que generó muchísimas dudas. Sonaba a una declaración que buscaba colocarse en un lugar conveniente, luego de lo que había ocurrido con los dirigentes sudamericanos de la vieja guardia. ¿La AFA votaba por un candidato antisistema al que apoyaba Diego Maradona? ¿El sector más cercano a Luis Segura, viejo aliado de Grondona, iba a

votar contra sus aliados históricos? Lo cierto es que la renuncia de Blatter dejó tranquila a la delegación nacional. Todo había quedado en la nada y el camerunés Issa Hayatou resultó a cargo interinamente del poder.

Grondona, con su muerte, había gambeteado una casi segura prisión y, tal vez, la extradición a Estados Unidos, aunque de no haber sido así también habría quedado como "presidente interino del mundo" por haber sido el número dos de la FIFA. En el informe que manejaba la fiscal, se lo mencionaba como "coconspirador #10".

Las consecuencias de lo ocurrido en Zúrich —lo que se dio en llamar FIFA-Gate— se vivieron apenas un mes y medio más tarde en Chile durante la Copa América y casi sin dirigentes: hoteles vacíos, con habitaciones ya reservadas y pagadas, pero sin nadie que apareciera por miedo a que fueran detenidos los pocos que quedaban. Se llegó a una situación por la que, a horas de la final, no se sabía quién entregaría la Copa al ganador, y el español Ángel Villar, vicepresidente de la FIFA, era la única autoridad visible en ese momento. No fue casualidad que se sumara el ítalo-suizo Gianni Infantino, secretario general de la Unión de Federaciones de Fútbol Europeas (UEFA, por sus siglas en inglés), quien ya vislumbraba que en las próximas elecciones para presidente de la FIFA podía reunir alguna chance, dado que el presidente de la UEFA, el francés Michel Platini, estaba siendo observado en sus movimientos después de que Blatter tuviera que renunciar. Infantino, entonces, llegó a Chile en uno de sus primeros actos de campaña, aunque finalmente fue el paraguayo Juan Ángel Napout, todavía presidente de la Conmebol[441], quien apareció en el acto final; había llegado minutos antes y se fue de Chile apenas horas después.

Mientras tanto, en Buenos Aires aumentaba la distancia entre los que pretendían que Segura continuara siendo presidente de la AFA y los que proponían a Tinelli, quien estaba en la búsqueda de los avales para que fuera aceptada su candidatura, aunque no reuniera las condiciones temporales requeridas como dirigente. En paralelo, tibiamente había aparecido una tercera posición, la del presidente de Belgrano de Córdoba —uno de los más ordenados en lo económico— Armando Pérez, quien buscaba representar a los clubes del interior del país y también a muchos que se ubicaban en

el medio y que no estaban decididos por ninguno de los dos candidatos.

Mientras la grieta futbolística aumentaba, continuaban destapándose ollas con salpicaduras para distintos lados. Alejandro Burzaco, ceo de Torneos y muy cercano a Grondona en los últimos meses antes de su fallecimiento, aparecía como uno de los máximos involucrados en la corrupción por el FIFA-Gate. Había logrado escapar casi milagrosamente del hotel Baur au Lac, pero tras unos días en carácter de prófugo había negociado su detención en las comodidades de una residencia en Bolzano, Italia, hasta que fue trasladado y juzgado en Estados Unidos.

Ya nadie tenía relación con él: tanto desde el Gobierno, del que había sido interlocutor y nuevamente vecino a una empresa defenestrada en los inicios del Fútbol Para Todos, como desde el Grupo Clarín, socio en TRISA desde los tiempos de Fútbol de Primera y el monopolio de los partidos televisados. Nadie quería saber nada de Burzaco; hasta Torneos acabó reemplazándolo por Ignacio Galarza.

Si algo quedaba claro para los dirigentes del fútbol argentino, era que aquellos tiempos de influencias en la FIFA habían quedado atrás. Sin Grondona, y con sus aliados caídos en el FIFA-Gate, las posibilidades de cierto peso en Zúrich eran ahora muy escasas, y había que intentar volver a escalar despacio para conseguir aquel lugar privilegiado. Las circunstancias habían cambiado completamente y ni siquiera era visible hacia dónde se dirigía la dirigencia del fútbol mundial, tan observado y tan castigado por la crítica.

Por si resultaba poco, en Buenos Aires se conocían escuchas con la participación de Grondona en distintas situaciones cercanas a la corrupción, que si bien no sorprendían demasiado corroboraban todo lo que se suponía a lo largo de sus décadas como dirigente. En estos documentos de audio, queda probado el circuito que Grondona tenía armado con árbitros (por ejemplo, da a entender que se intentó favorecer a Boca en la Copa Libertadores ante el Corinthians con la designación del paraguayo Carlos Amarilla); o la existencia de poco menos que un “teléfono rojo” con la presidente que “me adora” y que era capaz de hacer lo que ella le dijera con

tal de obtener caja para el fútbol; o diálogos con el secretario general del sindicato de futbolistas, Sergio Marchi, por los derechos comerciales de los jugadores, mientras negociaba con las principales empresas de playstation; o hasta intentos de evasión sistemática de impuestos en diálogo con su contador, a partir de hacer rendir como se pudiera los dólares recibidos como viáticos de la FIFA; o asociándose a Burzaco para fingir problemas de seguridad en el partido entre San Lorenzo y Argentinos Juniors para trasladar el partido al lunes para la TV. Todo era posible en su dimensión.

Sumado a eso, un programa de TV llamado Periodismo Para Todos[442], conducido por Jorge Lanata, denunciaba entonces que en 2013 el representante de jugadores Miguel Pires había hecho contacto con el empresario constructor Lázaro Báez, muy cercano a la familia Kirchner. Buscaba así blanquear dinero adquiriendo jugadores para Racing Club, que llegó a viajar a Río Gallegos para jugar un partido ante Boca de esa ciudad, cuyo presidente era Martín Báez, hijo de Lázaro, uno de los principales beneficiarios en otorgamiento de licitación para obras públicas entre 2003 y 2015[443].

Graciela Ocaña ya había denunciado a la administración de Cristina Fernández de Kirchner por sobreprecios en el pago de derechos internacionales a Torneos por 42.700.000 dólares. En diez años, la deuda de los clubes argentinos con la AFA aumentó un 473%, de 176 millones de pesos a 985 millones. Los ingresos del Fútbol Para Todos habían aumentado de 268 millones de pesos anuales a 600 millones. El descontrol era generalizado.

Otro escándalo surgió, al mismo tiempo, por la forma de cobro del dinero de Fútbol Para Todos a partir de cheques que los clubes estaban obligados a cambiar en determinadas cuevas financieras o cooperativas. Allí les descontaban un 40%, incluso a veces aún más. En eso consistía el verdadero retorno. Una de las casas involucradas en estos cambios de cheques es la Cooperativa Amigal[444], con treinta años en la City. La Unidad de Información Financiera (UIF) pidió su indagatoria, al adjudicarle ser “beneficiaria final” de Aldyne (Islas Seychelles), que administraba 123 empresas offshores de Mossack Fonseca en Las Vegas, a pedido de Helvetic Services Group. Galitis fue involucrado por la diputada nacional Elisa Carrió

(de la Coalición Cívica-ARI) como asociado a Angelici. El gobierno de Mauricio Macri le llegó a pedir a la jueza Servini de Cubría que el dinero del Fútbol Para Todos quedara en Tribunales, pero esto no fue aceptado. También se llegaron a cambiar cheques con cooperativas de Santa Cruz y los bancos Nación y Macro. Los cheques operaban con el Banco Nación porque cooperativas actuantes tenían como respaldo el Crédito del Bicentenario a tasa anual del 9%[445].

Se mencionaron hasta 230 empresas agropecuarias intervinientes en estos hechos, por lo que la jueza Servini abrió un expediente, como incidente separado de la causa principal, y solicitó a la AFIP, al Banco Central, a la Inspección General de Justicia (IGJ), a la UIF y al Instituto Nacional de Economía Social (INAES) para que informaran si las firmas eran reales o fachadas creadas para cambiar cheques por efectivo a tasas de interés usurarias al 70% anual o para ocultar a los verdaderos cobradores. Esto se debe a que los veedores de AFA encontraron "cientos de irregularidades"; cheques sin endoso que no se sabe quién cobró, otros endosados por una pañalera o consignatarios de ganado, y por las cooperativas involucradas.

Y para no ser menos, también Futbolistas Argentinos Agremiados (FAA) apareció involucrado con su ONG El Futbolista, con 40.000.000 de pesos en una cuenta del Banco Río y tres plazos fijos en el Banco Ciudad de 9.500.000 pesos; 2.800.000 pesos y 4.600.000 pesos. El Futbolista es una organización dedicada a "promover, defender y propiciar el desarrollo de la sana práctica del fútbol en la Argentina". Había firmado un convenio con la AFA el 31 de agosto de 2009, apenas 11 días después de la firma del contrato de Fútbol Para Todos con el Estado. La ONG alega que se trata de un porcentaje del monto total que recibe la AFA por los contratos de TV y que es el mismo que recibía desde TRISA. Entre 2000 y 2015, percibió 90.000.000 de pesos.

El expediente judicial comprobó que la ONG tiene 6.800.000 pesos en bonos en el exterior y 2.000.000 de dólares en cajas de seguridad en el banco HSBC por más de 1.500.000 dólares que estaban "termosellados".

El Fútbol Para Todos kirchnerista acabó con el procesamiento de los

tres jefes de Gabinete que tuvieron intervención en el programa desde 2009, Juan Manuel Abal Medina, Jorge Capitanich y Aníbal Fernández, por parte de la jueza Servini por incumplimiento de los deberes de funcionario público, por no haber podido controlar el destino de los fondos otorgados por el Estado a la AFA. La medida alcanzó también al ex vicegobernador de la provincia de Buenos Aires, Gabriel Mariotto, porque como coordinador del programa tenía a su cargo la custodia de los ingresos de la explotación comercial. Mientras que a otro ex coordinador del programa, Pablo Paladino, la jueza lo procesó por "violación de los deberes de funcionario público".

A su vez, el presidente de la AFA Luis Segura y los dirigentes Rafael Savino, Carlos Portell, José Lemme, Miguel Silva, Eduardo Spinoza y el ex gerente de la AFA Rubén Raposo fueron procesados por "administración fraudulenta en perjuicio de la administración pública". Servini declaró "extinguida" la acción penal contra Grondona, ya fallecido, aunque aclaró que le hubiese correspondido el procesamiento por varios delitos.

En este punto, cabe detenerse en algunas de las respuestas de Mariotto a requerimiento de la jueza. El ex funcionario de la provincia de Buenos Aires señaló que en las cláusulas dispositivas del contrato suscripto entre la AFA y el Estado "no se encontraban previstos mecanismos de control que obligaran a la AFA a acreditar, en forma periódica, el cumplimiento de acciones de saneamiento financiero y reordenamiento. La ausencia de cláusulas o facultades de esta naturaleza no permite al Estado monitorear el resultado de las acciones [...] y determinar, en su caso, en qué momento esta finalidad se encuentra cumplida". Mariotto sostuvo que debieron firmar con la AFA "apurados por el inminente comienzo del torneo 2009", y por esa razón "se debieron tomar las medidas de urgencia tendientes a garantizar la transmisión de los partidos de dicho campeonato".

Resulta interesante que la justificación de un funcionario estatal haya sido el apuro por la necesidad de que comience un torneo de fútbol, dándole una importancia que resulta superior a la del propio Estado.

La constitución del Comité Ejecutivo incluía tanto a partidarios de

Tinelli como de Segura tras la muerte de Grondona, y también ingresó el dirigente de Estudiantes de San Luis Carlos Ahumada Kurz, de extraño recorrido en el pasado. Kurz se suele definir como un "perseguido político" en México, luego de utilizar allí una cámara oculta en la que aparece intentando sobornar a dirigentes cercanos al candidato presidencial local Andrés López Obrador, a partir de lo cual este disminuyó sus chances de ser elegido. La llegada de Ahumada Kurz a la clase política se debe a su pareja, Rosario Robles, hoy ministra de Gobierno de Enrique Peña Nieto.

Regresó a Argentina en 2007 para gerenciar Talleres de Córdoba a través del ex jugador Martín Vilallonga, a quien conoció en México, y de Carlos Granero, hermano del titular del SEDRONAR. El director técnico de Talleres en ese tiempo era Humberto Grondona, el hijo del presidente de la AFA. Ya en el gerenciamiento de Estudiantes de San Luis, fue acusado por Martín Lanatta, involucrado en el triple crimen de General Rodríguez relacionado con el tráfico de efedrina de pagarle 5.200.000 dólares a Aníbal Fernández, a quien reconoció que lo visitó en su despacho. En la declaración ante la jueza Servini, dijo que solo "hablamos de fútbol y de jugadores" y que hasta allí lo llevó "una persona que trabajaba en las inferiores de Quilmes de apellido García". Casualmente, en las escuchas telefónicas Grondona aparece diciendo que "el único club que me interesa es Estudiantes de San Luis".

Cuando José Luis Meiszner, dirigente de Quilmes, AFA y Conmebol y de estrecho vínculo con Aníbal Fernández (actual presidente de Quilmes y quien designó en el RENAR a Andrés Meiszner cuando fue ministro del Interior), fue detenido por el FIFA-Gate, nombró como abogado a Omar Daer, el mismo que defiende a Martín y Christian Lanatta, involucrados en el triple crimen de General Rodríguez.

Por si fuera poco, desde hacía varios años que alrededor del fútbol venían actuando "grupos empresarios" (así llamados por buena parte de la prensa) de dudoso origen y de grandes fortunas, que se llevaban pases de jugadores argentinos (totales o porcentajes de ellos) con fondos opacos y que hasta llegaron a terminar manejando clubes[446].

Elecciones

Con todos los problemas que arrastraba Segura, el presidente interino de la AFA, mucho más expuesto en el complejo día a día de la institución acostumbrada de tantos años a la muñeca política de Grondona, las chances de Tinelli para llegar al sillón de Viamonte aumentaban. El conductor televisivo, además, sacaba amplio partido de dos herramientas fundamentales a partir de su popularidad: por un lado, su propio programa de TV, Showmatch, de altísimo rating y con millones de seguidores por Twitter; por otro, además, su desempeño como vicepresidente de San Lorenzo, club que aparecía saneado económicamente y que, después de haber estado a un paso de descender al Nacional B en 2013, había logrado el título nacional y la primera Copa Libertadores de su historia en 2014.

Tinelli, entonces, sacó gran provecho de la primera emisión de su programa televisivo del año, invitando a los tres principales candidatos a presidente de Argentina, a quienes les arrancó el aval para su candidatura a la AFA. Tanto Daniel Scioli como Mauricio Macri y Sergio Massa, alguno con más fuerza que otro, le daban su anuencia y su apoyo.

Sin embargo, Tinelli cometió dos errores importantes en el camino. El primero de ellos ocurrió el 6 de septiembre, cuando Boca recibió a San Lorenzo en la Bombonera en uno de los partidos claves del torneo anual. Boca llevaba dos puntos de ventaja sobre San Lorenzo en la lucha por el campeonato. El encuentro coincidió con la llamada “fecha FIFA”, por lo que las selecciones nacionales debían disputar partidos. Así fue que los internacionales de los dos equipos fueron convocados por los directores técnicos.

Boca parecía más perjudicado, porque no podía contar con su estrella recién regresada de la Juventus de Turín, Carlos Tévez, ni con Fernando Gago y el uruguayo Nicolás Lodeiro. Aunque San Lorenzo perdía a un lateral de mucho valor como Emanuel Mas y al

argentino nacionalizado paraguayo Néstor Ortigoza.

Sin embargo, silenciosamente San Lorenzo había hecho gestiones para que Ortigoza, que jugaba un amistoso el sábado ante Chile en Santiago, pudiera estar presente al día siguiente en el clásico, cosa que ocurrió. Finalmente, los de Boedo ganaron 0-1 sobre la hora en la Bombonera con gol de Mauro Matos y desplazaron a Boca de la punta.

La situación resultó tan enojosa para el presidente de Boca, Angelici, que llegó hasta a enfrentarse en esos meses con Macri por quitarle el apoyo político a Tinelli para la AFA. Ante cada requisitoria periodística, respondía que “la gente de Boca me lo pide”.

El otro error de Tinelli ocurrió en el cierre de campaña política, cuando en su programa televisivo apareció Daniel Scioli pero no pudieron hacerlo ni Macri ni Massa, los otros dos candidatos con mayor posibilidades de votos según las encuestas. Esto generó un gran enojo en Macri, que ya no volvió a proceder con Tinelli como antes en cuanto al apoyo. También se disgustó Massa, al punto que hasta se llegó a decir que Tigre, el club estrechamente ligado a este candidato, cambiaría su voto original en la AFA.

Desde su cargo de gobernador de la provincia de Buenos Aires, Scioli había tenido mucha vinculación con el fútbol en el último tiempo. Había tomado la medida de que los visitantes volvieran a los estadios en su jurisdicción, como si en todo el país las condiciones no hubieran estado dadas por el contexto violento, pero en territorio bonaerense sí. Por otra parte, resultaba una buena forma de diferenciarse del Gobierno Nacional, porque pese a ser el candidato oficialista entendía que no debía quedar tan pegado a la administración central y que eso era lo que le reclamaba la mayor parte de sus votantes.

La idea de Scioli era ir de a poco con los partidos que podrían aceptar a los hinchas visitantes, por temor a que la situación se desmadrara. Uno de los primeros, Aldosivi-Lanús, jugado en Mar del Plata, ya despertó un alerta, porque un hincha de Lanús le arrojó un encendedor al jugador local Pablo Lugüercio y le generó una úlcera de córnea. El delantero alcanzó a decir “se me nubla la

vista”, pero prefirió seguir jugando para que el partido no se suspendiera. Si bien para la Agencia de Prevención de la Violencia en el Deporte (APREVIDE) el operativo había sido “un éxito”, esta situación generó tensiones internas en la gobernación, al punto que el ministro de Seguridad, Alejandro Granados, y el de Deportes, Alejandro Rodríguez, habían aconsejado retroceder con la iniciativa, pero Scioli prefirió continuar, y así fue que hubo otros partidos con hinchas visitantes, aunque del ascenso: Unión de Mar del Plata-Ferro (Nacional B) y Platense-Flandria (Primera B Metropolitana). El plato fuerte estaba pensado para el partido entre Racing y Boca en Avellaneda el 18 de octubre de 2015, en el que existía la posibilidad de que Boca pudiera ser campeón y diera la vuelta olímpica. La presencia del público xeneize en los festejos de su equipo podía aportar muchos votos a muy poco de las elecciones. Sin embargo, Víctor Blanco, el presidente de Racing, no veía con simpatía este movimiento y de inmediato el club comenzó a vender entradas en todos los sectores del estadio para sus hinchas y socios. Cuando la gobernación reaccionó, ya era tarde.

El mismo Scioli, que había decidido suspender el ingreso de los visitantes en 2013 cuando fue asesinado en el estadio único de La Plata Javier Gerez, hincha de Lanús, dos años más tarde levantaba la medida. Desde la candidatura del gobernador, calculaban que eso podía aportarle los dos o tres puntos que le faltaban para llegar a la mayoría electoral de la primera vuelta del 25 de octubre[447]. Desde el lado opuesto, el candidato Mauricio Macri reclamaba: “Basta de mentiras, el Estado tiene que hacerse cargo de la seguridad en el fútbol”[448].

Tras conocerse el triunfo de Scioli en la primera vuelta electoral, pero con necesidad de ir a un balotaje con Macri, el fútbol buscó reacomodarse, aunque sin saber del todo qué ocurriría con el país. Sin embargo, nunca fue tan claro que los candidatos a presidir la AFA querían encontrar afanosamente la venia en el poder político nacional. Segura había tratado de encontrar un mensaje tranquilizador de Scioli desde su vínculo con Alberto Fernández, ex jefe de Gabinete de Néstor Kirchner y reconocido hincha de Argentinos Juniors. “Hablé con Daniel y me dijo que no se va a meter, que la elección de la AFA es un tema de la AFA”, decía Fernández[449], quien comparó el momento que vivía la AFA con

el de la España posfranquista: “Segura es la transición, y Tinelli, Felipe González”.

Mientras, Tinelli se encargaba de aclarar que en el cierre de campaña había sido Scioli el que había buscado participar de su programa Showmatch, y no al revés. Sostuvo que “si alguno no hace público su apoyo es por temor a que le corten los pagos o lo perjudiquen los árbitros”[450]. En el programa Almorzando con Mirtha Legrand, Macri manifestó, ante la consulta sobre el futuro de la AFA, que “el grondonismo murió con Grondona”. Fue incluso más lejos: dijo que estaba dispuesto a exigir la revisión de cuentas de la tesorería: “El Estado es socio del fútbol y los clubes no pueden seguir endeudados”, comentaban sus voceros.

El diario Clarín editorializaba uno de sus artículos sobre la situación política de la AFA con una ilustración de Luis Segura junto con el candidato Scioli y el ex ceo de Torneos Alejandro Burzaco, detenido en Estados Unidos por el FIFA-Gate.

Luis Fernando Segura, el hijo del presidente interino de la AFA, jugaba todas sus fichas al mejor estilo del grondonismo clásico, al “Partido del Fútbol” contra el “Partido de la Política”: “Mezclar la política con el fútbol nunca es bueno. Una cosa es el contrato que tiene el Estado con la AFA y otra cosa son los lazos y las relaciones políticas. Tinelli pretende hacer jugar al poder político con el futuro del fútbol, y no es bueno”[451].

Los próximos pasos de un fin de año alocado, con elecciones nacionales, elecciones de la ciudad de Buenos Aires, de la AFA y de Boca, eran estudiados por cada uno de los candidatos al sillón de Viamonte. D’Onofrio, el presidente de River, aliado de Tinelli, jugaba a mostrarse con la renovación, tratando de pegar a Segura con el pasado. Llegó a conmover los cimientos del fútbol cuando en una conferencia expresó, de modo coloquial, que “hay que poner una bomba en la AFA”. Luego, al comprobar el efecto de sus palabras, relativizó sus dichos explicando que quiso referirse a que debía iniciarse un nuevo ciclo dirigencial.

Ya con el resultado puesto de Mauricio Macri como presidente argentino, ganador del balotaje del 22 de noviembre, y a tres días de las elecciones en Boca Juniors, finalmente los comicios para

presidente de AFA se desarrollaron el 3 de diciembre, ante una expectativa inusual: una inmensa cantidad de medios se apostaron desde temprano en el predio de Ezeiza. Debían votar 75 asambleístas, por Segura o por Tinelli. Aunque parecía que uno era el referente del pasado grondonista y el otro el que traía un aire renovador, lo cierto era que costaba diferenciar cuál de los dos era más grondonista. Se trataba de grondonismo contra grondonismo; en todo caso, dos caras de la misma moneda. ¿Cómo diferenciar entre el continuador oficial de la política de Grondona, luego de haber sido su vicepresidente primero y haber construido su poder en los mismos tiempos, y quien llegó a la política del fútbol de la mano de "Don Julio", hincha de sí mismo aun con ropaje moderno, y que, en sus largos años de éxitos televisivos, demostró que solo va hacia donde está lo que le interesa, sin ideología alguna? Tinelli era amigo de la infancia de uno de los hijos de Grondona, y este, con mucha visión de futuro, había entendido en sus últimos años que el showman era lo más parecido a él, aunque no le ciñera la corona de emperador. Al fútbol argentino le siguió más de lo mismo, expresado de distintas formas, aunque se haya vendido la elección como la opción entre el pasado y el futuro.

Por otra parte, se trataba de la primera elección con dos competidores desde 1991. En aquella ocasión, no había sido pareja, porque Grondona, con todo el aparato a su favor, se había impuesto al ex árbitro Teodoro Nitti por 40-1. La última elección real había sido la de 1974, cuando David Bracutto se impuso a Juan Fiori y a Jorge Propatto. Más de 41 años atrás.

Lo vivido en el gimnasio de futsal del predio de Ezeiza durante las elecciones de presidente de AFA se inscribe en uno de los capítulos más negros de la historia de la institución. Varios dirigentes fueron amenazados incluso en el baño mientras se votaba. Había barras bravas dando vueltas por la zona. Por fin llegó el momento de una votación que parecía muy pareja, hasta que en los oídos de los propios candidatos sonaron los rumores de lo sucedido: la elección terminó empatada en 38 votos sobre 75 votantes… La AFA no pudo organizar aquello que hasta un centro de estudiantes de un colegio primario puede hacer. Se trata de la entidad representativa del fútbol argentino, con una Selección Nacional que, por momentos, fue primera en el ranking mundial; con el cinco veces ganador del

Balón de Oro, Lionel Messi, en el equipo; con un ex vicepresidente senior que era el número dos de la FIFA. Nunca se había llegado tan lejos.

La explicación que se dio fue que el dirigente de Estudiantes Pascual Caiella (vicepresidente tercero de la entidad y de la agrupación tinellista) había sido el encargado de abrir los sobres y contar los votos, y todo indicaba que había sobres pegados. De nada sirvió que en la comisión escrutadora estuvieran también Gerardo Ganly (veedor de la IGJ y referente de La Cámpora), Adriana Vicente (de la Secretaría de Asuntos Registrales del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos) o Patricia Mo (inspectora de la Dirección de Entidades Civiles, a instancias de la IGJ), junto con Alfredo Dagna (Olimpo, presidente desde 2011 y segurista) y Rodrigo Escribano (vicepresidente de Talleres de Córdoba y tinellista).

Ni siquiera se pudo repetir la votación porque dos de los dirigentes integrantes de la Asamblea se habían ido de manera inmediata: Julio Koropeski (Crucero del Norte) y Ángel Lozano (Excursionistas) [452]. El escándalo era total, pero no terminó allí: Leonardo López, ex barra brava y vicepresidente de Independiente Rivadavia de Mendoza, denunció que le habían ofrecido 500.000 pesos en efectivo para el club, a cambio de su voto, por parte de "gente de Chiqui Tapia" cuando muchos dirigentes habían viajado a Paraguay en el charter con la Selección para el partido de clasificación para el Mundial de 2018.

Mariano Cúneo Libarona, asesor de Segura, sostuvo que ellos habían propuesto el voto electrónico, pero que no habían llegado a un acuerdo "por un estatuto de la AFA vetusto" que no permite la mano alzada, "porque el artículo 10 establece el voto secreto". Alejandro Amor, defensor del Pueblo de la Ciudad, dijo que desde el organismo harían un informe y pedirían cambios en el sufragio con boleta única de papel o electrónica, o ir anunciando cada voto. "Tuve a cargo el control de la votación de la Ciudad de Buenos Aires y no hubo una sola denuncia de fraude, y eso que votaron dos millones de personas y con un resultado que terminó siendo ajustado. Fiscalicé elecciones nacionales en primera y segunda vuelta, con la participación de más de 32 millones de personas. La

verdad es que no puedo creer que haya sucedido lo que pasó con 75 personas”[453].

El estado de desconcierto era total. El fútbol argentino había tocado fondo, pero siempre se podía descender más… Eduardo Spinoza, presidente de Banfield, lo resumía muy bien: “Es como si Argentina y Alemania juegan la final del mundo, empatan, y entonces el campeón es Francia”. Mientras, el canal de TV por cable Todo Noticias, perteneciente al Grupo Clarín, repetía un video en el que se ve que Miguel Silva le dice a Luis Segura: “Ahora lo que va a pasar es que va a haber dos votos que…”.

El nuevo motivo de debate entre los dos sectores del fútbol era la fecha de las elecciones. Segura, quien afirmaba que “a Tinelli hay que noquearlo”, proponía el sábado 18 de diciembre, día en que el plantel de River debía estar en el Mundial de Clubes de Japón. Eso impediría la presencia de D’Onofrio en Buenos Aires. Se especulaba con que el presidente interino de la AFA quería que las elecciones fueran antes del 19, porque a su vez había comicios en Argentinos Juniors y temía no solo perder, sino también que el nuevo presidente de la entidad no le respondiera a la hora de votar y se inclinara por Tinelli. El tinellismo, a su vez, sostenía que el 18 no se iba a votar. D’Onofrio se quejaba de la fecha que proponía Segura: “Es una falta de respeto absoluto y total del presidente de la AFA y una demostración clara de que no puede ser presidente. Lo que dice es absurdo”.

Miguel Silva, secretario general de la AFA, esperaba un dictamen del asesor de Asuntos Legales de la entidad, Mario Schmoisman, sobre si el dirigente de River Jorge Brito podía ser reemplazado por otro dirigente en la Asamblea, porque en principio tenían que ser los mismos 75 inscriptos los que votaran al presidente. Se peleaba por cada detalle, a cara de perro. Los medios iban contando votos uno por uno, aunque en el juego aparecían traiciones, clubes que se daban vuelta de un día para el otro. Todo era demasiado cercano a la política nacional. Tinelli proponía elecciones para el 23 de diciembre.

Ricardo Gil Lavedra (abogado de Tinelli) apelaba al artículo 174 del Reglamento de la Cámara de Diputados (del que se rige la AFA por el artículo 9 de su estatuto cuando hay una situación no prevista en

el reglamento): “Cuando la Cámara hubiere pasado a cuarto intermedio y no reanudare la sesión el mismo día, esta quedará levantada de hecho, salvo el caso de que se hubiera resuelto, por votación, pasar a un cuarto intermedio hasta un día determinado”. Por esta razón, los seguidores de Tinelli sostenían que había que llamar a una nueva asamblea en 90 días y convocar una comisión normalizadora, porque Segura ya no sería legalmente más presidente de la AFA por haber finalizado su mandato.

Ese fue el argumento para la presentación de un recurso de amparo de uno de sus partidarios, el dirigente Leonardo López, de Independiente Rivadavia de Mendoza, ante el juzgado 57 en lo civil, a cargo de la doctora Gabriela Paradiso, quien lo aceptó. Por las dudas, el propio Tinelli tenía preparado otro recurso ante el juzgado 31 de la doctora Marcela Penna, y existía un tercero en la provincia de Córdoba. En medio de esta situación delirante, la ONG Salvemos al Fútbol proponía directamente la intervención del Estado desde el nuevo presidente Macri.

La IGJ le dio un plazo a la AFA hasta el 15 de diciembre para responder sobre las irregularidades en la votación. El 6 de diciembre, tres días después de la fallida elección, Angelici era reelecto como presidente de Boca —apoyado en la conquista de un torneo ganado de manera mediocre y de una final de Copa Argentina ante Rosario Central en la que fue beneficiado de modo ostensible—, y el panorama del fútbol argentino daba otro vuelco: el mismo titular xeneize que era poco menos que un paria en la disputa presidencial de la calle Viamonte ahora pasaba a ser el dirigente con mayor respaldo del presidente de la Nación, por su llegada a Macri. Angelici, muy ligado a Macri, pasaba a tener vínculos ya no solo estrechos con el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires desde 2007 (ahora renovados por la elección de otro dirigente del pro, Horacio Rodríguez Larreta), sino también con la Agencia Federal de Inteligencia (AFI) —manejada por el ex agente de futbolistas e íntimo amigo de Macri, Gustavo Arribas—, con el Poder Judicial —como vicepresidente del Colegio de Abogados— y con la Presidencia de la Nación. El poder de Boca pasaba a ser inmenso. Segura aprovechó para manifestar, repentinamente, que Angelici “es el Messi de los dirigentes. Solo tiene que arremangarse y jugar”. Las cosas habían cambiado mucho. Macri ya tenía un

jugador propio ni bien comenzó su mandato y jugaría esta carta en el futuro próximo.

Sin soluciones a la vista por el tema presidencial de la AFA, y ante reiteradas amenazas del gobierno de Macri de intervención, se fue el año 2015. Frente a ese temor, y hasta definir una fecha electoral, las dos partes consensuaron una lista para integrar el nuevo Comité Ejecutivo: Segura mantenía la presidencia; D'Onofrio, la vicepresidencia primera; Claudio "Chiqui" Tapia ascendía a la vicepresidencia segunda; Tinelli, a la vicepresidencia tercera; Lammens sería el tesorero; Víctor Blanco, el presidente de Racing, el secretario de Selecciones Nacionales, y Angelici se quedaba como la secretaría general. Por fin se habían puesto de acuerdo en que las nuevas elecciones serían el 30 de junio.

A principios de 2016, Lammens presentó un plan de desendeudamiento de los clubes a pagar a diez años, sin intereses y con menos del 30% de quita de lo que les tocara recibir. La deuda total reconocida era de 1.100 millones de pesos. Hasta el 30 de junio, la AFA debía levantar un flujo negativo de 597 millones. Lammens resumía la situación de la AFA:

"Desde afuera, puede verse como terminal. Y hay riesgos. Lo que pasó hace 15 días con los cheques que vinieron rebotados por no tener fondos habla del estado de gravedad económico-financiera. Más de 1.000 millones de pesos rebotados, un emitido de casi 300 millones de acá a un mes. Todo, con muchísimos ingresos ya tomados, contratos cobrados por adelantado, como el de los partidos por Eliminatorias, Adidas, Santa Mónica […] se cobraron varios años por adelantado. Acá hay una gran crisis. Esto puede terminar con la AFA en default, como lo dije hace dos o tres meses y alguno se enojó. O puede ser una gran oportunidad para que los clubes se desendeuden. Por eso el martes presentamos en el Comité Ejecutivo un plan de desendeudamiento y fue aprobado por unanimidad. Creo que todos los dirigentes entendieron que la AFA está en una situación muy complicada, que hay que hacer las cosas bien, que hay que tomar medidas serias, que los clubes tienen que empezar a devolver los más de 1.100 millones que le deben a la AFA, que hay que tener un plan de auditoría interno supervisado

por el Tribunal de Cuentas. Hay que auditar a los clubes y que los presupuestos que se presentan en la AFA se cumplan [...] Acá se había hecho costumbre algo que el mundo del fútbol conoce: los cheques por los derechos de TV estaban, pero con fechas largas de cobro a 90 o 120 días. Eso obligaba a ir a las financieras para cambiarlos. Por la coyuntura macroeconómica y por cómo están las tasas, se terminaba pagando intereses de un 45 o 50%. La idea es finalizar con ese planteo falaz. Pedimos aumento al Gobierno por la TV, pero después lo tiramos cambiando cheques en una financiera. Que la plata del fútbol quede en el fútbol, no en financieras. Si al fútbol le quitás el 30% de ingresos, se muere. Se llegó a esbozar un plan para que cada club sacara un crédito para pagar la deuda. Yo no voy a exponer a un club a eso porque termina fundido por las tasas variables y de ahora. Sin ese plan que presentamos, los clubes se fundirían. Hay que entender que hay un momento para sacar una foto y a partir de ahí tomar decisiones [...] lo primero es sentarse urgente a negociar contratos que están subvaluados y que vemos que la otra parte está dispuesta a negociar porque ve que tiene margen [...] la idea es que en cada renegociación se consiga un desembolso rápido de parte del dinero, que es clave para ir saliendo del ahogo financiero. Van a ser negociaciones duras [...] El Gobierno Nacional tomó una posición coherente. Entendió la realidad del fútbol argentino y nos depositó una gran confianza al ver nuestro plan de ordenamiento de las cuentas. Por eso es clave irnos el 30 de junio, cuando asuma el nuevo presidente de la AFA, sabiendo que los clubes pagaron más de 50 millones de los 1.100 que hoy deben, que son auditados y que no aumentaron su deuda. La crisis de la AFA puede ordenarse en seis meses [...]. Que a fin de año hayan venido rechazados cheques por primera vez en la historia me parece que hizo que muchos dirigentes se dieran cuenta de que se acabó. El fútbol argentino viene enfermo hace muchos años, pero siempre aparecía una mano mágica. Siempre aparecía la plata. La AFA benefactora se acabó. Primero, por la voluntad política que hay, pero también porque no se puede rascar más en el fondo de la olla. No hay más plata.[454]”

Tras este plan presentado por Lammens, acompañado por Angelici, al secretario general de la Presidencia, Fernando de Andreis, y con

la idea de bajar los gastos estatales, se aprobó el nuevo formato de Fútbol Para Todos con un aumento del gasto a 1.832 millones para 2016. Mientras, el Gobierno decidió devolver los derechos del Nacional B, la Copa Argentina y los derechos de TV del fútbol argentino en el extranjero. Al torneo de ascenso a Primera A lo acabaría transmitiendo TyC Sports (del Grupo Clarín).

A su vez, el Gobierno le ofrecía a la AFA pagarle 671 millones de pesos por los derechos de transmisión del torneo corto. Los dirigentes querían un aumento del 30% respecto de 2015, pero Macri les dijo que "agudicen el ingenio" para generar ingresos propios. Para el torneo 2016/2017, la oferta era de otros 1.000 millones.

Además de la fecha de elecciones para el 30 de junio, otra medida que tomó el nuevo Comité Ejecutivo fue la de regresar al calendario europeo, de agosto a mayo, para la temporada 2016/2017. Esto implicaba, una vez más, jugar otro torneo de transición, el del primer semestre de 2016, para poder insertar el viejo-nuevo formato desde el semestre siguiente, tal como abiertamente lo manifestó Angelici al poco tiempo de convertirse en el "hombre fuerte" de la nueva etapa macrista: "No podemos seguir con los torneos anuales porque nosotros vendemos jugadores a Europa y tenemos que jugar con los tiempos de ellos". Pocas veces se había llegado a tal grado de sinceramiento brutal. De esta forma, de nuevo los dirigentes reconocían que todo lo pasado —el torneo anual, los treinta equipos, el anterior torneo de transición 2014— había estado hecho para satisfacer la voluntad política de la administración previa, pero una vez fallecido Grondona y acabada la etapa gubernamental anterior, había que regresar a la "normalidad".

Sin embargo, faltaba el acuerdo televisivo para el torneo de Primera División. Con el discurso de bajar los gastos estatales, Fernando Marín, el ex productor televisivo que había estado ligado a la frustrada experiencia de Blanquiceleste como gerenciadora de Racing a principios del siglo XXI, anunciaba un "ahorro" de 135 millones de pesos porque los pondrían entre El Trece, América TV y Telefé, los que se repartirían partidos de equipos grandes de manera rotatoria, quedando el resto para el Canal 7 estatal. Es decir que,

con poco menos del 18% de la inversión total de los tres canales privados, se llevaban lo mejor de la torta del fútbol, dejando en manos del Estado bobo, que ponía el 82% de los gastos de los derechos, los restos de cada fecha del fútbol. Esta película ya la habíamos visto, y con los mismos protagonistas[455].

El Gobierno anunció también que se haría cargo de la seguridad en los espectáculos deportivos. En 2015, solo en Capital, el gasto fue de 200 millones de pesos. Si bien el derecho de admisión corresponde a los clubes, según el artículo 4 de la ley 26370, el Gobierno informó que brindaría “los medios necesarios para poder implementarlo” con un sistema parecido al AFA Plus, aunque sin necesidad de empadronamiento.

Para 2016, la AFA proyectaba ingresos por 2.490 millones de pesos, contra los 2.000 millones que había recibido en 2015. De eso monto, 1.700 millones provendrían de Fútbol Para Todos, aunque el Estado planeaba salirse; y 1.100.000 dólares (65.000.000 de pesos en total), de la productora Torneos por cada partido de la Selección Argentina de la clasificación para el Mundial de 2018 (hasta ahora, pagaba 770.000). Se buscaba que Adidas pagara 500 millones de pesos, que se aumentara el comercio electrónico y que se vendieran mejor los derechos internacionales del fútbol argentino. Otros 120 millones se preveían de ingresos de la TV por el Nacional B y la Primera B; 90.000.000 de Santa Mónica y 15.000.000 de amistoso en fecha FIFA[456].

Conforme se acercaba la fecha de elecciones en la AFA, volvían las pujas de los distintos sectores. Desde marzo, se comenzó a hablar en concreto de un nuevo formato: la Superliga, al estilo de la Liga Española, aunque se estudiaban también otras variantes. El mayor impulsor era Tinelli, pero detrás de él se alineaban los clubes grandes, especialmente Angelici, que ya nada tenía que ver con aquel que sostenía que los socios e hinchas de Boca “le pedían” que se alejara del showman y dirigente de San Lorenzo.

Ahora los grandes estaban alineados con el conductor televisivo, con la idea de que un formato que se separara de la AFA y armara una liga paralela, con conexión con la Asociación, sería lo mejor. Este proyecto no era nuevo y ya había circulado en los años ochenta, cuando Grondona lo abortó. Sin embargo, ahora contaban

nada menos que con el apoyo de Macri y su gobierno. Esto, al mismo tiempo, generaba oros negocios: la posibilidad de que la propia Superliga vendiera los derechos de TV por su cuenta y que estuviera manejada por los clubes más poderosos. El objetivo era tratar de convencer a la clase media alta del fútbol. Al resto de los clubes, no les quedaría más remedio que ir en el furgón de cola y aceptar las nuevas reglas.

Así fue que, en marzo, Macri y Fernando Marín recibieron a Tinelli en la Residencia Presidencial de Olivos. El presidente argentino sentenció que “el fútbol argentino no puede seguir así”. Tinelli se apoyaba en los funcionarios para sostener a su vez que “hay que dar de baja el contrato con el Estado y comenzar a vender el fútbol de otra manera, aunque debe seguir siendo gratuito”[457].

Sin embargo, Tinelli no lograba el consenso total. Para poder implementar la Superliga, se necesitaba modificar el estatuto de la AFA, y para eso se precisaban una serie de movimientos y de votos que los clubes grandes solos no reunían. Del otro lado, más allá de Segura, que cada día que pasaba se iba desgastando por los problemas de la AFA, por la falta de diálogo con el Gobierno y por sus propios problemas ante la Justicia por el Fútbol Para Todos, se encolumnaban Tapia, su suegro Hugo Moyano (el poderoso sindicalista de los camioneros, que iba tomando fuerza y que básicamente no soportaba la figura de Tinelli) y los clubes más cercanos al grondonismo residual, sumados a la mayor parte de los clubes del ascenso.

Ya para ese entonces, Segura no descartaba bajarse de su candidatura, pero habían crecido otros dirigentes, como Tapia, el presidente de Lanús Nicolás Russo (una especie de tercera posición, componedora) y, siempre agazapado y con votos de clubes del interior del país, el titular de Belgrano, Armando Pérez, mientras que Blanco, el presidente de Racing, mantenía una posición ambivalente.

Para apoyarse en la idea de la Superliga, Tinelli hizo entonces una movida importante al traer al país a Javier Tebas Medrano, presidente de la Liga de Fútbol Profesional (LFP) en España. La LFP se encarga de la organización del torneo de Liga y la Segunda, aunque la Real Federación Española de Fútbol (RFEF) conserva la

Copa del Rey y todo lo atinente a las distintas selecciones nacionales y los torneos de las categorías de ascenso.

Tebas, que había sido socio de Tinelli en el frustrado proyecto del Badajoz como sociedad anónima en 1998, es un enemigo declarado del presidente de la RFEF, Ángel María Villar (presidente interino de la UEFA al estar suspendido el titular, Michel Platini, por la FIFA). Hubiera sido imposible que fuera invitado hasta un pasado reciente, ya que Grondona difícilmente lo habría permitido. Como se dijo, Villar era uno de los máximos aliados de "Don Julio"; de hecho, su hijo, el abogado Gorka Villar, es el director general de la Conmebol, siendo español. Precisamente, Tebas no ahorró críticas para el fallecido Grondona: "Es uno de los responsables de que el fútbol argentino haya perdido competitividad, porque las empresas miran normas de transparencia o responsabilidad corporativa. Estuvo vinculado a todos los eventos corruptos que ha habido en la FIFA"[458].

El dirigente español aprovechó para otras consideraciones fuertes:

"Si el fútbol argentino no cambia, le auguro un muy mal futuro, porque va en contra de la corriente y debe integrarse a los cambios en las transmisiones en otras plataformas y con transparencia, porque pierde rápido a figuras jóvenes. La crisis no pasa por la situación socioeconómica. España la sufrió, pero sus equipos sufrieron ganando torneos europeos y mundiales. En España, la crisis afectó al fútbol, pero no a su competitividad. Argentina depende de la penetración de la TV por cable. Hoy la TV supone el 50 o 60% de los ingresos, y los clubes gastan más de lo que ingresa. El fútbol argentino vale 400 millones de dólares como mínimo, que podrían ser 1.000 en seis años, pero, al revés, los de TV podrían ser 80. España pasó de 800 a 1.600 millones de euros por año en los derechos de TV. Ustedes deben vender los derechos en conjunto para que no haya derrame.[459]"

Sobre esto último, el consejo de Tebas era llamativo, porque en el fútbol español los clubes estaban vendiendo los derechos por

separado. El Real Madrid sigue amenazando hoy con no unirse al resto de las entidades, en las que además conviven sociedades anónimas con cuatro asociaciones civiles sin fines de lucro. La situación no era la misma que la del fútbol argentino. Además, aun vendiendo más caros los derechos, jamás la moneda argentina podía competir con los valores en euros y los jugadores acabarían yéndose al exterior de todos modos.

Angelici era contundente y las cartas estaban cada vez más jugadas:

"No es una amenaza, es una decisión. La Superliga sale sí o sí con 14 equipos si es necesario, y los demás, que se sumen. Este estatuto no es lógico. Fue hecho para que lo maneje Grondona. Nada más. Me arrepiento de haber levantado la mano para aprobar cuestiones como el torneo de treinta equipos, aunque no fui porque no estaba de acuerdo. Me hice el boludo para no votar en contra. Sabía que ese campeonato era un error y que no había más plata, que no teníamos los árbitros. La AFA está en una crisis terminal.[460]"

Lo que también empezaba a quedar claro era que lo que se perseguía, como a fines de los años noventa, y con protagonistas que ya habían formado parte de ese entramado (Macri, Tinelli, Marín, el visitante Tebas), era la posibilidad de abrir por fin la ventana a las sociedades anónimas en el fútbol mediante una liga que no tuviera el control de la AFA.

El gran problema del sector ligado a la dupla Tinelli-Angelici, con el favor del Gobierno, era que los votos no le alcanzaban, y por eso la bravata mencionada de Angelici. Los clubes grandes (a excepción de Independiente) tenían decidido, ante la falta de votos, vaciar la AFA y armar, por las suyas, la Superliga. Eso encerraba varias preguntas: ¿de qué lado quedaría la legalidad ante organismos internacionales? ¿Qué pasaría con la Selección Argentina, los torneos de ascenso, el dinero del Fútbol Para Todos, los derechos de TV? El fútbol argentino se encontraba al borde de la ruptura y con la posibilidad de volver a un siglo atrás, cuando se había escindido en dos asociaciones diferentes.

Con el río del fútbol revuelto y rumores permanentes, minuto a minuto, sobre distintas posiciones que iban tomando los dirigentes, y con una AFA intervenida judicialmente con tres veedores dispuestos por María Servini, Macri decidió jugar otra carta, cuando envió primero a Marín a Zúrich para consultarle al nuevo presidente de la FIFA, Gianni Infantino, si aceptaría una intervención del Estado, o qué ocurriría en el caso de que la AFA se vaciara abandonada por varios de los clubes más poderosos. La respuesta fue doblemente negativa, tanto a su enviado como en una comunicación directa en un fin de semana.

Infantino, reconocido hincha del Inter de Milán, ya había sido sondeado antes por el presidente de Estudiantes y ex jugador del club italiano, Juan Sebastián Verón, pero en todos los casos se encargó de advertir a dirigente, funcionario y presidente argentino que los tiempos en la FIFA habían cambiado y que debía dar una imagen de transparencia luego de lo acontecido poco menos de un año atrás con el FIFA-Gate.

Infantino, además, debía cuidar las formas, porque Luis Segura, el poco carismático presidente interino de la AFA con recortadísimos poderes, aspiraba a continuar como dirigente internacional en Conmebol y en la FIFA. El nuevo presidente de la entidad y ex secretario general de la UEFA nunca olvidó cómo había llegado a la máxima posición del fútbol mundial el 26 de febrero en Zúrich con 115 votos, 11 más de los necesarios.

Infantino había estado en el momento correcto en el lugar exacto, y desde allí tuvo lugar el salto hacia la presidencia de la FIFA. Una vez que Blatter renunció, el candidato lógico para la continuidad de los intereses occidentales (el eje UEFA-Conmebol), que no querían entregar el poder a dirigentes de otras culturas, era el francés Michel Platini, titular de la UEFA. Pero este fue suspendido por ocho años por no haber podido justificar varios millones de dólares que por “servicios” había recibido en 2011 del propio Blatter, por trabajos no especificados realizados entre 1998 y 2002 como consejero. Ese pago no formaba parte del contrato, pero ambos sostuvieron que se trataba de un “acuerdo verbal”.

De esta forma, los dirigentes de las federaciones más fuertes de la UEFA y de la Conmebol se reunieron en Zúrich para analizar la

presentación de una candidatura potable para todos, que garantizara la continuidad de sus múltiples intereses, cuando el principal rival era el príncipe jordano Alí Bin Hussein. Esa reunión tuvo como puente a la familia Villar: Ángel (titular de la Federación Española y a cargo interinamente de la UEFA) y su hijo Gorka (director general de la Conmebol). Allí se decidieron por Infantino. Tras la reunión, algunos presidentes de las federaciones sudamericanas no estaban tan convencidos, pero en ese momento irrumpió la figura del titular de la Asociación Uruguaya de Fútbol (AUF), Wilmar Valdez, para apuntalar al candidato, finalmente vencedor.

La AUF quedaba, luego del triunfo de Infantino, en una excelente posición, al punto de que en el momento de ser consagrado presidente de la FIFA el ítalo-suizo festejó con los dirigentes uruguayos. La AFA había quedado relegada a un segundo plano, y eso se había notado en los días previos al Congreso Extraordinario en Zúrich, cuando en una estrecha conferencia de prensa de los principales dirigentes de la Conmebol pudo dar pocas respuestas a preguntas muy concretas del periodismo sudamericano, entre ellas, la de este autor[461].

En Buenos Aires, se produjo otro hecho bochornoso: la AFA recibía, en medio de las pujas entre los partidarios de la Superliga y los que se resistían a ella, al menos por fuera de la Asociación, una oferta suculenta por los derechos de organización de partidos de la Selección Argentina. Acercada por Guillermo Tofoni, único agente con licencia en Argentina para la organización de partidos, la empresa Cárdenas Marketing Network (CMN) ofertaba 28.500.000 dólares por veinte partidos amistosos de la Selección. Justo lo hacía en un momento en que, de acuerdo con lo que señalaba de modo contundente el presidente de San Lorenzo, Matías Lammens, quien llevaba las cuentas de la AFA, parecía maná del cielo.

El titular de CMN, con sede en Los Ángeles, Chicago, Dallas y Miami, es Henry Cárdenas. Se trata de una empresa que produce espectáculos para público latino en Estados Unidos (recitales de Marc Anthony, Carlos Vives, Ricardo Arjona o Cheyenne). Es la misma que organizó el amistoso que Argentina le ganó 4-3 a Brasil en Miami y otro entre Colombia y Haití, en mayo, en la misma

ciudad. CMN daba garantías de jugar siempre en fechas FIFA y se hacía cargo de gastos de traslado. Parecía una gran oferta en el momento justo.

Sin embargo, ese mismo día la AFA desechó la propuesta y firmó contrato con Torneos, que igualó la cifra, sin licitación. Torneos, ahora con cara lavada pero involucrada en el FIFA-Gate, seguía ligada a la AFA de manera poco clara. Se firmaba un contrato aún más abarcativo —de paso— y hasta junio de 2019, que aportaba 70.000.000 de pesos por los derechos de transmisión del Nacional B; 50.000.000 para la Primera B; 95.000.000 por la Copa Argentina; más 1.100.000 dólares por cada partido de clasificatorias para Rusia 2018, 1.200.000 dólares por cada amistoso de la Selección y 9.000.000 por derechos internacionales. Además, Torneos renunciaba al reclamo judicial por la rescisión unilateral de contrato en 2011 por las transmisiones de la B Nacional con River. También se arregló una cifra por el ingreso de publicidad privada con Axion a cambio de 34.000.000 de pesos por seis meses. En cambio, la Primera A seguiría siendo producida por La Corte.

Torneos ya manejaba móviles y equipos en el Nacional B y en la Primera B. Producía para América, Telefé y Canal 13. Y ahora pegaba el gran salto hacia muchos más derechos y actividades, facilitado por una dirigencia que incluía, supuestamente, a "renovadores" que venían a cambiar las cosas al fútbol argentino. No lo parecía bajo ningún punto de vista. Todo lo contrario, el acuerdo resultaba escandaloso.

Lammens, el tesorero, sostenía que la oferta de Torneos era superior: 25.000.000 de dólares; 10.000.000 al contado, 3.000.000 a 60 días y el resto después de cada partido. Pero Tofoni afirmaba que había existido una segunda oferta superadora de CMN que no incluía los derechos de TV, que quedaban en la AFA para que los comercializara a voluntad. Cárdenas advertía que "si Torneos fuera a Estados Unidos a ejecutar estos partidos que acaba de acordar, imagino que tendrá que responder a la autoridad americana. Podrá hacerlos, pero tendrá que enfrentar las acusaciones y le podrían cancelar el espectáculo"[462].

Tofoni adujo que tenía un acuerdo con Torneos para compartir los derechos de encuentros internacionales de la Selección, pero que la

empresa no cumplió[463], y envió entonces una carta documento a todos los integrantes del Comité Ejecutivo de la AFA, que la desconoció por "falsa, maliciosa e improcedente", agregando que su problema lo debía resolver con Torneos. Tofoni recordó que, a su vez, Torneos no es un agente autorizado por FIFA para organizar partidos.

Cada vez quedaba más claro que las cosas, en un fútbol argentino revuelto, se iban pareciendo a las ocurridas en los años noventa y que la idea kirchnerista de Fútbol Para Todos se iba desdibujando. Regresaban los tiempos de Torneos, el Grupo Clarín, aunque en la búsqueda de la madre de todas las ilusiones de los grupos concentrados: el ingreso de las sociedades anónimas en el fútbol[464].

Ni siquiera los acuerdos por más dinero con Torneos pudieron frenar el enfrentamiento entre los partidarios de la Superliga y los que la resistían. Cuando se acercaba el 1 de mayo, Día de los Trabajadores, la figura de Hugo Moyano se agrandaba a partir de una creciente oposición sindical al presidente Macri, del que se iba distanciando día a día por la situación socioeconómica del país. Con la situación de división en el fútbol, Moyano se convirtió en el líder del grupo de los dirigentes opositores a la Superliga por fuera de las estructuras de la AFA, al punto de pedir que no participara Angelici —el operador de Macri— en las reuniones. El presidente de Boca y Marcelo Tinelli eran los que le provocaban mayor rechazo. Por esta razón, Moyano pasaba a ser doble opositor a Macri, en el fútbol y en la política, aunque anunciaba que dejaría la Secretaría General de la CGT para dedicarse con más tiempo a la presidencia de Independiente. Entendía que eran tiempos difíciles y que las chances de quedar como presidente de la AFA, aun si la mayoría de los clubes grandes y la clase media alta se marchaban hacia la Superliga, aumentaban.

Una posibilidad de llegar a un acuerdo surgió entonces cuando, por fin, los dirigentes del fútbol argentino confluyeron en una oferta que parecía superadora y que acababa con el conflicto económico; en el fondo, el que más pesaba. Ted Turner, el magnate estadounidense, que ya había enviado a Argentina a representantes de su empresa con deseos de poner un pie en los medios de

comunicación locales (se rumoreaba su compra de Telefé), se interesaba en el producto Fútbol Para Todos.

El 31 de marzo de 2016, With Richardson y Víctor Hugo Roldán (presidente y jefe de Legales de Turner Latinoamérica) se reunieron en la Casa Rosada con el secretario general de la Presidencia, Fernando de Andreis, el jefe de Gabinete, Marcos Peña, y el titular de Fútbol Para Todos, Fernando Marín. La reunión fue calificada como "protocolar, de aproximación", y el gigante estadounidense, que en Argentina tiene el nombre de Imagen Satelital SA, con 15 canales de TV por cable, se manifestó interesado también en la compra de derechos de los torneos Nacional B, Primera B, Copa Argentina, ligas del interior y fútbol femenino, aunque los acuerdos posteriores de la AFA dejarían sin efecto a la mayoría de ellos.

De todos modos, la respuesta del Gobierno, en ese momento, fue la de ir evaluando las posibilidades de licitar los derechos del fútbol. Aparecían varias compañías interesadas, desde la alianza Clarín-DirecTV-Torneos hasta la de Gol TV (del uruguayo Francisco "Paco" Casal)-Al Jazeera, o Fox Sports Latinoamérica. El discurso era el de bajar los costos del Fútbol Para Todos.

Intervenciones y otros fracasos

Apenas 11 días antes, el 31 de mayo de 2016, se había vivido otra jornada increíble, bochornosa, cuando la AFA había recibido una comunicación de la IGJ —cuyo titular, Sergio Brodsky, también responde a Angelici y a Macri— por la cual se designaba una nueva comisión normalizadora, integrada por el abogado Luis Tozzo y la escribana Catalina Dembitzky, debido a la caótica situación de la entidad futbolística. No pareció llegar de casualidad en el momento justo, cuando los candidatos ya estaban presentando los avales que les permitieran presentarse en la elección presidencial prevista para el 30 de junio (se necesitaba un mínimo de siete): Claudio Tapia (Barracas Central), Hugo Moyano (Independiente), Nicolás Russo (Lanús), Armando Pérez (Belgrano, a quien Macri, al asumir la Presidencia de la Nación, le había conferido la titularidad del programa AFA Plus de control de acceso de los hinchas a los estadios) y Marcelo Tinelli (San Lorenzo). Segura, uno de los dos candidatos de diciembre de 2015, comunicaba que no tenía intención de volver a presentarse, desgastado por el vendaval de escándalos institucionales y propios.

Las versiones cruzaban el océano Atlántico, porque con la introducción de la comisión normalizadora de la IGJ —autorizada por la jueza Servini— ya se podía sacar la conclusión de que el Estado argentino estaba interviniendo la AFA desde el Poder Judicial. Eso no está permitido por el estatuto de la FIFA, que en el inciso i del punto 1 del artículo 13, en el apartado “Obligaciones de sus miembros”, sostiene que las federaciones “deben administrar sus asuntos en forma independiente” y deben asegurarse “de que no se produzca ninguna injerencia por parte de terceros”; y en el punto 3 se indica que la violación del inciso i del punto 1 “puede entrañar sanciones aún sin la injerencia de terceros”.

La jueza Servini de Cubría había viajado a Europa —donde fue recibida por el papa Francisco—, pero había dejado firmado un

documento por el que ofició a la Secretaría General de la Presidencia, a cargo de Fernando de Andreis, que le daba la potestad a la IGJ "de decidir si era necesaria o no la intervención de la AFA". Esto provocó el enojo de Moyano, que veía que todo era un juego de Macri (por medio de Angelici) y Tinelli para sacarlo del medio.

La situación tomó una gravedad inusitada. Los clubes organizados en contra de la Superliga ya planteaban un cese de actividades, y hasta hubo dirigentes que llegaron a sostener la posibilidad de retirar de la Copa América Extra a la Selección Argentina (algunos lo atribuyeron al propio Segura, que luego lo desmintió). El equipo nacional ya se encontraba concentrado en la localidad de Santa Clara, en Los Ángeles, a la espera de su debut en el torneo, solo acompañado por Tapia y el ex dirigente de Boca Juan Carlos Crespi en calidad de invitado.

La gran pregunta era si desde Zúrich, y conociendo la noticia de la comisión normalizadora de la IGJ, que suspendía las elecciones del 30 de junio, se permitiría este accionar y no se desafiliaría a la AFA.

Mientras todo esto ocurría, el Gobierno negociaba la conformación de una comisión que manejara la AFA y se hiciera cargo del gobierno de la entidad por un lapso. Estaría compuesta por Marín, el empresario de medios Daniel Vila (el mismo que se había autoproclamado presidente de la AFA en 2011) y la legisladora de la Ciudad de Buenos Aires Graciela Ocaña (denunciante ante la Justicia de las irregularidades en el programa Fútbol Para Todos) [465]. Ninguno de estos nombres resultaba casual. Si con alguien tenía mala relación Ocaña, era con Moyano (ya enemigo de Macri en temas futbolísticos y adversario en los sindicales), a quien también había denunciado en el pasado por otras causas de la política. Vila había sido presidente de Independiente Rivadavia de Mendoza, cuyo dirigente Leonardo López era el que había interpuesto el recurso de amparo ante la Justicia, en diciembre, para que no se reanudara la Asamblea de la AFA para que se votara por segunda vez el 18 de diciembre de 2015.

El 11 de junio, en plena disputa de la Copa América Extra de Estados Unidos, los enviados de Turner ofrecieron para el fútbol argentino 3.000 millones de pesos para firmar un contrato a veinte

años, cediendo gratis los tres primeros para cumplir con el acuerdo de Fútbol Para Todos gratis (hasta 2019), para multiplataforma (tablets, celulares, consolas de videojuegos, un Netflix con HD incluido y la otra pata: AFA TV en la grilla de los cables).

Horacio Gennari, quien ideó AFA TV años atrás, recuerda los contactos previos con algunos dirigentes y funcionarios:

“Me reuní con Blanco (de Racing) en 2015 y noté que no entienden el problema. “Ustedes en enero se van a dar cuenta de que necesitan 3.000 millones, cuando vuelvan de las vacaciones y los jugadores pidan plata para renovar, el DT, refuerzos…” ¿Cómo queda eso ante Macri, ante la sociedad? Muy mal. La AFA tiene que ir y decir que tiene la solución. Me reuní con Fernando Marín. Es un señor muy respetado de la guardia vieja de la publicidad de los años 70. Le dije que el trabajo lo hago gratis porque no necesito, me fue bien pero quiero ayudar al país en algo. Quiero hacer algo para el país, para la AFA. Acá estamos hablando de que O Globo compró los derechos de los Juegos Olímpicos hasta el 2032 en multiplataforma, hubo un cambio tecnológico. Netflix factura más que Fútbol Para Todos. Se lleva más de 150 millones de dólares al año sin pagar impuestos. Tinelli tampoco me convocó, tiene su gente seguramente. Mi sueño era tener una plataforma AFA digital que se pague por mes y puedas ver el partido con un menú de alternativas. No es Fútbol Para Todos, pero es AFA y se puede financiar y repartir a los clubes con menos ingresos.”

El acuerdo parecía claro: el dinero llegaba desde la TV, con un adelanto que serviría para solucionar los déficits más acuciantes; al mismo tiempo, se le ahorraba al Estado la erogación por el Fútbol Para Todos hasta que terminara el contrato en 2019 y los derechos de TV pasaran a manos privadas; se aprobaba la Superliga con los clubes grandes a su cargo, y Moyano se quedaba con la titularidad de la AFA. Todo parecía listo; el poder, repartido. El dinero daba para todos y había logrado unir lo que nadie había conseguido.

Pero al salir de la reunión, todo se derrumbó de inmediato. Los

dirigentes se enteraban de que, desde la Secretaría General de la Presidencia, Fernando de Andreis suspendía la licitación de los derechos de TV por no estar dadas las condiciones, mientras que la IGJ anunciaba que no se aceptaban las candidaturas presidenciales para unas posibles elecciones en la AFA.

Tanto una decisión como la otra tenían un claro tufillo a que provenían desde las más altas esferas y en un momento crucial. Por un lado, se le bloqueaba a Moyano la posibilidad de llegar a la AFA y, por otro, se beneficiaba al grupo mediático amigo que tanto había ayudado en la campaña electoral (de firmarse el acuerdo con Turner, hubiera quedado reducido a una mera plataforma, sin tener la chance de adquirir los derechos de transmisión hasta 2020). Por otra parte, desde el Gobierno también se conocía que desde AFA TV se propugnaba una producción propia de las transmisiones, que no iba a contar, para gran parte de ellas, con Torneos.

El Gobierno, entonces, actuó como bombero para apagar incendios. Tanto fue así, que arrió por completo su discurso de ahorrar dinero con el Fútbol Para Todos para dejarlo en manos de la TV privada, con tal de que sus socios no perdieran el negocio y aunque este consistiera en que el Estado bobo seguiría pagando para que los grupos más poderosos (entre los que se encuentra también América TV, de Daniel Vila) emitieran los partidos más importantes pagando un porcentaje ínfimo del total. El Estado se convertía en un instrumento para favorecer desde el Gobierno a los grupos mediáticos aliados[466].

Por supuesto que tampoco fue casual que esa misma noche el sindicato de camioneros decretara un paro general para el día siguiente. No dejaba de ser el gremio otro instrumento de la lucha por el poder del fútbol (y de paso, el político) entre Moyano y Macri. Algo así como “vos me impugnás en la AFA, yo te paro el país”. Tampoco fue casual que el diario Clarín ni siquiera mencionara la reunión de los dirigentes del fútbol con los enviados de Turner y con AFA TV.

Doce días más tarde, el 24 de junio de 2016, la AFA vivió su propio 30 de diciembre de 2001, cuando parecía que Argentina se desintegraba. Desde Zúrich, Infantino decidió nombrar interinamente a cargo de la titularidad de la AFA a Damián

Dupiellet[467], presidente de Ituzaingo y declarado grondonista, quien había impresionado muy bien a los enviados Primo Corvaro, Carlos Manser Galli (FIFA) y Monserrat Jiménez (Conmebol), en su corta visita a Buenos Aires. Sin embargo, la jueza Servini, quien había colocado a los tres veedores económicos en la AFA y había autorizado a la IGJ para los dos veedores judiciales, rechazó la medida de la FIFA por no haber sido consultada y conminó a enviar un correo electrónico a Zúrich para que revisaran el texto en el que se explicaban los motivos.

La situación no podía ser más confusa. Segura, tal su costumbre, renunciaba y desmentía su renuncia a cada rato; Dupiellet era quien la FIFA había designado, pero no contaba con el aval de la jueza. La AFA era una suma de veedores de todo tipo. ¿Quién gobernaba la entidad en ese momento? Nadie lo sabía, un mamarracho histórico. El Gobierno entendía que debía mantenerse al margen para que desde Zúrich no lo tomaran como una intervención, pero a su vez la participación de Servini era comprendida de esta manera en la capital suiza, porque se trataba de otro poder del Estado, el Judicial.

Dupiellet leyó en voz alta el documento de Servini. En seguida, Moyano dijo: “Basta de apretadas”, y se levantó la reunión. Dupiellet afirmaba algo curioso: “Habiendo un expediente de 25 cuerpos, un año de veeduría, pericias contables y técnicas, allanamientos y seis indagatorias, sus fundamentos tienen que ver con noticias de conocimiento público, pero no hay motivos suficientes para intervenir. [El departamento de legales de la AFA] ya prepara las medidas necesarias para evitar el avance de la IGJ”.

Desde Estados Unidos, a pocas horas de la final en que otra vez la Selección Argentina debía jugar ante la chilena, Lionel Messi se cansó y twitteó contra la dirigencia de la AFA, a la que calificó como “un desastre”. Prometía, además, que hablaría una vez que la competencia terminara. En otro tweet, se sumó Sergio Agüero, con fastidio por un retraso en un vuelo.

Llegaba el fin de semana. Para el lunes, la jueza Servini citaba a Dupiellet, al Gobierno, a Segura y a la IGJ y convocaba a los enviados de la FIFA y la Conmebol para decidir los pasos a seguir en este interminable conflicto[468].

Mientras tanto, Moyano señalaba: “Ya hace un mes que la AFA no entrega el dinero del Fútbol Para Todos a los clubes y algunos están en serios problemas económicos”. Luego apuntaba al Gobierno: “Siempre se vanagloriaron de que Angelici manejaba la justicia. No sé el motivo que determinó la Justicia para mandar la intervención. El Gobierno tiene algo que ver. Antes, nos manejaban con el dinero. Ahora, de esta forma”. Moyano se refería al vaciamiento que claramente les convenía a los clubes grandes para que la AFA se quedara sin dinero y sin acción. Además, recordaba: “No pudieron imponer la Superliga, con toda la fuerza, soberbia y poder que manejaban. Les decíamos que eligiéramos en la AFA y después discutiéramos en profundidad cómo funcionaría la Superliga”. Héctor Maldonado, secretario de Independiente, fue más allá: “La IGJ interviene la AFA mandada por el Gobierno”[469].

Por si faltaba poco para completar el estado de anarquía, tras la derrota por penales ante Chile, la tercera consecutiva en una final para la Selección Argentina entre 2014 y 2016, Messi afirmaba que no seguiría jugando en el equipo nacional y se especulaba con la renuncia del director técnico, Gerardo Martino. Los medios aguardaban con enorme expectativa la llegada del avión que traería a la mayoría de los jugadores y al cuerpo técnico desde Estados Unidos.

Finalmente, Martino no renunció y se abocó de inmediato al armado del equipo que un mes más tarde debía participar en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro. Según venía manifestando, le generaba “muchísima ilusión”. En silencio, sin hacer declaraciones, se puso a trabajar en el predio de Ezeiza, pero se encontró con un problema inesperado: a la negativa de algunos clubes europeos por los jugadores convocados, se le sumaban los argentinos, cuyos dirigentes seguían en plena disputa de poder.

Acompañado por Claudio Tapia, quien había estado cerca de la Selección durante la Copa América, pero que carecía de una representación total en plena puja por la disputa o no de la Superliga, Martino comenzó a llamar él mismo club por club para que le cedieran los jugadores, pero se dio cuenta de que la mayoría los retaceaba. De hecho, no podía armar ni siquiera un equipo de once; incluso Mauro Icardi, de quien decía que figuraba más en la

prensa rosa que en la deportiva, fue retenido por el Inter cuando no le quedó más remedio que acudir a él. Martino, entonces, también decidió renunciar. Sin más remedio y sin dinero para los gastos, la AFA designó como entrenador a Julio Olarticoechea, uno de los campeones del mundo en México 1986, sin ninguna experiencia en clubes, quien había pasado de dirigir a la selección femenina al equipo sub-20. Así, Olarticoechea volvía a ascender para armar un conjunto con las migajas que le dejaban los clubes argentinos, dispuestos a ceder a algún jugador de sus planteles pero no a otros.

Era tal la falta de compromiso de los clubes argentinos con sus jugadores para los Juegos Olímpicos, que la AFA tuvo que postergar una semana el inicio de la temporada 2016/2017 para que no hubiera excusas con las cesiones. Todo resultaba tan complicado, que hasta la Asociación Uruguaya de Fútbol se había hecho ilusiones de representar a América del Sur utilizando la plaza argentina si esta decidía no presentarse.

Sin Martino como director técnico; sin Messi, el mejor jugador del mundo, en la Selección Argentina; con otros jugadores, de vacaciones, amenazando con no continuar; sin un presidente; con veedores judiciales y económicos; con una comisión normalizadora de FIFA y Conmebol por llegar: la AFA se debatía sobre su futuro próximo.

En lo único en que el Gobierno seguía en colisión con la FIFA era que pretendía que en esa comisión normalizadora hubiera un representante propio. Infantino jamás aceptaría esto por considerarlo una intromisión. De hecho, la idea del Gobierno era una comisión con representantes de FIFA, Conmebol, AFA, el Gobierno y una ong. Pero no iba a ser posible. Si esta comisión de la FIFA y de la Conmebol se hacía cargo de la AFA, con la idea de permanecer hasta el 30 de junio de 2017 y sin que ninguno de sus integrantes pudiera ser candidato en las futuras elecciones a presidente, era para poner un orden definitivo. Hasta Diego Maradona apareció en Buenos Aires, tras recomponer relaciones con Infantino (había apoyado a Alí Bin Hussein como candidato para la FIFA). Según sus declaraciones, fue enviado por el propio Infantino como observador, aunque su palabra no fue considerada nunca por los delegados.

Corvaro, Manser Galli y Domínguez, en sus visitas, alcanzaron a observar los movimientos de la AFA y, más allá de la confusión general y de las enormes divisiones entre sus dirigentes, se llevaron una certeza para considerar desde que asumieran: el estatuto era arcaico, cerrado, no tenía en cuenta a la mayoría de las actividades internas, tenía un Comité Ejecutivo demasiado numeroso, no existía un cupo femenino y no se licitaban los derechos de TV como correspondía. En otras palabras, los organismos internacionales encontraban enormes vicios en el fútbol argentino, muchos ligados a flagrantes casos de corrupción, y esto no podía seguir así. Ese estatuto tenía que adecuarse a los requerimientos internacionales, y estaban dispuestos a cambiarlo. Resultó que la AFA no eran solo “los clubes”, como decía con simpleza Grondona y como aceptaba la mayoría con naturalidad. Se trataba de una AFA vaciada, no solo por los dirigentes que se habían ido del Comité Ejecutivo, dejándolo con el número justo para funcionar[470].

No era casual, entonces, el apuro de los clubes y del Gobierno por sacar adelante la Superliga antes de que llegara la comisión normalizadora de la FIFA.

Final abierto

Ya en la antesala del balotaje para las elecciones presidenciales a nivel nacional, Macri sostenía: “Hay que permitir que el fútbol argentino entre en una nueva era”. Eso no significa otra cosa que la posibilidad de que los clubes elijan si quieren ser sociedades anónimas o seguir como sociedades civiles sin fines de lucro.

Como en cada período de Gobierno Nacional, los dirigentes vuelven a acomodarse a los tiempos políticos. Angelici dice que la de las sociedades anónimas es “una posibilidad para otros clubes, pero no para Boca, que está muy bien administrado y no necesita ninguna asistencia. Cada club evaluará con sus socios qué es lo que tiene que hacer”. Armando Pérez está de acuerdo: “Así el fútbol argentino no puede seguir, y creo que uno de estos proyectos, a conciencia, y con un plan a largo plazo, es una buena opción. Si no, basta ver lo que hicimos en Belgrano en los últimos años”. Verón es más ambiguo: “Si entran las SAD, debería ser a través de un sistema mixto y no dejando que sea una empresa la que maneje un club”. Blanco, de Racing, también se mueve sigilosamente: “Es una propuesta interesante, pero tiene que ser una alternativa para aquellos clubes que decidan incursionar en esa dirección”.

Son pocos los que se oponen. Moyano sostiene que “no se puede delegar la conducción de un club en una empresa. No se puede gerenciar la pasión”. D’Onofrio cree que las SAD “no garantizan que vayan a cumplir bien el papel social que tenemos los clubes. En River hay un montón de actividades deportivas económicamente deficitarias que sacan grandes deportistas, que sacan a los chicos de las drogas y los ayudan a estudiar, a crecer, y que se mantienen gracias al fútbol”. Russo, de Lanús, no cree “que sea la solución para nuestro fútbol. En Argentina, un club es mucho más que un balance y no se puede manejar como una empresa. Para bien o para mal, la función que cumple un club es indelegable”[471].

Spinoza, de Banfield, es aún más duro sobre lo que viene en materia

de derechos de TV:

“Es el fútbol el que debe sincerarse frente a la sociedad y decir “nosotros también quisiéramos que fuera gratis entrar a la cancha, pero tenemos que cobrar entradas porque si no, nos fundimos. También tenemos que cobrar de la TV, porque si no, nos fundimos”. Los clubes van rumbo a desaparecer, no tengo ninguna duda, y más si también de la mano de eso se acabó el financiamiento o el salvataje económico de la AFA, que termina siendo una trampa mortal, no alcanza la plata. Antes nos salvaba la AFA, ¿ahora quién nos salva? Después, los que no pagamos somos nosotros, los dirigentes. Si no hubiésemos vendido jugadores por millones de pesos, Banfield desaparecería. Un gran número para la AFA sería 3.000 millones de pesos anuales. Pero la gente va a tener que volver a pagar la TV por cable. Es injusto que en un hotel 5 estrellas puedan ver gratis un Boca-River mientras nosotros no podemos pagar nuestros sueldos [...] todos los dirigentes somos conscientes de que no hemos sido todo lo responsables que la población nos exigía.[472]”

Acaso por todo esto, por el apuro por sacar la Superliga y por cerrar los derechos de TV para los grupos amigos, es que, promediando julio, el mismo Gobierno que asumió con el discurso de no poner más dinero en el Fútbol Para Todos se estiraba a 2.500 millones de pesos anuales, aún más que en la etapa anterior.

El nuevo acuerdo, con fumata blanca y con el sospechoso voto de 70-1, implicaba que el 78% del total iría para los clubes de Primera A, el 12% iría para el Nacional B (ambos integrantes de la Superliga por dentro de la estructura de la AFA), el 8% iría para el resto de las categorías de ascenso y el 2% iría para gastos de organización de los campeonatos. Así es que la Primera A se repartiría más de 1.900 millones de pesos (sumando los 120 millones de los derechos internacionales de TV), con un 25% de aumento sobre lo que percibió hasta ahora. En el caso del Nacional B, recibirá cerca de 19.000.000 de pesos.

Todo esto había que arreglarlo antes de que llegara, por fin, la comisión de la FIFA y de la Conmebol, para que pusiera orden y normalizara la situación, contratando a un director técnico para la Selección Argentina y llamando posteriormente a elecciones.

Desde Zúrich, las noticias que llegaban sobre la conformación del Comité Regularizador para la AFA eran desalentadoras para los clubes que habían votado horas antes la conformación de la Superliga. La FIFA había objetado al menos 12 de los puntos del nuevo estatuto. Había demasiados elementos poco claros, más allá de un acuerdo por un consejo directivo de 18 miembros, 12 de ellos representando a clubes de Primera A y 6 del Nacional B. Por ejemplo, el artículo 28 del capítulo 2, referente a la "estructura orgánica", sostenía que el presidente sería elegido "a viva voz", tendría un cargo remunerado y no podrían serlo personas de clubes afiliados directa o indirectamente a la AFA, Conmebol ni FIFA. Se le otorgaba cuatro años de mandato y "reelección indefinida"; es decir, tras tantos años de espera para que se terminara el unicato de Grondona, se volvía a votar la posibilidad de generar otro Grondona futuro.

De más está decir que ya se planteaba la chance de que Tinelli renunciara a la vicepresidencia de San Lorenzo para aspirar a su viejo anhelo de presidir la Superliga, mientras que Juan Sebastián Verón buscaba lo mismo abandonando la titularidad de Estudiantes de La Plata. De hecho, ya había surgido la puja entre ambos, porque el showman televisivo había acabado de entender que Macri buscaba otro referente, y que no lo tenía en cuenta. Por supuesto que esto implicaba que a Angelici tampoco le gustaba la idea.

"Es un día de luto para el fútbol argentino. Se creó una nueva figura jurídica, la del suicidio en defensa propia", señalaba con inusual dureza Mario Gianmaría, presidente de la Asociación Rosarina, quien comentaba un hecho muy descriptivo pero nada nuevo y, en todo caso, muy parecido a los tiempos en los que se firmaban los contratos televisivos en los noventa: "Ningún dirigente leyó en su totalidad el nuevo estatuto. Nadie sabe siquiera lo que se estaba votando. Cuando pregunté cuáles eran los principales cambios, nadie me supo responder"[473].

Finalmente, el 21 de julio parecía comenzar a enderezarse una

pequeña parte de la profunda crisis que el fútbol argentino vivió tras la muerte de Grondona, cuando se formalizó y presentó el Comité de Regularización de la AFA, conformado por Armando Pérez (presidente y titular de Belgrano de Córdoba), el jurista Javier Medín (secretario de Asuntos Legales e Internos de Boca), Pablo Toviggino (presidente del Consejo Federal) y Carolina Cristinziano (abogada, esposa del ex jugador Gonzalo Belloso y anteriormente ligada al asesoramiento jurídico con intermediarios como Gustavo Mascardi).

Primo Corvaro, el representante de la FIFA, afirmó en la conferencia de prensa que el Comité tendría tres funciones claras: el manejo administrativo de la AFA en el día a día, la revisión de los estatutos y el llamado a elecciones para el 30 de junio de 2017.

También destacaban la colaboración de la Justicia (a través de María Servini) “para terminar con el proceso de Fútbol Para Todos” y los acuerdos con los funcionarios Marín y De Andreis, “en los que el manejo del dinero debe ser transparente y con estrecha colaboración con las autoridades para controlarlo, porque el Gobierno tiene derecho de saber cuál será su uso”. Corvaro terminó su breve discurso en buen español siendo muy claro: “Nosotros desde la FIFA vamos a apoyarlo, pero vamos a estar un poco afuera; ahora es tarea de estas cuatro personas”. Y se dirigió a la prensa para ensalzar que “ustedes no saben la importancia que el fútbol argentino tiene afuera como primero en el ranking mundial, y es muy importante aprovechar esta oportunidad de una nueva AFA”[474].

Pérez, a quien ya Macri tenía pensado colocar a cargo del programa AFA Plus, lo resumía con una frase contundente que parecía un complemento final de aquella máxima grondoniana: “Estamos comprometidos con algo que se pudo hacer mucho mejor que hasta ahora, pero todo lo que pasó ya pasó, y no puede ser que no seamos capaces de administrar con criterio”[475].

Era evidente que el gobierno de Macri había ganado una batalla importantísima de poder, debido a que no solo conseguía que el Comité de Regularización de la AFA tuviera dos integrantes de mucho peso, como Pérez y Medín, que le respondían, sino que además, de esa misma forma, quedaba en la nada la Superliga con

la que tanto se había amenazado durante todo 2016. Finalmente, ni Tinelli accedería al poder desde ella ni Moyano lo haría en a la AFA. Todo quedaba congelado por un año, hasta que el 30 de junio de 2017 se pudiera llamar a elecciones. Y, por si fuera poco, Macri había conseguido el aval del enviado de la FIFA, Corvaro, hacia la jueza Servini y a sus funcionarios Marín y de Andreis.

El hecho de que ni Tinelli ni Moyano, dos de los más importantes protagonistas de la puja por el poder del fútbol, quedaran excluidos no sería gratuito. El showman profundizó las imitaciones del presidente argentino por TV, y el sindicalista ya amenazaba con paros generales en reclamo por la política económica del Gobierno. Ninguna casualidad. Tampoco lo parecía que en esas mismas horas, el presidente de Boca, Angelici, fuera votado como presidente de la nueva Liga Sudamericana que agrupa a los clubes del continente al estilo de la Asociación de Clubes Europeos (ECA) en reclamo de sus beneficios ante la Conmebol. La única entidad que se negó a apoyar a Angelici fue River, y las dos únicas ausentes en Montevideo, Independiente (Moyano) y San Lorenzo (Tinelli). Era una clara respuesta a lo ocurrido en Buenos Aires.

Pero no todo terminaría allí. Los clubes volverían a la carga para romper el contrato de Fútbol Para Todos, algo que políticamente podía servirle al Gobierno desde el discurso (es el fútbol el que quiere irse, no el Estado el que desea discontinuar el acuerdo), pero deberían ajustarse a una licitación de los derechos, tal como advierte la FIFA entre las nuevas condiciones[476].

¿Cómo será el nuevo reparto de dinero entre los clubes y a partir de qué acuerdo y de qué tipo de licitación de derechos? ¿Qué sucederá con el grupo mediático amigo y sostenedor del Gobierno si la TV toma el rumbo de Turner o de otra compañía? ¿Cómo será la transición política y económica hasta las elecciones presidenciales en la AFA después de junio de 2017?

Por lo pronto, los clubes tuvieron que acomodarse a la nueva situación (irónicamente, el Comité Regularizador comenzó a ser llamado “Comisión Normalizadora”) con un nuevo torneo de treinta equipos, ahora de agosto a mayo, con muchas incertidumbres y con nuevas pujas políticas, porque ya hay quejas de que Pérez no consulta sus extraños movimientos en busca de contratar un

director técnico para la Selección Argentina a poco más de un mes para los próximos dos partidos de clasificación mundialista y sin la certeza de que varios de los integrantes del equipo nacional decidan regresar a jugar.

En todo caso, luego de más de cien años de historia, una de las pocas esperanzas de que la AFA vuelva a tener alguna seriedad depende de organismos extranjeros que la monitoreen. Sola, está comprobado, ha llegado a la implosión. Acaso la intervención de agentes externos a su funcionamiento habitual, que incluye un aporte de 70.000.000 de dólares para ayudar a su supervivencia[477], pueda contribuir a una refundación.

Tal vez parte de la solución resida en la sociedad civil, en la reacción, por fin, del hincha, que más allá de la pasión reclame por sus derechos o repudie a los corruptos, como comenzó a ocurrir en algunos estadios, donde ya no toleró a las barras bravas, no cantó con ellas y las despreció. ¿Veremos en algún estadio que toda una hinchada abandone la tribuna en desacuerdo por la carestía de las entradas o por las condiciones de infraestructura? ¿Llegará el día en el que puedan convivir la rivalidad durante el partido y la asociación durante la semana para acciones en conjunto con el fin de mejorar el fútbol? ¿Hacia dónde irá este fútbol argentino sin credibilidad?

El tiempo dirá.

Anexo 1

Historia de los nombres de las asociaciones, federaciones y ligas del fútbol argentino

▪

Fecha	Nombre de asociación
1891	Argentine Association Football League
1892	Disolución
21 de febrero de 1893	Argentine Association Football League
Febrero de 1903	Argentine Football Association (AFA)
14 de junio de 1912	Argentine Football Association (AFA) / F
23 de diciembre de 1914	Asociación Argentina de Football (fusión)
22 de septiembre de 1919	Asociación Amateurs de Football / Asocia
28 de noviembre de 1926	Asociación Amateur Argentina de Footba
18 de mayo de 1931	Asociación Amateur Argentina de Footba
Junio de 1931	Asociación Argentina de Football (Amate
3 de noviembre de 1934	Asociación del Football Argentino (AFA)
1946	Asociación del Fútbol Argentino (castella

▪

Fuente: elaboración sobre datos propios y con base en Ariel Scher y Héctor Palomino, Fútbol, pasión de multitudes y de élites, Buenos Aires, CISEA, 1986.

Anexo 2

Presidentes de las asociaciones, federaciones y ligas del fútbol argentino

1891: F. L. Wooley (Argentine Association Football League)

1893: Alejandro Watson Hutton (Argentine Association Football League)

1896: A. P. B. Boyd (Argentine Association Football League)

1899: Charles Wibberley (Argentine Association Football League)

1900: Frank H. Chevallier Boutell (Argentine Association Football League)

1903: Frank H. Chevallier Boutell (Argentine Football Association)

1906: Florencio Martínez de Hoz (Argentine Football Association)

1907: Emilio Hansen (Argentine Football Association)

1909: Hugo Wilson (Argentine Football Association)

1912-1915: Hugo Wilson (Asociación Argentina de Fútbol)

1912-1914: Ricardo Aldao (Federación Argentina de Fútbol)

1915-1918: Adolfo Orma (Asociación Argentina de Fútbol)

1918-1919: Ricardo Aldao (Asociación Argentina de Fútbol)

1919-1921: Federico Lucio (Asociación Argentina de Fútbol)

1919: Juan R. Mignaburu (Asociación Amateurs de Football)

1920-1926: Adrián Beccar Varela (Asociación Amateurs de Football)

1921-1922: Benjamín Toulouse (Asociación Argentina de Fútbol)

1922-1923: Aldo Cantoni (Asociación Argentina de Fútbol)

1924-1925: Virgilio Tedín Uriburu (Asociación Argentina de Fútbol)

1925-1926: Natalio Botana (Asociación Argentina de Fútbol)

1926: Aldo Cantoni (Asociación Argentina de Fútbol)

1926-1928: Adrián Beccar Varela (Asociación Amateur Argentina de Football)

1929-1930: Juan Pignier (Asociación Amateur Argentina de Football)

1931: Juan Pignier (Asociación Argentina de Football Amateurs y Profesionales)

1931-1932: Juan Planisi (Liga Argentina de Football)

1932: Carlos Anesi y S. J. Serra (Asociación Argentina de Football Amateurs y Profesionales)

1932-1933: Eduardo Larrandart (Liga Argentina de Football)

1932-1933: José Claise (Asociación Argentina de Football Amateurs y Profesionales)

1933-1934: Alejandro Ruzo (Asociación Argentina de Football Amateurs y Profesionales)

1933-1934: Tiburcio Padilla (Liga Argentina de Football)

28 de febrero de 1935-6 de marzo de 1936: Ernesto Malbec (Asociación del Fútbol Argentino)

6 de marzo de 1936-11 de marzo de 1937: Ángel Molinari (Asociación del Fútbol Argentino)

11 de marzo de 1937-9 de marzo de 1939: Eduardo Sánchez Terrero (Asociación del Fútbol Argentino)

9 de marzo de 1939-8 de abril de 1941: Adrián Escobar (Asociación del Fútbol Argentino)

8 de abril de 1941-14 de julio de 1943: Ramón Castillo (h) (Asociación del Fútbol Argentino)

14 de julio de 1943-22 de marzo de 1944: Jacinto C. Armando (Asociación del Fútbol Argentino)

22 de marzo de 1944-28 de febrero de 1945: Agustín Nicolás Matienzo (Asociación del Fútbol Argentino)

14 de marzo de 1945-13 de marzo de 1946: Eduardo Avalos

(Asociación del Fútbol Argentino)

13 de marzo de 1946-26 de febrero de 1947: Pedro Canaveri (Asociación del Fútbol Argentino)

26 de febrero de 1947-13 de julio de 1949: Oscar Nicolini (Asociación del Fútbol Argentino)

27 de julio de 1949-21 de agosto de 1949: Cayetano Giardulli (Asociación del Fútbol Argentino)

21 de agosto de 1949-23 de julio de 1953: Valentín Suárez (Asociación del Fútbol Argentino)

10 de agosto de 1953-26 de abril de 1955: Domingo Peluffo (Asociación del Fútbol Argentino)

26 de abril de 1955-10 de octubre de 1955: Cecilio Conditti (Asociación del Fútbol Argentino)

10 de octubre de 1955-27 de marzo de 1956: Arturo Bullrich (interventor) (Asociación del Fútbol Argentino)

27 de marzo de 1956-27 de febrero de 1965: Raúl H. Colombo (Asociación del Fútbol Argentino)

27 de febrero de 1965-19 de agosto de 1966: Francisco Perette (Asociación del Fútbol Argentino)

19 de agosto de 1966-11 de julio de 1968: Valentín Suárez (interventor) (Asociación del Fútbol Argentino)

11 de julio de 1968-4 de julio de 1969: Armando Ramos Ruiz (interventor) (Asociación del Fútbol Argentino)

4 de julio de 1969-9 de septiembre de 1969: Aldo Porri (interventor) (Asociación del Fútbol Argentino)

9 de septiembre de 1969-17 de noviembre de 1969: L. Ferrari (interventor) (Asociación del Fútbol Argentino)

17 de noviembre de 1969-7 de junio de 1971: Juan Martín Oneto

Gaona (interventor) (Asociación del Fútbol Argentino)

7 de junio de 1971-16 de enero de 1973: Raúl D'Onofrio (interventor) (Asociación del Fútbol Argentino)

16 de enero de 1973-18 de junio de 1973: Horacio Bruzzone (interventor) (Asociación del Fútbol Argentino)

18 de junio de 1973-17 de enero de 1974: Baldomero Gigán (interventor) (Asociación del Fútbol Argentino)

21 de enero de 1974-21 de junio de 1974: Fernando Mitjans (interventor y director) (Asociación del Fútbol Argentino)

21 de junio de 1974-31 de marzo de 1976: David Bracutto (Asociación del Fútbol Argentino)

31 de marzo de 1976-16 de abril de 1979: Alfredo Cantilo (Asociación del Fútbol Argentino)

16 de abril de 1979-30 de julio de 2014: Julio Grondona (Asociación del Fútbol Argentino)

30 de julio de 2014-30 de junio de 2016: Luis Segura (Asociación del Fútbol Argentino)

Fuente: elaboración sobre datos propios y con base en Ariel Scher y Héctor Palomino, Fútbol, pasión de multitudes y de élites, Buenos Aires, CISEA, 1986.

Notas

1. Elsa Fernández de Combes (Frente Grande), entre 1996 y 1997.

2. Declaración Jurada Deportiva Anual (DJDA), disponible en línea: <http://www1.hcdn.gov.ar/proyxml/expediente.asp?fundamentos=si&numexp=6228-D-2008>.

3. Fundado el 9 de mayo de 1867.

4. Presidente del colegio Saint Andrews Scotch School.

5. Julio Frydenberg, Historia social del fútbol. Del amateurismo a la profesionalización, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, p. 36.

6. Ibid.

7. Ibid., p. 113.

8. Tuvo como presidentes a Alejandro Watson Hutton (1893-1897), A. P. B. Boyd (1897-1899), Charles Wibberley (1899-1900) y Frank Chevallier Boutell (1900-1903).

9. Sus presidentes fueron Frank Chevallier Boutell (1903-1906), Florencio Martínez de Hoz (1906-1907), Emilio Hansen (1907-1909) y Hugo Wilson (1909-1912).

10. Su presidente fue Ricardo Aldao (1912-1914), abogado y empresario que luego también sería el presidente de la Asociación Argentina de Football (1918-1919), entre otros cargos ejecutivos.

11. El gran referente era Jorge Brown, capitán entre 1903 y 1906; también jugaban en el equipo sus hermanos Alfredo, Eliseo, Carlos, Juan y Ernesto, y su primo Juan. Llegó a aportar hasta ocho de sus jugadores a la Selección Argentina.

12. Jorge, Juan y Ernesto Brown se incorporaron cuando se disolvió Alumni.

13. Ante Estudiantes, Quilmes y Racing.

14. Véase Armando Ramos Ruiz, Nuestro fútbol. Grandeza y decadencia, Buenos Aires, LV Producciones, 1973. En ese libro, el autor sostiene que este sistema no era democrático, porque los clubes de mayor popularidad debieron tener mayor cantidad de votos, y que el problema volvería a aparecer en 1940 y por la misma razón.

15. Había sido presidente de la Asociación Uruguaya de Fútbol (AUF) entre 1907 y 1912.

16. Los presidentes fueron Hugo Wilson (1912-1915), Adolfo Orma (1915-1918) y nuevamente Ricardo Aldao (1918-1919), tres exponentes de una élite de la sociedad.

17. En el básquetbol, un club puede comprar la plaza de otro y reemplazarlo en el torneo, o bien puede ocupar esa plaza si el otro club decide retirarse de la competición.

18. Jorge Iwanczuk, Historia del fútbol amateur en la Argentina, Buenos Aires, edición del autor, 1993.

19. José Amalfitani (16 de junio de 1894-14 de mayo de 1969) es considerado uno de los más importantes dirigentes de la historia del fútbol argentino. Fue presidente de Vélez Sarsfield entre 1923 y 1925 y entre 1941 y 1969. El estadio del club lleva su nombre. Por su probada honestidad, se conmemora el Día del Dirigente de fútbol el 14 de mayo, día de su fallecimiento.

20. Carlos Aira, Héroes de tiento, Buenos Aires, Fabro, pp. 21-23.

21. Presidente de la Asociación Amateur de Football entre 1919 y 1926 y de la Asociación Amateurs Argentina de Football entre 1926 y 1928. Fue abogado, historiador y periodista. Es considerado el “padre” del fútbol argentino. Hay un busto suyo en la entrada del edificio de la AFA.

22. Crítica, 4 de marzo de 1920.

23. Crítica, 9 de enero de 1920.

24. Ariel Scher y Héctor Palomino, Fútbol, pasión de multitudes y de élites, Buenos Aires, CISEA, 1985.

25. Carlos Aira, Héroes de tiento, op. cit., p. 27.

26. Crítica, enero de 1920.

27. Ibid.

28. Jorge Iwanczuk, Historia del fútbol amateur en la Argentina, op. cit.

29. Crítica, 28 de septiembre de 1921.

30. Crítica, 12 de junio de 1921.

31. El Telégrafo de la Tarde, 25 de agosto de 1921.

32. Nombre con el que se denominaba entonces al hoy Colegio Nacional de Buenos Aires.

33. Crítica, 21 de julio de 1924.

34. La Argentina, 23 de junio de 1924.

35. Crítica, 29 de junio de 1924.

36. Eduardo Archetti, Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina, Buenos Aires, Antropofagia, 2003.

37. El Gráfico, núm. 190, 1923, p. 4 y núm. 205, 1923, p. 15.

38. El Gráfico, núm. 467, 1928, p. 16.

39. Ibid., p. 103.

40. Ibid., p. 16.

41. Última Hora, 14 de octubre de 1925.

42. Armando Ramos Ruiz, Nuestro fútbol. Grandeza y decadencia, op. cit., p. 49.

43. Asamblea del 23 de noviembre de 1926.

44. Crítica, 6 de junio de 1928.

45. Julio Frydenberg, Historia social del fútbol. Del amateurismo a la profesionalización, op. cit., p. 168.

46. Satiricón, julio de 1974.

47. La Cancha, agosto de 1928.

48. Ibid.

49. La Opinión, 22 de mayo de 1976.

50. Carlos Pandolfi y Raúl Rivello, La lucha continúa. Futbolistas Argentinos Agremiados, 1944-2010, Buenos Aires, Ediciones Al Arco, 2010, p. 14.

51. La Vanguardia, 14 de abril de 1931.

52. Véase la película Fútbol argentino (Argentina, 1990), de Víctor Dinenzon.

53. Memoria y balance, 1931, p. 55.

54. Lo que hoy sería el pago de derechos de formación que se le abona al club formador del jugador en cada transacción, reglado por la FIFA.

55. Esta nueva liga, cerrada, con los clubes más poderosos separados del resto y con reuniones secretas con el Estado, tiene gran semejanza con el presente y el intento de conformar una Superliga.

56. Armando Ramos Ruiz, Nuestro fútbol. Grandeza y decadencia, LV Buenos Aires, Producciones, 1973, p. 64.

57. Memoria y balance, 1931, pp. 10-20.

58. Memoria y balance, 1932, pp. 19 y 20.

59. Armando Ramos Ruiz, Nuestro fútbol, op. cit., p. 73.

60. Uno de ellos es el reconocido investigador Jorge Iwanczuk, autor de una vasta bibliografía sobre la época amateur del fútbol argentino.

61. El Gráfico, 12 de junio de 1934.

62. Sobre el éxodo de futbolistas, véase con más detalle en el

capítulo 3.

63. En 1985, cincuenta años más tarde, haría otro pedido similar.

64. River lo nombraría socio honorario en 1938, pese a provenir de Boca, por haber contribuido a la construcción del estadio Monumental.

65. El Gráfico, 20 de marzo de 1937.

66. Barcelona llegó a organizar otros Juegos Olímpicos paralelos, contraponiéndolos a esos Juegos del nazismo.

67. La Memoria y balance de 1938 no explica los motivos de la renuncia argentina a participar del Mundial de 1938 y, en cambio, se refiere a la invitación a Rimet para visitar el país en 1939. La invitación había sido formulada a Rimet por el presidente de la AFA por una visita a París, y se hablaba de una pronta visita de Rimet a la Argentina en marzo de 1939. Pudo haber tenido que ver (difícil es probarlo) con la primera intención de la AFA de organizar el Mundial de 1942, luego postergado por la Guerra, aunque Brasil perseguía las mismas intenciones.

68. Para tener una idea del poderío futbolístico argentino de aquellos tiempos, vale mencionar que de los cinco torneos sudamericanos de la década de 1940 la Selección Argentina se impondría en cuatro (1941 y 1945 en Santiago de Chile, 1946 en Buenos Aires y 1947 en Guayaquil) y fue subcampeón en Uruguay 1942.

69. El Gráfico, 27 de marzo de 1937.

70. Carlos Asnaghi, Gimnasia, 100 años, t. 1, La Plata, NEYCE, 1987, p. 13.

71. La Razón, 18 de marzo de 1933.

72. En 1939, jugando por el hexagonal final de la Segunda División para buscar el ascenso a la Primera, se descubrió que Alberto Torraga, gerente de Banfield, sobornó a los jugadores Sosa y Villanueva, de Barracas Central, en el partido que Banfield le ganó 3-2. La sanción se conoció cuando ya el “Taladro” había ascendido y consistió en cinco fechas de suspensión al iniciarse el siguiente torneo de Primera, en 1940.

73. La Razón, 22 de abril de 1944.

74. Memoria y balance, 1944.

75. En 1936 hubo dos torneos, de los cuales uno ganó River, y el otro, San Lorenzo.

76. La Razón, 18 de marzo de 1945.

77. Debutaron el 14 de abril de 1948.

78. Apellido de Eva, la esposa de Juan Domingo Perón.

79. Raanan Rein, La cancha peronista. Fútbol y política (1946-1955), Buenos Aires, UNSAM edita, 2015, p. 10.

80. Ibid., p. 16.

81. Juan Domingo Perón, La gimnasia y los deportes, Buenos Aires, sin editorial, 1949.

82. Santiago Ganduglia, El nuevo espíritu del deporte argentino, Buenos Aires, Secretaría de Prensa y Difusión, Presidencia de la Nación, 1954, p. 6, citado en Raanan Rein, La cancha peronista, op. cit.

83. Diario Popular, 25 de abril de 1986.

84. La Razón, 1946.

85. Democracia, 24 de noviembre de 1947, p. 10.

86. El Gráfico, 16 de abril de 1948.

87. Noticias Gráficas, 2 de julio de 1948, p. 15.

88. Memoria y balance de AFA, 1949, pp. 22-25; Boletín de AFA, núm. 1399, 14 de octubre de 1948.

89. Memoria y balance de AFA, 1949; Boletín de AFA, núm. 1406, 29 de octubre de 1948; Noticias Gráficas, 31 de octubre de 1948; Campeón, 2 de noviembre de 1948.

90. Boletín de AFA, núm. 1406, 29 de octubre de 1948; Memoria y balance de AFA, 1949.

91. Noticias Gráficas, 9 de noviembre de 1948.

92. La Cancha, 17 de noviembre de 1948.

93. Boletín de AFA, núm. 1413, 17 de noviembre de 1948.

94. Noticias Gráficas, 22 de noviembre de 1948.

95. Boletín especial de AFA, núm. 1432 bis, incluido en el libro de Carlos Pandolfi y Raúl Rivello, La lucha continúa. Futbolistas Argentinos Agremiados, 1944-2010, Buenos Aires, Ediciones Al Arco, 2010.

96. Boletín de AFA, núm. 1435, 10 de febrero de 1949.

97. Convención colectiva 6/49.

98. Investigador, director de la enciclopedia Historia del profesionalismo, Buenos Aires, Perfil, 1977.

99. Véase Rodolfo ChISLeanschi, “La huelga del 48”, en La Razón, 28 de enero de 1985.

100. El Gráfico, 8 de abril de 1949.

101. Véase la película Fútbol argentino (Argentina, 1990), de Víctor Dinenzon.

102. Alfredo Di Stéfano, “Una huelga para proteger a los débiles”, en Gracias, vieja. Las memorias del mayor mito del fútbol, con la colaboración de Enrique Ortego y Alfredo Relaño, Madrid, Aguilar, 2000, pp. 88 y 89.

103. Raanan Rein, La cancha peronista, op. cit., p. 86.

104. Armando Ramos Ruiz, Nuestro fútbol. Grandeza y decadencia, Buenos Aires, LV Producciones, 1973.

105. Ibid., p. 118.

106. Disponible en línea: <http://ilusion-mundial.blogspot.com.es/2013/11/argentina-la-segunda-ausencia.html>.

107. El Gráfico, núm. 1618, 1950, p. 46.

108. Memoria y balance de la AFA, 1947.

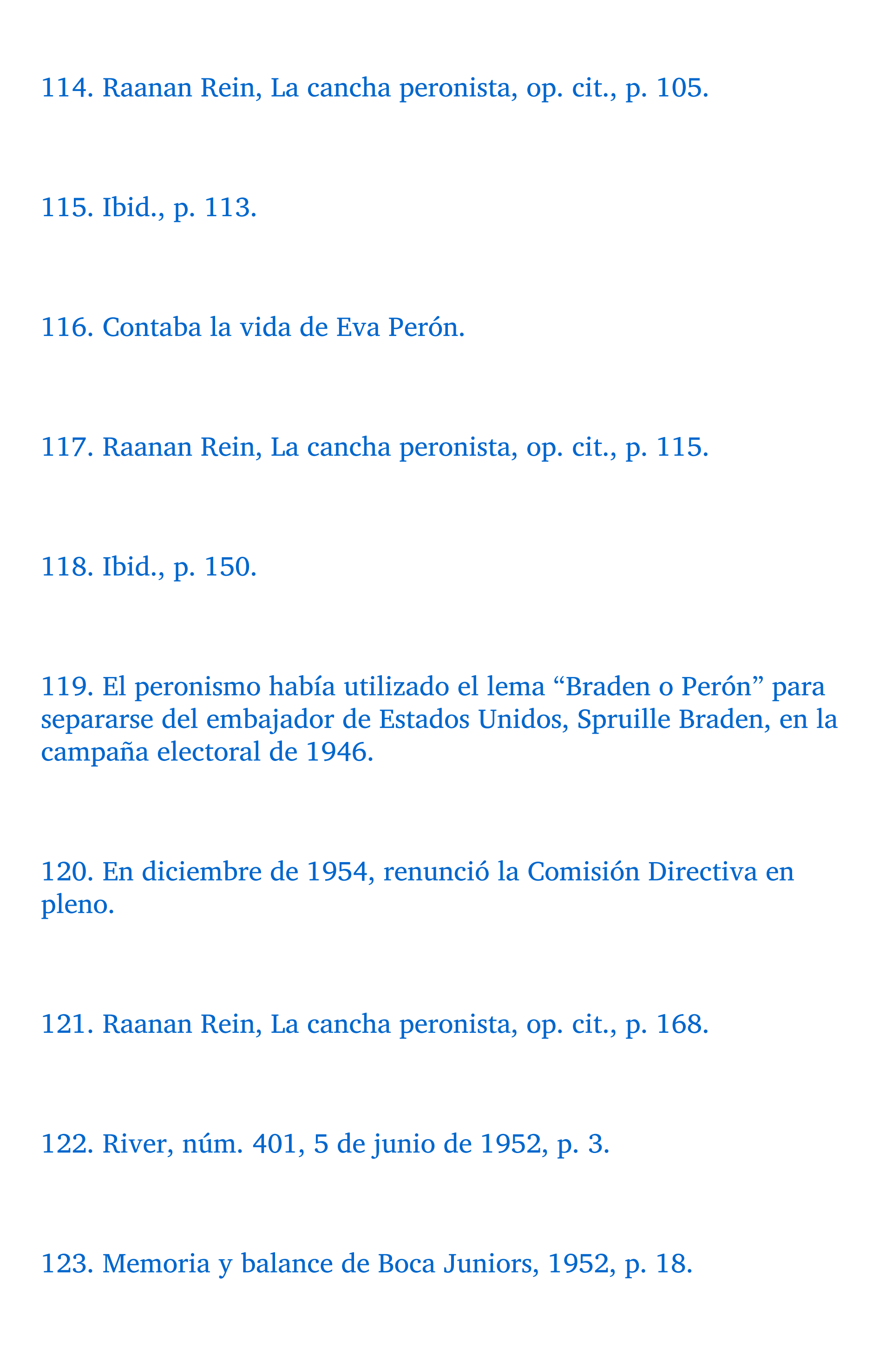
109. Véase la película Fútbol argentino (Argentina, 1990), de Víctor Dinenzon; también, disponible en línea: <http://la-pelota-no-dobla.blogspot.com.es/2010/12/el-dia-de-rugilo-argentina-debuta-en.html>.

110. Memoria y balance de la AFA, 1948.

111. PBT, núm. 697, 27 de enero de 1950.

112. La inauguración tuvo lugar el 3 de septiembre de 1950 en el partido que Racing le ganó a Vélez por 1 a 0.

113. Nuestro Siglo. Historia gráfica de la Argentina contemporánea, fascículo 7, 1985.



114. Raanan Rein, La cancha peronista, op. cit., p. 105.

115. Ibid., p. 113.

116. Contaba la vida de Eva Perón.

117. Raanan Rein, La cancha peronista, op. cit., p. 115.

118. Ibid., p. 150.

119. El peronismo había utilizado el lema “Braden o Perón” para separarse del embajador de Estados Unidos, Spruille Braden, en la campaña electoral de 1946.

120. En diciembre de 1954, renunció la Comisión Directiva en pleno.

121. Raanan Rein, La cancha peronista, op. cit., p. 168.

122. River, núm. 401, 5 de junio de 1952, p. 3.

123. Memoria y balance de Boca Juniors, 1952, p. 18.

124. Raanan Rein, La cancha peronista, op. cit., p. 128.

125. Satiricón, julio de 1974.

126. Había sido presidente de la Liga Argentina de Football entre 1932 y 1933.

127. Armando Ramos Ruiz, Nuestro fútbol, p.123.

128. Memoria y balance de AFA, 1953.

129. La Razón, 24 de abril de 1955.

130. Pablo Ramírez, Historia del profesionalismo, Buenos Aires, Perfil, 1977.

131. Esta idea la sostienen Ariel Scher y Héctor Palomino en Fútbol, pasión de multitudes y de élites, Buenos Aires, CISEA, 1988, p. 190.

132. Raanan Rein, La cancha peronista. Fútbol y política (1946-1955), Buenos Aires, UNSAM edita, 2015, p. 116.

133. River, núm. 572, 20 de septiembre de 1955, pp. 4 y 5.

134. Esta situación tiene puntos de contacto con el presente. Es por este mismo miedo que los clubes grandes y de “clase media alta” buscaron conformar una Superliga por fuera de la AFA, dado que temían que les ocurriera eso mismo, la derrota por el sistema de votos ante los más chicos.

135. Asumiría el 27 de marzo de 1956 aún con Aramburu como presidente de facto, prueba de que no hubo una correlación histórica significativa entre los gobiernos nacionales y la AFA, y acabaría su mandato el 27 de febrero de 1965, atravesando el gobierno constitucional de Arturo Frondizi y parte del de facto de José María Guido.

136. Comenzó a transmitirse por TV un partido por fecha.

137. Amílcar Romero, Deporte, violencia y política (crónica negra, 1958-1983), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, p. 9.

138. Memoria y balance de AFA, 1958.

139. Juan de Biase, Libro de oro del Mundial, sin datos, 1998.

140. Cifras tomadas de la propia AFA.

141. Amílcar Romero, Deporte, violencia y política, op. cit., p. 17.

142. Clarín, 10 de octubre de 1960.

143. Amílcar Romero, Deporte, violencia y política, op. cit., pp. 20 y 21.

144. Ibid.

145. La Razón, 28 de marzo de 1956.

146. Dante Panzeri, Burguesía y gangsterismo en el deporte, Buenos Aires, Libera, 1974.

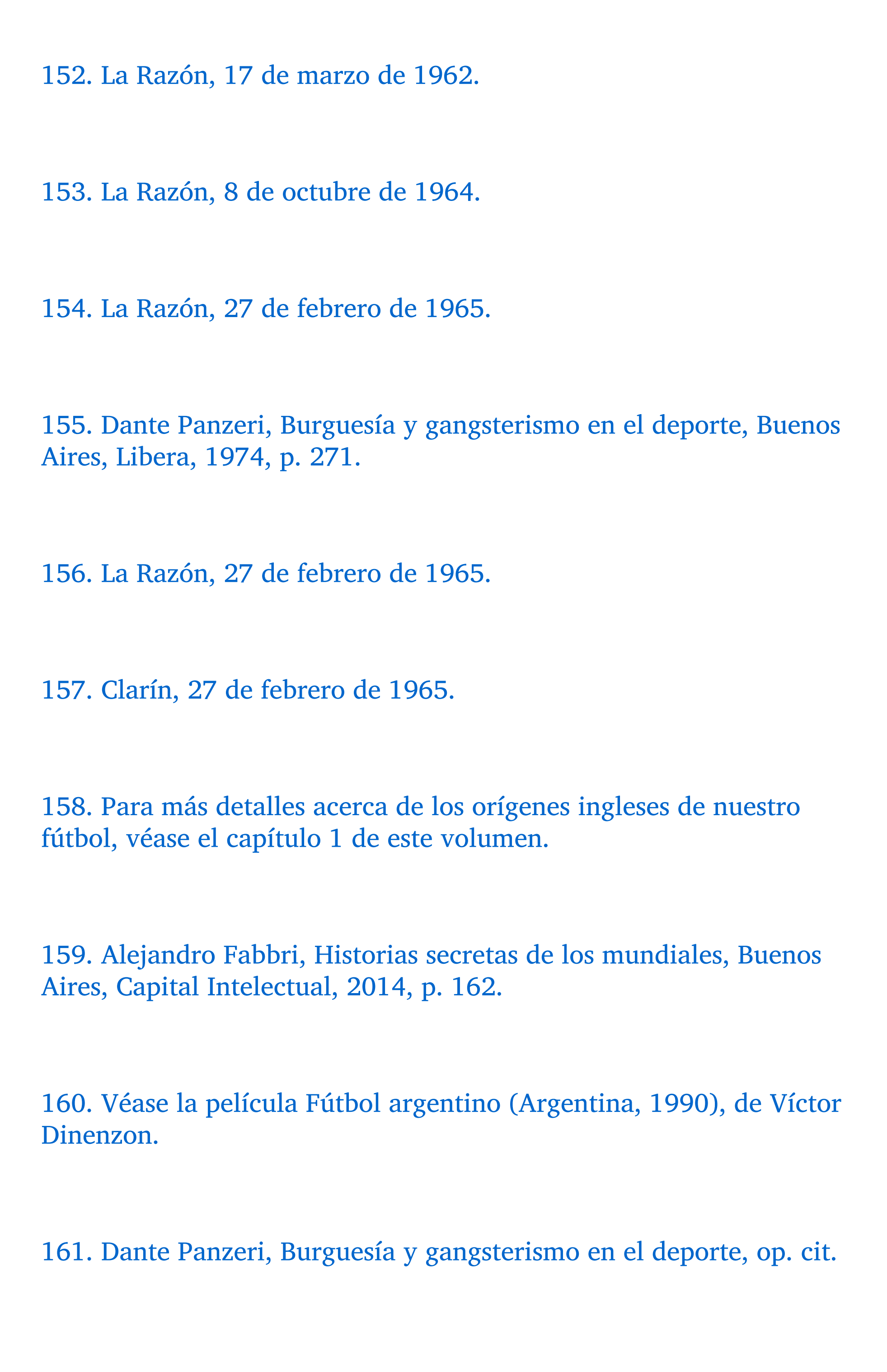
147. El Gráfico, 1 de junio de 1962.

148. Enciclopedia Los Mundiales, Buenos Aires, Aldus Ediciones, 1994.

149. Aníbal Di Salvo, El Toto, Buenos Aires, sin editorial, 2000.

150. La Razón, 28 de marzo de 1959.

151. La Razón, 28 de febrero de 1959.



152. La Razón, 17 de marzo de 1962.

153. La Razón, 8 de octubre de 1964.

154. La Razón, 27 de febrero de 1965.

155. Dante Panzeri, Burguesía y gangsterismo en el deporte, Buenos Aires, Libera, 1974, p. 271.

156. La Razón, 27 de febrero de 1965.

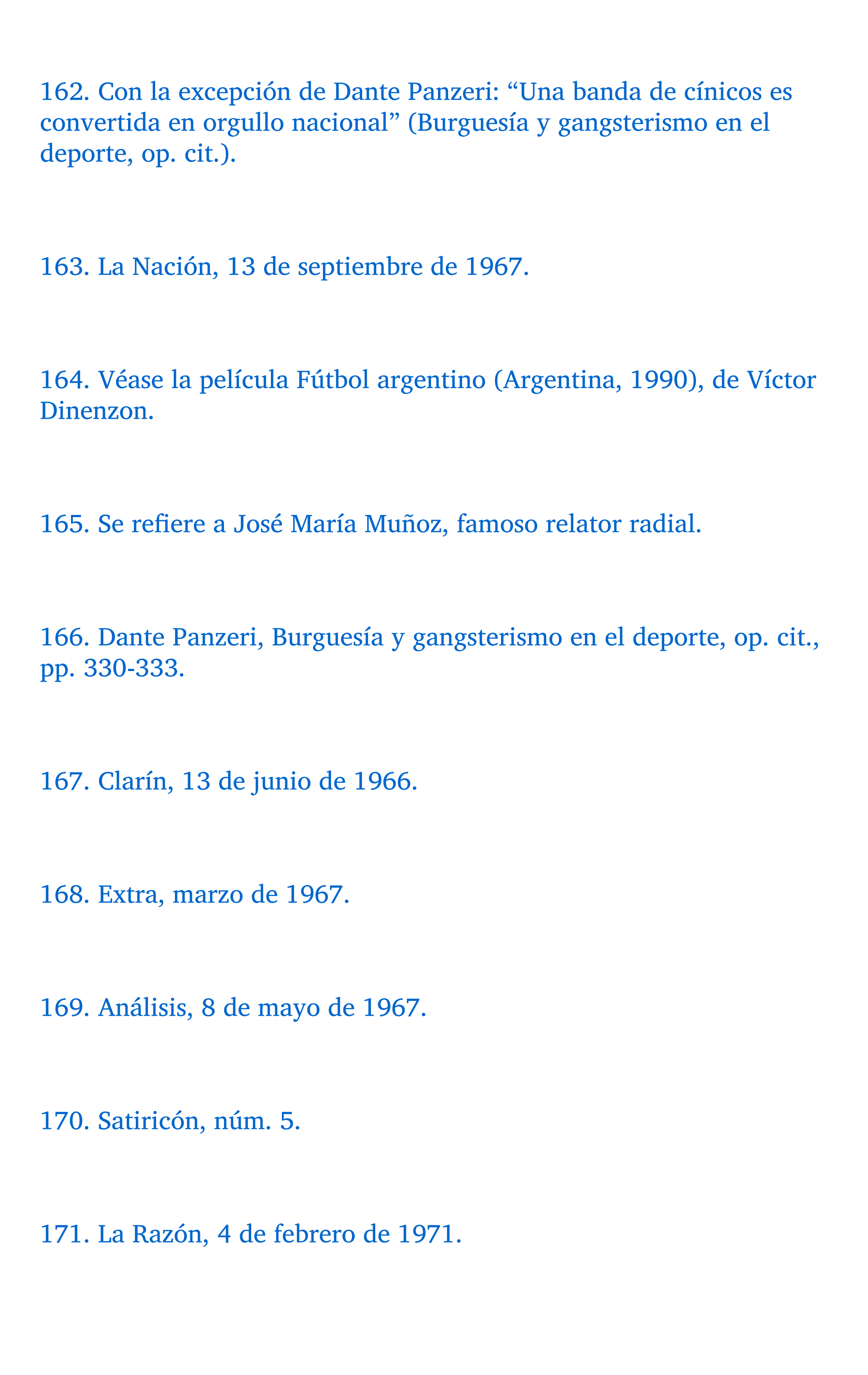
157. Clarín, 27 de febrero de 1965.

158. Para más detalles acerca de los orígenes ingleses de nuestro fútbol, véase el capítulo 1 de este volumen.

159. Alejandro Fabbri, Historias secretas de los mundiales, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2014, p. 162.

160. Véase la película Fútbol argentino (Argentina, 1990), de Víctor Dinenzon.

161. Dante Panzeri, Burguesía y gangsterismo en el deporte, op. cit.



162. Con la excepción de Dante Panzeri: "Una banda de cínicos es convertida en orgullo nacional" (Burguesía y gangsterismo en el deporte, op. cit.).

163. La Nación, 13 de septiembre de 1967.

164. Véase la película Fútbol argentino (Argentina, 1990), de Víctor Dinenzon.

165. Se refiere a José María Muñoz, famoso relator radial.

166. Dante Panzeri, Burguesía y gangsterismo en el deporte, op. cit., pp. 330-333.

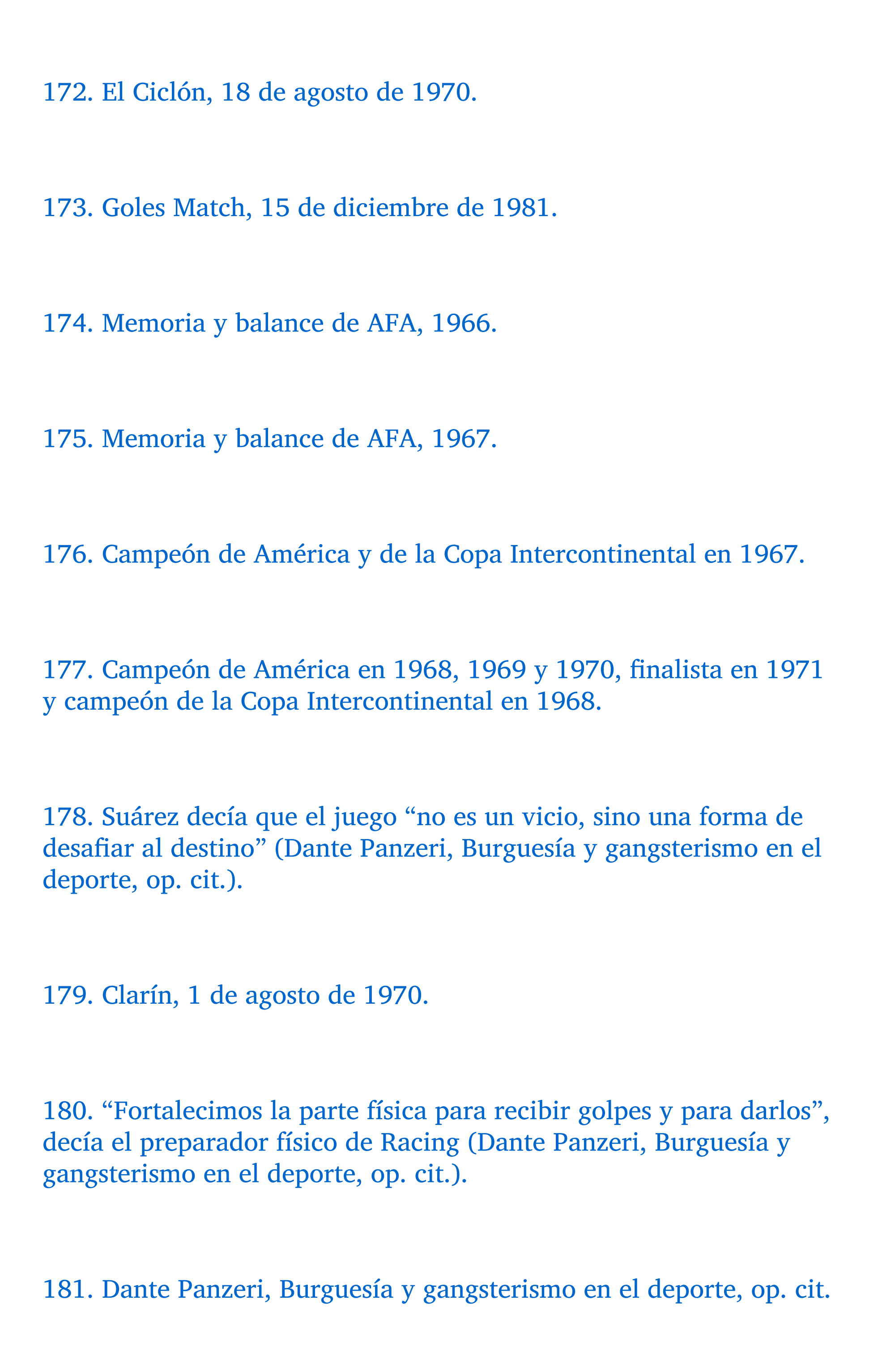
167. Clarín, 13 de junio de 1966.

168. Extra, marzo de 1967.

169. Análisis, 8 de mayo de 1967.

170. Satiricón, núm. 5.

171. La Razón, 4 de febrero de 1971.



172. El Ciclón, 18 de agosto de 1970.

173. Goles Match, 15 de diciembre de 1981.

174. Memoria y balance de AFA, 1966.

175. Memoria y balance de AFA, 1967.

176. Campeón de América y de la Copa Intercontinental en 1967.

177. Campeón de América en 1968, 1969 y 1970, finalista en 1971 y campeón de la Copa Intercontinental en 1968.

178. Suárez decía que el juego “no es un vicio, sino una forma de desafiar al destino” (Dante Panzeri, Burguesía y gangsterismo en el deporte, op. cit.).

179. Clarín, 1 de agosto de 1970.

180. “Fortalecimos la parte física para recibir golpes y para darlos”, decía el preparador físico de Racing (Dante Panzeri, Burguesía y gangsterismo en el deporte, op. cit.).

181. Dante Panzeri, Burguesía y gangsterismo en el deporte, op. cit.

182. “De Zubeldía y no de La Plata”, solía repetir Dante Panzeri para caracterizar al equipo de la época.

183. Amílcar Romero, Fútbol, violencia y política (crónica negra, 1958-1983), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, p. 46.

184. Ibid., p. 47.

185. La Razón, 25 de mayo de 1967.

186. Dante, Panzeri, Burguesía y gangsterismo en el deporte, op. cit., p. 259.

187. Declaraciones a Radio Belgrano, 29 de septiembre de 1967.

188. Sergio Levinsky, El deporte de informar, Buenos Aires, Paidós, 2002.

189. Armando Ramos Ruiz, Nuestro fútbol. Grandeza y decadencia, Buenos Aires, LV Producciones, 1973.

190. Ibid., p. 153.



191. Ibid., p. 155.

192. Ibid.

193. Ibid., p. 153.

194. Ibid., p. 156.

195. Ibid., p. 157.

196. La Razón, 2 de febrero de 1970.

197. El Despertador, diciembre de 1985.

198. La Razón, 2 de febrero de 1970.

199. Sancionada y promulgada el 5 de noviembre de 1971.

200. Ariel Scher y Héctor Palomino, Fútbol, pasión de multitudes y de élites, Buenos Aires, CISEA, 1985, p. 134.

201. Juan José Sebreli, Fútbol y masas, Buenos Aires, Galerna, 1981, pp. 66 y 67.

202. Citado en Humor, enero de 1983.

203. Disponible en línea: <http://historiatradicionyfutbol.blogspot.com.ar/2011/12/el-bombonerazo-de-1971-boca-juniors-2-2.html>.

204. Primera Plana, 1971.

205. Citado en Humor, 1983.

206. El Gráfico, 16 de noviembre de 1971.

207. Ibid.

208. Ibid.

209. Clarín, 11 de noviembre de 1971.

210. El Gráfico, 16 de noviembre de 1971.

211. Clarín, 22 de noviembre de 1971.

212. Ibid.

213. Memoria y balance de la AFA, 1971.

214. Armando Ramos Ruiz, Nuestro fútbol. Grandeza y decadencia, op. cit., p. 157.

215. Dante Panzeri, “La AFA con ritmo de dirigentes”, en La Razón, 24 de junio de 1971.

216. Dante Panzeri, Burguesía y gangsterismo en el deporte, op. cit., pp. 256-258.

217. Memoria y balance de la AFA, 1970.

218. Memoria y balance de la AFA, 1972.

219. A la Argentina se le concedió el Mundial de 1978 el 6 de julio de 1966 en el Congreso de FIFA de Londres, en el que se le otorgó a México el de 1970, a Alemania Federal el de 1974 y a España el de 1982.

220. Chaupinela, abril de 1975.

221. Ahora, 20 de abril de 1971.

222. Humor, enero de 1983.

223. Armando Ramos Ruiz, Nuestro fútbol. Grandeza y decadencia, Buenos Aires, LV Producciones, 1973, p. 170.

224. Carlos Pandolfi y Raúl Rivello, La lucha continúa. Futbolistas Argentinos Agremiados, 1944-2010, Buenos Aires, Ediciones al Arco, 2010.

225. La Nación, 19 de junio de 1973.

226. El Mundo, 15 de agosto de 1974.

227. El Día, 31 de diciembre de 1973.

228. La Nación, 19 de junio de 1973.

229. Dante Panzeri, Burguesía y gangsterismo en el deporte, Buenos Aires, Libera, 1974, p. 270.

230. Clarín, 24 de enero de 1974.

231. La Razón, 8 de octubre de 1955.

232. Humor, enero de 1983.

233. Crónica, 16 de mayo de 1974.

234. Crónica, 30 de mayo de 1974.

235. Memoria y balance de la AFA, 1974.

236. Ibid.

237. Declaraciones de Enrique “Quique” Wolff en su programa televisivo Simplemente fútbol.

238. La Opinión, 27 de junio de 1974.

239. Declaraciones de Enrique “Quique” Wolff en su programa televisivo Simplemente fútbol.

240. Memoria y balance de la AFA, 1975.

241. Clarín, 14 de agosto de 1975.

242. Véase Gustavo Veiga, “Un repaso que 30 años más tarde todavía deja lugar a la sorpresa”, en Página 12, 19 de marzo de 2006.

243. Eugenio Méndez, Almirante Lacoste, ¿quién mató al general Actis?, Buenos Aires, El Cid, 1984.

244. Humor, marzo de 1984.

245. Juan Carlos Cernadas Lamadrid y Ricardo Halac, Yo fui testigo, t. 8: Los militares y el Mundial, Buenos Aires, Perfil, 1986, p. 23.

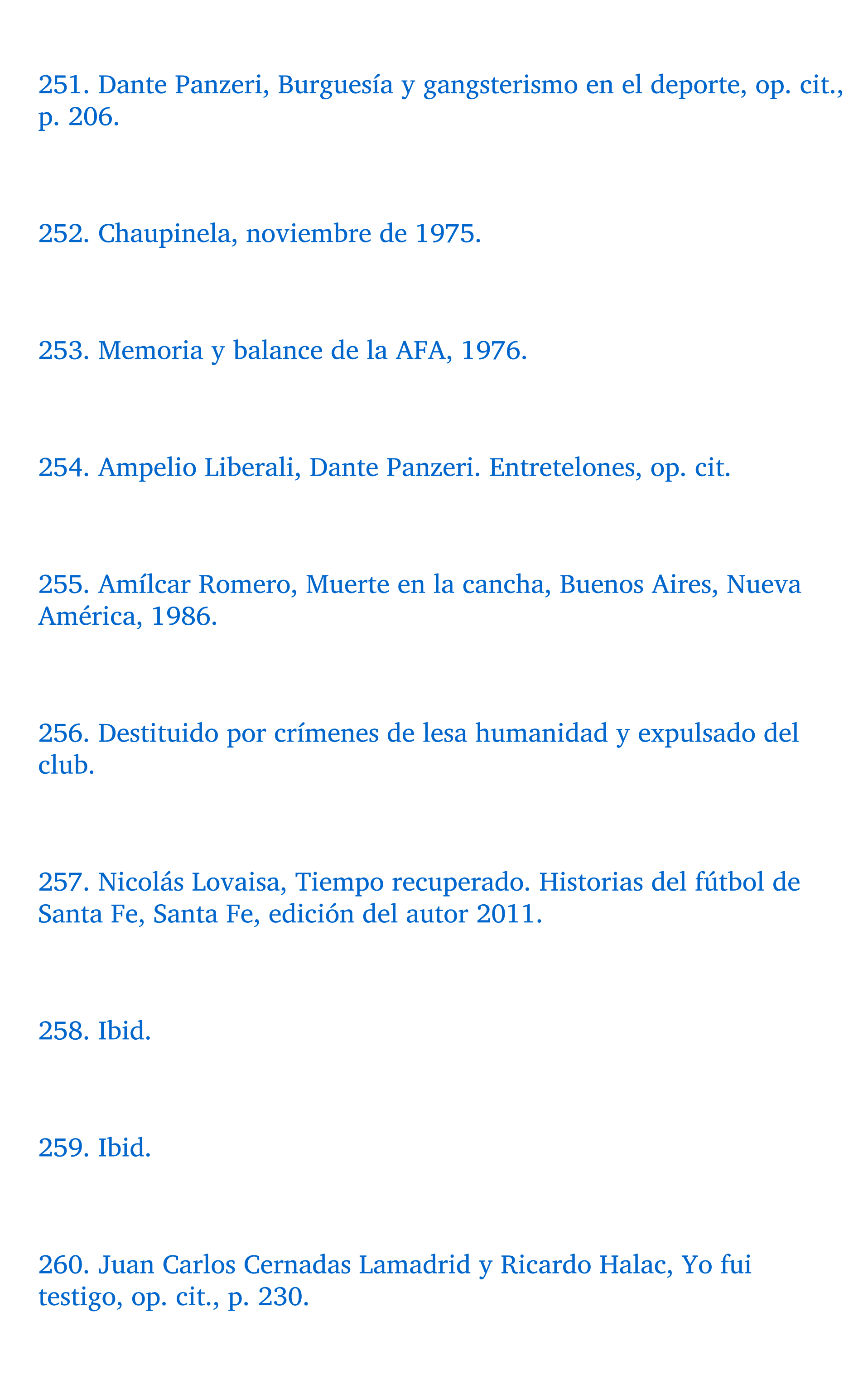
246. Ibid., p. 21.

247. La TV color llegaría el 1 de mayo de 1980.

248. Juan Carlos Cernadas Lamadrid y Ricardo Halac, Yo fui testigo, op. cit., p. 18.

249. Dante Panzeri, Burguesía y gangsterismo en el deporte, Buenos Aires, Libera, 1974.

250. Ampelio Liberali, Dante Panzeri. Entretelones, Buenos Aires, Impresos Arte, 1988.



251. Dante Panzeri, Burguesía y gangsterismo en el deporte, op. cit., p. 206.

252. Chaupinela, noviembre de 1975.

253. Memoria y balance de la AFA, 1976.

254. Ampelio Liberali, Dante Panzeri. Entretelones, op. cit.

255. Amílcar Romero, Muerte en la cancha, Buenos Aires, Nueva América, 1986.

256. Destituido por crímenes de lesa humanidad y expulsado del club.

257. Nicolás Lovaisa, Tiempo recuperado. Historias del fútbol de Santa Fe, Santa Fe, edición del autor 2011.

258. Ibid.

259. Ibid.

260. Juan Carlos Cernadas Lamadrid y Ricardo Halac, Yo fui testigo, op. cit., p. 230.

261. Gustavo Farías, “A 30 años de la 1309”, en La Voz del Interior, suplemento deportivo, Córdoba.

262. Fabián Bazán, El Gigante de Arroyito. La verdadera historia, Rosario, Ediciones Canallas, 2009.

263. Fue presidente de Vélez Sarsfield (1979-1985 y 1991-1993).

264. “¿Hacernos conocer y no hacernos primero?”, en Así, 17 de octubre de 1970.

265. Marina Franco, “Solidaridad internacional, exilio y dictadura en torno al Mundial 1978”, en Pablo Yankelevich y Silvina Jensen (comps.), Exilios, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2007, pp. 149-151.

266. Disponible en línea: <http://www.elortiba.org/mundial78.html>.

267. Juan Carlos Cernadas Lamadrid y Ricardo Halac, Yo fui testigo, op. cit.

268. Humor, núm. 58.

269. Juan Carlos Cernadas Lamadrid y Ricardo Halac, Yo fui

testigo, op. cit.

270. Humor, núm. 14, 1979.

271. José María Suárez, “¿Usted todavía cree que el Mundial 78 lo ganaron los jugadores argentinos? ¡Qué jocoserio!”, en Humor, núm. 22, 1979.

272. Clarín, 16 de julio de 1978.

273. Roberto Gasparini y José Luis Ponsico, El DT del proceso, Buenos Aires, El Cid, 1984.

274. Rodrigo Fernández y Denise Nagy, De la mano de Dios a sus botines, Buenos Aires, Cangrejal editores, 1994.

275. Humor, núm. 18, 1979.

276. Memoria y balance de la AFA, 1979.

277. Humor, núm. 18, op. cit.

278. Véase el capítulo 11 en este mismo volumen.

279. Revista del club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires (GEBA), agosto de 1977. Menotti fue citado al Tribunal de Disciplina de la AFA en donde se retractó y afirmó que nunca lo manifestó, pero la revista de GEBA de enero de 1978 dijo que lo que declaró Menotti "fue transcripto literalmente de una grabación" (Humor, núm. 19).

280. La Nación, 14 de mayo de 1978.

281. Humor, núm. 55.

282. El Gráfico, 17 de febrero de 1981.

283. "Los miedos/as están de más", en Humor, núm. 39.

284. "El juego de los por qué", en Humor, núm. 36.

285. Humor, núm. 53, marzo de 1981.

286. Humor, núm. 63.

287. "¡Déjenme de jorobar!", Humor, núm. 67.

288. "Ensalada de fobal", en Humor, núm. 63.

289. El Periodista de Buenos Aires, 20 de diciembre de 1985.

290. El Gráfico, 30 de abril de 1985.

291. Ariel Borenstein, Don Julio, Buenos Aires, Planeta, 2001, p. 42.

292. Página 12, 25 de abril de 2004.

293. Hernán Castillo, Todo pasa, Buenos Aires, Aguilar, 2011, p. 38.

294. Todas las citas de Presta provienen de una entrevista personal con este autor para el presente libro. Si bien son numerosas y extensas, nos parecen lo suficientemente interesantes y contundentes como para transcribirlas de manera literal.

295. Hernán Castillo, Todo pasa, op. cit.

296. El Gráfico, núm. 3393, 16 de octubre de 1984.

297. El Gráfico, 17 de enero de 1984.

298. “China le dio una mano a Bilardo”, en Humor, núm. 122, febrero de 1984.

299. En ese momento, se adjudicaban dos puntos por triunfo.

300. “Bilardo, Menotti y el Plan Austral”, en El Periodista de Buenos Aires, núm. 60, 1 de noviembre de 1985.

301. Hernán Castillo, Todo pasa, op. cit., p. 165.

302. “Bilardo, Menotti y el Plan Austral”, op. cit., p. 169.

303. El Despertador, diciembre de 1985.

304. “¿Un Alfonsín presidente de la AFA?”, en Humor, junio de 1985.

305. Memoria y balance de la AFA, 1985.

306. Ariel Scher y Héctor Palomino, Fútbol, pasión de multitudes y de élites, Buenos Aires, CISEA, 1985, p. 44.

307. “¿Puede salvarse el fútbol?”, en Humor, núm. 129, febrero de 1984.

308. “Pueblo por pueblo, pueblo cuadrado”, en Humor, núm. 125,

abril de 1984.

309. Clarín, 27 de mayo de 1985.

310. “La Asamblea de la AFA”, en Humor, núm. 149, abril de 1985.

311. Aun en esa necesidad económica, la AFA repartió en el decisivo partido entre Argentina y Perú por la clasificación al Mundial de 1986 10.000 entradas de favor para las barras bravas de Chacarita Juniors y River Plate, y 2.000 a Bilardo para repartir con la barra brava de Estudiantes de La Plata (“Finanzas eliminadas”, en El Periodista de Buenos Aires, 19 de julio de 1985).

312. “Atenta contra el fútbol”, en Humor, núm. 155, julio de 1985.

313. “El fútbol reestructurado, Lacoste y yo”, en Humor, núm. 157, agosto de 1985.

314. Primero conformaron la Unión de Clubes del Interior (UCI).

315. “…Y la sigo con el convenio”, en Humor, núm. 179, agosto de 1986.

316. Clarín, 27 de mayo de 1986, y “¡Qué parecidos!”, en Humor, núm. 177, agosto de 1986.

317. “Que el fiscal Molinas haga de Stopper”, en Humor, núm. 182, septiembre de 1986.

318. “Los cuentos que nuestras abuelas nos contaban”, en Humor, núm. 159, septiembre de 1985.

319. “La camiseta del dólar”, en El Periodista de Buenos Aires, núm. 66, 13 de diciembre de 1985.

320. El Gráfico, 30 de abril de 1985.

321. Amílcar Romero, Fútbol, violencia y política (crónica negra, 1958-1983), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.

322. “70 botones hay en esta cancha”, en Humor, núm. 139, noviembre de 1984.

323. Que ya figuraba en la ordenanza municipal 24225 del 4 de marzo de 1969.

324. Disponible en línea: <http://salvemosalfutbol.org/lista-de-victimas-de-incidentes-de-violencia-en-el-futbol/>.

325. “O presidente está cansado”, en Placar, 17 de febrero de 1984.

326. “Tecleando a solas”, en Humor, núm. 149, abril de 1985.

327. La Nación, 8 de junio de 2016.

328. Ariel Borenstein, Don Julio, op. cit., p. 10.

329. Término impuesto por la periodista y socióloga Sylvina Walger.

330. Sergio Levinsky, El negocio del fútbol, Buenos Aires, Corregidor, 1995.

331. Ibid., p. 102.

332. Sergio Levinsky, Maradona, rebelde con causa, Buenos Aires, Corregidor, 1996.

333. Ariel Borenstein, Don Julio, Buenos Aires, Planeta, 2001, p. 52.

334. Hernán Castillo, Todo pasa, Buenos Aires, Aguilar, 2011, p. 172.

335. Ibid., p. 95.

336. Sergio Levinsky, Maradona, rebelde con causa, op. cit.

337. Ariel Borenstein, Don Julio, op. cit., p. 55.

338. En relación con el caso FIFA-Gate, véase el capítulo 12 de este volumen.

339. Sergio Levinsky, El negocio del fútbol, op. cit., p. 29.

340. Ibid., p. 32.

341. No casualmente, este procedimiento sería copiado por la FIFA en estos mismos años, para favorecer a los consorcios mediáticos amigos en cada país.

342. Víctor Hugo Morales, Audiencia con el diablo, Buenos Aires, Aguilar, 2014, pp. 15 y 16.

343. Hernán Castillo, Todo pasa, op. cit.

344. El arquero Sergio Goycochea llegó a admitir que, cuando la goleada ya era amplia, en uno de los goles estaba más atento al cartel indicador que mostraba el resultado del otro partido del grupo, entre Paraguay y Perú.

345. Declaraciones en el programa El show del fútbol, emitido por América TV, el 25 de mayo de 2011.

346. Sergio Levinsky, Maradona, rebelde con causa, op. cit.

347. Ibid.

348. Hernán Castillo, Todo pasa, op. cit., p. 100.

349. “Acusan a Passarella de comprar y vender jugadores”, en Página 12, 21 de enero de 1999, tomado del programa de TV A dos voces, del canal Todo Noticias (TN).

350. Clarín, 19 de septiembre de 1998.

351. Memoria y balance de la AFA, 1994.

352. Disponible en línea: <www.infobae.com/2013/10/21/1517738-carlos-avila-lanzo-su-candidatura-la-presidencia-river-soy-la-opcion-diferente-que-el-socio-necesita/>.

353. El 16 de mayo 1997, la jueza Isabel Poeiro de Arslanián, en un fallo ejemplar, condenó a José Barrita, el jefe de la barra brava de Boca, y a otros integrantes de “La 12” a 13 años de prisión por ser

el jefe de una “asociación ilícita” y “extorsión a los dirigentes”. Otros integrantes de la barra brava fueron condenados a 20 años.

354. La Nación, 15 de mayo de 1998.

355. Al Deportivo Español le descontaron un punto y lo castigaron con una multa de 10.000 dólares.

356. Disponible en línea: <https://enunabaldosa.com/2005/09/07/vargas-alberto/>.

357. Disponible en línea: <http://imborrableboca.blogspot.com.ar/2011/04/el-antidoping-positivo-de-maradona.html>.

358. Antes de que Jorge Bergoglio fuera entronizado papa en 2013.

359. La Nación, 12 de junio de 2016.

360. Entrevista con el periodista Diego Borinsky para la revista Soho, de Costa Rica, reproducida en el libro de Hernán Castillo, Todo pasa, Buenos Aires, Aguilar, 2011, pp. 62 y 63.

361. Tiene prohibido el acceso a los congresos de FIFA y a las conferencias de prensa.

362. Thomas Kistner, FIFA. Mafia, Buenos Aires, Roca, 2015, p. 29. Recién por estos días, y en boca del nuevo presidente de la FIFA, Gianni Infantino, se denunció que Blatter, su ex secretario general, Jérôme Valcke, y su sustituto desde 2015, Markus Kattner, se habían apoderado irregularmente de 79 millones de euros por negocios relacionados con la entidad.

363. Ibid., p. 43.

364. Ibid., p. 91.

365. Luego presidente provisorio de la FIFA al renunciar Joseph Blatter en 2015.

366. Posteriormente suspendido por la FIFA por corrupción.

367. Thomas Kistner, FIFA. Mafia, op. cit., p. 96.

368. Suspendido de por vida por corrupción.

369. Memoria y balance de la AFA, 2001.

370. Partidos entre equipos de Primera División contra los que provienen de la categoría inmediatamente inferior.

371. Procesado por la Justicia por el FIFA-Gate en 2015.

372. Página 12, 2 de diciembre de 2015.

373. Carlos Pandolfi y Raúl Rivello, La lucha continúa, Buenos Aires, Al Arco, 2010.

374. “El jefe de una gran familia, Julio Grondona SA”, en Noticias, 5 de septiembre de 1998.

375. Sergio Levinsky, El deporte de informar, Buenos Aires, Paidós, 2002, pp. 124 y 125.

376. Ibid.

377. Víctor Hugo Morales y Diego Tomasi, El rebenque del diablo. Cablevisión y yo, Buenos Aires, Colihue, 2015.

378. Sergio Levinsky, El deporte de informar, op. cit., p. 132.

379. Ibid., p. 135.

380. Ibid., p. 141.

381. Agencia Infosic, 5 de abril de 2000.

382. Sergio Levinsky, El deporte de informar, op. cit., p. 146.

383. Electo jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en 2015.

384. Se pueden encontrar detalles sustanciales de algunas declaraciones en esta causa en el libro de Ariel Borenstein, Don Julio, Buenos Aires, Planeta, 2001, p. 207.

385. Página 12, 29 de octubre de 2001.

386. Ibid.

387. Víctor Hugo Morales, Audiencia con el diablo, Buenos Aires, Aguilar, 2014, pp. 131 y 132.

388. Memoria y balance de la AFA, 2001.

389. Thomas Kistner, FIFA, Mafia, op. cit., pp. 99-125.

390. El juez señaló que se le enviaron giros por 100.000 dólares el 20 de enero de 2000 y por 30.000 dólares el 4 de mayo de 2000.

391. Página 12, 13 de abril de 2001.

392. Ibid.

393. Disponible en línea: <http://eljusticieroask.blogspot.com.ar/2009/02/es-el-testaferro-de-cabecera-de.html>.

394. Hoy titular del programa Fútbol Para Todos.

395. Thomas Kistner, FIFA. Mafia, op. cit., p. 151.

396. Ariel Borenstein, Don Julio, Buenos Aires, Planeta, 2001.

397. Más conocido como Cesc, hoy jugador del Chelsea.

398. Guillem Balagué, Messi, Buenos Aires, Principio Ediciones, 2014.

399. El Mundo, Madrid, 11 de julio de 2006.

400. Posteriormente, Aragonés llevaría a la Selección Española a ganar la Eurocopa en 2008.

401. Hernán Castillo, Todo pasa, Buenos Aires, Aguilar, 2011, p. 195.

402. Luego se lanzaría a la política nacional al presentarse a elecciones para jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y sería reemplazado en Boca por Pedro Pompilio.

403. El DT de los juveniles, Iñaki Sáez, le había ofrecido la posibilidad.

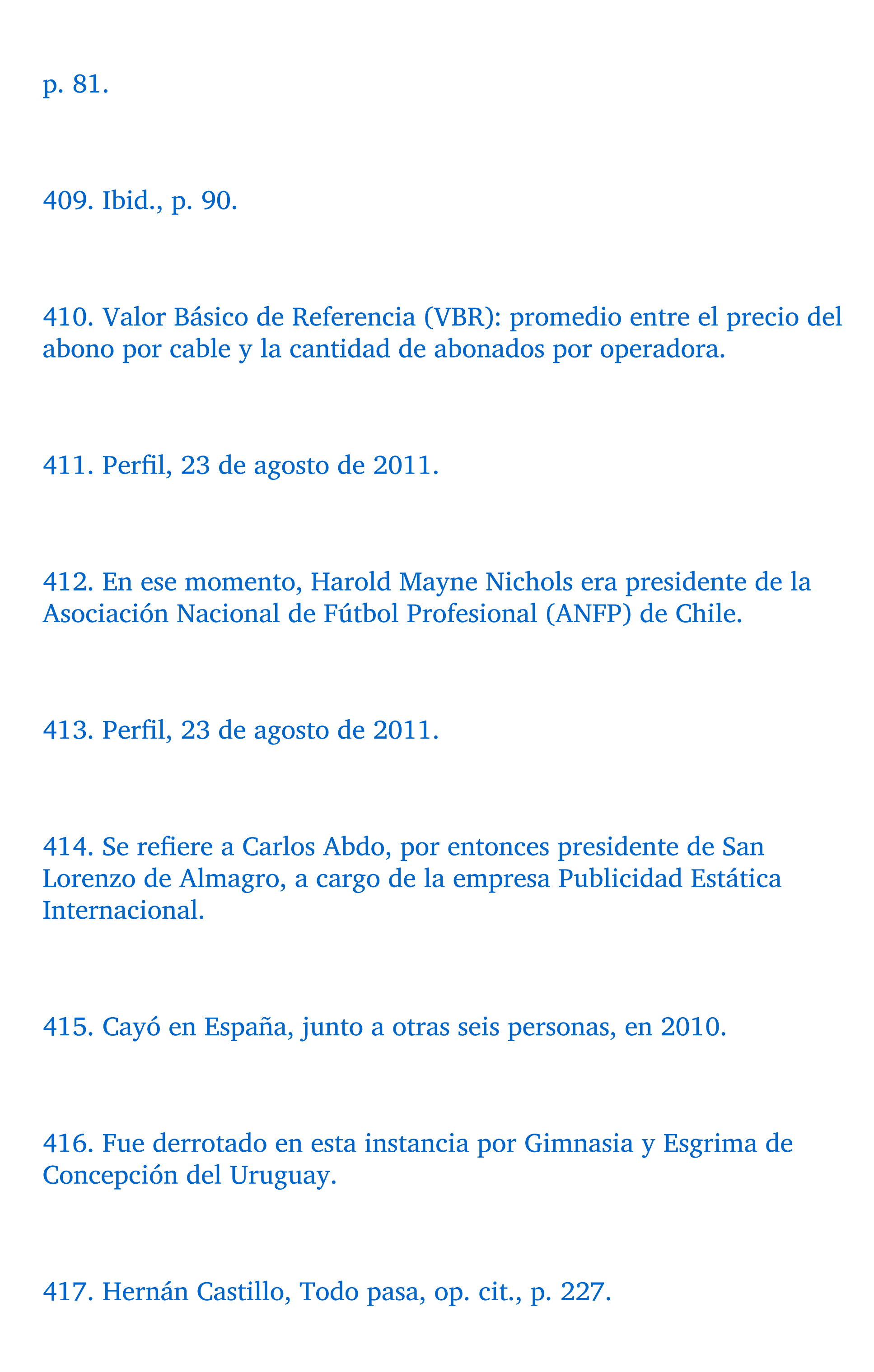
404. Hernán Castillo, Todo pasa, op. cit., p. 157.

405. Daniel Vélez, quien llegó a jugar en River Plate y en Tigre, emergió de estos equipos del Barcelona.

406. Todas las citas de Gennari provienen de una entrevista personal con este autor para el presente libro. Si bien son numerosas y extensas, nos parecen lo suficientemente interesantes y contundentes como para transcribirlas de manera literal.

407. Gennari le informó a Grondona que TSC cobraba 1.100 millones de pesos anuales y que a la AFA solo le daba 268, o sea que la ganancia bruta era de 832 millones. Gennari le comentó que a 10 pesos por abonado y con un padrón estimado en 6.350.000 abonados entre Cablevisión, Multicanal y Directv, a la AFA le corresponderían 762 millones en bruto o 601,98 millones netos.

408. Alejandro Casar González, Pasó de todo, Buenos Aires, Planeta,



p. 81.

409. Ibid., p. 90.

410. Valor Básico de Referencia (VBR): promedio entre el precio del abono por cable y la cantidad de abonados por operadora.

411. Perfil, 23 de agosto de 2011.

412. En ese momento, Harold Mayne Nichols era presidente de la Asociación Nacional de Fútbol Profesional (ANFP) de Chile.

413. Perfil, 23 de agosto de 2011.

414. Se refiere a Carlos Abdo, por entonces presidente de San Lorenzo de Almagro, a cargo de la empresa Publicidad Estática Internacional.

415. Cayó en España, junto a otras seis personas, en 2010.

416. Fue derrotado en esta instancia por Gimnasia y Esgrima de Concepción del Uruguay.

417. Hernán Castillo, Todo pasa, op. cit., p. 227.

418. 1) Boca y River; 2) los otros cuatro clubes grandes; 3) los otros 14.

419. Alejandro Casar González, Pasó de todo, op. cit., p. 138.

420. Disponible en línea: <http://salvemosalfutbol.org/lista-de-victimas-de-incidentes-de-violencia-en-el-futbol/>.

421. Todas las citas de Cantero provienen de una entrevista personal con este autor para el presente libro. Si bien son numerosas y extensas, nos parecen lo suficientemente interesantes y contundentes como para transcribirlas de manera literal.

422. Líder de una de las facciones de la barra brava de Independiente.

423. Jon Sistiaga, Reportajes, Canal Plus de España, 15 de septiembre de 2012, disponible en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=VXg4_7eR2_c>.

424. Entonces presidente de Argentinos Juniors y quien luego sería presidente de la AFA.

425. Juan Carlos Crespi, dirigente de Boca Juniors e íntimo de Julio Grondona.

426. Germán Lerche, ex presidente de Colón de Santa Fe, que se fue muy cuestionado del club.

427. Director de Arbitraje de la AFA.

428. Matías Lammens, presidente de San Lorenzo, lo despediría años más tarde de la AFA.

429. Declaraciones en Fox Sports, 22 de julio de 2016.

430. Más tarde, estaría prófugo de la Justicia involucrado en un doble crimen en Unicenter en 2008, ya que la pistola 40 utilizada estaba a su nombre.

431. Periodista internacional de vasta trayectoria que ha cubierto todos los mundiales desde 1982.

432. Enrique Sacco, Mucho más que fútbol, Buenos Aires, Planeta, 2015, pp. 20 y 21.

433. Un dirigente que lo conoció bien recuerda que Grondona le dijo: “Yo siempre fui como mi viejo, conservador. En una interna Balbín-Alfonsín, Arsenal tenía una cantidad de socios y Alfonsín le compró los votos de los socios —en esa época se acostumbraba—, y con eso hicimos una obra y ya no me desafilié más. Luego, cuando ganó Alfonsín, dijo que era radical y me dio mucha risa”.

434. Ex fiscal del célebre juicio a las Juntas Militares en 1985 y ex titular del Tribunal Penal Internacional en La Haya.

435. Se refiere al hijo de los ex presidentes Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

436. Secretario general de La Cámpora y diputado nacional por el Frente Para la Victoria.

437. Cifras de la organización no gubernamental (ONG) Salvemos al Fútbol. Disponible en línea: <www.salvemosalfutbol.org>. Nótese que luego de la muerte de Grondona hubo 25 muertos más, que completan la cifra de 312.

438. Los contadores Horacio Della Rocca y Alicia López y el ex juez Alberto Piotti — designados luego de que la jueza se cansara de que los peritos contratados no arribaran a ninguna conclusión—, que decidieron que ya la AFA no podía utilizar más sus cuentas del Banco Nación y del Banco Credicoop.

439. La Nación, 13 de noviembre de 2014.

440. Disponible en línea: <http://sergiolnimasnimenos.blogspot.com.ar/search?updated-min=2015-01-01T00:00:00-08:00&updated-max=2015-05-27T20:55:00-07:00&maxresults=50&start=135&by-date=false>.

441. Reemplazó en el cargo a su compatriota Nicolás Leoz.

442. Emitido por Canal 13, perteneciente al Grupo Clarín.

443. Clarín, 31 de marzo de 2016.

444. “Ami” (Eduardo Amirante) y “Gal” (Jorge Galitis, ex dirigente de Huracán).

445. Clarín, 21 de mayo de 2016.

446. Una gran referencia para este tema es el libro de Carlos del Frade, Central, Ñuls. La ciudad goleada. Fútbol, lavado de dinero y poder, Rosario, sin editorial, 2005.

447. Rodolfo Lara, “La apuesta para que los visitantes traigan votos”, en Clarín, 7 de octubre de 2015.

448. Clarín, 7 de octubre de 2015.

449. Declaraciones a Radio Uno, 28 de octubre de 2015.

450. Clarín, 28 de octubre de 2015.

451. Tiempo Argentino, 30 de octubre de 2015.

452. Antes de la votación, el representante de Atlanta levantó la mano para decir que no podía votar porque había renunciado ese día, desmentido por el propio Lozano. Estaba amenazado por la barra brava del club, dirigida por Armando Mainoli, amigo de Chiqui Tapia, uno de los referentes de Ascenso Unido, presidente de Barracas Central, yerno de Hugo Moyano y segurista.

453. La Nación, 4 de diciembre de 2015.

454. Clarín, 18 de enero de 2016.

455. Disponible en línea: <http://sergiol-nimasnimenos.blogspot.com.ar/2016/01/el-futbol-vuelve-de-poco-los-90.html>.

456. La Nación, 18 de febrero de 2016.

457. La Nación, 30 de marzo de 2016.

458. Clarín, 16 de mayo de 2016.

459. Ibid.

460. Clarín, 18 de mayo de 2016.

461. Véase “Infantino, presidente de FIFA, el triunfo de Occidente”, disponible en línea: <http://sergiol-nimasnimenos.blogspot.com.ar/2016/02/infantino-presidente-de-fifa-el-triunfo.html>.

462. Declaraciones a Radio La Red.

463. “Nos habíamos asociado el 20 de agosto de 2013 para repartirnos el 15% de la comisión, pero desde el FIFA-Gate del 27 de mayo de 2015, Torneos firmó un contrato a mi espalda”, denunció Tofoni.

464. Véase “Todo pasa, Torneos vuelve”, disponible en línea: <http://sergiol-nimasnimenos.blogspot.com.ar/2016/03/todo-pasa-torneos-vuelve.html>.

465. Véase “Intervención a la AFA, caos y amenazas de represalias”, disponible en línea: <http://sergiol-nimasnimenos.blogspot.com.ar/2016/05/intervencion-la-afa-caos-y-amenaza-de.html>.

466. Véase “En el negocio del fútbol argentino. El Estado es otro instrumento”, disponible en línea: <http://sergiol-nimasnimenos.blogspot.com.ar/2016/06/en-el-negocio-del-futbol-argentino-el.html>.

467. Abogado graduado en la Universidad de El Salvador, que trabaja en el Juzgado Laboral 1 de Morón.

468. Véase “El 20/12/2001 de la AFA”, disponible en línea: <http://sergiol-nimasnimenos.blogspot.com.ar/2016/06/el-30122001-de-la-afa.html>.

469. Clarín, 2 de junio de 2016.

470. Moyano reemplazaba a D’Onofrio como vicepresidente primero; Horacio Martignoni (Sarmiento de Junín), a Lammens como tesorero, y Daniel Onofri (Gimnasia y Esgrima de La Plata), a Angelici como secretario general.

471. La Nación, 23 de marzo de 2016.

472. Clarín, 8 de abril de 2016.

473. Clarín, 14 de julio de 2016.

474. Apuntes tomados por el autor.

475. Ibid.

476. Disponible en línea: <http://sergiol-

nimasnimenos.blogspot.com.ar/2016/07/en-la-afa-macri-gano-una-batalla-pero.html>.

477. Entre 34.000.000 de dólares de Adidas y 36.000.000 provenientes de créditos blandos de la FIFA, la Conmebol y el Estado.